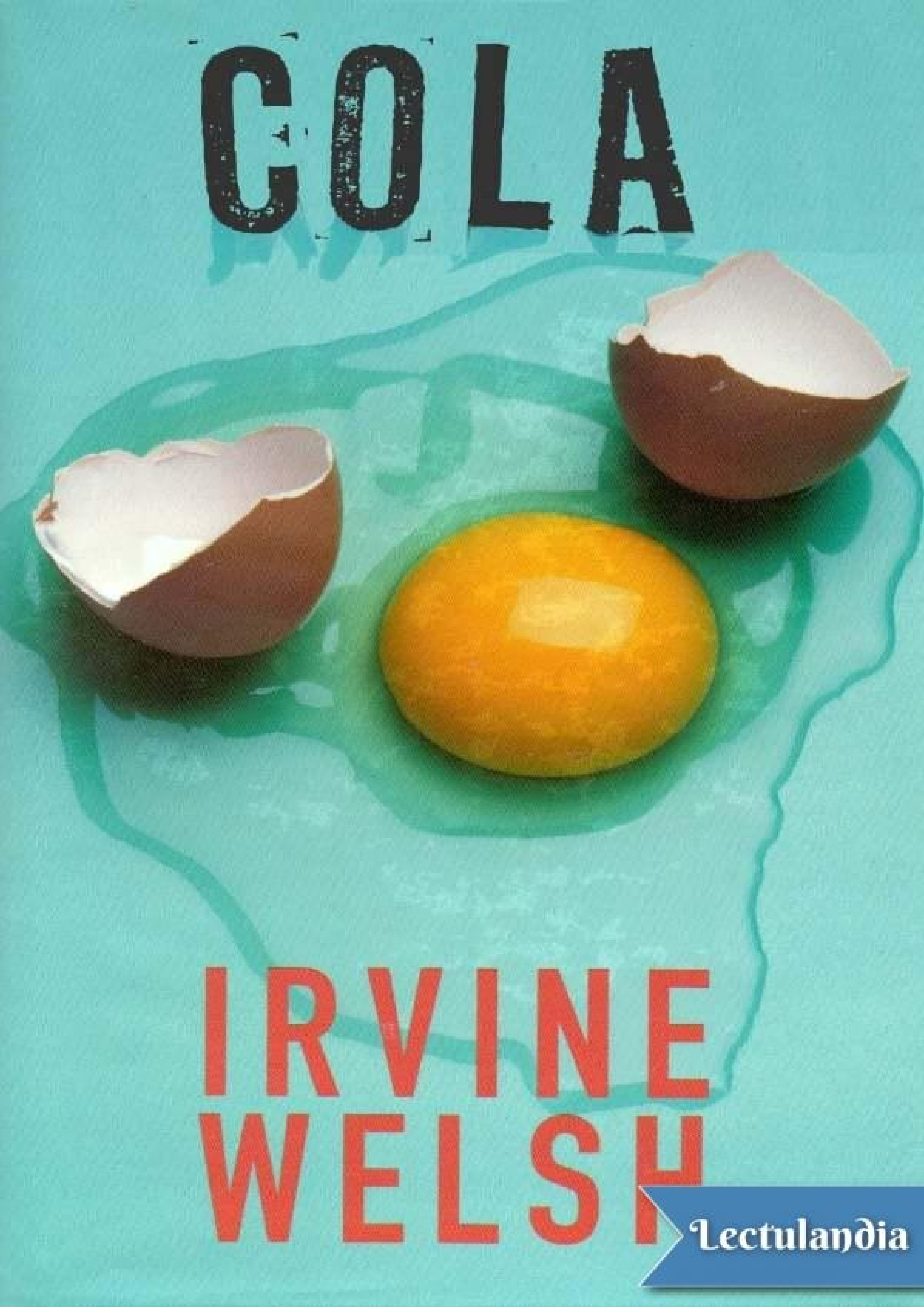

COLA
IRVINE WELSH
Lectulandia

1970: Terry, Carl, Billy y Andrew son niños y viven en el mismo cochambroso suburbio de Edimburgo cuando se conocen en los bancos del colegio.

1980: Diez años más tarde reencontramos a los cuatro amigos, ahora ya adolescentes, en el mismo escenario miserable, haciendo novillos en el instituto, consumiendo drogas de todo tipo y convirtiéndose en protagonistas de pequeños episodios de la usual violencia metropolitana: borracheras agresivas, encontronazos con los hooligans, salvajes correrías nocturnas y las primeras experiencias torpes y violentas con el sexo.

1990: los amigos han crecido pero no por ello han renunciado a sus malas costumbres; y, para tomarse unas vacaciones alcohólicas, tóxicas y liberadoras de sus respectivos «compromisos» profesionales —Billy ha pasado del boxeo de aficionados a la carrera profesional, Carl es disc-jockey y tiene un grupo de música, Terry vive del subsidio de paro, que redondea con el botín que obtiene desvalijando algunos pisos, y Andy, de vuelta de un matrimonio fallido y fichado por la policía, está ahora dramáticamente a la deriva— parten para un reencuentro a lo grande con destino a la Oktoberfest de Munich.

Por fin, al alba del nuevo siglo, reencontramos a los cuatro viejos amigos, ahora ya distanciados. Carl, DJ de éxito, se encuentra en alguna parte de Australia, ni él sabe exactamente dónde. Terry, antaño máquina sexual, está irreconocible, hinchado, gordo y calvo. Billy ha colgado los guantes, ha abierto un club y se da aires de empresario. Y Andy ya no está. Se mató tirándose de un puente. Y cuando el vínculo amistoso parece roto para siempre, una llamada telefónica, la que reclama a Carl a Edimburgo al lecho de muerte de su padre, les hace reencontrarse para un ajuste de cuentas inevitable y, a su manera, catártico.

Novela coral de una vivacidad lingüística extraordinaria, en la cual el humor más venenoso se mezcla con explosiones de rabia y con una tristeza tortuosa, Cola termina con un flash despiadado, el fotograma más alucinado de los tres decenios en la historia de una amistad, en un mundo inexorablemente al margen.

Lectulandia

Irvine Welsh

Cola

ePub r1.0

Titivillus 18.05.2018

Título original: *Glue*
Irvine Welsh, 2001
Traducción: Federico Corriente

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Este libro está dedicado a
Schearer, Scrap, George, Jimmy, Decano, Mickey,
Tam, Simon, Miles, Scott y Crawf,
por permanecer unidos hasta cuando se venían abajo

cola. f. Pasta fuerte, translúcida y pegajosa, que se hace generalmente cociendo raeduras y retazos de pieles, y que disuelta después en agua caliente sirve para pegar.

. Allá por 1970:
El hombre de la casa

WINDOWS 70

El sol salió por detrás del hormigón del bloque de pisos de enfrente, dándoles directamente en la cara. A Davie Galloway le sorprendió tanto aquel brillo traicionero que casi soltó la mesa que a duras penas transportaba. Ya hacía calor de sobra en el piso nuevo y Davie se sentía como una extraña planta exótica que iba marchitándose en un invernadero sobrecalentado. Son las ventanas esas, tan enormes que absorben todo el sol, pensó, mientras depositaba la mesa en el suelo y se asomaba a la urbanización que había debajo.

Davie se sentía como un emperador recién coronado abarcando con la mirada la totalidad de sus feudos. Los edificios nuevos eran realmente impresionantes: relucían mucho cuando la luz topaba con aquellas piedrecillas centelleantes incrustadas en el revestimiento. Luminosidad, limpieza, buena ventilación y calor; eso era lo que hacía falta. Se acordaba de la fría y oscura casa de vecinos de Gorgie; cubierta de hollín y mugre durante generaciones, durante las cuales la ciudad se ganó su apodo de «Auld Reekie'»[1]. Fuera, las calles sombrías y estrechas, la gente caminaba de aquí para allá, encogida y arrastrando los pies por el frío invernal que helaba hasta el tuétano, y aquel rancio olor a lúpulo procedente de la fábrica de cerveza que trasladaba el aire cuando uno abría una ventana y que siempre le provocaba arcadas si la noche anterior se había excedido en el pub. Todo aquello había desaparecido, y ya iba siendo hora. ¡Esto sí que era vida!

Para Davie Galloway, las ventanas grandes simbolizaban todo lo que los nuevos edificios del programa de demolición y reconstrucción de los barrios pobres tenían de bueno. Se volvió hacia su mujer, que estaba sacándole brillo a los rodapiés. ¿Por qué tenía que abrillantar los rodapiés de una casa nueva? Pero Susan estaba de rodillas, vestida con un mono, y su gran moño negro subía y bajaba, dando fe de su frenética actividad. «Eso es lo mejor de estos sitios, Susan», se arriesgó a decir Davie, «las ventanas grandes. Dejan que entre el sol», añadió, antes de echar una mirada a aquella maravillosa cajita que se encontraba sobre la cabeza de Susan, incrustada en la pared. «Calefacción central para el invierno, además. No hay color; con darle al interruptor, ya está.»

Susan se incorporó lentamente, con respeto por el calambre que había ido acumulándose en sus piernas. Sudaba mientras iba dando pisotones con un pie entumecido y hormigueante para reactivar la circulación. Su frente acumulaba perlas de sudor. «Es demasiado caluroso», se quejó.

Davie meneó enérgicamente la cabeza. «Qué va, aprovecha mientras puedas.

Estamos en Escocia, ¿recuerdas? No durará.» Tomando aliento, Davie levantó la mesa, reemprendiendo su ardua lucha por llegar hasta la cocina. Era una puñeta de cacharro: un modelo nuevo elegante con una superficie de fórmica cuyo peso parecía desplazarse constantemente y que se abría por todos lados. Es como luchar con un jodido cocodrilo, pensó, y, dicho y hecho, la bestia se abalanzó sobre sus dedos, forzándole a retirarlos con premura y chuparlos mientras la mesa caía ruidosamente al suelo.

«Jo… jolines», maldijo Davie. Jamás juraba delante de una mujer. En el pub se podía hablar de cierta manera, pero delante de una mujer no. Se acercó de puntillas hasta la cuna situada en el rincón. El bebé seguía durmiendo plácidamente.

«Te dije que te ayudaría con eso, Davie; a este paso vas a acabar sin dedos y con una mesa rota», le advirtió Susan. Sacudió la cabeza despacio, mirando hacia la cuna. «Me sorprende que no la hayas despertado.»

Notando su desasosiego, Davie dijo: «En realidad no te gusta esa mesa, ¿verdad?»

Susan Galloway volvió a sacudir la cabeza. Miró más allá de la nueva mesa de cocina y vio el tresillo nuevo, la mesita de café nueva y las alfombras recién compradas que habían aparecido misteriosamente el día anterior, cuando ella estaba fuera, trabajando en la destilería.

«¿Qué pasa?», preguntó Davie, agitando su mano dolorida. Notó la fijeza de su mirada, abierta y hosca. Aquellos enormes ojos suyos.

«¿De dónde has sacado todo esto, Davie?»

Odiaba que le hiciera ese tipo de preguntas. Lo estropeaba todo, abría entre ellos un abismo insalvable. Lo que hacía, lo hacía por todos ellos: por Susan, por la cría, por el chavalín. «Tú no hagas preguntas y yo no te mentiré», dijo con una sonrisa, pero sin poder mirarla, pues él estaba tan insatisfecho de aquella réplica como sabía que lo estaría ella. En lugar de eso, se agachó y le dio a su hijita un beso en la mejilla.

Levantando la mirada, se preguntó en voz alta: «¿Dónde está Andrew?» Le echó una mirada fugaz a Susan.

Susan le volvió la espalda con un gesto amargo. Ya había vuelto a esconderse otra vez, a esconderse detrás de los críos.

Davie se internó en el vestíbulo con la sigilosa cautela de un soldado de las trincheras temeroso de los francotiradores. «Andrew», gritó. Su hijo bajó las escaleras con gran estrépito; era una fuerza vital cargada y fibrosa, que lucía el mismo cabello castaño oscuro que Susan, pero trasquilado con un estilo minimalista. Siguió a Davie hasta el cuarto de estar. «Aquí está», anunció alegremente para que Susan le oyese. Percatándose de que ella le ignoraba con esmero, se volvió hacia el muchacho y preguntó: «¿Estás a gusto en tu nueva habitación?»

Andrew le miró primero a él y luego a Susan. «He encontrado un libro que nunca tuve antes», les dijo con solemnidad.

«Eso está bien», dijo Susan, acercándose a él y quitándole una hilacha suelta de la

camiseta a rayas.

Mirando a su padre, Andrew preguntó: «¿Cuándo podré tener una bici, papá?»

«Pronto, hijo», sonrió Davie.

«Dijiste que cuando fuera al colegio», dijo Andrew con gran sinceridad, centrando sus grandes ojos negros en los de su padre, con una mirada algo menos acusadora que la de Susan.

«Cierto, amigo», confesó Davie, «y será pronto.»

¿Una bici? ¿De dónde iba a salir el dinero para una puñetera bici?, pensó Susan Galloway, estremeciéndose mientras el resplandeciente y sofocante sol veraniego atravesaba aquellas inmensas ventanas sin piedad.

TERRY LAWSON

EL PRIMER DÍA DE COLEGIO

Los pequeños Terry e Yvonne Lawson estaban sentados ante unos refrescos y unas patatas fritas en una mesa de madera del Dell Inn, dentro del recinto de hormigón denominado *beer garden*. Estaban mirando por encima de la valla que había al fondo del jardín, pasada la orilla empinada, y contemplaban a los patos en Water of Leith. Pasaron del asombro al tedio en cuestión de segundos; uno no podía quedarse mirando los patos más allá de cierto tiempo, y Terry tenía otras cosas en la cabeza. Había sido su primer día de colegio y no le había gustado. A Yvonne le tocaba ir el año siguiente. Terry le dijo que no era demasiado agradable y que había estado asustado, pero ahora estaba con su madre y su padre también estaba ahí, así que no estaba mal.

Su padre y su madre estaban hablando, y se dieron cuenta de que su madre estaba enfadada.

«Bien», la oyeron decir, «¿qué tienes que decir?»

Terry miró a su padre, que sonrió y le guiñó un ojo antes de volverse para dirigirse a la madre del muchacho. «Delante de los críos no», dijo con calma.

«No finjas que te importan», se mofó Alice Lawson, levantando la voz de modo constante e implacable, como el motor de un avión a reacción a punto de despegar, «¡para abandonarles no te lo has pensado mucho, así que no finjas!»

Henry Lawson se revolvió un poco para ver quién había escuchado aquello. Fue al encuentro de una mirada boquiabierta con una expresión fija y amenazadora hasta que se apartó. Dos vejestorios cabrones. Una pareja. Viejos y entrometidos hijos de puta. Hablando entre dientes, con un cuchicheo forzado, le dijo a ella: «Te lo he dicho, no les faltará de nada. Ya te lo he dicho, joder. Son mis putos críos», le soltó bruscamente, los tendones del cuello tensos.

Henry sabía que Alice siempre se sentía impelida a creer lo mejor de la gente. Creía poder insuflar su tono de voz con suficiente indignación controlada, con suficiente inocencia herida, como para sugerir que su atrevimiento al pensar que él (con todos sus defectos, que él sería el primero en reconocer) sería capaz de dejar a sus hijos en el desamparo era pasarse de la raya, incluso teniendo en cuenta la exaltación de los ánimos producida por la quiebra de su relación. Es más, ese género de alegatos fue precisamente lo que prácticamente le arrojó en brazos de Paula McKay, una solterona de la parroquia de Leith.

La hermosa Paula, una joven cuya gran virtud y bondad había sido cuestionada en repetidas ocasiones por una amargada Alice. ¿Acaso Paula no era la única persona que cuidaba de su padre, George, propietario de la Port Sunshine Tavern de Leith y aquejado de cáncer? Ya faltaba poco, y Paula necesitaría toda la ayuda posible para atravesar ese momento tan difícil. Henry sería su firme punto de apoyo.

Y su propio nombre se había visto mancillado de continuo, pero Henry estaba dispuesto a aceptar de buena gana que la gente tiende a decir cosas que no siente en los momentos de emociones revueltas. ¿Es que acaso el dolor de la quiebra de su relación le era ajeno? ¿No era más difícil para él, ya que era él quien tenía que dejar a sus hijos? Mirándoles, Henry dejó que sus ojos se humedeciesen y que se le hiciese un nudo en la garganta. Esperaba que Alice captara aquel gesto y que fuera suficiente.

Pareció que así era. Escuchó un sonido borboteante, como el del arroyo que corría debajo de ellos, pensó, y se sintió impelido a rodear con su brazo aquellos hombros temblorosos.

«Henry, no te vayas, por favor», se estremeció Alice, apretando la cabeza contra el pecho de él, llenándose las fosas con el aroma de Oíd Spice todavía presente en aquella barbilla rasposa. Henry no era de aquellos hombres a los que se les nota la barba a las cinco de la tarde, sino de aquellos a los que se les nota a media mañana; tenía que afeitarse al menos dos veces al día.

«Vamos, vamos», la arrulló Henry. «Tú no te preocupes. Tenemos a los críos, son tuyos y míos», sonrió, estirándose para despeinar la mata de rizos del pequeño Terry, mientras pensaba que Alice debería llevarle al peluquero más a menudo. Parecía Shirley Temple. El chico podría acabar saliendo raro.

«Nunca preguntaste siquiera cómo le iba en el colegio.» Alice se irguió, henchida de una amargura renovada al volver a centrarse en lo que allí sucedía.

«Nunca me diste la oportunidad», replicó Henry con malhumorada impaciencia. Paula estaba esperándole. Esperando sus besos, esperando aquel brazo reconfortante que ahora rodeaba a Alice. Alice; llorosa, abotargada, fofa. Qué contraste con el cuerpo juvenil de Paula; maciza, ágil, sin las secuelas de la maternidad. Realmente no había color.

Pensando, más allá de las palabras de Henry, de los olores y de su fuerte brazo, en lo que realmente estaba sucediendo y abandonándose al duro e implacable latir del dolor en su pecho, Alice consiguió saltar: «Lloró y lloró y lloró. Lloró hasta más no poder.»

Aquello irritó a Henry. Terry era mayor que el resto de sus compañeros porque había perdido un año de colegio debido a una meningitis. Tendría que haber sido el último en llorar. Era culpa de Alice; le mimaba y le seguía tratando como a un bebé a causa de su enfermedad. Ahora al chico ya no le pasaba nada. Henry estuvo a punto de sacar el tema del pelo de Terry, de decir que puesto que ella le hacía parecer una chiquilla, ¿qué otra cosa esperaba que hiciera? Pero Alice le miraba fijamente, con

una mirada ardientemente acusadora. Henry apartó la vista. Ella miraba su mandíbula, su barba de tres días, y después, casi sin darse cuenta, se volvió para mirar a Terry.

Apenas hacía dieciocho meses el chiquillo había estado muy enfermo. Había sobrevivido por muy poco. Y Henry iba a abandonarles a todos, a abandonarles por ella, por aquella asquerosa zorra casquivana.

Dejó que la conciencia descarnada de aquella realidad le palpitase en el pecho, sin arrugarse ni resistirse ante ella.

BANG

Todavía erguida y orgullosa, Alice notó cómo el brazo de Henry se aflojaba alrededor de sus hombros. Seguro que el siguiente arrebato de náusea no sería tan malo como aquél.

BANG

¿Cuándo mejorarían las cosas, cuándo remitiría aquel horror, cuándo podría estar ella, cuándo estarían todos ellos en alguna otra parte?

BANG

Iba a abandonarles por ella.

Y entonces desapareció el ancla de su brazo y Alice se ahogaba en el vacío del espacio que la rodeaba. Podía verle a él por el rabillo del ojo, haciendo girar en el aire a Yvonne cogida de las manos, reuniendo a los niños y agrupándolos a su alrededor, cuchicheando instrucciones importantes pero dando ánimos a la vez, como cuando un entrenador de fútbol escolar arenga a sus jugadores durante el descanso.

«Papá tiene un trabajo nuevo así que tendrá que trabajar fuera a menudo. ¿Veis lo apurada que está mamá?» Henry no vio a Alice primero ponerse rígida y después derrumbarse ante sus palabras; era como si la hubieran pateado en el estómago. «Eso quiere decir que vosotros tenéis que ayudarla. Terry, no quiero oír más tonterías de que si lloras en el colegio. Eso es de nenas tontorronas», le dijo a su hijo, formando un puño y encajándolo bajo el mentón del chico.

Después Henry rebuscó en los bolsillos del pantalón y sacó un par de monedas de dos chelines. Apretándole una en la mano a Yvonne, observó cómo su expresión permanecía neutral, en tanto que los ojos de Terry se ensanchaban y en su mirada asomaba una expectación feroz.

«Recuerda lo que te he dicho», dijo Henry, sonriéndole a su hijo antes de otorgarle el mismo trato.

«¿Vendrás a vernos alguna vez, papá?», preguntó Terry, con los ojos fijos en la

plata que tenía en la mano.

«¡Claro, hijo! Iremos al fútbol, a ver a los Jam Tarts.»[2]

Aquello le levantó el ánimo a Terry. Sonrió a su padre y volvió a mirar la moneda de dos chelines.

Alice se comportaba de un modo muy extraño, meditó Henry, comprobando que no llevaba la corbata torcida mientras planeaba el modo de despedirse. Estaba ahí sentada sin más, en total silencio. Pues bien, él había pronunciado su discurso y le había dado todas las garantías. Pasaría a ver cómo estaban los chicos, les llevaría por ahí, a tomar un batido en el Milk Bar. Eso les gustaba. O les llevaría a Brattissani's a comer patatas fritas. Pero seguir hablando con Alice poco podía dar de sí. Lo único que conseguiría sería malquistarse con ella y eso sería malo para los chicos. Lo mejor era escabullirse discretamente.

Henry salió apresuradamente entre las mesas. Volvió a echar otra mirada amenazadora a aquel par de viejos cabrones. Ellos le devolvieron una mirada de desprecio. Se acercó a su mesa. Tocándose la nariz, Henry les dijo con jovial frialdad: «No la metáis en los asuntos de los demás o acabará rota, ¿vale?»

La pareja de ancianos quedó muda de asombro ante tamaño descaro. Sosteniendo un segundo la mirada, Henry les dedicó una radiante sonrisa y a continuación se metió en el pub por la puerta de atrás, sin pararse a mirar a Alice o a los niños.

Mejor no armarla.

«Pero qué cara tan dura», gritó Davie Girvan poniéndose en pie y haciendo ademán de ir detrás de Henry antes de que su esposa Nessie le retuviese. «Siéntate, Davie, no te enzarces con ese tipejo. No es más que basura.»

Davie tomó asiento a su pesar. No le tenía miedo, pero no quería armarla delante de Nessie.

En el bar, de camino hacia la puerta, Henry intercambió algunos saludos con la cabeza y algún que otro «qué tal». Allí estaba el viejo Doyle, con uno de sus chicos, Duke al parecer, y algún otro venao. Vaya un clan de gangsters: el abuelo, calvo, gordo y retorcido como un Buda psicópata; Duke Doyle, con sus cabellos ya escasos todavía dispuestos en tupé, al estilo Teddy-boy, con dientes negruzcos y grandes anillos en los dedos. Saludando a Henry al pasar con una leve inclinación de cabeza, como un depredador. Sí, pensó Henry, ése era el mejor lugar para aquella cuadrilla; lo que perdía la barriada lo ganaba el centro de la ciudad. La devoción que los demás bebedores sentían por los hombres de aquella mesa enrarecía el ambiente del local, donde cambiaba más dinero de manos durante una partida informal de dominó de lo que la mayoría de ellos ganaba en un mes trabajando en la construcción o en las fábricas de los alrededores. Este era el pub al que había acudido Henry desde que vinieron a vivir aquí. No era el más cercano, sino el que prefería. Podías tomarte una buena pinta de Tartan Special. Pero aquélla sería su última visita en mucho tiempo. En realidad nunca le había gustado estar allí, pensó al salir por la puerta: estaba en el culo del mundo; pero no, no volvería.

Dentro, Nessie Girvan recordaba las imágenes de la hambruna biafreña que había visto en la tele la noche anterior. Pobrecillos, era como para partirle a una el corazón. Y aquella basura tan fresca, y como él los había a montones. No podía comprender cómo alguna gente tenía niños. «Maldita sabandija», le dijo a su Davie.

Davie deseó haber reaccionado con mayor rapidez, haber entrado al pub detrás de aquel hijo de puta. El tío tenía pinta de ser un auténtico canalla, eso sí: de tez cetrina y con una mirada astuta y dura. Davie se había enfrentado a tipos mucho más duros en otras ocasiones, pero de eso hacía ya algún tiempo. «Si nuestro Phil o Alfie hubiesen estado aquí, no se habría puesto tan gallito», dijo Davie. «Cuando veo a escoria como ésa, quisiera ser más joven. Durante cinco minutos, no llevaría más tiempo… Dios…»

Davie Girvan se detuvo en seco, incapaz de creer lo que veía. Los chiquillos habían atravesado un agujero en la valla metálica y estaban bajando por la orilla hasta el río. Aquella parte era poco profunda, pero tenía una pendiente inclinada y aquí y allá había tramos traicioneramente profundos.

«¡SEÑORA!», le gritó a la mujer sentada, señalando frenéticamente el espacio abierto de la tela metálica, «¡OJO CON SUS CRÍOS, POR DIOS!»

Sus críos

BANG

Ciega de terror, Alice miró de soslayo, vio el hueco en la valla y salió corriendo hacia él. Les vio, de pie y a mitad del recorrido de la pendiente que conducía a la orilla. «¡Yvonne! ¡Ven aquí!», suplicó con toda la serenidad de la que era capaz.

Yvonne levantó la vista y se rió. «¡No!», gritó.

BANG

Terry llevaba un palo. Azotaba la hierba de la orilla, segándola.

Alice imploraba: «Os estáis perdiendo todos los dulces y refrescos. ¡Hay helados!»

Los ojos de los niños se iluminaron con el brillo de la expectación. Subieron deprisa y con impaciencia por la orilla y hacia la valla donde estaba ella. Alice quería darles una paliza, quería zurrarles

quería zurrarle a él

Alice Lawson prorrumpió en sollozos y estrechó a sus hijos en un abrazo asfixiante, sobándoles ansiosamente la ropa y el cabello.

«¿Dónde están los helados, mamá?», preguntó Terry.

«Ahora mismo vamos a por ellos, hijo», jadeó Alice, «ahora mismo vamos a por ellos.»

Davie y Nessie Girvan observaron cómo aquella mujer destrozada se alejaba tambaleándose con sus hijos, cogidos firmemente de la mano, tan inquietos y llenos de vida como completamente aniquilada estaba ella.

CARL EWART

EL TALLER

Las partículas de acero limado inundaban el ambiente y formaban una espesa polvareda. Duncan Ewart las notaba en los pulmones y en las fosas nasales. Se acostumbraba uno al olor; sólo se era consciente de él cuando competía con otros. Ahora pugnaba con el olor, mejor recibido, del bizcocho con crema que el aire transportaba desde la cantina hasta el taller. Cada vez que se abrían las puertas giratorias de la cocina, Duncan recordaba que la hora del almuerzo se aproximaba y que el fin de semana estaba más cerca.

Manejaba el torno con destreza, trampeando un poco, levantando ligeramente el protector para obtener mejor ángulo en relación con la pieza de metal que estaba torneando. Resultaba perverso, pensó, pero en su papel de *shop steward*[3] le habría echado una bronca de cuidado a cualquiera que intentase atajar a base de incumplir las normas de seguridad de aquella forma. ¿Arriesgarse a perder unos dedos por culpa de una prima a cuenta de un montón de accionistas ricos que vivían en Surrey o algún lugar así? A la mierda, eso era de locos. Pero así era el trabajo, así era el proceso real de su ejecución. Era tu propio mundo y vivías en él de forma casi exclusiva desde las nueve hasta las cinco y media. Procurabas hacerlo más llevadero por todos los medios posibles.

Una forma borrosa situada en el perímetro de su campo visual empezó a hacerse más nítida cuando pasó por delante de él Tony Radden, sin gafas ni guantes. Duncan le echó un vistazo a su nuevo reloj de la era espacial. Las 12.47. ¿Qué cojones? Eran casi menos diez. Casi hora de comer. Duncan volvió a plantearse el dilema al que se enfrentaba y con el que se había encontrado muchos viernes por la mañana.

El nuevo single de Elvis, *The Wonder of You*, salía a la venta hoy. Lo habían estado pinchando durante toda la semana en Radio One. Sí, el Rey había vuelto a lo grande. *In the Ghetto y Suspicious Minds* eran mejores, pero las dos se quedaron en el número dos. Ésta era: más comercial, una balada que animaba a corearla, y a Duncan le parecía que llegaría hasta el primer puesto de las listas. En su cabeza oía a la gente, borracha, acompañándola con la voz y bailando lentas a su son. Si conseguías que la gente cantara y bailara, es que ibas a triunfar. La hora de la comida duraba sesenta míseros minutos y el autobús número Uno hasta la tienda de discos Leith and Ards tardaba quince minutos de ida y otros tantos de vuelta. Tiempo suficiente para comprar el disco y hacerse con un bollo relleno y una taza de té en el Canasta. Se

trataba de una disyuntiva clara entre adquirir el single y disfrutar pausadamente de una empanada y una pinta en el Speirs's Bar, el pub más cercano a la fábrica. Pero ahora los provocativos aromas de la cantina proclamaban que era viernes, y la perspectiva del gran papeo empezaba a materializarse. Siempre hacían un esfuerzo extra los viernes, porque era entonces cuando uno se sentía más tentado de irse a comer al pub, lo cual convertía al rendimiento elevado y la última tarde de la semana en un matrimonio muy mal avenido.

Duncan apagó la máquina. Elvis Aaron Presley. El Rey. No había color. El disco había de ser. Volvió a mirar el reloj y decidió salir directamente sin quitarse el mono, fichando apresuradamente y esprintando para coger el autobús junto a la puerta de la fábrica. Duncan había negociado con la dirección para que pusieran taquillas, de modo que los trabajadores pudieran viajar «de paisano» y ponerse luego la ropa de trabajo. En la práctica, pocos, incluido él, se molestaban en hacerlo, salvo si iban a ir directamente al centro los viernes después de trabajar. Sentándose en la planta superior al fondo y recobrando el aliento, Duncan encendió un Regal, pensando que si se hacía con una copia de *The Wonder of You* la pincharía aquella noche en el Tartan Club con María. El ronroneo del motor del vehículo parecía hacerse eco de su satisfacción mientras tomaba el sol entre el aire viciado.

Sí, el fin de semana que se avecinaba tenía cada vez mejor pinta. El Kilmarnock jugaba en Dunfermline por la mañana y Tommy McLean estaba en forma otra vez. El Hombrecito suministraría los pases con los que se pondrían las botas Eddie Morrison y el nuevo fichaje, Mathie. Mathie y el otro jovenzuelo, McSherry se llamaba, parecían ambos buenas promesas. A Duncan siempre le había gustado ir a Dumfermline, pues los consideraba como una versión costa este del Kilmarnock; ambos eran equipos de pequeñas ciudades de los distritos mineros que habían tocado la auténtica gloria en los diez últimos años y que habían batallado contra algunos de los mejores equipos de Europa.

«Estos puñeteros autobuses no valen para nada», dijo a voz en grito un tipo mayor que llevaba gorra de visera y fumaba Capstan, interrumpiendo su reflexión. «Veinticinco minutos llevo esperando. Nunca debieron quitar los tranvías.»

«Desde luego», sonrió Duncan, retornando lentamente a sus previsiones acerca del fin de semana.

«Nunca debieron quitar los tranvías», repitió el vejete para sus adentros.

Desde que se exilió en Edimburgo, por lo general Duncan dividía su tarde del sábado entre Easter Road y Tynecastle. Siempre había preferido este último, no porque le quedara más a mano sino porque siempre le traía recuerdos de aquel gran día de 1964 cuando, durante el último partido de la temporada, los Hearts sólo tenían que empatar en casa con el Kilmarnock para ganar el campeonato. Incluso podían permitirse perder uno-cero. El Kilmarnock necesitaba ganar por dos goles para alzarse con la victoria por primera vez en su historia. Nadie fuera de Ayrshire pensaba que tuvieran gran cosa que hacer, pero cuando Bobby Ferguson efectuó

aquella gran parada ante Alan Gordon, Duncan sabía que aquél iba a ser su día. Y cuando se quedó por ahí bebiendo durante tres días, Maria no se quejó.

Acababan de comprometerse, así que era pasarse mucho, pero ella se lo tomó bien. Eso era lo que le maravillaba de ella, que lo entendía; sabía lo que significaba para él y sin que él tuviera que decirlo, sabía que él no era un aprovechado.

The Wonder of You. Duncan pensó en Maria, en la magia que le transmitía, en lo afortunado que había sido al encontrarla. En cómo le pondría la canción aquella noche, a ella y al peque. Bajándose en Junction Street, Duncan pensó en cómo la música siempre había sido el eje de su vida, en cómo siempre palpitaba de emoción infantil cuando se trataba de comprar un disco. Todas las semanas era el día de Navidad. Aquella sensación de expectación: no se sabía si tendrían lo que uno quería, si se habría agotado o qué. Incluso podía tener que irse a encargarlo a Bandparts el sábado por la mañana. A medida que iba acercándose a Ards, empezaba a sentir un nudo en la garganta y un palpitar en el corazón. Tirando del pomo de la puerta, entró y se dirigió al mostrador. Allí estaba Big Liz, con una gruesa capa de maquillaje y los cabellos tiesos y enlacados, se le iluminó la cara al reconocerle. Le mostró una copia de *The Wonder of You*. «Pensé que quizá estuvieras buscándolo, Duncan», dijo, cuchicheando a continuación: «Lo guardé para ti.»

«Ay, estupendo Liz, eres genial», sonrió él, desprendiéndose con impaciencia de su billete de diez chelines.

«Me debes una copa, eh», dijo ella enarcando las cejas, subrayando seriamente su palique coquetón.

Duncan forzó una sonrisa evasiva. «Si llega al número uno», contestó, tratando de no sonar tan desconcertado como se sentía. Dicen que siempre te tiran más los tejos cuando te casas, y era cierto, meditó. O quizá sólo fuera que te fijabas más.

Liz se rió con excesivo entusiasmo ante aquella respuesta forzada, haciendo que Duncan sintiese aún más ganas de abandonar la tienda. Mientras salía por la puerta la oyó decir: «¡Te recordaré lo de esa copa!»

Duncan se sintió algo incómodo durante otro par de minutos. Pensó en Liz, pero incluso aquí, en la calle que daba a la tienda de discos, era incapaz de recordar el aspecto que tenía. Ahora sólo veía a Maria.

Pero había conseguido el disco. Era un buen augurio. Seguro que el Kilmarnock ganaría, aunque con los cortes del suministro eléctrico no se sabía cuánto duraría el fútbol, pues pronto empezaría a anochecer temprano. Sin embargo, era un pequeño precio a pagar por librarse de aquel hijoputa de Heath y de los *tories*. Era cojonudo que aquellos mamones ya no pudieran seguir vacilándoles a los trabajadores.[4]

Sus padres, decididos a que no siguiera los pasos de su padre y tuviera que bajar a la mina, habían hecho muchos sacrificios. Insistieron en que cursara un aprendizaje y aprendiera un oficio. Así que enviaron a Duncan a vivir con una tía suya en Glasgow mientras cumplía el período estipulado en un taller de Kinning Park.

Glasgow era grande y tosca, y para su sensibilidad pueblerina resultaba

emocionante y violenta, pero él caía bien y era popular en la fábrica. Su mejor amigo en el trabajo era un tío llamado Matt Muir, de Govan, que era un seguidor fanático de los Rangers y un comunista de los de carné. En su fábrica todo el mundo apoyaba a los Rangers, y en tanto que socialista, sabía, cosa que le avergonzaba, que tanto él como sus compañeros de trabajo habían accedido al aprendizaje gracias a los contactos de su familia con la masonería. Su propio padre no veía contradicción alguna entre el socialismo y la masonería, y muchos de los parroquianos de Ibrox de la fábrica eran socialistas en activo, e incluso en algunos casos, como el de Matt, comunistas de carné. «Los primeros hijos de puta en llevarse lo suyo serán esos cabrones del Vaticano», explicaba con entusiasmo, «esos cabrones van a ir derechitos al paredón.»

Matt mantenía a Duncan al tanto de las cosas que contaban: cómo vestir, a qué salas de fiestas ir, quiénes eran los navajeros y, cosa importante, quiénes eran sus novias y con quién, por consiguiente, debía evitar bailar. Hicieron un viaje a Edimburgo una noche con unos compañeros, fueron a aquella sala de fiestas en Tollcross y vio a la chica del vestido azul. Cada vez que la miraba, se sentía como si le arrancaran hasta el último aliento.

Aunque Edimburgo parecía más relajado que Glasgow, y según Matt las cuchillas y las navajas eran algo excepcional, hubo un alboroto. Un tío fornido le dio un puñetazo a otro tipo y quiso repetir. Duncan y Matt intervinieron y lograron ayudar a calmar las cosas. Afortunadamente, uno de los agradecidos beneficiarios de su intervención fue un tío que iba con la misma cuadrilla que la chica que había hipnotizado a Duncan durante toda la noche, cuya timidez le había impedido sacarla a bailar. Entonces pudo ver a Maria, a quien el trazo de sus pómulos y la costumbre de bajar la vista le proporcionaba una apariencia de arrogancia que la conversación con ella disipaba rápidamente.

Aún mejor, el tío del que se había hecho amigo se llamaba Lenny, y era el hermano de Maria.

Oficialmente Maria era católica, aunque su padre había dejado de asistir a misa y profesaba a los curas un resentimiento cuyos orígenes eran desconocidos. Con el tiempo su mujer y sus hijos acabaron haciendo otro tanto. Con todo, a Duncan le preocupaba la reacción de su familia ante la boda y se sintió impelido a bajar a Ayrshire a discutirlo con ellos.

El padre de Duncan era un hombre tranquilo y reflexivo. A menudo la gente confundía su timidez con brusquedad, una impresión acentuada por su tamaño (medía más de dos metros), que Duncan había heredado junto con su cabello rubio pajizo. Su padre escuchó su declaración en silencio, asintiendo de vez en cuando con la cabeza para expresar su acuerdo. Cuando por fin habló, su tono era el de un nombre que sentía que había sido groseramente malinterpretado. «Yo no odio a los católicos, hijo», insistió su padre. «No tengo nada en contra de la religión de nadie. A quienes odio es a esos cerdos del Vaticano, a esa escoria que mantiene a la gente oprimida y

en la ignorancia para poder seguir llenando sus cofres.»

Tranquilizado sobre este aspecto, Duncan decidió ocultarle al padre de Maria su condición de masón, pues parecía detestar a los masones con la misma intensidad que a los curas. Se casaron en la Oficina de Registros de los edificios Victoria de Edimburgo y celebraron una recepción en las habitaciones del piso superior de un pub de la zona de Cowgate. A Duncan le inquietaba la posibilidad de un discurso anaranjado[5] o incluso rojo por parte de Matt Muir, de modo que le pidió a Ronnie Lambie, su mejor amigo del colegio cuando vivía en Ayrshire, que hiciera los honores. Por desgracia, Ronnie se había emborrachado bastante, y pronunció un discurso anti-Edimburgo que molestó a algunos de los invitados y más tarde, según iba corriendo la bebida, precipitó un pugilato. Duncan y Maria tomaron aquello como la señal esperada para marcharse con destino a la habitación que habían reservado en una casa de huéspedes de Portobello.

De vuelta en la fábrica y de nuevo ante la máquina, Duncan cantaba *The Wonder of You*, cuya melodía daba vueltas en su cabeza mientras el metal cedía ante el filo cortante del torno. Entonces la luz de las enormes ventanas de arriba se convirtió en sombra. Había alguien de pie junto a él. Apagó la máquina y levantó la vista.

Duncan no le conocía demasiado bien. Le había visto en la cantina y en el autobús; era evidente que no fumaba, pues siempre se sentaba en la parte de abajo. Duncan tenía la impresión de que vivían en la misma barriada, ya que aquel hombre bajaba en la parada anterior a la suya. Mediría alrededor de un metro ochenta, tenía el pelo castaño corto y unos ojos inquietos. Por lo que Duncan recordaba, hacía gala habitual de una conducta alegre y tosca que no casaba con su aspecto: era lo suficientemente apuesto —en términos convencionales— como para tener un comportamiento narcisista. Ahora, sin embargo, aquel hombre se encontraba ante él en un estado de extrema agitación. Perturbado y ansioso, le dijo impulsivamente: «¿Duncan Ewart? *¿Shop steward?*»

Ambos reconocieron lo boba que sonaba aquella rima y sonrieron.

Pero al cabo de un momento el hombre ya no se reía. Jadeando y sin aliento, le dijo: «Wullie Birrell. Mi mujer…, Sandra…, está de parto… Abercrombie… no me deja subir al hospital…, hay gente con la baja…, el pedido de Crofton…, dice que si me largo del puesto, me largo para siempre…»

En un par de latidos, la indignación consiguió alojarse en el pecho de Duncan como una afección bronquial. Hizo rechinar un segundo los dientes, y a continuación habló con sosiego y autoridad. «Tú ve a ese hospital ahora mismo, Wullie. Sólo hay uno que se va a largar de aquí para siempre, y ése es Abercrombie. ¡Puedes tener la certeza de que recibirás una disculpa en toda regla por esto!»

«¿Debería fichar o no?», preguntó Wullie Birrell con un estremecimiento del párpado que hizo que su expresión se crispase.

«No te preocupes por eso, Wullie, tú vete. Coge un taxi y pídele al conductor una factura, que yo se la pasaré al sindicato.»

Wullie Birrell asintió con un gesto de agradecimiento y se marchó apresuradamente. Ya había salido de la fábrica cuando Duncan dejó sus herramientas y caminó lentamente hacia el teléfono de la cantina, llamando primero al presidente de los *shop stewards* y luego al secretario local del sindicato, mientras en sus oídos resonaba el repicar metálico de las ollas y los cubiertos. Después fue directamente a ver al señor Catter, el gerente de la fábrica, y presentó una queja formal.

Catter escuchó con calma pero con creciente preocupación la queja de Duncan Ewart. Había que terminar el pedido de Crofton, era fundamental. Y Ewart, bueno, podía conseguir que todos los hombres que había en el taller abandonaran el trabajo en apoyo del tal Birrell. ¿En qué demonios andaría pensando ese payaso de Abercrombie? Sin duda, Catter le había dicho que se asegurase por todos los medios necesarios de terminar aquel pedido, y sí, ésos eran los términos que había usado, pero evidentemente el muy idiota había perdido todo vestigio de sentido común y de perspectiva.

Catter estudió al hombre alto y de aspecto franco que tenía enfrente. Se había topado muchas veces con tipos duros con una agenda oculta en el papel de *shop steward*. Le odiaban a él; detestaban a la compañía y todo lo que representaba. Ewart no era de ésos. Sus ojos poseían un brillo cálido, una especie de tranquila rectitud que, cuando uno se enfrentaba a ella durante un rato, parecía tener más que ver con la travesura y el buen humor que con la ira. «Parece ser que ha habido un malentendido, señor Ewart», dijo lentamente Catter, desplegando una sonrisa que esperaba fuera contagiosa. «Le explicare la situación al señor Abercrombie.»

«Muy bien», asintió Duncan, añadiendo tras una pausa: «Se agradece.»

Por su parte, a Duncan le caía bastante bien Catter, que siempre le había parecido un hombre de talante fundamentalmente justo y equitativo. Cuando le tocaba imponer los dictados más estrafalarios procedentes de las altas esferas, se notaba que no lo hacía con mucho entusiasmo. Y no debía de ser muy grato tratar de mantener a raya a los chalados como Abercrombie.

Abercrombie. Vaya majaron.

Durante el camino de vuelta al taller, Duncan Ewart no pudo resistir la tentación de asomar la cabeza por la cabina —aislada del taller— que Abercrombie llamaba su oficina. «¡Gracias, Tam!»

Abercrombie levantó la vista de las hojas de trabajo extendidas sobre su mesa y le miró. «¿Gracias por qué?», preguntó, intentando fingir sorpresa, pero con la cara colorada. Le habían acosado, le estaban presionando y no había pensado con lucidez cuando lo de Birrell. Y le había hecho el juego a ese bolchevique cabrón de Ewart.

Duncan Ewart sonrió con gesto grave. «Por tratar de retener a Wullie Birrell un viernes por la tarde, cuando los muchachos se mueren de ganas de dejar las herramientas. Muy buena gestión. Ya lo he arreglado, acabo de decirle que se marchara», añadió con presunción.

En el pecho de Abercrombie estalló una bola de odio que llegó hasta las puntas de

los dedos de sus extremidades. Empezó a ruborizarse y a estremecerse. No podía remediarlo. Aquel hijoputa de Ewart: ¿quién cojones creía que era? «¡En este puto taller mando yo! ¡Más vale que no lo olvides!»

Duncan sonrió burlonamente ante el pronto de Abercrombie. «Disculpa, Tam, ahí llega la caballería.»

En aquel momento Abercrombie se arrugó, no ante las palabras de Duncan sino ante la visión de un Catter de expresión pétrea a sus espaldas, como si todo hubiera estado dispuesto de antemano. Peor aún, entró en la cabina con el presidente de los *shop stewards* Bobby Affleck. Affleck era un toro humano con un porte ferozmente intimidatorio hasta cuando se hallaba levemente irritado. Pero en aquel momento —Abercrombie lo notó de inmediato— el presidente se hallaba en un estado de furor incandescente.

Duncan le sonrió a Abercrombie y le guiñó el ojo a Affleck antes de marcharse y cerrar la puerta a sus espaldas. La delgada puerta de contrachapado resultó ser una barrera muy pobre frente al sonido de la furia de Affleck.

Milagrosamente, todos los tornos y taladros del taller se apagaron, uno detrás de otro, dando paso al sonido de la risa, que inundó el taller de hormigón pintado de gris como un torrente de colores primaverales.

DOS REALES PLAGAS

Duncan Ewart había colocado a su hijo Carl encima del aparador para que bailase un tema de Count Basie. Aquel fin de semana ya le habían dado bastante tute a Elvis y Duncan se había tomado una buena copa a su salud, pues acababa de volver de Fife, donde Kilmarnock y Dunfermline habían empatado. Él y su hijo estaban ahora a la misma altura, y el chico imitaba su forma de bailar. Maria entró al cuarto de estar y se unió a ellos. Cogió al vivaracho chiquillo del aparador y le llevó por toda la habitación mientras cantaba «La sangre real se da en dosis muy pequeñas, yo tengo dos plagas reales, tengo a Carl, tengo a Duncan…».

El chico tenía el cabello rubio pajizo de los Ewart. Duncan se preguntó si Carl acabaría o no cargando con su propio mote en la fábrica, «Pelopaja», cuando empezara a ir al colegio. Duncan esperaba, mientras Maria depositaba al chico en el suelo, que ninguno de los dos necesitara gafas. Notando cómo los brazos de Maria envolvían su cintura, Duncan se volvió; compartieron un abrazo y un largo beso. Carl no sabía qué hacer y, sintiéndose excluido, se abrazó a las piernas de ambos.

Sonó el timbre de la puerta y Maria fue a abrir mientras Duncan aprovechaba la oportunidad para volver a poner a Elvis, esta vez *In the Ghetto*.

Maria vio a un hombre de mandíbula cuadrada y aspecto ligeramente sobresaltado en la escalinata. Le era desconocido y sostenía en la mano una botella de whisky y un dibujo que al parecer había hecho un niño. Era evidente que se hallaba algo bebido y eufórico, aunque un poco cohibido. «Eh, disculpe señora, eh.… Ewart, eh, ¿está su marido en casa?», preguntó.

«Sí, espere un momento», dijo Maria, llamando a Duncan, que enseguida hizo pasar a Wullie Birrell, presentándole a Maria como un amigo del trabajo.

Wullie Birrell se sintió halagado aunque un pelín avergonzado ante la confianza que Duncan mostraba con él. «Señor Ewart, eh, Johnny Dawson me dio su dirección…, sólo he venido a darle las gracias por lo del otro día», dijo Wullie tosiendo nerviosamente. «Me dijeron que Abercrombie quedó en ridículo.»

Duncan sonrió, aunque a decir verdad se había sentido un poco culpable por la parte que le había correspondido en la humillación de Abercrombie. Aquel hombre merecía que le bajaran los humos y sí, Duncan quiso recrearse. Después vio la expresión de dolor en el rostro de Abercrombie mientras cruzaba el aparcamiento a la hora de terminar. Normalmente Tam Abercrombie era el último en marcharse pero

aquel día no veía el momento de salir por la puerta. Una de las cosas que el padre de Duncan le había dicho era que no se precipitara demasiado a la hora de juzgar a los demás, incluso a los enemigos. Nunca se sabía la clase de mierda con la que podían tener que lidiar en sus propias vidas. Había algo en Abercrombie, algo triturado, y triturado por algo mucho más grande que los acontecimientos de aquel día.

Que se joda, la mujer de Wullie Birrell estaba de parto. ¿Quién cojones era Abercrombie para decirle que no podía estar con ella? «No se merece otra cosa, Wullie», sonrió Duncan de forma mordaz, «y llámame Duncan, por Dios. La verdad es que el tiparraco no quedó demasiado contento, pero no le nombremos en esta casa. ¿Qué tal está la parienta? ¿Alguna novedad?», preguntó, mirando a Wullie de arriba abajo. Conocía la respuesta.

«Ha sido un chico. Tres kilos y medio. Es nuestro segundo hijo varón. Salió pataleando y chillando y desde entonces no ha parado», explicó Wullie con una sonrisa nerviosa. «No como el primero. Ése es tranquilo. Tendrá la misma edad que éste», comentó, sonriéndole a Carl, que estudiaba al desconocido, aunque sin despegarse de su madre. «¿Tienes alguno más?»

Duncan se rió estrepitosamente y Maria entornó los ojos. «Con éste tenemos más que suficiente», le dijo Duncan, bajando la voz a continuación. «Íbamos a dejarlo todo antes de que apareciera él, sacarnos dos billetes para América, alquilar un coche y atravesar todo el país. Ver Nueva York, Nueva Orleans, Memphis, Nashville, Vegas, toda la pesca. Entonces fue cuando tuvimos nuestro pequeño accidente», dijo acariciando la mata de pelo casi blanca de Carl.

«Deja de llamarle así, Duncan, acabara sintiéndose no deseado», cuchicheó Maria.

Duncan miró a su hijo. «Nah, no podríamos desanimar a nuestro loquito, ¿verdad que no, amigo?»

«Pon a Elvis, papá», le urgió Carl.

A Duncan le encantaban las incitaciones del chico. «Gran idea, hijo, pero voy a por unas cervezas y unos vasos y brindaremos por la criatura. ¿Te parece bien una Export, Wullie?»

«Sí, perfecto, y de paso trae unos vasos pequeños para este whisky.»

«Me parece estupendo», asintió Duncan, dirigiéndose a la cocina y haciéndole un guiño a Maria mientras Carl le seguía.

Casi disculpándose, Wullie le tendió a Maria el dibujo que sostenía. Era el dibujo infantil de una familia, hecho a base de globos y palitos. Maria miró al trasluz y estudió las palabras que lo acompañaban.

Era una historia

un bebé nuevo por William Birrell cinco años escuela primaria de saughton contado a Wendy hines once años y escrito por Bobby Sharp ocho años

me llamo William pero me llaman Billy mi papá también es Billy y vamos a tener un bebé, me gusta el fútbol y los Hibs son el mejor equipo papá me llebará a verlos pero no al bebé porque todavía esta en la cuna aun jugaran con san johnson mamá tiene un fogón y su nombre es Sandra Birrell esta gorda por el bebé.

bivo en una casa grande con una ventana tengo una novia que se llama Sally tiene siete años en una gran clase el señor colins bive al lado y es biejo

«Está muy bien», le dijo Maria.

«Ese colegio es estupendo. Consiguen que todos los críos de distintas edades ayuden a los maestros con los más pequeños», explicó Wullie.

«Muy bien, porque el nuestro empezará en cuanto acabe el verano», le contó Maria. «El mayor debe de ser muy listo», le halagó ella.

El orgullo y la bebida conspiraron para dotar al rostro de Wullie de un sano rubor. «Lo hizo para darme la bienvenida cuando volví del hospital. Sí, creo que Billy será el más sesudo, y éste, que se va a llamar Robert, será el peleador. Sí, salió pataleando y chillando, desgarró de mala manera a la parienta…», dijo Wullie, ruborizándose después a causa de la presencia de Maria, «eh, lo siento…, quise decir…»

Maria se limitó a reírse de buena gana, despidiéndole con un gesto de la mano mientras Duncan volvía con las copas sobre una bandeja de Youngers que se llevó del Tartan Club una noche que iba borracho.

Billy Birrell había empezado a ir al colegio el año anterior. Wullie estaba orgulloso de su hijo, aunque tenía que estar constantemente pendiente de él con las cerillas. El chiquillo parecía obsesionado con el fuego, encendiéndolo en el jardín, en el erial, en cualquier sitio donde pudiera. Una noche casi incendió la casa.

«Pero es bueno que le guste el fuego, Wullie», dijo Duncan, al que le iba haciendo efecto la bebida, mientras rellenaba el vaso. «Apolo, el dios del fuego, es también el dios de la luz.»

«Estupendo, porque si llegan a arder esas cortinas, habría habido luz para rato.»

«Es el ímpetu revolucionario, Wullie, a veces hay que dejar que arda todo sin más, antes de poder volver a empezar», se rió Duncan mientras servía más whisky.

«Tonterías», se mofó Maria, observando con gesto torcido la generosa ración que Duncan se había servido, mientras echaba gaseosa al vaso para diluir el alcohol.

Duncan le pasó otro vaso a Wullie. «Sólo estoy diciendo que… el sol tiene que ver con el fuego, pero también con la luz y la curación.»

Maria no cedía un milímetro. «A Wullie le habría hecho buena falta la curación si llega a despertarse con quemaduras de tercer grado», le dijo.

Wullie se sintió culpable de mostrarse involuntariamente duro con su hijo delante de una gente a la que apenas conocía. «Es un buen chico pero, ya sabéis, uno trata de

enseñarles a distinguir el bien del mal…», dijo arrastrando las palabras; ahora empezaba a ser él quien acusaba el efecto del alcohol y del cansancio.

«Ahora vivimos en un mundo muy complicado, no se parece al mundo en el que crecimos nosotros. Ya no sabe uno qué enseñarles. Quiero decir, hay cosas básicas como respaldar a los colegas, respetar siempre un piquete…»

«No pegarle jamás a una chica», asintió Wullie.

«Desde luego», reconoció Duncan con gesto severo mientras María le miraba con una expresión que decía tu-intentalo-colega. «Nunca chotes a nadie a la policía…»

«… ni amigo ni enemigo», añadió Wullie.

«Eso creo que haré, cambiar los diez mandamientos por los míos propios. Serían mejores para los críos que el Spock ese o cualquiera de ellos. Comprar un disco todas las semanas, ése sería uno de ellos…, no puedes dejar que pase una semana sin la esperanza de escuchar una buena melodía…»

«Si quieres darle a tus hijos algún código vital, ¿qué tal "intenta no forrarles demasiado el bolsillo a los fabricantes de cerveza y los corredores de apuestas"?», se rió Maria.

«Algunas cosas son mucho más difíciles que otras», se arriesgó a decirle Duncan a Wullie, que asintió sabiamente.

Se quedaron levantados la mayor parte de la noche, bebiendo y recordando viejas historias acerca de dónde habían salido antes de los programas de demolición y reconstrucción de los barrios pobres. Todos estuvieron de acuerdo en que eran lo mejor que les había ocurrido a las clases trabajadoras. Maria era una muchacha de Tollcross, mientras que Wullie y su esposa eran de Leith pasando por las casas prefabricadas de West Granton. Les habían ofrecido Muirhouse pero se quedaron con ésta porque quedaba más cerca de la casa de la madre de Sandra, que vivía en Chesser y había estado enferma.

«Vivimos al otro lado, en la parte más vieja de la barriada», dijo Wullie en una semidisculpa, «no es tan elegante como esto.»

Duncan intentó no sentirse superior, pero el consenso en aquella zona era ése: los pisos más nuevos eran los mejores. Los Ewart, como otras familias de la zona, disfrutaban de su piso ventilado. Todos sus vecinos comentaban lo de la calefacción subterránea, con la que podía calentarse el piso con sólo darle a un interruptor. El padre de Maria acababa de fallecer a causa de una tuberculosis provocada por los húmedos alojamientos de Tollcross; ahora todo aquello pertenecía al pasado. A Duncan le encantaban aquellas grandes baldosas calientes debajo de la alfombra. Colocabas los pies debajo de la alfombra junto al fuego y era como vivir a todo tren.

Entonces, cuando llegó el invierno y las primeras facturas por correo con él, los sistemas de calefacción central de la barriada se apagaron, sincronizados hasta tal punto que era casi como si estuvieran controlados por un solo interruptor principal.

ANDREW GALLOWAY

EL HOMBRE DE LA CASA

Fue cuando era uno de los mejores momentos cuando estaba arrodillado en el suelo y tenía el cómic puesto sobre una de las sillas grandes para que nadie me molestara y una galleta de chocolate y un vaso de leche sobre el taburete y mi papá estaba sentado en la otra silla leyendo el periódico y mi mamá estaba haciendo el té; mi mamá es la mejor cocinera del mundo porque sabe hacer las mejores patatas fritas y mi papá también es el mejor papá del mundo porque podría zurrar a cualquiera y una vez iba a zurrar a Paul McCartney porque a mi mamá le gusta; quería casarse con ella pero papá se casó con ella primero y si no lo hubiera hecho yo habría sido uno de los Beatles.

Sheena está en la cuna… haciendo ruido, con la cara colorada. Llora que te llora… así es ella y a veces llora siempre, como en Navidad, dice mi papá, no como yo que soy mayor, ¡ahora voy al cole!

Estuve en la guerra.

Terry lloró en el cole el primer día yo nunca lloré pero Terry sí, Terry-el-llorica… sentado en la tarima donde la señorita Munro tenía la mesa y venga a llorar.

La señorita Munro lo sentó en sus rodillas y eso fue una suerte para Terry. Yo me voy a casar con la señorita Munro porque huele bien y es amable y le di un abrazo a Terry porque es mi amigo y le dije que intentara ser un chico grande y Terry tenía miedo de que su mamá no volviera pero yo sabía que la mía sí porque había dicho que iríamos a tomar un helado a Mr Whippy’s.

La tía Mary tenía un canario…

¡A Paul McCartney le vamos a zurrar! ¡Mi papá y yo le vamos a zurrar! ¡Pum! ¡Paf!

La señorita Munro dijo no pasa nada Terry, aquí está Andrew. Yo era mayor.

Se le subió por las bragas…

Hundirle la cabeza. Si me enfadara de verdad podría zurrar a todos los Beatles.

Mi papá me llama Daniel el Travieso porque quiero tener un perro como el suyo pero mi mamá dice que no hasta que Sheena sea mayor porque algunos perros se comen a los bebés. Será por eso que les huele tan mal el aliento, porque los bebés huelen a pis y potas. Los perros tendrían que comer verdura y patatas y hamburguesas de las buenas, no de las baratas.

… no bajaba hasta el mes de junio…

Me comí la galleta, me la comí porque era de las buenas que saben a trigo con el chocolate bien espeso. Las baratas nunca están tan buenas. Llamaron a la puerta. Mi papá fue a abrir. Cuando volvió, entraron con él dos hombres porque eran policías y uno parecía malo, el otro era bueno porque me sonrió y me acarició la cabeza. Mi papá dice que tenía que marcharse, que tenía que marcharse a ayudar a los policías, pero que volvería pronto.

Paul McCartney y mi mamá no pueden tener un bebé porque ahora tenemos a Sheena y está en la cuna.

Se sentó en el fogón y se quemó el culo…

Mi mamá está llorando, pero papá dice que no pasa nada. Me dice: «Tengo que irme a ayudar a estos policías. Tú cuida de tu madre y haz lo que te diga. Recuerda, eres el hombre de la casa.»

… y ése fue el fin de sus bragas…

Cuando se marchó, mi mamá me sentó en sus rodillas y me abrazó y la oí llorar, ¡pero yo no lloré porque soy un chico grande y no lloro nunca! Al principio fue un poco triste porque tenía mi cómic y se suponía que tenía que ser el mejor rato, justo después del cole, antes de cenar, pero no lloré porque sabía que mi papá volvería pronto, una vez que hubiese ayudado a los policías a encerrar a los malos y les ayudaría a zurrarlos y yo le ayudaría porque zurraría a Paul McCartney si intentaba hacerse novio de mi mamá y aunque mi papá estuviera fuera mucho tiempo a mí no me importaba, porque entonces yo sería el hombre de la casa.

. Los 80: La última cena (de fish and chips)

El edificio entero parecía silbar y temblar al atravesarlo las corrientes de aire frío, que lo dejaban atrás, chirriante y lleno de goteras, como si de un bogavante arrojado a una olla de agua hirviendo se tratase. Aquellas ráfagas de viento sucio y frío a alta presión procedentes de la tempestad exterior se colaban implacablemente a través de las grietas en los marcos de las ventanas y por debajo de los alféizares, a través de los respiraderos y los espacios que había entre las tablas del suelo.

De repente, con un trallazo enérgico y desdeñoso, y arrastrando un montón de latas y de basura a su paso, el viento se dignó cambiar de dirección, dándole un respiro a Sandra. En el momento en que las fibras de su cuerpo y de su ánimo parecían a punto de relajarse, en las calles del exterior hicieron acto de presencia unos borrachos, rellenando el vacío silencioso, ocupándolo con sus gritos y sus sonsonetes. El viento y la lluvia habían amainado, así que podían volver a casa. Pero aquellos buhoneros de la miseria siempre parecían detenerse ante su portal, y había un tipo particularmente persistente que, sin darse cuenta, le había enseñado todas y cada una de las estrofas y estribillos de *Hearts Glorious Hearts* durante los últimos meses.

Antes todo aquel ruido no le molestaba nunca. Ahora ella, Sandra Birrell, madre y esposa, era la única persona que vivía en este lugar que no dormía por las noches. Los chicos dormían como troncos; a veces ella iba a comprobarlo, para maravillarse de su serenidad y de cómo iban creciendo.

Billy se marcharía pronto, estaba segura. Aunque sólo tenía dieciséis años conseguiría su propio sitio antes de que pasaran un par de años. Se parecía muchísimo a su marido de joven, aunque su cabello estuviera más próximo al tono rubio de ella. Billy era duro y reservado, tenía su propia vida y la custodiaba celosamente. Ella sabía que había chicas revoloteando a su alrededor, pero encontraba difícil lidiar con su falta de expresividad, aun cuando le maravillasen sus detalles de amabilidad no solicitada, no sólo los que tenía con ella, sino también con los parientes y vecinos. Se le podía ver, en un jardín que había donde las casas de los pensionistas de guerra, cortando el césped y negándose rotundamente, con un ademán de su cabeza de pelo rapado muy corto, a aceptar dinero alguno a cambio. Y también estaba Robert: era un potrillo alto y delgado, pero crecía con rapidez. Un soñador, sin el sentido práctico y la voluntad que caracterizaban a Billy, pero al igual que éste, reticente a compartir los secretos de su mente. Cuando él se marchase, ¿qué les quedaría a ella y su marido, Wullie, que dormía profundamente a su lado? ¿Qué sería ella entonces? ¿Sería la vida después de ellos como la vida antes de ellos? ¿Volvería a

parecerse a Sandra Lockhart?

Resultaba demencial, pero ¿qué le había sucedido a Sandra Lockhart? La hermosa rubia que sacaba tan buenas notas, que había asistido a Leith Academy mientras el resto de su familia, los Lockhart de Tennent Street, habían ido todos a D. K. —David Kilpatrick's o «Daft Kids», chicos tontos, según la cruel denominación de los lugareños—. Sandra era la más joven del clan, la única criatura de aquella pandilla de sobrados expulsados de la parroquia que parecía destinada a llegar a alguna parte. Vivaz, chispeante y mimada, siempre pareció tener demasiados humos, y siempre daba la impresión de mirar por encima del hombro a todo el mundo que vivía en aquellas casas de vecinos del viejo puerto de donde era oriunda su familia. A todos menos a uno, y ése estaba tendido junto a ella.

Los borrachos ya se habían marchado y sus voces se desvanecieron en la noche, pero sólo para anunciar el retorno de los vientos flagelantes. Otra ráfaga feroz y la ventana se combó como el *wobble-board*, el improvisado instrumento musical del presentador infantil Rolf Harris, insinuando fugazmente el posible drama de la rotura, el único suceso que sin duda despertaría a su amodorrado marido y le obligaría a actuar, a hacer algo. Lo que fuese. Sólo para mostrar que estaban en el mismo barco.

Sandra le miró, dormido tan plácidamente como los muchachos de la habitación de al lado. Ahora era más corpulento y había perdido pelo, pero a diferencia de otros, no se había abandonado, y todavía se parecía al Rock Hudson de *Escrito sobre el viento*, la primera película decente que había visto de niña. Trató de pensar en su propio aspecto, y se palpó los michelines y la celulitis. La sensación de sus propias manos sobre su cuerpo le producía consuelo y repulsión a partes iguales. Dudaba de que aún siguiera recordándole a la gente a Dorothy Malone Así es como la llamaban entonces: «La Rubia de Hollywood.»

Marilyn Monroe, Doris Day, Vera Ellen; las había insinuado a todas con un peinado tras otro, pero a ninguna más que a Dorothy Malone en *Escrito sobre el viento*. Menuda broma. Por supuesto, ella nunca había sabido lo de aquel apodo en aquel entonces, en el Cappy y sitios por el estilo. De haberlo sabido, no habría habido quien la aguantase, se confesó Sandra a sí misma. Sólo Wullie le había dicho, poco después de que empezaran a salir, que iba con la chica que los demás tíos conocían como «La Rubia de Hollywood».

Con inesperada violencia, la lluvia azotó la ventana como si de piedras se tratase, con tal fuerza que su corazón pareció separarse en dos mitades, una de las cuales salió disparada hacia su boca, mientras la otra lo hacía hacia el estómago. Hubo un tiempo, pensó, en que todo aquello nada significaba: el viento, la lluvia, los borrachos de fuera. Ah, si Wullie se despertara y la abrazara y le hiciera el amor, como antes, a voces durante toda la noche. Ah, si ella pudiera cerrar la distancia que había entre ambos, desperezarle y pedirle que la abrazara. Pero de algún modo, no eran ésas las palabras que ninguno de los dos esperaba oír en sus labios.

¿Cómo se habían convertido los pocos centímetros que había entre ellos en

semejante abismo?

Tumbada en la cama mirando un techo anodino mientras el pánico la recorría en oleadas sucesivas, en la mente de Sandra se abrió una lisura deslumbrante. Casi podía sentir cómo, a través de ella, su cordura se deslizaba por un abismo, dejándola hecha una carcasa zombi. Y a punto estaba de abrazar ese estado, sin reticencias, sólo para ser como mi marido, Wullie, que dormía y dormía y dormía a través de todo el bullicio hasta que llegaba la mañana.

TERRY LAWSON

REFRESCOS

Stevie Bannerman es de un listillo que te cagas. Si él se queda sentado en la furgona todo el día no pasa nada; soy yo el que se queda fuera haga el tiempo que haga descargando putas cajas de la parte trasera de esta camioneta en medio de la lluvia, parando en los pubs y clubs y después yendo de puerta en puerta por las barriadas. Eso sí, no me puedo quejar; pasan cantidad de tías por delante y estar aquí en mitad del aire fresco comprobando el género es la sal de la vida. Ya lo creo.

Querían que me quedara además, decían que podría sacar un par de asignaturas si me lo proponía. Pero ¿para qué quieres quedarte en el colegio si allí ya te has follado a casi todas las tías que follan? Una puta pérdida de tiempo. Tendré que decírselo a mi colega Pelopaja.

Esta mañana estoy salido a tope. Siempre me pasa igual después de haber estado viendo pelis guarras en el Classic la noche anterior. Quería bajarme a casa de Lucy después, pero su viejo no me deja quedarme a pasar la noche. Encima que se supone que estamos prometidos. Ya habrá tiempo de sobra para eso cuando estéis casados, dice el cabrón. Ya, como que él y la madre de Lucy están todo el día chingando, ¿no?

Sí, claro.

Estamos de vuelta en la barriada y Stevie ha parado la camioneta junto al basurero. Se me acercan un par de vejestorios. Tienen unas bocas desdentadas que me recuerdan ese par de botas del desierto que tengo en el armario, las de la costura reventada. Me compré un par nuevo con la paga de mi primera semana de trabajo pero no me atrevo a tirar las viejas. «Dos botellas de naranjada, hijo», dice una de las marujas. Saco un par de botellas de Hendry's de la caja de arriba, cojo la libra y le doy el cambio. Lo siento, señora, sé la clase de zumo que necesita usted y no viene en putas botellas.

¡En cualquier caso, señora, no seré yo quien se lo dé!

Se marchan y entonces veo a una a quien puede que sí se lo dé. Conozco esa carita resplandeciente que está junto a mí, es Maggie Orr. Está con su colega, otro polvazo al que he visto por ahí pero a la que no conozco. Todavía no, en cualquier caso.

«Una botella de limón y una Coca-Cola», dice la pequeña Maggie. Va un curso por debajo de mí en la escuela. He visto más carne en el cuchillo de un carnicero. Solía darle de comer cuando era monitor del comedor escolar. Mi colega Carl,

Pelopaja, está tope cachondo por ella. Se pensaba que la tenía en el bote porque andaba por ahí con ella y con Topsy con ese conjunto de bobos en el que se supone que están metidos y la basca aquella del autobús de los Hearts. Oí que se puso un poco en ridículo delante de ella el sábado pasado. A lo mejor es por eso que tiene tantas ganas de venir a ver a los Hibs conmigo el sábado. Ya se sabe cómo le funciona la mente a ese capullo.

«Tengo entendido que te gusta la coca mogollón», le digo.

Ella no suelta prenda, no pilla la gracia, pero de todos modos se ruboriza un poco. Su colega también, pero hace como que el sol la fuerza a mirar de soslayo, llevándose la mano a la cara. Pelo negro largo, ojos morenos y unos labios carnosos y rojos. Sí…

Buen par de tetas.

«Tendríais que estar en el cole», suelto yo, «ya veréis cuando Blackie se entere de esto.»

Maggie frunce el ceño en cuanto oye el nombre de ese cabrón. No me extraña.

«Sí», digo yo, «yo y Blackie seguimos en contacto, ¿sabéis? Somos buenos amiguetes, ahora que los dos somos currantes. Siempre me pide que le informe acerca de qué alumnos suyos no se comportan debidamente. Mantendré la boca cerrada porque sois vosotras, pero ojo, os costará lo vuestro.»

Su colega se ríe, pero la pobre Maggie me está medio mirando para ver si hablo en serio. «Estoy mala. Sólo he salido por un refresco», dice, como si fuera a darle el chivatazo a algún puto guardia o algo.

«Sí, claro», me río, y miro a su amiga; en efecto, tiene unas tetas guays. «Y tú también estás mala, ¿no?»

«Nah, ha dejado los estudios; iba a Auggie's», explicó Maggie antes de que su amiga pudiese contestar. Está nerviosa e incómoda, echando miradas a su alrededor para ver quién puede estar observándola.

Su amiga está mucho más tranquila. Me gustan esos ojazos y ese pelo negro y largo. «¿No trabajas, muñeca?», le pregunto a la chica.

La tetona habla por sí misma por primera vez. «Sí, en la pastelería. Pero hoy es mi día de fiesta», dice.

¿Conque la pastelería, eh? Pues yo le meto un bollo en el horno cuando quiera. Ningún problema. Nah, ésta no es tímida, de eso nada, simplemente me está tanteando.

«Muy bien», digo yo. «Entonces, ¿estáis las dos solas?», les pregunto a las dos.

«Sí, mi tío Alec ha salido, y mi padre y mi madre se han bajado a Blackpool», me cuenta Maggie.

Blackpool. Se está guay ahí abajo, en la Milla Dorada esa, con todos esos pubs y tal. Allí se folla cantidad. Yo y la tía esa de Huddersfield, y la de Lincoln también. La de Huddersfield, Philippa, era la mejor. Chingamos tanto que rompimos la puta cama. El tío jeta quería cobrárnosla, un viejo camastro de cartón-madera que ya estaba medio hecho una mierda. Le dije al gilipollas que se fuera a tomar por culo. Malky

Carson quiso partirle el careto. Además, el desayuno era una mierda; me pusieron en el plato una salchicha que parecía la cola de Gally.

Pero Pleasure Beach era estupendo. Me encaramé a la torre y todo. ¡La tercera cosa a la que me encaramé ahí abajo! Aunque hacía un frío que te cagas, por el viento marino ese. Y los roñosos de los Orr se han ido al sur dejando a la pequeña Maggie a su bola. «¿No quisieron llevarte allí con ellos?», pregunto.

«No.»

«Ya», sonrío. «Saben que no podrían quitarte el ojo de encima. ¡Me lo han contado todo sobre ti!»

«Vete a paseo», se ríe, y su amiga también.

Así que me vuelvo hacia la morena. «Así que ella te está cuidando, ¿no, Maggie?»

«Sí.»

Le guiño el ojo a la amiga, y después me vuelvo hacia Maggie. «Pues tendré que acercarme luego, por la tarde, cuando acabe. A visitar a la enferma y tal. Traeré mis medicinas especiales.»

Maggie se limita a encogerse de hombros. «Haz lo que quieras.»

«Sí, pero escucha», le digo, «tú lo que necesitas es un examen a fondo. Una segunda opinión», digo señalándome a mí mismo, «médico», y después a la morena, «enfermera», y después a Maggie, «paciente».

La morena está caliente e impaciente porque no para quieta y cuando se mueve se le cimbrean las tetas bajo esa camiseta color lila. «¡Eh, Maggie! ¿Oyes eso? ¡Médicos y enfermeras! ¡Tu juego preferido!»

Maggie me devuelve una mirada fría, con los brazos cruzados, dándole caladas al pitillo y sacándose el flequillo castaño de los ojos. «Sí, sí, de ilusión también se vive, hijo», dice volviéndose.

Se alejan con aire muy presumido, pero se ve por la forma en que miran hacia atrás que esas cabroncetas tienen unas ganas de rollo que te cagas. Pues luego lo van a tener las dos, eso fijo. «Vale, ya lo creo que puedo hacerlo, sólo de pensar en hembras como vosotras», me río. Después grito: «Os veo luego, para tomar un té y echar un cigarro.»

«Sí, ya», chilla Maggie, pero ahora se ríe.

«¡Hasta luego, chicas!» Me despido, mirándolas mientras se alejan, lisa Maggie; si esos capullos de biafreños vieran fotos suyas en las noticias de allí, organizarían una colecta para mandar un cargamento de arroz aquí. Buen culo el de su amiga; es como si dentro de esos pantalones blancos hubiera dos críos metidos dentro de la funda de una almohada y peleándose.

Un polvo que te cagas.

Vaya cabrón Stevie. No puede pasar por delante de un corredor de apuestas sin parar. Lo único que hace es hojear las páginas de las carreras. Es un capullo nervioso con un gran bigote *daygo*[6]. Uno de esos tipos que en el trabajo es todo seriedad y

mala leche, y no se suelta hasta que ha terminado y está en el bar. A mí no me va esa canción: como si para conducir una puta camioneta como mandan los cánones hubiera que ser un gruñón. Quiero presentarme al examen y hacerme con un buga, sólo por follar y tal. Las tías siempre van detrás del tipo con el buga; no es que *yo* lo necesite para meterla, a diferencia de algunos a los que podría mentar. Pero una furgoneta siempre viene bien.

Cuando acabamos, Stevie quiere ir al Busy Bee a echar una pinta. «Nah, tengo otros planes», le digo.

«Tú mismo», me suelta. Empieza otra vez con el rollo de que si no ganamos dinero suficiente con la ronda. ¿A quién coño le importa? Yo le saco dinero suficiente, y se puede comprobar cómo está el género, liso es más importante que el dinero, tener la oportunidad de ligar con distintas tías y averiguar cuáles quieren guerra y cuáles no. ¿Que necesitas ropa? Se la levantas del tendedor a algún capullo, o te lo montas para que algún enano cabrón lo haga por ti.

Pero para mí lo más importante son los chochos. Le puse un anillo en el dedo a Lucy, más que nada para taparle la boca. Siempre está dándome la murga con lo de que esté de repartidor de refrescos, como si eso no fuera lo bastante bueno para ella. Sé de dónde lo saca todo: su viejo también es un capullo esnob. Conduce un puto autobús para el ayuntamiento y se cree de clase media. El capullo cogió y me dijo una vez: «Furgonetas de refrescos…, eso no tiene demasiadas salidas, ¿verdad?»

Yo me quedé sentado sin decir palabra, pero pensaba para mis adentros: estás equivocado que te cagas, amiguete, en ese trabajo hay mogollón de salidas, y tu nenita era una de ellas. ¡Joder, a ver dónde puede uno encontrar más salidas! ¡La chispa de la vida!

Pues Maggie es una salida, ya lo creo, y me voy derechito a su casa cuando termine. Vive en la misma escalera que los Birrell, sólo que un piso más arriba, así que Billy me tiene al tanto del rollo que se traen su viejo y su vieja. Putos bolingas. Me olisqueo los sobacos para asegurarme de que no huelo después de tanto descargar cajones, y después llamo a la puerta.

Contesta ella y ahí está, de pie y con los brazos cruzados, mirándome como diciendo ¿y tú qué quieres?

Sé muy bien lo que quiero. «Bueno, ¿puedo subir a tomar una taza de té? ¿Sustento para un currante sediento?»

«Vale», dice ella, mirando por encima de mi hombro, «pero sólo una taza de té y cinco minutos nada más.»

Nos vamos al cuarto de estar y en casa no hay nadie más que ella y la otra chica.

«¿Conoces a Gail, Terry?», pregunta Maggie mientras yo me pongo cómodo.

En su cara se puede leer esa expresión que dice «estoy segura de que te conozco de alguna parte».

«No he tenido ese placer», digo yo, asintiéndole a Gail con la cabeza y guiñándole un ojo. «Aún no, en cualquier caso», añado mientras Maggie se ríe por lo

bajini y Gail me sostiene un instante la mirada. A las tías les gustan los tíos con sentido del humor y yo… pues tengo un sentido del humor tipo Monty Python. En el colegio, cuando yo, Carl y Gally empezábamos a enredar, no había dios que pudiera entendernos. Pensaban todos que estábamos locos, y supongo que lo estábamos. Lo que Carl no entiende, y por eso no se come un torrao, es que, sí: hay que tener sentido del humor, pero también hay que saber mostrarse maduro alrededor de las chicas, no se puede hacer el bobo todo el rato. Mira a los capullos esos de los Monty Python; podrán estar locos, pero no están así todo el rato. Fueron todos al Cambridge de los cojones o un sitio de ésos, y ahí no se entra sin sesos. Puedes jugarte lo que quieras a que no se ponían a andar de forma rara y toda esa mierda durante los exámenes. Nah. El caso es que yo también soy un tío maduro. Me acuerdo de aquella profesora de arte, la señorita Ormond, que me dijo: «Eres el jovencito más inmaduro que jamás he tenido en mi clase.» Se lo tuve que decir claro: «Sí soy maduro, señorita, llevo años follando y me he tirado a más tías que cualquier otro capullo de este colegio.» Lo único que hizo esa vacaburra picajosa fue mandarme a ver a Blackie para que me diera una zurra.

Tienen puesta la tele de sobremesa; reponen *El Santo*. Es el otro cabrón, ese que se parece al hermano pequeño del Santo de verdad. Me instalo en el sofá; Gail se sienta en un sillón y Maggie en el brazo del otro. Estoy mirando la parte de muslo que le asoma a Maggie por debajo de la falda a cuadros y pienso en el anuncio ese de American Express: eso me vendrá que ni pintado. «Bueno, chicas, contadme todas vuestras aventuras», les digo, dándole una larga calada a mi Embassy Regal. «¿En qué andáis? Más importante, ¿estáis saliendo con alguien? Quiero que me deis todos los detalles escandalosos.»

«Ella salía con Alan Leighton», dice Maggie, señalando a Gail.

«Ahora ya no, le odio», suelta Gail.

«Apenas le conozco», sonrío, pensando que Leighton es colega de Larry Wylie, así que es más que seguro que le va la marcha si ha estado por ahí con esa banda.

«Es un gilipollas», dice Gail, de un modo que habría que ser bobo para no interpretar así: ya no follo con él, pero me hace falta una ración de polla malamente, así que adelante, grandullón.

Aquí Terence Henry Lawson, interpretando para las que necesitan de mala manera que se las follen.

La chispa de la vida.

Es curioso lo de la Gail esta, aún no la sitúo. Posiblemente sea una de los Banks. Estoy seguro de que es amiga de la hermana de Doyle. Y estoy seguro de que antes llevaba gafas, que le daban un aspecto todavía más guarrindongo y sexy del que tiene ahora, si cabe. Puede que estuviera pensando en su amiga. Pero sí, ésta traga, no hay duda, eso se nota. Me vuelvo hacia Maggie, que tiene cara de haberse quedado un poco al margen. «Me sorprende que tú no andes con nadie, Maggie», le digo, observándola mientras vuelve a ruborizarse un poco. «A ver, que no me estoy

quejando, para mí es una gran noticia. Siempre me has gustado, ¿sabes?»

Gail echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Entonces entorna los ojos y dice: «¡Eh-Ey!»

Pero Maggie junta las manos y baja la vista y dice, en un tono muy bajo: «Pero tú sales con Lucy Wilson.»

Joder, parecía que estuviera en misa o algo así. Con esa mierda no engaña a nadie. Es protestante, lo cual significa que nunca va a la iglesia. «Nah, todo eso es historia. Así que, si te pidiera que salieras conmigo, ¿lo harías?»

Se pone de color carmesí. Se vuelve hacia Gail y se ríe, sin saber si me estoy quedando con ella o no.

«¡Terry te está haciendo una pregunta, Maggie!», dice Gail en voz alta.

«No lo sé», responde toda irritada, pero a la vez un poco coqueta.

El caso es que se puede salir y se puede salir. A veces cuando dices que «sales con alguien» sólo quiere decir que te lo estás tirando. Otras veces quiere decir algo así como «somos novios formales». Eso es una chorrada, como si antes fueseis novios informales. Nah, Lucy es una tía con la que se sale, siempre bien vestida y virgen hasta que yo le eché el guante. Hay tías como ella, con las que se sale, y las hay como Maggie y Gail, con las que sólo se folla.

«Pues si tú no lo sabes, no lo sabrá nadie más, ¿eh, Terry?», dice Gail enviándome un pequeño guiño.

Vaya polvo tiene. Ahora mismo no me interesa tanto Maggie, siempre vas a por la tía a la que le va, y aunque les vaya a las dos, a Gail le va de fijo. Se nota a la primera.

El caso es que la casa es de Maggie, y no quiero que me eche. «A lo mejor puedo convencerla», le digo. «¿No quieres sentarte en mis rodillas?»

Parece muy dubitativa.

«Ven acá», digo. «Venga», le digo, haciéndole un gesto con la cabeza.

Gail la mira, animándola. «No te va a morder, Maggie», le dice. Me gusta esta chica, es de lo más traviesa. Exactamente mi tipo. Aunque en realidad *todas* son mi tipo.

«No te engañes», me río de ellas. «Venga, Maggie», digo yo, un poquito más impaciente. Una chica tímida vale para un ratito, pero luego resulta aburrido y te apetece despelotarla para que esté lista para entrar en acción. Después de todo, a nadie le gusta una calientapollas. Se acerca y la siento sobre mi rodilla y empiezo a mover las piernas, meciendo su delgado cuerpecito de forma que suba y baje. Le doy un besito en la boca. «Ves, eso no ha estado tan mal. Hace mucho tiempo que quería hacerlo, te lo aseguro.»

Hacerlo con la boca que fuera, quiero decir. Todo el día empujando cajas cuando tendría que estar empujando a secas. A Maggie le va, me pasa la mano por detrás del cuello y me pasa los dedos por el pelo de la nuca. Miro la vieja chimenea con fuego de gas que tienen todas las casas de vecinos piojosas. Nada de fuegos modernos y

eléctricos como tenemos nosotros, los pijos, allá en los pisos nuevos.

«Me gusta como llevas el pelo», dice ella.

Le dedico esa sonrisilla tímida que practico ante el espejo todos los días, y vuelvo a besarla, esta vez más lentamente y durante más tiempo.

Se oye un resuello ruidoso al levantarse Gail. Nos separamos un instante.

«Como vosotros os estáis poniendo cariñosos, me voy arriba un rato a escuchar esa cinta», dice Gail con aire presumido, pero es un poco postizo, porque se nota que sabe que tiene su ración de rabo garantizada, si no ahora mismo, más adelante.

Entiéndelo, conozco todas las pastelerías de la parte oeste de Edimburgo. Ahí está el encanto de trabajar en el reparto de refrescos.

Maggie protesta de modo muy poco convincente mientras Gail se marcha. «Pon la tetera», solicita, pero Gail ya ha salido por la puerta, porque me fijé en cómo ese culo prieto enfundado en pantalones blancos desaparecía de mi vista sin pensar en otra cosa que en echarle un buen tiento más tarde.

Pero lo primero es lo primero. Ésa es una de las pocas cosas que aprendí en el colegio, allá en la primaria. Aquellos refranes chorrones que nos daban. Pájaro en mano vale ciento volando. Aunque yo lo cambio: Pájara en bolas vale por dos vestidas. «Ya pondré yo la tetera», le digo, «pero sólo si me das otro beso antes.»

«Vete a paseo», suelta ella.

«Un besito, porfa», le cuchicheo.

Un besito. Ya. En eso estaba pensando. Después de morrear durante unos diez minutos, ya le he sacado primero el jersey y luego el sostén; sus tetillas botan arriba y abajo en las palmas de mis manos y las mira como si nunca antes las hubiera visto.

¡Eh-ey, cabronazo! ¡Ya estoy delante de la meta!

La poso en el sofá y le meto el dedito un rato, deslizándole la mano por la faldita y metiéndosela por las bragas, disfrutando de sus gemidos mientras empieza a moverse contra mis rígidos deditos. Pienso en el grupo aquel[7] y me pregunto si el guarro que se inventó el nombre estaría pensando en alguna tía a la que se estaba cepillando. ¡Toma Ulster alternativo, nena! ¡La sal de la vida!

Es hora de entrar en acción. Le bajo las bragas primero hasta las rodillas y después hasta los tobillos y me la coloco encima. Ella se estremece cuando me bajo mis propios pantalones más abajo de los muslos y me saco la polla. Tengo su culito en una mano y sus tetas en la otra mientras sus manos descansan sobre mis hombros. No hace falta que juegue a hacerse la virgencita; ya se lo han hecho antes; la mayor parte de la peña de Topsy, supongo. Aunque eso sí, nunca le han metido una tranca como ésta, fijo. Es enana total, aún más que Lucy, de modo que empiezo a follarla lentamente hasta que se le cae la baba; entonces aprieto el acelerador y empiezo a darle lo suyo como está mandado. «Sí, sí, ya te gusta, ¿eh? ¿Eh?», le suelto, pero ella no dice palabra hasta que se le escapa un gritito al correrse. Yo mismo empiezo a hacer ruiditos chirriantes como si fuera una putilla descerebrada, pero bueno, es por el calor del momento y todo eso.

Más le vale no soltar prenda a nadie acerca de esos ruiditos. Muchos chavales se piensan que las chicas no hablan de esa forma entre ellas, que son todo miel y ñoñerías, pero eso es una chorrada. Son igualitas que nosotros. Bastante peores, a decir verdad.

La abrazo un rato, porque dentro de diez minutos volveré a estar listo, pero es como si estuviera en trance. No tiene sentido perder tiempo. «Será mejor que vaya a echar una meadita», le digo.

Mientras me levanto y me subo los gayumbos y después el pantalón y la camiseta, ella está con la mirada perdida; después se abraza a su ropa.

Me voy arriba, subiendo los raídos escalones alfombrados de color azul de dos en dos. En el tigre hay una cagada que alguien se ha olvidado de hacer desaparecer. Me hace dudar al mear, como si la mierda se me fuera a subir por el conducto urinario, así que meo en la pila y después le doy una lavadita a la herramienta. Cuando termino, guipo una araña en la bañera, así que le meto a la cabrona con ambos grifos, enviándola al desagüe, antes de entrar en el dormitorio de al lado.

Gail está tumbada boca abajo en la cama. Lleva los auriculares puestos; un largo cable los conecta al aparato, pasando por la parte de atrás de su camisa y sobre una de esas hermosas nalgas, de modo que ni siquiera puede oírme al entrar en la habitación. Su culo tiene una pinta estupenda con esos pantalones blancos; se puede ver la marca de las bragas extendida sobre las nalgas y desapareciendo por la raja del culo y el coño. Está leyendo un libro con su largo cabello negro desparramado sobre la almohada. Desde luego tiene buen tipo, más carnoso que el de Maggie, mucho más de mujer.

En la pared hay un gran póster de Gary Glitter dominándola. Es guay ese cabrón. Me gusta esa letra que dice: *I'm the man that put the bang in gangs*[8]. Es el puto amo. A ver, ahora me gustan los Jam y los Pistols pero él y Slade son los únicos tipos de los viejos tiempos que todavía me molan.

Me quedo de pie admirando el panorama un momento, haciéndole un pequeño guiño a Gary. Ya le enseñaré yo a meter *the bang in gangs*, vaya que sí. Así que ya estoy otra vez más duro que una piedra. Me acerco y bajo el volumen y la veo girarse y quitarse los auriculares. No está en absoluto sorprendida de verme. Yo sí estoy sorprendido de verla a ella, porque lleva puestas esas gafas de montura dorada. Tendría que cortarle a uno el rollo, pero a mí sólo me pone más que nunca. «¿Qué tal, cuatro ojos?», le suelto.

«Sólo me las pongo para leer», dice ella quitándoselas.

«Pues a mí me parecen de lo más sexy», digo yo, acercándome hasta la cama, pensando que si me abalanzo sobre ella y monta una pajarraca, la soltaré y le diré que sólo era una broma. Pero no hay nada de que preocuparse, porque le meto la lengua en la boca y no se resiste, así que me saco la polla y ella le pone la mano encima, con unas ganas que te cagas.

«Aquí no…, ahora no podemos…», suelta ella, pero no tiene mucha prisa por

soltarme la polla.

«Al carajo, venga, Maggie sabe lo que hay», le digo yo.

Me mira durante un segundo pero yo me estoy quitando la ropa y ella no se lo piensa mucho. Nos metemos bajo las sábanas enseguida. Me siento estupendamente y es guapo que mi polla siga dura a pesar de haberle metido una buena dosis a Maggie. Los tipos como Carl o Gally acabarían en los cuidados intensivos del Royal Hospital después de hacerse una paja, no digamos una tía. A mí no me importa, podría estar iodo el día follando.

Me impresiona la actitud de la Gail esta; sin chorradas, se ha quitado las bragas y el sostén de inmediato. Muchas tías se dejan las bragas puestas como una especie de seguro de que haya un poco de juegos preliminares, pero sólo un gilipollas intentaría metérsela directamente entre las piernas a una chica cuando puede uno divertirse de un montón de formas.

De modo que el viejo Gary Glitter me observa desde las alturas mientras yo estoy con la lengua metida entre las piernas de Gail. Al principio intenta apartarme la cabeza, pero su movimiento se convierte en una fricción sobre mi cuerpo cabelludo y un tirón de mi pelo mientras empiezo a darle lametones y ella relaja su presa y empieza a disfrutar que te cagas. Tengo las manos debajo de su culo, con las nalgas bien cogidas; después le meto el dedo y empiezo a frotarle un poco el coño. Intento darme la vuelta, porque esos labios carnosos están hechos para chuparme el rabo, pero se están escurriendo las sábanas. El truco consiste en mantenerla caliente, pero montármelo de tal forma que tenga que meterse mi polla en la boca. Pero está por la labor, sigue recorriéndola con la mano, retirando el prepucio.

«Eso es estupendo, Terry, qué gusto, es de locura», jadea.

«La sal de la vida», le gruño yo como respuesta, «te voy a meter la lengua por los dos agujeros, uno detrás del otro», le digo. Eso es lo que dijo un tío en una de las películas guarras que tenía Donny Ness. Siempre trato de acordarme de las mejores frases y las mejores jugadas.

Así que aquí estoy yo montado sobre ella a horcajadas, estilo sesenta y nueve, y ella con mi polla en la boca y chupando con fuerza; santo dios, esta tía sabe mamarla. Le estoy separando los labios y dándole grandes lametones de pegasellos y metiéndole el dedo, primero en el coño, después en el culo, que huele a húmedo y a tierra, y a continuación regreso a su clítoris que parece lo bastante grande y tieso para ser una minipolla; ella se saca mi rabo de la boca y yo pensando que necesitaba tomar aire, pero nah, es que se estaba corriendo en espasmos entrecortados y sobresaltados, con mi dedo pulsando su pequeño botón del amor como si estuviera pegado al dial de una buena emisora de radio.

Así que ella jadea mientras sus estremecimientos remiten, pero yo aún no he terminado con ella; me doy la vuelta y la obligo a incorporarse y la expresión de su cara es de asombro delirante y yo estoy en la cama pero tengo su cabeza bajada sobre mi polla y chupando que te cagas, levantando la vista y mirándome con esos ojazos,

derramando gratitud porque sabe que eso sólo era el aperitivo y que dentro de uno o dos segundos se la van a follar bien. Tengo su pelo en mis manos, retorciendo esos mechones oscuros y tiro de ella hacia mí, y después la aparto, ajustando el ritmo y la distancia para que ella acierte y sí, sabe lo que se hace, porque su cabeza adopta el ritmo correcto y ni siquiera necesito empujar con la pelvis acompasadamente ni nada de eso. Se ahoga un poco y se retira, lo cual resulta oportuno porque estaba decidiendo si quería correrme en su boca o no y dejar lo de follarle el coño para más tarde, para mantener a la muy putilla caliente y alterada. Pero pienso nah, se la voy a meter como está mandado ahora mismo. Me monto encima y se la estoy metiendo y ella dice: «Ay, Terry, no tendríamos que estar haciendo esto, ahora no…»

Esa canción ya la he oído. «Entonces ¿quieres que pare?», jadeo yo.

No hace falta ser el cabrón ese de Bamber Gascoigne del *University Challenge* para conocer la respuesta. Lo único que me ofrece como respuesta es otro: «Ay, Terry», y lo tomo como la señal de salida, ya lo creo.

Así que ahí me tenéis incorporado y cogiendo el ritmo y Gail aparta la mirada y se tensa brevemente; después deja escapar una risita ahogada y acerca mi cabeza a la suya y pone una cara extraña. Levanto la vista y veo que Maggie ha entrado en la habitación.

Maggie hace la señal de la cruz delante de su pecho. Es como si le acabaran de disparar. Se queda de pie un momento sin decir palabra con la boquita toda retorcida. «Tendrás que irte, ha llegado mi tío Alec», cuchichea por fin, con aspecto nervioso y preocupado.

Gail vuelve la cara y se queda mirando la pared: «¡Dios, no puedo más!» Agarra la ropa de la cama y después la araña como una puta gata.

Yo sigo sólido y ni dios se va a ninguna parte hasta que yo haya soltado mi chorromoco. «Cállate un momento», le suelto a Maggie, pero sin dejar de mirar a Gail mientras sigo empujando, «tú vete a ver a tu tío… estaremos…»

Oigo el portazo y entonces Gail empieza a ir a por todas otra vez y al cabo de unos golpes de riñón hace esos ruiditos, y quise subirla encima un rato, y después a lo mejor tratar de metérsela en el otro agujero para terminar, pero ahora eso tendrá que esperar por culpa de esa vacaburra atontada de Maggie, pero al cuerno, me dará algo a lo que aspirar más adelante, así que ella grita y gime y yo estoy jadeando y ella se corre como un movimiento de tierras y yo también y menos mal que Maggie se mosqueó y se fue de la habitación mientras nos corremos porque Gail está más pasada que un litro de leche abandonado en medio del desierto del Sáhara. «Ay, Terry…, qué animal eres…», grita ella.

Jod-deer…

Boqueo y luego la abrazo, dándole hasta la última gota que llevo en las entrañas. Después, recuperando el resuello, empiezo a pensar en que si ella iba a Auggie’s y con eso de que es papista, espero que te cagas que esté tomando la píldora. Le doy un beso baboso en los morrazos, y después me apoyo sobre los antebrazos y la miro a

los ojos. «Tenemos una química que te cagas, muñeca. Eso no se olvida así como así. ¿Entiendes lo que te digo?»

Asiente.

Ésa es una frase estupenda; la saqué de una de esas películas que vi en el Classic, en Nicolson Street. *Percy's Progress*, creo que se llamaba. Aquella del chico blanco al que le pusieron la cola del negro.

Me separo de ella y empezamos a vestirnos.

Entonces vuelve a entrar Maggie. «Os tendréis que marchar», dice con voz quejosa, los ojos todo colorados, retorciéndose un mechón de pelo entre los dedos.

Gail busca sus bragas, pero me he adelantado y me las he metido discretamente en el bolsillo. Recuerdo. Como hice con Philippa de Huddersfield, cuando me la tiré en la casa de huéspedes. Un recuerdo de Blackpool. ¿Por qué no? Cada uno a lo suyo. Es mejor montárselo con tías que montar en tranvía, mejor comer coñitos que comer caramelos. Eso pienso yo, en cualquier caso.

La Maggie esta está pero que muy picajosa. «Venga, Maggie, ¿cuál es el problema? Tu tío no va a venir a molestarnos arriba», le digo. «No estarás celosa de Gail, ¿verdad?»

«Vete a la mierda», me espeta. «¡Tú lárgate de aquí, listo!»

Sacudo la cabeza mientras me ato las botas de piel vuelta. No soporto la inmadurez en una chica cuando se trata de temas de polla y coño. Si quieres echar un polvo, lo echas. Si no quieres, simplemente di no. «No empieces a sobrarte, Maggie, Gail y yo sólo nos estábamos divirtiendo un poco», le advierto a la muy tontuela. Todo quisque tiene derecho a disfrutar. ¿Cuál es el puto problema? Tendría que haberle soltado la frase aquella, de *Emmanuelle* creo que era, en la que el tío va y dice: No seas tan inhibida y reprimida, nena.

«Eso es todo lo que fue, Maggie», dice Gail, que seguía buscando sus bragas, «no vayas a rebotarte por eso. Ni siquiera estás saliendo con Terry.»

Maggie rechina los dientes ante esto, y después se vuelve hacia mí, «Entonces ¿quiere eso decir que ahora sales con ella?», pregunta, con aspecto dolido. No os peleéis chicas, no os peleéis, ¡hay suficiente para todas! ¡Fijo! ¡No seas tan inhibida y reprimida, nena!

Me vuelvo hacia Gail y le guiño el ojo. «Nah…, no seas boba, Maggie. Como decía, sólo era un poco de diversión intrascendente. ¿Eh, Gail? Hay que divertirse un poco, eh. Ven aquí y dame un abrazo», le digo a Maggie, dándole una palmadita a la cama. «Tú, yo y Gail», cuchicheo. «Tu tío Alec no va a molestarnos.»

Ella se mantiene en sus trece, mirándome con dureza. Me acuerdo de cuando yo y Carl Ewart éramos monitores de comedor y servíamos la comida a los de nuestra mesa. Como a él le gustaba ella, él invitaba a chocolatinas, y Carl solía asegurarse de que a ella le tocara una buena ración, y hasta repetía. Probablemente conseguimos mantener con vida a la piojosa vacaburra entre Carl y yo, y así es como me lo agradece.

¡Apuesto que al señor Ewart le habría gustado servirle a esta guarrilla la ración que le acabo de servir yo! ¡Fijo!

«Terry, ¿has visto mis bragas?», pregunta Gail.

«Nah, no son de mi talla», me río. ¡Estarán debajo de mi almohada esta noche! ¡Huele-que-te-huele!

«Intenta mantenerlas puestas alguna vez, igual así no las pierdes tan fácilmente», le espeta Maggie.

«Ya, como acabas de hacer tú», le contesta bruscamente Gail. «¡No te sobres conmigo, rica, sólo porque estés en tu casa!»

Los ojos de Maggie acaban de volver a humedecerse. Todo quisque sabe que Gail la haría papilla en una pelea limpia. De todos modos, menudo espectáculo. Yo estoy en calzoncillos y me acerco a Maggie y la rodeo con los brazos. Ella intenta apartarme pero no se empeña demasiado, si me entendéis. «Sólo estábamos tonteando», le digo. «¿Ahora por qué no nos sentamos todos y nos tranquilizamos?»

«¡Yo no puedo tranquilizarme! ¡Cómo voy a tranquilizarme! ¡Mi madre y mi padre están en Blackpool y mi tío Alec está aquí! ¡Siempre está borracho y ya le ha pegado fuego a su propia casa! Tengo que estar siempre vigilándole…», lloriquea, y ahora ya lo hace a moco tendido.

Yo trato de consolarla mientras miro cómo Gail se pone los pantalones sin bragas. Podría intentar robarle un par a Maggie más tarde, porque de lo contrario creo que ese gran felpudo negro que tiene podría transparentarse a través de esos pantalones de fino algodón blanco. De todas formas, no creo que esté tan lejos de casa.

«No te preocupes por tu tío Alec, Maggie.» Gail sacude la cabeza. Lo único que le interesa son sus bragas. ¡Con eso ya somos dos!

Maggie le tiene un poco de miedo a su tío Alec. No quiere bajar y encontrárselo, ni siquiera para hacernos un té. «Tú no le conoces, Gail, siempre está borracho», solloza ella. Quizá sea una excusa, quizá sepa que en cuanto salga por la puerta volveré a metérsela a Gail.

«Está bien, bajaré a saludar, haré algo de té y lo subiré.» Con una galletita, digo yo, imitando al chavalín de Glasgow que sale en el anuncio ese de British Rail. El pobre capullín se pensaba que era un chollazo que le dieran una galleta en un tren. Allá probablemente lo sea de todos modos; para esos putos piojosos será como oro en polvo. Sí, el palique de Glasgow, no hay cosa mejor, o al menos eso es lo que le dicen a cualquier capullo que sea lo bastante bobo como para hacerles caso.

Bajo las escaleras esperando que el tío no sea uno de esos cabrones psicópatas. El caso es que es de bien nacidos ser agradecidos y yo encuentro que la mayoría de gente no tiene problemas contigo si tú no tienes problemas con ellos.

EL TÍO ALEC

Esta puta casa es verdaderamente cochambrosa, todo hay que decirlo. Mi madre

no tiene demasiado dinero, pero incluso cuando se quedó sola, antes de enrollarse con ese capullo alemán, nuestro hogar parecía un palacio en comparación con esto. La habitación de Maggie es la mejor de todas, es como si perteneciera a otra casa.

Es curioso, pero cuando bajo las escaleras que llevan al cuarto de estar, resulta que al tío lo reconozco. Alec Connolly. Un chorizo con todas las letras.

Alec me mira con lo que mi madre llama una cara de bebedor de pro, toda colorada y con manchas hepáticas que le suben por el cuello. Con todo, preferiría estar en compañía de alguien así que de ese capullo alemán con el que anda ella. Está siempre en casa, no bebe jamás, y me gruñe si llego dando tumbos. Cuanto antes nos consigamos Lucy y yo un sitio propio, mejor. «Hola, hola», dice el gachó, con un tono más bien frío.

Me limito a guiñarle el ojo al viejo capullo. «¿Qué hay, colega? ¿Cómo va todo? Estoy arriba con Maggie y su amiga escuchando unos discos.»

«Así que ahora lo llamáis así», dice él, pero medio riéndose. Este tipo es legal: en realidad le importa un carajo. Estoy seguro de que esta habitación se ha emporcado todavía más desde la última vez que estuve en ella. Las suelas se me pegan al linóleo agrietado y a la alfombra mohosa que hay en el medio.

Alec está sentado en un sillón desvencijado intentando liarse un cigarrillo con unas manos temblorosas. Sobre la mesilla de café que tiene delante hay montones de latas, una botella de whisky medio vacía y un gran cenicero de cristal. Lleva un traje azul desgastado y una corbata casi del mismo color que sus ojos, que destacan en ese careto coloradote. Me limito a encogerme de hombros. «Te llamas Alec, ¿no? Yo me llamo Terry.»

«Sé quién eres, te he visto en la furgoneta. ¿Eres el hijo de Henry Lawson?»

Uy-uy. Conoce al viejo. «Sí. ¿Le conoces?»

«He oído hablar de él, pero es unos años mayor que yo. Bebe en Leith, eh. ¿Qué tal le va?»

A quién le importará un cojón ese cabrón. «Bien, quiero decir…, no sé. Parece estar bien. No nos llevamos muy bien», le cuento al Alec este, pero creo que se coscó de eso en cuanto nombró al viejo hijo de puta.

Alec dice algo gruñendo, como si estuviese aclarándose la garganta. «Sí», dice después de un rato, «familias. De ahí vienen todos los problemas. Pero qué se puede hacer, ¿eh? Ya me dirás tú», dice, abriendo los brazos, con el cigarrillo liado en un cazo.

Ante eso no se puede decir nada. Así que asiento y digo: «Iba a hacerle a tu sobrina y a su amiga una taza de té. ¿Quieres una?»

«Al té que le den», dice encendiendo el pitillo y señalando la pila de latas que hay sobre la mesa. «Tómate una cerveza. Venga. Sírvete tú mismo.»

«Luego lo haré, Alec, una cervecita y un poco de palique, pero no quiero ser grosero con mi compañía del piso de arriba», le explico.

Alec se encoge de hombros y aparta la vista como diciendo: así tocamos a más.

Hay algo en este viejo cabrón que me gusta, y desde luego vendré a cascar un rato con él más tarde. Ahí está, mantenerle contento para poder seguir cepillándome a Maggie y Gail por estos lares. Y en el Busy dicen todos que se dedica mucho a los trapicheos ilícitos. Es útil conocer a cabrones de ese tipo: por los contactos y tal.

Al meterme en la cocina casi me caigo y me parto el cuello sobre una baldosa suelta. Empiezo a calentar el agua. La tetera no es de las que se enchufa, así que hay que hacerlo en el gas. Después de un rato vuelvo a subir las escaleras con una tetera a donde me aguardan las dos guarrillas. Maggie está sentada con una funda de cassette, escribiendo sobre la tarjeta los temas del elepé que ha estado grabando. Exagera; es una excusa para no hablar con Gail.

«El té está listo», suelto yo. Después, cuando Maggie levanta la vista para mirarme, digo: «No sé de qué te preocupas, Maggie, Alec es legal.»

«Ya, pero tú no le conoces tan bien como yo», vuelve a advertirme.

Gail sigue machacando con lo de sus bragas. «Me está volviendo loca», dice.

No las necesitará si piensa andar por ahí conmigo, eso fijo.

SALLY Y SID JAMES

Me despierto en la cama sudando que te cagas y caigo en la cuenta de que estoy solo. Miro y las veo a las dos durmiendo en el suelo. Entonces lo recuerdo todo; durante la noche logré situarme entre las dos, pensando en un trío, como en las películas. Intenté masturbarlas a las dos a la vez, pero se pusieron un poco raras. Después de eso ninguna de las dos me dejaba meterla, les daba demasiado corte delante de la otra. Así que tendré que seguir haciéndomelas por separado un tiempo, y entonces les apetecerá montar un trío. Fijo.

Sí, lo intenté toda la noche, pero no querían saber nada, así que después de intentar echarme de la cama, y de eso no había la más mínima posibilidad, desistieron las dos y se fueron a clapar al suelo. Así que yo me hice una buena paja y me quedé plácidamente dormido. Fue una noche un poco frustrante, pero una buena cabezadita me vendría bien porque hoy toca fútbol y por la noche bailoteo. La sal de la vida.

Sin embargo, por la mañana no resultó fácil levantarse de la cama con la tranca que se me había puesto, con ellas dos echadas en el suelo y sobando. Me hice otra pequeña paja mirándolas; la mayor parte la absorbió la alfombra, aunque un poco acabó en la manga de la blusa de Gail. Entonces bajé a hurtadillas y vi a Alec, sentado aún en el mismo sillón, viendo el *Tiswas* ese.

Sale la de las tetas guays. «La Sally James esa, menudo polvo tiene, ¿eh?», suelto yo.

«Sally James», dice Alec arrastrando las palabras.

Por lo que a este viejo capullo respecta podría perfectamente ser Sid James.

Ahora la botella de whisky está vacía, y creo que la mayor parte de las latas también. «¿Quieres un té?», pregunta.

«A decir verdad, Alec, me preguntaba si seguía en pie aquella oferta de una copa.»

«Tendrá que ser en el pub», sale él, indicando el montón de latas vacías sobre la mesita de café.

«Por mí muy bien», le digo.

Así que nos vamos calle abajo, hacia el Wheatsheaf. Hace un día estupendo y me apetece lo del fútbol. Se ha hablado mucho acerca de reunir a una pequeña pandilla de la barriada hoy, con Doyle y toda esa peña. La mayoría de los chicos de nuestra barriada apoyan a los Hearts, por eso de que vivimos en las afueras, pero también hay bastantes Hibees por ahí. Si se pudiera reunir a todos los seguidores locales de los Hibees sería una cuadrilla bastante portentosa, porque están tipos como Doyle y Gentleman y yo y Birrell que somos todos de los Hibs. Siempre se habla, y por lo general eso es lo único que se hace. Pase lo que pase, de todos modos echaremos unas buenas risas. Doyle tiene una cosa a su favor: el cabrón está loco, pero si vas con él siempre tendrás algo que contar. Como la vez que chorizamos todo aquel cable de cobre, eso fue demasiado. Aunque el cabrón aún no me haya pagado. Me vuelvo hacia Alec al pasar por delante del parque, con el pub ya a la vista. «Entonces, ¿tú te encargas de que Maggie no haga ninguna tontería mientras sus padres están en Blackpool?»

«Sí, no lo estoy haciendo demasiado bien, ¿verdad?», dice riéndose sarcásticamente.

«Yo soy un caballero, Alec. Nos quedamos levantados pegando la hebra toda la noche. Las dejé para echarme a dormir. Maggie es buena chica, no es de ésas.»

«Sí, ya», suelta él. No se cree una palabra.

«No, estoy convencido. Creo que a lo mejor a su amiga le va un poco la juerga a la chita callando, pero a Maggie no», le explico. Es mejor no dejar que el capullo piense que le estoy vacilando. Se lo piensa, porque se hace un cierto silencio mientras entramos en el pub. Pido un par de pintas y eso le devuelve la sonrisa. Se nota que Alec es un oso bolingoso de primera clase. «Entonces, ¿cuánto tiempo vas a quedarte allí?», le pregunto.

Su mirada se pierde en el horizonte. «No lo sé. Mi casa se incendió. En Dalry. Cableado en mal estado. Todo la casa acabó en llamas: mi mujer está en el hospital, toda la pesca», me explica. Entonces empieza a ponerse negro. «Los putos capullos de la junta del gas son los que tienen la culpa…, voy a ir a un abogado, llevaré a juicio a esos cabrones.»

«Ya lo creo Alec, tiene que haber algún tipo de indemnización. Estás en tu derecho, colega», le digo.

«Ya», dice sonriendo con gesto inexorable, «cuando consiga cobrar del seguro…, entonces será el momento de entrar a saco.»

BILLY BIRRELL

EL SEXO COMO SUCEDÁNEO DEL FÚTBOL

Oigo el entrechocar de botellas en sus cajas, así que me acerco a la ventana y corro la cortina. Es la furgoneta de Terry y le oigo dándole al pico. Justo cuando pensaba pegarle un grito desde la ventana o bajar a cascar con él, veo que está hablando con Maggie Orr y otra chavala. Alucinante; no creo que me tome la molestia. No es que tenga nada contra Maggie, ella es maja, pero la semana pasada acabé a gritos con su viejo.

El muy gilipollas siempre vuelve tajado del bar con su mujer y peleándose por el camino. A mi madre no la dejan dormir. Mi viejo no hace nada, así que me acerqué a la puerta a hablar con él. El tío empezó a sobrarse, diciendo que yo no era más que un chiquillo empanao. Le dije que ya le enseñaría yo quién era el chiquillo empanao si me lo decía en la calle. Él iba a hacerlo, hasta que su mujer se metió por medio y se lo llevó. Cuando vi a Maggie lo dejé, porque ella también estaba alterada y no quise avergonzarla; no es justo, ella no ha hecho nada malo.

Terry está ligando con ella y su amiga. Sé que no le gusta que me lo esté haciendo con Yvonne. Si él se folla todo lo que se mueve no pasa nada, cuando encima se supone que está comprometido, pero si su hermana lo hace se mosquea. Así es Terry Lawson: chungo.

Yvonne es maja; muy buena chica para ser hermana de Terry. Terry es mi amigo, pero uno no querría salir con una tía que fuera como él. Si es que existe. Y no es que yo esté saliendo con Yvonne. Como le he intentado explicar.

Aunque tendría que dejar de enrollarme con ella. Ya van tres veces, y sólo una con condón, además. Mal rollo. Vaya idea: preñar a Yvonne y tener que cargar con Terry como cuñado. Inconcebiblemente chungo.

Nah, las ataduras no me interesan. No con una chavala que vive a un par de calles de distancia. A lo mejor con alguna tía de España, o de California o de Brasil. Incluso del Leith de los huevos o alguna parte, pero de por aquí no.

La primera vez fue en la parte de arriba de las escaleras de mi casa. Contra la pared. Es imposible que se quedara embarazada así, porque toda la lefa se escurre. Siempre hay una posibilidad, es cierto, porque se la tienes metida hasta la empuñadura cuando sueltas el chocho. La siguiente fue en Colinton Dell, otra vez contra la pared, dentro del túnel. La tercera fue en su dormitorio, una tarde que hicimos pirola del cole. Pero esa vez utilicé una goma. Disponíamos de un montón de

tiempo y de un paquete entero, pero sólo lo hice una vez porque me habían dicho que te jode las piernas para entrenar.

Es guapo estar aquí sentado en casa solo. Me encantan los viernes de sobremesa, llegar a casa y disponer de toda la casa para mí. Rab comiendo en el cole, mi madre y mi padre trabajando los dos. Le da a uno tiempo para pensar.

Maggie y su amiga se marchan y la furgoneta de Terry arranca para largarse. En este momento están pasando por delante unas chiquillas de primer curso. Son todas flacas, salvo una que tiene pinta de ser más de tercero; con tetas y culo y todo eso. Mirándolas, empiezo a compadecerla. En realidad es igual que sus amigas, se le ve en los ojos: una cría, igual que las demás. Pero como tiene tanto relleno, se le acercarán todos los guarros como Terry y tal, diciendo fuah, ¿echamos un polvo?, metiéndole mano y todo eso. A mí eso me parece muy chungo. Si tuviera una hermana y algún gilipollas intentara algo así con ella, le abriría la cabeza.

A lo mejor Terry piensa que así son las cosas entre yo e Yvonne, porque ella sólo va a segundo.

¡Qué fuerte! Aquí viene ella también. Lleva el pelo recogido en una coleta y una falda que deja ver varios centímetros por encima de la rodilla.

No cruza la calle, lo cual quiere decir que viene a verme a mí. Debe de saber que estoy en casa, o a lo mejor se ha acercado a ver si me pilla. Qué fuerte.

Podría tirármela ahora. En mi propia cama. Un polvo en mi propia cama.

Oigo sus pasos por la escalera. Pienso en sus piernas, en cómo cuando subimos las escaleras me gusta quedarme rezagado, haciendo que me ato los cordones, para poder mirarla mientras sube.

Suena el timbre.

Mañana por la mañana tengo partido. No quiero que me fallen las piernas. Dicen que puede que esté allí un cazatalentos del Dundee United.

Vuelve a sonar.

Entonces se abre la rendija del correo y la oigo agacharse, asomándose al recibidor en busca de señales de vida.

Estaría bien echar un polvo aquí, cogerme fiesta por la tarde. Pero no quiero que piense que estamos saliendo.

Eso, tengo fútbol por la mañana.

No hago caso, y la observo al salir de la escalera y bajar la calle.

EL ÁRBITRO ES UN HIJOPUTA

Voy corriendo a coger un pase de banda de Kenny; intento alcanzar el balón sin pararlo en seco. El balón sigue corriendo un poco y un chico del Fet sale tras él. Topamos el uno con el otro; yo me levanto de inmediato pero él sigue tirado. El árbitro me pita falta.

Vaya mamón.

«Estabas entrando con los tacos levantados, hijo, y en mis partidos no lo harás», me dice con voz de pito. «¿Te enteras?»

Me alejo. Fue una entrada legal. Qué mal rollo.

«¡¿Te enteras?!», repite.

A punto estuve de decirle que era una entrada legal pero nah, ni siquiera voy a hablar con un gilipollas como ése. Estos capullos se creen estupendos, pero no son más que viejos tipos-sin-colegas a los que les gusta dar órdenes a tíos jóvenes. Ya conocéis el percal. Uno se limita a hacer caso omiso, no habla con ellos jamás. Lo odian. Como el mamón de Blackie en el cole. Ese gilipollas se pasó de la raya ayer con lo que nos hizo a mí, a Carl y a Gally. Si le hubiesen pillado McDonald o Forbes habría sido él el que hubiese tenido problemas, no nosotros. Si se comportasen de esa forma con cualquiera que tuviera su edad saben que les partirían la boca, así que se meten con los de nuestra cuerda para sentirse importantes y listos.

Ya conocéis el percal.

De todas formas, vuelve a sonar el pito y se acabó, les hemos zullado y llevamos seis puntos de ventaja, porque los de Salvy no juegan hasta mediados de la semana. De vuelta en el pabellón, me visto rápido, porque hoy toca partido Hibs-Rangers y seguro que hay buen ambiente. Vamos a armarla, suponiendo que nadie se cague patas abajo.

Cuando salgo veo a mi hermano Rab y a sus colegas, merodeando a la salida del partido. Ese gigantón de Alex es enorme para ser un chaval que todavía está en primaria. Setterington. Creo que es el primo de Martin Gentleman o algo, así que eso de ser un hijo de puta grandullón debe ser cuestión de genes. Están en esa edad en que empiezan a creerse muy chulos pero no son más que unos críos. Me alegra pensar que habré dejado la secundaria justo antes de que empiece Rab, el año que viene. Tu hermanito en el cole. Eso es un corte total, delante de tus colegas y de las chavalas. A la mierda con todo eso.

«¿Todo bien?», le digo. El capullín lleva puesta mi chaqueta vieja. Eso sí, creo que le dije que podía quedársela. Le queda demasiado grande todavía; le cuelga.

«¿Vas a ir al fútbol esta tarde?», me pregunta.

«No sé», suelto yo, manoseando la solapa de la chaqueta que lleva puesta. Aún no está demasiado estropeada. Seguro que iba borracho cuando le dije que podía quedársela. «¿Estás aquí fuera espantando a los cuervos?»

Sus colegas se ríen ante eso. Esos mamoncetes me dan mal rollo.

«Muy gracioso», sale él, y a continuación señala el bolsillo de mi chaqueta y dice: «¿Y tú llevas la bufanda en el bolsillo o qué?»

«Sí…, no estábamos seguros de si iríamos o no. Me la llevé por si acaso. Escucha, tengo que ir directamente al centro para encontrarme con Terry, Carl y Gally. ¿Me dejas la bolsa en casa?»

Rab entorna los ojos por efecto del sol. «Carl es hincha de los Hearts, ¿para qué va a un partido de los Hibs?»

Este mamoncete es el Señor Preguntitas. Con él siempre estás que si «cómo es que esto» y «cómo es que lo otro». «Porque juegan fuera. Los Hearts están en Montrose o en alguna parte de la liguilla esa y Carl no se lo puede pagar, así que viene con nosotros.»

«Nosotros también vamos, ¿eh, Rab?», suelta el tal Alex Setterington. Entonces el mamoncete se vuelve hacia mí y pregunta: «¿Os vais a pegar con la peña de Glasgow?»

Me quedo mirando con gesto duro al macarrilla pecoso este. El muy jeta y sobrado se queda ahí sonriéndome. Miro a Rab y después a Setterington otra vez. Por encima de su hombro veo a Mackie bajando por la calle con Keith Syme y Dougie Wilson; le están lamiendo el culo. Sólo porque hoy ha metido dos, y sólo porque quieren ficharlo los Hibs. Yo nunca le lamería el culo a ese capullo. «¿Quién dice que vamos a ir al fútbol a pegarnos?»

«No lo sé, alguien me lo contó», dice Setterington sin dejar de sonreír. Sí, éste es un pequeño hijo de puta de lo más sobrado.

«No creas todo lo que oigas.»

«¿Dónde habéis quedado?», suelta Rab.

«No te importa», salgo yo, tendiéndole la bolsa, «tú lleva esto a casa. ¿Vas a ir al partido con papá?»

Rab arrastra un poco los pies sin moverse del sitio y sin decir palabra durante un momento; después dice: «Quizá, no estoy seguro.»

No va a ir con mi padre ni con el padre de ningún otro, eso fijo. Que mi madre y mi padre ni siquiera saben que va también es seguro. No le dejarían ir solo a un partido de copa grande como los Rangers, los Hearts o el Celtic. Me acuerdo cuando se ponían así conmigo: era de lo más chungo. No quiero avergonzarle delante de sus coleguillas y no voy a chivarme, pero luego quiero tener unas palabrillas con el muy mamoncete.

Tiene cara de estar mosqueadísimo conmigo por tener que llevar la bolsa a casa. Se vuelve y emprende el camino.

Cuando llego a la parada del autobús, hay dos chicos del Fet, y me miran.

«Hola, hola», salgo yo.

«Todo bien», me contesta uno de ellos.

El otro asiente con la cabeza. Mejor que no se sobren.

Mejor para ellos.

CABLE DE COBRE

Después de un rato los chicos del Fet suben a su autobús. Los del Fet son un equipo curioso, deberían ser buenos, pero son chunguísimos. Una maruja que hay en la parada me cuenta que acaba de pasar el Veinticinco. De todos modos me sobra tiempo. Empiezo a pensar en el día de hoy, en Doyle y esa peña. Más vale que Terry

le comente a Doyle lo de nuestra parte del dinero del cableado. Ya hace más de quince días. Todos corrimos riesgos, grandes riesgos, chorizando ese cable. Ese gilipollas nos está dejando colgados y hay que decírselo claro. Él y Gentleman. Me da igual quiénes sean.

De todos modos, la noche aquella en la fábrica de cable fue asombrosa, totalmente increíble.

Es curioso, pero fue Carl el que animó a todo el mundo a robar en la fábrica de cable, y él fue el que se quedó al margen. Se pondría malo si lo descubriera. De todos modos es culpa suya; nunca se cuenta nada delante de Terry, no si quieres que permanezca en secreto. Al menos he aprendido eso en esta vida. Claro está, Terry se lo comentó a Doyle y después me metió a mí por medio. «Tú y yo, Billy», dijo. «Carl y Gally son nuestros colegas, pero para los tipos como Dozo Doyle y Gent no son más que unos críos. No querrán tenerlos por en medio.»

De todas formas, se notaba que en realidad era Terry quien pensaba así. Pensé, sí, vale, pero me sentó mal dejar fuera a Carl. Estuvo ahí abajo con el tío ese para el que trabaja, el viejo mamón del ultramarinos. Habían estado en el Cash'n'Carry de Granton recogiendo cosas para la tienda. Lo más importante es que estando en un área de carga fuera de la fábrica, apenas visible desde Shore Road, Carl se fijó en que tenían unas bobinas enormes de cableado de cobre, amontonadas sin más.

Bueno, pues Terry se puso a hablar de aquello con Dozo Doyle, sólo porque el viejo de Dozo es todo un gángster o maleante o lo que coño se supone que sea. El Duque, le llaman al cabrón. No sé de qué será duque, será de La Borra o algo por el estilo. A alguna gente le gusta hacerse ilusiones. En cualquier caso, United Wire le había dado el finiquito a un montón de tíos, así que allí no quedaba más que una plantilla raquítica. Resultó que uno de los vigilantes nocturnos era el viejo Jim Pender, y que bebía en el Busy. Por supuesto, Terry empezó a sonsacarle, a hacerse amigo del abuelete y todo eso. Le cuenta a Doyle que él piensa que Pender es más tramposo que una moneda de cuarenta y ocho peniques y que nos asistiría en lo de levantar el cobre. Por supuesto, fue una pasada, porque en realidad el pobre cabrón no tenía demasiadas opciones después de que Terry le presentara a Dozo, Martin Gentleman y el primo mayor de Dozo, Bri. El pobre gachó se cagó patas abajo; todos aquellos matoncetes o, en el caso de Gentleman, matonazos, merodeando a su alrededor. Muy chungo, pero ¿qué se le va a hacer?

En realidad fue en ese punto cuando los Doyle se hicieron con el control de todo, y Terry y yo no fuimos más que los convidados de piedra. El caso es que donde vivimos nosotros por las noches no hay una puta mierda que hacer; hay que divertirse un poco.

Así que fue Dozo Doyle, la gran mente criminal de la barriada, el sobrado al que a Terry le gustaría parecerse: fue él quien diseñó este plan.

Sólo había una forma de entrar y otra de salir del polígono donde estaba la fábrica de cable. No había forma alguna de atravesar Silverknowes y Cramond en coche,

pues la carretera quedaba cortada a la entrada del polígono por la planta de Gas de Granton. Eso significaba que cualquier chori tenía que entrar y salir por la carretera de la playa. Doyle sabía que la poli siempre patrullaba por la carretera de la playa al lado del polígono industrial de Granton, buscando carne de trullo.

Doyle opinaba que debíamos dejar una furgoneta en el área de descarga durante el día. La furgona se quedaría ahí todo el día, y Pender, desde la oficina, se aseguraría de que nadie la tocase. Esperaríamos a la semana en que Pender cambiara del turno de día al de noche y tuviera que hacer los dos. Así estaría ahí a todas horas, ojo avizor.

Había un gran problema. Pender nos contó que había perros guardianes que los de Securicor dejaban sueltos por el terreno todas las noches. Por supuesto, no podían entrar en su oficina, que daba al área de descarga, pero nosotros estaríamos metidos en pleno mogollón con ellos si hacíamos las cosas como Doyle pretendía. Si los perros daban la alarma, se supone que Pender tenía que llamar a la policía. De todos modos eso era lo que menos nos preocupaba: aquellos bichos estaban entrenados para ir a muerte.

A Doyle no le inquietaba. Cuando alguien sacaba el tema, se pasaba la mano lentamente por su cabello negro, dejándolo caer hacia delante por capas. «Nos ocuparemos de esos cabrones. La mayoría de perros guardianes son unos jiñaos. Muy ladradores y poco mordedores. De ahí viene el refrán.»

Terry no estaba convencido. «Yo de perros no entiendo…»

«Déjanos los putos perros a nosotros», sonrió Doyle, echándole una mirada al gran Marty Gentleman. El mamonazo le devolvió la mirada de una forma que hacía que uno se compadeciera de los pastores alemanes. Yo no le tengo miedo a nadie, pero preferiría zurrarme con dos Doyle que con Gentleman. Es enorme: un monstruo, un anormal. ¿Quince años, eso? Ni de coña. En el barrio existe una regla dorada: si te enfrentas a Doyle, te enfrentas a Gentleman. Y anda que no lo sabe ese gilipollas de Dozo Doyle.

Brian Doyle, el primo, fue con Gentleman a ver a Pender durante el día, dejando de paso una furgoneta Transit blanca. El viejo les llevó a hacer una visita guiada de las instalaciones, indicándoles dónde patrullaban los perros y mostrándoles dónde almacenaban las enormes bobinas de rollos de cable de cobre.

Nos encontramos en el Busy. Brian Doyle parecía un gachó legal. Era mayor que nosotros, pero incluso él parecía recelar un poco de su primo más joven. Nos advirtió que las bobinas de cable pesaban mucho y que tendríamos suerte si lográbamos escapar con dos metidas en la furgoneta.

Pender, dándole chupetones al inhalador Ventolín, era un vejete gordo y con aspecto de estar poco en forma. Parecía muy nervioso, sobre todo respecto a los perros. Nunca se metía en su territorio, jamás entablaba con ellos contacto directo. Tenía el coche aparcado junto a la oficina y entraba por ahí. Pero podía oírlos fuera. A veces uno de ellos se tiraba contra la ventana y le dejaba cagado cuando el pobre

capullo intentaba ver la tele. «Un magnífico ejemplar», le dijo a Gentleman, pero a continuación suelta: «Aunque maligno, el hijo de puta.»

El otro tipo que estaba metido en la historia era un tío llamado McMurray, pero todo el mundo le conocía por Polmont, porque había estado en el reformatorio ese. Había algo en aquel mamón que no cuadraba. Una vez estuvo en nuestro colegio y trató de sobrarse con un coleguilla mío llamado Arthur Breslin. Arturín era buen gachó, inofensivo. Cogí por banda al Polmont este y se cagó. Eso fue hace siglos, en primer curso, pero esas cosas se le quedan a uno grabadas.

Así que yo, Dozo Doyle, Terry y el capullo este de Polmont nos bajamos más tarde durante aquella noche a Granton para comprobar cómo íbamos a entrar. Merodeamos por el *fish and chips* de allí, el Jubilee. Nos quedamos en la parada del autobús comiendo patatas fritas, asomándonos a los terrenos sobre los que estaba construida la fábrica.

No me gustó el aspecto del gran letrero que había a la entrada de los terrenos. Mostraba la silueta negra de un pastor alemán con el siguiente aviso:

ADVERTENCIA DE SECURICOR:

ESTOS TERRENOS ESTÁN VIGILADOS POR PERROS GUARDIANES

«Esa valla parece alta que te cagas», dijo Terry. «Y enfrente están las casas esas. Seguro que algún capullo entrometido nos ve. Llenas de pensionistas de esos que no consiguen conciliar el sueño.»

«Sí, ya lo sé, por eso no vamos a escalarla, vamos a atravesarla», suelta Dozo Doyle, comiéndose el pescado y guipando a un par de tíos que entran en la tienda.

Terry y yo éramos todo oídos.

«Tengo unas cizallas industriales de las grandes, la cortarán sin problemas.» Pasó la mano por la valla. «Son enormes, cortan las cadenas de los candados gordos. Tienes que usar los dos brazos», sonrió, haciéndonos un gesto demostrativo.

Yo no me fiaba en absoluto de aquel animal gilipuertas, pero no dejaba de ser divertido. Algo que hacer que no fuera demasiado aburrido.

«Mirad, cortamos justo aquí», soltó, señalando una zona de la valla. «Esta mierda», dijo, golpeando con el puño la marquesina de aluminio gris de la parada del autobús, «nos mantiene a cubierto de las casas y de cualquier coche que pase por ahí. Entonces nos ocupamos de los perros, allanamos la oficina y atamos a Pender. A lo mejor allí nos encontramos con el pequeño plus de una caja de caudales. Ya sé que él dice que no hay pero no creo a ese viejo cabrón. Después de eso, cargamos la furgoneta con el cable de cobre. Nos abrimos camino con las cizallas por la puerta del

fondo cortando la cadena, y salimos por la puerta de delante. Los otros seguratas del polígono puede que vean salir una furgona pero podría no ser más que otro segurata que se marcha a casa: no resulta tan sospechoso como una furgona *entrando*. Está tirado.»

«Pero en la furgona no cabremos todos», dijo Terry.

Doyle miró a Terry como si fuera un poco corto. Recuerdo que pensé que eso Terry no se lo habría aguantado a nadie más. «Marty sabe conducir tan bien como Bri», dijo, impaciente, como si le diera explicaciones a un crío. «Nos hacemos con una segunda furgoneta, una pequeña, y la dejamos aparcada allí», dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia los otros coches aparcados. «Después nos encontramos con los demás en la playa de Gullane.»

Miré a Terry, pero esperé a que hablara. «¿Por qué Gullane?», pregunto.

«Porque, tonto del culo», y las pupilas negras de los ojos de Doyle se ensancharon, «tenemos que quemar la envoltura de plástico del cable de cobre antes de poder venderlo. El mejor sitio para eso es una playa desierta.»

Terry asintió lentamente, con el labio inferior asomando. Se notaba que Doyle le tenía impresionado. Terry siempre se las ha dado de mangui, pero los de la casta de los Doyle lo llevan en la sangre. Llevan generaciones dedicándose a esto.

Todo salió según los planes. Salvo Doyle y su manera de hacer las cosas. Lo de ese mamón es mucho más que alucinante.

La noche que tocaba hacerlo me pasé por casa de Terry. Nos tomamos una lata de lager en su habitación y pusimos el primer elepé de los Clash. *Police'n Thieves* venía al dedillo. Su madre parecía de lo más recelosa, como si supiera que algo se cocía. Eran las once de la noche e íbamos a salir. *Police and thieves, oh yeah-eh-eh…*

Nos encontramos con Dozo y Brian Doyle en el *fish and chips* de Cross, y después bajamos a Longstone para encontrarnos con Gentleman y el tal Polmont. No dice gran cosa ese tío. Generalmente eso me gusta, no me va la peña que no para de darle al pico todo el rato. ¿Qué es lo que dicen del ruido y las nueces? Ves a los políticos en la tela y todo eso; hablar sí que saben. Siempre lo han hecho y siempre lo harán. Pero no parece que se les dé tan bien arreglar las cosas. O a lo mejor no se les da tan bien arreglar las cosas para los de nuestra cuerda.

Se apiñan en la parte de atrás y conducimos hasta Granton. Está desierto, salvo por un grupo de tíos que hay en la puerta del *fish and chips*, que lleva cerrado largo rato. Han estado bebiendo, son de por aquí, tíos como nosotros, merodeando por el barrio, aburridos y sin ganas de volver a casa. Doyle observaba iracundo desde la furgona. «Esos capullos…, dentro de nada me acerco y les digo que se vayan a tomar por culo», gruñó, pasándose la mano por el cabello. Cuando se lo echa atrás se ve que tiene esas entradas en forma de V, como el conde Drácula.

«Puede que les vaya la marcha», suelta Brian.

«Los forramos», escupe Doyle.

«Yo he venido aquí a mangar, no a darme de hostias con una cuadrilla de

payasos», dice Brian. «Si montas una aquí, vendrá todo el mundo; la poli, los cabrones de las casas de enfrente, todo dios.»

Doyle estaba a punto de decir algo cuando terció Terry: «Parece que se largan.»

Efectivamente, los tíos se marchaban, aunque había dos mamones que seguían allí. «A la mierda, a la mierda, a la mierda», silbaba Doyle. «Vale», soltó después de que los tíos se hubiesen despedido por centésima vez, «a estos capullos los matamos», y abrió la puerta del copiloto.

Brian le cogió por el hombro. «Quieto, cabrón», le suelta. «Se supone que hemos venido aquí a hacer un trabajito.»

Dozo Doyle le miró con expresión severa y mandíbula firme. «¿Me estás dando un toque, Bri?», pregunta en voz baja.

«No…, sólo digo que…»

«A mí no me intentes dar un toque», dice suavemente. Después escupe entre dientes: «¡A mí no me da un toque nadie! ¿Vale?»

Brian no dice nada.

«¡He dicho vale!», silba Dozo.

«No te estoy dando un toque. Sólo digo que hemos venido aquí a hacer un puto trabajo.»

«Perfecto», suelta Dozo, todo sonrisas, volviéndose a continuación hacia mí, como si fuera a mí a quien se hubiera estado dirigiendo todo el rato. «Siempre y cuando no intentes darme un toque», canturrea.

«Esos cabrones ya se han ido», suelta Terry, «vamos a empezar la puta función. No me importa estar en la parte trasera de una furgona con una pandilla de tías, pero con vosotros sí, cabrones. Además, este cabrón de aquí», y me mira, «acaba de rajarse. ¡Birrell, cacho guarro!»

«Vete a la mierda», suelto yo, «el primero en olerlo es el que lo suelta.»

Abrimos las puertas y salimos con las herramientas. Doyle lleva una especie de guante largo y algo así como un tubo acolchado por el que mete uno de los brazos. Está hecho con uno de esos conos de tráfico. Lleva consigo una chaqueta vieja. Huele que apesta, como a carne muerta. A pesar de que las calles están desiertas, debemos tener una pinta impresionante, seis tíos saliendo de una furgoneta en Granton Road en mitad de la noche. Una pasada total: en realidad no somos más que unos aficionados.

Lo bueno fue que cortamos la tela metálica rapidísimo; se parte a la primera con las cizallas esas. Polmont y Bri se mantienen al loro, atentos a cualquier coche o viandante desde la parada del autobús. Martin Gentleman es el primero en entrar, después Doyle y finalmente yo. Hago un gesto con la cabeza para darles luz verde a Brian y Polmont.

Acaban de pasar cuando oigo ladrar a un perro que aparece corriendo inmediatamente después, como de la nada, ¡justo en nuestras narices! Parece darse cuenta de que vamos en grupo, así que se para en seco, como si hubiera un campo de fuerza a pocos pasos delante de nosotros. Terry pegó un salto hacia atrás para

apartarse. Polmont volvió a cruzar la valla escopeteado. Doyle, sin embargo, se agazapó, adoptando una posición beligerante, con el gran tubo aquel alrededor del brazo. El perro, a unos tres metros de distancia, enarcó la espalda, replegó las orejas y gruñó. Doyle se limitó a devolverle el gruñido, sosteniendo su brazo envuelto y acolchado delante de él y arrastrando el abrigo viejo por el suelo como un torero. Era como el póster que mi tía Lily me trajo de España, el que tengo en la pared de la habitación, ese que cuando quiero quitarlo la vieja protesta diciendo que fue un regalo:

PLAZA DE TORRES
EL CORDOBÉS
BILLY BIRRELL

«Venga pues, cabrón…, venga…, si te crees tan chulo», suelta Doyle.

Entonces nos llevamos un susto; otro perro, más grande, sale disparado hacia delante, saltando por encima del que gruñía en el suelo y lanzándose contra Doyle. Éste levantó su muñeca acolchada y el perro le hincó el diente. Yo corrí hacia el otro perro, que saltó hacia atrás, tensando el cuerpo, volvió a agazaparse y empezó a gruñir mientras le temblaban las fosas nasales. Doyle seguía luchando con el perro grande, pero Gentleman se acercó y se colocó a espaldas del perro, dejándose caer con todo su peso sobre él. Éste soltó un gañido y se hizo lentamente una bola aplastada contra el suelo bajo su mole.

Terry está junto a mí y mantenemos la vista fija en el otro perro. «No sé, Billy, no sé», suelta.

«Nah, este gili se ha cagado», digo yo. Doy un paso adelante y el perro retrocede.

Gentleman sigue encima del otro perro, inmovilizándolo, y le sujeta el hocico con ambas manos mientras Doyle forcejea para liberar su brazo.

Brian sujeta un bate de béisbol, mientras yo y Terry seguimos encarados con el otro perro. «Tú vigílale la boca a ese cabrón», dice Brian. «No son más que dientes y mandíbulas. No pueden pegar puñetazos ni patadas, sólo pueden morder. Venga, cabrón…»

Polmont ha vuelto a entrar y le ha pasado las cizallas a Doyle. Gent sigue montado encima del perro, manteniendo cerradas sus mandíbulas con esas manazas y echándole el cuello hacia atrás, con la cabeza apretada contra su pecho. Doyle coloca la cizalla alrededor de una de las patas delanteras del perro y se oye un chasquido espantoso seguido de un gañido amortiguado. Cuando hace lo mismo con la segunda, se oye un extraño aullido como de eco. Gentleman suelta al perro y éste intenta incorporarse pero suelta gañidos y parece que estuviera bailando sobre brasas al rojo; cojea, chilla y se cae. Pero sigue gruñendo y va reptando con las patas traseras, intentando alcanzar a Doyle. «Chulo de mierda», suelta Doyle antes de patearle con

fuerza el hocico. Después le pisotea la caja torácica un par de veces y el gruñido se convierte en gañido y se nota que el espíritu del perro está quebrantado.

Gentleman empieza a cerrar el hocico del perro con cinta adhesiva de color marrón, de esa que se usa cuando te cambias de casa, en las mudanzas y tal, y hace lo mismo con las patas traseras.

Doyle se ha acercado hasta nosotros y el segundo perro, le tira el abrigo y el mamón lo aferra. Antes de que pueda soltarlo nos abalanzamos todos hacia delante, arrollando al hijoputa, inmovilizándolo mientras yo le aplasto la cabeza contra la hierba mullida. Terry tiembla como una hoja mientras lo mantiene sujeto a medias con Brian, y Polmont le ha pegado una patada en el costado, haciendo que se revuelva y casi logre soltar mi presa. «¡No le patees, sujétalo!», le grito al muy gilipollas, y se agacha y lo agarra.

Polmont se levanta y le suelta un chute en el estómago al segundo perro. Este suelta un gran gemido y de una de las fosas nasales sale una burbuja enorme. «Merece morir, joder», dice. Entonces se acerca Gentleman y se coloca a horcajadas sobre él, sellándole la boca con cinta aislante, después juntándole las patas delanteras y después las traseras.

«Aún no hemos terminado con vosotros, cabrones», sonríe Dozo, mientras cruzamos en la oscuridad los terrenos, dejando a ambos perros allí tumbados, indefensos.

A medida que nos alejamos de la valla del perímetro la hierba bajo nuestros pies se va saturando de agua turbia. «Mierda», salgo yo, notando cómo la fría humedad empapa mis zapatillas.

«Chist», susurra Terry, «ya casi estamos.»

Estaba oscuro como la boca de un lobo, y es un alivio ver la luz encendida en la oficina al fondo de la colina. La pendiente empieza a notarse a medida que el terraplén desciende hacia el aparcamiento que está junto a la carretera de la playa. De pronto oí un grito. Me preparé pero sólo era Polmont, que se había caído. Gentleman puso silenciosamente en pie al sacomierda de un tirón.

Al cabo de un rato, chapoteamos por el barro y para cuando llegamos al asfalto del área de descarga, tengo los pies completamente mojados. De todos modos me siento guay, como en una peli de Bond o una de comandos cuando penetran en el cuartel general enemigo.

Llegamos a la oficina y Pender no quiere dejar entrar a Doyle. «Abre la puta puerta, viejo capullo», le grita éste a la ventana.

«No puedo, si te dejo entrar a la oficina sabrán que estoy en el ajo», protesta Pender.

Gentleman se aparta un poco y se lanza corriendo hacia la puerta, abriéndola de dos patadones. «Eso», suelta, «será mejor hacer que parezca que entramos desde el exterior.»

«¡No hace falta que entréis aquí!», chilla Pender, cagado. «¡Todo lo que necesitáis

lo tenéis fuera!»

Aun así, Gentleman entra sin dudarlo, mirando a su alrededor como el Lurch ese de la Familia Addams. Polmont tira un montón de papeles de la mesa al suelo, e intenta arrancar el teléfono por el enchufe, como en las películas, sólo que el aparato cabrón ni se cantea, una, dos veces. Gentleman sacude la cabeza, se lo quita de las manos y lo arranca de un tirón.

Terry inspecciona todos los cajones. El viejo Pender está que se sale de sus casillas. «No lo hagas, Terry… ¡Me buscarás la ruina!»

«Ahora además tendremos que atarte», suelta Doyle, «para que no sospechen.»

El viejo se da cuenta de que no bromea y casi le da un ataque de pánico. «No puedo…, tengo problemas de corazón», gimotea, y vi la expresión de desdén con la que Polmont acogió aquello.

Salí a hablar en defensa del abuelo, porque estaba aterrado. «Dejadle», solté.

Doyle se volvió lentamente para mirarme. Gent también. Terry dejó de revolver y me puso la mano en el hombro. «Nadie va a hacerle daño al bueno de Jim, Billy, lo hacemos para ahorrarle problemas», dijo, volviéndose hacia Pender. «No lo haremos hasta que no estemos listos para marcharnos, Jim, y los tíos de Securicor te encontrarán al poco rato, cuando vengan a recoger a los perros.»

«Pero la puerta está rota…, los perros podrían entrar y atacarme…»

Aquello nos hizo reír a todos. «Nah», dijo Doyle, «no habrá perros por medio.»

Terry mira a Pender: «Entonces, ¿no hay pasta por aquí, Jim?»

«Nah, aquí no. Esto es todo administrativo. Como os dije, aquí ya no trabaja casi nadie.»

Terry y Doyle parecieron creerle. Terry guipa mis playeras, y la pista de barro que llega hasta la oficina atravesando el aparcamiento. «¿Qué le tengo dicho acerca del calzado cómodo y práctico, Birrell, del calzado correcto para cada tarea? No jugaría al fútbol con las zapatillas de andar por casa, ¿verdad que no, muchacho?», me suelta con voz de maestro, esa que siempre ponen él y Carl.

Doyle le ríe la gracia, y el soplapollas de Polmont también. Todos los demás mamones llevan botas, sólo yo llevo playeras; me siento un poco pringao y me da mal rollo. Recuerdo que aquello me jodió, que Terry se sobrara para fardar delante de Doyle. Si llega a seguir por ese camino, a lo mejor le habría partido la boca.

Pero ya estábamos dentro. Lo habíamos hecho, y eso era lo que contaba.

Gentleman y Brian empezaron a cargar los fardos; logramos meter dos en la parte trasera de la furgoneta Transit. Cortamos algunos trozos más de otro y eso también lo cargamos. Después Gent se cargó la cadena de la puerta de acceso con las cizallas, que estaban cubiertas con la sangre de los perros. Abrimos las puertas. Antes de marcharnos, escoltamos adentro al viejo Jim.

El pobre capullo está como en estado de shock, mientras le atamos a la silla con la cinta aislante. Se nota que cuando estaba sentado en el Busy, mientras Terry y Doyle le invitaban a pintas, nunca había contado con algo así. Es un mal rollo total para el

pobre tío. Está venga a babear acerca de la cantidad de hombres que habían trabajado allí, cuántos eran, de dónde y así.

«Bueno, pues todo eso se acabó, Pender», dice Doyle, «¡junto con el cable de cobre! ¿Verdad, chicos?»

Nosotros asentimos, y Terry y Polmont están que se mean de la risa.

Polmont cogió el bate de béisbol y lo blandió en plan kung-fu, acercándose lentamente al viejo Jim. «Haremos que parezca de lo más realista, Pender, como si hubieras sido un puto héroe que opuso resistencia…»

Cojo por el brazo a ese soplapollas aunque, todo hay que decirlo, Gentleman también se había adelantado. «¿Quieres que te demos con ese bate a ti?», le digo.

«Sólo bromeaba», suelta él.

Y una puta mierda. A la menor señal de ánimo por nuestra parte le habría abierto la cabeza al viejo Pender. Dozo me miraba como si fuera a decir algo; después miró a Polmont, como si hubiese debido hacerse valer. En realidad había mirado a Polmont como diciendo que el soplapollas le había dejado en evidencia.

«Jim», le dice Dozo a Pender, «cuando vengan esos capullos de Securicor, si preguntan dónde están los perros, diles que se han escapado.»

«Pero…, pero… ¿cómo van a escaparse?», suelta él.

«Por el agujero que hemos hecho en la valla, so mamón», le dice Doyle.

«Pero todavía están atados ahí detrás», suelta Brian, indicando la carretera superior.

«Ya, de momento sí», guiñó Dozo Doyle.

Vi lo que Dozo había querido decir según volvíamos sobre nuestros pasos. Terry, Brian y Polmont salieron directamente por la puerta de acceso, siguiendo la carretera de Shore Road con el cable. Ésa era la salida más arriesgada, supuse, pero a mí, Gentleman y Doyle nos tocaba lo más complicado, pues teníamos que atravesar el terreno entre la oscuridad y el barro. Los perros estaban donde los habíamos dejado, forcejeando aún; el más fiero sangraba abundantemente por las heridas de sus patas. Podíamos oír los gemidos de ambos a través de la cinta aislante.

Doyle se agachó junto al pastor alemán ileso y lo acarició con ademán tranquilizador. «Calma, calma, muchacho. Cuantísimo alboroto», susurró, y, como hablándole a un niño, añadió: «Cuatísibo abodoto.»

Entonces se acercó Gentleman, y Doyle y él cogieron al perro por un extremo cada uno, de las patas delanteras y de las traseras, y atravesaron la valla con él. Gent había aparcado la furgoneta Ford blanca y soltó su extremo del perro para abrir las puertas traseras. Después arrojaron al perro al interior de la furgoneta, y éste aulló de dolor a través de su mordaza al chocar contra el suelo.

Yo esperé mientras volvían para buscar al segundo perro; Gent lo llevaba cogido por el cuello para evitar sus patas delanteras heridas y Doyle lo sujetaba por las patas traseras. Lo metieron dentro con el otro.

Aquello no me molaba. Lo que me mosqueaba es que nadie me hubiera dicho de

qué iba toda aquella mierda con los perros. «¿Qué cojones pasa aquí?», pregunté. «Esto es fuerte que te cagas. ¿A qué jugáis?»

«A los rehenes, colega», dijo Doyle con un guiño. Después, empezó a reírse mientras miraba a Gent, que empezó a descojonarse. Gentleman tenía un aspecto de lo más marciano cuando se reía, como de verdadero maníaco homicida. Suelta Doyle: «Estos cabrones saben demasiado. Podrían irse de la lengua y delatarnos. Lo único que tendrían que hacer es asignarle el caso a uno de esos Doctor Dolittle de mierda y todos al trullo. Venga, Birrell, tú siéntate delante con Marty, que yo les haré compañía a mis muchachos aquí detrás.»

Me subo y Gentleman me dice: «Nunca me han gustado los alsacianos. No es un perro al que se le pueda coger cariño. Si yo me comprara un perro, sería un pastor escocés.»

Yo no dije palabra, porque Doyle volvió a la carga. «No son alsacianos, son pastores alemanes, ¿eh, chico?», ronroneó un rato, antes de decir con sorna: «Aunque son unos cagaos, a un puto rottweiler o a un pit-bull no se los hace prisioneros tan fácilmente.» Ha estado pegándole al speed y reparte. Yo no me meto más que una miajilla porque mañana es día de colegio, pero la mayor parte se desprende del papel de plata y se pega en los húmedos dedos de Gentleman.

Condujimos hacia Gullane, todavía muy ufanos pero teniendo que aguantar el rollo enfermizo de Doyle con los perros en la parte trasera. Era un psicópata. Desde mi punto de vista estaba mal de la cabeza. «¿Sabes lo que dicen las putas tribus africanas esas y tal?», suelta, haciendo rechinar los dientes y con los ojos saliéndosele de las órbitas. «Que si matas a alguien, absorbes su poder. Es el puto rollo de los cazadores. ¡Eso significa que absorberemos el poder de estos putos perros! ¡Les dimos un palizón!»

Gentleman no dijo ni pío; siguió conduciendo sin apartar la vista de la carretera. El tema ese de *Police and Thieves* me da vueltas en la cabeza. Era como si Doyle nunca esperase que dijera nada y me dirigía a mí todo lo que decía, lo cual no me gustaba. «Tú eres un tío legal, Birrell, no dices gran cosa, como Marty. Sí, no dices gran cosa pero conoces el puto paño. No vas de vacile. Lawson, por otra parte, es harina de otro costal. Sé que es tu colega, y no me entiendas mal, el tío me cae bien, pero es un vaciletas. ¿Cómo se llama tu coleguilla ese, el cabrón que le metió un tajo en la mano al tío ése en el cole?»

«Gally», suelto yo. Y yo no le llamaría a eso meterle un tajo a nadie. Sólo puso en su sitio a un capullo que se estaba sobrando. Esas cosas siempre se exageran.

«Gally, eso es. Parece buen chaval. Parece echao palante. Le vi en el fútbol una vez. Dentro de un par de semanas hay partido de los Hibs contra los Rangers en Easter Road. Tendríamos que ir todos, un montón de peña del barrio y cualquier otro capullo que tenga ganas. Conozco a unos tíos de Leith. Sería guapo reunir a unos cuantos tíos cachas y darnos de hostias con los de Glasgow.»

«Vale, trato hecho», dije yo, porque efectivamente lo sería. Uno necesita

divertirse; de lo contrario la vida resulta demasiado aburrida.

Gentleman, que sigue conduciendo en silencio, me pasa un trozo de chicle.

Dozo empieza a contar chistes. «¿Cómo se le llama en Glasgow cuándo dos tipos que van hasta el culo de drogas se lían a navajazos?», pregunta, haciéndole un gesto a Gent. «No se lo digas, Marty.»

«No sé», suelto yo.

«Una pelea limpia», se ríe estrepitosamente Doyle, levantándole la cabeza a uno de los perros y mirándole a los ojos. «¡Una pelea limpia, muchacho! Ésa sí que es buena, ¿eh, amigo? Buena que-te-cagas…»

Fue un alivio llegar a Gullane y reunimos con los demás. Estaban descargando el cable de cobre; Terry y Polmont hacían rodar una de las ruedas hasta la playa.

Se quedaron de piedra cuando bajamos a los dos perros y los arrastramos entre gimoteos por el aparcamiento. Uno de ellos, creo que el echao palante de las patas quebradas, se había meado y cagado en la furgoneta. Doyle estaba furioso. «Vas a morir, cacho guarro», carraspeó, inclinándose sobre él. Entonces cambia bruscamente, imitando a la tía esa que entrenaba perros en la tele, Barbara Woodhouse, y suelta: «¡A pasear!»

En cuanto colocamos las bobinas en posición, Doyle las roció con queroseno y las prendió. A medida que el núcleo de madera y las ruedas empezaban a arder, el plástico comenzó a derretirse de veras y se produjo una llama enorme y alucinante que procedía del cobre. El aire se llenó de toda clase de vapores tóxicos, y todos nos pusimos de espaldas al viento, salvo Polmont, a quien no parecía molestarle. El fuego empezó a volverse verde; resultaba un espectáculo asombroso, podría haberme quedado mirándolo toda la noche. Era como en el colegio, cuando te dicen que la parte azul de la llama del mechero Bunsen es fría. Tenía la sensación de que podría internarme en la parte verde de la llama y que sería flipante. Trataba de no pensar en lo cansado que estaba, lo notaba a pesar del speed y de la emoción, y que tenía que ir al colegio por la mañana y la bronca que me echaría la vieja cuando entrase a hurtadillas.

Entonces Doyle se acercó a la Transit y volvió con unos trozos de cuerda de tendedor. Se lo pasó alrededor del collar a uno de los perros, después al otro y pasó el otro extremo sobre la rama de un árbol. Los colgó, izándolos con ayuda de Polmont y Gentleman. Mientras se debatían, asfixiándose, Polmont golpeó a uno de ellos con el bate. Terry meneaba la cabeza, pero exhibía una enorme sonrisa. Doyle se acercó con la lata de queroseno. Sentí asco pero también emoción, porque siempre me había preguntado cómo sería ver morir abrasado algo viviente. Los perros pataleaban mientras Doyle les vertía queroseno por encima. Sujetó a uno por las mandíbulas y rasgó bruscamente la cinta aislante con su cutter, sacando sangre al cortar un poco de la encía. «A ver cómo chilla este cabrón», se rió, haciendo lo mismo con el otro.

Los perros aullaban y se asfixiaban. Brian, que había permanecido en silencio, se adelantó y dijo: «Ya basta. Lo digo en serio.»

Dozo se acercó a su primo, mostrándole las palmas, con las manos en alto, como si fuera a apaciguarle. Entonces estrelló su cabeza contra la nariz del chaval. Se escuchó un chasquido y la sangre salió a chorros. Fue un golpe potente y certero. Brian se sujetó el rostro entre las manos. Se le veía en la mirada, escondida detrás de los dedos, el temor y el shock. Sabía que no habría rebote. «¿Basta así, Bri? ¿Basta así?» Caminaba en torno a Brian, por el aparcamiento, y volvió a dar un paso hacia su primo. Terry miró para otra parte, hacia el mar, como si no quisiera ser testigo de nada. Yo miré a Gentleman.

«¿Todo bien?», dijo él, sin inmutarse.

«Sí, estupendo», suelto yo.

«¿Te parece bien a ti, Birrell?», sonríe Doyle, mientras mira a los perros. Uno de ellos ya no forcejeaba. Tiene los ojos abiertos y todavía respira, colgado del collar, amarrado y cubierto de queroseno; es como si ya no le quedaran fuerzas para pelear. El otro, el de las patas rotas, sigue sacudiéndose sin parar. Tiene una de las piernas completamente doblada, completamente deformada. Ahora lo más compasivo sería matarlos. Nadie los acogería ahora, tendrían que matarlos de todos modos.

Me limité a encogerme de hombros. Nadie podía hacer nada para detener a Doyle. Estaba decidido. Cualquiera que lo hiciese probablemente acabaría recibiendo el mismo trato que los perros.

«¿Terry?», suelta Dozo.

«Si tú no llamas a los de la Sociedad Protectora de Animales yo tampoco», sonríe, pasándose la mano por su pelambrera ensortijada.

De todos modos, esto es un mal rollo que te cagas. Brian está sentado en la arena, sujetándose todavía la nariz. Doyle le da la espalda. Le señala con el dedo. «Acuérdate de por qué estás aquí con nosotros. ¡Porque nosotros lo organizamos! Recuérdalo. No le vayas diciendo a los demás lo que tienen que hacer y lo que no. ¡No te pienses que puedes llegar de buenas a primeras y ponerte a cortar el bacalao!»

Doyle le prendió fuego a un perro y después al otro. Chillaron y patalearon mientras las llamas los envolvían. Después de un rato no puedo seguir mirando, así que me sitúo de cara al viento, lejos de ellos y miro la playa desierta. Entonces se oye un crujido. La cuerda también debió quedar bien rociada con queroseno porque se ha quemado y uno de los perros cae al suelo e intenta incorporarse y salir por la arena como puede para llegar al mar. Pero era el echao palante de las piernas quebradas, así que no llegó demasiado lejos.

El otro dejó escapar un aullido casi inaudible y entonces dejó de debatirse; cuando su cuerda se quemó, cayó y ya no se movió.

«No se puede hacer una barbacoa playera como está mandado sin perritos calientes», sonrió Terry, pero no parecía cómodo. A continuación él, Polmont y Doyle empezaron a reírse histéricos. Yo y Gentleman no dijimos palabra, ni tampoco Brian.

Más tarde, cuando todos nos fuimos a casa, Terry y yo acordamos que no le hablaríamos de aquella noche a nadie. El día siguiente me lo tomé de fiesta. Cuando

mi madre me preguntó dónde había estado, le dije que en casa de Terry. Enarcó las cejas. Convencí a Rab para decir que había llegado antes de lo que en realidad lo hice. En eso el bueno de Rab es legal.

Pensé un poco en los perros. Fue una vergüenza. Aquellos perros eran unos asesinos, cierto. Entrenados para no tener piedad alguna. Matarlos sí, de acuerdo, pero hacer lo que hizo Doyle demuestra que no estás bien de la cabeza. Pero así es Doyle, eh. Después de aquello quise mantenerme alejado de él, y ojalá no hubiera dicho que iríamos todos juntos al fútbol. La verdad es que nunca me gustó ese hijo de puta. Ni tampoco ese soplapollas retorcido de Polmont. Gentleman, no lo sé. A mí no me ha hecho nada, pero él y Doyle son uña y carne.

De todos modos, estoy en babia y viene el autobús. No le voy a declarar la guerra a un pirao como Doyle por unas cuantas libras de cobre, pero de todos modos me va a oír.

Me subo al autobús y me voy a la parte superior. No ha salido malo el día. Hay una vista guay del castillo desde la parte de arriba de un autobús bajando por Princes Street. Eso sí, el tráfico es alucinante. Se entiende que a la gente de Glasgow les ponga malos Edimburgo, porque ellos no tienen nada que pueda compararse con el castillo, los jardines, las tiendas y tal. La gente dice que en Edimburgo hay barrios bajos, y es cierto, pero es que todo Glasgow es una barriada, y ahí está la diferencia. Por eso son como apaches. Aquí los chalaos como Doyle cantan un huevo, pero en Glasgow nunca te fijarías en ellos.

Sube Ronnie Allison, del club de boxeo. Me doy la vuelta pero me ha visto y se acerca y se sienta a mi lado. Ha guipado a la primera la bufanda de los Hibs que me cuelga del bolsillo.

«Hola, hola.»

«Ronnie.»

Señala la bufanda con la cabeza. «Más te valdría pasarte la tarde en el club que en las gradas. Yo voy para allá ahora.»

«Ya, eso sólo lo dices porque eres un Jam Tart», le digo medio en broma.

Ronnie sacude la cabeza. «Nah, hazme caso, Billy. Sé que también juegas al fútbol, y que te gusta verlo y todo eso. Pero para lo que tienes verdadero talento es para boxear. Ya lo verás.»

A lo mejor.

«Sí, chaval, tienes talento como boxeador. No lo eches a perder.»

Quiero jugar al fútbol. Con los Hibs. Salir ahí con los colores en Easter Road. Alan Mackie nunca lo logrará. Lo calarán. Demasiadas florituras; mucha labia es lo que tiene. «Esta es mi parada, Ronnie», le digo, levantándome y obligándole a él a levantarse para dejarme pasar.

Me mira como si fuera un actor de *Crossroads*, de la parte del final, cuando vuelven para los chistes definitivos, después de que creas que ya se ha acabado todo. «Recuerda lo que te digo.»

«Nos vemos, Ronnie», suelto yo, volviéndome y bajando por las escaleras giratorias hasta el piso inferior y la puerta.

En realidad no era mi parada, me habría venido mejor quedarme hasta la siguiente, pero estaba bien quedarme solo. Con todo el tráfico de Princes Street, llegaría casi igual de rápido caminando hasta el Wimpy.

ANDREW GALLOWAY

RETRASO

En cierto modo, la culpa de que llegáramos tarde fue de Caroline Urquhart. Ayer cuando pasaban lista llevaba puesta esa falda marrón con los botoncitos a los lados y esas medias con agujeros que le suben por dentro y fuera de la pierna. Pensaba en ello cuando mi madre me despertó para traerme el desayuno. «Date prisa, Andrew, los chicos llegarán enseguida», me dijo, como siempre.

Dejé enfriarse el té, porque pensaba en si los agujeros de sus medias daban la vuelta completa entonces habría uno justo donde tenía el coño, y si no llevaba bragas lo único que tendría que hacer sería levantarle la falda, atizarle un pollazo y follármela sobre el pupitre en clase de inglés mientras nadie más era capaz de ver o de oír, como en una de esas películas o sueños en que se quedan mirando la pizarra; el pañuelo que guardo debajo del colchón ya está fuera y alrededor de mi polla tiesa; Caroline lleva el maquillaje de ojos y el lápiz de labios, y la cara dispuesta en aquella expresión estricta y altanera, como cuando fuimos en bici por Colinton Dell y la vimos haciendo manitas con aquel guarro afortunado que tendrá unos treinta o por ahí, pero nah, ahora está conmigo y lo está deseando, ya lo creo y…

… aaahh…

… beuh… beuh… beuh…

… el pañuelo vuelve a estar lleno.

Me costó un minuto volver en mí. Todavía llevaba puesto el pendiente nuevo de la noche anterior. Me lo volví a poner en el club cuando jugamos al ping-pong. De todos modos, el viernes pasado me acordé de quitármelo porque la señorita Drew te manda al cabrón ese de Blackie si llevas uno puesto en clase. Desempolvé mis chinos (el cabrón también ha prohibido los Levis), las botas de piel vuelta, el Fred Perry azul y la cazadora de béisbol de cremallera amarilla y negra.

Bebiéndome el té a grandes tragos fui al baño a realizar un breve lavado de cara. Podía oírles abajo, en la puerta; Billy y Carl. Mi madre está protestando otra vez, así que me di una mojadita rápida; cara, sobacos, huevos y culo; me puse la ropa sin dejar de comerme la tostada. «¡Venga, chiquitín!», gritó ella. Miré dentro del cajón que hay junto a la cama para asegurarme de que la navaja seguía allí. Recuerdo que lo cogí y apuñalé al capullo ése de los Jam del póster de la pared. Me arrepentí un poco, porque es un buen póster y el tío es legal. Los capullos esos de los Jam llevan una ropa guapa. Aunque sean unos maricones ingleses.

No puedo dejar de sacar la navaja para mirarla. Aquel viernes me tentaba llevarla al colegio, pero no quería tener más problemas. La guardo en el cajón. Mamá vuelve a gritarme. Bajo corriendo las escaleras y casi me tropiezo con el perro; estaba ahí tumbado en medio del camino y no se apartó. «¡Joder, Cropley, quita de en medio!», le rugí y se levantó de golpe; salí por la puerta y bajamos por la calle.

Aquella mañana Billy llevaba una prisa que te cagas y no estaba en absoluto contento, pero al principio no dijo ni pío. Cruzamos la calzada de doble sentido. «¿No puedes darte un poco de caña?», me soltó Carl, pero a ése en realidad no le importa llegar tarde, sólo intentaba tomarle el pelo a Birrell.

«Como Blackie esté de servicio…», suelta Billy, mordiéndose el labio inferior.

«¡Blackie nunca está de servicio los viernes! Estaba de servicio ayer, cuando pescó a David Leslie», le conté.

Hacía una mañana gris pese a ser verano, y tenía aspecto de ir a llover a mares más tarde. Aun así, hacía un bochorno que te cagas y sudaba como un cerdo sólo a causa del ritmo al que caminábamos.

Oímos la bocina de una camioneta nada más cruzar la vía de acceso. Levantamos la vista y era la camioneta de los refrescos; ahí estaba Terry, en el asiento del copiloto, con aquella pelambrera rizada asomando por la ventana. «¡Dense prisa, muchachos, o llegarán tarde a la escuela!», suelta con una aguda voz de pijo, en plan de cachondeo.

Nosotros le respondimos con la señal del dedo corazón. «¡Tú procura estar mañana para el partido!», gritó Billy. Terry le hizo el signo del gilipollas onanista desde la ventanilla.

Pensar en mañana nos hizo sentir bien, así que nos reímos un rato durante el resto del camino que nos quedaba para llegar al cole. ¡Mañana, sábado! ¡Guapo que te cagas!

Pero resultó que Blackie sí estaba de servicio cuando llegamos al colegio. Echamos un vistazo para comprobarlo desde detrás del seto que crecía junto a la valla del colegio. Allí estaba, el muy cabrón; paseando por las escaleras con las manos detrás de la espalda. Billy no pudo resistirlo: le dio un empujón a Carl para que lo viera. Carl dio un salto hacia atrás pero el cabrón nos guipó y gritó: «¡Vosotros! ¡Venid aquí! ¡Carl Ewart! ¡Ven aquí!»

Carl se volvió para mirarnos y se adelantó de forma asustada y disimulando, como el perro cuando se escapa y se queda por ahí durante siglos persiguiendo a todas las perras. ¡Sé cómo se siente el pobre cabrón, pero espero que tenga más suerte que yo!

«¡Hay otros! ¡Sé que hay más! ¡Venid aquí o tendréis serios problemas!»

Billy y yo nos miramos y nos encogimos de hombros. No había nada que pudiéramos hacer salvo atravesar las vallas del colegio y cruzar el recreo asfaltado hasta la puerta principal, donde se encontraba aquel cabrón con pinta de Hitler. Hijo de puta y medio que está hecho, con su bigotito y sus gafas. Gracias a San Peo que

me quité el pendiente.

«No pienso tolerar la impuntualidad», suelta Blackie, mirando a Carl a continuación. «Señor Ewart. Debí suponerlo.» Me mira a mí un rato, como si tratara de situarme. Después se dirige a Billy: «Se llama usted Birrell, ¿no es así?»

«*Aye!*», dijo Billy

«*Aye? Aye?*», dijo medio chillando, señalándose las gafas. Hablaba como si alguien lo tuviera agarrado por los huevos. «¡Los *eyes* son los que tienes en la cabeza, mozalbete estúpido! Aquí se habla el inglés de Su Majestad. ¿Qué se habla aquí?»[9]

«El inglés de Su Majestad», dijo Billy.

«¿De veras es así?»

«Sí.»

«¿Sí, qué?»

«Sí, señor.»

«Eso está mejor. Bien, adentro todos», soltó Blackie, y desfilamos por el recibidor y el pasillo del colegio.

Cuando llegamos a las puertas del despacho del cabrón, nos hace parar cogiéndome con fuerza por el hombro. Mira a Billy y suelta: «Birrell. Birrell, Birrell, Birrell, Birrell. El deportista, ¿no es así?»

«Eh…, sí, señor.»

«El fútbol. El boxeo, sí. Fútbol y boxeo, ¿no es así, señor Birrell?» Aún me sujeta con fuerza por el hombro, hincándome los dedos.

«Sí, señor.»

Blackie contemplaba a Billy con expresión de auténtica tristeza. Me soltó el hombro. «Es tan decepcionante. Precisamente usted tendría que dar muestras de liderazgo, Birrell», dice Blackie, lanzándonos a Carl y a mí una mirada furtiva, como si fuéramos basura. Volvió a mirar a Billy, que se limitaba a mirar al vacío. «Liderazgo. El deporte, Birrell; el deporte y el tiempo son conceptos inseparables. ¿Cuánto dura un partido de fútbol?»

«Noventa minutos…, señor», suelta Billy.

«Un asalto de boxeo, ¿cuánto dura?»

«Tres minutos, señor.»

«Así es, y también la escuela funciona sobre la base del concepto del tiempo. ¿A qué hora se pasa lista?»

«A las ocho horas y cincuenta minutos, señor.»

«A las ocho horas y cincuenta minutos, señor Birrell», dice, volviéndose hacia Carl. «A las ocho horas y cincuenta minutos, señor Ewart.» Después me mira a mí. «¿Cómo se llama usted, muchacho?»

«Andrew Galloway, señor», suelto yo. El rapapolvo que nos estaba echando el cabrón era humillante que te cagas, porque había gachos de otras clases pasando por delante, y chavalas también, y todos se reían.

«¿Sería tan amable de deletrear la palabra *sir*, señor Galloway?»

«Eh…», empiezo yo.

«¡Mal! No lleva *e*. Deletree *sir*».

«S-I-R.»

«Correcto. No S-U-R»,[10] dice él. «Andrew Galloway…», dice mirando el reloj. «Bien, señor Galloway, según me cuentan sus compinches, aquí se pasa lista a las ocho horas y cincuenta minutos. No a las ocho horas cincuenta y uno.» Me pone el reloj en las narices y le da golpecitos con el dedo. «Y mucho menos a las nueve horas y seis minutos.»

Durante un rato pensé que el cabrón nos dejaría marchar sin darnos con la correa, porque estuvo pavoneándose como si hubiese demostrado algo. Uno de nosotros debería haber dicho «disculpe, señor» o alguna mierda de ésas, porque parecía como si esperase que dijéramos algo. Pero nah, no íbamos a decir nada por el estilo, para ese soplapollas no. Así que nos hizo desfilar hasta su despacho. Ahí estaba la correa sobre la mesa, fue lo primero que vi. Noté que se me revolvían las tripas.

Blackie juntó las manos de una palmada y se las frotó. Llevaba grandes marcas de tiza en su chaqueta de traje azul. Nosotros permanecemos de pie y en fila. Coloco las manos sobre el radiador que tengo a mis espaldas, preparándolas para lo que viene. Los correazos de Blackie escuecen a tope. Se le considera uno de los tres mejores, después de Bruce, el de técnicas y quizá Masterton, el cabrón de Ciencias, aunque Carl considera que Blackie le ha zurrado más duro que Masterton. «Nuestra sociedad está basada en la responsabilidad. Una de las piedras angulares de la responsabilidad es la puntualidad. Los tardones nunca llegan a nada», dice mirando a Billy, «ni en el deporte, Birrell, ni en ninguna otra cosa. Una escuela que tolera la tardanza es, por definición, una escuela fracasada. Es una escuela fracasada porque ha fracasado en preparar a sus alumnos para una vida de trabajo.»

Carl iba a decir algo. Ese capullo siempre dice algo en su defensa, eso hay que reconocérselo. Se le notaba, vacilando más o menos, preparándose. Entonces Blackie le miró, adelantando el mentón y con los ojos desorbitados. «¿Tiene usted algo que decir, Ewart? ¡Entonces dígalo, muchacho!»

«Disculpe, señor», suelta Carl, «es sólo que ahora en realidad no hay empleos. Donde trabaja mi padre, en Ferranti’s, acaban de darle el finiquito a un montón de obreros.»

Blackie miró a Carl con asco absoluto. El puto careto que llevaba el gafotas; se nota que piensa que los de nuestra ralea no somos nadie. Eso me incitó a mí. «Los de United Wire también han despedido a gente, señor. Y Burton’s Biscuits, en el barrio.»

«¡Silencio!», dijo Blackie bruscamente. «¡Hable cuando se le hable, Galloway! Jovencito insolente», dijo, mirándome de arriba abajo, como si fuéramos soldados que hubiésemos regresado a la base. «Sobra trabajo para aquellos que están dispuestos a trabajar. Siempre lo ha habido y siempre lo habrá. Los vagos y los refractarios, por otra parte, siempre hallarán una excusa para su indolencia y su pereza.»

Es curioso, pero la mención de la indolencia y la pereza me hizo pensar en Terry, y él es casi la única persona que conozco que esté trabajando, aunque no sea más que en las furgonetas de reparto de refrescos. Intenté no mirar a Billy y a Carl, como si me hubiera dado cuenta de que a Carl le había empezado a dar la risilla. Lo sabía. Sentí cómo a mí también me daba. Mantuve la cabeza gacha.

«¿Qué habría sucedido», nos preguntó Blackie, que ahora caminaba de un lado a otro de la habitación y miraba distraídamente por la ventana, recogiendo después la correa de la mesa y blandiéndola, «si Jesús hubiese llegado tarde a la última cena?»

«Que no se habría comido una puta mierda», escupió Carl por lo bajini.

A Blackie le dio un siroco. «¡¡QUÉÉÉ!! Quién… quién ha dicho eso… so… so… so… ¡animales!» Los ojos se le salían de las órbitas como los personajes de los dibujos animados cuando ven un fantasma, como en *Casper*. Empieza a perseguirnos alrededor de la mesa blandiendo la puta correa. Era como la puta parte del final de *Benny Hill*, y todos nos reímos que te cagas, cagados en cierto modo pero riéndonos, pero entonces agarró a Carl y empezó a darle latigazos, y Carl se cubre el rostro, pero Blackie está como loco. Billy dio un salto y cogió a Blackie por la muñeca. «¡Suélteme, Birrell! ¡Quíteme las manos de encima, muchacho idiota!»

«Se supone que no debe pegarle de ese modo», dijo Billy, manteniéndose firme.

Blackie miró fijamente a Billy, después bajó los brazos, y Billy le soltó. «Extienda las manos, Birrell.»

Billy le miró un ratito. Blackie le suelta y Billy extiende las manos. Blackie le dio tres golpes, pero no demasiado fuertes. Billy ni se inmutó. Después me hace lo mismo a mí, pero no a Carl, que se está frotando la pierna a través de su Staprest Jam Tart donde Blackie le pilló con la correa.

«Bien hecho, muchachos. Han soportado su castigo como hombres», dijo, todo nervioso. El capullo sabía que se había extralimitado. Señaló la puerta con un gesto de la cabeza. Mientras salíamos, le oímos decir: «Como habría hecho Jesús.»

Y nos fuimos a tomar por culo de allí y a la clase de inscripción antes de volver a desternillarnos. Lo primero que vi allí fue a Caroline Urquhart saliendo por la puerta. No llevaba la falda marrón, sino una negra, larga y ceñida. La observé mientras bajaba por el pasillo con Amy Connor. «Pero qué par de polvos», salió Birrell. La señorita Drew nos miró y apuntó nuestros nombres en la lista. Le levanté los pulgares y nos largamos a clase.

LA VIDA DEL DEPORTISTA

La primera oleada se bajó en Waverley. Nosotros estábamos sentados en el Wimpy de enfrente, sin los colores, salvo Billy, que se había sacado la bufanda del bolsillo e insistía en montar el número de ponérsela. Carl era un Jambo,[11] le daba igual, pero Terry y yo nunca nos poníamos las bufandas. «Quítate la bufanda, Billy, esos cabrones vendrán por aquí», le dije.

«Vete a tomar por culo, gilipollas acojonao. A mí no me dan miedo esos soplapollas de Glasgow.»

Birrell está jodiéndole el rollo a todos. Aquello no era lo que habíamos acordado. Le lancé una mirada a Terry. «Eso no es lo que dijimos, Billy», le dice Terry. «Estos cabrones tienen superioridad numérica. Son todos unos cagaos hijos de puta cuando los pillas solos, uno contra uno. Pero nunca buscan eso.»

«Así es como se hace», dijo Carl. «Como los chavales esos del West Ham que conocieron mi primo Davie y sus colegas después de lo de Wembley. Nos contaron que cuando subían a sitios como Newcastle o Manchester, nunca llevaban sus colores. Eso es lo que tenemos que hacer: mezclarnos entre la multitud de hunos,[12] encontrar a una cuadrilla de bocazas e inflarlos.»

«Sólo los cobardes no llevan sus colores», suelta Birrell, «hay que llevarlos con orgullo, incluso con todo en contra.»

Terry sacude la cabeza mientras enciende y apaga el mechero. Se le nota el bebercio en el aliento. Dice que se tiró a esa Maggie, y eso le cerró el pico a Carl durante un rato, porque él intentaba hacérsela. «Escucha, Billy, ¿quién inventó esa puta regla? Los de Glasgow, con todo su mierda irlandesa anaranjada y verde.[13] A ellos les conviene porque son más. Es muy fácil ser un sobrao cuando tienes quince mil gilipollas con bufanda detrás de ti. Fijo. Pero ¿cuántos de esos capullos querrían llegar a conocernos en condiciones de igualdad? Contéstame a eso si puedes.»

Por una vez en su vida Terry dice algo sensato. Me doy cuenta de que Billy le escucha. Se acaricia el mentón. «Vale, Terry, pero no es sólo un rollo irlandés, es un rollo escocés, procede de cuando lo de Culloden,[14] de cuando los ingleses no nos dejaban llevar los colores de cada clan. Eso es lo que decía tu viejo, Carl; acuérdate.»

Carl asiente, frotando el logotipo de la bolsa de plástico que sostiene. Su viejo siempre nos habla de historia y tal cuando vamos a su casa. Pero no es como la historia que te enseñan en el cole, que va toda de reyes y reinas ingleses y de toda esa mierda que a nadie le importa.

«Vale, pero ¿quiénes lo fomentan?», digo yo. «Terry tiene razón, Billy. Es hacerles el juego. Esos cabrones anaranjaos y del Celtic van vestidos de mamones, con sus colores, sus insignias y sus banderas. Como nenitas desfilando durante las fiestas de Leith. Van a saco a por ti porque saben que todo quisque les respaldará. A ver quién quiere saber algo cuando vamos como equipo y estamos dispuestos a montarla en condiciones de igualdad numérica con una cuadrilla suya. Tíos contra tíos, sin esconderse entre la multitud. ¡Y lo mejor de todo es que los demás no sabrán que somos de los Hibs!»

Billy me miró y se rió. «Nosotros podemos calar a un gilipollas de Glasgow a un kilómetro de distancia y sin que vaya con los colores. Ellos nos podrán calar a nosotros exactamente igual.»

«No sé cómo puedes comprobar que tienen liendres desde tan lejos», se rió Terry, y todos nos sumamos, y a continuación dice: «Eso sí, estoy seguro de que la tía de la

película de anoche tenía ladillas.»

«Vete a la mierda», le suelto yo.

«Te lo digo en serio, Gally, tendrías que haber visto qué callo. Hostia puta. Y el tamaño de la tranca del tío que le estaba dando lo suyo…»

Terry siempre iba los jueves por la noche a ver películas guarras al Classic, en Nicolson Street. Yo intenté entrar una vez, pero no me dejaron porque parecía demasiado joven. «¿Qué ponían?», pregunté.

«La primera se llamaba *Hard Stuff*, la segunda *I Feel It Rising*. Pero nos quedamos a ver la última sesión, *Soldado azul*. Qué peli más guapa.»

«A mí me han dicho que *Soldado azul* es una mierda», dijo Billy.

«Nah, Birrell, tienes que ir a verla, tío. La escena donde le cortan la cabeza a la tía y salta desde la pantalla; pensé que me aterrizaba en el puto regazo.»

«Te haría perder el ritmo mientras te la machacabas tú solo en la última fila», dijo Carl, y todos nos reímos.

Pero Terry le cierra la boca de inmediato cantando un trozo de la canción esa de Rod Stewart. «*Oh Maggie I couldn't have tried any mo-ho-hore…*» Después señala a Carl: «*She made a first-class fool outah you…*»

Ahora nos reímos de Carl, que mira por la ventana a un grupo de hunos que pasan por delante. «Ahí fuera hay bastante soldado azul», suelta, tratando de cambiar de tema.

Terry pasa de Carl y empieza a reírse de mí. «Siempre tengo que contarle a este capullín las películas del Classic. Y tengo para rato, porque pasarán siglos antes de que aparente la edad suficiente para entrar.»

Billy se ríe de mí, y Carl también, aunque me doy cuenta de que él nunca ha intentado entrar en el Classic.

«Váyase a paseo, señor Lawson», le digo a Terry, «puedo entrar en el Ritz.»

«¡Pues vaya, señor Galloway! Dentro de nada, empezará usted a afeitarse. ¿Y después qué? ¿Testosterona?»

«Aquí hay testosterona de sobra, señor Lawson.»

«Pues a ver si encuentras un sitio donde meterla», suelta él, y todo dios se ríe. Menudo caradura. Siempre fue divertido hablarnos unos a otros como nos hablaban los maestros. Aunque eso me ha recordado lo del Ritz; es buen momento para cambiar de tema. «¿A nadie le apetece ir al Ritz esta semana? Ponen *Zombies*. Sesión doble con *El gran strip-tease británico*.»

«Vete al peo», se ríe Terry, echando un vistazo por la ventana, «¿para qué queremos hacer eso? Ahí fuera tenemos a todos los zombies del mundo si queremos darnos de hostias», dice señalando a unos hunos que pasaban. «Luego esta noche atacamos a los chochos del Clouds y ya está montado el gran striptease británico. ¡A la mierda con el cine, hagámoslo todo en la realidad!»

Eso me dio que pensar, y a continuación estalló al alirón un coro del «No Surrender» desde la calle que me revolvió las tripas. ¡No tenía demasiado claro si

todo aquello me iba! «¿Qué hay de Dozo y compañía?, ¿dónde están esos cabrones? ¡Fíjate en eso!» Un tipo alto con melenas y un jersey de cuello en pico envuelto en una bandera del Ulster. El cabrón tenía aspecto antediluviano. «No pienso darme de hostias con un tipo de cuarenta tacos», dije yo.

Joder, todavía tenía quince años.

«Infla a cualquiera que se meta, nano», suelta Billy.

«¿Qué tal os fue esta mañana?», le pregunté, tratando de cambiar de tema otra vez. Odio que me llamen nano.

«Cuatro a uno», dijo él.

«¿Quién ganó?», pregunté.

«¿Tú quién crees?», dijo en voz baja.

Billy había bajado desde el partido de los sábados. Jugaba para Hutchie Vale y era el capitán del equipo escolar. Pero creo que se sentía un poquito celoso de gente como Alan Mackie porque los Hibs lo habían fichado para la cantera hacía siglos, pero a él nadie le había ofrecido un contrato. «¿Te ha dejado Dougie Wilson las cosas en casa?»

«Nah, se las di a mi hermano y me vine directamente aquí, no quería perderme nada», dice, haciéndome un gesto con la cabeza para que mire a la mesa de al lado y después a Terry y Carl que están mirándola fijamente.

Se trataba de dos chavalas sentadas en la mesa de enfrente de la nuestra. Una no está mal, tiene dientes grandes y cabello marrón largo. Una chavala bastante alta. Lleva una sudadera Wrangler con capucha roja. La otra es más pequeña, pero con pelo negro y corto. Lleva una chaqueta de polipiel y está fumando. Terry las está mirando. Ellas le devuelven la mirada, riéndose entre sí. «Eh, a mi amigo le gustas», le grita a una de ellas mientras señala a Carl con el dedo. Pero Carl se mantuvo tranqui, no se puso colorao. Yo sí lo habría hecho.

«Tan desesperada no estoy», contesta ella.

Terry se pasa la mano por su cabello ensortijado. Lo lleva realmente rizado y espeso, incluso más de lo normal, así que estoy seguro de que el cabrón se ha hecho la permanente sin decir nada. De todos modos no tiene mal aspecto, con esa camiseta Adidas azul y los Wrangler marrones esos.

Noto un golpecito en las costillas. «No se te ocurra rajarte, Gally», me dice Birrell en voz baja.

Tendrá jeta el cabrón. «Vete a paseo, Birrell. Eres tú el que se está lujando…»

«¿Cómo es eso?»

«… rajándote del plan que habíamos acordado. Íbamos a ir a por un par de sobraos y forrarlos. Hasta íbamos a comprar una bufanda de los hunos y llevarla como disfraz, ¿te acuerdas?», le dije. «Ése fue el plan que habíamos acordado.»

Billy sacudió la cabeza. «Yo no pienso llevar ninguna bufanda de huno.»

«A la mierda con eso», dijo Terry.

Carl está ahí sentado, esperando su ocasión. «A mí no me importaría ponérmela.

No quiero llevar una bufanda de huno, pero traje esto en plan camuflaje y tal», dice, sacando una bandera con la Mano Roja del Ulster de su bolsa de plástico.

Terry me mira a mí, después a Billy, que se lanza como el rayo, arrancándole la bandera de las manos a Carl y sacando el mechero. Se produjeron dos chasquidos infructuosos antes de que Carl lograse recuperarla tras un forcejeo que empezaba a volverse un poco desagradable. «Menudo cabrón eres, ¿eh, Billy?», suelta Carl, cuya cara estaba tan roja como la puta mano que había en la bandera.

«Delante de mí no se te ocurra sacar una bandera de los hunos», dijo Birrell, completamente mosca.

Carl dobla la bandera, manteniéndola fuera del alcance de Birrell, pero no la guarda. «No es una puta bandera de los Rangers, es una bandera protestante. Tú ni siquiera eres católico, Birrell, ¿por qué te rebotas conmigo por una bandera protestante?»

«Porque eres un gilipollas forofo de los Hearts, y un pelopaja caradura al que le van a partir la boca, por eso.»

La cosa se está poniendo un poco gélida por aquí. Billy se ha pillado uno de sus mosqueos. Terry ha dejado de prestar atención a las tías y se le queda mirando. «Tranquilo, Birrell, cacho cabrón, aquí tienes a todos los hunos del mundo con los que darte de hostias, no empecéis a pelear unos con otros.»

«Este Jam Tart gilipollas no tendría que estar aquí», soltó Billy. «Me juego lo que quieras a que Topsy y todos tus colegas del autobús que no están fuera con los Hearts estarán aquí con los hunos», se burló.

«Pues yo estoy aquí con vosotros, ¿no?», le contesta Carl.

Mientras decía eso, guipé a un grupo de hunos, puede que de nuestra edad o un poco mayores, entrando al Wimpy. Nos quedamos callados. Entonces ellos nos vieron, y también se quedaron callados. Me di cuenta de que miraban la bandera de la Mano Roja del Ulster y la bufanda de Birrell y que intentaban situarse. Birrell les sostuvo la mirada. A Terry le daba igual, él seguía mirando a las chavalas. «¿Tienes novio?», gritó.

La tía del pelo largo marrón y los dientes le dio un repaso. «Puede. ¿Y a ti qué?»

«No, es que estoy seguro de haberte visto con un tío en Annabel’s una vez.»

«No voy por Annabel’s», dijo ella, pero ella le devuelve la mirada con expresión satisfecha y ganas de polvo; el cabrón ya la tiene en el bote.

«Pues era alguien que se te parecía…» Terry se levanta y se hace sitio junto a ella. Ese cabrón no se corta.

Un par de hunos empiezan a cantar *The Sash*. Estos cabrones estarán susceptibles que te cagas, porque el otro día dijeron en la tele que el Papa iba a venir a Escocia. No es que a mí me importe un carajo. Sí me importa que esos gilipollas vengan por aquí sobrándose. De todos modos, Birrell está contento porque no le miran a él. «Cabrones…, a estos cabrones los jodemos vivos», me dice. Hay un tío con un corte de pelo mohicano y una erupción de granos en un lateral de la cara, y un gordo

cabrón con rizos rubios.

Palpé la navaja que llevaba en el bolsillo. Una vez pinché a un capullo del colegio, aunque en realidad no fue un pinchazo serio. Glen Henderson. Me pasé de la raya, el tío no se estaba sobrando tanto. Recuerdo que el cabrón me retorció el brazo por la espalda durante el primer curso, cuando estaba con los capullos aquellos con los que había ido a la primaria, así que se la tenía guardada, pero en realidad aquella vez fui yo el que se estaba exhibiendo. No pretendía que la cosa saliera como salió. Fue en la mano, se lo clavé en la mano. Estuve cagado durante días por si la cosa acababa en manos de la poli, los profes o mi madre. De todos modos, el tío, Glen, no dijo palabra. En cierto modo lúe guay porque después de eso fue la primera vez que Dozo Doyle o Marty Gentleman o cualquiera de los de esa peña me dirigió la palabra. Pero seguí estando cagado por lo que había hecho. Aquí, sin embargo, sería distinto. No habría que preocuparse, sólo sería algún capullo de Glasgow al que nunca más verías. No me gusta la idea de llevar navaja, en realidad no, pero todo quisque sabe que estos gilipollas barriobajeros los llevan. Conste que la mitad de estos cabrones sedientos de gloria no son de Glasgow de verdad, son de Perth o Dumfries y sitios así, y hablan con una acento *weedgie*[15] postizo. Quieren que les vean como que son de Glasgow para que todo quisque se piense que son muy duros. Quieren que todos pensemos que son todos como el tío aquel de la Unidad Especial o algo así. Y una puta mierda. Nah, no me gusta llevar navaja, pero te tranquiliza tener ese respaldo extra. Sólo para asustar a la peña y tal. «Tú quítate la bufanda y yo me apunto, te sigo y vamos a por ellos», le dije a Birrell.

Birrell no me hace caso; coge un plato de papel y le pega fuego con el mechero, sujetándolo con sumo cuidado, dejando que se consuma por completo. Hay una chica vestida con el uniforme del Wimpy recogiendo, y le ha visto, pero no parece que le importe.

Billy se está sobrando que te cagas. Está considerado como el tercer tipo más duro del colegio, después de Dozo y Gent, desde que le dio una somanta a Topsy durante el segundo año. Pero yo creo que podría con Dozo en una pelea limpia, con eso de que Billy está metido en el boxeo y tal, pero nunca hay una pelea limpia con los de la calaña de Doyle. A Carl le jodió mucho cuando Birrell y Topsy tuvieron la tangana aquella en el parque, porque es muy amigo de ambos.

«Billy, vete a la mierda, conseguirás que nos echen», gimoteó Carl, volviéndose después hacia mí. «Ves lo de este cabrón con el fuego…»

Billy deja que se consuma, haciéndolo girar para no quemarse la mano, y después los deja caer en la taza. «Que ardan esos hijos de puta anaranjaos», dijo en voz baja.

Una vieja maruja de cabellos plateados y con gafas, sombrero y un abrigo amarillo, vuelve la vista hacia nosotros. Sencillamente se queda mirando. La pobre mujer parece un poco tocada. Tiene que ser una mierda ser viejo. No pienso envejecer jamás; yo no.

Entonces entraron Dozo Doyle y su cuadrilla; Marty Gentleman, Joe Begbie, Ally

Jamieson y el capullo ese con pinta de majara que tiene el pelo engominado y peinado hacia atrás y las cejas pobladas. El capullo al que expulsaron de Auggie's y después vino a nuestro colegio. Sólo estuvo unas semanas antes de que también le expulsaran. Iba un curso por encima de mí. Le metieron una temporada en Polmont. Jamieson y Begbie son de Leith, pero conocen a Dozo y Gent del centro.

Se acercaron a nosotros. Fue guapo, porque los cabrones de los hunos dejaron de cantar todos menos uno. Empezaron a separarse un poco unos de otros y a ocuparse de otras cosas, como pedir hamburguesas.

Dándose cuenta del efecto que producían, los muchachos de Dozo empezaron a pavonearse a tope, y a refrotarles de forma clara a los chavales de los Rangers el hecho de que no iban a comerse una mierda. Dozo suelta: «Billy, Gally…, ¿esto qué es?» Miraba la bandera de la Mano Roja de Carl. Carl se cagó. Me adelanté. «Eh… se la quitamos a un huno tontolculo en la estación. Como disfraz, como tú decías. Nada de colores, Billy, quítatela», dije codeando a Birrell, y el capullo

lo hizo, aunque no parecía muy contento.

Siempre doy la cara por Carl, porque fue con él con quien empecé a ir al fútbol hace siglos. Su viejo solía llevarnos a ver a los Hibs una semana y a los Hearts la otra. Entonces fue cuando yo elegí a los Hibs y él eligió a los Hearts. Era curioso, porque el señor Ewart es de Ayrshire y era seguidor del Kilmarnock. Solía avergonzarnos a Carl y a mí poniéndose la bufanda del Killie cuando jugaban en Easter Road o en Tynie.

A mi padre nunca le interesó el fútbol. Decía que era seguidor de los Hibs, pero nunca iba a los partidos. Sólo era porque una vez ganó el concurso *Spot the Ball* del *Evening News* la semana aquella que puso la cruz ganadora en la foto de Easter Road en lugar de la de Tynie. Me acuerdo de todo el mundo diciendo que nos compraríamos una casa grande, pero a mi madre le tocó una lavadora nueva y a mí me tocó Cropley, el perro. Mi padre solía decir: «Por lo menos de los Hibees obtuve algo a cambio. Yo apoyo al equipo que me apoya a mí.»

Pero él no apoyaba a nadie.

El señor y la señora Ewart siempre me cuidaban cuando mi padre estaba fuera. Los Birrell también lo hacían, y mi tío Donald me llevaba de viaje y tal; Kinghorn, Peebles, North Berwick, Ullapool, Blackpool y todo eso. Pero sobre todo los Ewart, y nunca le dieron importancia, nunca parecía que le estuvieran haciéndole a uno un favor.

Así que yo siempre intento cuidar de Carl en compensación. A veces hay que cuidar de él, porque va muy a la suya y a veces la gente se equivoca con él. No es que vaya de sobrado, es que no intenta arrastrarse ante todos los tipos duros. Siempre tiene que mostrarse diferente, el capullo este.

De todas formas, Dozo no parecía tener problema, ¡lo cual me quitó un peso de encima! Probablemente a Carl también, porque ese cabrón es el que manda en el barrio. «¿Dónde está Juice?», suelta. Así era como llamábamos a Terry, porque

trabajaba en las furgonetas de refrescos. Indiqué con la cabeza el cubículo de al lado. Terry le miraba la palma a la chica y hacía como que se la leía. «Ahí está», suelto yo. «El adivino. ¡Siempre pensé que el cabrón era un puto taño!»

Dozo se rió con aquello, cosa que me hizo sentir bien, porque junto con Gentleman, era el tipo más duro del colegio, y en realidad no había hablado tanto con él. Ahí estaba yo, codeándome con los jefes del cotarro, tanto como Billy y Terry, puede que más aún.

Dozo va y dice: «¿Qué tal, Terry?»

Terry estaba tan enfrascado con las tías que no les había visto entrar, o había hecho como que no les había visto entrar. «¡Doz-oh! ¡Gent! ¡Ally! ¡Qué tal, tíos! Vamos a darle la del pulpo a algún huno que otro hoy, ¿eh?», dijo ruidosamente, y los hunos que se habían mostrado tan bulliciosos al entrar en el garito empezaron a escabullirse discretamente. Cuando estaba en el colegio, a Terry le gustaba imaginar que era el cuarto tipo más duro. Por el culo.

Dozo Doyle le respondió a Terry con una carcajada, como si ambos supiesen de qué iba el percal, y después le sonrió a las tías. «¿Tu novia, eh?», le pregunta a Terry.

«Estoy en ello, colega, estoy en ello», dijo Terry, volviéndose hacia la tía que tenía al lado. «Entonces, ¿sales conmigo?»

«Puede», dijo ella. La chica está un poco ruborizada. Intenta hacer como que no, pero lo está.

Ese cabrón de Terry no pierde el tiempo, porque a lo siguiente está morreándose con ella, y un par de los chicos empiezan a dar vítores.

Pero Dozo no parece tan contento. Tiene planes y no quiere que haya tías de por medio. «Tendríamos que najar», dice.

Nos levantamos todos, y hasta el guarro de Terry rompe su abrazo. Ese cabrón es un sobrado que te cagas. Oí cómo le decía: «Debajo del reloj de Fraser's a las ocho.»

«Sí, en tus sueños», le contesta la chica.

«Pues a lo mejor te veo en el Clouds», insiste Terry.

«Vale, a lo mejor», suelta ella, pero el muy guarro se la tirará esta noche, de eso no hay duda.

A veces quisiera ser como Terry; siempre sabe lo que hay que decir y cómo comportarse. A veces me preocupa que con el aspecto tan joven que tengo, no hago más que coartarle a él y a Billy, e incluso a Carl. Pero sólo hace que me empeñe más todavía en demostrarles a ellos, y a gente como Dozo y Gentleman, que no me voy a contener cuando nos topemos con unos cuantos capullos de Glasgow.

Salimos del Wimpy, sintiendo la fuerza que te da formar parte de una multitud. Siempre ha habido tipos que se pegan en el fútbol que son capaces de hacerlo en grupo, pero que se cagan en una pelea de hombre a hombre. No se puede tener demasiados de ésos. De todos modos, uno se siente a gusto con estos cabrones, porque aquí están algunos de los tipos más duros del colegio y del barrio. Sabes que no se rajarán, ni siquiera contra los cabrones más echaos palante de los Gorbals o de

donde sea que salgan estos ladrones zarrapastrosos y navajeros. Incluso frente a hombres, tipos que andan por los veintiuno y tal. Me alegro de no haberme puesto el pendiente. Si alguno le echa la mano encima, ya la jodiste.

¡Nos vamos!

El corazón me hace bum-bum-bum, pero intento que no se me note.

Veo a Doyle pasarle algo de extranjis a Billy, y parecen billetes. Dice algo acerca de cobre y de palos, así que ¡a lo mejor es para las multas si nos trincan! Eso es previsión. ¡Auténticos gangsters, nosotros y los Doyle!

Pero se ve que a Carl todo eso le mosquea, se nota que quiere saber qué está pasando. De todos modos, es lo suficientemente inteligente como para no preguntarlo delante de Doyle.

Primero bajamos por Rose Street. Vamos caminando en grupitos de tres o cuatro. Yo voy con Dozo y Terry y Martin Gentleman. Yo le llamo Marty porque sólo sus colegas de verdad le llaman Gent. Me asomo a un pub y veo que tienen una máquina de Asteroides. «Así que te han dado calabazas, ¿eh, Terry?», le tomo el pelo.

«Y un cojón. Ésa tenía ganas de bombeo, la de los dientes. Si esta noche está por el Clouds le voy a meter el rabo, eso te lo digo gratis», suelta él, y todos nos reímos.

«Esa Caroline Urquhart tiene un buen polvo. Llevaba un par de botones de la blusa desabrochados y se le veía un poco de teta», suelto yo.

Echo un vistazo al siguiente pub; tienen la de Space Invaders, que es guay. Aunque a mí nunca me servirían ahí dentro. Algunos tipos mayores con bufandas de los Hibs salen del pub, sacudiendo la cabeza con gesto de asco. En la barra hay unos cuantos hunos canturreando, y uno de ellos, un tipo flaco con pelo largo, de unos treinta tacos, sale a la calle y les grita a los abuelos, que no se vuelven.

Miro a ver si a los chicos les interesa pero no, vamos detrás de tipos de nuestra edad.

«Caroline Urquhart…, ésa es una zorrilla creída», me dice Terry.

«Te la follarías si tuvieras la oportunidad», le digo.

«No, no lo haría», suelta Terry, y lo dice como si fuera en serio.

«Yo me la follaba ahora mismo», suelta Marty Gentleman. «Pero primero me follaría a Amy Connor.»

Gentleman podría probablemente enrollarse con Amy Connor, porque parece mayor y es un tipo duro. Pero con Caroline Urquhart no, es más esnob, bueno, yo no diría esnob, pero como con más clase. Pero le doy vueltas al tema, al tema de cuál de las dos tiene mejor polvo. Pero Dozo está muy irritado. Señala con la cabeza a un grupo de capullos que cantan *The Sash*. Apretamos el paso y nos colocamos a su espalda. Serán unos cinco, envueltos en la Union Jack. Uno lleva escrito en ella ARDROSSAN LOYAL en letras blancas. Lleva unas Docs de 25 centímetros. Dozo le da una patada en el talón, con lo que se le enreda una pierna con la otra y cae de bruces sobre los adoquines. Gent le patea mientras está en el suelo y grita con acento de Glasgow: «¡Briktin Terry! ¡Nadie inicia *The Sash* salvo nosotros!»

¡Funcionó de maravilla! Retroceden, y uno de ellos sale de naja hacia el otro lado de la calle. Los demás enmudecen. Todos los demás grupos de hunos parecen confundidos pero no dan el primer paso. Si llevásemos los colores nos harían papilla. Despedazan cualquier cosa que vaya de verde, pero creen que esto es una historia de hunos contra hunos, una guerra civil. ¡Ahora son los otros los que no quieren saber nada! ¡Funciona, el plan que acordamos funciona! Aislarlos, disminuir la importancia del factor numérico mediante el procedimiento de convertirlo en cuestión personal, nosotros contra ellos en lugar de fútbol: Hibs contra Rangers.

Nos dejamos llevar un poco por el entusiasmo en la estación de autobuses. Es como si ahora cualquier capullo de nuestra edad tuviera que cobrar. Joe Begbie curra a un tío que no es huno ni iba al fútbol siquiera, simplemente era un punk con cresta. «¡Arriba los skins!», dice mientras el tío, horrorizado, se queda ahí sujetándose la nariz rota. De todos modos a mí me parece bien, porque los punks no me gustan. A ver si me explico, en aquel entonces estaba bien para echar unas risas, escandalizar a todo quisque y tal, como en primer curso, pero en realidad los únicos que quieren ir de piojosos son los pijos. Ésos son los juegos que les van. Los punks merodean por los Jardines de Princes Street, pegándose con los mods los sábados. Si queda alguno por ahí después, también le curraremos.

Me cago…, mi corazón se salta un latido. Veo a un gachó que nos mira a nosotros y a los punks a los que curramos. Lleva consigo a una chiquilla que se limita a mirar. Es mi tío Alan con mi primita, Lisa. Recuerdo que le dijo a mi madre que iba a llevarse a Lisa al centro para comprarle un regalo de cumpleaños. Me escondo detrás de un autobús. De todos modos, no creo que me haya visto.

«¿Ese de antes no era tu tío, Gally?», se burla Terry. «¡Vuelve y salúdale!»

«Vete a tomar por culo», le contesto. Pero me alegro de largarme de la estación.

Cuando llegamos a Leith Street, aquello parece un hormiguero; hay grupos de hunos por todas partes. Salen de la parte trasera de la estación en Calton Road y confluyen con las cuadrillas de antes, que han estado azotando los pubs de Rose Street. Algunos grupos de Hibs les provocan desde el otro lado de la calle. Nos hemos camuflado entre el grueso de la hinchada de los Rangers, pero hay demasiados polis para intentar empezar algo y será la misma historia hasta que lleguemos al campo, así que seguimos bajando por Leith Walk mientras esos cabrones se van por London Road a las gradas de visitantes. Todavía es muy temprano, así que va a haber un lleno total.

Nos dirigimos Walk abajo, hacia Pilrig; vemos a unos tíos de los Hibs allí parados; chavales de nuestra edad. Son el hermano de Begbie —Frank me parece que se llama— y un par de colegas suyos. Uno es el Tommy ese, al que conozco de los boy scouts desde hace siglos. Es un tío majo. El otro tío se llama Renton y el otro es un capullo zarrapastroso y delgaducho al que no conozco.

Carl se queda con la bufanda Hibs de Renton. «Pensaba que eras un puto hincha de los Hearts, colega.»

«Sí, y una mierda, también.»

«Pues tu hermano es fan de los Hearts. Le he visto en Tynie.»

Renton se limita a asentir mientras Joe Begbie coge y dice: «Sólo porque el cabrón de su hermano sea una puta escoria, eso no le convierte a él en un Jam Tart, ¿no es así, Mark? El chaval puede ser seguidor del equipo que quiera.»

Renton se limita a encogerse de hombros, pero eso le cierra el pico a Carl. De todos modos, eso es secundario, porque Dozo está dando las órdenes. «Quitaos las putas bufandas; metéoslas bajo la chupa y venid con nosotros. Vamos a la parte donde están los hunos a montar una bulla. También les pillaremos a la salida», sonríe, pasándose un dedo por la cara para simular una cicatriz imaginaria. Hace un bailecito. «Historia, tío, historia. Esos cabrones son historia.»

El hermano de Begbie y Tommy lo hacen, seguidos por Renton y el otro tío, Murphy creo que se llama. El tío ya lleva algo debajo de la chupa.

«¿Qué es eso que lleva allí ese capullo?», pregunta Carl. Carl está empezando a ir de sobradillo porque va con la peña de Dozo y Gent, los tíos duros del barrio. Se cree que ya empieza a cotizarse. Más le valdría recordar que es un seguidor de los Hearts y colega del cabrón de Topsy, y que sólo está aquí porque nosotros respondemos por él.

El capullo zarrapastroso se saca algo de debajo del jersey. Un paquete de guisantes congelados y otro de palitos de pescado. «Eh, los mangué de una tienda y tal…»

«Tíralos, Spud, hostia puta», le dice Tommy. Frank Begbie le quita los guisantes congelados de la mano, lanza el paquete por los aires y lo revienta de un patadón al caer. Todo quisque se ríe mientras los guisantes se desperdigan por la calle. «¡A la mierda!», grita Franco.

Spud se echa atrás de un salto y dice: «Los palitos de pescado me los guardo, y eso.»

Frank Begbie mira al tal Spud como si el capullo fuera su colega y le estuviera haciendo quedar mal. «Puto piojoso. Eso es lo único que papean estos cabrones. Toca a un palito de pescado por cada puto tano cabrón», suelta, y después se ríe de Tommy y Renton. «¡Así son los putos Murphy!»

Joe Begbie es legal, pero su hermanito se lo tiene bastante creído desde que le dio una somanta a uno de los Sutherland. Todo el mundo se enteró. Lo que podríamos denominar un resultado totalmente inesperado.

«Déjale en paz», dice Joe, «al menos el chaval ha venido. No como muchos de esos capullos que dijeron que vendrían y después no aparecen. Nelly, Larry, y esa cuadrilla. ¿Dónde cojones están esos capullos?» Después mira a su hermano. «¿Dónde se junta la peña de Leith antes del partido?»

«Peasbo dijo que estarían en Middleton's», suelta Frank Begbie.

Los Leith boys, los de verdad, no andarían por ahí con muchachitos atontolinaos. Tendrían todo el día planeado y no nos lo contarían a gente como nosotros. Aquí no

estamos haciendo más que fardar, dejando caer nombres y tal.

«No necesitamos a ningún capullo que no quiera estar aquí», dice Dozo. «Todos los que están aquí están por la labor», suelta, mirándonos a todos uno tras otro, como si se tratara de un desafío.

«Tampoco conviene que seamos demasiados, la poli se coscaría y se vendría todo abajo», añade Jamieson.

«Sólo unos cuantos que estén por la labor», repite Doyle en voz baja, dándonos un repaso a todos, asintiendo lentamente y sonriendo sin parar. A veces ese cabrón te da escalofríos.

Nosotros nos mirábamos los unos a los otros. Yo no me siento tan por la labor, creedme. Me entran ganas de decir: nos ha ido bien por el centro, dejémoslo aprovechando la circunstancia y disfrutemos del partido. Después de todo, George Best está en el equipo, suponiendo que el cabrón no se haya quedado pegado a la barra de un bar. Que le den por culo a darse de leches con un montón de cabrones de Glasgow medio bolingas y lo bastante viejos como para ser tu padre.

Pero Dozo, Joe Begbie y Marty Gentleman ya lo habían arreglado todo. Y, a decir verdad, preferiría emprenderla con una horda de hunos y llevarme una mala tangana que cagarme y tener que enfrentarme a esos zumbaos a las puertas del cole el lunes por la mañana. Así que nos fuimos a casa de Dougie Spencer con una bolsa llena de priva. Que le den por el culo a pasarse una hora en las gradas antes de empezar el partido. Eso está bien cuando se trata de ocupar o de tomar uno de los fondos, pero ahora la poli tiene bien organizado lo de la segregación. Así que fuimos a un *paki* a por cerveza y vino barato. Somos todos menores, pero Terry y Gent aparentan veinticinco tacos así que no hubo problema para que les sirvieran. Por mí perfecto, porque a mí nunca me sirven en ningún pub. No queríamos emborracharnos demasiado, pero a mí me hacía falta un poco de valentía inducida, de eso no tenía duda.

Dougie Spencer no se alegraba demasiado de vernos al principio. Era mucho mayor que nosotros, andaba ya por la veintena. Andaba por ahí con Dozo y Gent y Polmont y los Leith boys, pero se notaba que le tenían por un gilipollas y que simplemente le utilizaban porque tenía piso propio. No estaba muy contento de que subiéramos todos, pero yo, Carl y Billy le caímos simpáticos enseguida, porque nos sentamos y escuchamos sus historias acerca de las bullas con los Hearts a fines de los sesenta y principios de los setenta, en tanto que la panda de Doyle sencillamente se le quedó mirando como si fuera un capullo. Se notaba que Carl se moría de ganas de decir algo porque es un Jambo y porque a veces anda con una cuadrilla de por donde vivimos nosotros. Puede que los Hearts sean la peña número uno ahora, pero yo calculo que con alguna de la gente joven que está respaldando a los Hibs, eso podría cambiar otra vez muy pronto.

Fui a mear, y cuando salí al pasillo, vi que Polmont estaba allí solo. Se volvió al verme, como si estuviera dolido por algo. Como si hubiera estado llorando o algo.

«¿Todo bien, colega?», le suelto. Pero el tío no dijo ni pío, así que me metí al tigre.

Aunque se notaba que muchas de las historias de Spencer eran mierda pura, junto con el vino y la cerveza nos habían entusiasmado para cuando salimos a la calle en dirección al campo. Íbamos deambulando entre los seguidores de los Hibs, pero cuando llegamos a Albion Road, fuimos hasta donde la calle daba la vuelta a la tribuna y cruzamos las vallas donde estaba la policía montada. «¿Sois de los Rangers, chicos?», nos preguntó un poli grandote.

«Claro que sí, chavalote», dijo Dozo con acento de *esquivajabones*,[16] y atravesamos los cincuenta metros de tierra de nadie pasando por el otro cordón para mimetizarnos con la muchedumbre de hunos y meternos en el fondo Dunbar. Carl había sacado la bandera de la Mano Roja del Ulster y se la había colocado alrededor de los hombros. Desde luego llamábamos la atención; por un lado, estamos una peña de gente sin colores y, por el otro, todos los hunos vestidos como si fueran a asistir a la función navideña del cole: banderas, bufandas, insignias, gorros de lana y camisetas. Pero se veía que en el peor de los casos pensaban que éramos peña de los Hearts que estábamos de su parte.

Dozo entró con una botella de vodka medio llena escondida. La pasa a su alrededor mientras hacemos cola. Me llega a mí y le doy un lingotazo. Está fría, fuerte y sabe a alcohol de quemar, pero cuando me llega a las tripas casi me hace vomitar la hamburguesa del Wimpy’s. Que le den a beber vodka a palo seco. Se la paso a Tommy mientras continuamos calibrando a los capullos que tenemos alrededor, intentando calcular edades, grado de dureza, quién va con una cuadrilla y todo ese tipo de cosas.

Algunos tenían un aspecto apestoso que te cagas; por la ropa y todo eso. Jerséis de los Bay City Rollers y toda esa puta mierda que aquí no lleva ni dios desde el punk. Nada de Fred Perry, ni Adidas casi ni una puta mierda. Lo acojonante era que los muy cabrones parecían todos mogollón de viejos. Resulta curioso, porque todo el mundo dice que la gente de Glasgow se arregla a tope para ir al centro por la noche y tal. Bueno, pues de día no lo hacen ni de coña, a juzgar por la pinta de estos cabrones. Supongo que ellos también nos miraban a nosotros, sólo porque íbamos mucho mejor vestidos que ellos, la mayoría con camisetas de manga ranglán y pantalones de pinzas o Levi’s. Aunque la mayoría de nosotros fuéramos de arrabales o casas de vecinos, seguíamos teniendo más categoría que aquellos putos guarros. La mitad de los capullos allí presentes nunca habían visto el agua ni el jabón, eso fijo. Supongo que en realidad no tenía gracia, de hecho para ellos tenía que ser una vergüenza vivir en barriadas sin agua caliente ni tele y tal, pero eso no es nuestra puta culpa y no deberían venir por aquí a pagarlo con nosotros.

Mientras entramos, Dozo encabezó un coro de «somos los Briktin Derry, que les den al Papa y a la Virgen María» y muchos de aquellos capullos de hunos se sumaron. Nos reímos de lo fácil que era ponerlos en danza; igual que darle cuerda a un puto juguete de relojería. De todos modos, se nota que algunos de estos capullos

no las tienen todas consigo en lo que a nosotros se refiere y les alivia unirse a nosotros en una canción protestante mientras atravesamos los torniquetes para llegar al fondo Dunbar y subir a las gradas superiores. Habíamos perdido a Renton, el hermano del Jam Tart, y al capullo de Spud. Se habían escabullido; probablemente se habían largado a la zona de los Hibs como unos putos cagaos. No recuerdo que atravesaran el punto de control con nosotros. Y no es que me importe. Ese capullo de Spud Murphy es tan piojoso como cualquier cabrón de Glasgow. Es un corte que te cagas, todo sea dicho. Así que estamos yo, Birrell, Carl, Terry, Dozo, Marty Gentleman, Ally, Joe Begbie, el hermano de Begbie y Tommy y el capullo raro ese que no dice palabra, el de Polmont. McMurray creo que le llaman. Es un año mayor que yo, pero también parece joven. No acabo de entender a ese tío. Se le ve mirar a Dozo Doyle todo el rato; parece que el tío prácticamente no habla con nadie más. Tornamos posición a la derecha de la portería, por la mitad del graderío. La botella de vodka vuelve a llegar hasta mí; meto la lengua por el gollete, haciendo como que bebo. Aun así casi me dan arcadas, sólo por el puto tufo a alcohol de quemar. Se la paso a Gent.

Estamos rodeados de hunos. El corazón me hace bum, bum, bum. Siento la navaja en el bolsillo. Te entran ganas de que la cosa pete ya, porque no hay quien aguante la puta tensión. Resulta raro estar en el campo en este extremo. Los fans de los Hibs agitan las bufandas en el aire y empiezan a cantar, pero queda bastante mierdero porque lo hacen en grupos pequeños en vez de hacerlo al unísono. Se nota que se trata de Leith, Niddrie, Drylaw, Porty, Tollcross, Lochend y tal, todos por separado. Algunos se pelearán entre ellos pronto. Hay algunos grupos de seguidores de los Hibs que nunca se juntan, ni siquiera contra los Rangers. Unos capullos que llevan desde el año de la tos inflándose a hostias entre ellos todos los fines de semana no van a dejar de lado sus diferencias durante un par de horas un sábado por la tarde, ni siquiera contra unos cabrones de Glasgow. Contra los Hearts, puede. Entonces empiezan a cantar *Su nombre es Georgie Best*. Se oyen vítores cuando los Hibs salen al campo al trote y nosotros nos miramos los unos a los otros. ¡Juega Best! Los vítores son ahogados por los abucheos a nuestro alrededor, que se convierten en vítores al salir al campo los Rangers. Empieza a escucharse *Derry's Walls*. Resulta curioso observar desde el otro lado a la hinchada de los Hibs, verse uno mismo del mismo modo que le ve el adversario.

Arranca el partido y después de un rato de canturreos el ambiente se tranquiliza. Empezamos a calmarnos un poco. Vamos mirando a qué capullos queremos zurrar, y vemos a un tío más o menos de nuestra edad, pelirrojo y con un pantalón de pinzas blanco, al que se le ve muy bocazas. No hace más que gritar que si bastardos fenianos[17] esto y que si el IRA lo otro. Te preguntas de qué puto planeta son algunos de estos gilipollas. «Ese puto mamón está pillado», dice Dozo. Gentleman asiente.

Más o menos a mediados del primer tiempo, Dozo nos hace una señal y subimos a los cagaderos. Hay un par de hunos meando y Gentleman le sacude a uno. Es un

puñetazo tan repentino y tan feroz contra el lateral de la cabeza del tío que yo mismo siento náuseas durante un par de segundos. El vodka vuelve a abrasarme el estómago. El tío se derrumba y cae sobre sus propios meados mientras le pateamos. Yo le doy un punterazo controlado en la pierna; no quiero causarle daños serios. Se lo hemos dejado claro. El cabrón ese de Polmont se anima un poco más de la cuenta y Billy le aparta. Dozo le ha pegado un patadón en los huevos a su colega. «¡Somos el UDA!», le grita al tío a la cara, y después «¡¿O era el IRA?!», a lo Johnny Rotten, «Sí, eso era», se ríe y todos nos descojonamos. El pobre cabrón está doblado por la mitad agarrándose los huevos, levantando la vista para mirarnos y temblando. Carl le guiña un ojo, pero el Polmont ese se adelanta y le suelta un bofetón en los morros con el dorso de la mano. Después nos largamos del cochino cagadero y volvemos a confundirnos con la muchedumbre.

Justo cuando llegamos a nuestro sitio, los Hibs se adelantan en el marcador y el otro extremo del estadio entra en erupción. Es tan guapo que te entran ganas de chillar sííí… pero no decimos palabra, nos mantenemos tranquis y aguardamos el momento propicio. Dozo se tapa la boca para que no se le note la risa. Entonces sucede: hay dos hunos discutiendo y uno le sacude al otro. Se mete por medio el colega del otro y ¡ya está liada!

Ésta es la nuestra. Gentleman da un paso al frente y le mete una hostia que te cagas al cabrón del pantalón de pinzas blanco. Le ha reventado al tío la nariz de mala manera y se tambalea hacia atrás topando contra la multitud y rociando a algunos capullos con su sangre. Al tío lo sostienen sus colegas y ellos también están sobrecogidos. Uno suelta: «¡Venga, tíos, que somos todos protestantes!»

Juice Terry echa a correr y le sacude al hijo de puta en todo el morro, mientras Birrell se lía a puñetazos con todo dios. Un cabrón grandote de unos cuarenta tacos sube por las gradas y empieza a aporrear a Birrell pero el muy tontolculo se mantiene en sus trece, seleccionando cuidadosamente sus golpes, boxeando con el tío mientras la multitud se aparta. Yo voy corriendo y le doy en la pierna al tío una patada destinada a los huevos mientras Gentleman le da en la cabeza con la botella de vodka medio llena. Debió de golpear al tío con el culo y la botella no se rompe pero desde luego que el cabrón lo nota y se tambalea hacia atrás.

Ahora ya vamos todos locos que te cagas y Doyle está en mitad de todo el mogollón, cargando contra un montón de tíos. El hermano de Begbie le sacude a un tío un codazo de lo más alevoso en un lado de la cabeza. Hay un mamón gritándome desde dos o tres metros de distancia y se recorre la cara con el dedo haciendo la marca de un corte. Oigo todos esos acentos de Glasgow diciendo «qué sobrada» y «putos animales»; resulta aterrador pero guay cuando piensas en todas las veces que nos han perseguido y reventado a nosotros. Subo y bajo como un puto yoyó con las oleadas del público, tratando de pegar y cargar y mantener el equilibrio. Un segundo estás rodeado de cuerpos por todas partes y al siguiente estás en una isla de espacio que aparece de pronto de la nada. Le doy en los morros a un capullo; el tontolculo

tiene los brazos atrapados por la multitud que le impulsa hacia delante contra la barrera de seguridad. Los hunos se encuentran en un caos: ninguno de los capullos próximos a nosotros quiere adelantarse, pero mientras se limitan a quedarse ahí dándole al pico, les cierran el paso un montón de hijos de puta grandes que te cagas que quieren pasar para llegar hasta nosotros. A Carl le cae un japo en plena cara y el tío se vuelve loco, echa a correr hacia delante y sacude a un tío aislado. Es curioso, pero ninguno de los colegas del tío intenta impedírselo, se limitan a quedarse allí de pie mirando cómo zurra al chaval. Veo lo que se nos viene encima y a decir verdad me alegro que te cagas cuando la poli se adelanta. Una botella me pasa volando por delante de la cara pero le da a un huno que está a mis espaldas. Otra se hace añicos contra una barrera de seguridad que hay delante de Tommy, haciendo que lluevan cristales rotos sobre todos nosotros. Es como si los hunos por fin se hubiesen coscado de nuestro juego y fuéramos a acabar pisoteados por una pura cuestión numérica. Menos mal que ya está aquí la poli, formando una cuña. ¡Nunca pensé que me alegraría tanto de ver a esos cabrones!

Hay un caos que te cagas; todo dios señala con el dedo a todo dios y los pasmas han cogido a Gentleman, Juice Terry y Frank Begbie. Los arrastran escaleras abajo por las gradas y hay cabrones escupiéndoles y tratando de patearlos mientras pasan por delante. El hermano de Begbie les gruñe, intentando soltarse de los policías para llegar hasta ellos; lleva rota la manga de la chaqueta Harrington. Gentleman grita: «¡IRA!» y Terry no hace más que reírse y lanzar besos a los hunos. Vuelan más botellas y más latas y estallan bullas por todas partes. Una botella vuela hacia George Best y se queda corta por muy poco. La recoge y hace como que echa un trago. La hinchada de los Hibs le vitorea y algunos de los Rangers también se ríen. Siempre se habla de los jugadores que provocan al público, pero para mí que Best, al hacer eso, impidió un tumulto de primer orden. El ambiente era veneno puro antes. Nos largamos: Billy, Carl y yo en una dirección y los demás a su aire. Joe se va con Dozo y el Polmont ese. Polmont no hizo una puta mierda, no lanzó un solo puñetazo, se quedó allí de pie con aspecto muy nervioso cuando todos los demás íbamos a saco. Me sorprendió ver a Terry lanzarse con tantas ganas, porque al cabrón nunca se le había visto muy interesado antes. Aunque así es Terry: cualquier cosa con tal de hacer unas risas y divertirse un poco.

Atravesamos la multitud hasta llegar a un sitio junto al marcador donde vemos cómo se llevan a Marty Gentleman, Juice Terry y Frank Begbie por la pista que hay junto al campo. Estalla un enorme hurra porque Terry ha conseguido sacarse la bufanda y la agita y los fans de los Hibs se ponen como locos. El policía se limita a mirarle como un capullo bobalicón, sin quitársela siquiera. Entonces aparece otro pasma y se la arrebata. El pequeño de los Begbie se contonea como un gángster, asemejándose al James Cagney ese cuando lo iban a mandar a la silla eléctrica y le importaba un carajo y Marty Gentleman tiene una expresión dura e inalterable también. Pero Terry, Terry sonríe como el cabrón ese de Bob Monkhouse en *The*

Golden Shot.[18]

Un vejete que tengo al lado dice que son unos animales y yo le suelto: «Ya lo creo, Jimmy»,[19] con acento de Glasgow. Vemos el resto del partido en un silencio pleno de satisfacción.

Entonces George Best sortea a unos jugadores de los Rangers en medio del campo. No son los Hibs contra los Rangers, es Best contra los Rangers. No pueden quitarle el balón. ¡Best cambia de dirección, toma por asalto la portería de los hunos y estrella el balón contra la red! Estoy ahí de pie, mordiéndome la piel de las puntas de los dedos hasta que escuece y sangra. Parece que pasa un puto siglo pero suena el silbato. ¡Hemos ganado!

¡Hemos vencido a esos cabrones!

Carl no deja de echar escupitajos al terreno, carraspeando como si quisiera provocarse un vómito. Fue divertido que te cagas verle lanzarse contra el tío aquel, porque él había dicho que pasaba de todo, que sólo iba por el ambiente.

Salimos del campo y nos dirigimos hacia la estación entre un montón de hunos con caras largas. Casi no podemos mirarnos los unos a los otros. Yo estoy cagándome por si algún cabrón al que zurramos nos ve y quiero alejarme cuanto antes de esta masa de rojo, blanco y azul, listan locos que te cagas; llaman traidor a Best, diciendo que es un protestante del Ulster que juega para equipos fenianos, primero para Man United y después para los Hibs. ¿Cómo pueden decir que Man United es un equipo feniano? Putos descerebrados.

La pasma desvía a todo el mundo al llegar a Abbeyhill pero nosotros giramos por London Road, dirigiéndonos hacia Leith Walk. Al principio es un alivio que te cagas apartarnos de aquella muchedumbre de cuerpos azules, pero nos encontramos con que acabamos de meternos en un campo de batalla. La cosa está petando por todas partes a la entrada de Leith Walk, con pequeños grupos de tipos cascándose unos a otros. Algunos chicos de los Hibs atacan un par de autobuses de los hunos que han sido lo bastante bobos como para aparcar en el erial que hay junto a The Playhouse. De pronto, sube por la colina a saco un puñado de hunos con unas ganas que te cagas que acaban de bajar del autobús, sólo para verse obligados a retroceder ante las piedras y ladrillos que les lanzan. Es de locos: un tío lleva la cabeza abierta junto a un gran cartel que anuncia el espectáculo de Max Bygraves en The Playhouse. Los polis también se están volviendo majaras, entrando a saco, y nosotros decidimos qué ya vale por hoy y volvemos a bajar en dirección a Spencer’s para encontrarnos con los demás. El cuerpo entero me palpita durante todo el recorrido por el Walk. Me aterra que algún cabrón se ponga chulo con nosotros ahora, porque no me quedan energías para hacerle frente, es como si hubiera perdido todo ánimo. Lo único que noto es el ácido en las entrañas y el miedo en la espina dorsal. Afortunadamente ahora estamos en Leith y es todo territorio Hibs, pero aún te puede entrar algún cabrón de otra parte de la ciudad.

Carl sigue carraspeando y escupiendo todo el rato. «¿Qué pasa?», le suelto.

«Ese puto guarro de Glasgow me echó un japo y sentí cómo parte de él se me metió en la boca y se me deslizaba por la garganta. Era un puto japo verde, además.»

Nos reímos, pero él no bromea. «Es peligroso que te cagas, Gally, ¡puedes coger la hepatitis! Eso le pasó una vez a Joe Strummer. Estuvo en el hospital y toda la pesca. ¡Joder, casi se muere!»

Carl está realmente preocupado, pero no podemos evitar reírnos. Afortunadamente, llegamos hasta Spencer's sin más problemas. Todo el mundo va como una moto. El capullo ese de Polmont es el único que no dice demasiado. Terry y algunos más entran al pub, el que tiene la máquina de los Space Invaders. Intento a ver si cuela, pero el tío de detrás de la barra me guipa y empieza a gritar, «¡Ya te lo he dicho antes, cabrito, vete a tomar por culo! ¡Conseguirás que me revoquen la licencia!»

Terry se ríe, pero Billy me acompaña fuera. Le doy algo de pasta y se hace con una botella de sidra.

Nos adentramos más en Leith, a la espera de que salga el *Pink News*. Billy y yo compartimos la botella de sidra pero no queremos embolingarnos demasiado; queda mucha noche por delante. Estamos todos merodeando por el pub este, la mitad dentro y la mitad fuera. Pillamos unas patatas fritas, lo cual ayuda a reposar las tripas. Hay mogollón de bebidas circulando, se cantan canciones de los Hibs y *Su nombre es Georgie Best*. Después de un rato, Carl se acerca al quiosco y vuelve con un ejemplar del *Pink*, y es guapo, porque en el artículo sobre el partido nos mencionan:

> este fallo fue el detonante de serios alborotos en el extremo de los visitantes. Parece ser que algunos seguidores de los Hibs se hallaban en el extremo equivocado del terreno. La policía intervino con rapidez para retirar a los alborotadores.

Entonces vimos que en las noticias del cierre ponía que hubo ocho detenciones en el campo y otras cuarenta y dos fuera de él.

«Podría haber estado mejor», dice Dozo.

De todas formas, estábamos contentos. Yo hasta le di al capullo mariquita de Carl un poco de sidra.

EL CLOUDS

Cogimos el autobús de vuelta al barrio, ocupando los asientos de los sobraos, los de la parte del fondo del piso superior, lanzando miradas desafiantes a todo gachó que se subiera. Volvíamos a ir como motos, tanto más porque volvíamos a nuestro terruño. Cuando bajamos Birrell tiró por la avenida para llegar a su queo, donde están las casas viejas, pero Carl y yo tuvimos que pasar por delante de casa de Terry. Su

madre debió vernos, porque salió al portal y empezó a gritarnos.

Mientras subimos por el camino para encontrarnos con ella, vemos cómo se aproxima con los brazos cruzados delante del pecho. La hermana pequeña de Terry sale y se coloca detrás. Lleva esos pantalones cortos color azul celeste tan guays, esos que llevan el babero y con los que he pensado en ella al pajearme. Si no se pareciera tanto a Terry yo me follaría a Yvonne. No parece que a Birrell le molestara mucho. «Yvonne, adentro», dice su madre y la chica se marcha al interior. «Entonces, ¿qué pasó?» Carl y yo nos miramos. Antes de que podamos hablar, coge ella y suelta: «Me han llamado de la policía. Llamaron a casa de la señora Jeavons, la de al lado. Le acusan de perturbación del orden público y agresiones. Dijo que estabais todos en el extremo equivocado. ¿Qué pasó?»

«No fue así, señora Laws…, eh, señora Ulrich», suelto yo. Siempre me olvido de que ahora es la señora Ulrich, porque fue y se casó con el gachó alemán ese.

«No fue culpa de Terry ni de los demás, se lo aseguro», dice Carl. «Llegamos tarde y sólo nos fuimos a esa punta para no perdernos el saque inicial. Nos quitamos las bufandas y ni siquiera animamos a los Hibs, ¿eh, Andrew?»

Aquélla debió de ser la primera vez que me llamaba «Andrew». Y ni siquiera es su puto equipo, se supone que él es un Jam Tart. Con todo, sólo intenta ayudar, así que le respaldo. «No, pero unos tíos se fijaron en nuestros acentos y empezaron a agobiarnos. Escupiéndonos y tal. Uno de ellos le pegó un puñetazo a Terry y Terry se lo devolvió. Entonces empezaron todos. Los demás sólo acudimos en ayuda de Terry.»

La señora Ulrich deja que se consuma el pitillo, lo deja caer y lo apaga contra el suelo con el tacón de su zapato. Enciende otro. Me doy cuenta de que Carl está pensando en pedirle uno, pero ahora mismo no creo que sea buena idea. «Se cree que no le pasará nada porque trabaja. ¿Pero a mí qué me da a cambio de mantenerle? ¿Quién va a tener que pagar esas multas? ¡Yo! ¡Siempre yo! ¿De dónde voy a sacar el dinero para pagar puñeteras multas judiciales? No puede ser…, sencillamente no puede ser…» Sacudía la cabeza, mirándonos como si esperara que dijéramos algo. «No sirve de nada», dijo, dándole una calada al pitillo y sacudiendo la cabeza. «Se suponía que todo eso de que fuera al boxeo con Billy tenía que ver con esto, con ponerle fin a todas esas idioteces. Se suponía que le inculcaría algo de disciplina. Eso fue lo que me dijeron. ¡Un cuerno disciplina!», dijo mirándonos fijamente y riéndose de modo muy desagradable. «Apuesto a que no trincaron a Billy, ¿eh?»

«No», suelta Carl.

«No, a él no», dice ella, con gesto malicioso y amargo.

Lo cierto es que resultaba muy curioso que Terry fuera a boxear con Billy, y que él fuera el único al que trincaran. Parece que es eso lo que a su madre le saca de quicio. Yvonne vuelve a aparecer a sus espaldas. Tiene una punta de sus cabellos en la boca y no hace más que chuparla y jugar con ella. «A Billy no le detuvieron, ¿eh, Carl?», pregunta.

«No, se ha ido a casa; acabamos de dejarle.»

La señora Ulrich se vuelve hacia Yvonne: «Te lo he dicho, Yvonne, ¡adentro!»

«Puedo quedarme aquí si quiero», suelta Yvonne.

«¡Preguntando por ese puñetero Billy Birrell cuando tu propio hermano está en la maldita cárcel, por Dios!», suelta la madre de Terry. Entonces sale el señor Ulrich. «Entra, Alice, esto no solucionarrá nada», suelta él. «No sirve de nada. No serrá logrado nada. Yvonne. Ven adentrro. ¡Ven!»

Yvonne entra; a continuación la madre de Terry se estremece y entra también, dando un portazo. Carl y yo nos miramos el uno al otro, estirando al máximo las comisuras de los labios.

Cuando entro en casa, mi madre ha preparado la cena. *Fish and chips*, guay. Cojo los extremos de las rebanadas de pan y las unto con mantequilla, comiéndome la mayor parte de la cena entre ellas y rezumando *brown sauce*.[20] Mi madre siempre me echa la bronca por coger la última rebanada del paquete de pan, pero tienes que hacerlo si quieres hacer un bocata como está mandado. La rebanada normal se queda tan empapada de mantequilla fundida que se deshace. Sheena ya ha cenado, está sentada en el sofá viendo la tele con su amiga Tessa.

«¿No hubo follones en el partido?», pregunta mi madre mientras echa un poco de té de la tetera.

Estuve a punto de decir lo que suelo decir, que es «Yo no vi nada». Siempre se dice eso, tanto si hubo un amotinamiento en toda regla como si no pasó una puta mierda. ¡Entonces recuerdo que a lo mejor Terry sale en la tele y en la prensa! Así que le cuento que perdí a Terry pero que él acabó por error en el extremo equivocado y le detuvieron.

«Tendrías que mantenerte alejado de él, es un alborotador», dijo ella, «igualito que su padre. No valen nada ninguno. Alan ha llamado», añadió. «Estuvo en el fútbol con Lisa y los hooligans esos andaban desbocados por todo el centro…»

Ay, joder…

Me mira y sacude la cabeza; después empieza a recoger los platos. «Sí», suelta ella. «Alan decía que ahora en el fútbol son todos unos animales y que no pensaba ir más. A Raymond no le deja ir.»

¡Hostia puta, no me vio! Pensé que sólo había dicho aquello para sonsacarme.

Que les den por culo a Alan, a Raymond y a la enana gruñona de Lisa. Pandilla de esnobs hijos de puta.

En la tele está la Thatcher esa, la que llegó al poder porque la votaron los ingleses. Joder, no la aguanto, no aguanto esa puta voz. ¿Quién coño podría votar a una cabrona como ésa? No se puede votar a nadie con una puta voz como ésa. Con todo, el señor Ewart dice que los mineros pronto nos librarán de ella. Así que me quedo sentado un rato, poniéndome cómodo para ver la tele. Echan *Starsky y Hutch* y empiezo a pillar el punto ese en que en realidad me da igual salir que no, cuantío suena el timbre: son Billy y Carl. Entran, pero quieren que salga para ir al Clouds.

Justamente empezaba a enrollarme *Starsky y Hutch* y ni siquiera me ha dado tiempo a cambiarme de ropa. Sheena y Tessa empezaron a ponerse tímidas porque a las dos les gusta Billy y yo me pongo ansioso por salir todos de casa antes de que me dejen en evidencia. Subí corriendo las escaleras, me cambié a toda pastilla y me puse el pendiente. Me estaba saliendo un grano en la barbilla y no me dio tiempo de mirarlo de cerca. Los granos no interesan nunca, pero menos aún en el Clouds. Cuando salimos por la puerta, el cabrón de Carl me suelta un capirotazo en el pendiente y me dice: «¡Hola, marinero!»

En el autobús me doy cuenta de que aún llevo la navaja encima. No tenía intención de llevarla conmigo. A la mierda, esta noche no habrá ningún follón. Me alegré un montón de no haberla sacado en el fútbol. El caso es que me encontré tan absorto con los puñetazos y las patadas que ni lo pensé.

Así que esa noche subimos al Clouds, o a lo que antes se llamaba Clouds. Ahora lo llaman el Cavendish pero todo dios sigue conociéndolo por el Clouds. Es curioso, pero mi padre y mi tío Donald solían tocarme los huevos cuando llamaban a sitios como los pubs y tal por sus nombres antiguos. Ahora aquí me tenéis, haciendo lo mismo. De todos modos, lo llames como lo llames, es un sitio guay, porque en la cola nos tratan como héroes. Había un grupo de esos chulos cabrones de Clerie pero no decían palabra. Yo y Carl nos habíamos bebido otra botella de sidra a medias y estábamos un poco pasados para cuando llegamos. Hay que controlar cuando vas a entrar, porque los seguratas no te dejan entrar si vas mamao y me preocupa que se den cuenta de que llevo la navaja, pero pasamos por la puerta sin problemas. Dentro hay una peña enorme, Dozo y su panda; volvemos a repetir las historias. Después entran Terry y Marty Gentleman; Dozo, Polmont y algunos tíos más sueltan grandes hurras. Todo el mundo les pregunta una y otra vez qué pasó con la poli. Les tratan como a unos putos héroes. Guapo.

Terry no parece demasiado jodido, lo tengo que reconocer. Es como si hubiera pasado ya la hora del fútbol y ahora tocara la hora de las tías. «¿Hoy no toca Lucy?», le pregunta Carl.

«Nah, se mosqueó que te cagas por lo de que me trincaran. De todos modos no quería que subiera aquí esta noche. El sábado noche es mi noche, a ella prefiero verla entre semana y el domingo», explica él. Menuda vida lleva ese cabrón. Terry puede entrar en Annabel’s y en el Pipers también, el hijo de puta. Hasta va al Bandwagon a veces. Por lo único que va es por los chochos, como de costumbre. Primero le veo bailando con la tía esa, Viv McKenzie, después les veo morreándose en la esquina. Después está con una de las tías del Wimpy y se da el lote con ella, pero no es la grandota de los dientes blancos, es la pequeñaja de la chaqueta de cuero. A Viv no le importa, ha ligado con el colega de Tommy, un tío de Leith llamado Simón Williamson.

Yo, Billy y Carl bajamos las escaleras porque allí está el tío ese, Nicky, que vende anfetas y le pillamos una cada uno. Empiezan a hacer efecto cuando estoy jugando a

la Galaxian con Billy, que vale, no será tan buena como la de los Space Invaders o incluso la de los Asteroides, pero es todo lo que tienen. De todos modos, muy pronto nos empiezan a dar un puntazo las anfetas esas, así que después de un rato mandamos a la Galaxian a tomar por saco y la pregunta es ¿dónde están los chochos? Los chochos están escaleras arriba, por supuesto, y allá que vamos. Ahora lo que me apetece es bailar.

Estamos al borde de la pista, mirando a las chavalas bailar bajo la bola de espejos alrededor de pilas de bolsos. Empiezan a salir la nieve carbónica y las luces estroboscópicas. Billy dice que una vez vio cómo al piojoso ese de Leith, el Spud Murphy ese, lo trincaron por chorrar bolsos al creerse que ni dios podría verle con la máquina de humo encendida. Pero no son los bolsos que hay por el suelo lo que a mí me interesa, porque aquí hay unos polvos totales, de eso no hay duda. Todos esos culos guays envueltos en unas faldas que parecen plástico de envolver. Se te acelera el pulso cuando vas de speed. Una de las chavalas esas que iban con los tíos de Clerie me mira desde el otro lado, pero no me apetece la clase de agobio que va incluido en el lote. Algunos de los tíos de Clerie también me han calado. A los muy cabrones no les gusta la atención que estamos recibiendo. Sólo porque a ellos nunca se les ocurrió montar un número como ése en el partido. Cabrones envidiosos. Estos gilipollas no tendrían el seso suficiente para pensarlo ni los huevos para hacerlo. De todas formas, la mitad de esos capullos son Jam Tarts. Veo al tío ese del fútbol, Renton, pasar de largo. Hago un gesto con la cabeza. «Buen resultado hoy, ¿eh?», me suelta el cabrón.

«Qué más da el puto resultado, ¿dónde os metisteis tu colega y tú?», le suelto yo.

Carl se ríe y Billy le lanza una mirada llena de intención al chaval.

Hay que reconocer que si el cabrón este está descompuesto lo sabe disimular. «La poli vio la puta bufanda asomándome por debajo del jersey y me mandaron de vuelta. Casi mejor, porque yo no la había visto y los hunos sí lo habrían hecho. Spud no hizo más que acompañarme», nos explica.

Billy se ríe, poniendo cara de que en realidad no cree al Renton este, pero concediéndole el beneficio de la duda. A mí me parece pura mierda y me doy cuenta por la manera que tiene Carl de mirarle de que él piensa lo mismo. Aun así, a mí me da igual. Es cosa de Frank Begbie decirle algo a Renton, fue él el que lo trajo. «Nos vemos», suelta él, largándose.

«Eso», le respondo.

Mientras Renton se aleja, Carl hace el signo del soplapollas a sus espaldas.

Estoy de palique con Billy y Carl cuando la veo entrar. *Es* ella. Es tan preciosa que no puedo mirar. Caroline Urquhart. Pasa por delante de nosotros con un grupo de chavalas. Yo no sabía que venía por aquí, pensaba que iba a sitios de gente mayor como Annabel’s y tal. Me vuelvo de espaldas e intento ir de tranqui. Estoy un poco follao, pero de buen rollo, sacando energía de la anfeta. Carl está lanzado, diciendo chorradas como de costumbre. «Escuchad… Billy, Gally, escuchad un momento. ¿Verdad que no se pueden coger enfermedades venéreas de las tetas de una tía?

Tocándolas, quiero decir.»

Yo me empiezo a reír y Billy también. «Eres un zumbao, Ewart.»

«No, lo que quería decir…»

«No has echado un polvo en la vida, ¿a que no?», acusa Billy.

Carl se está poniendo un poco pálido, pero permanece muy tranquilo. «Claro que sí, sólo leí en algún sitio que un tío pilló una enfermedad venérea después de tocarle las tetas a una tía», dice. Es curioso, pero algunos tipos se ponen coloraos cuando les avergüenzan; otros, como Carl, se ponen blancos.

«Vete al peo. ¿Nunca se la tiró?», se mofa Billy.

«No, sólo le tocó la teta.»

«Eso es bazofia. ¡A tomar por culo, mamón! Escúchale, Gally», me dice Billy meneando la cabeza. A Carl le gusta hacerse el supermacho pero dudo que haya echado un polvo en la vida. Ha enredado por ahí con bastantes chavalas y salió un tiempo con Alison Lewis, pero dudo que sacara nada a ésa. Nah, no ha echado un polvo. Yo tampoco, eh, y ya va siendo hora de que lo haga. He tocado tetas, metido el dedo, me la han cascado y me la han chupado, así que estoy que me muero por hacerlo como está mandado. Pero la chavala con la que salía, Karen Moore, no quería llegar hasta el final. Así que a la mierda, la mandé a hacer puñetas; no puedes dejar que te calienten la polla más allá de cierto tiempo. Era una tía maja, eso sí, y a mi madre le caía bien; a decir verdad, se puso negra cuando le dije que la había mandado a paseo. Me entraron ganas de decirle, ¿por qué no sales tú con ella, pues? ¡Probablemente tienes más posibilidades de hacértela que yo!

De todos modos, esta noche estoy por la labor. Han puesto un tema de los Odyssey, el *Use it Up'n Wear it Out* ese, y guipo a Caroline Urquhart bailando en la pista con su amiga. Lleva un vestido rojo guay con medias negras. Su colega no está mal, tiene un buen par de tetas. Hostia puta, ¡si es Amy Connor! Parece otra con esa camiseta verde y el maquillaje, con el pelo levantado. Mayor. Billy también las ha visto. «Qué polvos», me suelta. Después me mira y dice: «¿Te apetece que les entremos?»

Me siento un poco raro. Un poco nervioso. Me froto donde noté que iba a salirme el grano aquel. ¡Incluso parece haberse convertido en un grano pajero! ¡Un grano bajo las luces estroboscópicas con Caroline Urquhart! Si hago el capullo y me da calabazas, tendré que enfrentarme todos los días a ella en el colegio. «No quiero enrollarme con una tía del colegio», balbuceo de modo un pelín apresurado. Billy lo deja estar pero Terry no lo habría hecho. Claro que ahora está con sus colegas nuevos, sus colegas duros y chuletas. «Quiero decir, eso es una mierda», añado.

«Chorradas», dice Birrell.

«No, pero escucha, Billy, aquí hay chochos a mansalva», digo señalando con el dedo a otras dos tías que están bailando solas. Una tiene el pelo rubio y lacio. Tiene un polvo. La otra tiene el pelo largo y oscuro; su culo tiene buen aspecto enfundado en esa falda de tubo. «Mira ésas, sin embargo.»

«Están buenas», reconoce Billy, y entramos, venga a bailar delante de ellas. Le hago un gesto con la cabeza a la rubia y ella también me lo hace a mí. Me gustaría sonreírle pero mis colegas podrían pensar que soy maricón. Hoy les hemos dado a esos putos hunos, así que no puedes andar por ahí comportándote como un maricón con las tías y dejando a todo dios en evidencia. Los tipos como Terry pueden hacerlo y salirse con la suya porque tienen esa clase de personalidad. Suena el *Atomic* ese de Blondie, así que aprovecho la excusa para entrarle a la tía. «Ésa eres tú, eh, Blondie, por lo del pelo rubio y tal», le suelto, acariciándole el pelo un momento. Ella se limita a sonreír de una forma que me hace sentirme gilipollas. Si el cabrón de Terry dice lo mismo, se ponen todas en plan uuu… uuu.

«Hoy he estado en el fútbol. En Easter Road. Les hemos metido a los putos hunos, ¿eh?», le grito al oído. Huele de puta madre.

«No me gusta el fútbol», suelta ella.

«No serás una Jam Tart de mierda, ¿eh?»

«No me gusta el fútbol. Mi padre es seguidor del Motherwell.»

«El Motherwell es una puta mierda», le suelto yo. A lo mejor no debí picarme tanto, pero son un cero a la izquierda y hay que decírselo.

Dejamos la pista y ella vuelve a donde están sentadas sus amigas. «Nos vemos», le suelto.

«Vale», dice ella, marchándose y sentándose con sus amigas.

Billy se acerca. «¿Has ligado?»

«La tengo en el puto bote», le suelto yo. «Tiene unas ganas que te cagas.» Él no ha ligado con la otra, de todas formas. Me corta el rollo. Entonces suena el *Start!* de los Jam, el que desbancó del número uno al *Ashes to Ashes* de Bowie. A mí me gusta y lo cantamos, pero es como si cantáramos acerca de los hunos… «*if I never ever see you… it will be a start*».[21] Du du du du… Guapo que te cagas.

Vaya anfetas…

… antes de que me haya dado cuenta ponen la última lenta, el disc-jockey dice a todos los tíos que se levanten y vayan a por ellas y nadie necesita que le insistan. Vuelvo a entrarle a la rubita. Pero es una canción vieja, Olivia Newton-John interpretando el *Hopelessly Devoted to You* de *Grease*. Morreamos un poquito, pero me empalmo y noto como ella se tensa. Me siento como Cropley, el perro.

Cuando la música termina nos separamos y ella me sonríe. Me aprieta la mano y me mira, pero yo me quedo como helado, sin saber qué decir. «Eh, ahora nos vemos», suelta ella, volviendo a marcharse de la pista, donde veo a Billy hablando con el tal Renton y un tío de Leith llamado Matty. No veo a Carl. La rubia está con sus amigas.

Encienden las luces, apagan la música y nos echan. Intentamos ver dónde está todo el mundo. Carl parece haber ligado con una gorda pelirroja; Billy dice que le vio escabullirse con ella. Tiene que ser un callo monstruoso para que se lo haya montado tan malamente. Yo intento permanecer tranqui, pero la busco a ella, a Caroline Urquhart no, a la rubita.

La veo después, mientras salimos al vestíbulo. La rubita. Su amiga se me acerca, hace un gesto con la cabeza hacia ella y me suelta: «Le gustas.»

Yo la miro y veo su expresión, dura, seria y engreída, y quisiera que sonriera como antes en vez de poner cara de proponerme una pelea limpia, pero yo tampoco puedo sonreír, porque alrededor hay demasiados capullos que se cachondearían. Así que indico la puerta con la cabeza y salimos a la esquina, al callejón que hay detrás del Clouds, justo detrás de Tollcross, y allá vamos. Me morreo con ella e intento tocarle las tetas, pero me aparta la mano y ni la teta me va a dejar tocarle y eso no me vale joder…

… tengo que ligar de verdad…

… no quiero ser virgen…

«No me seas una puta lesbiana, ¿vale?», le suelto.

«¡No soy una puta lesbiana! ¡Entérate, chaval!»

«Entonces, ¿qué coño te pasa?»

Me aparta y empieza a caminar hacia donde están sus amigas. Empiezo a decir algo; se vuelve y me suelta: «Tú vete a tomar por culo, ¿vale?»

Su amiga la del pelo oscuro parece una tía sobrada y dura que te cagas. De esa clase de tías que tienen hermanos majarones; se nota. Me mira y me suelta: «Lárgate, chaval, ¿vale? ¡Lárgate, pero ya!»

Justamente entonces Caroline Urquhart y su amiga Amy salen con Terry y el tío ese, Simón Williamson, el gachó ese de Leith. Parece ser que es colega del tal Renton y de Tommy y Matty además del hermano de Joe Begbie. Terry se ríe; lleva el brazo alrededor de Caroline y ella me mira como si…, como si yo fuera una puta mierda…

Entonces oigo gritos y todo el mundo mira hacia donde está montándose la bulla y eso me da la excusa para irme a tomar por culo y allá que voy. Billy me coge de la muñeca y me suelta: «Déjalo, Gally, esto es cosa de Dozo Doyle con los capullos esos de Clerie. No tiene nada que ver con nosotros.»

«¡Vete a la mierda!» Le aparto, saco la puta navaja y me acerco. Después me paro y pienso: ¿Qué cojones hago yo aquí? Me quedo ahí parado. Dozo está forrando al tío de Clerie; los amigos del chaval guipan la navaja y salen pitando. ¡La navaja dio resultado! El tal Polmont está ahí de pie sin hacer nada. El tío de Clerie ha caído al suelo y Dozo le patea. Entonces Polmont me hace un gesto y me coge el pincho; yo se lo doy sin más, se agacha y le abre la cara al otro gachó. El corazón me hace bum al ver cómo se abre la piel del tío y no se ve nada por un instante y después la raja y la sangre saliendo a chorros. Doyle mira al chaval desde arriba. «¡Puto gilipollas de Clerie!»

El tío se sujeta la cara como puede y dice algo, tonterías que no significan nada y yo mirándole mientras tanto. Se suponía que era una pelea limpia… entre Dozo y él…

Me quedo clavado en el sitio mientras Polmont me devuelve la navaja. La cojo, no sé por qué. Porque es mía, supongo. Polmont me mira y hace una mueca y Dozo

menea la cabeza. Se ríen y se largan.

Se acercan un par de tíos, que me ven a mí, ven al chaval y ven la sangre. Después desaparecen. Uno de ellos dice algo pero no puedo oírle. El tío todavía tiene las manos en un lado de la cara y levanta la vista y me ve con la navaja. Me lanza una mirada de asco, como si fuera un animal.

Me vuelvo y cruzo corriendo el aparcamiento que hay a la salida del callejón hasta llegar a la carretera principal. Corro durante siglos, deteniéndome sólo al quedarme sin aliento. Después me deshago de la navaja, arrojándola a uno de esos contenedores grandes. Me lleva un rato darme cuenta de dónde estoy. Me he equivocado de dirección. Vuelvo sobre mis pasos pero dando un rodeo, cogiendo las calles tranquilas para llegar a casa y evitando las principales.

Empieza a llover. Las luces de las farolas se reflejan sobre el asfaltado negro azulado, haciéndome sentir náuseas y mareos; me subo la cremallera de la Harrington y me abrocho el botón del cuello. Las tripas me arden a cada paso que doy. Cada vez que oigo una sirena de policía o veo un coche de la pasma, creo que vienen por mí. El corazón se me sube a la boca y la sangre se me hiela. Veo cómo va cambiando la ciudad; las tiendas dan paso a las casas pijas del centro, a continuación llegan las casas de vecinos, después nada durante siglos, después la doble calzada y las luces del barrio.

LA CANCIÓN DEL SOLDADO (VIRGEN)

Estábamos merodeando por las tiendas de Stenhouse Cross el domingo por la mañana. Los domingos son una mierda y cuanto más duran más mierdas son. No se puede hacer nada más que hablar del fin de semana y sentir cómo te acechan el miedo y la depresión hasta que llega el lunes por la mañana. Una vez le dije a mi tío Donald, que trabaja en el polígono de Rentokil: «¿Mejora la cosa cuando dejas el colegio y te pones a trabajar?» Se limitó a sacudir la cabeza y a reírse como diciendo: Sí, exacto, eso es.

Pero todavía es por la mañana y todos los éxitos del fin de semana siguen frescos. Sobre todo para el chulo cabrón de Terry que va y dice: «Llevo en el puto capullo un mordisquito de mi pequeña colegiala de anoche. Qué polvo más lento», dice, extendiendo las manos y moviendo despacio las caderas. A ella no le sacó nada, a Caroline Urquhart no.

Este cabrón no dice más que putas chorradas.

«¿Qué pasó con toda esa basura de que “ni la tocaría” que soltabas antes?», le suelto yo.

«Bueno», sonríe Terry, «pensé que ahora que trabajo no está mal tener a una chavalita del cole a la que tirarse de vez en cuando.»

Billy parece muy impresionado por el capullo embustero y se nota lo mucho que le gusta eso a Terry. Billy se lanzó a toda máquina en el fútbol y fue él el protagonista

en realidad, bueno, él y Gent, aunque fue a Terry al que trincaron. Y nunca le hace la pelota a Doyle y demás como hace Terry. Creo que a Billy le mola un montón Caroline Urquhart y Amy Connor también. Le molan a todo dios, aunque mientan al respecto, como Terry. «Salía con ese tío mayor, ¿no?», le pregunto.

«Nah, el tío la dejó. Ahora sale con otra tía. Así que yo estaba a mano para ofrecerle un oído comprensivo…», sonríe maliciosamente…, «y un rabo comprensivo también.» Se ríe, volviendo a mover las caderas. «Tendría que darle las gracias a ese tío por enseñarle el oficio, vaya que sí. Pensé que estaría nerviosa y rígida como una virgencita», dice, escupiendo la palabra «virgen» como si dijera «leprosa», «pero qué va, el cabronazo debió sacarle todo eso a polvos, dejándomela bien desbastada. La muy guarra sabía cómo comérsela también. ¡Vaya que si sabía! ¡Casi me deja sin polla!»

Mierda pura.

Ella no le chuparía a ese capullo sudoroso su asqueroso rabo.

«¿Quién era el tío que se largó con su amiga?», pregunta Billy.

Terry le echa un trago a su lata de Irn Bru.[22] «Simón se llama el tío. Buen chaval. Amy Connor le hizo una paja con las tetas. Es amigo del hermano de Joe Begbie, el cabrón ese de Franco al que pillaron a la vez que a mí. Espero que la pequeña Caroline no me haya pegado nada, porque me voy esta tarde a casa de Lucy a cenar, ¡y sé lo que hay de postre!»

«Creí que estaba mosqueada contigo por lo de la detención», dice Carl.

«Sí, el cabrón de su padre intenta ponerla en mi contra. El caso es que es inútil. En cuanto una tía ha estado con Terence Henry Lawson, ya está viciada y sólo quiere lo mejor. ¡Nunca tienen suficiente! ¡Fijo!»

El capullo engreído me pasa la lata de refresco.

Yo hago un gesto con la cabeza para que la aparte y él se la pasa a Carl, que echa un trago. Parece muy satisfecho consigo mismo. A lo mejor consiguió mojar el churro con la gorda pelirroja. Espero que no, joder, porque eso supondría que ahora yo sería el único de aquí que no lo ha hecho. Billy se lo ha hecho con Kathleen Murray y también con la hermana de Terry, Yvonne.

Maggie Orr, esa que vive en la escalera de Billy, baja por la calle con una chavala que lleva gafas, pero que parece muy maja. Paran delante de la tienda de *fish and chips*. «Terry, ven un momento», le dice ella, haciéndole un gesto con la mano para que se acerque.

Pero Terry se mantiene en sus trece. «De eso nada, vosotras venid aquí», suelta él, todo chulo.

«Nah», dice la chavala de las gafas, señalando a Maggie con la cabeza y arrugando la cara, dando así a entender que Maggie no quiere ver ni a Carl ni a Billy. A Billy no le importa, está leyendo el periódico; Carl mira para otro lado, con las manos en las caderas. Billy enrolla el periódico y le golpea con él en la cabeza. Carl dice algo así como «Gilipollas». Terry se encoge de hombros y se acerca a donde

están las chicas.

La chavala guay del pelo negro y las gafas me mira y sonríe. El corazón me hace bum. Parece majísima, distinta de algunas de las de por aquí. Entonces Terry también se vuelve y me mira, y luego se ríe con la chica, a la que empuja, agarra y hace cosquillas. Ella no para de reír y de decirle que pare. No debería hacerle eso a una chica así, una chica maja. Vale que uno enrede así con guarras, pero no con una chica como ésa. A Maggie tampoco le gusta; Terry se da cuenta, así que se acerca a ella y empieza a hacerle cosquillas, a levantarla. Ella se pone a gritar: «¡TERRY!», y le vemos las bragas; entonces él la baja. Se ha puesto colorada. Se marchan calle abajo y la chica alta maja se ríe, pero Maggie está roja como una remolacha y tiene los ojos llorosos. Aunque también se ríe un poquitín. Terry vuelve esprintando a donde estamos nosotros.

«Locas por follar, las dos», se ríe, mientras ellas desaparecen. Ve que le miro. «Eh», me dice, «a Gail, la alta, le molas, Gally. Me ha dicho: “¿Quién es ése tan mono de los ojazos?”»

Tendrá jeta el cabrón; vacilarme así. Carl y Billy se ríen de mí y Billy me da un pellizco en la mejilla. Hago caso omiso del gilipollas de Terry, de todos ellos. «Sí, ya, claro», le suelto yo.

Billy vuelve a abrir el *Sunday Mail*. A Terry, el puto amo, le encanta todo esto. Armaron un revuelo que te cagas con toda la mierda que hubo en el partido. Esos putos periódicos de Glasgow: nunca se molestan cuando esos piojosos se desmandan por aquí. La estúpida cara de Terry y su estúpido pelo. En pleno periódico. El capullo se cree una puta estrella. Todo eso no es más que un montón de mierda.

IDENTIFICAMOS AL GAMBERRO DE LOS HIBS

El sonriente gamberro impenitente que llevó el terror y la vergüenza a Easter Road el sábado es el vendedor de refrescos a domicilio Terence Lawson (17). Millones de aficionados vieron el popular programa *Sportscene* en el que unos Hibs inspirados por George Best lograron arrancar una victoria frente a los Rangers. Sin embargo, el partido se vio ensombrecido por serios disturbios en el terreno y en sus alrededores. «Estos individuos no son verdaderos aficionados al fútbol», dijo el inspector Robert Toal, de la policía de Lothian. «Los auténticos fans deberían denunciarlos. Están totalmente empeñados en acabar con el fútbol.» El rostro insolente de Lawson mientras lo sacaban de una reyerta que él había instigado resultó excesivo para muchos genuinos seguidores. Bill McLean (41) de Penicuik dijo: «Éste es el primer partido al que asisto en años y será el último. Hay demasiado hooliganismo últimamente.»

MAFIA

Lawson es el presunto cabecilla de una conocida banda de hooligans futbolísticos de Edimburgo conocida como La Mafia Esmeralda a causa de su afiliación al Hibs Football Club y su extrema crueldad.

VIOLENCIA

La relación de Lawson con la violencia no es cosa de ayer. El año pasado este fornido gamberro con permanente fue condenado por una brutal agresión a otro joven a las puertas de una céntrica tienda de *fish'n chips*. También podemos desvelar que fue condenado por destrozar una cabina telefónica y por rayar alevosamente la carrocería de un coche de lujo con un manojo de llaves. El coche pertenecía al hombre de negocios edimburgués Arthur Rennie.

HASTA LA CORONILLA

Anoche, la madre de Lawson, la señora Alice Ulrich (38), defendió a su hijo. «Mi Terry puede ser un poco bobo a ratos, pero no es un gamberro. Lo que pasa es que últimamente anda con malas compañías. Ya empiezo a estar harta de todo esto.» Lawson fue detenido junto a otros dos jóvenes, de dieciséis y quince años respectivamente, cuyos nombres no podemos facilitar por motivos legales. El juicio tendrá lugar dentro de quince días ante el Tribunal de Distrito de Edimburgo.

«No es una puta permanente», suelta Terry, pasándose la mano por el pelo. «No me he hecho la puta permanente.»

Éste se piensa que su mierda no huele. Gilipollas escaqueado repartidor de refrescos. «Es porque tu viejo era un puto negro, no es más que eso», suelto yo.

Ojalá no hubiese dicho eso. Terry no se lleva bien con su viejo. Por un momento pienso que va a saltar, pero no se enfada. «Pues por lo menos tenía buena piel», me contesta mientras me señala la cara. «Tener una piel como ésa y meterla son cosas que no pegan, colega», dice con un guiño, y todo dios está que se mea de la risa. «No me extraña que seas T. V.»

Pone cara de póquer mientras yo me pregunto de qué cojones va eso…

Billy mira a Terry sin comprender.

«Todavía virgen», suelta Terry.

Todos se ríen de mí que te cagas; espasmódicamente, sosteniéndose unos a otros. Cuando creo que han terminado, sobreviene otra oleada que empieza justo cuando mis ojos se encuentran con los de Terry y por un instante veo algo que es casi como una disculpa antes de ser barrida por unos enormes rebuznos. Mi mano sale disparada hacia el grano que tengo en la cara. No pude remediarlo. Ahora tengo otro. Sí, y se ríen más todavía. Carl, que se escabulló con aquella puta carabota pelirroja y se cree

el último de los amantes ardorosos porque alguna vaca a la que nadie más quiso le dejó hacérselo con ella. Birrell, que ni siquiera consiguió echar un muerdo…

«Vete a tomar por culo, cabrón», me escucho decir a mí mismo, pero estoy tan furioso que el aliento se me queda atrapado en el pecho.

Terry.

Cabrones.

Que les den por culo a todos. Esto no son colegas… «¡VETE A TOMAR POR CULO, LAWSON, SO MARICÓN!»

«¿Vas a obligarme tú?», suelta Terry, mirándome fijamente.

Me vuelvo, y me da la impresión de que él sabe más o menos qué es porque me da miedo lo que pueda hacer yo más que lo que pueda hacer él. «No te mosquees como si fueras un crío, Gally. Fuiste tú el que empezó con toda la mierda esa de los negros», suelta él.

«Sólo bromeaba, cacho cabrón.»

Juice Terry. El puto amo. Pregonando putas botellas de refresco por las barriadas…

«Pues yo sólo bromeaba sobre tus putos granos», suelta él; Ewart y Birrell vuelven a troncharse.

Gilipollas…

Doy un paso al frente y me planto delante de Terry. A mí no me da miedo ese cabrón. Nunca me lo ha dado. Ya sé que ahora se creen todos que es un tipo duro que te cagas, pero yo sé lo que hay. El capullo olvida que crecimos juntos, joder. Él se mantiene firme, por supuesto, pero se le nota cierta preocupación.

Billy se coloca entre los dos. «Dejad de sobraros el uno con el otro, ¿vale? Se supone que sois colegas. Sois alucinantes.»

Seguimos frente a frente, echándonos miradas encendidas por encima del hombro de Billy.

«He dicho que dejéis de sobraros. ¿Vale?», suelta Birrell, empujándome en el pecho con la palma. Ese cabrón empieza a tocarme las pelotas tanto como Terry. Vale que me pasé de la raya cuando dije aquello, pero el cabrón tendría que habérselo tomado a broma. Noto como hago fuerza contra la mano de Birrell, de manera que tiene que empujarme de verdad o relajar la presión. Me hace un gesto con la cabeza y relaja la presión. «Venga, Gally», dice, firme pero razonable.

«Sí, venga chicos, calmaos», suelta Carl, pasándole un brazo alrededor a Terry y tirando de él, obligándole a dejar de mirarme fijamente. Terry protesta, pero Carl se pelea con él en broma, obligándole a tomar parte. «Vete a la mierda, Ewart, capullo platino-albino…»

Entonces voy y digo: «Lo dije en broma. No vayas por ahí creyéndote que puedes sobrarte que te cagas porque te trincaron en el fútbol, Terry. No vayas por ahí creyéndotelo», le digo al cabrón.

Terry aparta a Carl y me mira. «Y tú no vayas por ahí creyéndote que puedes

sobrarte que te cagas porque andas por ahí con una navaja.»

La navaja. La cara del chaval.

Me entra frío. Me siento solo, siento que todos me odian.

Birrell también apoya al cabrón de Terry. «Eso, tú guárdate esa mierda, te vas a meter en un fregado enorme, te lo digo en serio, Gally.

Y te lo digo porque eres mi colega. Últimamente tienes una actitud muy chunga.»

Me lo dices a mí, joder

Todo dios me lo dice a mí

La cara del chaval. Ese cabrón de Polmont. No lanzó un solo puñetazo en el fútbol, el puto cagao. Lloraba solo, como una nenita, en casa de Spencer. No dio la cara por Dozo cuando los tíos esos de Clerie estaban a punto de meterse hasta que me vieron a mí con la navaja. Y lo que le hizo al chaval fue una auténtica pasada. Dozo le estaba inflando. No había ninguna necesidad. Y yo me quedé ahí parado y dejé que me devolviera la navaja. La cogí, la cogí como un puto gilipollas. Me estoy cagando de miedo. Me vuelvo hacia Carl. «¿De qué va todo esto?»

«Que te has pasado, Gally», suelta Carl, señalándome. «Nada de putos pinchos.»

Ewart, el puto seguidor de los Hearts, me dice a mí que me paso. Sí, ya. Sí, claro.

Billy me mira fijamente. «La policía apareció anoche, después de que te dieras el piro. Le preguntaron a todo el mundo lo que había pasado.»

Los miro a todos ellos. Ellos me miran de la misma manera en que lo hacen Blackie y todos esos cabrones del cole. Se supone que son tus putos colegas. «Vale, ¿y vosotros qué cojones les dijisteis? ¡Seguro que me vendisteis!»

«Sí, claro, sí…, haz el favor», suelta Billy. Terry se limita a mirarme como si me odiara. Carl se aparta un poco, meneando la cabeza.

«No sabéis nada», suelto yo; me vuelvo y empiezo a marcharme.

Carl grita: «¡Venga, Gally!»

Billy dice: «Déjale.»

Oigo gritar al cabrón de Lawson con un acento americano superagudo, «Ca-ri-ñooo… hasta luego ca-ri-ñooo…» y la sangre me hierve que te cagas.

Ese cabrón se va a enterar.

Bajo por la calle, pasando por delante de la iglesia y la escalera de los Birrell hasta llegar a nuestra urbanización. Veo al viejo señor Pender bajando por la colina que lleva al pub Busy Bee, y grito: «Hola», pero no me hace caso, y aparta rápidamente la mirada. ¿Qué mosca le habrá picado ahora? Yo nunca le he hecho nada.

Cuando paso por delante del patio donde vive Terry, echo un vistazo hacia su casa para ver si están por ahí Yvonne o alguna de sus amigas. Me pregunto cómo puede ser que Terry sea tan cabrón e Yvonne tan maja.

Yvonne es encantadora.

Pero no hay nadie por ahí, así que me acerco a mi propio patio y subo las escaleras. Justo a tiempo, porque veo a un montón de tíos de los Hearts, Topsy y cía,

dirigiéndose hacia aquí. Topsy es legal, y es amigo de Carl, pero algunos de los que estaban allí se sobrarían seguro si vieran que iba solo. Ahora mismo no estoy de humor para que se sobre nadie. Ahí está el grafiti ese de la pared de la escalera en rotulador rojo:

LEANNE HALCROW
AMA A
TERRY LAWSON
Atestiguado por ambos

Seguro que el cabrón lo escribió él solo. Le lanzo un japo, observando cómo el color se escurre por la pared. Tinta barata. El puto Terry se cree muy chulo con su puto pelo de negro y, mientras, su puta madre está follando con un puto nazi. Puto gilipollas gordo de mierda y sobrao. Se supone que se ha tirado a todas las putas tías y zurrado a todos los putos tíos del barrio. Y una mierda. Un tipo duro. Y una mierda. Y el puto Birrell y el puto Ewart… apoyándole…, cabrones.

Me voy a mi habitación y pongo el primer LP que me compré, el *This is the Modern World* de los Jam. Cropley entra y le acaricio la cabeza con una mano temblorosa mientras mis lágrimas caen sobre su cabeza. Lágrimas que nadie verá, jamás.

Nunca terminaré los estudios. Nunca conseguiré un empleo. Nunca conseguiré echar un polvo.

Me van a encerrar.

«LOS CASOS DE ROCKFORD» CONTRA «LOS PROFESIONALES»

Los domingos por la noche son aburridos que te cagas. Tiro del anillo de goma amarillo que Cropley lleva en la boca. Gruñe a través de las losas nasales. Con qué fuerza lo agarra. El anillo está todo lleno de babas.

«¡Ya está bien, Andrew!», suelta mi madre, «¡vas a sacarle los dientes al pobre animal! No puedo pagar facturas de veterinario para que le pongan una dentadura o lo que sea», dice riéndose, y Sheena y yo también lo hacemos ante la idea de Cropley con unos dientes falsos.

Así que suelto el anillo. Lo tiene y no hace más que traérmelo de nuevo para que vuelva a forcejear con él. «Es tuyo, Cropley, venga, largo de aquí», le digo. En realidad los perros no son tan listos. Eso no es más que un montón de mierda: cosa de la Barbara Woodhouse esa, la de la tele. Ella no podría entrenar a un perro como Cropley o uno de esos perros descarriados que te atacan cuando intentas cruzar el parque para llegar al colegio. La semana pasada Birrell le pegó a uno una patada en la garganta; se marchó entre gemidos. Dice que los perros son como las personas:

algunos son menos chulos de lo que ellos se creen. Carl dice que va a empezar a llevar la escopeta de perdigones al colegio para protegerse. Le dije que más le valía no pegarle un tiro a mi puto perro o yo se lo pegaría a él, amigos o no.

Cropley se aburre o se olvida, y deja el anillo. Pero mi madre tiene que zurrarle cuando intenta follarse la pierna de Sheena al levantarse para ir al retrete. Ella se ríe y dice: «¡Fuera, Cropley! ¡Fuera!» Sheena probablemente ni siquiera sabe lo que el perro está haciendo, o quizá sí. Pero mi madre sí lo sabe, y le está sacudiendo con la zapatilla y pasan siglos antes de que la suelte.

Yo me río que te cagas así que también me llevo una leche, con la mano, justo en un lado de la cabeza. Vaya torta; sentí cómo me zumbaban los oídos. «No tiene puñetera la gracia», me chilla.

Me escuece donde me sacudió y yo sigo riéndome, a pesar de sentirme marcadísimo y sordo de un oído. «¿Y eso a qué ha venido?»

«Eso es lo que pasa por provocar tanto al perro, Andrew Galloway. Volverás loco al pobre animal», dice.

Sí, claro. Me froto la cabeza y abro el periódico por la página de la programación televisiva. Noto cómo el tímpano deja de zumbarme y vuelvo a poder oír con normalidad. Lo que más odio de los domingos por la noche es que dan *Los Casos de Rockford* en la BBC y *Los profesionales* en STV, justo a la misma hora. Estos cabrones no hacen más que tocarte los huevos; cualquiera diría que podrían planear mejor las cosas.

Noto cómo mi madre se sienta a mi lado en el sofá rodeándome con el brazo, dándome un achuchón y frotándome la cabeza; es como si estuviera a punto de llorar. «Lo siento cariño…, lo siento, cariñín», dice.

«No pasa nada, mamá, no me ha dolido, ¡compórtate!», me río, pero yo también estoy a punto de llorar. Es como si cuando ella hace eso, me convirtiera en un criajo otra vez.

«A veces no me resulta fácil, hijo», dice mirándome, «¿me entiendes?»

Tengo un nudo en la garganta y no puedo decir nada, así que me limito a asentir.

«Eres un buen chico, Andrew, siempre lo has sido. No me has dado problemas de ninguna clase. Te quiero, hijo», dice sollozando otra vez.

«Venga, mamá.» Le doy otro achuchón.

Sheena sale del retrete y mamá y yo nos separamos el uno del otro como si fuéramos una pareja joven dándose un morreo disimulado y hubiésemos tenido que ponernos derechos rápidamente. «¿Qué pasa?», dice Sheena, toda asustada.

«No pasa nada, cariño», dice ella. «Sólo estábamos de charla. Ven y siéntate en el sofá con nosotros», dice dándole una palmada al cojín, pero Sheena se sienta en el suelo a sus pies y mamá me rodea a mí con un brazo y a Sheena con el otro, acariciándole el pelo y diciendo bobadas como: «Mis niñitos…» y es agradable pero me da vergüenza al mismo tiempo, porque ya soy un poco mayor para esto, pero bueno, está alterada así que no digo nada; Sheena coge una de sus manos y la sostiene

entre las suyas, y yo me alegro de que mis amigos no puedan verme en este momento.

Nos acomodamos delante de la tele y después de un rato suena el timbre y es Carl. «¿Te apetece venirte a mi casa a ver *Los profesionales*?», pregunta, con los ojos llenos de ansiedad.

Le miro, como vacilando durante un segundillo. Se da cuenta de que no quiero ir. Pero no quiero que piense que es porque no quiero dejar sola a mi madre en este momento. Así que saco el tema de Terry y esta tarde. «Terry es un sobrao. Le voy a partir la boca.»

«Ya», dice Carl con desgana. Sabe que Terry y yo somos muy amigos, aunque cada uno se suba a la chepa del otro de vez en cuando. «Ven a mi casa a ver *Los profesionales*».

«Vale», suelto yo. Quería ver *Los casos de Rockford* con mi madre y Sheena pero a la mierda, me vendrá bien salir de casa.

Le digo a mi madre que me voy a casa de Carl, sintiéndome un poquito culpable por dejarlas solas a ella y a Sheena, un poco violento por no quedarme. ¡Pero estará bien! Así son las mujeres, como dice mi tío Donald. Pero mi madre se lo toma bien, nunca le importa que sea a casa de Carl o de Billy, pero no le gusta que vaya a casa de Terry. A veces cuando vamos a casa de Terry a esnifar pegamento o a echar unos tragos le digo a mi madre que hemos estado en casa de Carl o de Billy y que no era más que sidra. Pero me parece que mi madre, la señora Birell y la señora Ewart saben que estamos en casa de Terry.

Así que vamos a casa de Carl. Se está bien en casa de Carl porque siempre parece que haga más calor que en la nuestra, pero creo que sólo es por la moqueta. Te da la sensación de que es todo más hermético. En nuestra casa sólo tenemos las alfombras viejas que tenía mi tío, y no llegan hasta la pared. También hay muebles nuevos, unas sillas grandes y cómodas que tienen un marco ligero de madera en las que te hundes. Carl dice que las traen de Suecia.

«¡Eh, eh, aquí está el otro hooligan!», dice el viejo de Carl, pero sólo bromea. Eso es lo que tiene el viejo de Carl, siempre bromea contigo y no se pone de morros como otros viejos.

«Nosotros no, señor Ewart, sólo Terry, ¿eh, Carl?», suelto yo; no lo pude resistir.

«Ese chico se va a meter en un lío gordo un día de éstos, y si no, al tiempo», suelta la señora Ewart.

Carl la mira y dice: «Ya te lo dije antes, mamá. No fue culpa de Terry. En realidad no tuvo nada que ver con él.»

Ésa es una de las cosas que tiene Carl: siempre da la cara por todo el mundo.

«Le vi en la televisión, caminando por el campo con una gran sonrisa de bobo en la cara. ¡Vaya una afrenta para la pobre Alice!», dice la señora Ewart, marchándose a la cocina.

El señor Ewart grita detrás de ella: «Fue todo bastante estúpido, pero el chaval no

hacía más que reírse. Cuando haya una ley que prohíba reírse, entonces sí que la habremos cagado», dice, pero la señora Ewart no contesta.

Yo bajo la voz y le miro. «¿Tuvo usted algún follón en el fútbol, señor Ewart?», suelto yo. Al padre de Carl puedes decirle ese tipo de cosas, a pesar de que espero que diga: «No te pases de listo, esas cosas no pasaban en mis tiempos.»

Se limita a sonreírme y guiñar un ojo. «Pues claro, eso ha pasado siempre», dice, «vosotros os creéis que lo habéis inventado todo y no sabéis de la misa la mitad.»

«¿Los del Kilmarnock se pegan con los del Ayr United?», le pregunto.

Sacude la cabeza y se ríe. «Bueno, el Ayr y el Killie son rivales, sí, pero no juegan en la misma división tan a menudo. Así que la mayor parte de los follones gordos que tenían lugar allá abajo tenían lugar durante los grandes partidos de los júnior. Yo era del Darvel y en los partidos de copa contra los del Kilwhinning o el Cumnock siempre había follones antes, durante y después del partido. Y a veces las cosas se ponían muy, muy feas. ¡Si hubieran tenido una afición lo bastante numerosa, nunca habríais oído hablar de los Rangers contra el Celtic!»

La señora Ewart ha hecho té y lo trae en una bandeja. «¡Cállate, Duncan, no deberías animar a los chicos!» Pero se ríe.

El señor Ewart sonríe como si le tomara el pelo. «No es más que historia social, eso es todo. A ver, no sé cómo será ahora, pero aquello eran todo pueblos mineros. El trabajo era duro y había mucha miseria.

La gente necesitaba desahogarse. Era una cuestión de enorgullecerse de la ciudad o el pueblo del que procedías, de quién eras, de dónde venías.»

«Pues ellos no necesitan desahogarse. Irán a la puñetera cárcel, así es como acabarán», advirtió ella.

Carl me sonríe e intento no mirarle para no enojar a la señora Ewart. Ya sé que uno no debe decir estas cosas de la madre de un amigo, pero la señora Ewart me mola cantidad. Tiene unas tetas guays. Me siento realmente avergonzado, pero me he hecho pajas pensando en ella.

Empezó *Los profesionales* y nos acomodamos para verlo. Yo no paraba de mirar las piernas de la señora Ewart, la manera que tenía de quitarse las zapatillas. Ella me pilla y sonríe y yo me pongo colorado y vuelvo a mirar la pantalla. *Los profesionales* es guay. Yo sería Doyle y Carl sería Bodie, aunque Doyle lleve el pelo como Terry.

Doyle.

Polmont.

La navaja.

El tío de Clerie.

Vuelvo a mirar la pantalla. Aunque estuvo estupendo, aún podía notar aquella nauseabunda y aterradora sensación de domingo por la noche echando raíces, peor que nunca.

Me levanté un poco más contento, sin embargo; de hecho, es la primera vez en siglos que me apetece ir al cole en lunes. Lo odio que te cagas, y apenas puedo esperar a que llegue el verano para cumplir los dieciséis y poder mandarlo a tomar por culo. Dicen que debería quedarme, que podría ser bueno si fuera más aplicado. Pero lo único que me gusta es el francés. Si me dejaran hacer francés todo el rato, o a lo mejor otra lengua, como alemán o español, nunca dejaría el colegio. Lo demás es una mierda. Algún día me gustaría ir a vivir a Francia y tener una novia francesa, porque las chavalas de allí son preciosas.

Quiero tener noticias de lo del partido pero no de lo que pasó en la puerta del Clouds. Aunque ahora ya será agua pasada.

¡El Clouds![23] ¡Agua pasada!

Pero me preocupa cuando lo pienso. A veces siento que las cosas marchan bien y entonces me entra un estremecimiento que casi hace que se me pare el corazón. Mi madre sabe que algo me pasa. Me resulta difícil mirarla a los ojos. Me levanto de inmediato y salgo temprano, y soy el primero que pasa a buscar a Billy y a Carl, cosa que casi nunca sucedía.

Llegamos al colegio y tenemos reunión general del lunes en la sala del gimnasio. McDonald, el dire, está allí, sentado en la plataforma con expresión grave y seria. Hay mucho parloteo, que finaliza en cuanto se pone en pie. «Es una verdadera lástima que tengamos que empezar la semana con tan mal pie. Señor Black», dice, haciéndole un gesto a Blackie, quien se levanta a su vez, provocando otra salva de cuchicheos por toda la sala.

El capullo parece verdaderamente enfadado. Por ambos lados de la cara le suben unas franjas de color. Se aclara la garganta y todos volvemos a callarnos. «En todos mis años de experiencia docente, nunca jamás me he avergonzado de decir que era miembro de este colegio…»

«El mamón nunca fue a este colegio, ¿de qué va?», me cuchichea Billy.

«… hasta que fui testigo de una conducta repugnante durante el partido de fútbol del sábado en Easter Road. Había un grupo de jóvenes, evidentemente empeñados en causar problemas, que arrastraron el nombre de… esta ciudad, de toda esta ciudad», dice barriendo el espacio con el brazo, «por el lodo», gimotea. Como de costumbre, el capullo hace una pausa para crear efecto. Todo el mundo inclina la cabeza, pero sólo unos pocos capullines lameculos y trepas y una o dos chavalas las han bajado por vergüenza; casi todos los demás lo hacen para que no vea que estamos todos a punto de estallar en carcajadas. «Y me duele decir esto», continúa, «pero algunos de los implicados fueron alumnos de este colegio. A uno de ellos muchos de vosotros le conocéis. Se marchó el verano pasado. Un muchacho imbécil llamado Terence Lawson.»

Hubo un montón de risitas ahogadas. Deseé que Terry estuviese allí para oírle. ¡Un muchacho imbécil! ¡Ése es Terry!

«Al otro joven idiota no lo conocía. ¡Pero había un gamberro que se pavoneaba con el mayor descaro mientras la policía le conducía por la fuerza alrededor del campo para que las cámaras y el mundo entero le viesen! ¡Un chico de *este colegio*!» Ahora Blackie tiembla de ira. «¡Un paso al frente, Martin Gentleman! ¿Qué tienes que decir?»

Al principio no pude ver a Marty Gentleman. Sí vi a Dozo Doyle sonriendo disimuladamente, con la cabeza recién afeitada y ojos de pirao. Entonces vi a Hillier, el de educación física, indicarle a Gentleman que saliese de la fila, y entonces pude verle. Resultaba difícil no hacerlo.

«¡Métete tu puto colegio por el ojete, so mamón!», dijo Gentleman, mientras salía de la fila. Hubo un montón de risas y de oooohhs procedentes de las filas. De hecho, era exactamente igual que cuando mi tío Donald nos llevaba a la función del Kings en Tollcross a ver a Stanley Baxter y Ronnie Corbett en *Cenicienta* y tal. Hillier intentó agarrarle del brazo, pero Marty le apartó y le miró fijamente. El capullo se cagó.

«¡Ésta es la mentalidad!… ¡Lo veis! ¡Lo veis!» Blackie barre con la mano hacia Gent, que camina hacia la puerta mientras le hace al capullo el signo del gilipollas. «Ésa es la mentalidad…, ¡a esto es a lo que nos enfrentamos! ¡Intentamos educar! Intentamos educaaar…», graznó Blackie desde la tarima.

Gentleman se volvió hacia la tarima y gritó con tal fuerza que casi se cae, balanceándose sobre las puntas de los pies. «¡VETE A TOMAR POR CULO, SO MAMÓN! ¡MÉTETE AL PUTO JESUCRISTO POR EL CULO!»

«¡JAMÁS VOLVERÁS A PONER LOS PIES EN ESTE COLEGIO!», aulló Blackie.

Más ooohs y más risas. La mejor función que nadie de aquí ha visto nunca, eso es seguro.

«¡Por eso no te preocupes, so cabrón! ¡Ya lo creo que no!», rugió Gentleman, volviendo la espalda a continuación y largándose para siempre.

A una chavala llamada Marjory Phillips empezó a darle un ataque de risa y se mordió un dedo para contenerse. Billy y Carl estaban al borde de las lágrimas. Yo me descolgué con «Será un caballero, pero no un erudito. En cualquier caso, ya no», y los capullos empiezan a reírse y a contagiar la risa por toda la fila.

¡Guapo!

Blackie está venga a largar, pero se va de la puta olla y McDonald le dice al capullo que tome asiento. Entonces manda romper filas. La historia circula por todo el colegio, y todo dios se mea de la risa. Gentleman tuvo razón al hacer lo que hizo, aquel cabrón de Blackie se había pasado de la raya. Aquello había ocurrido fuera del horario escolar; no tenía una puta mierda que ver con él. Tal como yo lo veo, tendrían que habernos puesto una puta medalla por dar la cara ante aquellos cabrones. Pero Gentleman habría dejado el colegio en un mes o así de todas formas, así que daba

exactamente igual expulsarle que no. El cabrón tuvo suerte de que lo detuvieran porque así se ha librado de una vez por todas. Ahí estaría lo cojonudo de ponerse a trabajar; no van a liarte la brasa sólo por pegarte en el puto fútbol. Aquí te tratan como a un crío.

Cuando vuelvo a casa le hago a mi madre el recado de bajar al *fish and chips*. Esta noche me quedo a ver la tele. Siempre vamos al *fish and chips* los lunes porque mi madre no termina su trabajo de limpiadora hasta tarde y no tiene tiempo de preparar nada. Compro una de pescado con patatas fritas, dos cebollas en vinagre, un huevo escabechado, un bollo y una lata de Coca-Cola y me siento a ver el telediario. Acabo de terminar de comer cuando llaman a la puerta. Contesta mamá y oigo las voces. Son voces de hombre. La suya es aguda, la de ellos grave.

Es la policía. Lo sé.

Debe de tratarse de algo que tiene que ver con el viejo. Tiene que ser eso. La última vez que se supo algo de él estaba en Inglaterra. En Birmingham o algún sitio cercano.

Entonces entran. Mi madre me mira, con la cara pálida de espanto. Los polis también me miran, pero sus caretos parecen tallados en piedra.

Es para mí.

No puedo decir nada. Si es para mí, no puedo decir nada.

Mi madre llora, suplica, pero dicen que tienen que llevarme a comisaría. «Es un error, mamá, todo se arreglará. Estaré de vuelta enseguida», le digo. Me mira y sacude la cabeza. Está sufriendo de verdad. «En serio, mamá», le suplico. No sirve de nada, porque ella se acuerda de la navaja. Estuvo encima de mí constantemente para que me deshiciera de ella, y se lo dije, le prometí que la había tirado.

«Venga, Andrew, hijo», me dice uno de los polis.

Me levanto. No puedo mirar a mi madre. Sheena está acariciando a Cropley. Intento guiñarle el ojo pero mantiene la mirada gacha. Lo hace por vergüenza, como los chavales lameculos del cole.

Uno de los polis parece todo un cabrón, pero el otro parece legal, habla del fútbol y tal mientras subimos al coche. Intento no decir demasiado, en caso de que estén intentando hacerme hablar para que delate a alguien por error. El señor Ewart viene por la calle en mono con la bolsa de deporte con la ropa. Me ve en el coche, y se acerca pero no puedo mirarle. Me siento como si hubiera decepcionado a todo el mundo.

Me alegro cuando arrancamos a toda prisa y nos alejamos, para que no pudiera entrometerse. Intentaría ayudar, sé que lo haría, y sólo conseguiría avergonzarme más. No creo que los polis le hayan visto siquiera.

Parece el fin del mundo.

En comisaría me llevan a una habitación y me dejan allí. Hay dos sillas de plástico de color naranja con patas metálicas negras, como en el colegio, y una mesa con cubierta verde de fórmica y paredes de color crema. No sé cuánto tiempo llevaré

aquí. Parece que pasen horas. Lo único que puedo hacer es pensar en el sábado por la noche, en la cara del chaval, en Polmont; en lo bobo que fui al sacar la navaja, lo estúpido que fui al dársela y lo chalado que fui al volver a cogerla.

¿En qué cojones estaría pensando? Tres veces estúpido en el espacio de aproximadamente tres segundos.

Los dos polis vuelven a entrar en la habitación con otro tío vestido de paisano. Lleva un traje gris, y una cara más larga que la de un caballo. Tiene una verruga en la nariz y no puedo dejar de mirarla. Me recuerda mi grano y que no debí ir al Clouds con él. Mis pensamientos se interrumpen y se me hielan dentro de la cabeza cuando el tío saca mi navaja de una bolsa.

«¿Es tuya esta navaja?», me pregunta.

Me encojo de hombros, pero por dentro estoy temblando.

«Te tomaremos las huellas dentro de un minuto, Andrew», me dice el poli majo. «También tenemos testigos que dicen que llevabas una como ésta.»

Hay una mosca subiendo por la pared detrás de él.

«Y tenemos testigos que declararán que saliste corriendo del lugar de la agresión y otros que declararán que te vieron echar algo dentro de la papelera donde encontramos la navaja», dice el poli cabrón, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

«Lo que intentamos decirte, Andrew», dice el tío de paisano, «es que te facilitarás las cosas diciéndonos la verdad. Sabemos que la navaja es tuya. ¿Se la diste a alguien aquella noche?»

Fue Polmont. Ni siquiera sé cómo se llama. Polmont. Es como si fuera un fantasma. Lo hizo Polmont. Lo averiguarán. Se darán cuenta.

«No», digo yo.

El tío de paisano con la verruga empieza otra vez. «Conozco a tu padre, Andrew. Vale, ha hecho algunas tonterías en su vida, pero no es una mala persona. Nunca se vería envuelto en algo así. No tiene malicia y creo que tú tampoco. Vi al chico al que rajaron con la navaja. Le desgarró todos los nervios de la cara; ese lado de la cara lo tendrá paralizado para el resto de sus días. Creo que quienquiera que hizo eso es un malvado. Piensa en lo que pensaría de eso tu padre. Piensa en tu madre, hijo, ¿cómo va a sentirse ella?»

Mi madre.

«Una vez más, Andrew, ¿le diste la navaja a alguien aquella noche?»

No chotar jamás.

La mosca sigue allí; vuelve a subir.

«¿Andrew?», dice el poli duro.

«No.»

El tío de la verruga me mira y resopla un poco. «Sea, tú lo has querido.»

Soy un pringao, me van a enchironar pero no puedo hacer nada. No te chivas de nadie. Pero seguro que alguien les dirá que fue Polmont. No dejarán que pase tiempo

a la sombra, Doyle y ésos no, ni los demás tíos. Se lo dirán claro a Polmont, lo arreglarán.

La mosca sale volando de la pared.

Ya no voy a ser el hombre de la casa. Ahora ya no hay un hombre en casa.

Mi madre.

Ay, joder, ¿qué va a hacer mi madre?

CARL EWART

EDUCACIÓN SEXUAL

«Son cosas que ocurren a su debido tiempo», me dijo mi viejo, evidentemente avergonzado, a través de una nube de humo de Regal azulada. Aquello no era lo suyo, pero mi madre había insistido en que se sentara y me hablara. Ella se había dado cuenta de que estaba «del todo ansioso y deprimido», como dijo ella. Pero aquello era el purgatorio para mi pobre padre. Rara vez le había visto falto de palabras, pero, desde luego, aquello lo conseguía.

Son cosas que ocurren a su debido tiempo. Justo lo que yo quería oír, papá. Gracias. No tuve que decir: «Sí, ya, ¿y eso cuándo es?», porque lo llevaba escrito en la cara. Él sabía que había dicho una chorrada y yo también. Las cosas *no* ocurren, tienes que *hacer* que ocurran. La pregunta era, y ambos lo sabíamos: «¿Cómo cojones haces que ocurran?»

«A ver», carraspeó, ahora con aspecto cada vez más alterado a medida que el humo desaparecía de mis ojos, «que todo eso te lo enseñan en la escuela. Quiero decir que cuando nosotros íbamos a la escuela no había nada por el estilo.»

Pero no valían una mierda las clases de educación sexual. Gallagher, el de ciencias, enseñándote todos aquellos diagramas de pollas y cojones cortados por la mitad y el interior de los coños de las tías; canales y tubos y críos nonatos y todo ese tipo de cosas. Cosas que te quitaban las ganas de echar un polvo. A mí me daban náuseas; el aspecto que tienen por dentro las tetas de una tía, como si estuvieran llenas de algas. Antes las tetas me gustaban. Me *gustan* las tetas, y quiero que me sigan gustando. No quiero pensar en ellas como en algo lleno de algas.

Esta vez ha sido la peor.

Lo único que quiero saber es: CÓMO CONSIGO MOJAR EL CHURRO, ¡porque me está volviendo loco perdido!

Después de la proyección de diapositivas y el anuncio de condones te dicen: Acude a un profesor con el que tengas confianza si tienes algún problema. Yo tendría que acudir a Blackie. Después de todo, es con el que más trato tengo. Siempre me mandan a su despacho a que me dé correazos. Sería la hostia. Disculpe, señor, ¿qué tengo que hacer para mojar el churro? ¿Llegó a mojarlo Jesús o murió virgen como María? ¿Se folló Dios a María? Y en tal caso, ¿significa eso que quebrantó uno de los diez mandamientos «no desearás a la mujer del prójimo» o es que para él existe una regla distinta?

¿Guapo, que no? No creo.

Lo que interesa saber es:

1. ¿Cómo me ligo a una tía?
2. ¿Cómo la pongo cachonda a ella, qué medidas tengo que tomar? ¿Le toco primero la teta o el coño? ¿Le meto el dedo y le reviento el himen, como me dicen los capullos que van un curso por encima de mí y que evidentemente no han echado un polvo en la vida, o las cosas se hacen de otra manera?
3. ¿Cuando tengo la polla metida en el coño de una tía me meo o sólo bombeo lefa como cuando me hago una paja? Espero que lo segundo, porque cuesta mear cuando vas empalmado.
4. ¿Qué hace la tía durante todo este tiempo? Lo digo para saber a qué atenerme.
5. ¿Me pongo un condón? (Si es así, no hay problema, he empezado a probármelos para saber ponérmelos.)
6. ¿Qué pasa con las enfermedades venéreas? No se pillan tocándole las tetas a una tía, por supuesto. Vale, las clases de educación sexual de Gallagher sirvieron de algo: eso quedó aclarado. Fui más estúpido que el carajo por repetir en el Clouds esa chorrada que Donny soltó en Tynecastle la semana pasada. Por supuesto, Birrell y Gally no me dieron ningún cuartel.

Y Blackie dirá: Bien, señor Ewart, me alegra que haya acudido a mí para discutir estos asuntos. Creo que la mejor forma de solucionar este problema cuanto antes es que venga conmigo a casa, donde mi esposa, una antigua pin-up y mucho más joven que yo, le enseñará cuanto necesite saber.

Y yo diría: No puedo hacer eso, señor Black…, señor.

Bueno, podría hacer usted una buena acción, señor Ewart. Una vez que mi esposa le haya enseñado lo que tiene que hacer, ¿sería tan amable de devolverme el favor y enseñar a mi hija? Tiene la misma edad que usted y es virgen. Y *no se parece absolutamente en nada a mí*. A decir verdad, dicen que tiene un parecido extraordinario con Debbie Harry, la de Blondie…, claro que yo no presto atención a cosas tan bobas como la música pop. Le ruego que considere mi propuesta, señor Ewart, ya que también estoy dispuesto a hacerme cargo de los gastos que pueda ocasionarle.

Está bien, señor, por mí estupendo.

¡Bravo, Carl! Y dejémonos ya de bobadas y de señor por aquí y señor por allá. Llámeme Caraculo. Después de todo, los dos somos hombres de mundo.

Vale, Caraculo.

No, no parece en absoluto probable. De modo que le pregunté a mi padre, que seguía estando inquieto y que murmuró algo acerca de si no tendría que estar trepando por los árboles y cosas así. Después recobró la compostura y me dio una charla acerca del peligro de los embarazos y de las enfermedades venéreas.

Finalmente, y como gran colofón, dijo: «Cuando encuentres a una chica agradable que te guste, sabrás que ha llegado el momento.»

El consejo de mi viejo: Encuentra a una chica agradable y trátala bien.

Como todos los consejos de mi viejo, como sus diez mandamientos, la verdad es que no me ha servido de mucho. No dice nada acerca de cómo enrollarse a una tía, sólo acerca de no pegarles. Ya sé que no hay que pegarles a las tías. Lo que quiero saber es cómo follármelas. Las inútiles reglas de mi viejo. Lo único que han conseguido sus consejos es que en el colegio me meta en líos con tipejos como Blackie por dar la cara y tratar de apoyar a otros capullos que no te lo agradecen. Y el viejo está tenso porque uno de los consejos más importantes que me dio no encaja con las demás cosas que dice.

Una de sus reglas es que siempre hay que apoyar a los colegas. Muy bien. Después dice que nunca hay que chivarse de nadie. Pues bien, ¿cómo se puede hacer las dos cosas con Gally? ¿Cómo puedes apoyarle sin chotar a Polmont? Porque Polmont no va a entregarse. Yo no puedo obligarle a hacerlo, ni siquiera Billy o Terry o Topsy y los chavales del barrio con los que voy a los partidos de los Hearts y que van en el bus Last Furlong, ni siquiera ellos están dispuestos a tener problemas con los de la ralea de Doyle y Gent. Mucho menos por un Hibby como Gally, aunque le aprecien. La familia de Doyle no son sólo tipos duros, son gangsters. Hay una diferencia.

Una gran diferencia.

Todavía hablan del sábado como de la noche de los cuchillos largos. Sobre todo Terry, que trata de rentabilizar el supuesto apuñalamiento del chaval ese a manos de Gally y ligarlo con su detención para que todos los sobraos de por ahí sumen dos y dos y les salgan diez. Sé cómo carbura: utiliza la desgracia de su colega para darse autobombo.

Cabrón.

Claro que yo no vi nada de lo que pasó con Gally en el Clouds el último fin de semana. Me había marchado con Sabrina mucho antes de que empezaran los follones. Terry tiene que haber visto algo. O Billy. O alguno de los otros.

Sabrina: quiero saber qué hago con ella y quiero saber qué hago con Gally.

Se está complicando todo mucho.

Lo único que puede hacer el viejo es prohibirme que suba al Clouds. No es que lo dijera así de claro, sólo dijo: «Ven al club a pinchar unos discos, hijo, a hacer un poco de disc-jockey.»

Antes nunca le había interesado tanto que fuera a hacer de DJ con él al Tartan Club. Se lo he pedido cantidad de veces y siempre me ha dicho que no.

El viejo y la vieja se enteraron de los follones del fin de semana en el fútbol y después en la disco. Supongo que pensarán que es todo culpa de Terry, por eso de que lo detuvieron en el partido. Pero aquella noche apenas estuvimos con Terry. Billy piensa que a Gally sencillamente se le fue la olla después de que la tía aquella le diera

calabazas. Pero el que rajó al chaval tuvo que ser o Polmont o Doyle. Fijo. Gally no lo haría, no lo lleva dentro. Apuñaló en la mano al chaval ese del cole, Glen, y fue una estupidez, pero no es lo mismo que rajarle la cara a alguien.

Ahora a Gally lo encerrarán. Cumple años el día de Navidad. Me acuerdo de cuando solía preguntarle si recibía dos partidas de regalos distintas, una por Navidad y otra por su cumpleaños. Ahora no va a recibir nada. El chaval. Es el mejor colega que se podría tener nunca, además.

Mi viejo. Encuentra a una chica agradable. Fácil.

Como Sabrina y todas las chavalas con las que hablo, no hay problema, pero ¿después qué? ¿Qué pasa abajo, ahí abajo? Joder, me entraron ganas de decirle que me encuentro a una chica agradable que me gusta al menos diez veces al día. De nada me sirve, sigo sin estrenarme.

A lo mejor simplemente hay que lanzarse. Pero si este fin de semana no veo a Sabrina, a ver cómo cojones lo hago.

HAZME SONREÍR (SUBE A VERME)

Es una chavala majísima, una chavala supermolona. Ojalá me gustara un poco más. Terry dijo una vez que no te puedes tirar a una personalidad, después de que Gally dijera que había una tía del colegio que la tenía muy agradable. Nos conocimos en la tienda de discos de Golden Oldies, en Haymarket. Ella le preguntó al tío si tenía una copia de aquel viejo tema de Steve Harley y Cockney Rebel, *Come Up and See Me, Make Me Smile*.

«Lo siento», dijo él.

No sé por qué, pero me acerqué a ella y le dije: «Ése es el mejor disco jamás grabado.»

Me miró un momento como si fuera a mandarme a la mierda. Después dijo: «Ya, lo tenía mi hermano, pero se fue de casa y se llevó su copia. No me la quiere dar», me dijo, levantando aquellas cejas tan delicadas, suaves y hermosas.

«Súbete a Sweet Inspiration, en Tollcross», le dije, «ahí seguro que lo tienen. Me acuerdo de haberlo visto la semana pasada», mentí. «Te acompañaré, si quieres.»

«Vale», dijo devolviéndome la sonrisa y sentí un pequeño PING en mi interior. Cuando sonreía su boca adoptaba la forma de una media luna y le cambiaba totalmente la cara.

A veces tenía un aspecto realmente precioso. El problema es que era una chica bastante gorda, bueno, gorda no, robusta, y tenía el pelo medio rubio, medio pelirrojo. Íbamos por la calle, yo todo tímido por si alguien nos veía y pensara que salíamos juntos. Encontrarse ahora con Juice Terry sería lo peor que podría pasar. No es que ella no me gustara, es que no era precisamente delgada y con tetas grandes como las chavalas de las revistas porno, que normalmente eran el tipo de tía que a mí me iba.

Por el camino no hablamos más que de música, música y música, y ella

controlaba el tema de verdad. Era guapo poder hablar de música con una tía que sabe de qué va. En mi colegio no había ninguna, bueno, alguna debía haber, pero no las había llegado a conocer. Quiero decir, saben lo que hay en las listas y toda esa mierda, pero se te quedan mirando en cuanto tratas de hablar de elepés. Me alegré de que tampoco hubiese ningún disco de Steve Harley en Tollcross. Tuvimos que bajar a pie hasta el Southside y después hasta el comienzo de Leith Walk antes de acabar haciéndonos con una copia. Me parecía que su nombre, Sabrina, estaba muy bien, pero no me gustó cuando me dijo que la llamaban Sab. Me gustaba más Sabrina. Es más exótico y misterioso, no se parece tanto a un coche, le dije. En ese momento supe que no sólo quería hablar de música con Sabrina, quería hacerlo con ella. Aquélla era la mejor oportunidad que había tenido, porque podía hablar con ella de algo de lo que entendía sin que se hartara, como todas las demás. Y como podía hacerlo, con ella me encontraba totalmente relajado.

Así que fuimos al Wimpy's a tomar una Coca-Cola y unas patatas fritas. Por la forma en que miraba la del tío de al lado se notaba que en realidad lo que le apetecía era una hamburguesa, pero al mismo tiempo no quería que yo pensara que era una codiciosa.

La siguiente vez que la vi fue en el Clouds, el sábado, la noche que detuvieron a Gally. Estaba con unas amigas. Echamos un par de bailes pero la mayor parte del tiempo estuvimos sentados en la parte de abajo hablando de música. Yo estaba nervioso porque todos mis colegas estaban allí, pero me alegré cuando dijo que tenía que irse a casa y nos fuimos pronto para dar un paseo por el centro. Creo que el tal Renton y Matty, los de Leith, fueron los únicos que nos vieron juntos, justo al marcharnos. Cuando salimos sólo nos dedicamos a morrear y hablar de música. La acompañé hasta Dalry y después seguí hasta casa, bajando por Gorgie Road y saliendo al barrio.

Así que me lo perdí, me perdí toda la emoción. Andy Galloway, Gally, mi colega, conducido al centro de detención en prisión preventiva sin posibilidad de salir bajo fianza hasta que no terminaran con él la policía, los asistentes sociales, los informes psiquiátricos y el juicio. Son ésas las dos cosas que me están comiendo la moral y deprimiéndome, como lo llama mi madre; no poder hacer nada por Gally ni por mojar.

Era como si supiese que si no echaba un polvo en el plazo de las próximas semanas, qué digo semanas, en el plazo de los próximos días, moriría virgen y estaría destinado a vivir en casa con mi madre y mi padre durante el resto de mi vida. Así de altas estaban las putas apuestas. Estaba preparado. Estaba más que preparado. No pensaba en otra cosa que en el sexo.

Sexo, sexo, sexo.

Telefoneé a Sabrina y quedamos en el Wimpy's para el martes. Nos sentamos allí, besándonos hasta que casi vacío la tubería en los vaqueros. Estuvo estupendo, pero no era suficiente. Reuní el valor necesario para preguntarle si le apetecía venir a mi

casa a ver mis discos el sábado por la noche, cuando mis padres estuviesen en el Tartan Club.

Sabrina sonrió de forma bastante descarada y dijo: «Si quieres…»

Lo voy a hacer.

Sube a verme, hazme sonreír…

No podía esperar hasta el sábado. Se me hacía interminable. Salí a llamarla por teléfono el miércoles, aunque no quedara demasiado molón. La cabina estaba jodida. Tuve que volver a casa y hacerlo de extranjis. Su padre cogió el auricular. Yo pregunté por ella con voz de pito. Parecía mucho más indiferente, como si le importara una mierda, y me pregunté si vendría. Tuve que cuchichear y sentí que me pondría colorado si entraban mi padre o mi madre. Entonces intenté ponerme todo brusco, como si hablara con un colega.

Ahora dudaba de que viniese, a pesar de que me había dicho que sí cuando le dije que la vería el sábado. Resultaba deprimente.

Después, en la frutería Newman's, Topsy estuvo dándome la barrila para que el sábado fuera al partido de los Hearts. Nah. Ni hablar. A lo mejor estaría la tal Maggie. Sabrina es mejor que ella. Pensé que iría a su casa cuando su padre y su madre se fueron de vacaciones. Billy dice que la dejaron a su bola para irse a Blackpool. La piojosa escuchimizada de Maggie, que me dio calabazas y después se enrolló con el puto Terry, o eso dice el muy cabrón. A mí me parece un montón de mierda. No puede haberse tirado a todo el mundo que tenga coño.

JUDÍOS Y GENTILES

Topsy estuvo dándome la brasa toda la semana con lo de no ir al partido de los Hearts en Montrose: en el colegio, en el trabajo…, sólo porque había estado en el de los Hibs el sábado. Creo que pensó que me estaba cambiando de bando. De eso nada. Todavía me cago cada vez que pienso en el japo que me tragué. No me importa que me den de puñetazos o de patadas, pero eso es asqueroso. Vaya una puta forma de morir: ¡de una hepatitis contagiada por un puto piojoso de Glasgow por apoyar a la peña de los Hibs a los que de todas formas odio! No es muy enrollao, no es como una sobredosis o estrellarse en helicóptero. Probablemente se vería a Maggie Orr y a todas las chavalas del colegio, vestidas de negro y de pie alrededor de mi tumba, soltando lágrimas, arrepentidas de no haber tenido la decencia de echarse un polvo conmigo cuando tuvieron la ocasión.

Después de ponerme a parir toda la semana al respecto, ahora Topsy quiere que le repita una y otra vez lo que pasó el sábado. Estábamos sentados en el sótano de la tienda, tomándonos el descanso en la oficina. George la Maricona está fuera, en el almacén, haciendo ramos y coronas.

A mi amigo el señor Turvey le fascinan los Doyle, y Dozo en especial. Quiere que vuelva a contárselo todo: quién fue el primero en meterse, Doyle o Gentleman, quién

tenía más ganas y toda esa mierda. Vale para un rato, incluso es divertido, pero después de un tiempo te turra la cabeza. «¿Sabes una cosa? Ayer se me ocurrió una melodía buenísima», le digo.

Topsy se queda silencioso y meditabundo. Entonces se relame esas enormes palas que tiene, como hace siempre antes de decir algo. «Mi viejo no va a volver a dejarnos ensayar en casa después de lo de la última vez», me cuenta.

¡Joder, lo sabía! El muy bobo invitó a todas esas tías, Maggie y demás. No es que me quejara, pero su dormitorio parecía una gran superficie. Nos emocionamos y empezamos a vacilar, subiendo a tope el volumen de los amplis, y su viejo nos echó a la calle. Vaya un puto grupo. «Ya, mi vieja también se pone como loca», tuve que reconocer. «De todos modos, en mi casa es una pérdida de tiempo, el viejo siempre se entromete. Nunca puedo sacarle la guitarra de encima. Tendríamos que ensayar siempre en casa de Male. Sería más lógico. Para cuando consigue llevar la batería a una de nuestras casas y montarla, ya es hora de recoger.»

«A su vieja le va a encantar», suelta Topsy, arrancando un trozo de su KitKat y mojándolo en la taza de té.

«Ya, es un puto agobio», reconozco. Eso sí, en estos tiempos todo es un puto agobio. Aquí pillados, en la distinguida frutería y floristería Newman's cuando podríamos estar ensayando. Snap debió y pudo ser el mejor grupo de todos los tiempos, pero este tipo de mierda se interpuso. Éste es el mejor rato en el trabajo, el descanso, el rato en el que puedes sentarte y discutir las cosas importantes.

«Ése es el problema de la barriada», medita Topsy. «Las paredes son demasiado finas. Todo dios arma follón. Si viviéramos en una casa grande con un sótano o un garaje como el viejo judío de arriba», dice señalando la tienda que tenemos encima con el pulgar, «ahora seríamos como los putos Jam. Serían los Jam los que hicieran de teloneros de Snap.»

Me preocupa que pueda oírle George la Maricona, porque Topsy es un voceras, así que me asomo al exterior. George está venga a resollar, currándose las flores, haciendo ese extraño ruido sibilante entre dientes. Vuelvo a meter la cabeza en la oficina, bajando la voz. «Newman no es judío, Tops. Es protestante, como nosotros.»

Topsy adopta una expresión dura e inflexible. «Tú eres medio católico», dice en tono acusador. «Por parte de madre.»

«Vete a tomar por culo, fanático de mierda. Mi madre no ha ido a una misa en la vida, y los de la parte de mi viejo son todos unos cabrones anaranjaos, cosa que a mí, por otra parte, me la pela. Y Newman también es un protestante», digo señalando el techo. «Pero si ha sido ordenado como puto *Kirk elder*,[24] hostias.»

Topsy se da un toquecito en un lado de la nariz. «Eso es lo que quieren que pienses. Se hacen con el control de las iglesias para que no se note tanto. Si los judíos fueran a la sinagoga, se les notaría a kilómetros. Todo eso de infiltrarse en la Iglesia protestante es para que se note menos. Él quiere que pienses que es uno de los nuestros pero no lo es.»

Justamente entonces Newman baja por las escaleras y apenas le oímos hasta el último par de escalones. La verdad es que a veces resulta un cabrón de lo más sigiloso. Metiéndose de lado en la angosta oficina, como un cangrejo, se da un golpecito en el reloj. «¡Venga, venga!» Su cara es como la de un pájaro, todo pico afilado y ojos agudos e inquietos de gorrión. «¡Hay entregas que hacer!», me dice.

Ya, y ésa es la mayor injusticia; es Topsy el que siempre está poniendo a parir a Newman, pero el cabrón nunca se mete con él, siempre va a por mí. Yo suelo ser el tonto del culo que tiene que salir en bicicleta, haga el tiempo que haga, a entregar las compras a los vagos de mierda de los ricos que nunca te dan propina y te tratan como una puta fregona. Si no necesitara el dinero para ese puto ampli Marshall, el cabrón podría meterse su empleo en el culo. No se puede tocar una Fender Stratocaster a través de un ampli de mierda.

Aquí el puto currante soy yo. Topsy no hace más que rellenar las estanterías de arriba, en la tienda, o cargar las coronas en la parte trasera de la furgoneta para que Newman las lleve a los cementerios y crematorios. Si estamos los dos, siempre me toca a mí hacer los repartos.

Y a veces los de la tienda de Gorgie Road también.

Con todo, largarme me ahorra tener discusiones políticas con Topsy. Tiene unas ideas de lo más raros, pero más que nada lo hace para mosquear a la gente, para escandalizarla y tal. A veces la gente no entiende. Y yo tengo muchas cosas que agradecerle. Fue Topsy el que me consiguió este trabajo.

«Bien, Brian», dice Newman con ese graznido nasal suyo, «sube arriba y a ver qué hay que reponer. Te hará falta una caja de piña en trozos, eso te lo puedo decir de antemano. Y unos guisantes.»

«Marchando», dice alegremente Topsy, siguiendo a Newman escaleras arriba para rellenar unas estanterías. Le hace al cabrón la señal del gilipollas a su espalda. La vida es dura para algunos; ese cabrón estará en una tienda calentita ligando con Deborah o Vicky, con la que esté hoy con la vieja señora Baxter. Entretanto, yo me tengo que jugar la vida atravesando el tráfico en una bici sobrecargada por todo Merchiston y Colinton.

Las cajas de verduras están desplegadas por todo el suelo del almacén donde el maricón silbante, ataviado con su mono verde, prepara mis exposiciones florales. Se le da bien además; sus manos tuercen y desenredan los alambres y en cuestión de minutos crea una auténtica obra de arte. Yo no sabría por dónde empezar. Echo una mirada a las hojas de pedido grapadas a cada caja y empiezo a planificar mi ruta. Hoy la cosa no está demasiado mal. Lo mejor es empezar por los más lejanos, en Colinton, e ir acercándose progresivamente. Resulta más alentador. Lo peor son los sábados por la mañana, cuando me toca a mí una semana y a Topsy la otra. Ha habido alguna vez que uno u otro se ha perdido el autobús de los Hearts, sobre todo si era un partido fuera de casa y tenían que salir con prisa.

Topsy me previno contra George la Maricona cuando empecé a trabajar. «Es un

viejo maricón, seguro. A ver, que no te toca el culo ni nada de eso, pero sabes que es maricón, por la manera de caminar y de hablar con remilgos que tiene.»

Efectivamente, el viejo George cecea, rociándome la cara de saliva del mismo modo que rocía sus exposiciones con su pulverizador. Indicando uno de los pedidos, me dice: «Llévale ése a la señora Ross en primer lugar, hijo. Llamó por teléfono exigiéndolo. Una bronca horrible.»

Así que empiezo a cargar la vieja bici negra, y desde las escaleras ya oigo a Topsy y Deborah, la estudiante buenorra, riéndose a carcajadas de algo.

Llego tarde; la carabota de la señora Ross tiene un pequeño caniche con collar de tartán que siempre me pega mordisquitos en los talones. Esta vez me tiene bien agarrado, me ha desgarrado la piel con los dientes y puede que me haya roto los pantalones. Estoy hasta las putas cejas de esto, así que dejo caer sobre él la caja cargada. Se oye un gañido y el hijo de puta lloriquea y gimotea, tratando de zafarse del peso de la caja. Espero haberle roto el espinazo al muy cabrón.

La vieja gorda y guarra sale a la puerta. «¡Qué ha pasado!», chilla, «¡qué le has hecho!»

Le quita la caja de encima y el puto bicho vuelve a meterse en casa.

«Lo siento, ha sido un accidente», sonrío. «Me mordió la pierna y con el susto se me cayó la caja.»

«So… so… estúpido…»

Siempre me parece que en estas situaciones lo mejor que se puede hacer es mantener la calma y repetirse. El viejo me contó que así es como el sindicato les enseñó a negociar. «Me mordió la pierna, me asusté y se me cayó la caja sin querer.»

Me lanza una mirada de odio puro; después se da la vuelta y se va caminando pesadamente detrás del perro: «Piper…, Piper…, mi chiquitín…»

No es que estuviese arruinando mis posibilidades de recibir propina precisamente, porque aunque aquella vieja cabrona agarrada hubiera estado forrada de mierda, no habría soltado ni un pedo. En Slateford Road el tubo de escape de un autobús municipal me llenó los pulmones de mierda: gracias, Transportes Regionales de Lothian. Sí, recibí un billete de diez de la señora Bryan más tarde, lo cual me alegró, pero era más allá de la hora de cierre cuando llegué a la tienda en Shandon.

Estaban en la puerta, esperando para poder cerrar. Newman miraba el reloj con una cara como si alguien se hubiera echado un pedo en sus narices. «Venga, venga», pía sin parar. Topsy y Deborah se ríen disimuladamente y la señora Baxter parece mosqueadísima, imitando a su jefe al comprobar la hora. Los muy cabrones se comportan como si fuera culpa mía que se hayan retrasado, cuando encima soy yo el que hace todo el trabajo de verdad. Pienso que sería estupendo ver a alguien partirle la puta boca a Newman, o mejor aún, verle intentar llevar esa bici él solo y presenciar cómo un autobús municipal le aplastaba a él y a la bici, incrustándolos en el asfaltado de Slateford Road.

Topsy y yo observamos a Deborah al marcharse calle abajo. ¡Imagínate salir con

una tía como ésa! La vemos cruzar el puente en Shandon. «Me la follaba cualquier día de la semana», suelta Topsy. «Pero tiene novio.»

«Joder, apuesto a que sí», asiento yo, admirando la forma en que sus tobillos, montados sobre unos zapatos de tacón, entroncaban con las pantorrillas. La falda le llegaba más abajo de las rodillas, pero la llevaba tan ceñida que podías ver que tenía unos muslos y un culo guays. Teníamos un sistema estupendo para echarles un vistazo a ella y a Vicky: tetas cuando estábamos subidos en la escalera rellenando las estanterías de arriba; piernas cuando levantábamos la vista desde las estanterías de abajo. Hubo un sábado por la mañana que le tocaba el turno a Vicky, ésta llevaba una falda corta con unas braguitas blancas. Se le veían los pelos del pubis asomando a ambos lados. Casi pierdo el conocimiento. Aquella noche me hice una paja recordándolo y solté tanta lefa que pensé que tendrían que ponerme un gotero en el hospital sólo para recuperar líquidos. Sus pelos: sólo de pensarlo… Basta. «¿Vas a casa?», le pregunto a Tops.

«Nah, te veré por la mañana. Esta noche me voy a cenar a casa de mi abuela.»

El padre y la madre de Topsy acababan de separarse, así que pasaba más tiempo en casa de su abuela, en Wester Hailes. Así que le dejo. Cruzo el puente de Slateford Road y bajo las escaleras. Paro en el Fish bar de Star’s a comprar unas patatas fritas porque estoy famélico, y después sigo hacia Gorgie Road. Pasaba por delante del matadero y me iba aproximando al barrio cuando los vi venir hacia mí.

Me fijé primero en Lucy, con aquellos cabellos rubio platino incandescentes al sol, como magnesio de laboratorio en llamas. Ojalá tuviera yo el pelo así; blanco, sí, pero con ese toque crucial de rubio que separa la distinción del blanco semialbino de los pelopaja. Lleva unos pantalones de color beige, de esos que llegan hasta mitad de la pantorrilla, y un top amarillo a través del cual se ve el sostén. Lleva una chaqueta blanca doblada sobre la muñeca. Después miro a su derecha y ahí está esa consabida mata de rizos ensortijados. Caminan un poco separados, como si hubieran discutido. La expresión de la cara de Lucy es dura y decidida. La bella y la bestia, ya lo creo. Ella podría montárselo mejor, de eso no hay duda. Claro está que eso no son más que celos y supongo que lo que quiere decir es que tendría que estar conmigo y no con ese cabrón.

Me ven y empiezan a arrimarse un poco el uno al otro. «Luce, Tez.»

Lucy lleva el pelo recogido, y su piel parece tan suave como la porcelana más fina de la abuela, suponiendo que mi abuela tenga porcelana. «¿Qué tal?», suelta ella con mirada penetrante y el labio inferior vuelto hacia abajo en un gesto de amargura.

Terry hace un montón de aspavientos. Está claro que quiere algo. «Eeeeh… ¡Señor Ewart! ¡Si es el bueno de Pelopaja!» A continuación, como si se le acabara de ocurrir algo: «¡A ti te quería ver! Cuéntaselo, Carl», dice indicando a Lucy con la cabeza.

«No empieces, Terry», le espeta Lucy, «déjalo ya.»

«Nah, nada de eso. Eres tú la que ha estado acusándome. ¡Si no estás dispuesta a

escuchar la verdad no vayas por ahí acusando a la gente!»

El cabrón se está dando unas ínfulas de cuidado, poniendo ese vozarrón dolido e indignado. Ahora *sé* que quiere algo.

Lucy le lanza una mirada encendida y baja la voz. «¡No soy yo, ha sido Pamela, ya te lo dije!»

Lo suelta con un gruñido sordo que me hace pensar en Piper Ross, el caniche sobre el que dejé caer la caja.

¡GRRRRRR!

«¡Ya, y crees a esa guarra antes que a tu propio prometido!», escupe Terry, las manos en las caderas, sacudiendo la cabeza, haciéndome pensar en un jugador de fútbol exasperado que no espera justicia alguna de parte de un árbitro predispuesto en su contra.

Lucy mira fijamente al cabrón durante un segundo o dos, y después me enfila con la mirada a mí. «¿Es cierto lo que dice, Carl?»

Yo miro sucesivamente al uno y después a la otra. «Puede que me ayudara un poco saber de qué cojones va todo esto.»

«Es él», dice ella señalando a Terry sin dejar de mirarme, «se enrolló con una chica en el Clouds. ¡Una chica de tu colegio!»

Lucy iba a una academia de mecanografía antes de dejar los estudios el año pasado, así que probablemente no conozca a las chicas de nuestro cole. Una chica de nuestro colegio. Caroline, la presumida a la que tengo vista cuando pasan lista. Va a mi clase de arte. Los ojos de Gally casi se le saltan de la puta cabeza cada vez que entra en una habitación. A decir verdad, no la tengo en gran concepto, pero tiene un polvo total. Lawson es un cabrón con suerte.

Terry me guiña un ojo por encima del hombro de Lucy. Cruza la calle, sacude la cabeza, hablando consigo mismo: «Me quedo aquí, no voy a meterme ni pienso decir una palabra…»

«Eso habrá que verlo», le bufo a Lucy, esperando que capte la gracia, pero no lo hace. Así que me aclaro la garganta y hago lo que mi viejo siempre me dijo que hiciera cuando te están presionando durante unas negociaciones y tienes que echarte un farol. Mírales al puente de la nariz, entre los ojos. Céntrate allí. Pensarán que les miras a los ojos pero no. «Si te soy sincero, Lucy», empecé, dándome cuenta de que había sido un error. Nunca se dice «si te soy sincero», porque eso quiere decir inmediatamente que estás mintiendo. Eso me lo enseñó mi padre, es la forma de negociar que tienen los del sindicato. De todos modos, sigo. «Ya me habría gustado a mí que se hubiera enrollado con alguna chica del colegio, joder.»

«¿Qué coño quieres decir con eso?» Aquellos preciosos ojazos se estrechan hasta quedar convertidos en venenosas rajas de odio.

«Pues que así no tendría que escucharle largar sobre ti a todas horas. Que si Lucy esto, que si Lucy lo otro, que si cuando estemos casados…»

Ella mira al otro lado de la calle, donde Terry menea la cabeza, con expresión

dolida y triste. Después vuelve a prestarme atención. «En serio…, ¿es eso lo que dice?»

«Como te lo cuento.»

Me miró con dureza durante uno o dos segundos. Si hubiera mantenido la mirada un poco más habría visto que le estaba vacilando. Pero volvió a mirar a Terry otra vez. Quise decirles a aquellos ojazos tristes y hermosos: no, Lucy, Terry es un cabrón. Te trata como una mierda y te loma por el pito del sereno. Pero yo te quiero. Yo te trataré bien. Sólo tienes que dejarme volver contigo a casa y reventarte a polvos.

Jamás podrías imaginarte a alguien como Sabrina llegando a semejante grado de credulidad y falta de dignidad. Entonces te das cuenta de eso que dicen de si el amor es ciego y sabes que lo más probable es que ella realmente le quiera: la pobre boba. O, cuando menos, le gusta lo bastante como para creer que le quiere, que es lo más cerca de lo mismo a lo que se puede llegar.

Ella se va al otro lado de la calle y trata de cogerle del brazo mientras él le vuelve la espalda, levantando los brazos para que ella no pueda cogérselos. Él la aparta y se viene a donde estoy yo, mientras ella le sigue entre sollozos. Terry está venga a despotricar: «¡Confianza!… ¡Hay que tener confianza cuando se sale con alguien! ¡Cuando se está comprometido!»

«… no, Terry…, escucha…, no quise…»

«¡Yo lo acepté todo! ¡Eso es lo que más me duele! ¡Dije que dejaría de ir al fútbol! ¡Dije que cambiaría de empleo, a pesar de que me gusta el que tengo! ¡Dije que intentaría ahorrar!»

«Terry…»

Terry se da golpes de pecho. «¡Soy yo el que está siempre cediendo, y ahora encima me vienes con esto! ¡Se supone que me he enrollado con una chica a la que no he visto en mi vida!»

«Te estoy intentando decir que…» Lucy intenta meter baza, pero a estas alturas debería saber que nunca podrá detener a Terry cuando va a toda máquina.

Al muy cabrón le asoma en el ojo un destello demencial. «Ya que van a echarme la culpa por algo que no he hecho, a lo mejor debería enrollarme con otras chicas. Ya puestos, ¿por qué no hacerlo?», dice, poniéndose todo tieso. Entonces me mira a mí. «Ya puestos, ¿por qué no hacerlo, eh Carl?»

Modula el «no» de modo insinuante.

Yo no digo nada, pero ahora Lucy le suplica. «Lo siento, Terry, lo siento…»

Terry se para en seco. «Pero no lo haré. ¿Sabes por qué?»

Lucy echa chispas por la mirada, con los ojos como platos y boquiabierta de espanto y prevención.

«¿Sabes por qué? ¿Lo sabes? ¿Sabes por qué?»

Lucy intenta adivinar de qué habla el cabrón.

«¿Lo quieres saber? ¿Quieres saber por qué? ¿Eh? ¿Eh? ¿Quieres?»

Ella asiente despacio con la cabeza. Pasan al lado un par de tíos riéndose entre

ellos. Uno de ellos me mira y no puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa.

«Te diré por qué. Porque soy un pringao. Porque te quiero. ¡A ti!» La señala con un dedo acusador. «A nadie más. ¡A ti!»

Se quedan de pie mirándose el uno al otro en medio de la calle. Yo me aparto un par de metros por si pasa alguien por ahí. Hay un tío en mono, como si acabara de salir del matadero, y mira hacia acá. A Lucy le tiembla el labio y juro por Dios que parece que los ojos de Terry se humedezcan.

Se funden en un abrazo, justo en mitad de la calle, enfrente del matadero. Pasa una furgoneta tocando la bocina insistentemente. Se asoma un tío por la ventana y grita: «¡YA HAY UNO QUE LA METE ESTA NOCHE!»

Terry me mira por encima del hombro de Lucy, y espero un guiño, pero es como si estuviese tan absorto en su interpretación que no quiere romper el ritmo. Lucy y él intercambian miradas profundas y significativas, como dirían en el libro de Catherine Cookson que mi tía Avril le dio a leer a mi madre. Ya he tenido suficiente, me doy la vuelta y empiezo a bajar por la calle.

«¡Carl! ¡Espera un momento!», ruge Terry.

Les veo besarse a lo lejos. Cuando se separan, intercambian unas palabras. Lucy echa mano al bolso. Saca el monedero. Extrae un billete, un billete azul. Se lo entrega a Terry. Otra mirada profunda. Algunas palabras más. Un besito en la mejilla. Se alejan caminando el uno del otro, volviéndose para despedirse con la mano al mismo tiempo. Terry lanza un beso. Entonces viene hacia mí dando brincos. Lucy vuelve a echar un vistazo, pero Terry ya me tiene agarrado y forcejeamos y nos damos empujones mientras emprendemos el camino.

«¡Eres una estrella, Ewart! Te mereces una copa. ¡Acabas de salvarme el pellejo! ¡Venga, las birras corren de mi cuenta!» Agita el billete de cinco libras. «Bueno, en realidad, invita Lucy, pero ya me entiendes», dice entre risas.

«Me basta con que no me vuelvas a montar ese número, Terry», digo yo, pero no puedo evitar reírme, mientras le cojo por el cuello de la chaqueta Levi’s y le empujo contra una farola. Entonces intento ponerme serio. «No pienso mentirle a ella para cubrirte a ti las espaldas.»

«Venga, colega, ya conoces las reglas», dice, rompiendo mi agarre y arreglándose la ropa. «Hay que apoyar a los colegas. Fuiste tú el que me lo enseñó», me suelta. Es todo mierda pura, claro está, y se está haciendo el listo para volver a quedar bien conmigo. Por supuesto, ambos sabemos que le está dando resultado y que no hay nada que hacer. Somos colegas. «Así que no te mosquees. Ahora que lo pienso, hablando de lías, oí que te largaste discretamente del Clouds con una pelirrojita», dice, poniendo voz de tiparraco, como hablando por la nariz.

No digo nada. Es lo mejor. Deja que el cabrón lea en mi rostro lo que quiera.

«¡Ya! ¡Ahora la cosa cambia!» Asiente con la cabeza de forma maliciosa. «Así que pronto serás tú el que necesite coartadas, amigo.»

«¿Por qué?»

«A Maggie Orr todavía le pones cachonda», me guiña el ojo, con expresión absolutamente seria.

«Y una mierda», le digo. Sería bonito creérselo, pero no se le vacila a un vacileta, como diría el viejo. «¿Entonces por qué me dio calabazas y se enrolló contigo?»

Terry se hinca los codos en los costados y enseña las palmas de las manos. «Labia que tiene uno, colega», me explica, «pero estás aprendiendo rápido. Menuda interpretación que te has marcado ahí con Lucy. Sí, pronto te tirarás a Maggie. Fijo. A mí me va más su amiga, una tal Gail. Esa gafotillas, la has visto por ahí. Espera a ver qué culo tiene. Cuando la pones en bolas… fuaa, cabrón», suelta, relamiéndose lentamente. «Nah, el mejor arreglo para todas las partes es éste; tú y tu tía del Clouds y yo y Lucy saliendo como está mandado, y después tú y yo tirándonos a Maggie y Gail de extranjis. ¡A mí me suena de rechupete!»

Puede que no sea más que la sonrisa de este cabronazo, el entusiasmo que tiene por todo, o el hecho de que estoy completamente desesperado por echar un polvo, pero en este momento se me ocurren arreglos peores.

Ante mi vista aparece el campanario de la iglesia, y volvemos a estar en el barrio. Terry insiste en que vayamos al Busy Bee. La verdad es que no he estado en pubs demasiadas veces y nunca he intentado que me sirvieran en el Busy. «Venga, Masturbator, en cuanto seas un parroquiano habitual del Busy, eso impresionará a todas las chiquillas. No se puede ser un colegial toda la vida», me dice con una sonrisa. A continuación acusa: «Me han dicho que piensas seguir estudiando y todo.»

«No lo sé, depende de…»

No tuve oportunidad de explicarme. «Entonces irás a la universidad, que es un colegio, después te harás profesor y volverás al colegio. Así que terminarás por no dejar la escuela jamás. No tendrás un chavo», dice bajando la voz mientras subimos por la colina, donde están las tiendas y la cajita que es el Busy enfrente. Se detiene y me pone las manos en los hombros. «Y te diré una cosa, amigo, una pequeña fórmula que en el colegio nunca se molestaron en enseñarme *a mí*. Una pequeña suma matemática que me podría haber ahorrado un montón de tiempo y de molestias. Es ésta: *cero* pasta igual a *cero* chochos.» Da un paso atrás, con aspecto complacido, dejando que me empape bien. Después me pasa el billete de cinco libras que le sacó a Lucy. «Vete hasta la barra y pide dos pintas de lager. O sea, "dos pintas de lager"», dice con voz grave, «no "dos pintas de lager"», esta vez en tono agudo y chillón. «No me dejes en evidencia como hizo el gilipollas de Gally cuando le traje aquí. Se acerca a la barra y dice: Dos pintas de cerveza, por favor, señor, como si estuviera pidiendo caramelos.»

He estado en pubs y he ido al Tartan Club montones de veces. «Sé como pedir, puto gilipollas.»

Así que entro con él dando grandes zancadas hasta llegar a la barra. El camino parece largo y todo quisque me mira como diciendo «ése no tiene dieciocho ni de coña». Para cuando llego el camarero ya me está preguntando qué quiero y siento

como si se me fuera a quebrar la voz.

«Dos pintas de lager, por favor, amigo», le suelto, con voz ronca.

«¿Te duele la garganta, amigo?», se ríe el camarero. Terry y un par de tíos que hay en la barra también.

«No, sólo es…», suelto con tono agudo y todo dios se mea de risa.

De todos modos, el tío nos sirve y Terry se sienta en la esquina. Las manos me tiemblan y antes de llegar al asiento ya he derramado media pinta.

«Salud, Carl, buen trabajo, colega», brinda, echando un gran trago. Después sacude la cabeza. «Esa puta cabrona de Pamela; mira que irle a Lucy con toda esa mierda.»

«Lo único que hace es apoyar a su colega, Terry. Para las chicas también vale.»

Terry menea la cabeza. «No, no, no, las tías son distintas. No entiendes el juego de esa guarra, Carl. Está que se muere de ganas y nadie se la tira. De forma que se pone toda rencorosa sólo porque Lucy tiene compromiso. Pero es mi puta culpa, debí ajustarle las cuentas.»

«¿Cómo?»

«Debí haberle metido el rabo de tapadillo, sólo para cerrarle la boca. Necesita que se la follen, ése es su puto problema. Ésa es la diferencia entre los hombres y las mujeres. Cualquier tía a la que no se estén tirando se pone rencorosa y celosa. Nosotros no somos así», suelta echando otro gran trago de su lager. «Dame las vueltas, caradura, que ya voy yo a por otra.»

Le entrego los billetes y las monedas y se va brincando hasta la barra. Tragando con fuerza, intento terminar la pinta, o al menos hacer progresos razonables antes de que vuelva con más. Cuando reaparece con las cervezas, es evidente que se le ha ocurrido una idea. «Así que estaba pensando, Carl, o bien le tengo que echar un casquete a Pamela o conseguir que lo haga algún otro. Tú ya tienes faena, así que a lo mejor debería echar mano de Birrell. Aunque no sirva para otra cosa, le mantendrá alejado de Yvonne un poco. Aunque imagínate cómo se lo montará ese gilipollas para ligar», suelta Terry, haciendo una magnífica imitación exagerada de Birrell, hablando de forma abrupta y concisa. «Me llamo Billy. Vivo en Stenhouse. Juego al fútbol y hago boxeo. Tengo que entrenar muy duro. Es alucinante. Hace buen día. ¿Te gustaría tener relaciones sexuales conmigo?»

Estamos ahí sentados meándonos de risa y lo hacemos una y otra vez durante siglos. Cuando nos ponemos así yo y Terry podríamos escribir guiones de humor para los Monty Python.

Tras la tercera pinta llamo a casa y le digo a mi madre que me guarde la cena, que ya me la comeré más tarde. Le digo que me he comido unas patatas fritas en el Star's. No dice nada, pero se nota que no está muy contenta. Cuando vuelvo a sentarme, entra un tío mayor. Terry consigue ponerme colorado diciendo que es el tío de Maggie Orr y presentándome como un «amigo íntimo» de su sobrina. «Ya me entiendes, ¡no se diga más!», suelta, imitando al tío de los Monty Python. Vaya jeta la

de Terry: ¡es él el que se la folló y trata de que me echen la culpa a mí! Aunque el gachó este, Alec, pasa bastante. Parece un poco bebido.

No paran de caer cervezas y a mí se me enrojece el rostro. La siguiente vez que voy a la barra, el camarero está venga a sonreír, como si supiera que voy realmente borracho. Al salir del pub me quedo un rato jodido cuando me da el aire. Me acuerdo de haber bajado por la calle cantándole *Glorious Hearts* a Terry mientras él me cantaba a mí *Glory to the Hibees*, y de nada más.

Es por la mañana y me despierto sobre la cama de Terry, sin haber quitado el cubrecamas y completamente vestido, gracias al copón, en casa de su madre.

Escuché un sonido como el de un taladro, y es Terry roncando a pleno pulmón. Levanto la vista y veo aquella mata de rizos ensortijados. Está en la cama pero en el extremo opuesto al mío. Tiene los pies junto a mi cabeza, y aunque no huelen, la habitación apesta, está llena de sus gases pedorreicos. Me desperté empalmado, lo cual puede deberse a que necesite mear o a que tuve un extraño sueño acerca de Sabrina y Lucy y Maggie por la noche. ¡En cualquier caso no se debe a estar en la misma cama de mierda que Terry!

Oigo pasos en las escaleras y entra la madre de Terry con una taza de té en cada mano. Yo hago como que sigo dormido pero puedo oír un ruido como de asfixia y arcada y el repiqueteo enloquecido e incontrolado de la taza contra el plato. «Dios mío, ¿qué habréis comido…?»

La madre de Terry deja las tazas en la mesilla de noche. «He tenido que limpiar el cuarto de baño porque lo habéis dejado hecho una guarrería. Esto no puede ser Terry. Esto no puede ser.»

«Déjame en paz», se quejó Terry.

Abro los ojos y veo a la madre de Terry de pie, junto a la puerta, abanicándose con la mano mientras arruga la cara. «Hola, señora Laws…, quiero decir señora Ulrich.»

«Tu padre y tu madre estaban preocupados por ti, Carl Ewart. Les llamé desde el piso de al lado y les dije que estabas aquí. Les dije que me aseguraría de que desayunaras algo y te marcharas al colegio. En cuanto a éste», dijo mirando a Terry, «tienes que levantarte para ir al trabajo. ¡Llegas tarde! Perderás el autobús.»

«Vale, vale, vale…», gime Terry mientras la señora Ulrich abandona la habitación.

Me rasco un poco los huevos. Me levanto y doy un salto hasta el cuarto de baño, tapándome la polla erecta con las manos, vestido pero preocupado todavía por si alguien me sorprende en el pasillo. En el cagadero echo una larga meada; me tengo que doblar la polla cosa mala para no mearme en el suelo, que huele a vómitos y desinfectante. Vuelvo a la habitación y Terry ya está dormido otra vez, el vago cabrón. Anda que no le gusta clapar a ese cabrón.

Bajo las escaleras hacia el cuarto de estar. La madre de Terry está allí, sentada en una silla y fumando un pitillo. «¿Todo bien, señora Ulrich?», le suelto yo.

«¿Otra nochecita de juerrga?», suelta una voz. Me sobresalto; no había visto a Walter, el padrastro de Terry, sentado en un rincón leyendo el *Daily Record*. Terry no se lleva bien con él, pero a mí me parece legal. Nos mosquea su forma de hablar, con ese acento alemán, en una mezcla de escocés de andar por casa e inglés pijo y formal. Pero Terry odia al pobre cabrón.

«Vaya que sí, señor Ulrich…»

Aparece Terry, probablemente preocupado de que empezáramos a hablar de él a sus espaldas, lo cual, supongo, es lo que seguramente habría ocurrido si no hubiera hecho acto de presencia. Pasa por delante de su madre y se mete en la cocina, donde abre la puerta de la nevera, saca un litro de leche y empieza a bebérselo.

«¡Terry!», suelta su madre. «¡Usa un vaso!» Sacude la cabeza con gesto disgustado y a continuación le pregunta si quiere un bollo con huevo frito y salchicha.

«Sí», dice Terry.

«¿Tú también, Carl?», me pregunta.

«Perfecto, señora Ulrich», digo yo, sonriéndole levemente, de lo más alegre y tal, pero ella no me corresponde.

«Tú ve a casa a ver a tu madre antes de ir al colegio», me reprende.

Me río un poquito, porque todavía voy pedo de la noche anterior. ¡Bebiendo en el *Busy*! ¡Yo y Terry! ¡Pedos!

Me doy cuenta de que la madre de Terry no está demasiado contenta y que está preparando el terreno para decir algo. Está supertensa. Se nota en el puto ambiente a un kilómetro de distancia. En efecto, la cosa se desata justo cuando creías que te ibas a librar. Todas las madres hacen eso, a la mía se le da de miedo. Crees que vas a largarte sin que te hinchen la cabeza, y entonces ¡bum! ¡El puto golpe del K. O.! Date por jodido. Aunque tu madre sea la mejor amiga que tendrás en toda la vida. Yo nunca podría decir a quién de los dos quiero más, a mi madre o a mi padre. Debe de ser bastante horrible para Terry tener a otro tío sentado donde debería estar su verdadero padre. A mí me mataría. «Menudo follón que armasteis anoche», le dice la señora Ulrich a Terry.

«Ya», dijo Terry.

«¡El señor Jeavons, el de al lado, estuvo aporreando la pared!»

«A ese cabrón le van a inflar a hostias», suelta Terry por lo bajini.

«¿Qué?» La madre de Terry volvía a asomarse por la puerta de la cocina como un muñeco de resorte.

«Nada.»

«¡Sencillamente no puede ser, Terry!», suelta la señora Ulrich, regresando a la cocina.

«¡Vale, de acuerdo!», salta Terry. A Terry no le gusta que le hinchen la cabeza, y le entiendo porque en este momento tengo mal cuerpo. Pero hay que tomárselo con calma un ratito. Ella se está pasando poniendo a Terry en evidencia cuando tiene a sus amigos en casa. Las manos de Terry palidecen por la fuerza con que se aferra a

los brazos de la silla.

Su madre vuelve a salir. «¡Esto no es un albergue nocturno, Terry! ¡Es un hogar!»

Terry echa una mirada a su alrededor, con expresión de hartazgo, como si no se lo creyera. «Ya, vaya un puto hogar.»

La señora Ulrich sale con las manos en las caderas. Eso Terry lo debe haber sacado de ella, porque él también lo hace mucho. Sí, sigo muy pedo todavía. Es curioso; las cosas en que se fija uno cuando va pedo, no cuando estás bebiendo, sino cuando te estás recuperando de beber. «Lo único que queremos tu padrastro y yo es un poco de tranquilidad…» Se vuelve hacia el Fritz… «Walter…»

«Ah, déjalos, Alice, sólo son unos puñeteros bobos», dice él.

«¡Entonces cierra el pico y déjanos un poco tranquilos a nosotros!», grita Terry, levantando la mirada del periódico, «¡tengo la cabeza a punto de estallar!»

Ella se vuelve contra él chillando: «¡Es tu madre la que te habla!», dice señalándose a sí misma. «¡Tu madre, Terry!», viene a suplicar, como si quisiera que él supiera de qué habla, y en cierto modo lo sabe, pero ella se está pasando de la raya avergonzando así a Terry delante de un amigo. Yo le miro y la indico a ella con un gesto de la cabeza, como diciendo, no tienes por qué tragar con esa mierda.

Para ser justo con Terry, hay que reconocer que no traga. «Cállate de una puta vez. Venga y venga sin parar…»

La madre de Terry se queda toda tiesa, allí de pie, como si estuviese conmocionada. Rígida por completo. Vuelvo a estar medio empalmado. Miro a Walter y me pregunto si le da lo suyo a la madre de Terry. Pienso para mí, ¿me tiraría a la madre de Terry? Puede que sí y puede que no, pero me gustaría ver cómo se lo hace, sólo para ver cómo se comportaba. Vuelve a desaparecer por la puerta de la cocina.

El padrastro de Terry hace su contribución, porque siente que tiene que apoyar a la señora Ulrich, pero se nota que le importa un carajo. Terry le podría en una pelea limpia. Fácil. Walter sabe que Terry se está haciendo más grande y más fuerte y que él se está volviendo más viejo y más débil, así que no es cuestión de que intente nada. «No es que estemos en contra de que bebas, Terry», suelta el señor Ulrich, «a ver, que a mí también me gusta tomar una copa. Es esta forma excesiva de beber continuamente la que no logro entender.»

«Sólo bebo para olvidar, eh», suelta Terry, lanzándome una sonrisa de satisfacción y yo también empiezo a sonreír.

La madre de Terry acaba de volver a salir con unos bollos en un plato. Tienen buena pinta. Va y dice: «No me seas tan idiota, Terry. ¿Qué es eso de olvidar? ¡Qué demonios tendrás *tú* que olvidar!»

«Yo qué cojones sé, no logro recordarlo. Eh, ¡será que funciona!», suelta Terry, y yo le muestro los pulgares apuntando al techo. ¡Toma ya! ¡Ésa se la comió de lleno! Ojalá estuviera aquí Gally para verlo. Un puto clásico: el mejor de todos los tiempos.

«Ríete, Terry, pero te acabará pesando», suelta su padrastro.

«Tampoco es que estemos siempre bebiendo», se ríe Terry, «a veces también nos drogamos, eh.»

Yo empiezo a soltar unas risillas de baja intensidad, vibrando como la maquinilla de afeitar que le regalaron a mi viejo por Navidad. La Remington, como la anunciaba Victor Kiam, el tipo que compró la puta compañía.

«Espero que no estés haciendo ninguna tontería; seguro que tienes más conocimiento que todo eso», dice la madre de Terry, sacudiendo la cabeza y dejando los bollos delante de nosotros. «¿Has oído eso, Walter? ¿Lo oyes? Esto es lo que va a tener que aguantar Lucy. ¡Esto!» Señala a Terry.

Walter le echa una mirada de lo más severa. «Esa muchacha no tolerrarrá esa clase de tonterías si os casáis. Si crees lo contrrario, vives en Babia.»

«A ella no la metas en esto», dice mostrando los dientes despectivamente, «no tiene nada que ver contigo.»

Walter mira para otro lado. La madre de Terry sacude la cabeza. «La pobre Lucy. Debe de estar mal de la cabeza. Si no fueses carne de mi carne…»

«Ah, ¿quieres callarte de una puta vez?», suelta Terry, echando la cabeza atrás en un gesto de asco.

Su vieja se estremece, como si le estuviera dando un infarto. «¿Has oído eso? ¿Has oído eso? ¡Walter!»

El tío se limita a asentir con la cabeza desde detrás de su periódico, utilizándolo como escudo, para resguardarse de la escenita que hay montada en la habitación.

La señora Ulrich se vuelve hacia Terry. «¡Te está hablando tu madre! ¡Tu madre!» Después se vuelve hacia mí. «¿Tú le hablas así a tu madre, Carl?» Entonces, antes de que yo pueda decir algo, dice: «No, apuesto a que no.» Mira a Terry. «Y te diré por qué. Porque le tiene un poco de respeto, por eso. ¡Por eso!»

Terry se limita a sacudir la cabeza. Le da un mordisco a su bollo, del que sale un chorro de yema que va a parar a la alfombra.

«¡Mira lo que has hecho! ¡Walter!» Su madre está furiosa.

Walter echa una mirada y suelta un «psche» lamentable, pero lleva en la cara una expresión que dice «qué cojones esperas que haga yo».

«Tendrías que haberlos hecho mejor», dice desdeñosamente Terry. «A mí me ha caído un poco en los pantalones de pana nuevos. No es culpa mía que no sepas ni hacer un huevo.»

«¡Prueba a hacértelos tú!»

«Sí, ya te gustaría verlo.»

Walter se asoma. «Sí, estaba pensando que hacerte a la mar sería lo tuyo, Terry. Al menos allí aprenderrías a cocinar. Te harías un hombre y te proporcionaría la disciplina que necesitas.»

«Yo no pienso hacerme marinero, que le den. Eso es cosa de maricones. ¿Metido en un puto barco con todo tíos? Sí, ya», se mofó Terry, untando parte de la yema que había en su plato con el bollo.

Tratando de mantener la cosa liviana y amistosa, Walter soltó: «Nah, no es así. ¿No conoces el dicho “estamos por tener una novia en cada puerrto”?»

Terry se limita a sonreír despectivamente y a mirar ásperamente a Walter y después a su vieja, como diciendo, «ya, y mira con qué has acabado tú». Me alegro de no haber dicho nada, porque es su madre, y sí hay que mostrar un poco de respeto.

Aparece Yvonne, vestida con una bata de color rosa. Sin maquillaje parece soñolienta y jovencísima, pero se la ve extrañamente más hermosa, como nunca la había visto antes. Noto un tirón en el pecho y por primera vez sentí auténtica envidia de Birrell por habérsela tirado. «¿Tienes algún pitillo?», le pregunta a Terry.

Terry saca su paquete de Regal. Le lanza uno a Yvonne, otro a mí y otro a su madre, que le rebota en la teta. Ella le mira y lo recoge del suelo.

«¿Vas al cole, Carl?», pregunta Yvonne.

«Sí.»

«¿Qué tenéis esta mañana?»

«Dos horas de arte. Es el único motivo por el que voy», le digo.

La señora Ulrich sacude la cabeza y dice algo acerca de cómo nos creemos que en estos tiempos podemos escoger lo que nos parezca, aunque en realidad nadie le haga caso.

«Ya», asiente Yvonne. «Nosotros tenemos hogar y después inglés, así que no está mal.» Se ciñe la bata por si acaso le veía un poco las telas. Aunque Yvonne no tiene mucho pecho. Pero tiene unas piernas guays. «Te acompaño, espera que me arregle.»

«Vale, pero tendremos que estar atentos a ver quién nos ve saliendo juntos de tu casa», suelto yo, riéndome, «no vaya a ser que alguien se haga la idea equivocada.» Noto que esto pone incómodo a Terry, y yo disfruto con cada segundo.

Yvonne sonríe y se saca el flequillo de los ojos. «Puedes llevarme los libros, como en las películas americanas», dice antes de salir al pasillo.

Por supuesto, sé que lo único que le sacaré a ella por el camino al cole es Birrell esto y Birrell lo otro, pero parece una idea agradable.

La madre de Terry sigue descontenta. «Acaba de cumplir los quince y ya fuma como un carretero. No deberías incitarla dándole tabaco», le suelta a Terry.

«Calla», suelta Terry entre dientes. «¿Quién incita a quién? Tú eres la que nunca anda sin un puto truja en la boca. ¿Quién es la gran influencia ahí, pues?»

La señora Ulrich respira hondo y mira a Walter. Es como si estuviera más allá del enojo y la decepción y ahora se hubiera resignado a su suerte. «Antes pensaba que me hablaba del mismo modo que a sus amigos en el pub. Realmente lo creí. Pero estaba equivocada. Ahora me doy cuenta de que a ellos nunca les faltaría tanto al respeto. Me habla como si fuera su enemiga, Walter.» Se dejó caer pesadamente en la silla, totalmente aturdida y desanimada. «No sé dónde me equivoqué», se dice a sí misma.

Calo al señor Ulrich mirándola y me doy cuenta de que odia a la madre de Terry. La odia por colocarle en la situación de tener que ir contra Terry.

A nosotros nos importa un carajo, nos limitamos a meternos los bollos entre

pecho y espalda. Te deja listo para el resto del día. Hay que papear después de una noche de tragos.

Terry se inclina hacia Walter y chasquea los dedos: «Déjame echarle un vistazo a la prensa, pues. Nos largamos dentro de un minuto.»

El señor Ulrich le mira durante uno o dos segundos, pero se lo pasa.

Terry echa la cabeza hacia atrás y deja escapar una risotada estrepitosa, gutural y malvada que nunca antes le había escuchado. Caigo en que su casa es como una zona de guerra y que estos pobres viejos no pueden con él. Ahora mismo adoro al muy hijo de puta, me encanta el poder que tiene y me encanta ser su amigo. Pero realmente no creo que quisiera nunca ser como él.

Bueno, menos en lo de follar, claro está.

POLVO INICIÁTICO

Aquella mañana Yvonne y yo fuimos a casa de mi madre. Nos hizo gachas de avena, té y tostadas. Yo estaba avergonzado, pues la pobre Yvonne intentaba explicar que ella nunca desayunaba, pero mi madre empezó que si es la comida más importante del día y prácticamente le hizo comer a la chica a la fuerza. Mamá nos contó que Billy acababa de marcharse, lo cual desilusionó a Yvonne. De modo que teníamos que najar de verdad, de lo contrario podría haber habido más problemas con Blackie. Es extraño, pero puedes cogerte horas e incluso días de pirola y a nadie le importa un carajo, pero si llegas dos minutos tarde por la mañana se ponen como locos.

Mientras salíamos, mi madre, exhibiendo la misma sonrisa postiza y empalagosa que ponen las chicas del colegio cuando te toman el pelo, dijo: «Ah, por cierto, anoche te llamó una chica. No dijo cómo se llamaba, dijo que sólo era una amiga» y enarcó las cejas y moduló insinuantemente la voz al decir «amiga».

«¡Oohh! ¡Carl Ewart! ¡Ahora ya nos vamos conociendo!», suelta Yvonne, y mi madre se ríe porque sabe que estoy avergonzado.

«Nah…, sólo es», balbuceo. «Eh, ¿qué dijo?»

«Ah, estuvo muy agradable», me dice mi madre. «Dijo que sólo había llamado para charlar un poco y que ya te vería cuando quedarais.»

«¡Bu-ee-noo!», suelta Yvonne.

«Eso es todo», se rió mi madre, y entonces parece acordarse de algo más. «Ah, y dijo que gracias por aquellas flores tan bonitas que le enviaste.»

«Ayy…, el señor Romántico», dice Yvonne empujándome con el codo, «¡flores y todo!»

¿Pero aquí qué coño pasa?

Miro a mi madre, después a Yvonne y después a mi madre otra vez.

Sabrina. Algún otro tipo anda detrás de ella.

Yo nunca le envié flores. «Pero… pero… yo no le envié flores…», me quejo.

Mi madre se limita a sacudir la cabeza y se ríe de mí. «Nah, tienes razón, no lo hiciste. Eso me lo he inventado.» Después sonríe. «Aunque es como para pensárselo, ¿no?»

Yo me quedo allí mudo de asombro mientras Yvonne y mi madre se desternillan. Que los amigos vayan descojonándose de ti por ahí ya es malo, pero que lo haga tu propia madre en tu propia casa, venga ya, ¡por favor! A veces creo que me han puesto en este planeta para entretener a los demás, lo cual me parece muy bien siempre y cuando yo también me divierta en abundancia. Y no es eso lo que está sucediendo, bueno, no de la forma en que yo realmente querría.

Así que nos marchamos al colegio: yo e Yvonne. Es seis meses más joven que yo, una chica de segundo curso, y es ella quien anda por la calle con uno que todavía es virgen. De todas formas, no habló tanto de Billy; habló de cómo a veces le deprimía estar en casa, con todas aquellas discusiones. Dijo que aunque Terry fuera su hermano, tenía ganas de que se casara con Lucy y se fuera de casa. Walter era legal, las trataba bien a ella y a la madre de Terry, pero Terry era sencillamente incapaz de tomarle cariño. Siempre le estaba llamando Viejo Nazi.

Comprendía el punto de vista de Yvonne. Aquella mañana todo aquello me había encantado, pero yo no podría vivir así, un día sí y otro también. Me quedaría hecho polvo. De todos modos, llegamos un poco tarde, pero afortunadamente Blackie no estaba de servicio, sólo la señora Walters, a la que le daba igual.

«¡Venga, vosotros dos!»

«Sí, señorita.»

Llegué a donde pasaban lista y la mayor parte de la mañana en el colegio la pasé semipedo. Billy estaba allí, y era extraño que Gally no estuviese. Tonteé por ahí en clase de arte, fardando delante de todas las chavalas que había. Lo curioso es que antes siempre había sido bastante tranquilo y concienzudo en esa clase, siempre con ganas de aplicarme a fondo con la pintura o la alfarería. Era como si acabase de reparar, vía la bebida, en que la clase de arte contenía a las chavalas más follables de la escuela. Esas que siempre pensabas que estaban en primera división, que follaban con tíos mayores con buenos sueldos y coches. Amy Connor, Francés McDowall, Caroline Urquhart y, la mejor de todas en mi opinión, Nicola Aird: todas ellas estaban en esa clase. Era como la pasarela de un desfile de primera y en realidad aquí sólo se viene a pintar y recolectar material para hacerse pajas. Están subidas en un pedestal por lo que se refiere a las perspectivas de follárselas, pero son chicas majas, salvo Urquhart que es una presumida y está sobrevalorada en las listas de follables. Eso sí, no me negaría a que me la chupara, y pienso en ella con ese guarro cabrón de Terry. Pobre Gally; los ojos le echaban chispas siempre que ella andaba por ahí. Hasta intentó cambiarse a la clase de arte para estar más cerca de ella, pero no quisieron meterle en la clase del nivel O, con nosotros.

La miro y le sostengo la mirada, engreído por la bebida; ella mira para otro lado, pues sabe que soy amigo de Terry y sabe que yo lo sé. Más tarde, Nicky y Amy están

mirando la pintura de la portada de mi elepé, para el primer disco que saque nuestro grupo, Snap. Consigo echarle un vistazo a las tetas de Amy y me imagino metiendo el rabo entre ellas, como dice Terry que hizo su colega de Leith.

«¿Qué es eso, Carl?», pregunta Nicola.

«Es la portada para el elepé de nuestro grupo. Es decir, en caso de que alguna vez lleguemos a grabar un elepé», me río. Por supuesto, puedo reírme porque sé que lo haremos. Sucederá, sencillamente lo sé. Haré que suceda. Ojalá pudiera tener la misma confianza con otras cuestiones.

Nicola me sonríe como si yo fuese su abuelo chiflado.

«El otro día te vi con la guitarra», suelta Amy. «El hermano de Angela Taylor, Malcolm Taylor, está en tu grupo.»

«Sí, es el batería. Y es bueno, además», miento. Malky apenas sabe tocar. De todos modos, aprenderá.

Amy me mira y se arrima un poco más. Su pelo casi me roza la mejilla. Nicky también se acerca y me pone la mano en el hombro. Puedo oler el perfume de todas ellas, ese aroma enloquecedor a chica frescas siento como si el oxígeno hubiera desaparecido del aire, porque en mi

cerebro desde luego ya no queda ni pizca. Pienso que sería un nombre estupendo para un tema: *Aroma enloquecedor a chica fresca*. Pero suena excesivamente heavy metal.

«¿De dónde sacaste el nombre de Snap?», pregunta Amy.

Me preocupa que si empiezo a hablar ahora mis labios no hagan más que aletear como una verja desvencijada al viento. Tratando de recobrar la compostura, empiezo a contarle la historia de cuando Topsy y yo estábamos jugando a las cartas en el autobús Last Furlong, de camino a un partido de los Hearts. Después la pelea que se armó a causa de un juego de cartas, el *snap*, en la que un tío le partió la nariz a otro. Habíamos estado detrás de un nombre y cuando un tío mayor empezó a gritar: «Ridículo. Pelearse por el puto *snap*», nos miramos el uno al otro y ya está.

«Me gustaría oíros alguna vez», dice Amy. «¿Tienes una cinta?»

«Sí…»

Entonces se acerca la señora Harte.

Estuve a punto de decir, pásate por casa. Hostia puta, imagínate e so: Sabrina, Maggie y Amy, ¡una detrás de otra!

Esa oportunidad se desvanece con el timbrazo que indica el final de la clase. Pero más tarde sí se lo propondría, y sé que dirá «vale» o «no» o tráete la cinta aquí. Sus amigas se quedarían tranquis; no se pondrían en plan «uuu-uu-uuu» como hacen algunas tías, y yo también iría de tranqui. ¡Si pudiera mojar de una puta vez, sólo una vez, entonces me quitaría un peso de encima y me haría el puto amo del mundo!

En geografía me olvido del delta del Ganges, a fin de escribir la letra para una nueva canción. Y geografía es la mejor asignatura de ludas. Todos esos sitios a los que ir y ver. Algún día los visitaré todos. Pero ahora estoy de humor para escribir

canciones. Empiezo pensando en *Aroma enloquecedor a chica fresca*, pero me empiezo a empalmar.

Tras un poco de composición lírica, McClymont me pilla. «Vaya, Carl Ewart, ¿le importaría compartir con nosotros lo que ha estado haciendo?»

«De acuerdo», digo, encogiéndome de hombros. «Es una canción en la que estoy trabajando para el grupo en el que estoy. Snap. Se llama *No grades*. Dice así: No quiero notas altas, no quiero notas bajas, porque todos mis amigos sin notas se lo montan. La escuela no me mola…»

Se oyen algunas risas, aunque, seamos justos con él, la mayor parte se las lleva McClymont. Me suelta: «Bien, Carl, pensaba decirte que nunca llegarías a nada en geografía, pero después de escuchar tus esfuerzos como compositor, creo que deberías insistir y esforzarte un poco más.»

Nos reímos todos. McClymont es legal. Cuando iba a primer curso le odiaba, pero cuando te haces mayor se enrolla mejor contigo. Además, le he visto en Tynie alguna vez. Está bien hacer unas risas en el colegio.

Sin embargo, al llegar la tarde, mi confianza había desaparecido y me sentí como una mierda; cansado, nervioso y asustado de mi propia sombra. Doyle me lanzó una mirada en el pasillo, y no supe si interpretarla como que éramos colegas o quizá que a lo mejor había descubierto que yo era de los Hearts. En cualquier caso, no le miré a los ojos. Acojona que te cagas ese cabrón.

El viernes por la noche me quedé en casa viendo la tele, y después me puse a grabar y a practicar con la guitarra. Cuando mis padres se fueron al cine llamé por teléfono a Malky, nuestro batería. Quería contarle que los chochos estuvieron olisqueando a nuestro alrededor que te cagas y que eso era un signo seguro de que la gente estaba oyendo hablar del grupo. Eso le emocionó. «Amy Connor quería escucharnos *a nosotros*», dijo jadeante, totalmente entusiasmado. Entonces le dije que tendríamos que ensayar más en su casa, y entonces se tranquilizó un poco.

Al viejo y la vieja les resultaba un poco sospechoso que me quedara en casa el sábado por la mañana. Si no estaba trabajando en la frutería ni iba a un partido fuera, solía andar por el centro husmeando por las tiendas de discos. Mi padre me preguntó si quería ir con él al partido del Kilmarnock en Brockville, pero no me apetecía. Cuando llegó el sábado por la noche y volvió a casa, yo estaba hecho un manojo de nervios mientras ellos se preparaban para salir, tomándose su tiempo con una tranquilidad que te cagas. Todavía estaban mosqueados conmigo por haberme quedado fuera todo el jueves por la noche. No les importaba que me hubiese quedado a dormir en casa de un amigo, pero había infringido dos reglas. La primera era: nunca si tienes que ir al colegio al día siguiente. La segunda era que no había telefoneado para decirles dónde pensaba quedarme. Aunque ésa es una bobada, porque nunca lo sabes hasta que llegas allí, y para entonces por lo general vas demasiado bolinga para telefonear.

Tuve que prometerle a mis padres que no iría al Clouds con los chicos ni al

centro. Les dije que iba a pasar la noche en casa, que saldría al *fish and chips* y volvería con un pastel de carne picada, dos cebollas en vinagre y una botella de Irn Bru. Entonces, sacaría un poco de carne picada de la tarta y rellenaría parte de la masa con patatas fritas para comérmela así mientras veía la película de terror de medianoche. Sí, podía ser que incluso me apeteciera también un huevo escabechado.

Creo que sabían que algo se cocía, pero finalmente se fueron y yo salí disparado justo después, al *fish and chips* desde luego, pero también para encontrarme con Sabrina. El corazón me latía a mil por hora mando apareció el primer número seis y ella no bajó de él. Me sentí como una mierda pero también aliviado, y después como una mierda otra vez, y a continuación superemocionado porque venía otro justamente detrás. Baja del autobús, ataviada con una chaqueta negra. Le da un aspecto tan enrollado, como mucho mayor. También lleva más maquillaje. A mí me parece muy bien, le da un aspecto de tía buena que te cagas. Nunca fue así de maquillada al Clouds, y desde luego sabe arreglarse.

Pero de todos modos me quedé alucinado, y durante un minuto me sentí como un chiquillo delante de una mujer hecha y derecha. Aunque ahora me mola totalmente y nos damos un rápido abrazo y un beso.

Entonces caigo en que estoy en la parte limítrofe de la barriada y que no tienen que verme aquí con ella, si Terry la viese con ese aspecto, me la quitaría enseguida. Pero… también quiero que la gente me vea, que vea a la tía con la que he ligado, así que la llevo hacia casa.

No…

El primer capullo con el que me topo es Birrell, que sale de la tienda de la esquina con un ejemplar del *Pink*, unos bollos y leche. «¡Carl!», me suelta.

«Billy», asiento, resoplando. «Ésta es Sabrina. Eh, te presento a Billy.»

Billy le sonríe y entonces hace algo supermarciano y al mismo tiempo de lo más ordinario: le toca el brazo. «Hola, Sabrina», dice. «Me parecía que te conocía del Clouds.»

Se nota que ella está un poco sorprendida, pero él consigue que la cosa parezca de lo más natural. «Hola, Billy. ¿Qué tal estás?», dice medio riéndose y volviéndose hacia mí.

«No estoy mal. Pensé que pasaría una noche tranquila después del último fin de semana», dice medio riéndose y volviéndose hacia mí. «Los Hibs perdieron, Andy Ritchie metió dos goles para el Morton. También oí que los Hearts estuvieron asquerosos. ¿Tú fuiste?»

«Nah…, me lo tomo con calma, como dices. Aunque a lo mejor nos acercamos a la pista de patinaje durante la semana, ¿eh?»

«Sí, vale. Pásate a buscarme.»

«De acuerdo. Nos vemos, Billy.»

Y se marchó. Y yo me quedé pensando: ¿por qué cojones estaba yo tan preocupado? Compórtate Ewart, so pringao. Billy estuvo tranqui, me había dejado en

pañales. Me hizo reparar en que Birrell es un gachó de lo mejorcito. Puede ser un poco susceptible, pero tiene buen corazón y siempre trata bien a la gente que no le molesta. El mejor tipo al que he conocido, a decir verdad.

Nos fuimos por nuestro camino.

«Tu amigo parece majo», dice ella.

«Sí, Billy es legal. El mejor.»

«No sabía que patinabas sobre hielo.»

«Sí, bueno, sólo a veces», dije, un poco avergonzado.

Me había aficionado yendo con Billy, porque era el mejor sitio de la ciudad para los chochos. Menudas tías pijillas había. Llevaba poco tiempo acompañándole cuando me cosqué que era uno de sus lugares de encuentro secretos. La pista era nuestro pequeño secreto, del que Terry no debía enterarse, porque te avergonzaba cogiendo el timón de todas las historias. ¡Tenía un pequeño plan en algún rincón de mi cabeza según el cual, una vez que hubiera conseguido echar un polvo con una chavala maja de las que iban allí, le enseñaría el sitio a Gally, enseñoreado despóticamente del lugar frente al doncel nervioso!

Ojalá pudiera hacerlo ahora.

Eso sí, yo patinaba fatal; pasaba la mayor parte del tiempo sobre el culo y volvía empapado. El capullo cachas de Birrell era cojonudo, por supuesto, y te dabas cuenta de que las tías quedaban de lo más alucinadas. Él se limitaba a sentarse cómodamente, totalmente tranqui, haciendo discretos arreglos para el Clouds o el Buster's.

Me preocupa que Sabrina pueda pensar que soy un piojoso porque vivo en una barriada. Eso sí, una casa de vecinos en Dalry no es precisamente un lugar aristocrático. Le hago hablar de música todo el rato, mirándola a los ojos para que no se fije en los grafiti de la escalera. Después ya no me importa, porque en cuanto la meta en casa se dará cuenta de que no somos unos piojosos. Sin embargo, hay una cosa ante la cual nada puedo hacer, y es el pestazo a meados de la escalera. Los cabrones de arriba, los Barclay, dejan escapar al perro, que sale corriendo y hace lo suyo donde las basuras. El caso es que si la puerta de la calle está cerrada, se mea en la escalera y punto, y a veces hasta se caga. Cuando llegamos a mi piso, recuerdo que llevo la llave colgada de una cuerda que llevo alrededor del cuello, como un crío, y me resulta de lo más estúpido y vergonzoso tener que sacarla y estoy de lo más torpe para meterla en la cerradura.

Qué mal rollo.

Si no puedo meter una puta llave en la cerradura, cómo voy a… joder, no.

De todos modos, la cosa mejora al entrar por la puerta otra vez. Pongo a los Cockney Rebel. A Sabrina le fascina la colección de discos de mi viejo, nunca ha visto tanta música. Más de ocho mil discos. «La mayoría son míos», miento, lamentando haberlo hecho.

Le enseño mi guitarra y algunas de las canciones que escribí para el grupo. Creo

que nunca me creyó del todo cuando le dije eso, pero está más que alucinada por la guitarra. «¿Piensas tocar algo?», pregunta.

«Eh, puede que más tarde», suelto yo. Si lo intento delante de ella lo único que conseguiré será quedar como un capullo. «El ampli está un poco hecho polvo, ¿te acuerdas que te dije que estaba ahorrando para comprarme uno nuevo?»

Ponemos unos discos más y nos sentamos cómodamente en el sofá. Después de un rato morreándonos, me acuerdo de lo que dijo Terry la otra noche, cuando me contó cómo había ligado con la tía aquella. Así que le pregunto si alguna vez ha hecho el amor, llegando hasta el final y tal. Ella no dice nada, sino que se queda totalmente en silencio. «Sólo era que si querías hacerlo y tal, sería estupendo y tal. Conmigo y tal. Ahora y tal.» No hago más que decir «y tal», e intento cortarme un poco antes de empezar a divagar y decir mierda, mierda, mierda.

Me mira con una expresión de timidez total, asiente levemente y sonríe. «Entonces vamos a quitarnos la ropa», dice ella.

Hostia puta. Un poco más y me cago ahí mismo. ¡Entonces ella se levanta del sofá y empieza a desnudarse, despreocupadamente, como si para ella fuera la cosa más natural del mundo! Supongo que lo será, y me preocupa que lo haya hecho montones de veces antes, como si ella fuera una puta sifilítica y mi polla fuera a cubrirse de pus y caerse a trozos si se la acerco lo más mínimo.

A la mierda. Más vale morir de gonorrea que virgen.

Aprieto los dientes y bajo las persianas, mientras la mano me tiembla sobre la cuerda. El corazón me late con fuerza y apenas logro desnudarme. Pensé que nunca iba a dejar de temblar.

Los dos nos quitamos la ropa, pero ella no se parece en nada a las tías de las revistas y de la tele. Tiene unas tetas guays, pero la piel tan blanca que parece más fría que un helado. Es curioso cómo uno espera que las tías estén morenas, como en las revistas porno. Eso sí, supongo que yo tampoco me parezco al Robert Redford ese. Tengo que hacer algo, así que la abrazo, y me sorprende lo calentita que está. He dejado de temblar. Lo curioso es que pensé que me resultaría difícil lograr una erección, llegado el momento y tal, pero está bien tiesa.

Se regala la vista con mi polla y parece que le fascine. ¡Pensaba que yo era el único! «¿Puedo tocarla?», pregunta.

Sólo puedo asentir. Empieza a tirar de ella suavemente, pero me estremezco y me tenso al primer contacto; nadie me había tocado la polla antes. Entonces me relajo y me siento un tanto nervioso, pero deleitado al mismo tiempo. Miro a Sabrina y supongo que debería estar pensando, peazo guarra, pero disfruto con su admiración. Estoy disfrutando demasiado, porque no quiero correrme encima de ella, quiero meterla, quiero echar un polvo.

Retrocedo un paso y avanzo dos, estrechándola contra mí, con la polla apretada contra su muslo. «Venga, échate», le susurro, inquieto.

«¿No podemos jugar un poquito?», me pregunta.

«Eh, no, hagámoslo ya, venga, échate…», le insisto. Supongo que es como la mayoría de chicas: demasiado Hollywood. Quieren que sea como en las películas y las revistas. Eso está bien si sabes lo que te haces, pero como no moje el churro ahora mismo…

Sabrina sonríe desilusionada, pero se echa sobre el sofá y abre las piernas lentamente. Yo trago aire; su coño suave y peludo resulta tan hermoso… Me saco el condón del bolsillo y me lo pongo en la polla. Es un alivio que consiga deslizado por toda su extensión sin ninguna gesticulación torpe. Estoy entre sus piernas y encima de ella; siento su pubis contra el mío. Intento meterla en el agujero, pero estoy frotando el capullo contra sus pelos y sus labios sin encontrarlo. Se me está poniendo blanda. Empiezo a morrearme con ella y vuelvo a empalmarme, recorriéndole las tetas con las manos, pellizcándole los pezones entre el índice y el pulgar. No demasiado fuerte, pero no demasiado blando, como dijo Terry una vez hace siglos delante de la puerta del *fish and chips*. Pero yo soy un experto en tetas, me he puesto hasta las cejas de tetas; a decir verdad, ya he tenido todas las tetas que pudiera desear en esta vida; ahora lo que quiero es un polvo.

El polvo, todo el polvo y nada más que el polvo.

Intento meterla de nuevo, pero no, la estoy frotando contra los labios, esperando que se deslice sola en un agujero grande y lubricado, pero allí abajo no hay nada.

¡No hay agujero!

Estoy al borde del pánico…, será que es tío o algo, uno de esos cabrones que se cambian de sexo al que le han cortado la polla…, pero ahora me coge la mano y me la pone allí, en el felpudo. «Juega conmigo un poco», dice. ¿Qué cojones querrá decir con eso de que juegue ion ella? Estamos jugando a médicos…, ¿qué pasa, que quiere jugar a comandos o qué?

De todos modos, la toco, frotándole la raja seca con los dedos, intentando localizar el así llamado agujero. ¡Entonces sucede! Lo noto, más abajo de lo que creía, ¡casi donde el ojete, hostias! Y es minúsculo, ¡ahí no podré meterla ni de cofia! Voy metiendo el dedo, intentando ampliarlo, pero ella lo agarra con fuerza, es como si su coño fuera una boca, y siento cómo se queda completamente tensa.

«Un poco más arriba», dice. «Hazlo un poco más arriba.»

¿De qué cojones va con eso de más arriba? ¿Cómo va a hacer eso que se abra el agujero? Esto es terrible. Tendría que haber ahorrado y haber ido a una puta en Leith o al sitio ese del New Town. Menos mal que todavía tengo la polla dura; la froto contra su muslo. Vuelvo a morrearme con ella, sigo trabajando el agujero, pensando en otras tías del colegio que me molan, y entonces pienso: ¡Puede que más arriba hubiera otro agujero que se me ha pasado! ¡A lo mejor es eso lo que ha querido decir! Así que le hago caso, empiezo a frotar más arriba, pero que me jodan si encuentro otro agujero. Parece más bien un botoncito carnoso, pero yo estoy venga a darle pellizquitos. Entonces ella empieza a relajarse y después a retorcerse y a gemir…

Esto es guay, ¡está tope excitada! Me muerde el hombro y me dice: «Ahora…,

métemela…»

Estoy pensando: Pero qué pasote de amante soy, pero qué máquina de sexo puro, pero qué hostias, nunca te cabrá en el agujero, muñeca, lo tienes demasiado pequeño. Quizá alguien más pequeño, como el pobre Gally…, pero no, me coge de la muñeca y me pone la mano más abajo, y ¡que me jodan si el agujero no se ha transformado completamente! Ahora está totalmente húmedo y amplio y el dedo se me desliza dentro sin dificultad. Me llega una ráfaga de olor y supongo que será su leche o sus jugos vaginales o como se llame lo que les sale a las tías. ¡Ahora lo entiendo! ¡El botoncito chorras ese de arriba es el que *abre* el agujero! ¡Eso es todo lo que tendrían que decirte los cabrones esos de educación sexual! Aprieta el botoncito de arriba durante un rato y el agujero se abre. ¡Después mete la polla en el agujero! ¡Así de fácil!

¡¡¡POR QUÉ COJONES NO PUDIERON EMPEZAR LOS CABRONES POR AHÍ!!!

Así que después de un rato empiezo a meter la polla, un poquito cada vez. Ahora no tengo prisa; ahora ya sé cómo va la cosa. Entonces la meto y la saco, arriba y abajo, pero que me jodan si no se me forma una neblina roja ante los ojos y voy sobrevolando Tynecastle y me da un espasmo y todo dura unos cinco segundos antes de empiece a vaciarle la tubería dentro y es cojonudo.

Bueno, vale, en realidad no fue para tanto, ¡pero qué alivio!

¡Cojonudo!

Gally, todos esos capullos, todos esos putos vírgenes del colegio. ¡Ja! ¡Ja!

Gally, no. Pobre Gally.

¡De todos modos, cojonudo! ¡A los quince! ¡Todavía menor de edad! ¿Juice Terry? Seguro que el noventa por ciento de lo que dice ese cabrón es basura. ¿A quién se creerá que engaña?

Imagínate ser virgen. Pero los tipos como Billy y yo sabemos lo que hay.

«Eso ha estado guay», digo.

Ella me abraza como si fuera un chiquillo, pero no me siento cómodo, estoy muy inquieto. Estoy pensando en escribirle a la cárcel al pobre Gally. Pero qué puedo decirle: No quisiera que te deprimas ahí dentro, chico, ¡pero los chicos y yo estamos todos mojando y es guapo que te cagas!

Ahora quiero volver a ponerme la ropa y mandar a Sabrina a casa. Empieza a parecerme gorda y la expresión de su cara me resulta muy rara. No puedo creer que me la acabo de tirar.

«¿Lo habías hecho alguna vez?», me pregunta, mientras me aparto de ella y me pongo los gayumbos y los pantalones.

«Sí, mogollón de veces», le cuento, haciendo como que está diciendo una bobada. «¿Y tú?»

«No, ha sido mi primera vez…» Se levanta. Hay un poco de sangre. Debe de ser que la polla se me ha puesto tan gorda que le he hecho daño. Sabrina mira la sangre. «Ya está, ya he dejado de ser virgen», dice contentísima.

Me miro la polla. No hay sangre en el condón, o puede que un poco, pero no está rojo, está como si lo hubiera untado en el vinagre, ese que tienen en las tiendas de *fish and chips*.

Sabrina se está poniendo la ropa. «Eres muy majo, Carl. Has sido muy majo conmigo. Los chicos del colegio, ya se sabe, sólo quieren una cosa, pero tú has estado encantador.» Se acerca y me abraza. Me siento abrumado y no sé qué decir.

Entonces se ha ido al cuarto de baño a limpiarse. Yo me siento mal y bien a la vez; quisiera ser diferente y al mismo tiempo me alegro de no serlo. Nunca jamás sabe uno cómo estar. Sería estupendo que follar fuera como en las películas: sin tensión, sin tonterías, sin malos rollos ni olores extraños ni mucosidades y donde todo el mundo se porta debidamente y sabe lo que quiere, pero supongo que hay que montárselo lo mejor que se pueda. A lo mejor llega a ser así más adelante.

Ya me he vestido otra vez. Me miro la cara en el espejo que hay encima del fuego de la chimenea. Tengo el mismo aspecto, pero más duro. Es como si ahora me saliera la barba más espesa, ya no es sólo una pelusilla en la barbilla, es como más rubio auténtico que blanco nuclear. Mirándome a los ojos veo algo, algo que no logro explicar, pero que no he visto antes. Dicen que ocurre después de echar el primer polvo. Sí, soy más hombre; ya no soy un muchachito.

¡Lo he hecho, lo he hecho, lo he hecho!

Ahora tengo que sacar a Sabrina de aquí antes de que vuelvan mis padres. Es una chica maja y tal, pero no quiero que nadie piense que salimos juntos. Lo cierto es que quiero ser como Terry, tirarme a mogollón de tías distintas a la vez. No quiero ataduras, eh. Terry dijo una vez que una tía es como una pinta: una sola no sirve para mucho. La acompaño a la parada del autobús; ella se me abraza con fuerza y una parte de mí sabe que para ella es importante, pero sólo quiero que llegue su autobús para quedarme a solas y poder pensar con claridad.

Al otro lado de la calle, a la entrada de la urbanización, se para otro autobús, y, joder, bajan de él mis padres. Me doy la vuelta pero oigo a mi madre gritar con voz de borracha: «¡Carl!»

Saludo tímidamente con la mano desde el otro lado de la calle y Sabrina pregunta: «¿Quiénes son ésos?»

«Eh, son mis padres.»

«Tu madre está muy guapa, me gusta cómo viste», dice Sabrina.

Eso me sobrecoge: ¿cómo cojones puede estar guapa una madre? No digo nada. Pero miro al otro lado de la calle y joder…, joder…, ya se acercan a joderlo todo…

«Hola», le dice mi madre a Sabrina. «Me llamo Maria. Soy la madre de Carl.»

«Yo, Sabrina», replica ella tímidamente.

«Bonito nombre», suelta mi madre, mirándola con una sonrisa sentida, casi amorosa.

«Yo soy Duncan, Sabrina, y sé que cuesta creerlo al ver a un tipo apuesto como yo, pero ése es mi chico», dice mientras le estrecha la mano. El cabrón se da cuenta

de que me he puesto colorado. «Decidimos volver caminando y comprar unas patatas fritas. ¿Queréis que os traigamos unas pocas?»

«Eh, Sabrina tiene que volver a casa; sólo estábamos esperando el autobús.»

«Entonces vale, no vamos a cortaros el rollo», dice él, y se despiden y siguen camino.

Oigo la risa aguda y bebida de mi madre al doblar la esquina, y a mi padre cantando el estribillo de *Suspicious Minds. «We can't go on this wey-hey-hey… with suspi-sho-hos-ma-hands…»*

«Calla, Duncan», se ríe mi madre.

Estos viejos cabrones me han dejado totalmente en ridículo; estaba a punto de pedirle disculpas a Sabrina cuando se volvió hacia mí y dijo con toda sinceridad: «Tus padres son cojonudos. Ojalá fueran así los míos.»

«Sí», suelto yo.

«A ver, que los míos son majos, pero no salen nunca.»

Se acerca su autobús. Le doy un beso y le prometo que nos veremos un día durante la semana, y probablemente sea así, pero nunca sabes con quién vas a encontrarte.

¡La vida es cojonuda!

Me voy a casa dando brincos, emocionado y nervioso; entonces pienso que me estoy comportando como una chiquilla, así que ralentizo el paso y empiezo a tranquilizarme. No se puede ir por ahí dando botes como un criajo en el recreo del cole. Tienes casi dieciséis años, joder. La gente nunca se creerá que has mojado si no vas de tranqui, porque ésa es la mejor parte, no contarle a todo quisque que lo has echado, sino asegurarte de que lo sepan, ser, de alguna forma, una autoridad silenciosa en la materia. Porque lo que es el follar propiamente dicho está sobrevalorado, eso es seguro. Les ves en todos esos libros de sexo en todas esas posiciones diferentes. No sé cómo pueden molestarse con ese tipo de cosas.

A lo mejor va mejorando. Espero que sí. ¿A usted qué le parece, señor Black, perdón, Caraculo?

Si Dios quiere, señor Ewart. De todos modos, imagino que ahora hará usted una mujer honrada de la tal Sabrina mediante un buen matrimonio cristiano sancionado por la divina Iglesia presbiteriana de Escocia.

Claro que no, Caraculo. A partir de ahora me tiraré todo lo que se menee.

Entonces empieza a caer una llovizna, así que me voy a casa y espero a que vuelvan mis padres con las patatas fritas. Espero que me hayan traído unas pocas, no me vendrían mal.

Ya está, lo he hecho; algo que me obsesionaba desde hace siglos ya está solucionado, pero Gally ha desaparecido y la espera va a ser muy larga.

. Debió de ser en 1990: El local de Hitler

WINDOWS 90

María Ewart sacó un pie del zapato y amasó la espesura de la alfombra con los dedos de los pies. La lujosa decoración de la casa de sus amigos tenía mucho en común con la suya. El hogar de los Birrell, como el de los Ewart, había sido equipado gracias a optimistas indemnizaciones por despido, una declaración de confianza, fe o esperanza en que algo aparecería, algo que asegurase aquel nuevo *statu quo*.

Lo más destacado de aquella habitación era un enorme espejo en pan de oro que colgaba sobre el hogar. Daba la impresión de arrojar contra uno toda la habitación. Maria lo encontraba demasiado grande; quizá fuera aún lo bastante vanidosa como para considerar la mediana edad y los espejos como extraños compañeros de cama.

Sandra la sacó de su estado de ensueño aproximándose y llenándole la copa. Maria quedó fascinada por la perfecta manicura de las manos de su amiga; se habría dicho que pertenecían a una niña.

Habían venido a cenar y tomar una copa. Duncan y Maria Ewart visitaban a sus viejos amigos Wullie y Sandra Birrell. A Maria le avergonzaba un poco, pero aquélla era la primera vez que volvía al barrio desde que se trasladaron a Baberton Mains, hacía casi tres años. Y es que la mayor parte de la gente con la que tenían amistad se había ido marchando poco a poco. Y Maria siempre estaba hablando de la gente que había tomado su lugar, de cómo no sentían lo mismo por la zona, de cómo ya no había espíritu comunitario: aquello era un vertedero de problemas sociales y había ido cuesta abajo.

Ella era consciente de que llevar la conversación por aquellos derroteros deprimía a Duncan. Las cosas habían cambiado muchísimo, pero los Ewart y los Birrell seguían siendo íntimos amigos. Ninguna de las dos parejas había sido nunca muy proclive a hacerse visitas domésticas. Sólo lo hacían para Año Nuevo o en ocasiones especiales. Por lo general hacían vida social en la calle. Quedaban en algún salón-bar, en el Tartan Club o en el BMC.

A Duncan no le quedaba otro remedio que admirar las reformas que Wullie había hecho desde que le compró la casa al municipio. Lo de las ventanas y puertas nuevas resultaba previsible, pero Wullie y Sandra parecían haber adquirido un estilo que solía asociarse con gente más joven. El acabado satinado de las paredes había reemplazado al estucado y el funcionalismo Habitat había sustituido a la teca, pero curiosamente seguía pegándoles.

Wullie había dado rodeos a la compra de la casa hasta que su resistencia se convirtió en un gesto vacío y fútil. Los precios de compra para los inquilinos bajaron

y los alquileres subieron hasta el punto de que, como le había dicho mucha gente, no hacía más que tirar piedras contra su propio tejado. Finalmente, cuando se hartó de verse estigmatizado abiertamente por los demás a este lado de la corta calle que separaba las viejas viviendas vecinales de los pisos, Wullie ingresó a regañadientes en el partido de los reformadores de puertas y ventanas.

Les insinuaron a él y a Sandra que estarían mejor al otro lado de la calle, en los pisos, dejando las viejas casas vecinales para los que querían «salir adelante». Wullie había disfrutado bastante con su obstinación, resistiéndose un tiempo, hasta que Sandra empezó a acosarle, uniendo su voz a la de los demás. Ahora Wullie se alegraba de haber cedido. Desde que se lanzó a la aventura y se gastó el dinero de la indemnización en la casa y las ventanas, Sandra había vuelto a poder conciliar el sueño sin alcohol ni pastillas. Tenía mejor aspecto. Había engordado, pero la gordura de la mediana edad le sentaba mejor que estar esquelética y hecha una ruina. Sandra seguía teniendo tendencia a ser muy nerviosa y a Wullie le tocaba la peor parte. Billy se había marchado de casa hacía mucho tiempo, aunque Robert seguía allí. Sus chicos: siempre los había tenido en un pedestal.

A veces Wullie se entristecía al ver la diferencia que había entre su relación y la de Duncan y Maria. La forma en que aún se miraban, cómo siempre eran el centro del universo para el otro. Carl era un invitado muy querido en su fiesta, pero seguía siendo *su* fiesta. Wullie, por otra parte, sabía que en cuanto aparecieron, sus hijos le habían sustituido instantáneamente en los afectos de Sandra.

Ahora Wullie Birrell se sentía a menudo inútil. El paro era un término que al parecer significaba más que la mera pérdida de un empleo. Aprendió a cocinar para poder prepararle comidas a Sandra cuando volvía de su trabajo a tiempo parcial como asistenta de hogar. Pero no era suficiente. Wullie se había ido encerrando cada vez más en su propio mundo, y aquel proceso lo consolidó su segunda gran adquisición, un ordenador; disfrutaba enormemente mostrándole a Duncan cómo funcionaba.

Como a Wullie, la vida sin un empleo le resultaba dura a Duncan, mientras se esforzaba por terminar de pagar la hipoteca de su casita de Baberton Mains. De haber tenido Duncan una buena y sólida vivienda de promoción municipal como la de Wullie y Sandra, se habría quedado en el barrio, la habría comprado y la habría reformado. Porque con los pisos no valía la pena, no se podía hacer nada con ellos. Pero eran tiempos de vacas flacas. Carl ayudaba, le iba bien con su club y su trabajo como DJ. A Duncan no le gustaba que el chico le diera dinero; tenía su propia vida, su propia vivienda en el centro. Aunque en una ocasión le había salvado de que se la embargaran. ¡Pero aquella música! El problema era que lo que tocaba no era verdadera música, no era más que flor de un día y pronto la gente volvería a querer el artículo genuino.

No era un trabajo como estaba mandado y no duraría, pero, después de todo, ¿ahora qué trabajos lo eran? En ciertos aspectos, tanto Wullie como Duncan reconocían que se alegraban de haberse librado del trabajo. La vieja fábrica seguía

tirando mal que bien como unidad de alta tecnología que no daba empleo más que a un puñado de gente. Paradójicamente, las condiciones habían empeorado mucho y sobre todo los pocos supervivientes de los viejos tiempos estaban todos de acuerdo en que ya no tenía nada de divertido. Había una arrogancia y una presunción en torno a la organización que hacía que fuera como estar otra vez en el colegio.

Maria estaba en la cocina, ayudando a Sandra con la lasaña. Las madres compartían la preocupación por sus hijos. El mundo poseía ahora una mayor riqueza superficial que aquel en el que ellas habían crecido. Y sin embargo algo se había perdido. A ellas les parecía un lugar más cruel, más áspero y desprovisto de valores. Peor aún, parecía que la gente joven, a pesar de su decencia fundamental, tenía ahora la obligación de adquirir una mentalidad que hacía de la perversidad y la traición un recurso siempre a mano.

Las mujeres trajeron la comida a la mesa, después las botellas de vino, aunque Duncan y Wullie se miraron el uno al otro y se aferraron de modo tranquilizador a sus latas rojas de McEwan’s Export. Todos se sentaron a comer.

«No se oye otra cosa sobre los *raves* y los clubs: drogas, drogas y más drogas.» Maria sacudió la cabeza.

Sandra hizo un gesto de asentimiento.

Duncan ya había oído todo aquello antes. En los sesenta se suponía que el LSD y el cannabis estaban destruyendo el mundo, y sin embargo aquí estaban todos ellos. Pero el LSD no había cerrado fábricas, ni minas, ni astilleros. No había destruido comunidades. El abuso de las drogas parecía uno de los síntomas de una enfermedad, más que la propia enfermedad. No se lo había contado a Maria, pero Carl había estado encima de él para que probara una de aquellas pastillas de éxtasis y había estado mucho más tentado de lo que a su hijo le había dado a entender. A lo mejor lo haría. Pero Duncan estaba mucho más preocupado por lo que consideraba la mala calidad de la música que se hacía en la actualidad. «Eso no es música, es bazofia. Robar los temas de otra gente para revendérselos. Delincuencia, música thatcherista, eso es lo que es. Los hijos de Thatcher. Vaya que sí», refunfuñó.

Sandra pensaba en Billy. No estaba metido en drogas, pero pensar que su chiquillo se ganaba la vida pegándole a la gente… Ella no había querido que se hiciera profesional, pero le iba bien y ganaba mucho dinero. Su última pelea había salido en el programa *Fight Night* de STV. Una victoria explosiva, habían dicho los entendidos. Pero le preocupaba. No se podía pegar indefinidamente a la gente porque al final te acaban pegando a ti. «Incluso cuando no toman drogas, te sigues preocupando. Mira Billy con el boxeo. Podrían matarle de un solo golpe.»

«Pero él está en forma, no toma drogas», discrepó Maria. «Es una buena cosa con los tiempos que corren.»

«Ya, supongo», se mostró de acuerdo Sandra, «pero me sigo preocupando. Basta un solo golpe.» Se estremeció, llevándose el tenedor lleno de comida a la boca.

«Para eso están las madres», le dijo Wullie alegremente a Duncan, lo que le valió

una mirada glacial de Sandra.

¿De qué iba su marido? ¿No había visto a su ídolo, Muhammad Ali? ¿No había visto lo que el boxeo le había hecho a aquel hombre?

Maria se irguió en su silla, indignada. «Se van todos de vacaciones a Munich con Andrew y…», bajó la voz y la vista, «el tal Terry Lawson.»

«Terry es majo», dijo Duncan, «no es mal chico. Ahora tiene otra novia y parece maja. Me los encontré el otro día por el centro», les contó. Duncan siempre daba la cara por Terry. De acuerdo, el chico era un poco golfo, pero no había tenido una vida fácil y tenía un gran corazón.

«No sé», dijo Sandra, «ese Terry puede ser un salvaje de cuidado.»

«No, es como lo que le pasa a Robert», sostuvo Wullie. «Toda esa historia de los *casuals*[25] y tal no es más que parte del proceso de maduración. El Jubilee Gang. Los Valder Boys. Después el Young Leith Team y los Young Mental Drylaw. Ahora son los *casuals*. Historia social, muchachos que van haciéndose hombres.»

«Y ahí está el problema, ¡se está haciendo la misma clase de hombre que el tal Lawson!», espetó Sandra.

«Pero en los partidos de ahora detiene a cualquiera, Sandra», le aseguró Duncan, al tiempo que sentía acumularse la ira en su propio pecho. «Es como lo de Carl con ese puñetero estúpido…, el muy idiota, con ese bobo saludo nazi en el periódico. Son chorradas, chicos tontorrones fardando delante de los amigos. No tienen mala intención. Los han demonizado a todos de forma desproporcionada para que la gente no piense en lo que este gobierno lleva años haciendo, el *auténtico* vandalismo. Vandalismo contra los servicios sanitarios, contra la educación…» Duncan se fijó en las cejas enarcadas de Maria y Sandra y la risa de Wullie. «Lo siento, querido público, ya os he vuelto a echar el mitin», dijo tímidamente, «pero lo que intentaba decir, Sandra, es que Rab es un chico estupendo y tiene la cabeza en su sitio. Es demasiado sensato para meterse en algo verdaderamente malo.»

«Es cierto, Sandra, hazle caso a Duncan», imploró Wullie.

Sandra no estaba dispuesta a transigir. Dejó el tenedor sobre la mesa. «¡Uno de mis hijos golpea a otros hombres en un cuadrilátero para ganarse la vida y el otro lo hace en la calle para divertirse! ¿Qué es lo que os pasa a los hombres? ¿Cómo es que sois tan estúpidos y tan bobos?», gimoteó; se levantó llorando y salió disparada hacia la cocina, seguida por Maria, que se volvió y señaló con el dedo a Duncan: «¡Y mientras tanto tu hijo comportándose como un camisa negra fascista! Vale, Terry ha tenido una vida dura. Yvonne también y no ha salido así. Sheena Galloway también, ¡y nunca ha estado en la cárcel ni ha ido hasta arriba de drogas como el chico de los Galloway!» Maria siguió a Sandra.

Wullie y Duncan se miraron entornando los ojos. «Uno a cero para las chicas, Wullie», dijo Duncan con aire burlón.

«No le hagas caso a Sandra», se disculpó Wullie, «siempre se pone así después de cada combate de Billy. No me malinterpretes, no es que a mí no me preocupe, pero él

sabe lo que se hace.»

«Ya, Maria es igual. Vio todo aquello que decían de Carl en uno de esos periódicos musicales, diciendo tonterías acerca de las drogas que toma. A mí me ha dicho que es todo mentira, sólo lo dicen por la publicidad, porque eso es lo que la prensa quiere oír. Antes de meterse en todo este rollo de los *raves* y las drogas de diseño llegaba a veces en unos estados que ni te digo. Ahora parece estar realmente en forma. Le he visto algunas mañanas cuando se ha quedado levantado hasta las tantas y ni rastro de resaca. Si eso es lo que le está matando lo único que puedo decir es que lo está haciendo de miedo», dijo Duncan con un gesto de la cabeza y mirando hacia lo lejos. «Aunque te confesaré, Wullie, que *yo sí* que podría haberle matado aquella vez que salió haciendo el saludo aquel en el *Record*. A ver, que mi padre, que vive en Ayrshire, perdió media pierna luchando contra esos hijos de puta… Cogí el coche y me fui allá abajo a verle, y aunque no dijo nada, sabía que lo había visto. Mi anciano padre; tendrías que haber visto la expresión de desilusión que tenía en la cara. Te habría partido el corazón…» El propio Duncan parecía a punto de llorar. «No importa», se rió, recuperando los ánimos y señalando hacia la cocina, «dejemos que lloriqueen un poco. ¿Tienes la pelea de Billy grabada en vídeo?»

«Claro», dijo Wullie, cogiendo el mando. «Fíjate en esto…»

La imagen apareció en pantalla. Allí estaba Billy Birrell, con expresión de concentración absoluta, mirando fijamente a Bobby Archer, de Coventry. Entonces sonó la campana y salió de su esquina como una exhalación.

BILLY BIRRELL

LAS COLINAS

Aquí voy que vuelo aunque el viento sople fuerte. Voy corriendo de cara a él, subiendo recto por la colina arriba, siempre haciendo colinas, haciendo el recorrido entero, como dice Ronnie, siempre como dice Ronnie. *Nosotros* subimos las colinas. *Nosotros* hacemos el recorrido entero. *Nosotros* aumentamos la resistencia. Siempre nosotros; es alucinante.

Y en el cuadrilátero igual. *Nosotros* podemos pegar más fuerte que ese tío. A *nosotros* no pueden preocuparnos sus golpes. Pero nunca he visto a Ronnie encajar un puñetazo después de la campana o sin el casco puesto.

No, Ron, lo siento, en el cuadrilátero siempre estamos solos.

La cuesta se hace más empinada y ya veo la cima y todos los obstáculos que hay en mi camino. Casi todos. Morgan está a la vuelta de la esquina, pero ni siquiera puedo mirarle, voy a arrasarle y creo que ambos lo sabemos. Igual que Bobby Archer, tumbado en la cuneta a mis espaldas. No son más que escalones para llegar hasta Cliff Cook. Voy a por ti, Cookie, y vas a llevarte una buena paliza.

El viejo Cookie, el mejor de Custom House. Me cae bien además, probablemente más de lo que me conviene. Pero cuando lleguemos a estar el uno delante del otro en el cuadrilátero, ya no nos caeremos bien. Gane quien gane, después tomaremos una copa y hablaremos de ello. Así es; nunca volveremos a hablarnos de nuevo al margen de las amenazas y los insultos.

Nah, sí que lo haremos. La cosa mejorará. Así fue la última vez, cuando le zurré siendo aficionados. Yo me metí tarde a profesional, pero no demasiado tarde, Cookie. Te volveré a zurrar.

Aumenta la pendiente y empiezo a notarlo en las pantorrillas; Ronnie está obsesionado con las pantorrillas, las piernas, los pies. «El mejor puñetazo no procede del alma, sino de las suelas», me dice siempre, recorriendo el cuerpo y el brazo hasta llegar a la mano y conectar con la barbilla.

Ronnie me ha tenido haciendo mucho trabajo de combinaciones. Piensa que dependo demasiado de ese gran golpe aislado para tumbarlos. Aunque tengo que reconocer que está dando dividendos.

También le preocupan mis defensas: siempre voy hacia delante, reduciendo el espacio disponible, empleando mi potencia, acosando, dándoles caza.

Ronnie me dice que cuando me enfrente a alguno de auténtica categoría habrá

ocasiones en las que tendré que dar marcha atrás. Estoy de acuerdo, pero yo sé la clase de púgil que soy. Cuando empiece a recular sabré que ha llegado el momento de colgar los guantes. Nunca voy a ser esa clase de boxeador. Cuando me fallen los reflejos y empiece a llevarme golpes, ya está, se acabó este negocio para mí. Porque el *verdadero* coraje consiste en poner coto a tu propio ego y dejarlo en el momento apropiado. No hay espectáculo más penoso en el mundo que ver a un púgil viejo y costroso torturado como un toro malherido por un jovenzuelo al que habría vencido con los ojos cerrados unos años antes.

Llegar hasta la cima e iniciar el lento camino del descenso hasta el coche. Cuidándote de no hacerte ningún tirón por el camino cuesta abajo. El sol me deslumbra. A medida que el terreno va nivelándose delante de mí, termino con un esprint, en pleno trance agónico, haciéndome sentir como si me estuviera subiendo un pirulo. Paro y me lleno los pulmones de aire fresco, pensando que si Cookie intenta hacer lo mismo en Custom House o Morgan en Port Talbot, los pobres cabrones no durarán lo suficiente ni para subir conmigo al cuadrilátero. Y Ronnie me enjuga el sudor con la toalla, envolviéndome como si él fuera una madre primeriza y yo su primogénito recién nacido. Nos marchamos hacia el gimnasio en el coche.

Con Ronnie hay muchos silencios. Eso me gusta, porque me gusta tener tiempo para aclararme. No me gusta cuando la mierda de la vida moderna te pasa volando por el coco. Es una pasada y te quita energías. Los verdaderos combates se libran en la cabeza, y eso siempre es así. Y puedes entrenar la cabeza además de entrenar el cuerpo; entrenarte para cribar toda la mierda con la que te bombardean a diario.

Atención.

Concentración.

No les dejes entrar. Nunca.

Por supuesto, puedes tomar el camino más fácil y ponerte hasta arriba de jaco o priva como algunos de los de por aquí. Esos lamentables perdedores tiraron la toalla hace años. Si pierdes el orgullo de ser tú mismo entonces ya no tienes nada.

Espero que Gally haya dejado esa mierda para los restos.

Los éxtasis son distintos, pero nadie sabe lo que te pueden hacer a la larga. Eso sí, todo el mundo sabe lo que el tabaco y la cerveza te hacen a la larga; te matan, y a nadie le corre prisa prohibirlos. Entonces, ¿qué es lo que van a hacerte los éxtasis que sea tan distinto?, ¿matarte dos veces?

Ronnie sigue sin hablar. Por mí estupendo.

El mundo tiene buen aspecto cuando te metes una y estás bailando al son de la música de Carl en su club; aunque se ha vuelto un pelín demasiado robotizada, como la llama él; demasiado tecno para mí; me gustaba más cuando llevaba un rollo más soulero. Con todo, son sus temas y le va bien. Se fijan en él, le respetan. Cuando voy de tiendas con él y por los clubs, se ve que ya no somos dos arrabaleros, somos N-SIGN el DJ y Business Birrell, el boxeador.

Lo único que obtenemos es el mismo respeto que nuestros padres recibían por ser

obreros, por trabajar en una fábrica. Ahora a la gente así, la peña a la que en tiempos se le consideraba la sal de la tierra, se les considera unos pringaos.

Ronnie es de esa raza. Le pagaron el finiquito en los astilleros de Rosyth hace años. Ahora su vida gira en torno al deporte de las doce cuerdas. A lo mejor siempre fue así.

Aunque a Carl y a mí no nos toman por pringaos. Pero tendríamos que controlar un poco con lo de los éxtasis. Todos nos metemos demasiados; bueno, puede que Terry no, seamos justos con él, cosa que poca gente es. Sí, el mundo tiene buen aspecto cuando vas de éxtasis pero a lo mejor el yonqui con su jaco o el bolinga con su lata morada de Tennent's o su botella de vino barato decían lo mismo al principio.

El silencio es oro, eh, Ronnie, colega.

Pero este silencio es distinto de la mayoría de los silencios de Ronnie. Algo le ronda la cabeza y yo sé lo que es. Me vuelvo hacia él; observo su cabello plateado y su careto rojo, como el de un verdadero bebedor. La gracia está en que Ronnie es abstemio y no se debe más que a su alta presión sanguínea. Pero qué mala suerte. Nunca lo dirías, porque Ronnie es hombre de pocas palabras. La procesión debe ir por dentro. A lo mejor a mí me pasará lo mismo, dicen que nos parecemos, nos toman con frecuencia por padre e hijo, dice Ronnie. No me gusta oír eso; él no es mi padre y nunca lo será. Pero sólo de pensarlo: yo corro diez kilómetros todos los días y dentro de unos años Juice Terry tendrá mejor cutis que yo. Mala suerte. Pero a la mierda con todo eso. Tremendo.

¡Y Ronnie habla! Reserven la primera página. «Me gustaría que reconsideraras lo de las vacaciones estas, Billy», dice. «Tenemos que hacer sacrificios, hijo.»

Otra vez NOSOTROS.

«Las reservas ya están hechas, eh», le cuento.

«Quiero decir», continúa Ronnie, «que nos tenemos que mantener en forma. Morgan no es ningún paquete. Tiene aguante y tiene huevos. Me recuerda al Bobby Archer ese, tenía ganas.»

Bobby Archer de Coventry. Mi último combate. Tenía ganas, pero le noqueé en tres asaltos. Tener ganas está bien, pero viene bien saber boxear un poco y que tu mandíbula no sea como el cristal de Edimburgo.

En cuanto conecté con aquel crochet de derecha, me di la vuelta y me fui a mi esquina. Asunto terminado.

«Las reservas ya están hechas», le repito. «Sólo estaremos fuera dos semanas.»

Ronnie se mete abruptamente por la esquina mientras el coche se tambalea sobre los adoquines hasta llegar al gimnasio. El gimnasio se encuentra en un viejo edificio Victoriano que parece un cagadero visto por fuera. Por *dentro* a veces parece una cámara de torturas, cuando Ronnie te pone a trabajar.

Ronnie para el coche y no hace ademán de salir. Cuando voy a hacerlo yo, me coge de la muñeca. «Tenemos que mantenernos en forma, Billy, y no veo cómo vamos a poder hacerlo si te vas a un festival cervecero en Alemania durante dos

semanas con esa pandilla de golfos con la que andas.»

Esto ya empieza a tocarme los huevos. «Estaré perfectamente», vuelvo a explicarle. «Seguiré yendo a correr y me pondré en contacto con un gimnasio de allí», le digo. Durante la última semana no hemos hablado más que de esta mierda.

«¿Y qué hay de tu chavala? ¿Ella qué tiene que decir al respecto?»

Hay que reconocer que, para ser un tío que casi no suelta prenda, Ronnie sabe pasarse de la raya ampliamente. ¿Qué tiene que decir Anthea? Lo mismo que Ronnie. Muy poco. «Eso es asunto mío. Pero te diré una cosa, el que empieza a hablar como una nena eres tú. Déjalo estar.»

Ronnie frunce el entrecejo y después se pone melancólico, mirando por el parabrisas. No me gusta hablarle así, no nos hace bien a ninguno de los dos. En la vida cada cual tiene que tomar sus propias decisiones. De acuerdo, la gente tiene derecho a aconsejarte. Pero deberían tener la sensatez de saber que una vez que te has decidido, se acabó.

Así que a callar.

«Si te hubiera cogido dos años antes ahora serías campeón de Europa y habrías tenido opción a pelear por el título mundial», dice Ronnie.

«Ya», le digo con bastante frialdad, cortándole. No pienso volver a entrar en estas tonterías. Para mí es una falta de respeto hacia mis viejos. Mi padre me consiguió ese aprendizaje; significó mucho para él. Mi madre no quiso que boxeara jamás. Punto. Y lo de hacerme profesional, lo de pelear por dinero: para ella aquello ya fue pasarse de la raya del todo.

Pero Ronnie me insistía en que me hiciera profesional; tenemos que perseguir nuestros sueños, decía. Otra vez NOSOTROS. Lo que Ronnie nunca entenderá es que fue mi padre, no él, la causa de que me hiciera profesional. Cuando me llevó a Londres al QPR aquel sábado por la noche del ocho de junio de 1985. Barry McGuigan contra Eusebio Pedroza.

Fuimos con mi tío Andy, que vive allí, en Staines. Recuerdo el tráfico que había en Uxbridge Road; nosotros íbamos en el autobús 207, a paso de tortuga, preocupados por perdernos el combate. Cuando llegamos allí, había veintiséis mil irlandeses intentando entrar. Yo quería ver a Pedroza porque era el mejor. Había defendido triunfalmente el título en diecinueve ocasiones. Le consideraba invencible. Me gustaba McGuigan, pensaba que era un tío muy majo, pero ni de coña iba a ganarle al Amo.

McGuigan llevaba hasta la bandera blanca de la paz porque no le iba la mierda esa de la tricolor ni la de la mano roja del Ulster. Para mí, sin embargo, aquello parecía un acto de rendición antes de soltar un solo golpe. Entonces subió al cuadrilátero un tío mayor, que luego supimos que era el padre de McGuigan, y empezó a cantar *Danny Boy*. Todo el público se sumó, todos aquellos católicos y protestantes de Belfast unidos. Yo miré a mi padre y fue la primera y única vez que le vi con lágrimas en los ojos. Mi tío Andy también. Qué momento más guapo.

Entonces sonó la campana y pensé que Pedroza estropearía la fiesta nada más empezar. Pero sucedió algo asombroso. McGuigan se lanzó sobre él y le daba por todos lados. Pensé que se quedaría sin fuelle de tanto lanzar golpes, pero para el segundo asalto había encontrado su distancia y lanzaba combinaciones por todos lados. Tú seguías esperando que el chico se quedara sin fuelle, pero en ningún momento lo hizo, simplemente arremetió sin piedad contra el tío. Y tampoco hacía tonterías, utilizaba la cabeza además del corazón; seguía lanzando combinaciones pero sin descuidar las defensas y haciendo retroceder a Pedroza. Los brazos largos de McGuigan, su extraña guardia; intentar golpearle debió ser como intentar quitarle la pelota a Kenny Dalglish en el área de castigo. Pedroza había sido un gran campeón, pero aquella noche en Loftus Road le vi envejecer que te cagas.

Después de la pelea nos sentamos con una bolsa de comida para llevar que mi tío Andy había sacado de un pub abarrotado que permaneció abierto toda la noche. Sencillamente nos quedamos sentados debajo de unos árboles en Shepherd’s Bush Green, disfrutando del ambiente, hablando de la pelea, de la increíble noche de la que habíamos formado parte.

Entonces fue cuando pensé que, bueno, a mí no me importaría algo así. Llevaba años boxeando y siglos yendo a ver combates. Aunque para mí lo primero siempre fue el fútbol. Incluso cuando era evidente que era mejor boxeador. Pero el fútbol no me había dado nada; unas pruebas cochambrosas para el Dunfermline y un año en los seniors de la parte este con el Craigroyston.

Era una pérdida de tiempo, bueno, en realidad no porque lo disfrutaba, pero yo quería algo más.

Así que ahora sin duda perseguimos los sueños de Ronnie. Y sí, puede que esperara demasiado tiempo. El dinero no ha faltado, pero para mí lo que importa es el respeto que te tributan. Ahora me gusta cuando la gente me llama Business. Al principio era un corte, me daba vergüenza, pero ahora empieza a encajar.

Empieza a encajar como un guante.

Salimos del coche y nos metemos en el gimnasio, donde me ducho y me cambio. Salgo completamente fresco, y me fijo en Eddie Nicol en el cuadrilátero, haciendo guantes con algún golfillo al que está poniendo a caldo. Aunque Eddie no sé. Tiene mucho oficio. De acuerdo, cuando es bueno, es bueno, pero a veces notas en él una incertidumbre; es como si supiera que muy pronto alguien le va a dar una paliza y que el tío que tiene delante podría muy bien ser ese alguien.

Hay un tío hablando con Ronnie, con un traje de verano color crema hecho de un tejido ligero pero caro. Lleva la cabeza afeitada al uno y unas gafas de sol fotosensibles. Mientras me aproximo a él pienso que el traje le sentaría bien a alguien que fuera mejor persona. «Business», dice, tendiéndome la mano. Es Gillfillan, y es un sobrao de élite. Es el representante de Power, que también es promotor, como Ronnie no para de recordarme. Me aprieta la mano con esa fuerza que les gusta poner a los julandrones mayores como forma boba de sobrarse. Les dices que de qué van y

te contestan: «No es más que un apretón de manos», como diciendo aquí somos todos hombres, ¿no?, y toda esa mierda. Aunque este gilipollas está haciendo fuerza de verdad. La señalo con la mano libre. «¿Llevas un anillo de compromiso en la otra? ¿De qué vas?», pregunto.

Me suelta la mano. «No es más que un apretón de manos», se ríe.

Dejo caer la mano. «Tengo las manos para hacer su trabajo, no para que alguien venga a mostrarme lo sobrao que es», digo mirándole directamente a los ojos.

«Tranquilízate, Billy», dice Ronnie.

Gillfillan me golpea suavemente en el hombro. «No le tranquilices demasiado, Ronnie, eso es lo que le convierte en Business Birrell, eso es lo que va a convertirle en campeón, ¿no, Billy? No aguantarle tonterías a nadie», sonríe.

Sigo mirando al soplapollas directamente a los ojos. La parte negrita. Se ensancha y los labios le tiemblan de modo apenas perceptible. «Sí, me alegro de que estemos de acuerdo en que eso no ha sido más que una tontería», digo yo. Eso no le ha gustado. Entonces vuelve a sonreír y me guiña el ojo y me señala con el dedo. «Espero que hayas pensado en mi propuesta, Billy. El Business Bar. Te guste o no, ahora eres conocido en esta ciudad. Una celebridad. Tus combates han captado la imaginación de la gente.»

«La semana que viene me voy de vacaciones. Hablaremos cuando vuelva», le digo.

Gillfillan asiente lentamente. «No, no. De verdad creo que deberíamos hablar ahora, Billy. Hay alguien que quiere conocerte. No llevará mucho tiempo. Recuerda, estamos todos en el mismo bando», sonríe. Después se vuelve hacia Ronnie: «Háblale tú un poco, Ronnie», dice.

Ronnie asiente y Gillfillan empieza a alejarse hacia donde Eddie Nicol y el otro chaval están haciendo guantes.

Cuchicheándome con un siseo casi inaudible, Ronnie dice: «No le mosquees, Billy, no hace ninguna falta.»

Yo me encojo de hombros. «Puede que sí, puede que no», le digo.

«Es uno de nuestros promotores, Billy. Ya hace algún tiempo que lo es. Y es un matón de la hostia. No hay que morder la mano que te da de comer.»

«A lo mejor necesitamos cambiar de promotores.»

La cara de Ronnie se encoge hasta que aparecen las arrugas de preocupación. Esto no es fácil para él. «Billy, tú nunca has sido estúpido. Nunca jamás he tenido que darte las cosas masticadas.»

Yo no digo nada. No sé de qué va todo esto, pero sé que es algo que me conviene saber.

Ronnie hace una pequeña pausa; después, cuando ve a Gillfillan mirando el reloj, se da cuenta de que no tiene tiempo suficiente. «Espabila, Billy», suelta, mientras se señala la mandíbula. «¿Ves esa cicatriz que tienes en la barbilla?»

La veo todos los putos días en el espejo. Claro que la veo. «Sí, ¿qué pasa con

ella?»

«Tuviste problemas con algún tío en tiempos. Con el venao que te hizo eso. Ahora ya no te da problemas. ¿Te has preguntado alguna vez por qué?»

«Porque lo senté de culo de una hostia», le digo a Ronnie.

Ronnie sonríe con severidad y sacude la cabeza. «¿De verdad crees que te tiene miedo un chalado como ése?»

Doyle. Nah. Puedes tumbarle todas las veces que quieras. Seguirá viniendo a por más, y algún día tendrá un golpe de suerte.

«¿Crees que Doyle te tiene miedo?», repite Ronnie, nombrándolo esta vez.

«No.»

No lo pensaba, siempre me había preguntado por qué no había habido represalias.

Ronnie me sonríe con tristeza y me aprieta el brazo. «Hay un motivo por el que Doyle no te ha dado guerra. Es porque te asocia con gente como Gillfillan y Power.»

Así que eran Gillfillan y Power los que le habían puesto el freno a Doyle. Tiene sentido. Yo pensaba que eran los colegas de Rab en los *casuals*, Lexo y tal. Pero ellos conocen a Doyle, y Lexo es hasta pariente de Marty Gentleman, así que no tendrían por qué ponerse de mi parte.

«Lo único que el tío te pide, Billy, es una hora de tu tiempo para discutir algo que podría hacerte ganar algún dinero. Algo legal. Es bastante razonable, ¿no?», casi me suplica Ronnie.

Este club es una tarea que ha supuesto entrega y pasión por parte de Ronnie. Ahora los sitios como éste necesitan patrocinadores para poder mantenerse. Patrocinadores empresariales.

«De acuerdo», digo yo, haciendo un gesto hacia Gillfillan.

Lo que sé acerca de los tipos como Gillfillan y Power es que sólo son versiones mejor situadas de Doyle. Sobraos. Y a los sobraos nunca les sacudes en el cuadrilátero. Los que están entre las cuerdas son aquellos a los que *puedes* sacudir y salirte con la tuya para compensarte por la frustración de no poder inflar a aquellos a los que *quieres* golpear.

Gillfillan se acerca. «Bien, Billy, no vamos a hacerte perder demasiado tiempo. Sólo quiero enseñarte algo y presentarte a alguna gente. Te veré en George Street dentro de unos quince minutos. El número ciento cinco. ¿Vale?»

«De acuerdo.»

«Hasta el martes que viene, Ronnie», dice Gillfillan, dando media vuelta y marchándose.

Ronnie se despide con la mano, en plan amiguete. Ése no es Ronnie y da vergüenza ajena verle lamer el culo a ese gilipollas. Creo que sabe que no estoy nada contento.

Me voy a telefonear al piso a ver si Anthea ha vuelto de su trabajo en Londres. Su primer trabajo de verdad, un vídeo pop. Es mejor que ir por los bares repartiendo chupitos gratuitos y camisetas promocionales y escuchar las lindezas de los borrachos

que intentan ligar contigo y meterte mano. El *glamour* de la moda.

No contestan.

Esperando un poco, escucho su voz en el contestador: «Ni Billy ni Anthea están disponibles en este momento. Por favor, deja tu mensaje después de la señal y uno de nosotros te devolverá la llamada.»

Le digo al contestador que la veré luego, que me voy a ver a mi madre. Es curioso, pero siempre pienso en casa de mi madre como mi casa. El piso que comparto con Anthea, en la urbanización esa de Lothian House con esa piscina tan maja es como ella. Es agradable y tiene buen aspecto, pero no creo que vaya a ser algo definitivo.

Dejo a Ronnie y salgo fuera. Escucho un ruido sordo y la oscuridad del cielo se abre y tengo que echar a correr hasta el coche para no quedarme empapado.

Me miro la cicatriz en el espejo retrovisor, justo a la derecha del mentón. Si llega a estar un centímetro más hacia la derecha sería Kirk Douglas. Hacía poco que me había hecho profesional y me estaba preparando para un combate. Había terminado de entrenar en el gimnasio, haciendo horas extras con Ronnie. El caso es que iba de camino a casa. Sólo decidí bajarme del autobús al ver a Terry en el West End, saliendo del Slutland[26] (como llamaban al Rutland).

Aquel sábado por la noche había un ambiente enrarecido por el centro y entonces me di cuenta de por qué. Los del Aberdeen habían bajado a jugar contra los Hibs y tenían cada uno las dos bandas de *casuals* más grandes del país. Estarían buscándose unos a otros, no todos a la vez, probablemente, sino en grupos reducidos para burlar a la policía. Eché a correr y a darle gritos a Terry. Me dijo que iba a encontrarse con mi hermano Rab y Gally en un pub que había en Lothian Road.

Tanto Rab como Gally iban de *casuals*. Rab se había metido en el tema por medio de sus colegas, pero le encantaba la ropa, las etiquetas y todo eso. Gally no era más que un majaroncillo. Las cosas entre él y su mujer, Gail, iban fatal. Por si fuera poco, ella se había estado viendo con Polmont.

Gally y Gail tuvieron la pelea aquella y la pequeña Jacqueline resultó gravemente herida por el fuego cruzado. En ese momento, el caso seguía pendiente de juicio, y Jacqueline seguía en el hospital, sometida a cirugía estética para arreglarle la cara. Una nenita de apenas cinco años. Un pasote inconcebible. Gally había ido al hospital a verla desafiando el mandato del juez. La estuvo mirando un rato, no se sintió capaz de enfrentarse a ella y se largó.

Cuando Terry y yo llegamos al pub, estaba hasta los topes de seguidores de los Hibs. Estaban los *casuals*, tratando de averiguar por dónde andaban los del Aberdeen y Otros tíos más mayores de los viejos tiempos de los hinchas. Los tíos mayores sólo estaban por ahí de tragos. Muchos de ellos probablemente se habrían metido si los del Aberdeen hubieran entrado por la puerta, pero eran de otros tiempos, y no les molaría la idea de recorrer las calles en busca de unos tíos más jóvenes. Sólo habían salido a trasegar cerveza, como Terry.

Rab, Gally y el colega de Gally, Gareth, estaban sentados tomándose unas Beck's en la barra con algunos tíos a los que yo no conocía. Aquello estaba a reventar. No paraban de entrar tíos diciendo que los del Aberdeen estaban en William Street o Haymarket o Rose Street o que iban de camino hacia acá. Se mascaba un verdadero ambiente de violencia contenida.

Así que aquello ya era una mezcla explosiva de antemano. Entonces les vi, sentados en una esquina apartada de la barra, bebiendo. Dozo Doyle, Marty Gentleman, Stevie Doyle, Rab Finnegan y un par de tipos mayores. Eran todos gangsters de barrio más que verdaderos Hibs boys. Yo siempre había percibido ciertos celos hacia los *casuals* por parte de los tíos de mi edad y más mayores. En tanto que los de nuestras generaciones se habían zurrado en el centro y por las barriadas, los *casuals* habían unificado a la suya y habían sacado el espectáculo de gira. Doyle y compañía estaban comprobando a ver de qué iban, y se notaba que los tíos mayores, como Finnegan, no se enteraban de ninguna manera. Ahora estaban en el pub.

Y Polmont estaba con ellos.

Gally no les había visto, acababan de llegar. Yo esperaba que no les viese, ni ellos a él. Era sábado y estaba absolutamente hasta arriba. Pero entonces los guipó. Durante un rato se quedó allí sentado, murmurando en voz baja. Terry fue el primero en darse cuenta. «Aquí no se te ocurra empezar ningún follón, Gally», le dijo.

Gally tenía ganas, pero había oído lo que decía Terry. Ya tenía suficientes problemas a causa del juicio pendiente. Le llevamos a la esquina más apartada del pub, la que estaba junto a la puerta, y nos sentamos con él. Cuando eché un vistazo a donde estaban ellos, vi a Doyle incitando a Polmont. Pensé que debíamos apurar, porque si algún capullo la montaba aquí, todo el sitio acabaría patas arriba y no había forma alguna de averiguar de qué modo se repartirían las cartas.

Era demasiado tarde. Polmont se acercó, y Dozo y Stevie Doyle le seguían a pocos pasos de distancia. Yo miraba más allá de ellos, hacia la enorme silueta de Gentleman, que se erguía lentamente de su asiento.

Polmont se situó a unos pasos de donde estaba sentado Gally. «Espero que estés satisfecho, Galloway», dijo. «¡Una cría, tu propia cría, hospitalizada por tu culpa! ¡Como vuelvas a acercarte a Gail o Jackie eres hombre muerto!»

A Gally le palidecieron los nudillos sobre la pinta que sostenía. Se levantó. «Tú y yo, ahí fuera», dijo con calma.

Polmont dio un paso atrás. Si algún cabrón iba a matar a Gally, no sería él. Ni siquiera estaba por una pelea limpia. Dozo Doyle se adelantó, me miró a mí y luego a Terry. «¿Vosotros estáis con este trozo de mierda?»

«Es asunto de ellos, Dozo, no nos concierne ni a nosotros ni a ti», dijo Terry.

«¿Y quién cojones lo dice?» Dozo miró a Terry.

Me levanté y me puse en pie. «Yo», dije. «Y ahora largo», y señalé la puerta con el pulgar.

Dozo no perdió el tiempo, eso hay que reconocerlo; se lanzó sobre mí sin más. Volcó una mesa. Me pilló con un golpe en la barbilla, pero yo sabía que le arrasaría y ése fue el único golpe suyo que me alcanzó. Le sacudí un par de puñetazos y cayó de culo al suelo, donde rematé la faena a patadas. Terry había sacudido a Polmont, que había cogido un vaso. Uno de los colegas de Rab, un tío llamado Johnny Watson, golpeó a Polmont en la coronilla con una botella de Beck's.

Gentleman se aproximó y le alcancé con una buena izquierda; se tambaleó hacia atrás. Lexo y Rab se interpusieron entre él y yo, y Dempsey se acercó y zumbó a Finnegan. Había mucho griterío y muchas amenazas. Más tarde me enteré de que Dempsey, el de los *casuals*, y Finnegan, el compinche de Doyle, de Sighthill, tenían una vieja rencilla y que Demps había visto una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. Así de bestias llegaron a ponerse las cosas aquella noche.

El garito era un follón demencial de tíos, muchos de los cuales iban adrenalínicos perdidos y no deseaban otra cosa que el alivio de que aquello explotara ya. También estaban los de cabeza más fría, que lo veían como una guerra civil y querían calmar las cosas. A mí lo que me impresionó fue la disciplina de los *top boys*.[27] Llevaban semanas preparando su encuentro con los del Aberdeen y no querían verlo estropeado por lo que para ellos eran unos cuantos arrabaleros peleándose a cuenta de una tía idiota, y atrayendo la atención de la policía hacia ellos.

Me alegré de que el grandullón de Lexo impidiera a Gentleman abalanzarse sobre mí. Aquellas manos eran grandes como palas. Hubo zarandeos y gritos, y entonces entró un tío y dijo que no había duda, que los del Aberdeen estaban en William Street, y todo el mundo se marchó del pub, distribuidos en grupos pequeños. Mientras se iban, Dempsey lanzó otro asalto contra Finnegan, que seguía grogui, hasta que lo retuvieron entre un *casual* de pelo blanco y Stevie Doyle. Nosotros nos largamos echando leches de allí. Fue entonces cuando me di cuenta de que iba cubierto de sangre. «Tendrán que darte unos puntos», dijo Terry.

«Lo siento, Billy», me dijo tímidamente Gally, con la cara de un chavalín disculpándose ante su padre por haberse meado en la cama.

Recuerdo a Stevie Doyle lanzándonos amenazas de muerte por Lothian Road, y cogimos un taxi para ir a urgencias. En el momento no me di cuenta de que Doyle no me había pegado un puñetazo, sino que me había golpeado con un cuchillo ballenero. Resultaba extraño, pero yo no vi más que la mano. Todos los demás me dijeron que no, que llevaba un cuchillo de desollar ballenas. Tuvieron que darme ocho puntos. Menos mal que fue el único golpe que logró alcanzarme.

Debido a que la herida estaba justo en el mentón, mi pelea con el chaval de Liverpool, Kenny Parnell, fue pospuesta. A Power y Gillfillan debió de costarles dinero, así que probablemente fuera entonces cuando le pusieron las peras al cuarto a Doyle.

Desde entonces no creo haberle visto.

George Street es muy chunga para aparcar, y tengo que recorrerla de arriba abajo

dos veces antes de ver salir un Volvo blanco y allá que me meto. Tremendo. Hay un trecho hasta el ciento cinco. Al principio pensé que Gillfillan se había quedado conmigo, porque el edificio es un banco y estaba cerrado, totalmente vacío, como si hieran a restaurarlo. Empujé la puerta y vi a Gillfillan hablando con un segurata. No sé para qué querrán seguridad en un sitio como éste.

Hay un tipo grande y gordo sentado ante una mesa de despacho. Le reconozco de haberle visto en primera fila. David Alexander Power, o Tyrone, como le llaman. Es enorme, y su pelo negro está tieso como un cepillo.

«¿Qué te parece el sitio, Billy?», pregunta, echando un vistazo al espacio desierto. «¿Está bien, no?»

«Si te gustan los bancos, sí.»

Power se levanta y se acerca a una tetera. Me pregunta si quiero un café. Asiento con la cabeza y él empieza a prepararlo. Es distinto de lo que yo había pensado. Después de ver a Gillfillan, pensé que sería serio y ostentoso a tope, al estilo de los gangsters. Pero no, el cabronazo está totalmente relajado pero a la vez alegre y entusiasta, como si fuera tu tío favorito, que se hubiera metido a empresario. «Te diré una cosa, Billy, dentro de diez años esta calle estará irreconocible. Todo el trabajo de construcción que están haciendo en el West End, que llega hasta lo que antes se llamaba Tollcross, ¿sabes en qué se va a convertir?»

«Oficinas, me juego algo.»

Power sonríe; me tiende el café en una taza del Hibernian. «Cierto, pero más que eso. Será el nuevo centro financiero de Edimburgo. Entonces, ¿qué pasa con todos estos espléndidos edificios antiguos que hay aquí?»

No digo nada.

«El sitio cambia», explica, «se convierte en un centro de diversión. No como Rose Street, con sus pubs horteras para turistas, y otros para que los del extrarradio vengan a embolingarse por el centro. Nah, toda esa peña que ahora sale de *rave* tendrá diez años más y querrán disfrutar de su bienestar.»

Pienso en toda esa gente bailando en mitad del campo y en almacenes sudorosos. «No puedo imaginar que quieran eso», digo.

«Ah, pero lo querrán», sonríe el grandullón de Power, «todos lo hacemos en algún momento. Y George Street es el lugar idóneo. Está el West End para la carnaza y el East End, tranquilo y de clubs. Lo que hace falta es algo en medio.» Se detiene y abre los brazos. «George Street. Una calle de bares agradables para antes de salir a los clubs, albergados en todos estos clásicos y vetustos edificios bancarios. Lo suficientemente elegantes para la clientela de categoría, y lo suficientemente grandes para convertirse en otra cosa cuando la legislación de licencias cambie con los tiempos. Y no habrá ninguno más grande ni de más categoría que el Business Bar», dijo indicando la habitación con la cabeza. Después se dio una palmada en la tripa. «Pero ya va siendo hora de comer. ¿Qué te parece si continuamos esta conversación yéndonos a comer al Café Royal?»

«¿Por qué no?», digo yo, devolviéndole la sonrisa al hombretón.

Así que nos vamos al Oyster Bar; yo, Power y Gillfillan. Yo me limito al agua mineral, pero Power le pega al Bollinger a base de bien. Es la primera vez que como ostras, y no son nada del otro mundo. Debe notarse. «Es un gusto que hay que cultivar», sonríe Power.

Gillfillan dice muy poco. Es obvio que el que manda es Power. A diferencia de Gillfillan, Power no juega a hacerse el gángster, lo que probablemente significa que se encuentra lo bastante a gusto para no tener que tomarse la molestia.

Pensando en esto, decido dejarlo caer, a ver cómo reacciona cuando nos dejemos de rodeos. «Esto…», digo tocándome la cicatriz, «le disteis un toque de atención a Doyle, ¿no?», pregunto.

Power arruga la nariz y parece levemente irritado por primera vez, como si hubiera quebrado algún protocolo al mostrarme tan directo. Entonces se rió: «Cómo son los arrabaleros. ¿Qué sería de nosotros sin ellos?»

«Yo soy de un barrio», le digo.

Power exhibe una amplia sonrisa, pero por primera vez lo percibo en su mirada, no la dureza, ni siquiera la maldad, sino ese *otro lugar*, un lugar al que puede ir y encontrarse cómodo cuando lo necesita. Un lugar al que muy poca gente puede acceder. «Yo también, Billy, yo también. Y de uno de verdad, no de algún caserío de mariquitas como Stenhouse», dice riéndose ante su propia ocurrencia; seamos sinceros, yo también me río un poco. «Debería ser más preciso, no estoy hablando de arrabaleros, como aquí somos todos, sino de la *mentalidad* arrabalera. Fíjate en Doyle: conocí muy bien a su viejo. Tal para cual. Serían peligrosos si sus ambiciones fueran más allá del barrio. Pero es lo único que conocen: ahí es donde se sienten seguros. Doyle se contenta con ser el primer gallo del gallinero, comprarse su propia casa municipal, hacer unas cuantas estafas con los cheques del paro y del alquiler, un poco de extorsión, algunos polvillos y algunas pastillas. Perfecto. Dejémosle. Cuando hay que preocuparse es cuando estos cabrones se vuelven ambiciosos.»

Sonreí ante aquello. Power es un tipo astuto, acaba de trazar el perfecto retrato de los Doyle. «¿Qué haces entonces?»

«Si son idiotas, se lo dices claro. Si no, los devuelves al redil. Siempre eres el más fuerte si estás rodeado de gente fuerte», dice mirando brevemente a Gillfillan. «Pero fuerza y músculos no son lo mismo. Eso siempre se puede comprar. Donde cuenta», dice, tocándose la cabeza, «es aquí arriba.»

Ahora es *mi* cabeza la que da vueltas al despedirme y volver a salir a la calle para coger el coche. Pensé que odiaría a Power, daba por hecho que sería un gilipollas como Gillfillan. Pero no. Resultó que me había caído bien, que le respetaba y que incluso le admiraba. Y sin embargo es alucinante, porque debido a eso, por primera vez en mucho tiempo siento verdadero miedo.

Voy a dar un paseo en coche para intentar aclararme la cabeza. Voy siguiendo la circunvalación hasta Musselburgh, deteniéndome en Luca's a tomar un café. La comida del Café Royal me pesa en el estómago. Puede que a Ronnie no le hubiese hecho gracia, pero en fin, fue idea suya. Soy tremendo con el papeo; cuanto más como, más quiero. Incluso ahora me tienta tomarme un helado de los de Luca's: mi viejo solía traerme aquí a comer helados cuando éramos pequeños. Nunca se olvida un sabor así. No, ahora no sabría igual. El helado puede que sí, pero mis papilas serán distintas. Las cosas cambian.

Yo, propietario de mi propio bar, de mi propio negocio. Suena bien. Es la única forma de hacer dinero, ser dueño de tu propio negocio, comprar y vender. Y la única forma de que te respeten es tener dinero. Es espantoso, pero ése es el mundo en el que vivimos ahora. Oyes a la gente como Kinnock y el Partido Laborista hablar sin parar de los médicos, las enfermeras y los maestros, de la gente que cuida de los enfermos y educa a los niños y todo el mundo dice sí, claro, de acuerdo. Pero a la vez están pensando todo el rato: Yo nunca haría ese trabajo, a mí dame el dinero y déjate de historias. Es tremendo, pero no cambiará jamás. Intentas mostrarte decente con la gente cercana, pero al resto que le den por saco, y no hay más.

Termino el café y vuelvo al coche.

Mientras voy de regreso a casa, diviso una silueta familiar caminando bajo la lluvia. Reconocería esos andares en cualquier parte; esos hombros inclinados, los brazos tendidos al máximo, la cabeza moviéndose furtivamente de un lado a otro; pero por encima de todo, esos rizos revoloteando por ahí.

Como un gallo con almorranas.

Me acerco con el coche como quien va a solicitar los servicios de una puta, situándome detrás del capullo y deteniendo el coche a su lado. «¡TERENCE LAWSON! ¡POLICÍA DE LOTHIANS AND BORDERS!», le grito, mientras el mamón se vuelve lentamente; trata de comportarse con frialdad pero se le nota cagado por dentro.

«Vete a tomar por culo, Birrell», me suelta al guipar que soy yo.

«Un tanto alejados de nuestro lugar de residencia habitual, ¿no es así, señor Lawson?»

«Eh, he venido a ver a una tía…», suelta él.

Eso es bazofia. Que Terry se vea con tías, sí, vale, eso me lo creo, pero no aquí en la Grange. Aparte de esa escapadita a Italia donde vio cómo follaba la otra mitad, jamás en la vida ha estado con una chavala cuya madre no tuviese un libro de alquileres del ayuntamiento de Edimburgo. «No intentes quedarte conmigo, Lawson. Estás controlando alguna casa del vecindario para darle un palo. Eres de lo que no hay, tío.»

«Vete a tomar por culo, Billy», dice él.

«Ah, ¿conque ésas tenemos? En tal caso no querrás que te lleve a ninguna parte, ¿a que no?»

Pues claro que quiere. Está lloviendo a mares y Terry se mete en el coche. Su chaqueta de pana blanca está empapada por la parte de los hombros. «Bien, mi fiel Birrell. Al barrio de promoción municipal que

ambos conocemos tan bien y que tanto amamos, como un buen chico», suelta, y añade: «Acelera.»

Empezamos a hablar de Italia 90. Recuerdo cuando nos subimos a las escaleras del Vaticano. Terry miró hacia la plaza de San Pedro y empezó a cantar: Ya no hay Papas en Roma ni capillas que entristezcan el panorama.

Entonces los servicios de seguridad vaticanos saltaron, agarraron al mamón y aquí el primo tuvo que suavizar las cosas. Super mal rollo.

«Se supone que tú eres de los Hibs, Lawson», le dije.

«Ya, pero a estos cabrones hay que vacilarles», dijo. «Tienen montada la estafa más grande del mundo.»

Recuerdo cuando se compró aquel cenicero de cristal en la tienda de souvenirs, el de la crucifixión. A mí me pareció de mal gusto, así que me pillé uno donde salía el Coliseo.

La verdad es que nos lo pasamos de puta madre en Roma. Terry dejó claras sus intenciones desde el principio. Voy yo y digo: «Podríamos juntarnos con los tíos esos que conocimos en el avión, los de Fife.»

«No, no, señor Birrell. Te diré algo gratis», suelta él, echándole el ojo a unas chavalas que estaban enfrente de nosotros en aquel café junto al río, «la calidad de los chochos de por aquí es absolutamente asombrosa. Los chochos de barrio no le llegan ni a la suela. A mí me importa una mierda el fútbol o conseguir entradas; si Escocia pierde todos los partidos por seis a cero o si ganan la puta Copa del Mundo, a mí me va a dar absolutamente igual. Yo he venido aquí a follar. Punto.»

«Es la Copa del Mundo, hostia…»

«Me la suda. Si crees que voy a andar por ahí con un montón de travestidos, de Fife o de donde sea, de culo peludo y la cara roja, vestidos con faldas de cuadros cantando *Flower of Scotland*, una y otra vez, y otra más, puedes irte a tomar por culo ahora mismo, chaval. Porque esto», dice barriendo elegantemente con la mano el espacio donde están sentadas las chavalas, todas con las gafas de sol montadas sobre la cabeza (gesto que él ha copiado) «es el lienzo para el que un artista sexual como Juice Terry Lawson vino al mundo, a fin de chorrearle pintura blanca y cremosa por todos lados.»

Después de eso me topé esporádicamente con él, en el hotel o la estación de tren o cuando nos localizaba para sablearnos. Cuando vi al muy hijo de puta hipócrita vestido con un kilt de tartán no podía dar crédito a mis propios ojos.

«Se lo levanté a un capullo en un hotel al que fui a dormir la otra noche. Se dejó

la puerta abierta cuando fue a ducharse. Pringao. Me va como un puto guante, además. A las tías les encanta, tío, debí haberlo pensado. ¿Por qué crees que tantos fetos van a los partidos de Escocia en el extranjero con el kilt puesto? Me dice la tía esta: “¿Qué es lo que lleva un escocés debajo del kilt?” Así que lo levanté un poco, discretamente y tal, por debajo de la mesa, para que pudiera comprobar la mercancía. Me dice: “Todo está en orden. Y, ahora, ¿cómo hase el amog un escosés?”»

«¿Así que te metiste una botella de Grouse por el culo?»

Hace una pedorreta. «No hubo la más mínima queja, Birrell, te lo puedo asegurar.»

Sí, no se lo montó mal por ahí, lo reconozco. Ahora que le ha cogido el gusto a las chavalas extranjeras, le apetece ir a Munich. No habla de otra cosa, pero cuando lo pienso, yo tampoco.

Cuando llegamos al supermercado que hay justo antes de llegar a casa, Terry guipa a Gally discutiendo con el tal Polmont, el McMurray ese. Ella y la cría están de pie, paradas. Parecen estar a punto de pegarse en plena calle. No queremos que eso suceda, no con toda la historia que hay detrás. Paramos el coche y salimos, pero el muy gilipollas se larga calle abajo. Gally está alteradísimo y Terry intenta tranquilizarle. Yo también lo intento hasta que veo a la vieja señora Carlops salir del supermercado cargada con dos bolsas pesadas. Se las quito de encima y las meto en el maletero del coche.

Terry y Gally querían que me fuera a tomar una pinta con ellos, pero una pinta con esos dos nunca es una sola, y tengo la impresión de que tomaré más que suficientes cuando me vaya de vacaciones con ellos. Presento mis disculpas y acompaño a la señora Carlops a casa.

Cuando llego a casa no veo señal alguna de mamá o papá. Rab está sentado en el sofá con una chavala viendo la tele de sobremesa para parados vitalicios.

«¿Dónde está mamá?»

«En el centro con la tía Brenda. Hoy le toca salir a ella.»

«¿Dónde está papá?»

Rab dobla la muñeca y cecea: «Está en su clase de cocina.» La chavala que está con él prorrumpe en una risotada de fumeta. Ya me parecía a mí que olía a hachís, y Rab tiene un gran porro en la mano. No me hace gracia que le falte a mi padre delante de una vacaburra emporrada. Al menos el viejo hace un esfuerzo. Y le está faltando al respeto a su casa fumando toda esa mierda.

Pero no soy yo quien tiene que decirlo.

«¿Y tú en qué andas?», pregunto.

«En lo de siempre, ¿has ido a entrenar?», suelta él.

«¿Cuándo vuelve papá?»

«Y yo qué coño sé», dice él.

Eso hace que me pregunte si se tira a esta tía o sólo anda por ahí con ella. Es curioso pero la forma en que se encuentran a gusto el uno en compañía del otro, esa

forma que tienen de reírse sin más, me hace pensar en Anthea y en mí. En nuestra vida. En nuestra relación profesional. Pero es una bobada: no puedes empezar siquiera a sentirte celoso de un par de parados vitalicios que probablemente ni follen juntos.

Ahora mismo me siento como debe de sentirse el viejo durante todo el día, como alguien que sobra, y casi lamento no haber ido a tomarme una cerveza con los chicos.

No. Céntrate. Concentración.

Yo y Rab volamos en direcciones diferentes.

Suena la llave en la puerta, y es mi viejo.

ENTRENAMIENTO

Esperé tres semanas a que me dieran la noticia. Pensé que me quedaría hecho polvo, pero estaban sucediendo tantas cosas, tantas otras mierdas, que apenas le di importancia. Cuando pensaba en ello, cosa que hacía sobre todo por la noche, no podía determinar hasta qué punto se alimentaba la ansiedad que ya llevaba sintiendo desde quién sabe cuánto tiempo.

Putos años.

Te hacen pasar, te dicen que te sientes y que te prepares. Saben lo que se hacen y lo hacen bien. Pero sólo tienen un número limitado de formas de decirlo. «Has dado positivo», me dijo la mujer de la clínica.

Tan bobo no soy. Conozco la diferencia entre el VIH y el sida. Sé casi todo lo importante que hay que saber del tema. Es extraño que uno pueda hacer caso omiso de algo de forma tan concienzuda, que su omisión acabe convirtiéndose en aquello que indica su presencia y que el conocimiento al respecto se filtre de forma subrepticia, inconsciente. Un poco como el propio virus. Sin embargo, me oigo decir a mí mismo: «Así que ya está, entonces tengo el sida.»

Y dije eso, escogí decirlo, porque una parte de mí, alguna parte inteligente y optimista que nunca abandona, anhelaba oír todo el discurso aquel de que no es una sentencia de muerte y que si me cuidaba y seguía los tratamientos y patatín y patatán.

Pero lo primero que pensé fue: Bueno, ya la hemos jodido. Y me produjo una extraña sensación de alivio, porque hacía ya algún tiempo que sentía que la habíamos jodido; era como si lo único que hubiera descubierto fuese cómo. El resto del tiempo que pasé en la clínica no supuso más que ruido de fondo. Así que me fui a casa y me senté en el sillón. Empecé a desternillarme de risa hasta que empezó a salirme desquiciada, se me quedó atascada en la garganta y se transformó en sollozos atroces.

Intenté pensar en quién, los cómo, qué, dónde y por qué. No se me ocurría nada. Pensé en cómo me sentía. Me pregunté cuánto duraría.

Lo mejor era resistir.

Me quedé un rato embotado, pensando en asuntos pendientes.

Sí, lo mejor era resistir. Hasta que pudiera resolverlo todo y tal.

Dejé de repetirme a mí mismo que podía hacer algo útil. Saqué la botella de Grouse y me serví una copa. Me quemó el gaznate y me supo amargo hasta el final. La segunda me sentó mejor, pero el miedo no me abandonaba. Tenía la piel fría y húmeda, y poca capacidad en los pulmones.

No paraba de repetirme que aquél sólo era un día más y que la noche sólo sería una más en una larga y oscura sucesión que se prolongaría hasta lo desconocido, mucho más allá de donde a uno le alcanzara la vista. Continuaría viviendo, me dije a mí mismo, puede que por mucho tiempo. Lejos de resultar reconfortante, el terror que me inspiraba esa idea casi aplastó lo poco que me quedaba dentro.

Puede que mi vida continuara, pero no iba a mejorar.

Uno no se da cuenta de la clase de ancla que es la esperanza hasta que sabe que ha desaparecido del todo. Te sientes eviscerado, vacío por dentro, y es como si ya no pertenecieras a este mundo. Es como si no hubiese ya masa que te retuviera en este mundo.

En la desintegración de la realidad, la vista se difumina primero, y a eso le sigue una concentración desesperada en lo extremo y lo mundanal. Te agarras a cualquier cosa, no importa lo boba que sea, que parezca suministrar la respuesta, e intentarás encontrarle significado con todas tus fuerzas.

La pared que tenía enfrente parecía albergar las claves secretas de mi futuro. El sable samurái, la ballesta. Allí en la pared, mirándome de frente.

El futuro: me miraba directamente a la cara. *Ocúpate de esos asuntos pendientes, ocúpate de ellos*.

Bajé el largo sable de samurái de la pared. Extrayéndolo de la vaina, observé cómo refulgía bajo la luz. Pero la hoja estaba mellada, no habría podido cortar ni mantequilla. Me lo consiguió Terry; lo robó de algún sitio.

Sin embargo, qué fácil resultaría afilar esa hoja.

La ballesta no era tan decorativa. La retiré, la sopesé, coloqué el dardo de cinco centímetros, apunté y lo clavé en el centro rojo de la diana que estaba en la pared de enfrente.

Volví a sentarme; pensé en mi vida. Intenté pensar en mi padre. Las visitas fugaces a lo largo de los años. «¿Cuándo vuelve papá?», solía preguntarle a mi madre con impaciencia.

«Pronto», decía ella, o en otras ocasiones simplemente se encogía de hombros como diciendo: ¿Cómo coño quieres que lo sepa yo?

Los intervalos entre sus apariciones se hicieron más largos, hasta que acabó convirtiéndose en ese forastero cuya presencia no deseada no hacía más que alterar tu rutina.

Aunque me acuerdo de un día, un día de fuegos artificiales cuando éramos críos. Nos llevó a mí, a Billy, a Rab y a Sheena al parque; todos bien abrigados para hacer frente al frío de noviembre. Los cohetes que había comprado, los metió sin más dentro de la tierra helada por la parte de los estabilizadores. Se suponía que había que meterlos en una botella, pero nosotros pensábamos que sabía lo que se hacía, así que no dijimos nada.

Yo y Billy sólo teníamos siete años, y lo sabíamos. ¿Cómo cojones no lo sabía él?

Se supone que los cohetes surcan los cielos y después explotan, pero nosotros

vimos cómo aquellos se consumían y explotaban sin despegar de la tierra fría y dura. Él no sabía nada porque siempre estaba encerrado. Cuando yo era adolescente, lo peor que podía decirme mi madre es que era tan malo como mi padre. Me dije a mí mismo que nunca jamás sería como él.

Entonces también me encerraron a mí.

Dos temporadas en el trullo, una como inocente, la otra como culpable. No sé cuál de las dos me dejó más hecho polvo; el delito de estupidez es el mayor de todos los delitos. Ahora estoy en este piso de protección oficial, otra vez en el barrio, subarrendado por un colega llamado Colin Bishop, que está en España currando. Es curioso, pero la gente dice, mira, has terminado aquí otra vez. Pero así será, aquí terminaré.

La lluvia ha estado cayendo con fuerza todo el día, pero ahora veo que ya no puede más. En la calle hay un arco iris.

No paro de darle vueltas a la cabeza. Ahora pienso: ¿Cuánta gente tiene la oportunidad de saldar viejas cuentas pendientes antes de partir? No mucha. La mayoría de la gente continúa viviendo mucho tiempo, así que tiene demasiado que perder; o eso, o están demasiado débiles para actuar cuando saben que se acabó la función. Pensar de esta forma hace que me sienta fuerte.

De modo que sentí que el mundo me había pasado la mano más mierdera posible y que, ¡qué cojones!, aún seguía aquí. Cuando salí a caminar bajo el sol para aclararme la cabeza, me encontraba tan estrafalariamente eufórico que de veras llegué a pensar que nada haría que volviera a sentirme triste jamás.

Pero por supuesto me equivocaba.

Quedó probado que me equivocaba en cosa de cinco minutos.

Cinco minutos, la distancia entre aquí y el supermercado. Cuando la vi con la cría, saliendo de la papelería, el corazón me saltó contra el centro del pecho y a punto estuve de cruzar la calle sin más. Pero iban solas, *él* no andaba por ahí. Sencillamente no tenía ganas de encontrármelo, no en ese momento; lo haría cuando *yo* estuviese listo.

Pero ahora no.

Eché una mirada alrededor; me sentía bien. Había hecho lo que tenía que hacer con los tipos del centro y trataba de arrinconarlo en alguna parte de mi cabeza. Intentaba mirar hacia delante, pensar en la Fiesta de la Cerveza de Munich y los pirulos que tendría que vender para llegar hasta allí. Los vuelos estaban todos reservados, así que sólo necesitaba dinero para alojamiento y gastos. Además, hacía un día estupendo: hacía un rato había estado lloviendo a cántaros, pero ahora hacía calor y todo el mundo salía de casa. Se avecinaba la hora de comer, y de los autobuses empezaba a descender una marea humana procedente del centro. Yo iba caminando, mirando las paredes cubiertas de grafitis, tratando de localizar nuestros viejos esfuerzos. Allí estaban, desvaneciéndose de forma lenta pero segura:

Debía de tener más de diez años. Biro. Ése era el viejo apodo de Birrell, que ahora nadie usaba. Yo debí haberme puesto uno mejor, más discreto. Mi madre se coscó de que había sido yo y me zurró. El cabrón de Terry solía acercarse a buscarme hace siglos y le decía a mi madre: «Hola, señora Galloway, ¿está Gally, eh, quiero decir Andrew?»

Ahora nos vamos de vacaciones juntos; yo, Terry, Carl y Billy. Puede que por última vez.

Son unos tíos de puta madre, sobre todo Birrell: un gachó de primera. Me apoyó aquella vez con Doyle. Hasta el final. Tenía muchas razones para no hacerlo, además. El combate quedó pospuesto. El *Evening News* se enteró de la historia, le pintó como un matón descerebrado y sacó a relucir una vieja condena que le habían echado unos años antes por pegarle fuego al almacén aquel. Aunque Billy lo llevó todo muy bien. Cuando por fin se celebró la pelea destrozó al tío de Liverpool. Después de eso todos volvieron a lamerle el culo como antes.

Pensé en ello, en aquellos tiempos, y volví a sentirme un poco triste. Después pensé, venga Gally, no dobles, pórtate. Sí, cuando salí me sentía estupendamente.

Entonces les vi.

Les vi, y me sentí como si me acabaran de golpear con fuerza en el estómago.

¿Cuándo fue la primera vez? Hace años. Ella iba con Terry. Pensé que era una chavala maja, encima. Sabía ser encantadora cuando quería. La segunda vez fue distinto. Lo único que yo quería era follar, y follé. Me sentí de puta madre hasta que me dijo que estaba embarazada. No podía creerlo. Entonces llegó Jacqueline. Nació unas semanas después de que Lucy, la mujer de Terry, tuviese a Jason.

Cuando salí de la cárcel lo quería todo. Sobre todo una tía. Conque sí, tenía donde meterla; el precio fue un anillo de boda y la responsabilidad de una esposa y una cría. Era demasiado, incluso aunque ella y yo hubiésemos hecho mejor pareja. No podía esperar a salir de casa para alejarme de ella y de sus amigas, como Catriona, la hermana de Doyle. Se quedaban sentadas en casa fumando todo el día. Quería alejarme de ellas, de ellas y de sus críos. Sus críos chillones y llorones.

Quería marcha dondequiera que la hubiese. En realidad era demasiado mayor para ser un *casual*; la mayoría de los tíos tendrían al menos cinco años menos que yo. Pero me había perdido cosas y siempre aparenté bastante menos edad de la que tenía. Me metí en ese rollo un par de temporadas. Después empecé a ir a los clubs con Carl.

Quería alejarme de ellas, de Gail y de su peña, pero también, supongo, de Jacqueline. Así que es cierto, gran parte de lo que pasó fue culpa mía, porque no pasaba demasiado tiempo en casa. Pero él sí. Él. Entonces ella empezó a verse con ese cabrón. Con él.

Cuando le pedí cuentas, ella se me rió a la cara. Me dijo cómo se lo hacía en la cama. Era mejor que yo, mucho mejor que yo, dijo ella. Un auténtico animal, me

contó. Podía follar toda la noche. Con una polla como un martillo pilón. Pensé en *él* y no podía creerlo. Debía de estar hablando de otro. No podía ser McMurray, Polmont no; no ese capullo nervioso y fofo que te cagas, aquella marioneta acojonada de Doyle.

Ella no paraba de insistir y quería que cerrara el pico. Le dije que cerrara su puta boca de guarra, pero fueron tantas las veces que se lo había dicho…, lo único que hacía era abrirla más y más. No lo pude aguantar. La cogí por los pelos. Ella me cascó; nos pegamos. La tenía cogida por el pelo y que Dios me ayude, pensaba darle su merecido. Cerré el puño, lo alcé y

y y y

y mi hija estaba detrás de mí; se había levantado de la cama para ver a qué venía el follón. Mi codo se estrelló contra su cara, aplastándole un lado de la cara, sus frágiles huesecitos…

nunca quise hacerle daño

a la pequeña Jacqueline no.

Pero el tribunal no lo vio así. Volví a la cárcel, a Saughton, un talego de verdad, nada de reformatorios esta vez. Otra vez dentro, con tiempo para pensar.

Tiempo para odiar.

A quien más odiaba, sin embargo, no era a ella; ni siquiera a él. Era a mí: a *mí*, el pringao estúpido y débil. A *ese* cabrón sí que lo machaqué. Lo machaqué con todo; alcohol, pirulos, jaco. Golpeé las paredes hasta que los huesos de las manos se me rompieron y se me hincharon hasta ponerse del tamaño de guantes de béisbol. Me hice asquerosas quemaduras rojinegras en los brazos con cigarrillos. A ese cabrón sí que le ajusté las cuentas, le meé encima. Y lo hice tan discretamente, tan disimuladamente, que fueron pocos los que vieron más allá de la descarada sonrisa de golfo.

Me mantuve alejado de los otros cabrones. Orden judicial. Me he mantenido alejado hasta ahora. Ahora esa guarra está aquí mismo, a sólo unos pasos.

No fue tanto el verla a ella como el ver a la pequeña Jacqueline: había que ver cómo iba la cría. El hecho de ver así a la chiquilla, con gafas, me entristeció muchísimo. Una chiquilla de esa edad con gafas. Pensé en el colegio, en lo cabrones, burlones y crueles que podemos llegar a ser de pequeños, y en cómo yo no podía hacer nada para protegerla de todo aquello. Pensé en cómo algo tan simple, estúpido, superficial y sin valor como un par de putas gafas podría cambiar la forma en que la gente la viese y la forma en que crecería.

Aquello venía de la parte de su madre; la muy guarra era más ciega que un puto topo. Eso sí, podía ver una polla a un kilómetro de distancia, con eso nunca tuvo ningún problema. Siempre hablaba de hacerse unas lentillas cuando estábamos juntos. Por la calle nunca llevaba gafas; solía agarrarse a mí cuando salíamos, como si fuera su puto perro-guía. Aunque la puta perra era ella. En casa la cosa era distinta; se quedaba sentada por ahí como la puta gorda ésa de *On the Buses*. Ahora parece

que vea, así que probablemente haya invertido en un par de lentillas: será por eso que la pequeña lleva una ropa tan evidentemente de segunda mano. Eso deja claro cuáles son las prioridades de esa vacaburra vanidosa. Ahora le ha quitado las gafas a Jacqueline y les saca brillo con un pañuelo; ahí de pie, ataviada con esa chaqueta barata, sacándole brillo a las gafas de baratillo de mi cría. Y yo pensando: ¿Por qué no podrás llevar un trapo como es debido…?

… ¿por qué no puedo hacerlo yo?…

No hay pelas.

Y aunque tendría que haberme marchado, crucé la calle directamente hacia ellas. Si esa vacaburra lleva lentillas, debería devolverlas, porque son una mierda. Casi le había pasado por encima para cuando levantó la vista. «¿Qué tal?», le digo a ella, mirando después a Jacqueline. «Hola, cariño.»

La cría sonríe, pero se aparta un poco.

Se aparta de mí.

«Es papá», le digo sonriendo. Oigo como las palabras me salen de la boca y suena lamentable; me quedo empanao y con cara de pocos amigos al mismo tiempo.

«¿Qué quieres?», pregunta la puta infrahumana. Me mira como si yo fuera un trozo de mierda blandita y, antes de que pueda responderle, añade: «¡No quiero más problemas, Andrew, ya te lo he dicho, joder! Debería darte vergüenza enseñar la cara delante de ella.» Después mira a la pequeña.

Aquello fue…

Aquello fue un puto accidente…

Fue su puta culpa…, su puta boca, las putas cosas que decía…

Me entran ganas de darle un puñetazo en esa boca retorcida de guarra, jurando como la puta guarra que es, ahí delante de la cría, pero eso es exactamente lo que ella quiere, así que hago un gran esfuerzo, un esfuerzo desesperado que te cagas para mantener la calma. «Sólo quería quedar en algo para poder verla de vez en cuando, para que podamos acordar algo…»

«Ya está todo arreglado», dice ella.

«Ya, arreglado por vosotros, sin que yo pudiera decir nada…» Noto que estoy perdiendo los estribos, y no quiero que la cosa sea así. Sólo quiero hablar.

«Si no te gusta díselo a tu abogado, el asunto está zanjado», repite de forma lenta y precisa.

Un puto abogado, ¿de qué va? ¿De dónde saco yo un puto abogado? Entonces ella mira a un tipo que baja por la calle, sí, ya lo creo, es *él*, y tira del brazo de la cría. «Venga, ahí está papá…», dice poniéndome cara de asco. Sus palabras me producen la sensación de un cuchillo en las entrañas. ¿Cómo pude nunca enrollarme con ella? Debía de estar loco.

Y él está ahí de pie, mirándome, con la cabeza ladeada. Sigue teniendo el mismo tipo raro, no tanto delgado como plano, como si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Por delante parece ancho, pero de lado no: como si pudieras deslizarle

por debajo de una puerta. «Papá…», dice la cría y sale corriendo hacia *él*. Él la abraza y después la acerca a la puta que el pobre angelito ha aprendido a llamar mamá. Él le cuchichea algo al oído; ella coge a la cría de la mano y se alejan un poco. La pequeña me mira, y me hace un pequeño gesto de despedida con la mano.

Intento decirle Chao, nena, pero no me sale nada. Levanto la mano y le devuelvo el saludo a Jacqueline, viéndoles marchar mientras la pequeña le hace preguntas. Por supuesto, esa vacaburra ignorante sería incapaz de comprenderlas, ya no digamos contestarlas.

Y él se me acerca hasta llegarme casi a la cara. «¿Tú qué cojones quieres?», suelta él, pero no es más que una exhibición para que ella le vea, porque está desconcertado que te cagas, se le nota el miedo en la mirada. Ahora estoy disfrutando que te cagas, disfrutando de este momentito tranquilo entre nosotros, divirtiéndome de verdad por primera vez.

Miro al muy cabrón. Podría cargármelo sin más, aquí y ahora. Él lo sabe, y yo también, pero los dos sabemos lo que pasaría si lo hiciera.

La poli y los Doyle encima de mí. Menuda lotería. Y no puedo pensar sólo en mí, además. Billy me respaldó y le sacudieron con un cuchillo ballenero en la barbilla como recompensa.

«Ya te lo he dicho una vez. No me obligues a volvértelo a decir», dice, señalándome y después rascándose la tocha. Nervios. Se ve cómo se le humedecen los ojos. Uno contra uno no es su estilo para nada. Como la última vez: se cagó entonces y ahora igual.

Sigue siendo un cabrón pecoso. A los veintiséis tacos, o incluso a los veintisiete. «Es curioso, recuerdo que estaba más preocupado la última vez. Puede que fuera la compañía en la que te encontrabas; la compañía en la que no te encuentras ahora», le sonrío, mirándole a él y después, por encima de su hombro, a ella y a la cría, sintiendo un acceso de sentimiento de culpa. La peque, Jacqueline, no necesita esto en su vida. Ella me mira y no puedo devolverle la mirada. Vuelvo a mirarle a él. Después suena la bocina de un coche. Me mira por encima del hombro y dice: «Hasta más ver», mientras se aleja.

«No lo sabes tú bien, pedazo de cagao», me río, preguntándome por qué llevaba tanta prisa. O a lo mejor el capullo se pensó que me había achantado. Durante un segundo de furor, doy un paso al frente antes de detenerme. No, no era el momento.

Me vuelvo para ver quién había pitado y es el coche de Billy con Terry metido junto a él.

Salen del coche y Polmont baja echando leches por la calle, apretando el paso. No me extraña. Cuando llega a donde están ella y la cría, recoge a Jacqueline y se la carga sobre los hombros.

Ese cabrón colocándose a mi puta cría sobre los hombros.

Se marchan calle abajo. La puta de Gail es la única que me mira. Terry llega a mi altura y le sonríe con toda tranquilidad; ella se vuelve.

«¿Aquí qué pasa?», pregunta Billy, saludando con la cabeza a la vieja señora Carlops, que viene por la calle con dos bolsas de compra repletas.

No voy a volver a meter en esto a Billy o a Terry. Ese Polmont no es nadie; va a morir. ¿Y Doyle? Miro la cicatriz de Billy. No tengo nada que perder. Él también puede pringar. «No pasa nada», le digo. Intento sonreírle a la señora Carlops. La pobre viejecita está sudando bajo el calor con esas dos bolsas de la compra.

Billy se acerca a la señora Carlops, le coge las bolsas y las mete en el maletero del coche. Abre la puerta del copiloto. «Métase ahí, señora Carlops, y descanse un poco.»

«¿Estás seguro, hijo?»

«Iba en esa dirección, señora Carlops, a casa de mi madre, así que no es molestia alguna.»

«Intentaba llevar un poco más de la cuenta», jadea ella, subiéndose al coche. «Viene la familia de Gordon de York, así que pensé que llenaría un poco la despensa…»

Terry observa la situación, como si Billy o la señora Carlops fueran un poco tontos por verse envueltos en ella; después se vuelve bruscamente hacia mí. «¿Te estaban jodiendo otra vez esos cabrones?», me suelta.

«Déjalo, Terry», le digo, pero estoy resollando y clavándome las uñas en las palmas de las manos.

Terry levanta las manos en actitud defensiva. Parece que le haya pillado el chaparrón. Lleva mojados el pelo y la chaqueta. Los ojos de Billy les siguen a ellos hasta el final de la calle. La pequeña montada sobre *sus* hombros. Lo peor de todo es que ella le quiere. Hay cosas que no se pueden fingir. Yo respiro profundamente y después intento tragar lo que llevo en la garganta. «¿Qué hacíais?»

Billy dice: «Había acabado de entrenar. Pasaba por la Grange cuando vi a este mamón merodeando por las calles. Casi se caga patas abajo cuando hice sonar el claxon.»

«¿Qué hacías tú merodeando por esas casas grandotas de la Grange, como si no lo supiéramos?», le pregunto a Terry.

«Ocuparme de mis propios asuntos», dice indicando con un gesto de la cabeza el otro extremo de la calle; ahora ya han desaparecido de la vista, «así que me gustaría que fuera usted tan amable de otorgarme el mismo trato, señor Galloway», dice.

«Me parece justo», asiento sin dilación.

«¿Os apetece tomar una pinta?», pregunta.

Billy exhaló bruscamente, mientras miraba a Terry como si éste acabara de sugerir que nos aficionáramos a la pederastia. «Ni hablar, voy a llevar a Jinty Carlops a su casa y después me voy a cenar a casa de mi madre. Tengo que mantenerme en forma, estoy entrenando, tenedlo en cuenta.»

Terry empezó a golpearse el pecho con el índice. «Nosotros también, Birrell, para las vacaciones en Munich y la Fiesta de la Cerveza.»

Pero a Billy no le impresiona. «Bien, pues os dejo en ello. Os veré en el club de Carl mañana por la noche», suelta, yéndose hacia el coche. Entonces se volvió hacia mí y me guiñó el ojo. «Y tú tómatelo con calma, ¿vale, colega?»

Sonrío y le devuelvo un guiño forzado. «De acuerdo, Billy, hasta luego.»

Billy se mete en el coche, dejándonos solos a Terry y a mí. «Billy no pierde el tiempo, desde luego sabe ligar», se ríe Terry mientras Billy y la señora Carlops se marchan. «¿Al Wheatsheaf?», dice.

«Sí. Vale. No me vendría mal un trago», le digo. No me vendrían mal unos cuantos.

Nos vamos hacia el Wheatsheaf. Terry pide las cervezas y programa la sinfonola. Yo sigo aturdido, sólo puedo pensar en el dardo de mi ballesta reventándole la cabeza al cabrón de Polmont; después de que el sable de samurái la haya desprendido de sus hombros, claro está. Le enviaría el contenido metido en una caja a Doyle. Tú también puedes pringar, cacho cabrón. El poderío de que todo te la sude.

Entonces pensé en la cría. En mi madre. En Sheena. No, siempre hay algo que no te la suda.

Terry vuelve con un par de pintas de lager. Terry es un tío de puta madre, uno de los mejores. A veces se comporta como un capullo, pero no tiene mala intención. «¿Vas a quedarte ahí sentado en tu propio mundo?», me pregunta.

«Ese cabrón con mi cría… Él», digo, hirviendo de indignación. «… Y ella, la muy puta. Se merecen el uno al otro. Ya sé que se la tiraron montones de tíos, me lo advirtió todo quisque, se la ha metido todo el mundo, me decían. Pero no les escuché.»

Terry me mira con gesto grave, como si estuviera molesto. «Eso suena un poco machista, señor Galloway. ¿De qué va todo eso? ¿Qué pasa si a una tía le gustan las pollas? A nosotros nos gustan los chochos.»

Por un momento pensé que intentaba quedarse conmigo, pero no, habla en serio.

«Ya, pero yo me refería a cuando se suponía que estaba conmigo.»

Ante eso Terry no dice nada. Echa un vistazo y guipa a Alec entrando al pub. Le suelta un grito: «¡Alec…!»

Alec parece jodido. Camina encorvado mientras se acerca a nuestra mesa.

«¿A qué viene esa cara?», pregunta Terry.

«He ido a verla hoy…», dice hoscamente. «A Ethel», jadea en voz baja.

«Ah», suelta Terry.

Alec quiere decir que ha estado en el cementerio, o la capilla del eterno descanso, como la llaman en el crematorio. Ethel era su esposa, la mujer que murió en el incendio. Inhalación de humos. Eso fue hace siglos, la primera vez que lo vi. El hijo de Alec no le habla porque cree que fue culpa suya. Hay quien dice que fue Alec con la sartén, borracho, y otros que fue un fallo eléctrico. Independientemente de lo que fuera, fue un mal asunto para él y para ella.

«¿Qué queréis tomar?», le pregunta Terry primero a Alec y después a mí. Yo me

encojo de hombros y Alec también. «Confía en mí para mezclarme con la gente más marchosa», suelta él.

PESADILLA EN ELM ROW

Mientras pensaba en coger el autobús hasta casa para relajarme un poco antes de que abriera el club de Carl, llevaba la cabeza como un bombo y la boca más seca que el coño de una monja. Mientras observaba cómo se separaban las farolas a medida que me iba acercando a ellas, me di cuenta de que estaba al lado del queo nuevo de Larry Wylie y me pregunté si querría que le pasara unos éxtasis. El portero automático está estropeado pero la puerta de la escalera está abierta. Mientras subo los escalones soy consciente de que el rollito del éxtasis empieza a apagarse y que sigo jodido por lo que bebí ayer.

El cabrón de Terry sabe beber, desde luego. Entrenamiento para el festival de la cerveza, dice. Pues el capullo ha seguido con dedicación un largo programa de entrenamiento, de unos quince años aproximadamente. Si Billy se dedicase al boxeo con la misma determinación, a estas alturas ya habría unificado en su persona el título mundial de todas las asociaciones.

Pulsé el timbre, sabiendo de antemano que iba a ser un error. Me dirijo automáticamente hacia el desastre; no puedo hacer una mierda al respecto. Lo peor ya ha pasado, el resto no son más que detalles.

¿A quién le importa un carajo?

Cuando por fin abrió la puerta, después de gritar desde detrás de ella «¿Quién es?», Larry estaba aún más mordaz de lo habitual.

«Gally», le dije.

Larry me miró apremiantemente, comprobando que no subía nadie más por la escalera detrás de mí. Al cabrón se le ve alteradísimo, desborda paranoia por todos lados de una forma tan palpable que podrías meterla entre dos rebanadas de pan. «Entra, rápido», me dice.

«¿Qué pasa?» Le hago la pregunta mientras me mete en su casa y cierra la puerta a mis espaldas, corriendo dos enormes cerrojos de tamaño industrial.

Señaló la habitación con el dedo. «Tengo montado un mogollón que te cagas», dijo gesticulando y mirando al vacío, con la mirada perdida. «Phil el Gordo, le he apuñalado», dijo con amargura.

Me entraron ganas de dar media vuelta allí mismo, pero había que atravesar demasiada ferralla y el estado de ánimo de Larry era evidentemente volátil, incluso medido con sus propios y horrendos criterios. Además, no tengo miedo, sólo curiosidad. Pero decidí que aquél no era el momento de preguntarle por qué había apuñalado a Phil. «¿Se encuentra bien?»

Por un segundo Larry me miró como si me estuviera sobrando, y después estalló en una enorme, hermosa y radiante sonrisa. «Y yo qué coño sé», soltó, pasando en un

santiamén a la actitud de negocios. «¿Querías base de speed?», soltó con aire algo más que impaciente.

He venido aquí a vender, no a comprar. «Eh, sí, pero llevo unos buenos éxtasis encima, Larry…», le dije, pero el cabrón no me escuchaba.

Seguí a Larry hasta el cuarto de estar y después hasta la cocina a la que daba. Phil el Gordo estaba sentado ante la mesa de la cocina. Le saludé con una inclinación de la cabeza, pero tenía la mirada fija en la distancia, aparentemente centrado en algo. Llevaba un rollo de lencería para sábanas apretado contra el estómago. Estaba un poco ensangrentada, pero en realidad no estaba saturada ni nada de eso.

Larry estaba de lo más tenso y animoso. Me pregunté si iría de speed. «Y otra vez ya viene el do…», canturreó en plan Sonrisas y lágrimas, con satisfacción histriónica y los pulgares metidos en unos tirantes imaginarios. Después sacó unos vasos de un armario de la cocina, y después una botella de Jack Daniels, sirviendo dos grandes chupitos, uno para mí y otro para él. «¿Dónde está la puta Coca-Cola? ¿Eh?», dijo. Entonces gritó hacia la habitación de al lado: «¿QUIÉN HA COGIDO LA PUTA COCA-COLA?»

Escuché unos pasos procedentes de uno de los dormitorios y apareció Muriel Mathie con unas vendas y unas tijeras. Llevaba la camisa a cuadros de un tío que quizá fuera Larry, y me echó una mirada crispada mientras se acercaba a Phil.

«¿No queda Coca-Cola?», preguntó Larry, con una sonrisa desafiante en el rostro.

«No», suelta ella.

«¿Bajas a la gasolinera a por más?», urgió él. «Fuisteis vosotros los que os la bebisteis. ¿Cómo voy a ofrecerle algo de beber a mis invitados?»

Muriel se dio la vuelta, amenazando a Larry con las tijeras. La chica estaba completamente fuera de sí. «¡Ve tú a por ella! ¡Ya me tienes harta, Larry! ¡No pienso repetírtelo!»

Larry me miró con una sonrisa burlona. Extendió los brazos y mostró las palmas de las manos. «Sólo preguntaba por el estado de las existencias de Coca-Cola», dijo. «Tendrá que ser a palo seco, Gally. Chin, chin», brindó y ambos echamos un trago.

Sharon Forsyth salió del mismo dormitorio y echó un vistazo al panorama, más emocionada y pasmada que una aspirante a estrella que acabara de obtener un papel en una gran producción. «Esto es una locura… Hola, Andrew», dijo sonriéndome. Sharon llevaba una camiseta de algodón sin mangas de color verde botella. Le dejaba el ombligo al descubierto y se había hecho un *piercing*. Jamás había visto algo así antes. Quedaba guay, sexy, guarro. «Guapo, Sharon. Te queda muy sexy», le dije, señalándolo.

«¿Te gusta? A mí me parece de lo más chachi», dijo entre risitas. Su pelo tenía un aspecto grasiento y descuidado. No le iría mal lavárselo. A lo mejor me ofrezco para lavárselo si piensa subir al Fluid. Aunque a Carl no le gusta ver a esta peña por ahí. Los llama «elementos barriobajeros». Mucha jeta por su parte, aunque sólo sea una broma. A mí siempre me ha ido Sharon y me enrollé con ella cuando salí del trullo, el

de verdad, hace unos años. Cuando estaba dentro sólo pensaba en el sexo, pero cuando salí, tenía montones de mierda en la cabeza por culpa de esa vacaburra de Gail y no se me levantaba. Pero Sharon nunca me hizo sentir mal por eso. Eso es lo que yo llamo una tía con clase. Parecía aceptar mi discurso de que la-cárcel-produce-ciertos-efectos-en-un tío.

«¿Dolió cuando te lo hicieron?»

«En realidad no, pero hay que mantenerlo limpio. Pero hace mucho que no nos vemos…, ven aquí.» Nos dimos un eufórico abrazo de pista de baile. Una chavala estupenda, Sharon, aunque notase la grasa de su pelo en la cara, obstruyéndome los poros. Me pregunto si Larry se la estará follando. Probablemente. Se está follando a Muriel, desde luego.

Vi a Muriel por encima de su hombro, atendiendo a Phil, lanzándole una mirada fugaz a Larry, que le devolvió una mirada desafiante como diciendo «¿qué?» antes de empezar a revolver en un cajón.

Mientras Sharon y yo rompimos nuestro abrazo Phil el Gordo gruñó algo. Respiraba con dificultad, y Muriel hablaba en voz baja consigo misma.

«Tengo un jaco cojonudo», sonrió Larry. «¿Quieres un chutecito?»

¿Jaco? Está de broma. «No, no es lo mío», le digo.

«No es eso lo que he oído», dijo, guiñándome un ojo.

«De eso hace bastante», le digo.

Sharon miró a Larry. «No nos dejarán entrar en un club si vamos hasta arriba de jaco, Larry.»

«Quedarse mirando las paredes es la nueva forma de salir de clubs. Lo dice en *The Face*», dijo Larry sonriendo maliciosamente.

Muriel intentó quitarle la camisa a Phil, pero él la apartó con la mano, movimiento que le causó más dolor que ella. Muriel persistía: «Has perdido mucha sangre, será mejor que te llevemos al hospital. Llamaré a una ambulancia.»

«No», jadeó Phil, «nada de hospitales ni de ambulancias.» Sudaba profusamente, sobre todo por la frente, formando gotas que le punteaban el rostro.

Larry hizo un gesto de asentimiento.

Aquélla era la clase de movida en donde todo el mundo oficial, incluso el más benigno de los servicios de urgencia, suscitaba una desconfianza instintiva. Nada de policía. Nada de ambulancias, aunque pudiese estar desangrándose. Parecía haber un poco más de sangre en la lencería ahora. Podía imaginarme a Phil el Gordo en una casa en llamas a punto de venirse abajo gritando: ¡Nada de bomberos!

«Pero tienes que hacerlo, lo tienes que hacer», dijo Muriel y entonces empezó a chillar, como si le estuviera dando un ataque de pánico, y Sharon fue a tranquilizarla.

«No te pongas histérica o podrías pegárselo a Phil…» Sharon se volvió hacia Phil, quien seguía mirando al vacío con la sábana pegada a la barriga. «… Perdona, Phil, pero ya sabes lo que quiero decir, si ella hace que parezca peor de lo que es, te preocuparás y entonces te subiría la presión sanguínea y sangrarías más rápido…»

Larry asintió con un gesto de aprobación. «¡Eso es! A ver si te aclaras, Muriel, lo único que vas a conseguir así es empeorar las cosas», bufó. Cogió sus herramientas y me hizo pasar a la otra habitación. «Estos capullos me revientan la cabeza. Hay gente que no tiene remedio», dice, como si fuera un asistente social con una gruesa agenda de trabajo que ya no da más de sí.

Había decidido que me apetecía un chute cuando me lo volvió a preguntar. No es que dijera que sí, sólo que no pude decir «no» o al menos decir «no» con convicción. El cuerpo parecía habérseme enfriado y los pensamientos se habían vuelto inconexos y abstractos. Fue un poco tonto, pues había pasado toda la noche de pedo con Terry y no estaba en el mejor estado para aquello.

Mientras Larry sacaba las herramientas y empezaba a preparar el material, yo iba a decir «yo me espero un poco», pero parecía completamente idiota y sin objeto.

Así que allí estaba, golpeándome una vena. Larry me arponeó. En cuanto la mandanga se apoderó de mi organismo, me desbordó por completo; perdí el control y me desvanecí.

Pensé que sólo había estado jodido unos minutos, pero Muriel me estaba sacudiendo y abofeteando y era evidente el alivio que sintió cuando empecé a volver en mí. Olí primero, y a continuación vi el vómito que tenía en el pecho. Larry estaba sentado viendo un vídeo de Jacky Chan. «Estoy rodeado de putos mariquitas», se carcajeó sin humor. «Encima me dices que eres capaz de aguantar la *brown*.»[28]

Intenté hablar, decir que había pasado mucho tiempo, pero en mi garganta notaba la tos amordazante de pota acerba y le hice un gesto a Muriel, quien tenía a su lado un vaso de agua. Sorbí, casi asfixiándome, pero no resultó incómodo, fue como una caricia lenta, suave y cálida en la garganta y los pulmones porque la mandanga estaba haciendo su tarea.

Sharon está sentada en el sofá pasando sus dedos entre mis cabellos, y después me masajeó el cuello como si estuviera puesto de éxtasis. «Eres un chico muy malo, Andrew Galloway. Nos tuviste a todos muy preocupados hace un ratito. ¿No es así, Larry?»

«Sí», gruñe Larry distraídamente, sin apartar la vista de la caja tonta.

Solté una pequeña carcajada ante la ocurrencia de que a Larry le preocupara cualquiera que no fuera él.

Debí de estar allí tirado más de una hora recobrando y perdiendo la conciencia mientras los dedos de Sharon me trabajaban el cuello y los hombros y la voz de Larry entraba y salía de mi radio de autonomía auditiva, como una señal entrante que aparecía y después se perdía.

«… esta mandanga es la mejor… podrías ganarte unas cuantas libras colocándola por ahí… todo dios está asustado con el sida pero si tienes cuidado no hay problema… mezcla el caballo y el speed… la base no, ojo, a la mierda con eso… Phil empezó a sobrarse… empezó a dejar caer nombres… odio cuando la gente empieza a soltar nombres creyendo que vas a arrugarte… habló de los Doyle… de la tal

Catriona… le dije que yo conozco a Franco y a Lexo y tal, así que a mí no me vengas con los Doyle… entonces montó un número de mierda con el dinero… ni puta idea… no le pasa nada… creo que Muriel acabará sintiendo lástima por él y que así el muy tocino conseguirá tirársela…»

Sharon se levanta y vuelve cambiada de ropa, paseándose delante de mí como si fuera una modelo de pasarela. Lleva puestos un par de pantalones blancos ceñidos y un top a rayas blanco y negro. Consigo hacerle la señal de los pulgares para arriba. Se va hacia la cocina mientras Larry perora interminablemente acerca de sus atrocidades menores más recientes de una forma que resulta extrañamente tranquilizadora y reconfortante.

«… esa que estaba en Deacon's… se cree que puede ir calentando pollas todo lo que quiera… pues a éste no… le colé un par de gelatinas de metadona para que se las bajara con el vodka y se apagó como una bombilla… je je je… todavía tengo las fotos… ahí detrás de la parada del autobús donde las tiendas; como esa guarra vuelva a pasarse de la raya…»

Y ya no importa. Eso es lo que tiene de hermoso. Nada importa una mierda.

«… el coño más apestoso del mundo… le dije: ¿Es que tú nunca te lavas el coño? … y tu colega, Gally, ese cabrón de Juice Terry… no me digas que no es un sobrao de mierda…»

Muriel entró gritando y Phil avanzaba dificultosamente detrás de ella. Llevaba la cara blanca de espanto y de pánico y se tambaleaba; ahora le chorreaba sangre sobre la sábana. «Voy a llevarle en coche al hospital», dijo ella.

Larry, para sorpresa mía, se levantó. «Vámonos. Mantengámonos juntos.» Después añadió canturreando: «Sabes que hicimos voto de amarnos el uno al otro para siempre…»

Yo hice un ademán de protesta, pero Larry me levantó y me puso en pie. «Quiero oír qué historia le cuentan a los del hospital…, asegurarme de que no haya choteo…», dijo arrastrando las palabras.

Nos metimos todos en el coche, que estaba aparcado en Montgomery Street; Sharon conducía y Phil iba en el asiento del copiloto; el resto íbamos detrás. Larry estaba jodido, se había metido otro chute antes de salir de casa e iba a la deriva. «No digáis nada, ojo…», dijo antes de desvanecerse.

«Intenta apartarte todo lo que puedas de las calles principales, Sharon», dijo Muriel, agarrando uno de los Bartholomew's Edinburgh City Plan, «no queremos que nos paren con estos dos hasta arriba de jaco.»

Mientras Sharon arrancaba el coche Phil empezó por primera vez a dar muestras del pánico que sentía. «¡ESE CABRÓN DE WYLIE!», gritó. «¡NO PUEDO CREER QUE LO HICIERA!»

Yo me encontraba en ese estado en el que no sabía si lo decía o sólo lo pensaba, «Créetelo.»

«¡NO PUE…!» Phil farfulló las últimas palabras. Se dio media vuelta en el

asiento y estrelló su voluminoso puño contra la cara de Larry. Larry se despertó diciendo: «De qué va todo esto», en una especie de súplica de tono nasal.

Muriel echó a Phil hacia atrás y le cogió por los hombros. «Phil, hostia puta, estate quieto, estás perdiendo sangre», le suplicó.

«Esto es una locura total», dijo Sharon.

«Intenta estarte quieto, Phil», imploró Muriel. «Llegaremos enseguida. Y recuerda. No puedes delatar a Larry.»

«No he delatado a nadie en mi vida», chilló Phil, «pero él…, el cabrón…» Phil se volvió en el asiento otra vez y trató de agredir otra vez a Larry, que se limitó a decir: «Venga, ya vale…» y se rió.

Pero Phil empezaba a superar la impresión de la puñalada. Estaba furioso con Larry. Volvió a darse la vuelta y le martilleó la jeta. Larry se retorció como un muñeco de trapo; su cabeza restalló hacia atrás por el impacto del golpe. Parecía uno de aquellos perros que mueven la cabeza en la parte de atrás de los coches. «Vale, Phil…, ya está bien…», dijo Muriel, casi al mismo tiempo. Yo me empecé a reír. A Larry se le estaba hinchando el ojo, que parecía un trozo de fruta podrida.

«SOBRAO… CABRÓN…», chillaba Phil, y Sharon hizo OHHH, cuando más sangre, sangre *de verdad*, empezó a caerle sobre el regazo a Phil. Justo cuando llegamos a Urgencias, Phil se derrumbó sobre Sharon. Ella detuvo el coche a cincuenta metros del patio delantero. Muriel no podía levantarle, así que salió del coche y cruzó el asfalto a la carrera. Larry, aturdido, cayó en mi regazo. «Una mierda estupenda, Gally…, todo hay que decirlo», murmuró, mirándome con su cara de perdido.

Los tíos de la ambulancia salieron inmediatamente y sacaron a Phil del coche y se lo llevaron. Les costó un huevo subirle del suelo a la camilla, incluso con las patas plegadas. Le di un grito a Muriel y se vino hacia acá, apartando a un enfermero que indicaba la mesa.

Se puso delante, al lado de Sharon, que dio marcha atrás hábilmente y nos largamos. «¿Adónde vamos?», preguntó ella.

«A la playa», sugerí. «A Portobello.»

«Yo quiero ir de clubs», suelta Sharon.

«Por mí bien», dije yo, recordando que quería colocar unas pastillas en el club de Carl Ewart, para aprovisionarme con algo de pasta para lo de Munich.

«Esta noche no conseguiremos entrar en ningún club», se mofó Muriel.

«Sí, en el Fluid, el club de mi colega, el Fluid, allí nos dejarán entrar», dije yo arrastrando las palabras.

Larry todavía lleva la cabeza en mi regazo. Me miró y saludó levantando un puño cerrado. «¡Clublandiaaa!…», jadeó ruidosamente.

LIMITACIONES

Larry no consiguió llegar más allá de los seguratas de la puerta y Muriel le llevó a casa. Nos dejaron entrar a Sharon y a mí, y sólo porque soy amigo de Carl y ella iba conmigo. Yo estaba hecho polvo y en realidad no me importaba demasiado lo del club. Billy estuvo hablándome un rato, y creo que Terry dijo algo acerca de la Fiesta de la Cerveza. Sharon me llevó a casa. Recuerdo que me metió en la cama y que después se metió ella. Por la noche me empalmé y casi ni me fijé. Ella debió sentirlo, porque se despertó y empezó a jugar con ella, y después me pidió que me la follara.

Cuando empezó a darme besos con lengua pensé por un rato que yo era otra persona. Entonces recordé exactamente quién era. Le dije que no podía, que no era cosa de ella, que era yo. No había ningún condón y simplemente no podía hacerlo. Ella se mantuvo abrazada a mí con fuerza, mientras yo le decía que andaba por ahí con basura, y que ahí me incluía a mí mismo; le dije que ella era mejor que todo eso y que debería poner un poco de orden en su vida.

Ella apartó su cara sudorosa de la mía y entonces pude enfocarla. «No pasa nada…, no importa. Lo adiviné más o menos. Pensé que lo sabías: a mí me pasa lo mismo», me dijo con una sonrisilla traviesa.

No había temor en sus ojos. Ninguno. Era como si estuviera hablando de formar parte de la puta masonería o algo así. Me dejó acojonado. Me levanté, me metí en el cuarto de estar y me senté en la silla con las piernas cruzadas; me quedé mirando la ballesta que estaba colgada en la pared.

TERRY LAWSON

A TIEMPO PARCIAL

El paro no es tan malo como la seguridad social, dicen algunos. Otros dicen lo contrario. Un puto debate académico porque para mí todo forma parte de la misma mierda; cabrones que quieren meter las putas narices en tus asuntos. Sí, los muy hijos de puta me han convocado, así que bajo a Castle Terrace para acudir a mi cita. El menda está allí a la hora establecida, pero el sitio está abarrotado. Por el aspecto de la cosa, va a ser una pérdida de tiempo que te cagas. Así que espero sentado en los asientos de plástico rojo con el resto de pobres cabrones, intentando ponerme cómodo. Todo tiene el mismo aspecto: las escuelas, las comisarías, los trullos, las fábricas y las oficinas del paro y de la DHSS. Todos los sitios en los que procesan al respetable. Allí están las paredes amarillentas, las luces de neón azuladas y el tablón de anuncios con uno o dos carteles viejos. La primera palabra puesta en el cartel o la señal suele ser «No»; o eso, o lleva puesto uno de dos mensajes: Os estamos vigilando, cabrones, o: Hacednos el favor de delatar a vuestros amigos y vecinos. El que estoy leyendo ahora está por todas partes últimamente:

¿SABE DE ALGUIEN QUE DEFRAUDA?

DENOS UN SOPLO POR TELÉFONO

Hubo ligeras molestias la última vez que estuve aquí, en una de estas movidas. Mandaron a una puta vacaburra sobrada a ponerme las pilas, pero la cosa no salió del modo que los cabrones tenían previsto. Ella apareció con todos mis datos, contándome lo del trabajo ese que tenía que aceptar si no quería que me cortaran el subsidio.

Aquella mujer tenía el pelo tieso y quebradizo y llevaba un vestido estampado. Los orificios nasales de su pico estaban activados para ver si captaba los indicios del arrabal; los trujas, la cerveza, o cualesquiera prejuicios que la muy cabrona tuviese.

Eché un vistazo a los datos y después, sin la menor prisa, miré a la mujer. «Bueno, la verdad es que yo lo que buscaba es un empleo a tiempo completo», le expliqué.

Hay que reconocer que al menos tuvo la decencia de aparentar un poco de

vergüenza mientras se explicaba. «Este puesto *es* a tiempo completo, señor Lawson, son, eh…, treinta y siete horas semanales.»

«Mmmm…, ¿no tienen ninguno de venta de gaseosas sin más?», le pregunto, «es que yo siempre he vendido refrescos a domicilio. De las furgonas, ¿sabe?»

«No, señor Lawson», dijo fríamente, «ya se lo hemos dicho antes mil veces. Ya no puede ir usted vendiendo gaseosas, como usted las llama, con la furgoneta por ahí. Hoy en día los refrescos ya no se venden al por menor de esa forma.»

«Pero ¿por qué?», le pregunto, asegurándome de que me quedo un poquito boquiabierto después de hacerle la pregunta.

«Porque resulta más sencillo para el consumidor», dice ella toda estirada.

Vacaburra condescendiente. Y corta que te cagas además. No tenía ni zorra idea de que sólo quería ganar un poco de tiempo. «Pues para la gente como yo no resulta más sencillo. Y conozco a gente que todavía hoy me pregunta cómo puede ser que no vendan refrescos en las barriadas…, amas de casa mayores que no pueden salir de casa y tal.»

Así que seguimos así un rato, pero ella no quiere saber nada del tema. Me dice que tengo que aceptar el empleo que tengo delante y punto.

Aquello era algo que simplemente no podía permitirme; así de sencillo. Era mucho más el factor tiempo que el factor dinero, aunque la paga fuera una broma de mal gusto. ¿Setenta y cinco peniques la hora por preparar hamburguesas? Pero lo del tiempo era peor; retenerte en una hamburguesería cuando podrías estar por ahí ganando dinero de verdad. No tengo tiempo para eso. ¿Treinta y siete horas semanales haciendo esa mierda? Que le den.

Pero tuve que aceptar. Y, para ser justo conmigo mismo, aguanté dos días. Trabajando sin parar con un chavalín lleno de granos que no iban a mejorar demasiado con toda aquella grasa a su alrededor; sirviéndole hamburguesas a borrachos tocahuevos, estudiantes tontos del culo y amas de casa con críos de uniforme y con cara de teleñeco.

Pero no por mucho tiempo.

Allí estaba yo, un domingo por la mañana, sentado en el pub de enfrente de la hamburguesería. Sí, tenía montones de testigos que dirían que había pasado toda la noche allí y darían fe de mi espanto cuando el viejo George McCandles entró alteradísimo para contarnos a todos que la nueva hamburguesería que habían abierto en Leith Walk estaba en llamas. Efectivamente, oímos los aullidos de las sirenas como si de una obra de teatro se tratara y salimos a la acera, pinta en mano, a ver los fuegos artificiales.

Mejor que la puta tele en cualquier momento.

La gran sorpresa fue que la policía no vino a buscarme de inmediato. Se presentaron bastante pronto en el lugar del crimen y me guiparon en la puerta del pub. «Ahí es donde trabajo yo, encima», le dije a uno de los monos, fingiendo indignación. «¿Qué voy a hacer?» Ralphie Stewart oyó aquello y soltó: «Desde

luego, Terry, eso podría obligarte a ganarte la vida delinquiendo, ya lo creo.»

Así que al día siguiente fui y el sitio estaba reducido a cenizas. El gerente estaba allí con un tío de la casa madre y un tipo de una aseguradora. Me dijo que el sitio estaba cerrado y que tendría que subir al paro y volver a apuntarme. De modo que cuando llegué allí, la vieja vacaburra hizo un montón de insinuaciones. Pobre arpía, acabó comiéndose un marrón por pasarse de la raya. Ésa es la mejor táctica: conseguir que se confíen haciéndote el bobo, quedándote ahí sentado, asintiendo como si fueras el tonto del pueblo; entonces es cuando se pasan de sobraos y de gallitos. Entonces es cuando les disparas con ambos cañones. Esa expresión tan guapa de conmoción en sus caretos cuando se dan cuenta de que se la has metido doblada, que no se la estaban jugando con ningún teleñeco al que pueden estafar y que se tragará su mierda, sino que tienen que vérselas con un puto sobrao de verdad que tiene sentido de la oportunidad y está al quite.

Así que ahí estaba yo, asintiendo sin parar como un tontolculo cuando ella me suelta: «Es curioso, señor Lawson», incapaz de ocultar que le hervía la sangre, «ésta es la segunda vez que esto sucede en sitios en los que usted acababa de empezar a trabajar.»

¡Bingo!

Metí la segunda. Me erguí en la silla y la enfilé con la mirada. Le eché aquella mirada de Birrell-antes-de-la-campana. «¿De qué vas?», le pregunté.

«Sólo decía…» Empezó a aturullarse, y le cambiaron la mirada, la postura y el tono de voz.

Yo la miré, apoyándome sobre su escritorio. «Pues yo sólo digo que me gustaría que llamara usted a su superior y repitiese lo que acaba de decirme ahora mismo. Estoy seguro de que a la policía también le interesará escuchar estas alegaciones. Antes de eso, claro está, me pondré en contacto con mi abogado. ¿De acuerdo?»

Ella empezó a supurar sudores, pedos y babas; el corazón le zumbaba como el badajo de una campana y su rostro gordinflón se puso más colorado que un cajón de remolachas. «Yo…, yo…»

«Llámele», sonreí fríamente, tamborileando alegre e insistentemente con los dedos sobre el escritorio, añadiendo: «o a ella. Si no le importa.»

Así que convocó tímidamente al superior; por supuesto, para entonces la vacaburra de mierda ya estaba conmocionada ante el hecho de que lo que había comenzado como el rutinario acoso de un capullo de pinta chunga procedente de una barriada había dado un giro total, transformándose en una situación de pesadilla. La puta mancha disciplinaria en un expediente por lo demás ejemplar. Sí, ese tipo de manchas puede ser muy tozudo y, sintiéndolo mucho señora, su Ariel y su Daz no le van a servir en esta ocasión. El caso es que aunque no hayan sido más que unas palabras, la próxima comisión de ascensos dirá: «Sí, la gorda cabrona puede que sea lo bastante maligna y retorcida para ser una buena supervisora de la seguridad social, pero carece de las imprescindibles cualidades de atención al cliente. Asignemos a esta

bobalicona a tareas rutinarias de archivadora hasta que se presente la oportunidad de una jubilación anticipada o de un despido procedente.»

Así que aquella cabrona recibió un rapapolvo y yo una torpe carta de disculpa:

Estimado Sr. Lawson:

Le escribo para pedirle disculpas en nombre del Departamento de Empleo en relación con unos comentarios presuntamente dirigidos a usted por una de nuestras empleadas. Se acepta que los presuntos comentarios estaban fuera de lugar en lo que se refiere a la investigación de su caso, y que podrían haber sido malinterpretados.

Tenga la certeza de que el asunto está siendo resuelto internamente del modo más apropiado.

Atentamente,
R. J. Miller
Director

América: ése sería el sitio ideal para mí. Allí cada vez que algún cabrón se sobra, le meten un puto pleito por el culo, como dicen ellos. ¿Qué te dan aquí cuando uno de esos cabrones oficiales te insulta? Una torpe disculpa que no tiene el más mínimo sentido. ¿Presuntos comentarios? ¡Anda ya! Incluso yo, con mi título de graduado escolar y gracias, reconozco el inglés de mierda cuando lo veo. Nah, los yanquis lo tendrían todo bien pensado. Allí es todo cuestión de derechos, nada de la mierda esa del sistema de clases que tenemos aquí. A una puta esnob como ésa la pondrían en su sitio. Ya lo puedes creer, cariño; te metes unas cuantas canicas en la boca y crees que ya puedes frotarte tu viejo y reseco coño debajo de la mesa porque acabas de ver entrar a un tío que vive en una barriada. ¿Crees que yo voy a hacer de víctima en tu jueguecito de dominación?

Nein, mein schwester, nein, porque ich bin ein Municher pronto. Así que mantén quietecita y cortés la vieja lengua, porque oye, aquí te enfrentas a un hombre de mundo internacional.

Italia 90, follando por Escocia. Será igual en Munich. Fijo.

Hubo una cosa en la que acerté: la policía no mostró interés. Me sorprende que no fueran derechitos a casa de Birrell, con la reputación de incendiario que tiene. Aunque ahora ya no, como le dijo al tío del *News* cuando revelaron lo de sus condenas por incendio, «los únicos fuegos que enciendo en la actualidad son en el ring».

Pero hoy con los del paro, bueno, reconozcámosles lo suyo. Tengo que reconocer que esos capullos han aprendido la lección. Para empezar, la tía del mostrador que me convoca a su cubículo está muy bien y, para continuar, es mucho más enrollada, es la

táctica del guante de seda.

«Es la tercera vez que me pasa esto», le explico, intentando que la sonrisita interior no me asome por fuera. «El último sitio en el que trabajé ardió cuando apenas había empezado a trabajar. El anterior tuvo que cerrar a causa de una inundación. ¡Empiezo a pensar que alguien me ha echado el mal de ojo!»

La inundación fue por lo de Italia 90, durante el verano. Sí, claro, voy a estar sentado en una piazza de Roma, rodeado de vino estupendo y chochos de primera clase cuando podría estar trabajando bajo el calor abrasador de la cocina de un restaurante a la entera disposición de algún deshecho de la escuela de bellas artes frustrado, alcohólico y con cara colorada que se hace llamar chef, y en pleno verano, por veinte peniques semanales.

Sí, claro. ¿Cómo no se me había ocurrido?

Pero la pequeña del escritorio se limita a devolverme la sonrisa. Sí, esta chavala es enrollada, ya lo creo. Mientras sus ojos se desplazan hacia los formularios le echo un vistazo a las tetas, pero sorprendentemente no está demasiado surtida en ese aspecto. Es curioso, pero tiene aspecto de que *debería* tener un buen par. Es la sonrisa, y la clase de autoconfianza, la puta vivacidad esa. Con todo, de todo tiene que haber en este mundo, y no le diría que no si me lo pusiera en bandeja, eso os lo digo gratis. Hay que hacerlo, es la sal de la vida; lo que digo siempre.

Esta chavala es más dulce que una devolución de impuestos inesperada. Acordamos que tendré que seguir resistiendo dignamente al pie del cañón hasta que puedan mandarme a hacer algo apropiado. «Fue al terminarse lo de las camionetas de refrescos, eso es lo que a mí me puso en jaque», le expliqué.

Además es cierto; después de aquello cambié de profesión.

Hablando de lo cual, es hora de ir a ver al tío Alec, porque tenemos trabajo *de verdad* que hacer. Aún no conozco a ningún cabrón que se haya enriquecido preparando hamburguesas.

MOVIDA DOMÉSTICA

A Alec le llamo «tío Alec» en broma, porque conocí al viejo cabrón hace siglos, cuando me estaba follando a su sobrina. Así que entro en el Western Bar y allí está, mirando a la gogó pero sin mirar realmente, si me explico. Personalmente, a mí nunca me han ido las gogós; me gusta ver a las tías quitarse la ropa cuando quieren que se las follen, no cuando sólo quieren bailar. La cosa me resulta demasiado remota. No es lo bastante romántico, joder. Pero es que yo soy así.

Está en la barra leyendo su ejemplar del *Daily Express*. Así de rancio es el cabrón; una reminiscencia de los tiempos en que el *Express* tenía la mejor sección de carreras de caballos. Ni dios lo compra ahora. Sus ojos se desplazan de los resultados de las carreras a los resultados de las gogós. «Alec», le suelto, abriéndome paso hasta llegar junto al viejo cabrón.

«Terry…», dice arrastrando la voz. El capullo va medio bolinga otra vez. «¿Qué te apetece tomar?»

Echo una mirada alrededor del bar abarrotado. Por aquí hay demasiadas miradas indiscretas. Visualizo al capullo borracho gritándome al oído para contarme lo del golpecito este que ha organizado, y la música deteniéndose y todo el puto bar enterándose de lo que tramamos. Nah. Empieza a preocuparme esto de que yo sea el que cada vez más a menudo tiene que pensar por los dos. Y encima es todo cuestión de cosas elementales, eso es lo que me toca las pelotas, que son las putas cosas más elementales, cosas de las que el muy cabrón tendría que estar al tanto. «Nah, vámonos a dar una vuelta por Ryrie's.»

«Vale…», me suelta, terminando la pinta y siguiéndome hasta la calle.

Así que vamos pateando por Tollcross y por Morrison Street, y empiezo a apretar el paso porque delante parece haber un hermoso y prieto culo.

Sí… una muñequita que te cagas. Falda corta, y unos muslos guays.

Alec está resollando porque no consigue mantener el mismo ritmo. «Espera, Terry, ¿dónde está el puto incendio?»

«Aquí abajo», le digo, dándome una palmadita en la entrepierna e indicando con la cabeza el motivo.

Alec carraspeó y arrojó a la canaleta unas flemas amarillas y verdes sin aminorar el ritmo.

«Sólo puedes hacerte una idea exacta de cómo será el culo comprobando los muslos», intento explicarle al cabrón mientras vamos dando botes por la calle tras unos cabellos largos y ese culo tan mono. Por supuesto, es una pérdida de tiempo tratar de explicárselo a un borrachín que no ha echado un polvo en años, qué digo años, décadas, y que pasaría por encima de una multitud de supermodelos desnudas para llegar hasta una lata de Tennent's Super, pero ya veis.

La cuestión que intentaba aclararle a Alec, de haberse mostrado receptivo, es que hay peña que le ve el culo a una tía y dicen fua, qué culo, pero que ésos no son más que aficionados. La cuestión está en que no ven más que el culo. El profesional siempre inspecciona los muslos (y la cintura) *y la relación entre éstos y el culo*. Así se puede evaluar a la tía como un todo. Buen culo lo puede tener cualquiera, dos nalgas, pero ¿cómo encaja eso con lo demás?

Bueno, pues en este caso de puta madre. Los muslos están bien torneados y firmes, son lo bastante gruesos como para sugerir potencia y lucir el culo pero no lo bastante grandes como para dominarlo o ensombrecerlo. Unos buenos muslos tienen que hacer lucir un culo al máximo. Todo trofeo necesita una peana decente. Es la sal de la vida.

Alec tiene la cabeza en otra parte. «Es un queo guapo», me explica resollando, refiriéndose a la casa a la que vamos a darle el palo la semana que viene, esa casa grande en la Grange. «La seguridad es una mierda… el tío es profesor en la uni… ha escrito un libro sobre el nuevo estado securitario en Gran Bretaña. Dice que las

compañías de seguridad privadas organizadas por gangsters están reemplazando a la ley y al orden…, así que el cabrón no tiene alarmas ni nada…, está pidiendo a gritos que se la hagan… ¡Espera, Terry!»

Dice que está pidiendo a gritos que se la hagan. Y que lo digas, pienso yo, pero la tía se mete por una bocacalle y empieza a subir la cuesta.

Ése fue el mayor logro de los *tories*: hacer que tener principios te costara dinero. La sanidad privada, las ventas de casas municipales, hipotecas, vender las industrias nacionalizadas, si no te unes y acatas la disciplina eres un pringao, incluso cuando lo único que estén haciendo es facilitarse a sí mismos la tarea de meterte la mano en el bolsillo para el resto de tu vida. Pero estás tan contento con tu pedacito de papel y tu trocito de plástico que no puedes verlo. Sí, los principios cuestan. Pues bien, a este capullo le van a costar bastante caros muy pronto, y su seguro, si es que lo tiene, eso fijo.

«… la familia está de vacaciones en la Toscana durante dos semanas así que *avanti* a toda máquina», jadea, mientras entramos en Ryrie's y pedimos una pinta para mí y media pinta con un whisky para él. La cara de Alec está aún más colorada de lo normal mientras saluda a sus amigotes con la cabeza. Probablemente sea la primera pizca de ejercicio que hace en años.

«¿Dónde está eso?»

«Italia», dice, mirándome como si fuera un cretino. «¡Pensaba que no hacía tanto que habías vuelto de allí!» Sacudió la cabeza mientras echaba un trago.

Bueno, allí no habría mundiales de fútbol, y además la geografía siempre se me dio de culo en el colegio. Eso sí, sé cómo llegar a la Grange y volver a nuestro local en Sighthill y con eso ya me conformo, muchas gracias.

Aunque Italia estuvo guay; el Mundial. El nivel de los chochos era magnífico, en particular el de las tías jóvenes. Parece que empiezan a entrar en carnes en cuanto se ponen el anillo de bodas, como en aquel viejo sketch de Benny Hill. ¿De qué irá todo ese rollo?

Alec se ha pulido la media pinta y saca otra ronda, a pesar de que apenas llevo consumida un par de centímetros de la mía. Es el mejor desvalijador de pisos que hay, o al menos lo era antes. Ahora me supone una lucha constante para que no pierda los papeles. No puede ser que nadie la cague cuando estás currando. Así que no es que no confíe en él, sólo que me apetece ir hasta la Grange para comprobarlo todo personalmente y quedarme satisfecho. Pero no puedo decírselo al viejo cabrón; se pillaría un mosqueo que te cagas. Para él sigo siendo el joven aprendiz y siempre lo seré, pero tras otra pinta me excuso y me cojo un tequi para allá.

HOGAR EN LA GRANGE[29]

Llueve a mares en la Grange, y me encuentro de pie bajo un gran olmo, uno de

los que sobrevivieron a la plaga de grafiosis del olmo que golpeó estos lares hace unos años. Así es el puto Edimburgo, hasta los putos árboles tienen su propia epidemia. Me sorprende que los *weedgies* no le sacaran más punta. Con todo, me alegro del cobijo que me proporciona este capullo porque enseguida empieza a caer una tromba de las que no deja ni ver. Aquí las calles secundarias son todas muy raras: son todo pensiones. Eso no me gusta; demasiadas idas y venidas. Nuestra calle es más residencial, pero no me quedo parado demasiado tiempo. Cuando hago un reconocimiento en esta zona, *siento* abrirse las cortinas en señal de alerta antibarriobajera cada vez que me aparto de una de las calles principales. Sí, la casa parece bastante aislada, pero sería de locos acercarse demasiado en este estado de paranoia. A lo mejor vuelvo a acercarme más tarde, cuando haya oscurecido.

Voy caminando hacia la parada del autobús cuando noto que un coche se detiene junto a mí.

Es la puta poli. Fijo.

Joder.

Oigo a algún cabrón gritar mi nombre y anunciarse como la pasma y casi salto de miedo, pero me quedo tranqui y me vuelvo lentamente; es el puto Birrell en su coche. Así que me meto, contento de que me lleve, porque ya vuelve a caer a mares. Birrell lleva el pelo bastante más largo que de costumbre; lo lleva mojado y ha empezado a apelmazársele sobre el cuero cabelludo. El coche huele como el dormitorio de una puta, a *aftershaves*, espumas y geles. Los deportistas son los mayores maricones de tapadillo que hay en el mundo. Y realmente no creo que a las tías les mole ese rollo putón en un tío. Prefieren los olores corporales más naturales, cuando menos las tías de verdad. Aunque supongo que a la clase de tías que le va a Birrell —zorrillas remilgadas y anoréxicas con cara de amargadas que visten ropa cara, y que reventarían si les metieran un rabo decente— probablemente les encante esa mierda.

Así que cascamos un rato sobre Italia y empezamos a hacernos ilusiones con lo de Munich en octubre, aunque como este golpecito no salga bien no tendré nada con lo que hacerme ilusiones.

Cuando llegamos a nuestro barrio y estamos a punto de adentrarnos en él, guipo a Gail con la cría, justo delante de las tiendas. Después miro por la calle ¡y veo al puto Mamonazo y a Gally, preparándose para pegarse!

¡Hostia puta!

A Gally se le ve todo gallito y Mamonazo está pero que bien preocupado. «Billy, para aquí, mira donde las tiendas.»

Birrell se pega una frenada y una marcha atrás guay en plan *Corrupción en Miami* y salimos disparados del coche. Billy suelta un grito y Gally se vuelve hacia nosotros. Mamonazo se larga por la puta calle abajo como si su puta vida dependiera de ello. Y así es, además; ese cabrón se va a llevar lo suyo. Y no es que Gally ni ningún otro necesite ayuda alguna con ese gilipollas.

Gally está un poco alterado, así que me lo llevo al Wheatsheaf, donde había medio quedado con Alec. Birrell se ha rajado como una nena para mantenerse en forma para su pelea. Le meto mucho caña, pero le deseo suerte. Se le da bien además; no es mal boxeador. Aunque no creo que sea tan bueno como todo quisque hace ver; se les sube a la cabeza toda esa mierda del «héroe local». Pero eso no puedes decirlo; todo el mundo piensa que no son más que celos. Pero le deseo buena suerte de todos modos.

Gally y Alec, vaya pareja. Gally empieza que si la chavalilla, después que si Gail, que si Mamonazo, el capullo de Polmont, y Alec lloriquea con la cerveza delante sobre su mujer, la que murió en el incendio, y sobre cómo su hijo no le habla. Es triste, pero de eso hace siglos, y tendría que ponerse un poco las pilas. No hay gran cosa que pueda decirles a ninguno de los dos. Menuda copa que ha resultado ser esto. «¡Venga, chicos, que estamos echando unos traguitos!»

Ambos me miran como si hubiera insinuado que fuéramos a hacer un poco el pederasta.

Acabamos en casa de Alec con una bolsa de comida para llevar, pero la noche sigue la misma tónica deprimente durante un rato; Gally y Alec están tocando la vieja canción de mierda «la hemos cagado del todo».

Gally se quedó realmente hecho polvo cuando Gail le dijo que estaba follando con Polmont. Que iba a dejarle por *Polmont*, precisamente. Podría haber sido cualquier otra persona de este puto mundo, pero no. Se pelearon, y Gail es del mismo tamaño que Gally, y no sé por quién habría apostado yo.

Recuerdo que después hablamos de ello. Ewart dijo que Gally hizo mal en pegar a Gail, pasara lo que pasara. Billy no dijo palabra. Así que le pregunté a Carl si Gail había hecho bien en pegar a Gally. Entonces le tocó no decir palabra a él. Y ahora Gally vuelve a narrarle todo lo que pasó aquella noche a Alec, que está sumido en su propia miseria. «Le grité, y ella me gritó a mí. Nos zurramos el uno al otro. Ella soltó el primer golpe. Perdí los papeles y la cogí por los pelos. Entonces Jacqueline entró desde el dormitorio para impedir que su mamá y su papá se hicieran daño el uno al otro.» Gally tosió y miró a Alec. «Gail tenía las manos alrededor de mi garganta. Le solté el pelo y cerré el puño, recogiendo el brazo para pegarle. Golpeé a Jacqueline en la cara con el codo, quebrándole el pómulo como si hubiera sido el esqueleto de algún… pequeño mamífero. No sabía que había entrado en la habitación. No podía mirar su carita destrozada. Gail llamó a la ambulancia y a la policía y volví a la cárcel.»

«Esto es de lo más alegre», digo yo.

«Lo lamento…, lamento ser un coñazo. A la mierda con Gail y con ese cabrón», suelta él. Tras una larga pausa en la que estuvimos todos allí sentados como pollas de repuesto, saqué otra tanda de cervezas de la nevera. Fui a poner algo de música. Alec

tiene una colección inmensa, el problema es que es una colección de ejemplares del *Daily Record*:[30] ejemplares viejos tirados por todas partes. Encontré una cinta de Dean Martin, que es casi lo único que merece la pena escuchar. La bebida acaba haciendo efecto y ellos notan cómo desaparecen sus penas. Pero las penas nunca las ahogas, sólo las sumerges hasta el día siguiente.

Alec acaba quedándose sobado. Este queo suyo es como un continente olvidado por el tiempo. La chimenea Sunhouse con las cosillas esas que giran sin parar y los faldones de teca barnizada ha conocido tiempos mejores. Esa alfombra está tan desgastada e impregnada de años de mierda que uno podría patinar sobre ella como si fuera la pista de patinaje sobre hielo de Murrayfield. En la pared hay un gran espejo rajado, con uno de esos marcos estrambóticos en oro de imitación. El espectáculo más deprimente son las fotos familiares arrugadas, colocadas en marcos sobre la repisa de la chimenea y la tele. Parece como si las hubieran aplastado manualmente en un arrebato alcohólico, y después hubieran sido amorosamente restauradas al día siguiente con sobrio autoaborrecimiento. Sobre el respaldo del sofá, lleno de quemaduras de cigarrillo y con muelles desvencijados asomando por la parte de abajo, hay ropa vieja amontonada. El aire huele a tabaco, a cerveza pasada y fritanga rancia. Aparte de nuestras latas y de un trozo de queso enmohecido, la nevera está vacía y el cubo de la basura desborda su contenido sobre el linóleo. Que le den por culo a Glasgow con toda esa mierda de la Ciudad Europea de la Cultura; hay muchas más culturas en los platos de Alec, todos amontonados en el fregadero, cubiertos de moho verde y cieno negro. Menuda juerga ha debido de montar.

Al día siguiente Gally no está y yo me levanto espeso. Puede que sólo haya bajado a por tabaco. De todos modos, no pienso quedarme a ver cómo esos cabrones se montan una orgía de autoaborrecimiento. Es hora de largarse antes de que Alec me arrastre a otra sesión lacrimógena.

Estoy en el autobús y veo pasar el barrio de Chesser. Voy empalmao que te cagas y ni siquiera he visto un chocho. Empiezo a sentir un poco de náuseas; a veces los autobuses me hacen ese efecto. Así que decido bajarme y volver atravesando el parque para respirar un poco de aire fresco. Me olisqueo los sobacos y decido que el sudor fresco no se puede aguantar.

Se están jugando unos cuantos partidos; hay un equipo vestido de azul destrozando a otro negro y oro. Tienen aspecto de tener diez años menos y de estar cinco veces más en forma que los tíos de negro y oro. Sigo mi camino y paso por donde los columpios, y me detengo porque veo a alguien que me resulta familiar.

La pequeña está en la glorieta y ella la vigila, pero está sumida en sus propias reflexiones. Me acerco a ella sigilosamente, experimentando el revuelo que nunca dejo de sentir cuando estoy cerca de ella. «Hola, hola», le suelto.

Ella se vuelve y me mira lentamente, con una expresión de hastío, ni hostilidad, ni aprobación. «Terry», dice cansinamente.

«Menudo número el de ayer, eh.»

Se rodea el cuerpo con los brazos, me mira y dice: «No quiero hablar de él… o del otro, de ninguno de los dos.»

«Por mí, perfecto», sonrío, aproximándome un paso. La pequeña sigue jugando en la glorieta.

No dice palabra.

Pienso en el aspecto que tiene hoy. Ya hace un tiempo, cuatro o cinco años largos. Cuando Gally volvió a la cárcel, y después de que yo pasara una temporadita a la sombra. Ella y yo… siempre fuimos un par de guarros el uno con el otro. Siempre ha habido algo…, siento ese leve cosquilleo en la polla y las palabras me salen de la boca: «¿Qué haces esta noche, pues? ¿Pensáis salir de marcha?»

Me mira de una forma que dice: Vale, ya empezamos otra vez, jugando a nuestro bobo jueguecito. «No. Va a estar en Sullum Voe quince días.»

«No deja de ser dinero, ¿no?», digo encogiéndome de hombros, pensando en cualquier cosa menos en el dinero. Los dos nos sabemos estas gilipolleces de carrerilla.

Ella se limita a sonreír de una forma bastante triste, haciéndome saber que las cosas no van a las mil maravillas entre ellos, y dándome margen para hacer mi jugada.

«Bueno, pues si puedes librarte de la cría, a mí no me importaría llevarte por ahí esta noche», le digo.

Eso le hace perder los estribos un poco; empieza a mirarme de arriba abajo.

«Seré un perfecto caballero», le digo.

Así que me devuelve una sonrisa tan desprovista de humor que podría quebrar un puto plato. «Entonces paso», dice ella, y no es broma.

Eso volvió a ponerme en danza. ¿Por qué cojones vuelvo a empezar con todo esto? Las cosas van tan bien entre Viv y yo. Es la erección posresaca. Tienes demasiada sangre que debería estar en la cabeza dirigiéndose a la polla, atontándote, haciéndote decir cosas que sabes que no deberías decir. Pero ¿qué dices, qué haces? En caso de confusión, siempre se vuelve a los estereotipos. En caso de duda, adúlese. «Bien, haré todo lo posible por atenerme a mis buenas intenciones, pero estoy seguro de que me será imposible resistirme a tus encantos. Hasta la fecha nunca han fallado.»

Eso le sienta bien; se nota por la dilatación de las pupilas y la sonrisa retorcida que se le pone. Esos labios. Siempre ha hecho unas mamadas de primera; podría chuparla para la selección escocesa. «Pásate a las ocho», dice, toda coqueta, como una chiquilla, lo cual, si conoces el percal, es ridículo que te cagas. Aunque ahora mismo el percal es lo último en lo que estoy pensando.

«Entonces a las ocho, pues.»

Así que ahí me tenéis, con una cita caliente. Me siento como un hijo de puta total pero sé que estaré allí. Me largo, dejándola a ella con la cría, que sigue jugando sin parar.

No creo que la pequeña Jacqueline me viera siquiera.

Mientras me alejo, observo a las demás mamás jóvenes que hay allí, preguntándome si a todas les irá el mismo rollo que a ella. Puede que algunas tengan maridos que están trabajando fuera, ignorando como benditos el hecho de que mientras ellos pencan para poner el pan en la mesa, algún espabilao le saca brillo a la tubería de su señora. Algunas de las que están allí van en el mismo barco, eso es seguro. No es posible que a todas las tías lo que les vaya sea pasarse el día sentadas en parques, en casas o en tiendas con un par de críos. Que le den por culo a atender a algún cabrón exhausto y hecho polvo cuando vuelve a casa, al que probablemente ya no le atraigas y que se pasa el día tirándole los tejos a otra en el trabajo.

Aquí hay algunas mujeres de la misma edad que chavalas que se pasan toda la noche bailando en almacenes y en pleno campo, recorriendo el país de una punta a otra y pasándoselo de cine. A estas pobres bobas les tiene que apetecer un poco de eso: algún cabrón joven, delgado y bien parecido, con una polla enorme y sin preocupaciones que se las folle toda la noche, diciéndoles que son lo más bonito que jamás han visto, y además diciéndolo en serio. Claro, todos queremos nadar y guardar la ropa; todos queremos el dinero, la diversión, todo el puto mogollón. ¿Y por qué no, cojones? Es la sal de la vida. Yo no entiendo que en los tiempos que corren haya gente que espere que las tías sean distintas.

Paso por la entrada del parque, y la calle principal se abre ante mí. El barrio está afanándose; bueno, al menos esta parte de él. Al otro lado de la calle, donde están las casas viejas que nosotros, los de los pisos, pensábamos antaño que eran los cuchitriles, la cosa está boyante. Lo tienen todo, puertas y ventanas nuevas, jardines bien cuidados. Aquí, en los dúplex que nadie quiere comprar, todo se cae a trozos.

Decido que ir a casa me supera. La vieja está mosca que te cagas desde que volví y Vivían aún no habrá llegado del curro. Tengo las tripas reposadas pero la cabeza aún la llevo cargada. Opto por un *Evening News* y una cerveza en el Busy. No está haciendo honor a su nombre; está vacío salvo por Carl y Topsy, que están jugando al billar, Soft Johnny en la tragaperras y un tipo llamado Tidy Wilson, un capullo de cincuenta y cinco tacos que está en la barra con su jersey de golfista. Supero la ronda de gestos de reconocimiento y ocupo mi posición. Resulta curioso ver a nuestro amigo el señor Ewart por el barrio; ahora ya no viene por aquí tan a menudo; ya no, con su piso en el centro y ahora que su madre y su padre se han mudado a algún sitio de postín.

Carl se acerca y me da una palmada en la espalda. Lleva una gran sonrisa en la cara. El cabrón puede ser muy engreído a veces, sobre todo ahora que lleva el club este, el Fluid, pero en realidad adoro a este hijoputa. «¿Todo bien, señor Lawson?», me suelta.

«No va mal», digo estrechándole la mano. Después agarro la de Topsy. «Señor Turvey», le suelto.

«Tez», dice él, guiñándome un ojo. Es un chaval lleno de vida, delgado e

inquieto, que siempre aparenta ser un poco más joven de lo que es pero es un echao palante que te cagas. Fue uno de los *top boys* de los Hearts durante un tiempo, hasta que su vieja banda se evaporó cuando los *casuals* de los Hibs se hicieron con el centro de la ciudad. Lexo le dio un palizón de muerte; después de aquello nunca volvió a ser el mismo. Pero a mí siempre me ha caído bien, es de la vieja escuela. Un poco nazi, eso sí: así es como metió en el lío aquel a nuestro amigo el señor Ewart. Pero Carl cree que el sol sale todos los días del culo de Topsy, siempre fueron como uña y carne los dos. Sin embargo, hacen una extraña pareja, el señor Ewart y el señor Turvey.

«¿Y qué es lo que te trae por los barrios bajos, Carl?», suelto yo.

«Te estoy controlando a ti, cacho cabrón, asegurándome de que sigues apuntado para el Festival de la Cerveza de Munich.»

«Estaré allí, por eso no te preocupes. Birrell también está fichado. Del que hay que preocuparse es de Gally.»

«¿Sí?», suelta Carl, interesado.

Así que le cuento la historia de lo que pasó el otro día, y lo raro que Gally ha estado últimamente.

«¿Crees que ha vuelto a picarse?», pregunta Carl. Se preocupa por Gally. Es de idiotas, pero yo también. Es uno de los cabritos más echaos palante que uno pueda llegar a conocer, pero siempre ha tenido un algo de vulnerable. Sabes que los de la calaña de Ewart, Birrell y Topsy siempre saldrán adelante, pero a veces te preocupas por Gally.

«Más le vale que no. No pienso irme de vacaciones con un puto yonqui. Que le den.»

Topsy mira a Carl, y después a mí. «En cierto modo se lo merece, la puta Gail esa…, menuda guarra», suelta. «A ver, que yo me la tiré hasta cansarme en su día, lo hizo todo el mundo, pero uno no se casa con una guarra como ésa.»

«Vete a la mierda, cabrón», dice Carl. «¿Qué problema hay con que a una tía le guste follar? Estamos en los putos noventa.»

«Ya», suelta Topsy, «de acuerdo, pero cuando te casas, quieres estar seguro de que haya cambiado de registro. Y ella no lo hizo», dijo, lanzándome una miradita.

Yo hago chitón. Topsy está de vacile, pero algo de razón lleva. Gail no vale más que para follar, pero supongo que en aquel entonces, al salir del trullo juvenil todavía virgen, eso es lo único que Gally querría. Es más fácil criticar la comida basura desde Hampstead que desde Etiopía. Es curioso, fui yo el que los presentó y todo. Los junté cuando Gally salió del trullo. En el momento creí estar haciendo de Cupido, bueno, en cualquier caso, organizándole un polvo a Gally.

A veces no lo puedes remediar si tu mejor colega es un pringao.

PERSISTENCIA DE LOS PROBLEMAS PARA FOLLAR

El sentido de culpa y el sexo son tan inseparables como el pescado y las patatas fritas. El sentido de culpa y el sexo de calidad. En Escocia tenemos sentido de culpa católico y sentido de culpa calvinista. Quizá fuera por eso por lo que el éxtasis tuvo tanto éxito aquí. Le hablé de ello a Carl en el pub y el capullo empezó a hablar de que si los placeres ilícitos eran los mejores. Y es cierto. Para mí el problema siempre ha sido la fidelidad. Para mí el amor y el sexo nunca han sido lo mismo; lo mismo dirá la mayor parte de los tíos, pero escogen vivir una mentira. Entonces es cuando todo se desborda y empiezan los grandes problemas. Como reza el dicho, el Nilo no sólo es el nombre de un puto río egipcio.[31]

Vivvy es todo un pimpollo y estoy enamorado de ella. Mi madre la odia, le echa la culpa de que Lucy y yo nos separáramos. En realidad eso es totalmente injusto. Lo que le pasa es que está picajosa porque el *kraut*[32] se fue a tomar por culo. ¡Adiós y buen viaje! Vale, quiero a Vivían, pero lo que pasa es que cuando llevo unos seis meses con una tía, empiezo a tener ganas de tirarme a otras chavalas.

No puedo remediar la forma en que estoy hecho. Aunque a veces, cuando la veo tendida junto a mí después de hacer el amor, durmiendo plácidamente, casi podría pedir a gritos estar hecho de otra pasta.

Pero eso nunca sucederá.

Cuando llego a casa, mi madre anda por ahí; ha puesto la tetera. «Hola», le suelto. No contesta. Pero está armando un escándalo en la cocina, cerrando las puertas de los armarios, haciendo ruido con las cacerolas y las sartenes, acumulando fuerzas para algo. Se respira en el ambiente, como dice el hortera de Phil Collins, *ah kinfeel it comin in thee air to-ni-hite… oh yeah…*[33]

Y ha hecho una puta ensalada e incluso patatas cocidas en lugar de patatas fritas. Si hay una cosa que odie son las putas ensaladas. ¡Y hasta le ha echado remolacha, poniéndolo todo perdido!

Acabo de echar unos tragos con Carl, Topsy y Soft Johnny. La vieja me lo nota. No soporta que beba durante el día. Aunque tal y como yo lo veo, hay que disfrutar de tus placeres ahí donde los encuentras.

«¿A ti qué mosca te ha picado?», me pregunta. «¡Una rica y saludable ensalada! Tendrías que comer más verdura. ¡No es bueno alimentarse a base de *fish and chips*! ¡*Fish and chips* y comida china! Eso no es bueno ni para el hombre ni para los animales.»

Eso me pone a pensar en lo bien que me vendría ahora mismo un poco de pollo con limón con arroz frito y trocitos de tortilla, en lugar de esta mierda. El pollo con limón del chino siempre está de vicio. «No me gustan las ensaladas. Es comida para conejos, joder.»

«Tú empieza por traer a casa un sueldo como está mandado y entonces podrás escoger lo que comas.»

Menudo morro tiene. Intento surtirla cada vez que voy bien de pasta. «Ahí te estás pasando. ¡Te ofrecí dinero la semana pasada, doscientas libras, y no quisiste

cogerlas!»

«¡Ya, porque sé de dónde habían salido! ¡Sé de dónde sale todo tu dinero!», salta, mientras me siento a comerme la mierda esta en silencio, embutiéndola entre dos rebanadas de pan. Entonces me suelta: «Hoy he visto a Lucy con el pequeño. En el centro de Wester Hailes. Fuimos a tomar un café.»

Qué agradable. «¿Sí?»

«Sí. Me dijo que hace tiempo que no vas a verla.»

«¿Y de quién es la culpa? Cada vez que me acerco por allí ella y el gilipollas grandullón ese me tratan como a un apestado.»

Se queda en silencio un rato y a continuación dice en voz baja: «Y llamó la otra. La tal Vivian.»

Llamo a Vivvy, diciéndole que me olvidé que había quedado para participar en un torneo de billar, y que nos veremos mañana. Y eso significa que por primera vez en el tiempo que llevamos saliendo juntos, por vez primera desde el mundial de Italia, no juego en casa.

LIBERTAD DE ELEGIR

El problema de la nicotina se está poniendo serio; la mancha amarilla de mi dedo queda bien resaltada por la blancura del timbre. Pulso el botoncito de su puerta y arma un estruendo de la hostia. Casi me quedo alucinado al verla. Tres horas después de haberla visto va teñida de rubia. No estoy seguro de que le siente muy bien, pero lo que tiene de novedad me pone cachondo. Por primera vez me doy cuenta de que tiene un moreno estupendo. Se fueron a Florida; ella, la cría y Mamonazo.

«Hola», dice ella, mirando las casas que hay a ambos lados en busca de miradas indiscretas. «Pasa.»

«¿La cría está en casa de tu madre?», le pregunto mientras entro.

«En casa de mi hermana.»

Sonrío y meneo el dedo. «Si no te conociera mejor, pensaría que has planeado seducirme.»

«No sé qué puede haberte hecho pensar cosa semejante», dice ella.

«La nueva imagen me gusta…», empiezo, pero ella ya está desabrochándose el cinturón de sus vaqueros y bajándoselos y pataleando para quitárselos. También se quita el top.

Me dan ganas de decirle que no se embale, porque quería saborear un poco la tensión dramática. Puede que sea la sal de la vida, pero la sal hay que paladearla, no tragársela a lo bestia. Pero es evidente que se muere de ganas, así que a la mierda, ella manda. Empiezo a quitarme la ropa, metiendo la vieja barriga cervecera. Hace ya algún tiempo que no le daba lo suyo, y estoy empezando a ponerme fondón.

«¿Llevas un condón?», me suelta.

«No…», dije yo. A punto estuve de decir, antes nunca eras tan quisquillosa, pero

las cosas han cambiado mucho desde que follábamos con regularidad. La diferencia entre lo que se dice y lo que se hace. Supongo que el hecho de que Gally se picara y tal ha debido hacerla pensar en ese tipo de cosas.

Ella se va a la cocina. Sobre la encimera hay un par de bolsas de la compra del Safeways. Dentro de una de ellas hay un paquete de condones. Me pasa uno y me lo pongo.

Ella se vuelve, apoyando los codos en la encimera y mostrándome el culo, en el que se aprecia claramente la raya del bikini procedente de esas vacaciones en Florida. Hay que reconocer que sabe cómo gastar la guita de Mamonazo. Se palpa una de las nalgas. «Siempre te gustó mi culo. ¿No crees que empieza a ponerse un poco fofo?»

Se nota que lo ha estado castigando haciendo aeróbic o step, porque yo lo noto más firme que nunca. «Yo lo veo bien», digo, «pero necesita una pequeña prueba de más», le digo, arrodillándome y regalando mi lengua con ambos orificios. A la mierda la ensalada, siempre he sido carnívoro. No tarda mucho en mostrar su aprecio. Me gusta que las tías sean así, que te hagan ver cómo va el marcador. Yo también tiendo a ser bastante ruidoso con el sexo. No soporto ver el fútbol en un pub sin el volumen puesto.

Después de un rato, ella me suelta: «Métemela ahora, Terry. Métemela. ¡Ahora!»

«¿Eso quieres?»

«Sí, ahora», dice. «Venga, Terry, no estoy de humor para que me calienten…, ¡métemela ya, joder!»

«¿En qué agujero?»

«En los dos…», suelta ella.

Señora, sólo tengo una puta polla, ése es el problema. «Eso ya lo sé, pero ¿en cuál primero?»

«Elige tú…», dice ella.

Muy bien. Veamos si puedo sorprenderla a ella y a mí mismo metiéndosela en el coño.

Nah.

Se la endiño en el culo mientras ella jura ruidosamente: «Joder…» No se ha quitado la goma negra del pelo; le resalta el rubio teñido. Mientras le tiro del pelo y le empujo la cara, tiene una expresión de alelada en el rostro que me hace preguntarme si esto es amor o sexo u odio o qué. Es curioso, pero soy yo el que hace todo el ruido; bazofia venenosa y retorcida que me sale de la boca en un gruñido grave y primario, para pasar acto seguido a inconexas chorradas románticas. Esto es algo tan chungo que requiere comentario. Con la otra mano le pellizco el coño, frotándole el clítoris y notando cómo se corre; quiero sacársela del culo y meterla en el primer agujero, pero eso no se puede hacer sin lavársela antes, así que descargo con fuerza dentro de su culo y le empujo la cara contra el armario de la cocina, y sus ojos, con grandes círculos debajo, están que se le salen de las órbitas ¡y parece que lo que sale de ellos es amor!

Mientras se la saco parece sufrir las pequeñas convulsiones esas y suelta un pedo atronador que me devuelve a la realidad de toda la asquerosa animalidad de lo que somos y de lo que hemos estado haciendo; no puedo mirarme la polla. Me voy directamente escaleras arriba a la ducha para quitarme los olores.

La sodomización heterosexual: el nuevo amor que no osa pronunciar su nombre. Eso hasta que te tomas una docena de pintas y entonces sueltas toda la mierda, y por lo general es eso precisamente: mierda. Soy capaz de distinguir a un tío que nunca le ha dado por culo a una tía del mismo modo que hace un montón de años podía distinguir a uno que no había follado aún. ¡Un paso al frente, señor Galloway! ¡Un paso al frente, señor Ewart! ¡Un paso al frente, señor Deportista-Pedazo-de-Pan Birrell! Turvey no sé, pero probablemente le haya dado por culo a algún *tío*. Siendo Jambo y nazi a la vez, es imposible que no sea maricón.

Vuelvo a bajar las escaleras, y espero a que ella se asee y se cambie de ropa. Hago una rápida inspección del garito y, como era de esperar, es un queo claramente de pareja y crío, cuidado y ordenado, pero sin nada de verdadero valor. No es que yo le fuera a dar el palo, es sólo que Polmont McMurray podría guardar algo por aquí. Pero de eso no hay indicio alguno. Me huelo que va a seguir el mismo camino, si es que no lo sigue ya, que el pobre Gally.

«No está mal este queo», le digo a ella, mirando en torno del cuarto de estar bien amueblado. Estos queos de Chesser están muy solicitados.

Ella echa una bocanada de humo. «Yo lo odio. Fui al ayuntamiento a ver a Maggie. Le dije que quería uno de esos sitios nuevos que están construyendo ahí detrás. La estirada de mierda va y me dice: No puedo hacer nada por ti, Gail, el tuyo no es un caso urgente. Le solté: Vaya amiga tú, eh. No es que la vea ahora. La muy guarra ni siquiera nos invitó a su boda.»

Ah, la pequeña Maggie. Ahora es concejala, está en el Comité de la Vivienda, además. «No pueden mostrar favoritismos», digo encogiéndome de hombros. «Eso sí, en su tiempo a mí me los mostró en abundancia.»

«Sí, ya sé de qué clase», se rió Gail. «Pero ahora se cree que es el no va más.»

No se lo montó mal, la pequeña Maggie. «Sabes, ni siquiera invitó a su tío Alec a la boda; aunque, claro, él estaba en la cárcel por allanamiento en ese momento. Suerte que tuvo, el pijeras ese con el que se casó se habría cagado patas abajo. No habría quedado bien en las fotos.»

Pienso en cómo las cosas pasan de unos a otros en las familias. Recuerdo una entrevista de Maggie en el *Evening News*, en la que decía sentir un «apasionado interés por la cuestión de la vivienda». ¡Seguro que eso lo sacó de Alec! ¡Simplemente lo canalizó en otra dirección!

Gail tiene buen aspecto con esa falda, así que le doy otro revolcón en el sofá. Ella se dispara; creo que cuanto más mayor me hago, mejor soy. Se nota que el capullo de Polmont no puede ser gran cosa, por lo poco que tarda Gail en correrse.

Decidimos tomar un taxi hasta un hotel que hay en Polwarth a tomar una copa.

Ella me coge de los huevos doloridos en el asiento trasero del coche. «Eres un pedazo de guarro de mucho cuidado, hijo», me dice.

Es extraño, pero ahora estoy pensando en Gally, después en Viv, en cómo esos dos probablemente sean las dos personas que más me importan en el mundo, y en lo destrozados que se quedarían si supieran en qué andaba ahora mismo. En la manera en que siento cómo el puto rabo que tengo en los pantalones se pone tieso, y sé que soy débil y estúpido, y que por mucho que me engañe a mí mismo, siempre han sido las chavalas las que mandaban. Saben que no tienen más que mirarme y vendré corriendo.

Como ella. «Los demás… me dan dinero, pero tú eres el que mejor folla. ¿Cómo es que no eres millonario, Terry?», se ríe.

«¿Quién te ha dicho que no lo soy?», digo yo en tono jocoso. No quiero oírla poner a parir a Gally, ni siquiera al puto Mamonazo McMurray, ya puestos. Lo único que quiero que haga es follar conmigo. Después quiero que desaparezca, porque antes de echarle el polvo mola, la tensión que se va acumulando y tal, pero después no tiene nada que ver con cómo son las cosas con Vivvy. Aquí lo único que hay es lujuria. Con todo, es la sal de la vida, siempre lo he creído así. Si por mí fuera, el sexo y el amor serían dos cosas distintas. El sexo no debería conllevar complicaciones emocionales de ninguna clase. Hay demasiados reprimidos en el poder; iglesias, escuelas de pago y todo eso: ése es el puto problema que tiene este país. Cuando los que fijan la agenda sexual de todos los demás son unos maricones de tapadillo, ¿cómo puede sorprenderte que todo quisque se empalme pensando en invadir un trozo de roca del Atlántico Sur?

Ella se embolinga con rapidez en este bar de mierda lleno de gilipollas aburguesados; en realidad no sabe beber. Está soltando ponzoña, diciendo que todos los hombres son unos cabrones que sólo valen para follar y ganar un jornal. «Eso es lo que me gusta de ti, Terry, que no dices chorradas. Apuesto a que nunca en toda tu vida le has dicho a una chica que la querías en serio. Lo único que quieres es meterla.»

Ay, ¿será eso cierto?

Gally odiaba la forma en que se le iba la boca después de beber. A mí no me molesta. Tiene razón: con ella lo único que quiero es echar un polvo. Si ella piensa lo mismo de mí, tanto mejor. Pero fue ella quien quiso salir a tomar la copa. Yo podría haberme quedado a echarle otro clavo. Tengo unas ganas enormes de ir a Munich para alejarme de toda esta mierda. Es como si en el estado en que anda últimamente Gally todos necesitáramos un respiro. Fijo.

Para animar un poco la cosa, empiezo a decir chorradas. «¿Ya no llevas gafas?»

«No, ahora llevo lentillas.»

«A mí las gafas siempre me han parecido sexys», le digo, pensando en la vez que me la chupó y yo me la saqué, chorreando sobre la montura dorada que antes llevaba. Hablando de monturas, no me vendría mal montarla otra vez…

«Entonces póntelas tú», me suelta.

Nah, esto no sirve de nada.

Se va a los servicios y yo la observo. Pienso en cómo pude follármela, en cómo he traicionado a Viv. Ahora que lo he hecho una vez, por supuesto, puedo volver a hacerlo. En el centro hay multitud de chochos desesperados; en el Fluid los hay a montones. No quiero que Gail se piense que es especial. Le pido un boli al camarero y le dejo un mensaje en el posavasos:

G.
ACABO DE ACORDARME DE ALGO URGENTE.
NOS VEMOS PRONTO.
T. BESOS

Me largo rápidamente por la puerta y paro un taxi en la calle principal para ir al centro. Me entra la risa pensando en cuando vuelva y se encuentre con esa nota.

CLUBLANDIA

El Fluid está a tope de chochos de primera, y Carl en su salsa, como de costumbre. Su amigo Chris pincha mientras Carl acecha su oportunidad, pavoneándose por ahí, abrazando a todo dios, está toda la pesca. Tiene el brazo alrededor de una chica, y la reconozco como una de las hermanas Brook. Me ven, se acercan, y me incorporan a un pequeño abrazo en grupo. A la Brook la cojo fuerte y a él suave, porque él sabe que no me va demasiado esta mierda con otros tíos. Y todo ese puto rollo de besar a otros tíos me toca las pelotas, con éxtasis o sin éxtasis. «Venga Terry, Terry, Terry», suelta él, y entonces nos separamos.

«¿Buenas Jack ands?»[34]

«Las mejores Ter, las mejores. Las mejores que he tomado nunca.»

Para este cabrón todo es lo mejor. «¿Disfrutas con ellas, muñeca?», le pregunto a la hermana Brook. No logro acordarme de si ella es Lesley o la otra. Debería, porque me las he follado a las dos.

«Cojonudas», suelta la Brook, rodeando la cintura delgada y afeminada de Ewart con un brazo y apartándose el pelo de la cara. «Carl me va a hacer uno de sus masajes especiales, ¿no, Carl?»

Putos masajes especiales. Ewart.

El cabrón viscoso se limita a mirarle a los ojos y sonreír intensamente; después se vuelve hacia mí. «Esta chica es como una aparición, ¿no, Terry? Quiero decir, mírala, es todo un regalo para la vista.»

«De eso no hay duda», sonrío. Ewart es uno de esos tipos que se mete un éxtasis y se cree que esparce un reguero de amor por toda la habitación, pero es un reguero

de cera lo que esparce el muy pelotillero.

«¿Ha venido usted sin compañía esta noche, señor Lawson? ¿Dónde está la encantadora Vivian?»

«Esta noche le toca salir con las compañeras de curro», miento. «¿No están Billy ni Gally?»

«Billy anda por aquí en alguna parte», dice Carl, echando una mirada a su alrededor, «y Gally, bueno, llegó con una chavala y los dos estaban realmente jodidos. Para mí que se había picado.»

La chavalilla Brook sacude la cabeza. «Con lo supermajo y cariñoso que es ese chaval; no necesita esa mierda.»

Estos capullos se meten un éxtasis y desde lo alto de su cuelgue moralista se creen con derecho a decirle al resto del mundo lo que tiene que hacer.

«Tenías razón, Terry, está diciendo muchas chorradas. Quiero decir, somos todos gente sensible, como diría Marvin Gaye, pero Gally es el más sensible de todos. Es como un clítoris de un metro sesenta con forma humana», dice, y yo me río con aquello mientras la hermana Brook lo medita detenidamente.

Entonces la hermana se vuelve hacia mí y suelta: «Habla con Andrew, Terry; es un chaval majísimo. Es uno de los chicos más hermosos que haya conocido nunca. Tiene unos ojos preciosos. Son como enormes charcos de amor, te dan ganas de tirarte de cabeza a ellos», y se abraza a sí misma, como si fuera a tener un puto orgasmo sólo de pensar en los ojos de picota enloquecido del mamoncete de Gally. Desde luego, esas pastillas *tienen* que ser cojonudas.

Carl me coge del brazo. «Escucha, Ter, empiezo a pinchar enseguida, tú encuentra a ese capullo y asegúrate de que no se meta en más líos. Mark dijo que había dado algún que otro problema en la puerta…»

«… sois tan enrollados con vuestros colegas, me encanta la forma en que os cuidáis unos a otros, lo noto de verdad y me doy cuenta porque ser una gemela te hace más sensible…», parlotea la gemela Brook sin parar.

Va siendo hora de largarme. «Vale», asiento, y me largo, dándole un beso en la mejilla y un apretón en el culo.

Me vuelvo y la veo pegada como una lapa a Ewart, que se esfuerza por llegar a la pista y acercarse a las torres.

Aunque esto está a tope de chochos. Pienso en buscar a Gally en el chill-out, pero no hay rastro de él. Después le veo tambaleándose por la pista de baile, mientras todos los *ravers*, que van hasta el culo, le dedican sonrisas de extrañeza. Así que me acerco hasta él. «¡Gally!»

Joder, cómo iba. Al reparar en mí, se quedó clavado en el sitio, pero bamboleándose de un lado a otro, como un armario de MFI. Por lo que pude inferir, el muy gilipollas había intentado entrar con el cabrón ese de Wylie, pero Mark, el de la puerta, le dijo que ni hablar, y menos mal. Wylie empezó a despotricar y una tía que estaba con ellos se lo llevó a casa.

Así que Gally está ahí con una vieja zorra a la que, vale, no me importaría echarle un clavo. Los dos tienen un no sé qué: apestan a jaco. Él probablemente lleva fuera de casa desde que le vi la otra noche en casa de Alec. Intento hablar con él pero está volado. No sé por qué Mark le dejó entrar, sea amigo de Carl o no. «¿Qué haces, colega?», le pregunto. Siento por él la misma clase de aversión impotente que debe sentir Gail, y ahora entiendo su punto de vista.

«Hibs… Dundee… trincaron a Rab Birrell… no se lo cuentes a Billy…», farfulla Gally.

«¿Le han trincado? ¿A Rab?»

Gally asiente. La chavala atontolinada esta se agarra a él mientras me mira y sonríe. No va de jaco, va hasta el culo de éxtasis, igual que la gemela Brook. «Y Larry apuñaló a Phil, y tuvimos que llevarle al hospital», suelta la tía. «Aunque a Muriel y a Larry no les dejaron entrar, ¿eh, Andrew?»

Hago caso omiso de la tía y cojo a Gally por las orejas, obligándole a mirarme a los ojos. «Escucha, Gally, cuando decías que han trincado a Rab, ¿quieres decir que fue la policía o algún grupo de tíos?»

«La policía… zurró a un tío…»

Un verdadero récord, que hayan trincado a Rab Birrell. Siempre pensé que era demasiado cagueta para que jamás le arrestaran por armar broncas. Aunque Gally me dijo que en el fútbol estaba totalmente por la labor. La cuestión es: ¿qué hace Gally yendo al fútbol con una banda, y después poniéndose hasta arriba de jaco con alguien de la cuerda de Wylie? Como el agua y el aceite. Este cabrón no ve las cosas claras, ya lo creo, y no se va a sentir mejor si se entera de que me he estado cepillando a su ex. «Intenta calmarte, colega, ven aquí y siéntate.» Le acompaño hasta la parte del chill-out.

«Hemos venido a bailar», gimotea la tía, enjugándose el sudor de la frente. Pues con Gally no va a ser, el capullo apenas puede mantenerse en pie.

Gally dice algo arrastrando las palabras acerca de comprar unos éxtasis. Le pillo un par y me excuso, dirigiéndome hacia el corazón de los bajos. Que le cuide la chavala empanada esa. Hay unas tías de aspecto guay, pero a mí siempre me ha gustado ligar con las chavalas en los pubs, más que en los clubs. La música echa a perder el arte de la conversación.

Hay una que me gusta particularmente, verdadera serie A, al estilo italiano. Después de divertirme en Italia, he decidido que a partir de ahora para mí los chochos tienen que ser de la gama superior. Te complicas con tías de barrio y al principio no está mal, pero todo este rollo de Gail y Gally me queda demasiado cerca.

Sí, la de la barra. Me dejó destrozado nada más guiparla. Estaba preciosa que te cagas: camiseta ajustada, pantalones de cuero. El pelo largo y liso, fresca como la pinta llena de lager que tenía en la mano. *Ella* sí que es una visión y ahora se acerca directamente al afortunado de Carl Ewart, que está de pie pinchando discos desde detrás de las torres. Yo la sigo.

«¿Eres N-SIGN? ¿Tú eres N-SIGN?», pregunta con voz bastante pija. El listillo goza siendo DJ. «Sí», sonríe, y estaba a punto de decir algo más cuando ella le arroja la pinta de lager a la cara.

«¡ESCORIA NAZI!», le grita ella, y Carl está completamente atónito; se limita a quedarse allí de pie, estupefacto y chorreando cerveza. ¡Es guapo que te cagas, Ewart con el pico cerrado del todo!

La Brook hace ooohhh e intenta confortar a Carl, diciendo que si hay unas vibraciones estupendas y que por qué la gente tiene que estropearlo, toda esa mierda, y entonces todo el mundo se acerca. Ewart está fuera de sí por lo que el muy bobo considera como la más absoluta de las injusticias. Empieza a soltar un sermón de mierda acerca de él y Topsy; que si no fue más que una borrachera idiota con unos viejos colegas y un sentido del humor estúpido, manipulación mediática y provocación policiaca y a sacar a colación su estimadísima posición política, socialista y libertaria.

La tía esa no quiere saber nada, porque sigue gritándole a nuestro un tanto empapado señor Ewart, que entonces se ve obligado a reaccionar ante la cerveza que cae sobre sus vinilos, sus platos y sus amplis, de forma que ahora emplea frenéticamente su sudadera como fregona antes de que se cortocircuite todo el mogollón.

Mark, uno de los seguratas, se acerca a toda prisa; ella, su amiga y al empanao alterado con pinta de no haber roto nunca un plato, que puede que sea su novio. Billy Birrell se mete, lo ha visto todo y también se acerca raudo.

Birrell intenta decirle a la chavala que se marche, de forma amable, en mi opinión, y su novio se le planta delante. «¿Con quién coño crees que estás hablando?», le pregunta. El acento es de sobrao, pero no es más que un numerito de teatro para impresionar a las tías. Por más que el cabrón lo intente, no puede remediarlo: rezuma cantazo a estudiante por todos y cada uno de sus poros.

Birrell hace caso omiso y le dice a la chavala: «Mira, haz el favor de irte.»

Entonces ella empieza a gritarle a él, llamándole nazi y fascista y toda esa mierda que a los estudiantes pijos les gusta llamarle a la gente, generalmente porque están lejos de su casa por vez primera y descubren que odian a su padre y a su madre y no lo saben llevar.

Pero Billy se mantiene tranquilo que te cagas. Sabe que no tiene nada que demostrarle a gente como ésta, así que se vuelve y se aleja. El mamón del tío es tan estúpido como para cogerle por el hombro y Billy se vuelve con un movimiento veloz e instintivo y le estrella el tarro en la cara. El tío se tambalea hacia atrás, con la nariz chorreando sangre. La chavala se queda helada de espanto. Billy la mira a ella mientras a él le señala con el dedo. «Tu novio tiene bastantes huevos. Se merece algo mejor que una vacaburra atontada como tú. ¡Llévale a casa!»

Mark el segurata se acerca, todo preocupado por Birrell. «¿Estás bien, Billy? ¿La mano la tienes bien? No habrás tenido que arrearle un puñetazo a ese tío, ¿verdad?»

«Ni soñarlo. Le he metido un tarrazo», explica Birrell.

«Bien hecho», dice Mark, aliviadísimo, y le da una palmada en la espalda a Billy. Mark es un gran fan de Birrell y no quiere que su próximo combate se retrase porque se haya jodido los nudillos con algún imbécil. Se vuelve hacia los capullos estudiantiles. «¡VALE, VOSOTROS A LA CALLE! ¡VENGA! ¡YA LO HABÉIS OÍDO!»

Carl le pide a todo el mundo que se tranquilice. Tengo que reconocer que intenta darle coba a la tía para ligársela. Está venga a largar que si no hay problema, que si sólo ha sido un malentendido… El muy caradura tiene la jeta de decirle a Birrell: «Eso no ha sido demasiado útil, Billy.»

Billy enarca las cejas, como diciendo: Lo he hecho por ti, tonto del culo.

Aunque siguen armándola a tope, sobre todo la tía que ha empapado a Carl. Gally se acerca ahora y les grita: «¿Quién cojones sois de todos modos… sois… sois…?», pero está tan destrozado que sólo consigue quedar como un capullo.

Entonces la puta maricona redomada de Carl Ewart continúa, sacudiendo la cabeza: «Hay demasiada testosterona flotando en el ambiente…»

Si no hubiera habido tanta testosterona flotando entre Topsy y él, no habría salido en el periódico para empezar, y ahora ya estaría a medio camino de echarle un clavo a la estudiante esa. Siempre hay demasiada testosterona para él cuando es la de los demás. Nunca parece importarle cuando son sus propias pelotas. Adoro a Carl, pero no puedo evitar pensar que lo que esa chavala le ha hecho a ese cabrón arrogante ha estado guay.

¡Chúpate ésa, señor DJ!

La jeta del muy cabrón es que nos lo debe a nosotros. Si no hubiera sido amigo mío y de Birrell, en el colegio le habrían acosado hasta la muerte, de eso no hay la menor duda. Fijo, el jodido pelopaja. Y entonces no habría tenido la confianza para andar dando saltitos detrás de un conjunto de torres como si tuviera una polla del tamaño de la torre de Blackpool. Vale, en la actualidad el muy listillo se cree un regalo de los dioses para los chochos, pero yo me acuerdo de cuando le estaba agradecido a cualquier feto que dejara que se la tirara. Se creía la leche, con el grupo de mierda aquel que tenían Topsy y él, pero los chochos de primera categoría ni le miraron hasta que se pilló las torres y sus noches de club y su fajo de billetes.

Este chochito de élite cervecero sigue gritándole a Billy, incluso mientras su amiguita intenta llevársela. Es el barquito que va a remolque: una gachí regordeta con un vestido negro, pelo rizado y una piel bastante llena de manchas. Sí, no es sólo testosterona, también hay un buen pizco de estrógenos circulando por ahí, y la mayor parte procede de la tía de la lager. Para mí eso significa que le pica algo y que no le rascan, su novio no, en todo caso. Él sigue sosteniéndose la nariz. «¿Es que nadie va a decir nada acerca de eso?», dice señalándole, «¿es que nadie va a hacerles frente?»

Qué duda cabe, esta chavala tiene la tubería atascada, ¡así que lo único que queda es hacer que traigan a Dyno-varilla Lawson! Doy un paso al frente, guiñándole un ojo

a Billy. «¿Es eso lo que te pone, Birrell, aterrorizar a la gente, defender a los fascistas? Puedes meterte tu club en el culo», escupo, volviéndome hacia la Chica Lager, su amiga Ricitos y el novio vulnerado, «¡Yo me largo de aquí!»

Efectivamente, nada más salir por la puerta, ellos no andan muy a la zaga. Mark y su colega se aseguran de que se queden fuera, además. Al pobre capullo lo meten en un taxi y le envían a casa o a Urgencias por su cuenta. La tía que le hizo la aguadilla a Ewart está que no puede ni ver al pobre cabrón. «Es un inútil total», cacareó mientras el taxi se alejaba a toda leche.

«¿Te encuentras bien?», le pregunto.

«¡Sí, me encuentro bien!», me grita. Pongo las manos en alto.

Su colega la agarra, y después se acerca a mí, tirándome de la manga. «Lo siento, gracias por dar la cara ahí dentro.»

La chavala que remojó a Ewart está supertensa. Se muerde el pellejito de las uñas. Le guiño el ojo de modo totalmente conciliador; ella me devuelve una sonrisa tensa.

«Escucha», le digo a su amiga, «creo que tu amiga está un poco alterada. Voy a parar otro taxi.» La chavala, la Ricitos, me hace un gesto de gratitud.

Me sitúo en mitad de la calzada y paro uno, metiéndome en la parte de atrás y abriendo la puerta. Ellas me miran durante un instante, y después se meten una detrás de otra.

Nos dirigimos al piso de ellas en South Clerk Street. Le tiro los tejos a Ricitos, pensando que si le presto un mínimo de atención, tengo el doble de posibilidades de que me pidan que suba. Efectivamente, me invitan a tomar una copa y un porro. Es un queo más guapo de lo que esperaba, más yuppie que estudiante. Nos sentamos a hablar de clubs y de política. Yo me relajo, dejando que sean ellas las que lleven el peso de la conversación, pero son las típicas chorradas de estudiantes y debo reconocer que me cuesta fingir interés. El principal objetivo es lanzar esporádicamente una mirada elocuente, cosa que hago. La macarrilla cervecera está demasiado alterada para fijarse, pero a su amiga se le cae la baba.

Ambas parecen un poco desinfladas, como si estuvieran de bajada, y me cuentan que han estado castigándose un poco desde que salieron el viernes por la noche. «Ojalá pudiéramos conseguir más pastillas», dice Chica Lager.

Yo saco el par que me dio Gally y las reparto. «Probad éstas, son buenísimas.»

«Guau…, *snowballs*. ¿Estás seguro?»

«Adelante», digo encogiéndome de hombros.

«Es tan amable de tu parte», dice Chica Lager sonriéndome. Yo me lo monto de tranqui, porque esta clase de chochos no hace más que calentarte la polla hasta que te explotan los huevos si te ven con demasiadas ganas.

En cosa de media hora ya estaban otra vez animadas. Al novio le estaban llamando de todo, pero ahora estábamos sentados en el sofá, abrazados unos a otros con la calefacción a tope y ellas venga a decirme lo majo que soy, acariciándome la cara, el pelo, la ropa y todo eso. Un bálsamo para el puto ego, vaya que sí. Pero en

realidad yo nunca he tenido problemas con el puto ego, a mí lo que me interesa es el puto ello. Estaba pensando que a lo mejor debería mantener la cabeza sobre los hombros, pero ahí está el viejo pervertido anfetamínico dentro de mi cabeza, caliente, sórdido, licencioso e incitándome a cometer más actos de depravación. «¿Qué, chicas, tenemos *quorum*?», pregunto. «Dos en cada bando y uno en el banquillo, ¡ésa es la clase de partidos que a mí me gustan!»

Ellas me miran a mí, después la una a la otra, y de forma lenta pero segura empiezan a quitarse la ropa y pasamos una nochecita estupenda.

Por la noche me desperté y le eché un vistazo a ambas mujeres de la vida. El sueño puede ser muy tramposo; les da una especie de porte y aire inocente injustificado. ¿Pero aquí qué coño pasa? ¡Anda ya el sueño! Es la inconsciencia. Cualquier empleado de funeraria podría lograr que un Charlie Manson muerto pareciera «pacífico» en media hora.

Me visto y salgo a la fría calle en plena noche, sintiéndome más solo y más culpable que en toda mi vida y con grandes deseos de ver a Viv. Pero primero hay unos aromas y unos fluidos de los que debo desprenderme.

COMPETENCIA

Desde luego, lo de este garito parece tirado que te cagas. Alec hizo una buena labor de reconocimiento, en eso tengo que darle la razón al viejo apestoso. Menos mal, porque yo nunca tuve oportunidad de hacerlo, a cuenta de que me parara Secret Squirrel[35] como lo hizo.

La casa no está adosada y tiene un jardín trasero y delantero con un camino de entrada boscoso a un lado que conduce hasta un garaje. Desde la carretera no se ve el sendero de al lado a causa de los arbustos y de las ramas de los árboles que cuelgan por encima, me había explicado Alec como si fuera un agente inmobiliario. Eso sí, sin parecerse a uno para nada.

Después de pasar por delante un par de veces en la furgoneta salí y abrí la verja de madera pintada de negro y Alec se dispone a conducirla por uno de los laterales de la casa. Me fijo en que las puertas del patio traseras son caras y tienen dobles ventanas. Alec aparece enseguida, el primo ha entrado por una puerta acristalada sencilla del camino lateral que «permite acceder» a la cocina.

Alec está resoplando y resollando con la vieja furgona. Al principio, el muy atontado intenta entrar con el morro por delante, lo que significa que en caso de urgencia tendríamos que salir dando marcha atrás. Ni hablar. El viejo gilipollas la está cagando de mala manera, olvidando sus propias normas. «La salida, Alec, recuerda lo de las salidas», le espeto, dando un golpecito en el parabrisas.

Repite la maniobra, saliendo torpemente al camino de la entrada en marcha atrás. Mientras entramos y yo cierro la verja, guipo una vieja furgoneta azul aparcada justamente en plena calle. Está hecha polvo, más todavía que la nuestra. Parece

abandonada, ni de coña puede ser un vehículo policial sin marcas. Si la han abandonado, mal rollo, porque eso significa que muy pronto alguno de los capullos entrometidos de por aquí llamará a los cabrones de la grúa.

El factor riesgo va aumentando, ya lo creo.

Alec baja de la furgona y mira tímidamente el cristal de la puerta de la cocina. Cuando entramos me doy cuenta del motivo de su consternación. Lo han roto. «¿Qué cojones pasa aquí?», cuchichea. «¡Esto no me gusta, metámonos en la furgona y salgamos pitando de aquí!»

De eso nada. «Ni de coña…, ¡algún cabrón está tratando de mangarnos nuestro queo! ¡Vamos a aclararle las cosas!»

Abrimos la puerta y entramos en la cocina de puntillas en la oscuridad. Mi bota hace crujir unos cristales rotos. Mientras caminamos por el suelo embaldosado, de repente se oye un enorme estrépito y casi me cago. Me doy cuenta de que es Alec, que se ha caído de culo. «Qué cojones…», le escupo al torpe borrachín en la oscuridad.

«He resbalado con algo…», gimotea.

Hay un pestazo infernal además, acre que te cagas, y es tan fuerte que al pobre Alec empiezan a darle arcadas. Empiezo a pensar que el bolinga asqueroso ha rematado la faena cuando me doy cuenta de que alguien se ha cagado en el suelo, y que es con eso que ha resbalado Alec. «Putos guarros…», jadea, mientras estuca las baldosas con sus potas.

Entonces, delante de nosotros, veo una silueta en el marco de la puerta. Capto un destello gracias a la luz de la luna y me doy cuenta de que lleva un cuchillo en el cazo. Es un chico joven, de unos dieciocho años, y está cagado. Tiembla, mientras agita el cuchillo por delante. «¿Vosotros qué queréis? ¡Danny!» Vuelve la cabeza y sisea escaleras arriba.

Alec se levanta, señalando al hombrecito. «¿Esa cagada es tuya, guarro cabrón?»

«Sí…, eh…», suelta mientras vuelve a blandir el cuchillo. «¿Vosotros quiénes sois?»

Es el momento de aclarar las cosas. «Suelta ese puto cuchillo, so mamón, porque como tenga que ir hasta allí y quitártelo, te lo voy a meter por ese culo cagón que tienes», le advierto. Sabe que no bromeo, además. Doy un paso al frente y él retrocede.

Entonces aparece detrás de él una silueta desgarbada, temblorosa y sudorosa que me resulta familiar. «Terry», dice de modo entrecortado, «Terry Lawson… ¿qué cojones haces tú aquí, tío?»

«Spud…, hostia puta, ¿qué pasa? ¡Éste era nuestro golpe, tío, llevamos meses controlando este garito!»

Es Murphy, Spud Murphy, de Leith.

«Nosotros llegamos primero, como quien dice», insiste él.

«Lo siento, colega», digo sacudiendo la cabeza, «no es nada personal, pero hemos

invertido demasiado tiempo en este golpe para que dos putos yonquis lo echen a pique. Tendréis que mover…»

«*Yo* no soy un yon…», empieza a protestar el chavalín.

«¡Y tú, guarro cabrón, mira que cagarte en el suelo! ¡Puto cerdo!», ruge Alec, señalando la mancha que había en su chaqueta Harrington.

«Es su primer trabajo, Alec», protesta Spud.

«Ya, jamás lo habría adivinado si no me lo dices», digo yo, sacudiendo la cabeza. «¿No consigues reclutar personal últimamente, eh colega?»

Spud se pasa la mano por la cara, enjugándose la frente con la manga de la chaqueta. El pobre cabrón parece completamente destruido. «Hoy parece que nada salga bien…», suelta, y después levanta la vista: «… Mira, tendremos que ir a medias…, repartir.»

Yo miro a Alec. Los dos sabemos que tenemos que irnos a tomar por culo de aquí pronto. No se puede perder tiempo. El chavalín no lleva guantes y Spud lleva lo que parecen ser un par de estúpidos mitones con los que no se puede coger nada. Estos capullos se conformarán con algunos compacts para venderlos en el pub. «Vale, vosotros os lleváis los compacts.»

«Tiene una colección muy grande y tal», admite Spud. «Vídeos también.»

Me lleva a hacer un pequeño recorrido. Spud no se encuentra nada bien. Estúpido yonqui. Gally solía andar por ahí con su amigo aquel, el tal Matty Connell. Le dije que nunca se mezclara con esos tíos. Nunca te puedes fiar de un yonqui, y *jamás* se trabaja con uno de ellos. Aquí nos estamos saltando todas las putas reglas. Esto empezó de forma sencilla y se ha complicado a toda velocidad. Mientras subo las escaleras me acerco a Spud. Sé que no hay que fiarse de los yonquis y él es la prueba evidente, porque un amigo suyo les dio el palo a él y a sus colegas. Habían concertado un gran negocio de jaco en Londres, ¡y el tío se fugó con el botín!

«Me contaron que el tal Renton os dejó tirados, colega. A ti, a Begbie y a Sick Boy; eso me contaron», dije yo. «¿De qué iba esa historia, eh?»

«Ya…, de eso hace un par de años. No le he visto desde entonces.»

«¿Cómo están los demás, Sick Boy y tal?»

«Ah, pues Sick Boy sigue en Londres. Aunque subió a ver a su madre hace unas semanas y echamos unos tragos.»

A *mí* nunca me ha llamado, el muy cabrón. Aun así, Sick Boy siempre me ha caído bien. «Estupendo. Dale recuerdos cuando le veas. Un tío cojonudo, Sick Boy. ¿Y qué hay de Franco? ¿Sigue en el talego, eh?»

«Sí», dice Spud. La sola mención de ese nombre le incomoda un tanto.

Estupendo, pienso yo; es el mejor sitio para ese cabrón. El tío no sabe mantener la cabeza sobre los hombros. Ese cabrón acabará matando a alguien o alguien le acabará matando a él, no hay cosa más segura. Es peor que Doyle, ese capullo. Pero me preocupa más el contenido de esta casa que el contenido de la mente de Begbie, más bien escaso por otra parte. El sistema de sonido y los amplis son de lo mejorcito.

Igual que la tele. Son una familia con inclinaciones musicales, además: dos violines y uno de esos órganos Hammond. Los chavales tienen unos juegos de ordenador y hay un par de bicis nuevas. En el dormitorio hay algunas joyas, pero sólo una o dos que parezcan realmente valiosas. Hay un par de mesas antiguas que irán a parar a algún anticuario corrupto por mediación de Peasbo. Los compacts y elepés no valen una puta mierda, Spud y su amiguito pueden llevárselos todos y venderlos a cambio de cualquier clase de mierda que les apetezca preparar y chutarse por la vena.

La fase siguiente consiste en sacar la mercancía de la casa, meterla en la furgona y dejarla en el local. Aunque no quería que Spud y el chavalín vinieran hasta allí con nosotros, se supone que un lugar secreto es secreto, y no lo sería por mucho tiempo si lleváramos a ese par de charlatanes a remolque.

«¿Por qué no dejaste tu furgona en la entrada, Spud?»

«Pensé que la gente podría verla desde la casa de al lado.»

«Nah, la tapan los árboles», le digo mientras entramos al dormitorio. «¿No estarías pensando en salir por la puerta principal con una parte del lote, no?»

«Sí, sólo un viaje con las bolsas de deporte llenas», suelta, mirándome esperanzadamente después, «no tenemos sitio para guardar las cosas más grandes.»

Ya puede olvidarlo. No se trabaja jamás con un yonqui. «Lo siento, colega, en eso no puedo ayudarte, pero los compacts y los vídeos podrás meterlos en las bolsas de deporte esas.»

Le miro a la espera de una fuerte discusión, pero está jodido. Y tampoco es que sea de los que discuten. Un gachó estupendo, pero demasiado relajado, ése es su problema. Así que todo el mundo le vacila. Triste, pero cierto. Se sienta en la cama con cabecera de latón. «Estoy chungo, tío…»

«Ese mono que llevas en la chepa se está haciendo notar, ¿eh, colega?», digo mientras reviso los cajones. Una ropa interior de seda muy bonita.

«Sí…», dice temblando Spud, tratando de cambiar de tema. «Entonces, ¿por cuánto tiempo van a estar fuera los tíos de este queo?»

«Dos semanas.»

Ahora Spud está tumbado en la cama, hecho un ovillo, sudoroso y con aspecto de que vayan a empezar a darle los retortijones. «A lo mejor podría pasar unos días aquí, tío…»

«Venga, colega, aquí no puedes quedarte», digo medio riéndome.

Ahora respira con dificultad. «Escucha, tío, sólo pensaba que a lo mejor éste podría ser el sitio para desengancharme…, una casa guapa como ésta… las vibraciones del mono…, sólo un par de días…, hibernar y hacer lo del mono…»

Este capullo vive en el mundo de los sueños. «Como quieras, Spud, pero no esperes que yo te haga compañía. Tengo asuntos que resolver, jefe.»

Bajo las escaleras con todo el botín que soy capaz de llevar, deseoso de alejarme del tontolculo este e irme a tomar por saco de aquí. Alec apesta; todavía huele a la mierda escurridiza del pequeño hijo de puta ese y la ha estado extendiendo por toda la

casa. Ha intentado limpiársela él mismo, pero ahora que ha encontrado el armario de las bebidas le está pegando al whisky. Esto ya empieza a mosquearme. «Venga tú, puto bolinga, ¿de qué cojones vas?»

«No es más que para despejarme», resuella Alec, intentando sentarse derecho en un enorme sillón forrado de cuero, «un chupito dorado», sonríe. Entonces mira al chavalín, que está rebuscando entre los vídeos y los compacts. «Que te ayude, el muchacho a cargar, ¡es lo menos que puede hacer después de llenarme de mierda!»

El chavalín parece totalmente abatido. Entonces se le ilumina la cara y nos enseña la de *Toro salvaje. «¿Os* parece que me quede con ésta?»

«Ya veremos, colega, pero de momento échanos una mano con la tele», le digo, y no le hace gracia pero la coge por un extremo y salimos por la cocina, tratando de evitar esa mierda resbaladiza. «¿No te ha dicho nadie que la cagada es lo *último* que haces, después de haberte llevado todo lo que quieras mangar?»

Parece ausente.

«Además, uno no se caga en el camino por donde tiene pensado salir», le advertí.

De todos modos, es buen currante, y pronto tenemos llena la furgona. Pobre cabroncete. Hace años, cuando había mogollón de trabajos manuales para las clases trabajadoras, un capullín como éste habría currado a tope, trabajando para el almacén de la empresa hasta caer redondo metiendo muebles en casa de algún rico cabrón. Pero habría sido un ciudadano respetuoso con la ley. Ahora, aparte del suicidio, el crimen es la única opción abierta para los de su cuerda.

Veo dos alfombras en la pared por el rabillo del ojo. Sé que eso es cosa de ricos cabrones, pero pienso que deben de ser valiosas si no quieren que las pisotee cualquiera. Parecen de la mejor calidad, así que les echo el guante y las enrollo, mientras el viejo apestoso de Alec llena una bolsa de deporte con alpiste. Lo suyo con la priva ya pasa de castaño oscuro. Si ese cabrón pudiera colarse en Fort Knox, juro que saltaría por encima de las pilas de lingotes de oro para llegar al armario donde algún segurata guarda sus bebidas.

«¿Dónde está Danny?», pregunta el chavalín. Casi me había olvidado; ése es el verdadero nombre de Spud.

«Arriba, está chungo», le explico, señalando después el extremo de todas esas alfombras que he reunido, y diciéndole: «Coge por ese extremo, macho.»

«Vale», dice, y lo levanta. Me suelta una sonrisilla. «Siento lo de la cagada en el suelo y tal. Es que me ha emocionado por estar aquí…, no lo he podido remediar.»

«Todo el mundo lo hace la primera vez, normalmente en mitad del suelo. Ésa siempre es la manera de saber si el palo te lo ha dado un novato o un aficionado, la presencia de mierda en el suelo.»

«Danny… eh, Spud también dijo eso. Me pregunto por qué, ¿eh?»

Ésta ha sido una cuestión debatida entre los chorizos desde los tiempos del Antiguo Testamento. «Alguna gente dice que tiene que ver con la lucha de clases. Un poco del tipo vosotros tenéis la guita pero nosotros os hemos ganado, hijos de puta.

Pero yo considero que más bien tiene que ver con una cuestión de reciprocidad.»

Este capullín parece empanao otra vez. Nunca trabajará como diseñador para la NASA, eso es seguro. «Dejar algo a cambio», le explico. «Por lo mismo que a nosotros nos incomoda darle dinero a un borracho en la calle, incluso si en ese momento vamos forrados. Dicen que en una transacción uno no se siente feliz si uno recibe y el otro da. Aunque a mí nunca me ha incomodado, siempre y cuando fuera yo el que recibía. Pero eso dicen.»

El capullo asiente, pero te das cuenta de que no se entera.

«Así que quieres dejar atrás un regalito, una tarjeta de visita», le explico, haciendo una pedorreta. El chavalín se ríe con eso; ése es su nivel, eh. «Aunque te diré una cosa, colega, tendrías que cambiar de dieta, comer menos fibra y un poco más de hierro, si quieres estar en condiciones para este negocio. Prueba a pasarte de la lager a la Guiness.»

«De acuerdo», dice, como si pensara en serio que sería una buena opción profesional.

Alec se tambalea hacia la furgona con la bolsa a punto de estallar por el peso de las botellas que lleva dentro.

Agarro al viejo bolinga e intento levantarle, ayudarle a subir a la parte delantera de la Transit, detrás del volante. Se esfuerza denodadamente, pero se agarra a esa bolsa como si llevara dentro las putas joyas de la corona. Por fin consigue entrar. «¿Quieres que conduzca yo?», pregunto, porque él está bien jodido.

«Nah, nah, estoy bien…»

Acercándome por detrás, cierro la puerta trasera y abro la verja. El chavalín se queda mirándome y después me pregunta: «¿Y Spud y yo qué? ¿Cuándo recibimos nuestra parte?»

Me río del capullín empanao y me subo al asiento del copiloto. Cojo un ejemplar del *Daily Record* que estaba sobre el salpicadero. Es de hará una semana. «¿Tú de qué signo eres, colega?»

Me mira durante un instante. «Eh… Sagitario…»

«Sagitario…», suelto yo, haciendo como que lo busco en el periódico. «Como Urano está muy activo, en el área laboral tus actividades serán lucrativas, en particular si haces caso a compañeros con más experiencia…, ¡ahí lo tienes, colega! Fíjate en esto: los discos compactos y las cintas de vídeo constituyen una inversión muy buena en esta época del año, y es probable que pregonar estos bienes por los pubs del barrio a cambio de la moneda de curso legal vigente te proporcione un dinerito guapo.»

«Eh…»

«Lo que dice el periódico, colega, es que tu parte sigue dentro de la casa. ¡Esos vídeos y demás valen un fortunón! Y en cuanto a los compacts…»

«Pero…», balbucea.

«¡Nosotros nos estamos jugando el cuello! Todo esto», digo haciendo un gesto a

mis espaldas, «lo vamos a tener que colocar, y todo es localizable. Nosotros somos los que corremos los riesgos. La próxima vez que te vea, te invitaré a una pinta y a unas gelatinas de metadona por las molestias.»

«Pero…»

«No, colega, vete ahí dentro y mete esos compacts y vídeos en esas bolsas de deporte. ¡Date prisa o la cagarás!»

Lo medita un poco y entonces sale disparado hacia dentro, mientras nosotros salimos a toda prisa de la entrada y a la calle. «Pringaos», me río, mientras me llega el tufillo de Alec, aún más hediondo que de costumbre.

Esta furgona es un poco como Alec; puede que esté llena de combustible, pero está cansada y resuella. Además, hace un estruendo que te cagas. Mientras Alec gira la esquina un poco justo, se oye un traqueteo en la parte trasera que indica que no hemos apilado la mercancía tan bien como yo había pensado. «¡Hostia puta, Alec, ralentiza o preséntate otra vez al examen de conducir! Conseguirás que la policía se nos eche encima. ¡Espabila!»

Eso parece enderezarle un poquito, pero para cuando llegamos al polígono ya está tomando las curvas a la carrera y se oye otro estruendo en la parte trasera.

Esta vez decido no decir nada. El blanco de sus ojos se ha puesto amarillo y eso no es buena señal. Es como si de aquí a un minuto fuera a empezar a abatir demonios imaginarios. Llegamos hasta el local, metemos la furgona y la descargamos; soy yo el que hace casi todo el curro, puesto que Alec, entre sudores y quejidos, vomita dos veces. Las paletas esas están abarrotadas hasta tocar el techo, parecemos un puto almacén de descuentos. «Este local está casi lleno del todo Alec, tendremos que llevarle parte de este mogollón a Peasbo.»

«Su tienda todavía está hasta arriba de cosas», dice Alec, reposando sobre un gran amplificador Marshall.

Ya empiezo a estar mosqueado con todo esto. «Pues empieza a ser ridículo que te cagas, Alec, parece que sólo demos golpes para pagar el alquiler de un local lleno de mercancía que ni siquiera somos capaces de vender.»

«El problema es que ahora, Terry», carraspea Alec, «… si tienes unos electrodomésticos durante más de seis meses, nadie los quiere… depreciación de bienes… se quedan obsoletos… la tecnología y eso…»

«Lo sé, pero no se puede tener mercancía robada en las tiendas, Alec, la policía sólo necesita localizar un artículo, algún capullo se caga y larga y ya estamos jodidos.»

«… cambio… se queda obsoleto… tecnología…»

El mito de los chivatos consiste en decir que la gente chota sobre todo por malicia y por rencor, o bien por interés. Quizá suceda así en los niveles más altos de delincuencia, o en el otro extremo, a algún pobre cabrón que está pintando y decorando un poco y le cortan el subsidio por culpa de algún hijo de puta ponzoñoso. Pero para los de nuestra cuerda, la mayoría de chivatos no son más que burros que te

chotan por estupidez. No es su intención, pero se van de la boca en el pub, les confunden y les intimidan en la sala de interrogatorio y a los polis experimentados les resulta fácil conseguir que se desmoronen.

«… las cosas están cambiando… los bienes se quedan obsoletos… en un periquete… las cosas están empeorando», advierte Alec. «Y se van a poner peor…»

De eso puedo estar seguro, si sigo por ahí con un bolinga inútil como él.

CARL EWART

ICH BIN EIN EDINBURGHER

La cuadrilla habitual está presente y en estado de incorrección: yo, Juice Terry, Gally y Billy Birrell. Habíamos estado en Munich para el Oktoberfest pero necesitábamos descansar un poco del recinto ferial, pues las cosas no estaban saliendo del todo de acuerdo con lo planeado.

Sí, todas las noches nos poníamos de priva como ratas de alcantarilla, y se supone que ése había sido el motivo fundamental de aquella pequeña excursión. El propósito declarado era alejarse, volver a la cerveza y dejar los éxtasis, porque allá en casa les habíamos estado pegando de mala manera. En parte había sido cosa mía; desde que me metí en serio a esto de ser disc-jockey he tenido mucho acceso, al verme inmerso en esa vida. No nos habían hecho ningún mal, pero nada tan bueno deja de tener su coste, así que pensamos, dejémoslas un rato, volvamos a la priva y veamos qué pasa.

Por supuesto, pasó lo mismo que antes de que aparecieran los éxtasis; todo quisque con ganas de darse de hostias y ni uno capaz de comerse un torrao. Aquello resultaba de lo más previsible, pero aquello era como la ciudad de los chochos. Si no consigues echar un polvo aquí, más te valdría cortártela con una puta navaja y vendérsela a los franceses como *delicatessen*. La verdad era que aunque todos habíamos crecido bebiendo y toda nuestra cultura estaba saturada de aquella puta droga, simplemente ya no estábamos acostumbrados a esta clase de movida.

Por supuesto, cada cual tenía sus prioridades. Las cosas nunca son tan sencillas como que se junten una cuadrilla de mamones para irse de bolinga durante una quincena, aunque así pueda parecer visto desde fuera. Billy tenía una pelea por el título en perspectiva y quería alejarse de los clubs y mantenerse en forma. Su mánager, Ronnie Allison, se mostró muy remiso a dejarle irse de vacaciones dos meses antes de la pelea, pero jugó mal sus cartas diciéndole a Billy que «no» de entrada. Billy podía ser un capullo terco y obstinado y si le decías «miel» te decía «mierda». Que es exactamente lo que le dijo a Ronnie.

Juice Terry era harina de muy distinto costal. Era un privoso, así de claro, y la Gran Esperanza Blanca de la Venta Ambulante de Aguas Carbonatadas no le había cogido el gusto a la nueva cultura del éxtasis y de los clubs con el mismo ardor que los demás. El Oktoberfest de Munich era un Lourdes de los bolingas, y Terry estaba decidido a tomar las aguas curativas a golpe de Steiner. De modo que podría decirse que Juice Terry Lawson era el *alma mater* de estas vacaciones.

Andy Galloway, como de costumbre, se dejaba llevar por la corriente. Con Gally no había nada de lo que no se pudieran sacar resultados positivos. Hacía poco había tenido ya su parte de problemas. Gally era un tío majo que parecía atraer la mala suerte. Si alguien se merecía unas buenas vacaciones, era él.

¿Y yo? Bueno, si soy sincero, me encontraba bien; de hecho, me encontraba como una mosca entre la mierda más deliciosamente tóxica disponible, pavoneándome por las tiendas de discos e investigando todo el rollo eurotecno. La movida estaba en pleno florecimiento y ésa era mi prioridad. Llevábamos una semana por ahí y sobre todo había husmeado en las tiendas de discos, pero una noche logré colarme en un par de clubs con Billy, que estaba ansioso por alejarse del bebercio. Terry y Gally nos echaron la bronca por aquello, pero no nos metimos ninguna pastilla, manteniéndonos fieles al pacto priva-nada-más que habíamos establecido, y pusimos a Dios Todopoderoso por testigo.

Pero el festival de la cerveza era algo impresionante. El sitio entero era una rampante tierra de Sodoma y Gomorra, desinhibida y empapada en alcohol, y aun así nuestra capacidad de ligoteo seguía siendo una mierda. Había dos problemas fundamentales: primero, que habíamos perdido la capacidad de soltar todas las insinuaciones de mierda en clave de borracho que constituyen la mayor parte de las chorradas que se dicen para ligar y el rollo más abierto y más sincero asociado al éxtasis no parecía indicado. El segundo problema era que simplemente no éramos capaces de controlar la priva. Nos pusimos borrachos hasta la inconsciencia en un santiamén. Así que la primera semana transcurrió aclimatándonos al nuevo *statu quo*. Hubo, por supuesto, oportunidades para los encuentros de naturaleza sexual; la primera noche yo pensé que follaría con una tía belga, pero estaba demasiado bolinga para que se me empalmara como es debido y tuve que conformarme con una mamada con condón y una eyaculación débil con una polla insensible y semierecta. Terry ligó una noche, borracho que te cagas, y se entretuvo tanto con los juegos preliminares que se fascinó a sí mismo y se quedó dormido, dejando a una pobre *Fraülein* a dos velas. Gally y Billy, sorprendentemente, no llegaron ni a eso. Eso me hizo pensar que mucho hablar de la explotación colonial, de la devastación económica y de la inmigración, pero quizá la verdadera razón de que la población de Escocia sea tan reducida es que todo dios está demasiado bolinga para que se le levante.

Así que al final de las vacaciones probablemente hayamos conocido más hoteles de mierda que tías. Nuestro campamento base era un garito turco con una escalera estrecha que conducía a una gran habitación con dos literas. Había un bar en la parte de abajo del garito y cuando volvimos moraos del recinto festivo, me asomé por encima del mostrador y choricé una botella de Johnny Walker Etiqueta Roja. Nos tumbamos en las literas y nos la bebimos hasta perder el conocimiento.

Lo siguiente que recuerdo es despertarnos cuando entraron en nuestra habitación aquellos cabrones de turcos. Nos chillaban y nos gritaban y uno de ellos se metió en el servicio. Lo que había pasado es que Terry se había levantado en mitad de la noche

a echar una cagada, pero en lugar de la taza, el capullo embolingao había utilizado el bidé ese que tenían allí. Yo daba por supuesto que esos cacharros sólo se encuentran en Francia, pero en este albergue tenían uno. De todos modos, el Hombre de los Refrescos se dio cuenta de que había cagado en el sitio equivocado así que abrió ambos grifos para hacer desaparecer la cacota antes de tirarse en el colchón y quedarse dormido. El problema era que la mayor parte de ella se quedó atascada en el desagüe, lo que hizo que el agua se desbordara y llegara hasta la habitación de abajo, donde una pareja que estaba de luna de miel intentaba quilar tranquilamente, pero acabó cubierta de yeso mojado desprendido del techo y las mierdosas aguas fecales de Terry.

De modo que nos vimos en la calle, con toda la ropa y los cacharros embutidos en nuestras bolsas. «Cochinos hijos de puta ingleses», nos gritó el turco. Billy iba a protestar por lo de ingleses, pero Terry va y le suelta con acento cockney: «A la mierda, Birrell, lo asumiremos. Siento todo eso, viejo amigo», le dice al turco mientras bajamos tambaleándonos por la calle, a eso de las cinco de la mañana, destrozados y delirando. Dormimos en la estación y pasamos todo el día siguiente abatidos, resacosos y buscando nuevos aposentos.

Se trataba de una situación en la que había que coger lo que hubiese, y los nuevos aposentos eran mucho más caros. Gally protestó diciendo que estaba pelado y que no se lo podía permitir, pero por lo que a los demás se refería la actitud era que ante una tormenta cualquier puerto es bueno.

Billy no paraba de hablar de la necesidad de centrarse, como lo llamaba él. «Tengo que centrarme, tengo una pelea importante en perspectiva», se quejó. A mí me preocupaba que se quejara tanto, porque Birrell no solía quejarse por nada. Siempre se limitaba a seguir adelante.

La mayor parte de las culpas por la debacle turca se las estaba llevando Terry, y las discusiones fueron interminables. A la mañana siguiente durante el desayuno todavía seguían con el mismo rollo. Yo ya no podía con tanta bronca, así que me fui a dar una vuelta y a ver unos discos. Encontré una tienda de discos excelente, y enseguida acaparé unas torres y unos cascos. El primer disco que escojo lo pongo tres veces. No consigo decidirme. Empieza en plan cosa seria, pero después no parece que vaya a ninguna parte. Nah. El segundo está muy bien, de un sello belga del que nunca había oído hablar, ya no digamos poder pronunciar el nombre. Éste va acumulándose y acumulándose y después parece estabilizarse un poco antes de desencadenar una tormenta que te cagas otra vez. Un tema estupendo para subir el nivel en la pista. La mejor melodía que haya escuchado en mi vida. Encuentro otro tema guapo del mismo sello, y después un tema loco y estrepitoso de FX que decido que sería apocalíptico que te cagas si le quitaras el bajo y lo hicieras sonar por encima del tema de fondo cuando llegue al punto álgido.

Me pongo a hablar con un tío que está en la tienda entregando unos volantes. El tío se llama Rolf y debe de tener nuestra edad o un poco menos; es un tipo de piel

oscura con una sonrisa descarada. Lleva una camiseta que anuncia a un sello tecno alemán. Los capullos alemanes estos parecen de lo más frescos y cachas; es difícil adivinar su edad. Me cuenta algo de una noche de fiesta, después señala unos temas, uno de los cuales es perfecto, así que también me lo pillo. Después de un rato, aparece una tía que está muy buena, delgada y de largos cabellos rubios, con una camiseta blanca pero sin sujetador, que viene a encontrarse con Rolf. «Ésta es Gretchen», dice. Le doy una palmadita en el brazo y le digo hola. Rolf me pasa su teléfono antes de que se marchen juntos. Les observo mientras se marchan, esperando que esta tía tenga una hermana en casa, o quizá unas amigas que se le parezcan: chochos Bundesliga, que diría Terry.

Después de mirar algo más de música, me pongo a cascar con el tío de detrás del mostrador, Max, y algunos de sus colegas. Hablamos de música y los tíos parecen verdaderamente interesados en lo que sucede allá en casa, como lo estoy yo en lo que sucede por aquí. Lo cierto es, y me siento culpable por ello, que lo que más me gusta ahora es cascar con unos adictos sobre música, comprobar qué escucha la peña y coscarme de qué es lo que pega. Aparte de las torres, es con lo que más disfruto. Evidentemente, también me gusta salir de marcha con los chicos, pero últimamente todo el mundo está más tranquilo. Podemos reunimos todos y echar unas risas sin tener que estar juntos a todas horas.

Así que me pasé la mayor parte del día en la tienda. Es lo que tiene la música, si realmente te va, puedes ir a cualquier parte del mundo y al cabo de pocas horas sentirte como que has encontrado a unos colegas a los que perdiste la pista hace mucho.

Por supuesto, el Otrora-Esbelto Lawson todavía habla de permanecer unidos, pero eso es sólo cuando a él le viene bien. En cuanto hay algún chocho que da muestras de interés, sale disparado como una puta bala. Como esta mañana, después del desayuno, quería que nos quedáramos a cascar hasta que fuera hora de que él se largara a olisquear por ahí por cuenta propia. Así es Terry: encuentra a una tía que le gusta trabajando en un pub o una tienda, y entonces va y le da la brasa hasta que sale a tomar una copa con él. No tiene la menor vergüenza y es evidente que ha localizado unos cuantos objetivos. Terry no soporta estar solo, salvo que haya un televisor para hacerle compañíía. Pero Billy quería volver y entrenar un poco, mientras que a Gally le apetecía privar.

Efectivamente, cuando volví ya muy entrada la tarde, Terry no estaba, Birrell había salido a correr en chándal, y Gally estaba sentado en el balcón del hotel medio pedo y con una bolsa de la compra llena de priva. «Excelentes cervezas artesanas», dijo arrastrando teatralmente la voz. «Vaya», suelta, enfocándome con aquellos enormes faros de ojos, «si me quedo en un garito como éste, no voy a tener dinero para salir a tomar copas por ahí.»

No me gusta la idea de que se quede ahí embolingándose solo. Eso no es priva vacacional, para mí no, pero si es eso lo que quiere hacer, allá él.

De modo que esa noche nos damos un garbeíllo hasta la zona universitaria para hacernos cargo de la situación. Habíamos ido al metro y nos bajamos en la Estación Universidad, supongo que por el solo hecho de que mogollón de tías se bajaron allí. Dimos unas vueltas durante un rato y acabamos en un sitio llamado el Schelling Saloon. Era un bar grande con montones de mesas de billar. Tenía mucha personalidad; de hecho, puede que tuviera demasiada; nos dijo un gachó alemán que era el bar de la parroquia de Hitler y que cuando vino a vivir a Munich iba mucho por allí.

De todos modos, allí estábamos. Embolingándonos otra vez, pero ahora lejos de las enloquecidas multitudes del recinto ferial, simplemente sentados en el viejo bar de Adolf. Sí, pronto le pegamos a base de bien, aunque Billy se controlaba un poco a causa de la gran pelea que se avecinaba. Por supuesto, Juice Terry le estaba haciendo pasar un mal rato.

«Venga Birrell, puto sarasa, se supone que estás de vacaciones. Métete un chupito» le suelta, mirando desdeñosamente el zumo de naranja de Billy.

Billy se limita a sonreírle. «Luego, Terry. Tengo que andar con ojo, colega. Pelearé dentro de pocas semanas, ¿te acuerdas? Ronnie Allison se pondrá como un energúmeno si no me mantengo en forma.»

«Escuchad al muy cabrón. El puto Kid Rembrandt. Siempre sobre el tapiz», se rió el caballero de los cabellos ensortijados.

«Chorradas, Terry. En la vida me han tumbado, aunque lo habrían hecho si mi entrenador fueras tú», replicó Billy, mirando altaneramente a Terry.

Aquello era cierto. Todos estábamos realmente orgullosos de Billy. Ronnie Allison le había advertido acerca de salir con nosotros: bebida, clubs y fútbol, pero a Billy se la traía floja. Birrell tenía lo que hay que tener. Podía dar un puñetazo y encajarlo también, aunque con los reflejos que tenía no debía de hacerlo muy a menudo. Supongo que había asumido que yo iba a ser la voz de su conciencia, así que intervine. «No, tienes razón, tú tranquilo, Billy», le animé, volviéndome hacia Terry. «No querrás que Billy eche a perder sus posibilidades, Terry, no por cuestión de unos tragos. Ése ha sido el problema de esta escapadita, demasiado alpiste y muy pocos polvos», sugerí. Aunque en realidad nadie me escuchaba; Terry y Billy estaban perdidos en el billar, y Gally estaba mirando a las chavalas que trabajaban detrás de la barra.

«Menos mal que ese cabrón de Hitler no está aquí esta noche», me reí después de que Billy fallara una de las rayadas, «o el mamón podría tratar de anexionarse esta puta mesa.»

«El cabrito nazi se iba a llevar este taco en los morros si lo intentara», soltó Terry, golpeando el extremo más grueso contra la palma de su mano.

«Aunque en tiempos de Hitler aquí no habría mesas de billar», observó Billy, «las trajeron los yanquis, después de la guerra.»

Eso me dio bastante que pensar. «El caso es que», solté yo, «imaginaos que

hubiera habido billares en este sitio cuando Hitler estuvo aquí, cuando bebía aquí y tal. Podría haber cambiado el curso de la historia. A ver, sabemos lo obsesivo que era el cabrón, ¿no? Supongamos que el cabroncete hubiera orientado todas sus energías hacia el dominio de la mesa de billar.»

«Billarenführer Hitler», dijo Terry, haciendo el saludo nazi y entrechocando los tacones.

Algunos alemanes de las demás mesas se volvieron, cosa que a él le importaba un carajo. A mí también, porque no había fotógrafos para inflar una broma inofensiva hasta convertirla en un mitin de Nuremberg. «Pero en serio», suelto yo, «es la clase de juego que te engancha. Mirémoslo de otra forma, ¿cuántos dictadores en potencia habrán visto frustrados sus planes de dominación del mundo por una puta mesa de billar en el bar de la esquina?»

Pero Terry ya no escuchaba; estaba admirando a la camarera que nos traía otra ronda de copas. Todas llevaban los trajes regionales bávaros esos, los que apretujan y realzan las tetas para que los tíos las vean.

«Ese traje es precioso», le dice Terry mientras sirve las copas. La chavala se limita a sonreírle.

No me gustó la forma en que él le miraba fijamente el escote. He trabajado en restaurantes y en bares y odio a los capullos que piensan que no eres nadie, sólo un objeto o un sirviente que sólo está en esta tierra para gratificarles. Cuando ella se marchó le solté: «Tú cierra la puta boca, vete a tomar por culo con tus trajes preciosos.»

«¿Pero tú de qué vas? Sólo le estaba echando un piropo a la chica», suelta Terry.

Eso no cuela, porque Lawson, uno de los capullos más ordinarios de la tierra del Señor, se ha estado dando demasiados aires con todas las tonterías esas de los nazis. Ese cabrón es a la talla moral e intelectual lo que los Moranco son al humor. «Escucha, tío, la chica se ve obligada a llevar esos trapos. No es lo que ella ha elegido. Está a la entera disposición de cabrones como nosotros toda la noche; nosotros agitamos nuestros cazos de vagos y ella se acerca volando. Encima está emperifollada de esa forma, con las tetas asomando sólo para darles gusto a los de nuestra calaña. Si la chavala hubiera elegido los trapos ella misma entonces sí, adelante, échale un piropo de verdad, no tengo nada en contra, pero no cuando le han obligado a vestirse así.»

«Mira», me dice Terry, «tú aún no has mojado el churro aquí y te está poniendo picajoso. No empieces a pagarlo con todos los demás. De todos modos, la chica ni siquiera entiende una puta palabra de lo que decimos», suelta él, preparando la bola.

Terry siempre ha sido muy hábil a la hora de reducir una cuestión de principios a los instintos más viles.

«Lo del idioma no importa, tío, las chavalas saben cuándo algún tiparraco medio bolinga les está lanzando miradas lascivas. Ése es un idioma internacional.»

El señor Indignado de Saughton Mains no quiere saber nada. «*Tú* no empieces.

Tú nunca les quitas las manos de encima a las chavalas allá en casa. Sobón de mierda. ¿Quién es el tiparraco lujurioso entonces?» La cara se le entorna acusadoramente y la mandíbula inferior se le adelanta unos centímetros de más. Nadie acusa como ese cabrón. Tendría que haber sido fiscal de la corona.

«Es distinto», suelto yo, «porque eso es cuando voy de éxtasis. Entonces no le quito las manos de encima a nadie. Me pongo táctil…, son los putos éxtasis. Hasta estuve sobando tu chaqueta de terciopelo negro una noche, ¿te acuerdas?»

Pero no me hace caso, porque está agachado sobre la mesa y el taco pasa junto a su mandíbula al golpear la bola y meterla con un golpe suave. Tengo que reconocer que el cabrón sabe jugar al billar. Claro está que con todo el tiempo que pasa en los billares de los pubs, si no supiera jugar, algo iría mal.

«Mirad vosotros», corta Gally, «estamos aquí de safari, no nos engañemos. Personalmente, nunca me he follado a una alemana y no pienso volver a casa sin haberlo hecho, aunque sea una vieja pelleja. Este cabrón», dice señalando a Billy, «nos trajo aquí engañados. Nos dijo que las alemanas se mueren de las ganas. Peores que las inglesas, nos decía.»

Billy protesta ante aquello. «Pues lo estaban el año pasado en España, tenía que sacudírmelas», dice. Ahora Billy está en plan gruñón porque parece que Juice Terry va a meterle otra somanta. A Billy no se le da demasiado bien el billar, pero odia perder en lo que sea.

«Sí, claro, España. ¡Vaya novedad! Todo el mundo se muere de ganas en España», se burla Gally.

«Claro. Por eso van allí las tías, a follar. Es distinto cuando están en su propio patio trasero; no quieren que las llamen guarras. Aquí hay más posibilidades de enrollarse con cualquiera que con las alemanas», suelta Terry.

Sacudo la cabeza. «No se trata de las putas tías, ni del Oktoberfest. Esto no es más que un gigantesco local de ligues», suelto yo. «Se trata de nosotros. Nosotros somos el problema. Hay que intentar dejar el alpiste un poco más tranquilo. Ahora, con tanto *rave*, ya no estamos tan acostumbrados. Y a ti, ¿qué te pasa?» Me volví hacia Billy. «¿Te dijo Ronnie Allison que no podías mojar el churro seis semanas antes de un combate?»

Terry está a punto de meter la negra.

«Y una mierda», dice Birrell. «La razón por la que no he conseguido mojar es porque voy con una pandilla de gilipollas feos y bolingas a remolque.»

Me reí ante aquello, y Gally puso los ojos en blanco con expresión incrédula y exhaló bruscamente, dejando que se le escurriera una pedorreta de entre los labios.

«Oh», dijo Terry haciendo un mohín y metiendo la negra con ademán desdeñoso, «escuchen al puto bobochorra de Birrell. Espero que boxees mejor de lo que juegas al billar, colega», se ríe.

«Nah, es cierto, me cortas el rollo», dice Billy indicando con la cabeza la pelambrera de Terry. «El look Albert Kidd-Bobby Ball ya no está de moda, ¿o es que

nadie te lo ha dicho?»

Eso hace que Terry se rebote un pelín. «Vale, entonces nos dividimos», dice, dinámico y gallito. «¡A ver quién liga esta noche! No os quedéis levantados esperándome en el hotel», suelta pavoneándose, dejando el taco en el estante de la pared y apurando la Steiner, «porque me voy de caza, chicos, os lo advierto. Y la cosa va a ser muy distinta ahora que estoy libre de tanto lastre.»

Nos mira de arriba abajo, levanta la cabeza altivamente, y después sale triscando con ademán desenfadado.

«¿Le ha estado pegando ese capullo al speed o algo? Menudo morro, eh», protesta Gally.

«Eso parece, eh», suelto yo.

Gally parece un poco picado. Sacude la cabeza y empieza a enredar con su pendiente. Se sabe cuando ese capullo se trae algo entre manos; no hace más que pellizcarse el pendiente todo el rato. Desde que dejó el tabaco. «No debería comportarse de esa manera con Viv», suelta Gally.

«Vete a paseo, Gally», se ríe Billy. «La cosa cambia cuando estás de vacaciones. Estamos en 1990, cacho mamón, no en 1690.»

«Por desgracia», suelto yo, y Billy me lanza una mirada desafiante.

Gally se limita a sacudir la cabeza con gesto severo. «Nah, Billy, es una pasada. Es una chavala muy maja, demasiado buena para ese gordo cabrón. Igual que Lucy antes que ella.»

Billy y yo nos miramos el uno al otro. No resultaba precisamente fácil disentir con él a ese respecto. El caso es que los tíos se enrollan con las tías con las que se enrollan, no con las que se merecen.

«A ver», continúa Gally, «nosotros no tenemos problema, no tenemos compromisos.»

«Billy sí tiene compromisos, Gally, vive con Anthea», le recuerdo al chaval.

«Sí», dice dubitativamente Billy.

«Entonces, ¿*es* que la cosa empieza a perder chispa entre ella y tú, Billy?», pregunta Gally.

«Nunca echó demasiadas para empezar», dice él.

Me había fijado en que no vino con ella al Fluid hace un par de semanas, y estoy seguro de que dijo algo acerca de que ella pensaba quedarse unos días más en Londres.

«Sí», suelta Gally, «vale, pero uno no tiene que ir dándole la murga a todo quisque con sus problemas de pareja, Billy. Ninguno de los que estamos aquí lo hace. Terry es distinto. Hace sólo unas semanas no paraba de decir lo especiales que eran las cosas con ella. Hemos tenido que oír esa mierda durante siglos: que si Vivían esto, que si Vivian lo otro. “Adoro a la pequeña Vivvy.” Chorradas.»

«Terry es como es», dije encogiéndome de hombros y volviéndome hacia Gally otra vez. «Conseguirás que el Papa deje de rezar antes que logres que ese cabrón deje

de querer mojar.» Gally está a punto de decir algo, pero lo ahoga: «A mí me cae bien Viv, y sí, creo que es una pasada, pero es asunto de ellos. A mí lo que me jode es la forma en que emplea el prefijo “pequeña” cada vez que menciona el nombre de una chavala. Resulta de un condescendiente que te cagas. Pero en lo que se refiere a él y a Viv, insisto, es asunto de ellos.»

«Asuntos internos», sonríe Billy. «Es un chico muy malo, pero todos lo somos en cuanto tenemos oportunidad. Aquí no hay nadie que pueda decir que siempre ha ido de legal con las tías.»

Gally asiente, reconociendo que lleva razón, pero el nano no está nada contento. Los dedos han vuelto a subir al lóbulo.

Hay un gafotas con pinta de estudiante repartiendo volantes por las mesas: un chaval grande, delgado, de pelo claro y con gafas de montura dorada apoyadas en una nariz aguileña. Es curioso la cantidad de alemanes menores de cuarenta años que llevan gafas; es decir, todos y cada uno de ellos. Uno pensaría que sería más propio que lo hiciera gente más mayor: «¡Jamás he visto nada, a ver, míreme los ojos!» Pero no, son todos los jovencitos. Miro el volante que me pone delante. Es una noche de fiesta, para mañana; la misma que repartía el tío ese, Rolf.

Me pongo a hablar con el tío y le invito a una pinta. Wolfgang, se llama. Le hablo de lo de hoy y me dice: «El mundo es muy pequeño, Rolf es mi mejor amigo. Tenemos un sitio que está bien para estar. Tú y tus amigos deberíais venir y todos podremos fumar hachís.»

«A mí me parece muy bien», digo yo, pero Billy y Gally no dan muestras de excesivo interés. La cosa cambia cuando llega la hora de chapar y Gally quiere seguir de marcha. A Billy se le ve dubitativo; sin duda piensa en que tiene que ir a correr mañana. Gally me mira y se encoge de hombros. «Es de bien nacidos ser agradecidos.»

Salimos del pub y vamos por la calle, cambiándonos de la U-Bahn a la S-Bahn. En este tren cuesta unos veinticinco minutos. Cuando bajamos, parece que vayamos pateando por la calle siglos. Es como si estuviéramos en una ciudad antigua que hubiese sido devorada por los suburbios. «¿Adónde vamos por aquí, colega?», pregunta Gally, volviéndose hacia mí acto seguido y gimoteando. «Es un camino muy largo para acabar de marcha en Corstorphine.»[36]

«No», suelta Wolfgang, dando grandes zancadas con sus largas piernas, «no estamos lejos. Sigue…», repite, «sigue…»

Gally se ríe. «Eres un puto huno, de eso no hay duda, colega», y a continuación empieza a cantar: «Seguiremos… seguiremos… a Wolfgang, a cualquier parte, a todas partes…»

Por suerte, parece casi imposible ofender al Wolfgang este. Pone una cara de póquer total, sin comprender de qué va el capullín de Gally, desfilando a toda velocidad, y nosotros nos esforzamos por seguirle el ritmo. Hasta Birrell, hostia puta, y eso que él no ha bebido tanto. A lo mejor quiere conservar energías para correr.

Pensaba que el sitio este sería un cuchitril. Resulta que es un enorme y laberíntico chalet suburbano, con solar propio y todo. Mejor aún, hay una habitación con dos torres, un mixer y un montón de discos. «Vaya garito tan guapo, colega.»

«Sí», explica Wolfgang, «mi padre y mi madre, ellos estar divorciando. Mi padre vive en Suiza y mi madre en Hamburgo. Así que estoy vendiendo la casa para ellos. Sólo que me tomo mi tiempo, ¿sí?», dice sonriendo maliciosamente.

«Apuesto a que sí, colega», dice Birrell, mirando alrededor, muy impresionado, mientras nos tiramos por el suelo de la gran habitación de las torres, sentados en unos puffs, asomados a un patio con plantas y que da a un enorme jardín trasero.

Yo me lanzo directamente hacia las torres y pongo unos cuantos temas. Aquí hay una buena selección; la mayor parte de rollo eurotecno que no conozco, pero hay un par de cosas de Chicago House e incluso algunos viejos clásicos de Donna Summer. Puse algo de Kraftwerk, un tema estrafalario del *Trans-Euro Express*.

Wolfgang observa con expresión de aprobación. Hace un bailecito de lo más gili, del que Gally, sentado sobre un puff blanco, se cachondea. Birrell también sonríe. Aunque a Wolfgang se la machaca. «Esto es bueno. Tú eres disc-jockey, allí en Escocia, ¿sí?»

«El mejor», corta Gally, «N-SIGN.»

Wolfgang sonríe. «También a mí me gusta tocar, pero no soy tan bueno. Tengo que tocar más…, las prácticas…, entonces», dice señalándose a sí mismo, «bien».

Me juego algo a que eso son chorradas y el cabrón es cojonudo. No parece que el cabrón rico y mimado necesite dinero, así que me apuesto a que nunca deja las torres en paz. Pero nos ha traído aquí, así que por mí de puta madre. Ahora estamos haciendo un pequeño tour por la casa. Es un bulín guapo, lleno de habitaciones sobreras. Nos cuenta que tiene dos hermanitas y dos hermanitos, y que están todos en Hamburgo con su madre.

Suena el timbre de la puerta, y Wolfgang baja a abrir, dejándonos a nosotros arriba.

«¿Aceptable, señor Ewart?», pregunta Gally.

«Harto palaciego, señor Galloway. Sólo pensaba que es un alivio que te cagas que no esté aquí Juice Terry; a estas alturas el cabrón ya lo habría limpiado todo.»

Gally se ríe. «¡Habría hecho venir a Alec Connolly con la furgona desde Dalry!»

El cuarto de estar es cojonudo, con paneles de roble y amueblado al estilo pintoresco. Es como una de esas habitaciones en la que ves sentado a uno de esos payasos con voz de pijo, cuando les está entrevistando la BBC 2 o Channel 4, justo cuando tú entras tambaleándote por la puerta, bolinga perdido. Por lo general te cuentan lo escorias que somos o lo cojonudos que son sus colegas. «En algunos aspectos, podríamos calificar a Hitler como el primer posmodernista. Deberíamos reivindicarle como tal, como ya se empieza a hacer con Benny Hill.»

Hitler.

Heil Hitler.

Pero qué estúpido fui. Borracho y haciendo el chorras con los tíos del antiguo autobús Last Furlong, haciendo un viajecito nostálgico en el tiempo. Algún gilipollas con una cámara que trabajaba como freelance me reconoció de un artículo en la prensa musical sobre el club. Nos preguntó si éramos fascistas y un par de nosotros hicimos el numerito de John Cleese para tomarle el pelo.

Fui estúpido. Estúpido por no darme cuenta de que por mucha «ironía» que quieran echarle, a los arrabaleros no se les permite ser iguales. Incluso si es aquello con lo que crecimos todos, sólo que nosotros lo llamábamos una tomadura de pelo.

Pero a la mierda; esta habitación es más grande que la vieja vivienda municipal de mis viejos y su nueva caja de zapatos de Baberton Mains juntos. Rolf acaba de entrar con su novia, Gretchen y otras tres chavalas: Elsa, Gudrun y Marcia. Gally es de lo más descarado cuando le mola una tía, es como si los ojos se le salieran de las órbitas, y se nota que la tal Gudrun le vuelve loco. Pero todas estas chavalas tienen un aspecto estupendo, no hay manera de elegir entre ninguna de ellas. Es ese efecto de pared a pared de los chochos con clase en masa que te destroza. Me siento como si luchara por permanecer tranqui, pero por lo menos Birrell se comporta con cierta dignidad, levantándose y estrechándole la mano a todo el mundo.

Circulan algunos porros de hierba y hachís, y todos les echamos unas buenas caladas menos Birrell, que rehúsa educadamente. Por extraño que parezca, eso impresiona a las chavalas. Explico que Billy tiene un combate en perspectiva.

«El boxeo… ¿no es muy peligroso?»

Billy tiene su respuesta para estas ocasiones. «Lo es… para cualquiera lo bastante bobo como para subir al cuadrilátero conmigo.»

Nos reímos todos y Gally hace la señal del gilipollas. Billy hace una reverencia burlona y autorreprobatoria.

Yo intento adivinar quién folla con quién para no meter la pata por accidente. Como si me hubiera leído el pensamiento, la tal Marcia dice: «Yo soy la novia de Wolfgang. Vivo aquí con él.»

Me alegra oír eso porque, viendo las cosas más de cerca, esta chavala parece un poco más convencional y severa que las otras. Sé que la que se llama Gretchen es la tía de Rolf, me la presentó antes. Eso deja a Gudrun y a Elsa.

Conforme transcurre la noche me llegan ciertas ondas de Marcia; no creo que le gustemos del todo. Para ser exactos, no le gusta Galloway, que está un poco voceras. «Munich es estupendo, no es como Edimburgo», despotrica, «¿y sabéis por qué? Es porque los viejos, eh, la gente mayor y tal, son mucho más agradables.» Entonces empieza a hablar en alemán, y al muy cabroncete le entienden, encima.

«¡Chorradas!», grito yo.

«Nah, Carl», suelta él. «Aquí no se ven esos hijos de puta cincuentones con jerséis de golfista que ves en los pubs de Leith, esos que siempre quieren machacar a los tíos jóvenes hasta convertirlos en puré de tomate sólo porque los muy cabrones ya no tienen veinte años.» Me coge el porro y cierra el pico para darle una calada.

«Claro está que nosotros tampoco los tenemos. Un cuarto de siglo tenemos ahora. Viejos que te cagas.»

Tiene razón, y sólo de pensar en ello me estremezco. Eso sí, mi viejo dice que «en cuanto cumples los veintiocho, estás acabado», así que eso aún me deja un poquito de tiempo. Últimamente las cosas han cambiado mucho; cada uno va más a su bola. Gally y Terry todavía salen mucho juntos por eso de seguir viviendo en el barrio. Bueno, Gally soba en un piso que hay en Gorgie, pero se trata fundamentalmente de una dirección por la que puede cobrar subsidio y el cheque del alquiler y nunca anda lejos del viejo barrio. Yo y Billy nos vemos bastante, generalmente por los clubs. En la actualidad somos chicos del centro, así que tiendo a salir más con Billy. Nuestros viejos son colegas; trabajaron juntos, así que es como si nuestra amistad estuviese predestinada. En realidad a quien más adoro es a Gally, aunque me acabe mosqueando cuando viene al club. Trafica con pastillas, cosa que no me molesta, pero a veces la calidad no es muy allá, y eso echa a perder la noche. Y a veces no es muy discreto. Terry es un chorizo; ése es otro mundo, tiene sus propias redes. Pero seguimos estando unidos, aunque puede que no tanto como antes.

Sí, el paso del tiempo y la forma en que cambian las cosas. Pero a la mierda con todo eso; ahora es el momento de festejar y regocijarse y desflorar hermosas doncellas…, espero.

Dios, la Elsa y la Gudrun esas…, aunque la tía de Rolf, Gretchen…, sí, no sería fácil escoger entre ellas. Eso es lo que pasa cuando ves juntas a un montón de chavalas que están en forma, es el efecto cumulativo. Te lleva un rato captar las diferencias. Intento mantenerme tranqui, porque odio hacer el capullo delante de las tías, y eso es fácil cuando vas mamao. Pienso que éste sería el lugar idóneo para ponerse a follar seriamente con un chocho en condiciones, ya lo creo. Podría refugiarme aquí unos cuantos días con una de estas muñequitas alemanas y alejarme de las exigencias de mis colegas un rato, sobre todo del señor Galloway, que parece estar subiendo y bajando como un yoyó.

Un enorme gato negro ha entrado en la habitación. Gally ha estado acariciándolo un ratito; ahora está sentado en el brazo de una silla, mirando fijamente a Birrell. Él le echa a su vez una mirada de púgil.

Marcia se acerca al gato, gritando algo en alemán, y el animal se larga corriendo, saltando por la ventana. Después ella se vuelve hacia nosotros y dice: «Un cochino gato callejero.»

«Ésa no es forma de hablar de Gally», suelto yo, y algunos de ellos lo captan y se ríen. Wolfgang suelta: «Sí, no debería darle comida. Se hace pis cuando entra.»

«Ahora estoy cansada», dice la Marcia esta de repente, poniendo los ojos en blanco.

«Tenéis que quedaros todos aquí», dice Wolfgang arrastrando la voz, y con los párpados caídos. Este capullo está fumado que te cagas. Marcia le lanza una mirada pero él no la capta. «Quedaos toda la semana si queréis. Hay mucho espacio», suelta,

agitando el porro.

¡De cine!

La tal Marcia le dice algo en alemán, y a continuación pone una sonrisa falsa a tope y se vuelve hacia nosotros. «Estáis de vacaciones, no querréis estar atados a nosotros», suelta ella.

«Nah», suelto yo. «Ha estado estupendo, de verdad. Sois la gente más agradable que hemos conocido», digo, totalmente fumado. «¿Eh, Gally?»

«Sí, y no sólo aquí. Dondequiera que hayamos estado», susurra, mirando con arrobo a Gudrun y Elsa. «Y ésa es la verdad.»

Yo miro a Birrell, que no dice nada, como de costumbre. «Si para vosotros no es un problema, sería estupendo», suelto yo.

«Entonces está decidido», suelta Wolfgang, mirando de forma cortante a Marcia, como diciendo: Éste es el garito de *mis* viejos, ¿recuerdas?

«Guapo», dice Gally, pensando sin duda en la guita que va a ahorrarse.

Pero a Billy se le ve mala cara. «Acabamos de instalarnos. Y hay que pensar en Terry.»

«Vale…, intentaba olvidar a ese cabrón…» Me vuelvo hacia Wolfgang y Marcia. «Es realmente amable por vuestra parte, y nos encantaría quedarnos con vosotros. Pero hay una persona más», explico.

«Uno más no es problema», dice Wolfgang.

Marcia no hace esfuerzo alguno por ocultar su exasperación. Resopla y se marcha, gesticulando y hablando en alemán, y dando un portazo al salir. Wolfgang nos echa una mirada que dice a-mí-qué acompañada por un encogimiento de hombros de fumado. «Sólo está un poco tensa hoy.»

Gretchen mira pícaramente a Wolfgang. «Wolfgang, tienes que darle más sexo.»

Wolfgang, completamente tranqui, le suelta: «Lo intento, pero quizá esté fumando demasiado costo para que se me dé muy bien el follar.»

Todo el mundo empieza a soltar enormes risotadas de fumados; bueno, casi todo el mundo. Birrell consigue esbozar una leve sonrisa durante unos segundos. Vaya una impresión que darle a la gente de los escoceses. Con todo, eso sólo hace que yo y Gally lo intentemos con más ganas.

«¡Cojonudo! *Deutschland Über Alies*», suelto yo, levantando mi botella. Todo el mundo brinda salvo Birrell, y él me lanza la mirada del púgil esa, que es inútil en medio de esta neblina de fumetas.

Pero estamos todos follados y listos para largarnos. Rolf y las chavalas se marchan y Gally les guiña el ojo mientras parten. «Nos vemos por la mañana, chicas», dice arrastrando las palabras. Birrell parece tenso, probablemente por el combate, pero se levanta y vuelve a cumplir con su rutina de estrechar manos.

Nos retiramos a nuestros aposentos. Birrell y Gally entran en una habitación. Es una habitación de chicos con dos camas. Yo estoy en la habitación de al lado, la de las chiquillas; parece que voy a compartirla con Terry, ya que hay dos camas

individuales. Habrá que sacar la máscara antigás. Elijo la cama que está más próxima a la ventana, me despojo de la ropa y me deslizo entre las sábanas. Están tan frescas y tan limpias que daría miedo hasta cascársela entre ellas. Puedo imaginarme a Marcia igual que ellas: tiesa y fría. Incluso me preocupa sudar, hostias. Recuerdo haber pensado en los hoteles esos que hacía mucho tiempo que no dormía en una cama con sábanas y manta en vez de edredón. Ahora estoy en otra. Con la suerte que tengo, llenaré las sábanas de lefa con un sueño mojado en tecnicolor.

Aunque me siento un poco como uno de esos capullos que salen en las películas de terror sobre casas encantadas, estoy totalmente follado y caigo en un profundo sueño.

Y aquí estoy, de pie, en el estrado; allí están todos, acusándome, señalándome con el dedo. Juice Terry está de pie, mirando al fiscal, que se parece a McLaren, el mánager que tenía cuando trabajaba en el almacén de la fábrica de muebles. El cabrón que me acusó de ser un fascista a causa del saludo idiota ese que apareció en el Record cuando le vacilamos al fotógrafo en la puerta del Tree, imitando a John Cleese en Fawlty Towers.[37]

Terry les pondrá las cosas claras a estos cabrones.

«Carl Ewart… no puedo defender su conducta», dice encogiéndose de hombros. «Todos hemos cometido errores en el pasado, pero que Ewart tomase partido públicamente por un régimen que practicó el genocidio en forma sistemática… es francamente imperdonable.»

Birrell se pone en pie. «Solicito que se someta a este Jambo cabrón a la máxima pena prevista por esta comisión de crímenes de guerra», dice desdeñosamente, antes de volverse hacia mí y cuchichear: «Lo siento, Carl.»

Se escucha un leve rumor procedente de la tribuna…

Entonces el juez empieza a perfilarse. Es el puto Blackie encima, el jefe de estudios en el colegio…

Pero el rumor va aumentando de volumen. Blackie golpea la mesa con su mazo.

Entonces Gally se levanta y se sitúa en el estrado, a mi lado. «¡Que os den por culo a todos, cabrones!», grita, «¡Carl es un tío legal que te cagas! ¿Quién cojones sois vosotros para juzgar a nadie? ¡¿QUIÉN COJONES SOIS VOSOTROS?!»

Y ahora veo que Terry y Billy cambian de opinión, y empieza a escucharse el alirón; estamos todos juntos y en pie. Se ve una multitud de rostros entre el público, Hibs y Hearts, Rangers y Aberdeen y todos cantándole QUIÉN COJONES SOIS VOSOTROS al tribunal; al principio tienen aspecto furioso, después preocupado y a continuación retroceden; los jueces, los profesores, los jefes, los concejales, los políticos, los empresarios…, salen todos corriendo del juzgado… Blackie es el último en salir… «¿Se dan cuenta de la mentalidad de esta escoria?», grita, pero queda ahogado por nuestras risas…

… vaya sueño más cojonudo…, el mejor que haya tenido. Pero me levanto, reventando de ganas de mear.

Me levanto y salgo al pasillo. Está oscuro que te cagas. Tengo la vejiga a punto de reventar y no encuentro un meadero. Ni siquiera encuentro un puto interruptor de la luz, no consigo averiguar dónde voy. Recorro una pared con la mano hasta dar con el marco de una puerta, y la puerta está un poco atrancada, así que me deslizo por el hueco hasta introducirme en la habitación. Pero no es un meadero, hasta allí llego, aunque apenas logre distinguir nada…

Aaaaahhhmecagüenlaputa voy a perder el conocimiento y mearme encima…

Entonces casi tropiezo con algo que hay en el suelo y pienso que ahora sí que voy a reventar, pero aprieto los dientes, me agacho y veo que es alguna clase de bolsa. Me aparto los calzoncillos de la polla, los cojones y mi dolorida vejiga y me meo sin más en el interior de la misma; espero que no se salga, pero la bolsa parece impermeable. No sé lo que habrá dentro, pero a la mierda… ah… a la mierda los cuelgues de los orgasmos y de las drogas, ¡la mejor sensación en el mundo es que te libren de este dolor!

Termino con una sensación de alivio agradecido mientras el dolor remite y la habitación empieza a definirse más. Hay dos camas con un par de capullos dormidos dentro. No me quedo a averiguar quiénes son; me escaqueo de forma rauda y sigilosa y vuelvo a mi propia habitación, me meto bajo las sábanas y en un santiamén vuelvo a estar en el país de los sueños.

MEDIDAS PARA IMPREVISTOS

Me levanto por la mañana y guipo de inmediato que el meadero estaba justamente en la puerta de al lado, en el lado contrario, pero que se me escapó. Bueno, ¿y qué?, a menos que te pillen con las manos en la masa y los dedos en la caja, tú no sabes nada. La ducha es excelente y de alta tecnología para un garito tan antiguo y me quedo largo rato bajo el agua, dejando que los chorros del agua me espabilen; después me seco, me visto y bajo las escaleras. Gally ya está levantado, sentado en el patio que da al jardín. Sin embargo, hace una mañana nublada y no vemos gran cosa. Aún no hay señales de Birrell. «Buenos días, señor Galloway», suelto yo, al estilo de las confiterías-salones de té del elegante barrio edimburgués de Morningside.

«¡Señor Ewart!», me responde con idéntico tono; el capullo parece estar de subidón otra vez, «¿cómo le va, mi querido amigo? ¿Cómo se encuentra esta mañana nuestro gachó de primera?»

«Excelente, señor G. ¿Dónde está Secret Squirrel? ¿Qué le ha sucedido, pues, a ese grande y fornido deportista? No seguirá mosqueado conmigo por encontrarnos unos alojamientos gratuitos, ¿verdad?», me río. «Pensaba que estaría subido a los árboles buscando nueces.»

«Estará jugando con sus bolas en la puta piltra, me juego algo, el vago cabrón», se ríe Gally. «Al muy cabrón no lo pude despertar. ¡Menudo deportista!»

Empiezo a contarle a Gally mi sueño.

Los sueños son rarísimos, de eso no hay duda. He leído mucho al respecto, desde la psicología pop hasta Freud, pero nadie sabe con certeza. Eso es lo que más odio del mundo. Demasiados gilipollas diciendo que las cosas son así o asá. Serán así *para ellos*, querrán decir. ¿Dónde está la puta duda? ¿Dónde está la puta humildad ante la extraordinaria complejidad de este gran universo cósmico?

«A mí me parece un montón de chorradas», se ríe, pero creo que está contento de ser él quien salió mejor parado.

«Pero tú también debes tener unos sueños de lo más raro, cabrón», le digo mientras Billy aparece en el balcón.

Gally sacude la cabeza. «Nah, yo nunca tengo sueños», suelta. Billy parece realmente enfadado y sostiene un chándal empapado.

Decido ignorar tácticamente a Billy un ratito. Gally aún no le ha visto. A mí me parece un montón de chorradas lo que dice él. Todo quisque sueña. «Tienes que soñar, Gally, simplemente no te acuerdas, puede que porque duermas profundamente», le digo.

«Nah. Jamás he soñado», dice sacudiendo la cabeza. El capullo no quiere saber nada.

«¿Ni siquiera de chavalín?»

«No desde que era un crío.»

«¿Con qué soñabas entonces?»

«No me acuerdo, tonterías», suelta, asomándose al jardín mientras comienza a disiparse la niebla.

Billy sostiene el chándal empapado y las zapatillas con las puntas de los dedos, manteniéndolos alejados de él. Ha puesto la bolsa de deporte del revés. Los escurre un poco. Se le ve mosqueado a tope mientras cuelga el chándal en el balcón. Siento cómo me encojo en mi asiento.

«Galloway, ¿te measte en mi chándal anoche?»

«¿Qué me dices, Billy?», pregunta Gally.

Billy vuelve a escurrir las perneras del chándal otra vez. «He tenido que lavar toda la ropa de deporte que llevaba en la bolsa. Estaba empapada y apestosa, como si algún cabrón se hubiera meado dentro», dice, bajando la voz. «Habrá sido ese gato; asqueroso saco de mierda. Qué fuerte. Como se me acerque, le voy a inflar, eso os lo digo gratis.»

«Estamos disfrutando de la hospitalidad de esta gente», suelta Gally. «No empieces a sobrarte con la gente, Billy.»

«No me estoy sobrando con nadie. Si me estuviera sobrando ya te habrías enterado. Mi puto chándal…, esto es una pasada.»

«Y tendremos que devolverles el favor cuando vengan a Edimburgo», salgo yo.

Gally va y dice: «Sí, los llevaremos al barrio. Eso les encantará, ya lo creo.»

«Nah», suelto yo. «Yo tengo mi queo, Billy tiene el suyo. Sobrará sitio.»

«Ah, sí, tú y Billy tenéis vuestros agradables refugios en el centro. ¿Cómo habré

podido olvidarme?», dice con sorna. «Y no me he meado en tu precioso chándal de mierda», añade volviéndose hacia Billy. Yo me limito a levantar la vista, y Billy también. Gally no suele ser así.

«Hostia puta», suelto yo, «vosotros dos os habéis levantado con el pie izquierdo esta mañana. Casi me dan ganas de volver a ver a Juice Terry.»

Aparecen Wolfgang y Marcia. Han preparado algo de desayuno en la cocina. «Buenos días, amigos míos…, ¿cómo estáis?», suelta Wolfgang.

«Tú mantén a ese gato lejos de mí», dice Billy.

«Lo siento…, ¿qué ha ocurrido?»

Gally le cuenta la historia.

«Lo siento», repite.

«Ya puedes sentirlo», suelta Birrell. Gally le da con el codo. «Bueno, mi chándal…, tengo que seguir entrenando, Gally. Tengo que correr al menos ocho kilómetros diarios.»

Tomamos el desayuno y acordamos que nos quedaremos toda la semana. A decir verdad, a Gally y a mí nos avergonzaba la actitud quejica de Birrell, pensando que él sería el último en fallarle a los demás. Volvemos al hotel para recuperar nuestro equipaje. Gally y yo abrimos la puerta de la habitación de Terry; está tumbado sobre la cama haciendo zapping, pero parece mostrarse furtivo hasta ver que somos nosotros.

«¿No te habremos interrumpido mientras te la pelabas, eh, Tezzo?», pregunto.

Al cabrón se le dibuja una sonrisa exquisita en los labios mientras enarca las cejas. «Algunos no necesitamos meneárnosla para corrernos, hijo mío. Algunos somos capaces de conseguir que otros lo hagan por nosotros.»

«¿Quién es el infeliz al que pagaste, y cuánto te costó?», preguntó Gally.

Nuestro querido señor Lawson le dedica a Gally la clase de mirada que recibiría un borrachín a cargo de los servicios comunitarios si tuviera intención de colarse en una fiesta de postín. «Sí, pues era una hembra y la conoceréis luego. Pero hablando de putos maricones, ¿dónde habéis estado vosotros? ¿Montando un trío íntimo y acogedor?»

Le contamos lo del queo y nos preguntamos si se mostraría partidario. Al principio no andaba demasiado seguro; había ligado con una tía y se suponía que la vería más tarde. Además, el padrastro de Terry era alemán y lo odiaba, así que por extensión odiaba a todos los alemanes salvo los que tenían coño. Así es como tendía a funcionar la mente de aquel cabrón. Sin embargo, cuando mentamos las palabras «casa enorme» y «alquiler gratuito» el hijo de puta cambió de actitud bastante rapidito. «No suena mal, más guita para gastar en priva y eso, eh. Mientras no esté demasiado lejos del centro. Algunos tenemos obligaciones fornicadoras que atender.»

Birrell empieza a picarse con tanto hablar de maricones. Debe estar pendiente del combate. Nunca pareció molestarle en el pasado. Siempre se mostraba flemático del todo. Pero ahora no. «Dijiste que te gustaba este hotel, Terry. Yo ya me había

instalado», gimotea, prorrumpiendo en un bostezo.

«No te preocupes, Vilhelm», suelta Terry, que nunca deja pasar una buena ocasión. «Venga, vamos a recoger y salimos de este albergue.»

«Tengo que reservar algo de dinero, Billy», alega Gally, enfocando a Birrell con esos enormes focos.

«Vale, pues, venga», transige él, levantándose de la cama. El pobre Billy parece hecho polvo. Este cambio de rutina parece haberle trastornado de veras. Mientras empaquetamos nuestras cosas (de nuevo), hace un aparte conmigo. «Tendremos que hablar con Lawson acerca de la forma de comportarse en el queo del tío este. No quiero pasar la vergüenza de tener que registrar a ese mamón en busca de cubiertos de plata cada vez que salgamos.»

Yo también lo había pensado. «Seguro que no se pasa, la hospitalidad del tío y tal», medito cautelosamente, «pero tienes razón, tendremos que controlar la situación.»

Los capullos del hotel no estuvieron nada contentos cuando les dijimos que nos íbamos una semana antes de lo previsto. «Reservaron ustedes para dos semanas», suelta el director. «Dos semanas», repite, levantando dos dedos.

«Ya, pero ha habido un cambio de planes, eh. Joder, hay que ser flexible, colega», le dice Terry con un guiño, mientras se coloca la mochila en el hombro. «Que sea una pequeña lección para vosotros, capullos, así fue como la cagasteis durante la guerra. A veces hay que cambiar de planes para aprovechar la nueva situación que surge. Medidas para putos imprevistos, eh.»

Al director no le hace ninguna gracia. Es un capullo grande, gordo, rubicundo, con cabellos engominados y plateados y gafas. Lleva una chaqueta y una corbata elegantes. Se parece más a uno de los colegas de mi viejo del BMC Club de Gorgie un viernes por la noche que a *ein Municher*. «Pero ¿cómo voy a encontrar a alguien para reservar las habitaciones con tan poca antelación?», se queja.

Terry sacude la cabeza en un gesto entre cansado y enojado. «Ése es tu problema, colega. Yo no sé llevar un hotel, de eso te encargas tú. Si me preguntas acerca de vender refrescos desde la parte trasera de una furgoneta te diré todo lo que necesitas saber. ¿Gestión hotelera? No es lo mío», le dice al tío. Lawson es increíble: ahí lo tienes, comportándose como si el director de un hotel alemán debiera conocer automáticamente la biografía de un arrabalero escocés.

De todas formas, el capullo ya puede refunfuñar todo lo que quiera, su culo es historia y nosotros nos najamos calle abajo.

Después de vagar por el centro un rato nos dirigimos a la zona de marcha a tomar una cerveza. Mientras hacemos cola para comprar pintas y *pretzels*, los ojos de Terry, así como los de Gally, van lanzando miradas en todas direcciones, comprobando el ganado. La mayoría son oficinistas y tal, pero también hay algunas turistas. «Por su sitio», suelta Terry, y a continuación: «No me digáis que el director del hotel ese no estaba picajoso que te cagas. ¡Gestión hotelera! ¿Quién se cree que soy? Eso sí,

nuestra Yvonne hizo algo de eso en Telford», reflexiona. A continuación se vuelve hacia Birrell: «¿Tu hermano Rab no va a la universidad?»

«Sí. Pero no sé qué hace.» Billy trae las bebidas y se ha pillado una Steiner de lager para él. Le hago un gesto con la cabeza, pensando en el combate. «Tranquilo, Billy.»

«Tengo derecho a tomarme alguna que otra copa cuando estoy de vacaciones», suelta él. Creo que está un poco molesto de que su rutina quedara desbaratada por la ropa de deporte empapada en meados.

«Así se hace, Birrell, échatela por el gaznate», brinda Terry, haciendo chocar su Steiner con la de Billy. «¡Birrell va en serio!»

Yo pienso en Yvonne, la hermana de Terry. Se había tirado tanto a Billy como a Gally. Pero a mí no. Supongo que siempre me he sentido un poco dejado al margen, estafado en cierto modo, como si me hubiesen despojado de una parte de mi primogenitura. Pero eso no es justo con Yvonne, sólo se trata de mi rivalidad con el señor Lawson. ¡Puede que cuando volvamos a casa invite a Yvonne al club e intente enrollarme con ella, sólo para ver la jeta de Lawson! De todos modos, ya no es sólo Birrell el que va en serio, pues instintivamente nos dirigimos a una mesa bastante próxima a otra donde está sentado un grupo de tías. Gally encabeza la carga y es un lugar ideal. Aunque las chicas están terminando, y se levantan de inmediato en cuanto nosotros tomamos asiento. Capto la mirada de una de ellas y me olisqueo descaradamente el sobaco. La chavala sonríe y le pregunto: «¿No os quedáis a tomar otra?»

Ella mira a su amiga y después me vuelve a mirar a mí: «Creo que no», dice, volviéndose y alejándose.

Terry me mira desde el otro lado de la mesa. «Todavía posees el don de la palabra, ¿eh, Carl? Caen todas rendidas a tus pies, colega.»

Para Lawson el paraíso se define así: que él tenga una cerveza en la mano y vaya a follar y que nosotros sigamos célibes.

Nos tomamos un par más, y es estupendo estar aquí sentados con una cerveza, disfrutando de la conversación, viendo pasar el mundo de largo. Aunque empiezo a sentirme un poco cabrón por lo de la bolsa de Billy. No para de hablar del puto gato y su rutina de entrenamiento. La cosa llega a tal grado que estoy al borde de la confesión en un par de ocasiones, lo cual sé que sería un error, así que me largo a una tienda de discos que había guipado antes, para controlar un poco de tecno antes de que la priva me haga irme de la lengua. A Gally no le importa, parece distraído, y a Billy tampoco, pero Terry hace un pequeño comentario al que no respondo. Nunca se sabe cuándo ese capullo habla en broma o en serio. Como ha quedado en breve con su chorba supongo que no será más que un vacile.

«¡Compórtese, Lawson! ¡Mozalbete necio!», le grito como respuesta al partir, y eso desata la risa de Gally y Billy y el dedo corazón de Terry. Ésa venía de muy antiguo, de los tiempos del colegio, creo.

Así que me reuní con ellos más tarde y volvimos a donde Wolfgang y Marcia. A Terry le parecía bien el queo, pero no se quedó mucho tiempo. «Obligaciones fornicadoras allá en el centro, chicos. No me esperéis», dijo con una sonrisita antes de marcharse. Le dimos a Terry la dirección y las instrucciones; Billy dibujó un mapa detallado. Pensamos que les daríamos un respiro a nuestros anfitriones, así que esa noche salimos los tres. Nos quedamos por los alrededores, fuimos a cenar a un pub tradicional: grandes mesas de madera y decoración escasa.

No podíamos entender qué cojones ponía en el menú y ninguno de los camareros ni de los clientes hablaba inglés; aquello era el culo del mundo. Era un poco como esperar que unos capullos de un pub de Peebles o Bathgate cascaran ze Deutsch. El alemán hablado de Gally no estaba mal, pero el menú aquel no tenía ni pies ni cabeza para él. Al final, nos conformamos con hacerlo a ojo. A Birrell le tocaron montones de salchichas, a Gally huevos, col y arroz, y a mí mogollón de carne de ternera con guarnición acompañado por algo que parecía una vinagreta. Lo mezclamos y lo repartimos, de forma que todo el mundo quedara más o menos satisfecho. Después, tras haber tomado unas copas, nos fuimos a un bar más pijo que había junto al lago y observamos a un montón de cabrones ricos y viejos con trajes de colores pastel paseando a sus chuchos por las orillas del lago, a todos los yates dirigirse al puerto deportivo y vimos desaparecer el sol sobre los Alpes como una polla sudorosa en la boca de una puta de Leith.

Empezó a notarse cierto frío en el ambiente, así que nos metimos dentro para tomar unas cuantas cervezas más. Cascamos un rato, poniendo a Terry a parir, puesto que él era el capullo que faltaba. Billy no paraba de bostezar, y después de un rato Gally empezó a tocarme los huevos: borracho, arrastrando las palabras y diciendo chorradas, haciendo las mismas preguntas y diciendo lo mismo una y otra vez, incordiando. Era de toda esta mierda de la que pensábamos que nos habíamos librado cuando empezamos a tomar éxtasis. Finalmente, decidimos llevarle a casa. Aquella noche dormí estupendamente entre las sábanas. Una conciencia tranquila, ya veis.

Terry me despierta en mitad de la noche. Debe de haber encontrado el camino de vuelta. El capullo se mete en la cama conmigo. «Vete a tomar por culo, tu cama está allí…», le suelto, pero no se mueve, y yo no pienso compartir cama con ese capullo asqueroso y mamao. Así que me salgo y me meto en la suya. La sensación de frío me asalta las piernas. El capullo del pelo ensortijado se ha meado en su propia cama, joder.

PREPUCIO

Ha sido una noche espantosa y estoy cabreado que te cagas con Terry. Como el capullo no se movía, tuve que ser *yo* el que le diese la vuelta al colchón de su cama, intentara ocultar la meada y pusiera las sábanas a secar en el radiador. Él se limitó a quedarse allí en coma. Al muy cabrón le arranqué las sábanas y la manta, y dormí

sobre el colchón vuelto del revés.

A la mañana siguiente me despierto ante el espectáculo del Otrora-Esbelto Lawson, con sus calzoncillos manchados, tumbado en la cama de enfrente. Me acerco a ver a Billy y Gally. Galloway está levantado; parece que se haya quedado levantado toda la noche. Está leyendo un manual de conversación alemán. A Billy le cuesta siglos despertarse y lucha por ponerse el chándal. Lo único que le saco son unos murmullos en los que se distinguen las expresiones «mal rollo» o «pasada», antes de que salga a correr.

Bajo a la cocina y tomo un poco de café. Marcia está allí; me cuenta que Wolfgang ha ido a ver a un abogado acerca de la venta del bulín. Nos esforzamos por hablar educadamente; para mí está bastante claro que nuestra presencia no le resulta grata a esta *Fraülein*, y a ella le queda igualmente claro que nosotros lo sabemos, pero nos importa un carajo. Ya ha atisbado que no va a poder avergonzarnos hasta que hagamos las maletas, así que sólo le queda contar los días.

Así pues, volvemos al pub local. Es la hora de comer y hace un día estupendo, así que nos sentamos al lado de un par de abueletes en el bullicioso patio al aire libre. Yo permanezco en silencio, pensando en lo hermosa que es esta parte del mundo, en cómo fue «el centro del movimiento», como decía emocionadamente mi viejo colega Topsy, cuando le dije que nos veníamos para acá.

Terry sabe que estoy mosqueado con él. No he venido a Alemania a limpiar los meados de un borrachín. «Estos capullos alemanes son tus colegas, Carl, así que pensé que había más posibilidades de que nos perdonaran si pensaban que habías sido *tú* el que se meó en la cama. Hay que pensar tácticamente.»

«Yo *no* conozco a esta gente, Terry, acaban de presentármelos, y yo *no* me he meado en su puta cama. Lo has hecho tú.»

Terry levanta ambas palmas. «¿Vas a estar así de borde toda la mañana? Una asociación internacional de espíritus musicalmente afines en el mundo entero, Ewart, ésa es tu milonga», suelta él. «Aunque te diré una cosa, menos mal que no me quedé en casa de la tía esa. No le habría hecho demasiada gracia si me llego a mear en su cama. Volvimos al recinto y luego me acompañó al tren, eso es todo lo que recuerdo. Menos mal que el capullo del taxi…»

«Cuando volvamos, vas a lavar esas sábanas, ¿verdad, Terry?»

«Tranquilo, mamonazo», me suelta, guiñándome el ojo. «Eso sí, colega, elegiste un buen albergue. La tal Marcia esa, no sé. Un poco picajosa, pero nada que no pueda arreglar una buena ración de polla.»

«Y *tú* vas a lavar esas sábanas, ¿verdad?»

El capullo no me hace ni caso.

«¿Vas a llamar a tu madre en Saughton Mains para que venga y te las lave ella?», salto yo.

Terry lo piensa durante un segundo, como si se planteara seriamente esa posibilidad. Después me da la espalda y empieza a hablar con los vejetes.

Gilipollas. Gally está sentado con una gorra de béisbol idiota que se compró ayer. Bayern Munich. Creo que sólo es porque (afortunadamente) nos eliminaron de la copa europea. Con ella puesta parece uno de esos tipos de los que cuidan los servicios sociales. Hay poca gente a la que le sienten bien las gorras esas. Sobre todo a los gilipollas que les dan la vuelta y sacan un mechón por el agujero; al menos, el capullo no ha hecho eso. Aquí va a haber más de uno con ganas de quemar fotos viejas, eso es seguro. Está mirando al tendido, como de costumbre, aunque a Billy se le ha esbozado una sonrisa en la cara al vernos a Terry y a mí despellejándonos el uno al otro. «Me alegro de volver a verte sonreír», le comento.

«Sí, ya lo sé», dice él, sacudiendo la cabeza. «Es por el entrenamiento…»

«Desde luego a mí me deprimiría estar de vacaciones y eso y tener que correr tanto y cuidarme de lo que como y de lo que bebo», digo yo.

Billy sacude la cabeza. «No es eso, Carl. Normalmente me gusta entrenar. Es sólo que esta última semana o así, incluso antes de venir aquí, ha sido tremendo. Me siento cansadísimo todo el rato. No soy yo mismo», dice con gesto compungido. «Es un mal rollo, y todo el bolingueo este no ha ayudado nada.»

«¿Qué quieres decir con lo de cansado, que no te encuentras bien?»

«No me siento bien… por dentro. Es como si tuviera algún virus o algo. Me falta energía.»

Ante esto interviene Gally: «¿Qué quieres decir con eso de un virus, cómo cojones vas a tener *tú* un virus?»

Billy le mira. «No lo sé. Sólo sé que me siento hecho polvo. Es alucinante.»

Gally asiente lentamente, como si tratara de entenderlo, y a continuación suelta una pequeña carcajada para sus adentros. «Yo traeré las copas. ¿Otro zumo de naranja, Billy?»

«Sólo un agua.»

Hubo un rato de silencio, pero no resultaba incómodo; fue bienvenido. Terry estaba repantigado en plan tranqui, con ese ademán que dice estoy-seguro-de-mí-mismo. Así que tengo que preguntar. «De acuerdo, Lawson, tú ganas. ¿Tú qué tal anoche, cómo te fue?» Guipo su barriga cervecera, que asoma por debajo de la camisa roja y por encima de los shorts azules. Después me vuelvo y miro el estómago de Billy, marcando abdominales. No parece que haga tanto desde que sus barrigas eran iguales. Blackpool, allá en el ochenta y seis.

Terry recorre los rizos ensortijados de su cabellera con un gesto elegante. «Perfectamente. He quedado con ella más tarde», dice, pero la voz se le va apagando un tanto dubitativamente.

«No se te ve tan contento», dice Gally, captando la onda.

«Bueno, el caso es que me pica un poco la polla. No me molesté en ponerme un condón; aquí no sé pedirlos en las farmacias.»

Percibo la oportunidad de una tomadura de pelo. «Típico bastión papista», suelto yo. «Uno de los grandes mitos acerca de Escocia es lo del rollo de protestantes contra

católicos. Lo cierto es que se trata de anticatólicos contra católicos. La mayoría de anticatólicos nunca ha pisado una iglesia al margen de bodas y funerales. Nah, yo nunca me he creído esa mierda de los protestantes y los católicos, son un montón de chorradas, pero estos putos capullos papistas *deberían* entrar en el siglo XX de una vez, todo sea dicho. Y también está bien decirles las cosas claras a esos hijos de puta Hibbies de vez en cuando, aunque en realidad ni uno de los presentes sea católico. Creo que Birrell es medio católico, como yo, pero no estoy seguro.»

«Ya me preguntaba yo cuándo ibas a salir con la primera mierda sectaria del día…, eso sí, ya son las diez de la mañana, así que no vas mal», me dice Billy. Billy ha estado ligando bronce pero se levanta y me da una colleja que me duele más de lo que dejo ver. Al cabrón le pesan las manos y me quedo mareado. Hijoputa. Me asomo al jardín y respiro hondo. Sí, creo que quizá la madre de Billy sea católica, como la mía.

«Eso sí, ya me picaba un poco antes de anoche», dice Terry, volviendo al tema anterior. Eso me alegra bastante, porque no quería verme envuelto en una discusión sobre quién tiene más seguidores (nosotros; antes eran ellos), la cuadrilla más dura (ellos; antes éramos nosotros), o si hay más o menos piojosos, yuppies, intolerantes, pubs, putas, *ravers*, sida, escuelas, tiendas u hospitales en Leith o en Gorgie. A la mierda con todo eso. Estamos de vacaciones, joder.

A Gally se le ha iluminado la cara. Conozco esa expresión maliciosa y demoníaca y no me equivoco. «La verdad es que tienes un prepucio bastante largo, colega», le dice a Juice Terry.

«¡Eh!» Terry está horrorizado. Billy suelta una risita, yo también, aunque todavía me esté frotando la cabeza.

Ahora nuestro señor Galloway ha puesto los ojos como platos y cara de inocente. «Sólo decía que tienes un prepucio bastante largo y que por eso debe de ser más difícil mantenerlo limpio, quiero decir, por debajo del capullo y tal», explica con toda indiferencia. Yo y Billy nos sonreímos el uno al otro porque a Juice Terry se le ve un poco picado.

Señala a Gally. «¿A qué viene todo esto?»

«¿Es así o no?», pregunta Gally. El chaval se encamina hacia una megatomadura de pelo.

«Me importa una mierda que sea así o no. ¿Es ésa forma de hablar de un colega?»

Gally sigue poniendo cara de póquer. Cuando está en forma, es casi el único que puede hacerle sombra a Terry en materia de vaciles, a fuerza de pura perseverancia.

«Escucha, colega», explica, «hemos jugado al fútbol juntos durante años. He visto tu prepucio mogollón de veces. Y antes de que me acuses de mirarte la polla, no es que la escondas bajo una cesta precisamente.»

«Tendría que ser una buena cesta para taparle el prepucio a él», se ríe Billy.

«¿Eh?», respondió Terry.

Gally mira a Terry, después nos mira a mí y a Billy, y después a Terry otra vez.

«Mira, tú solías ponerte pitillos bajo el prepucio y hacer como que te los fumabas. Aquello era un buen numerito, ¿te acuerdas? Solías mirar a ver cuántos te cabían. Aquí nos hemos visto las pollas todos; no lo neguemos. Lo único que digo es que tienes un prepucio bastante largo comparado con la mayoría, así que supongo que tendrás que tener un pelín más de cuidado en materia de higiene personal, eso es todo. Sólo era un comentario referente a lo de la irritación», explicó Gally, volviéndose hacia mí; a mí se me escapa una risilla que nos hace explotar a todos.

A todos menos a Terry, claro está. Pero con Terry nunca se sabe si está realmente molesto o sólo se lo hace con objeto de que siga la juerga. «Tú eres un enfermo, cabrón. ¿Así que te dedicas a estudiar las pollas de otros tíos?»

«No es que me dedique a ello, Terry. Es una observación circunstancial», le dice Gally. «No les voy mirando la polla a los tíos. Es sólo que he visto la tuya a lo largo de los años, en el colegio, jugando al fútbol y tal. No quiero darle al tema más magnitud de la que tiene…»

«No, si ya lo tiene», dice Billy guiñando el ojo, «el prepucio, quiero decir.»

«… así que no hace falta que te mosquees tanto», añade Gally.

Terry le mira con frialdad. Se yergue en el asiento. «¿Conque eso os parece bien?» Indica a los abueletes con un gesto de la cabeza. «¿Hablarle de mi polla al mundo entero?»

«Nah…, no es eso…, no se lo estoy contando al mundo entero, estoy…, ah, joder…, vale, vale, lo siento. Vamos a dejarlo», suelta Gally mientras Billy y yo nos carcajeamos a gusto el uno con el otro.

Terry empieza a responder como si estuviera defendiéndose en un juicio. Claro está que el chorizo hijo de puta ha tenido abundante práctica en la materia. «¿Así que aceptáis que no es la clase de tema del que deberían hablar unos tíos, unos tíos que son colegas, que no son maricones?»

«Sólo si tú aceptas que tienes un prepucio bastante largo», replica Gally.

«¡No, nada de putas condiciones! Si yo aceptara eso, querría decir que reconozco tu derecho a hacer esa afirmación acerca de mi polla, lo que no es el caso. ¿Lo entiendes?»

Yo lo pienso un rato. Gally también; le está dando muchas vueltas al pendiente. No sé de qué va Terry, ni sabía que el capullo fuera tan susceptible en lo que se refiere a su puto prepucio. Siempre está exhibiendo la puta polla. Tiene la polla más grande de todos los presentes. Así que realmente no entiendo de qué va todo esto, pero parece que Terry está realmente mosqueado, como si la cosa se estuviera saliendo un poco de madre, y Gally es lo bastante sensato como para darse cuenta. «Ahí tienes razón, colega. Tengo que reconocerlo, Lawson. Sobre ese punto me doy por vencido», dice, tendiéndole la mano. Terry la mira un instante antes de estrecharla.

«Lo cierto es que de todos modos», suelta Gally, señalando a los vejetes alemanes, «con éstos no habrías tenido problemas, a cuenta de lo largo de tu

prepucio.»

«¡Eh!» Terry vuelve a estar indignado. Yo y Billy estamos que nos meamos. Entonces es como si Terry quisiera resistirse, pero él también acaba riéndose.

«A un tipo como yo lo habrían enviado derechito a Dachau, con la circuncisión que me hicieron.»

Me acordaba de la circuncisión de Gally. Recuerdo que nos la enseñó en los lavabos del Last Furlong cuando todavía llevaba los puntos. «¿Por qué te hiciste la circuncisión?», suelta Billy.

«Apretaba demasiado. Fue cuando me estaba tirando a una de las gemelas Brook», explica Gally.

«Las hermanas Brook», digo con añoranza y Billy sonríe también. Incluso Terry parece más tranquilo. Me encantan esas chicas: son las mejores chavalas del mundo.

«¡Llegó a apretar tanto que hizo ping!», nos amplió Gally. «Se quedó subida como una puta persiana. Agonizaba de dolor. Al principio pensé que lo que había allí era el Durex reventado, pero dolía demasiado para ser eso. ¡Entonces me di cuenta de que era el puto prepucio! Como una puta persiana, enrollada en la parte donde el mástil encaja con el extremo y cortando el riego sanguíneo. El capullo se me puso primero azul y después negro. La Brook llamó a la ambulancia y me llevaron al hospital: circuncisión de urgencia.»

«¿Ahora va mejor?», preguntó Billy.

El señor Andrew Galloway frunció los labios. «Al principio dolía que te cagas», nos cuenta, «que nadie os cuente otra cosa. Sobre todo cuando aún llevas los puntos y se te empalma cuando estás dormido por la noche. Pero ahora los polvos son mejores que nunca. Las tías también lo prefieren. Yo me lo plantearía, Terry, con ese prepucio que tienes y tal. Claro que ya sabes lo que dicen: mucho prepucio, poca polla.»

«¿Qué?»

Gally coloca una de sus palmas en el pecho y vuelve la otra hacia fuera. «No estamos poniendo en duda que haya suficiente pan en el bocata, pero ¿lleva algo de carne?»

«A mi puta polla no le pasa nada, hijo mío», salta Terry, a la defensiva otra vez, «hay polla de sobra saliendo por encima del extremo de ese prepucio cuando me empalmo. Tú mira a ver si comparas dónde estuvo mi polla anoche y dónde estuvo la tuya: ¡metida entre tus palmas sudorosas, como de costumbre! ¡Así que tú no empieces! Cuando te hicieron la circuncisión, tiraron a la basura el trozo equivocado, cacho capullín.»

Las gemelas Brook. Hmm. Hmm. Una ambición vitalicia, un trío con las gemelas Brook. Nunca se lo mencionaría a Terry, porque el capullo probablemente diría que él lo había hecho, y añadiría a su madre y a su prima de propina, no fuera a quedarse corto. La putada es que yo lo intenté con las dos una noche cuando las llevé a mi casa después de cerrar el club, pero fue un fracaso.

«Oye», le digo a Gally, «¿a cuál de las gemelas Brook te estabas tirando cuando

sucedió eso?»

«Y yo qué cojones sé, tío», suelta el señor Galloway, «no sé distinguirlas.»

Billy se lo estaba planteando. «Lo sé. Son idénticas. Ni siquiera tienen algún lunar o algo así por lo que yo vi. Creo que Lesley se está poniendo un poco más fondona que Karen, pero hace un par de años eran como dos gotas de agua.»

«¿Sabes cuál es la única forma de distinguirlas?», se aventura Terry.

«Sé lo que vas a decir, Lawson», corta Gally, «la una lo escupe y la otra se lo traga.»

«Ésa de la que hablas es Lesley, ésa es la que escupe», suelto yo. «Ni siquiera le gusta metérsela en la boca. Debería saberlo, mira que lo he intentado veces.»

«Te equivocas», suelta Terry, «lo hace si te pones un condón. Pero Karen tiene el mejor polvo de las dos con diferencia. Se la deja meter por el culo y todo el mogollón.»

«Te tomaré la palabra», le digo. «Yo no soy un puto porculeador. Eso es para los capullos que no saben dónde se sitúan. Ya sabes lo que dicen de los tíos que se la meten por el culo a las tías, sólo están esperando a montárselo con otro tío», sonrío.

Terry me lanzó una mirada desafiante. Tenía el pelo totalmente revuelto. «¡Chorradas! No me vengas con ésas, Ewart. Eso sólo lo dices porque estás reprimido que te cagas y careces de sentido de la aventura. Tienes que tener la colección completa, amigo. Te imagino cumpliendo: cinco minutos en la postura del misionero y después de vuelta al bar.»

«La cabrona ha vuelto a hablar, ¿eh? Pero ahora en serio, ¿por qué esperar tanto? ¿Por qué crees que los escoceses inventaron la eyaculación precoz? Para poder pasar más tiempo en el pub. ¡Salve, Caledonia!» Levanto mi copa y los dos abueletes me contestan del mismo modo.

Terry me enfila con una mirada rapaz. «Últimamente se te ve mucho por ahí con las Brook. Siempre están en el Fluid. ¿Alguna vez te las has hecho a las dos, en plan trío?»

Este cabrón sabe leer el pensamiento. Ahora Birrell es todo oídos y los ojos de Galloway me enfilan como dos grandes y negras antenas parabólicas. Me pongo una pizca paranoico ante la posibilidad de que una de las Brook le haya contado la historia a Terry, así que decido que la sinceridad es la mejor política. «Nah, volvieron a casa conmigo, las dos, una noche después de cerrar el Fluid.»

«Sí, la tía aquella sí que te echó fluido por encima a ti aquella noche», suelta Gally.

La sonrisa de Terry parece un alto horno. «Sí, pero yo me vengué por ti, colega, porque yo le eché fluido por dentro a ella», me cuenta.

El caso es que sabes que no es un vacile, encima. Ese gordo cabrón. Cómo cojones lo hace es algo que se me escapa. Le sobran siete kilos por lo menos, su ropa y su peinado llevan diez, qué digo diez, quince años de retraso. El puto Rod Stewart del Acid House.

«Vete a paseo, Lawson», bufa Gally. «A la mierda con sus faroles». Terry le mira como diciendo: Sí, ya sabemos todos cómo ibas tú aquella noche, así que antes de que pueda soltarlo, Gally avanza a toda máquina. «Venga, Ewart, ¿qué pasó con las Brook?»

«Bueno», suelto yo, «estábamos en mi casa, empastillados los tres, sin nadie más. Ya sabes cómo son las cosas; bailamos, nos abrazamos, nos besamos y esparcíamos el puto rollo amoroso. Entonces nos quedamos un poco cansados, y empezamos a acomodarnos en el sofá. Así que sugerí que nos fuéramos todos a mi cama grande y durmiéramos allí. El caso es que para entonces los éxtasis me habían convertido en una puta lesbiana, ni siquiera pensaba en meterla, sólo quería una especie de retozón sensual. Karen estaba por la labor, en plan "Ay, qué bonito sería eso" y tal, pero Lesley no quería saber nada. Yo no pienso quitarme la ropa y meterme en la cama con mi propia hermana, dijo. Así que voy y digo, venga Les, a ver, que vosotras compartisteis el mismo útero durante nueve meses. Sólo tienes que pensar en la cama como en un gran útero. Ella va y dice: No es eso lo que me molesta; el problema es que te imagino a ti ahí con nosotras, y te imagino como si fueras la gran placenta de ese útero.»

Gally mira lentamente a Terry y se le escapa un silbido de risa como el de un martillo neumático. Terry también se apunta. Birrell también. «Placenta Ewart», se carcajea Gally; a continuación se pone muy serio y me señala: «¡Ese apodo podría llegar a ponerse de moda!»

«DJ Placenta; suena guay», se ríe Terry.

Nos vamos hacia la S-Bahn y decidimos cogerlo en dirección contraria, irnos un poco más hacia el extrarradio, deteniéndonos a tomar una cerveza en un bar a orillas del lago en Starnberg.

El lago está muy picado para tratarse de un día tranquilo y despejado. ¿Cómo es posible que unas aguas sin salida al mar tengan tanto movimiento?, pienso para mis adentros. ¿Es por los barcos o quizá porque desemboquen en ellas corrientes subterráneas? A punto estoy de discutirlo pero me siento demasiado perezoso para seguir pensándolo; disfruto con el sonido de las pequeñas olas chapoteando contra las paredes del paseo marítimo a escasos metros de nuestra mesa. Es un sonido agradable, estimulante incluso, que me hace pensar en dos cuerpos desnudos (concretamente, el mío y el de una chavala follable, o quizá dos, puede que las dos gemelas Brook) entrechocando sobre una cama de matrimonio con cuatro columnas. Había pasado demasiado tiempo. Diez putos días. Hay un perrito olisqueando por ahí que me recordó a Cropley, el viejo perro de Gally. Me siento tan salido como Cropley durante los veranos antes de que al pobre cabrón lo caparan.

Terry mira al perro, que le miraba de forma fija e inquisitiva. «Hola, chico», le suelta, «es como si supiera lo que le digo.»

«A lo mejor es que le pones. No será el primero que te follas», le dice Gally.

Mientras Terry hacía una mueca, Billy dijo: «Gally, ¿sabes tu colega, el pijo ese

que estudia para veterinario? También es colega de mi hermano.»

«Sí, Gareth.»

«Sí, fue a uno de esos colegios de postín, pero es seguidor de los Hibs, un tipo echao palante y tal», me dice Terry.

«De todos modos», explica Birrell, «Rab estaba venga a dar la brasa con que si los perros son capaces de entender lo que les dices y el tal Gareth le suelta: No antropomorfices a nuestros amigos cuadrúpedos, Robert; sólo sirve para envilecer a los miembros de ambas especies.»

«Ése es Gareth», se ríe Gally.

No conozco a ese tío más que de oídas, pero no digo nada. Me tienta decir que ésa es una palabra muy complicada para que la emplee un Hibby, pero cierro el pico. Aunque las apuestas están en mi contra; Placenta Ewart. Estoy a la expectativa, a ver cuándo reaparece ésa.

Ahora Terry está venga a hablar de la tía esa. Es alemana, estudia español e italiano en la Universidad de Munich, pero al parecer también habla inglés que te cagas. Estamos todos bastante celosos y es probable que todo el rollo de Gally acerca de la polla de Terry provenga de ahí. Pero el capullo sí tiene un prepucio muy largo: eso es un hecho. Con largo prepucio o sin él, dejamos al cabrón que se marche y quedamos para vernos en la carpa Hacker-Psychor del recinto ferial. Todos echamos unas risillas mientras se aleja, con sus cabellos ensortijados revoloteando por todas partes por efecto del viento procedente del lago.

Sabe muy bien lo que estamos haciendo y se vuelve, sonriendo burlonamente y mostrándonos el dedo corazón.

A ESO LE LLAMO YO CHORIZAR

Unas cuantas copas más tarde vamos caminando por el pasaje subterráneo de la estación local de la S-Bahn en dirección al centro. Hay un grupo de chicas jóvenes, en realidad unas niñas, congregadas alrededor de la salida del túnel. No deben de tener una puta mierda que hacer en un sitio como éste: una ciudad dominada por viejos y ricos que viven en los barrios periféricos.

«Se ven algunos polvetes por aquí hoy», suelta Gally.

Él también debe de encontrarse bastante desesperado. «Son unas crías», digo sin demasiada convicción.

«Y qué, joder», suelta él, yendo directamente hacia ellas. «*Enchildigung bitte, mein deutsch is neit* muy bueno. *Sprekt ze Engels?*»

Ellas empiezan a reírse, tapándose la boca con las manos. En realidad son unas criajas. Empiezo a sentirme incómodo y me doy cuenta de que Billy también.

«*War is la tienda de compacts?*», sonríe Gally. Es un chiquitajo bastante apuesto, con esos ojazos y dientes, y cuando está tranquilo, muestra una enorme y perezosa sonrisa. Los faros esos tienen una extraña cualidad que parece hacer mella en algunas

tías. Podrían arrancar la pintura de las paredes y a veces tienen el mismo efecto sobre la ropa de una tía. Gally y Terry nunca andan escasos de tías porque los cabrones tienen un poco de encanto y de confianza. A las tías eso les gusta. En casa solían salir mucho juntos a ligar, a pesar de que se toman el pelo el uno al otro y a veces acaban hinchándose mutuamente las pelotas. Así que no entiendo por qué lo está intentando con las pequeñas estas.

«Hay una tienda que los vende. Allí», dice una de las chavalas, atenta y de aspecto serio, señalando al otro lado de la calle.

Prácticamente tengo que apartar a Gally de las chavalillas a rastras. «Tranquilo, Gally. Tu hijita tendrá esa edad pronto. ¿Te apetece que intenten ligársela tíos de veinticinco años cuando tenga esa edad?»

«Sólo estaba enredando…», dice él.

Me entran ganas de decir que el ala de los pederastas en Saughton está llena de capullos que dijeron eso, pero sería una pasada, incluso tratándose de una broma, porque Gally es legal; sólo estaba enredando y puede que sea yo el que está demasiado susceptible. Pero el estupro es el estupro: en Alemania o en Escocia, da exactamente lo mismo. Y veo a Billy mirando a Gally de forma un tanto dubitativa también. No sé lo que le pasa últimamente a este capullín. Terry dice que anda por ahí con unos cuantos gilipollas, Larry Wylie y esa peña.

Puede que eso sean exageraciones de Terry. Gally estuvo saliendo con alguna gente poco recomendable hace un tiempo, pero ahora eso ya se acabó.

Billy es un poco enigmático en lo que a las chavalas se refiere. Les gusta porque está cachas y siempre va arreglado. Lo que pasa con Billy es que es imposible imaginárselo ligando con una tía, hablándole a una, pero parece que les dé palique a base de bien. Siempre que consigue a una tía nueva, nunca nos la enseña a nosotros. Simplemente lo ves en su coche, o paseando por la calle, por lo general con algún chorrete por su sitio. Nunca se para a presentártelas, y nunca jamás habla de las tías con las que ha estado salvo que sea una chavala del barrio, porque entonces lo sabe todo quisque de todas formas. A veces viene al club con la chavala con la que ha estado viviendo. Echan un baile juntos, y después cada uno se va con sus colegas el resto de la noche. En realidad yo no he hablado demasiado con ella; parece o tonta o tímida. Pero ése es Billy, Secret Squirrel, ya lo creo.

«Yo no pienso ir a mangar compacts», suelta Billy, sacudiendo la cabeza con gesto asqueado y mirando a Gally, sabiendo exactamente lo que pretende hacer ese pequeño capullo cuando entramos en la tienda de discos Muller esa.

En la tienda trabajan una maruja gorda y una tía joven aburrida. Hay montones de compacts en grandes estanterías de madera. Gally coge uno y le arranca una tira de aluminio. «Lo único que hay que hacer es arrancarles las tiras estas y esconderlos», suelta, deslizándose el compact en el bolsillo.

Billy está que echa chispas; se aleja de nosotros y sale por la puerta.

«Sí, ahí tú Birrell, gruñón de mierda; no todos somos sanos y respetables

deportistas», me dice Gally. «Puto cabrón incendiario.»

«Púgil barriobajero de Stenhouse», suelto yo, con acento rapero y riéndome sin parar.

Gally adopta una expresión y un porte totalmente teatrales, y empieza a cantar la banda sonora de la serie de dibujos animados *Secret Squirrel*. «Menudo agente, menuda ardilla…»

Yo me sumo, «… tiene al país en vilo, ¿cómo se llama?…»

Entonces nos llevamos el dedo a los labios y soltamos: «Sssshh… ¡Secret Squirrel!»

Yo no soy un gran chorizo y Gally, bueno, algo ha hecho, pero no tanto como el señor Terence Lawson y su viejo colega Alec allá en casa. Estos cabrones son profesionales: allanamientos, palos en las tiendas, toda la pesca. Justo antes de largarnos, Billy y yo tuvimos que tener unas palabras con ese sacomierda réprobo de Terry. Le dijimos que se suponía que esto eran unas vacaciones y que no se iba a chorizar. El capullo de pelo rizado se mosqueó y soltó: «Tengo veinticinco tacos, no quince. Sé comportarme, so cabrones. Sé cuándo trabajar y cuándo relajarme.»

Así que por nuestra parte la cosa se quedó en algo así como: Entonces discúlpanos por respirar, cabronazo.

Terry siempre llamaba trabajar a chorizar. Supongo que para él lo era; era casi lo único que había hecho desde que le dieron el finiquito en lo de las furgonetas de refrescos. Ahora, después de mi filigrana de discurso, soy yo el que está por la labor de chorizar. Creo que es por eso por lo que Birrell se ha disgustado conmigo. Pero Gally tiene razón; aquí insultan tu inteligencia. Es difícil *no* chorizar. Habría que estar loco para pasar por alto una oportunidad como ésta. Además, estamos necesitados: muchos de mis viejos elepés están hechos una mierda.

Así que salgo de la tienda y me voy al lado, donde me hago con una bolsa de plástico con una botella de agua dentro para hacer de peso. A continuación vuelvo a la tienda de discos y empiezo a arrancar sistemáticamente las tiras de los compacts antes de volver y meterlos en la bolsa de plástico. Las mujeres que están detrás del mostrador no pueden ver las estanterías desde ahí. No hay cámaras ni nada de eso. Está tirado: *tienes* que chorizar. Gally es distinto a mí; para él es cosa de lucro, no personal. Lleva puesto el chip «Juice Terry» y va a degüello a por los elepés más exitosos del momento. Está mirando las cosas que querrá comprar la gente del Silver Wing, el Gauntlet, el Dodger o el Busy Bee. Las cosas de las que está haciendo acopio dan un asco que te cagas; *Esto sí que es música, Volumen 10, 11, 12 y 13*, Phil Collins (*But Seriously*), Gloria Estefan (*Cuts Both Ways*), Tina Turner (*Foreign Affair*), Simply Red (*A New Flame*), Kathryn Joyner (*Sincere Love*), Jason Donovan (*Ten Good Reasons*), Eurythmics (*We Too Are One*), mogollón de cosas de Pavarotti después del Mundial; toda la mierda con la que no querrías que te vieran ni muerto; me corta el rollo. El capullo no para de enseñármelos, muy satisfecho consigo mismo, con esos ojazos iluminados como farolas bajo la gorra de béisbol esa. No entiendo

cómo a alguien le puede dar marcha levantar esos discos, discos que nunca escucharías.

A mí me interesa más el *backlisting*. Así es como le llaman a reemplazar los viejos elepés por compacts. Cuando lo piensas, es un camelo para conseguir que te pases del vinilo al compact, así que deberían sustituirte toda la colección de discos por compacts nuevos si recompras un aparato de compacts. Yo sustituyo la mayor parte de los Beatles, los Stones, Zeppelin, Bowie y Pink Floyd. Lo único que escucho en compact son las antiguallas; la música dance, evidentemente, hay que escucharla en vinilo:

Guapamente. Salimos caminando con dos bolsas repletas de compacts. A Secret Squirrel se le ve con cara de pocos amigos cuando bajamos por la calle hasta el queo a dejarlos allí. Él y Gally se enzarzan inmediatamente en una de esas insensatas discusiones pijo-piojoso que suelen producirse en el barrio en cuanto ya se puede hablar. Cuando volvemos, telefoneo a Rolf y Gretchen y les digo que nos vemos en el recinto del Oktoberfest si les apetece echar unos tragos. Entonces volvemos a salir inmediatamente y nos vamos a la estación para coger el S-Bahn que lleva a Munich.

Salimos y nos tomamos una copita por el centro, y ya estamos listos para ir a encontrarnos con Terry y su chica en la carpa Hacker-Psychor del recinto cuando quién aparece si no es el cabrón en persona, que se acerca a nosotros llevando de la mano a una tía. La tía de Terry, Hedra, está buena que te cagas. Al presentárnosla, sin embargo, tuve que evitar las miradas de Gally y Billy. Me daba cuenta de que lo primero en lo que también pensaron ellos fue en mamadas. Nunca entenderé lo que esta tía puede ver en Terry. Se lo estoy explicando a Birrell mientras Terry y Gally traen las bebidas; Gally presume ante él de nuestro hurto y Birrell me suelta: «Nah, es sólo porque es extranjera, te resulta exótica. La chavala no tiene mal aspecto, pero si fuera de Wester Hailes, pensarías que era una tía del montón.»

Vuelvo a mirar a la chavala, imaginándola en el centro comercial de Wester Hailes, masticando un pastel de carne de Crawford's, y supongo que Birrell no deja de tener razón. Pero yo llevo razón en que *no* estamos en Wester Hailes.

Vamos calle abajo cuando Terry guipa una señal colocada en un gran edificio público de piedra. «Mirad esto, chicos, parad un momento.»

Pone algo en alemán, pero debajo dice en inglés:

MUNICH-EDINBURGH TWIN CITIES COMMITTEE
EL AYUNTAMIENTO DE MUNICH
DA LA BIENVENIDA A LOS JÓVENES DE EDIMBURGO

«Ésos sois vosotros, la juventud de Edimburgo», se ríe Hedra.

«Joder que sí. Deberíamos entrar aquí de cabeza a echar unos tragos. Por la cara y tal. Ésos somos nosotros, la juventud de Edimburgo», dice Terry con orgullo.

«No podemos entrar ahí», dice sacudiendo la cabeza Birrell.

Gally le echa una mirada desdeñosa. Terry pone voz de mariquita: «No podemos hacer esto, no podemos hacer lo otro», dice, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. «¿Dónde tienes los huevos, Birrell? ¿Te los dejaste en el cuadrilátero? Venga», dice, dándole un puñetazo en el brazo, desactivando así su incipiente cólera. «¡Acuérdate de Souness! Le echaremos jeta.»

Graeme Souness era de por donde nosotros, y sigue siendo el héroe de Terry a pesar de que ahora es el mánager de los hunos. Cuando Souness llevaba permanente y bigote, Terry llegó incluso a dejarse crecer un poco de pelusilla para emularle. Cuando quiere animar a alguien o intentar apuntarle al chanchullo de turno, siempre dice: «¡Acuérdate de Souness!» Cuando éramos críos solíamos encontrarnos con Souness cuando volvía de entrenar. Una vez le dio a Terry cincuenta peniques para comprar chuches. Uno siempre recuerda ese tipo de cosas. Terry le perdonó incluso aquella espeluznante entrada sobre George McCluskey en Easter Road hace unos años. «McCluskey era un puto esquivajabones; un *weedgie* no tendría que estar jugando para los Hibs para empezar», dice completamente en serio. Todo el mundo sabe que Souness era un Jambo, pero no, Terry no quería ni oír hablar de ello. «Souness es un puto Hibby», afirmaba. «Si ahora estuviera en activo, iría por el centro con los chicos del CCS[38] vestido de diseño, y no escondiéndose en el barrio como vosotros, capullos de *Jambos* pelotilleros.»

¿Por qué cojones hablará él de ropa de diseño? Terry es a la moda lo que Sydney Devine[39] es al Acid House. De todos modos, acordándonos de Souness, ascendemos resueltamente los escalones de piedra y entramos en el edificio. Hay dos enormes porteros cerrándonos el paso. Ahora ya no me acuerdo tanto de Souness. Afortunadamente, aparece un tío de traje detrás de ellos que les indica que se hagan a un lado. Pude ver a Birrell, incitado por Terry, a punto de montarla. El tío, un tipo de barbas con un aire a Rolf Harris, vestido con un traje de etiqueta y con unos papeles en la mano, nos sonríe. «Yo soy Horst. ¿Ustedes son el contingente de Edimburgo?»

«Ésos somos nosotros, jefe», le suelta Gally, «los Young Mental Amsterdam Shotgun Squad para los amigos.»

El tal Horst se acaricia la barba. «Amsterdam no vale, queremos gente de Edimburgo.»

«Te está tomando el pelo, colega, somos chicos de la capital de cabo a rabo», explicó Terry. «Tres Hibbes y un Jambo. Ni un solo triste impostor *weedgie* entre nosotros.»

Horst nos mira de uno en uno, después a su papel, y de nuevo a nosotros. «Bien. Recibimos el mensaje de que habían retrasado el vuelo. Habéis tenido suerte de llegar tan pronto del aeropuerto. ¿Cuál de vosotros es el campeón de squash, Murdo Campbell-Lewis, de Barnton?»

«Eh, es ése», dice Terry señalando a Billy, porque parece el más en forma. Horst saca una acreditación de delegado y se la da a Birrell, que se la coloca tímidamente.

A continuación Horst mira a Hedra, quien le escudriña el rostro con la mayor

serenidad. Mola esta chavala. «¿Dónde están las demás chicas?»

Gally se frota el pendiente. «Buena pregunta, colega. Desde que llegamos aquí no hemos tenido demasiada suerte en eso de comerse un torrao.»

Billy interrumpe para silenciar nuestras risas. «Vienen detrás.»

Nos hacen pasar a un salón con enormes arañas colgando del techo y unas mesas puestas llenas de delegados, que están sentados comiendo y bebiendo mientras les atienden camareros y camareras. Horst nos entrega unos pases; Gally agarra uno y dice: «Ése soy yo, Christian Knox, inventor adolescente del Stewart's-Melville College.»

«¿Quién es Robert Jones, el violinista… de la CFS…, la Craigmillar Festival Society…?», pregunta Horst.

«El barriobajero simbólico que hay que incluir para salvar las apariencias», me cuchichea Terry.

De ése me ocupo yo. «Soy yo, colega. Y se dice CSF, no CFS.»

El tío, Horst, me echa una mirada de perplejidad y me entrega la acreditación. Me la prendo en el extremo de mi chaqueta de gamuza.

Nos sentamos a tomarnos un papeíto que te cagas. Hay mogollón de vino, y Gally se pone un poco susceptible cuando una de las camareras le pregunta si tiene edad para beber. «Tengo una hija de tu edad», se burla. Nosotros soltamos un pequeño ¡Ohhhhhh! que le toca los huevos. El papeo está por su sitio: ensalada de marisco para empezar y después pollo asado, patatas y verdura.

Al cabo de un rato me doy cuenta de que se ha producido una pequeña conmoción y se levantan voces; alzo la vista y veo a un par de viejos estirados que me suenan vagamente de algo. La mujer es una vieja bruja de cuidado, estridente y con ojos indignados que escrutan el mundo en permanencia en busca de algo que desaprobar. El otro es un capullo trajeado con aire pagado de sí mismo, con cara de estar bien alimentado y una expresión que transmite el siguiente mensaje: «Vivo a lo grande que te cagas, y quiero que lo sepa todo dios.» Hay mogollón de capullos jóvenes acompañándoles; chavales y chavalas, aseados y con aire de gente decente, de mirada entusiasta y vivaz, poco acostumbrados a observar con indiferencia la aspereza de la vida. Se parecen a la gente apocada que conocíamos en el barrio, los bichos raros que solían ayudar a los viejos cabrones con la compra. ¡Como Birrell, el asistente social metido a boxeador, supongo!

«Oh-oh…», suelta Terry, apurando el vino y sacando una botella entera del cubo de hielo; se la guarda debajo de la chaqueta. «Parece que se acabó la fiesta…»

«Ésa es la concejala de Edimburgo, la guarra que siempre sale en el *News* quejándose de la suciedad durante el Festival», dice Birrell, refrescándome la memoria. Sabía que la conocía de alguna parte. «Denegó la beca que nuestro club de boxeo solicitó al Comité de Ocio y Tiempo Libre.»

Ahora nos miran a nosotros, y parecen tan contentos de ver a sus conciudadanos de la capital como lo estaría uno de encontrarse un lavabo con el pestillo echado en

un día de mala resaca. Horst se acerca corriendo con los dos tipos de la puerta.

«¡No deberíais estar aquí! ¡Tenéis que marcharos!», nos grita.

«¡Eh, que aún no hemos tomado el postre!», se ríe Gally. «¡Qué tal, jefes!», les grita a los de la expedición municipal, levantando los pulgares. La cara del tío pagado de sí ha cambiado por completo, ya lo creo. No hay duda, ese barniz de relaciones públicas ha desaparecido por completo.

«¡Márchense o llamaremos inmediatamente a la policía!», ordena Horst.

Pues bien, a uno no le gusta que le hablen de ese modo y es imperdonable mostrarse grosero con los desconocidos, sobre todo cuando parece haber suficiente espacio y manduca para todos, pero en fin, estos cabrones llevan todas las de ganar. «Sí, de acuerdo, cabrón», suelto yo. «Venga, chicos.»

Nos ponemos en pie; Gally se mete un gran trozo de pan en la boca mientras nos vamos. Terry mira a uno de los gorilas fijamente con una risa sorda y sin aliento que hace que se le dilaten los ojos. «Venga, pues, capullo», se cachondea, meneando las caderas y frunciendo los labios. «Tú y yo, Fritzy. Ahí fuera. ¡Venga!»

Yo le cojo por el brazo y le empujo hacia la puerta, riéndome que te cagas ante su pantomima. «Venga, Terry, ¡déjalo ya, tonto del culo!»

Los alemanes parecen un poco confusos; se nota que no quieren armar ningún follón aquí, pero a mí me preocupa que llamen a la policía. A la carabota vengativa esa de concejala le produciría un enorme placer ver encerrados en comisaría a unos arrabaleros, pero por otro lado sería mala publicidad para la ciudad si saliera en la prensa, así que quizá dispongamos aún de cierto margen. Siempre y cuando algún capullo no abra las hostilidades, claro.

Vamos saliendo; Terry camina de forma lenta y provocativa, como desafiando a los alemanes a pegarse con él. Echa una mirada alrededor del salón y grita: «¡CCS!»

Es sólo por motivos efectistas, porque Terry ya no va nunca al fútbol, no digamos con las peñas futboleras. Pero no saben de qué coño va y no van a animarse. Él mira a su alrededor y, satisfecho de que no haya candidatos, se acerca a la puerta.

Mientras salimos, la vieja bruja a la que llaman concejala Morag Bannon-Stewart nos suelta: «¡Sois la vergüenza de Edimburgo!»

«Súbete aquí y chúpame el puto rabo, jefa», le dice ásperamente Gally para horror y escándalo de ella, y ya estamos en la calle, sintiéndonos muy complacidos pero indignados al mismo tiempo.

LA FIESTA DE LA CERVEZA DE MUNICH

Aquí se está guay; hileras de mesas abarrotadas de bebedores completamente entregados y el sonido de la banda de música. Si no consigues embolingarte en este ambiente no lo lograrás jamás. Además, no es sólo cosa de gachos, hay mogollón de tías aquí, todas por la labor. Esto sí que es vida, ¡la carpa Hacker-Psychor en el Oktoberfest, y las Steiners cayendo enseguida a un ritmo que te cagas! A mí ya no me

iba tanto el alcohol como antes, pero nunca había bebido tan a gusto. Al principio estuvimos todos juntos sentados ante las grandes mesas de madera esas, pero al cabo de un rato empezamos a diseminarnos. Creo que Birrell es el que más ganas de circular tiene, porque Gally le ha estado poniendo la cabeza como un bombo con lo del choriceo. «Para un momento, Birrell», suplica mientras Billy se levanta, «¡un poquito de puta *Gemeinschaft*!»[40]

Billy puede ser un tipo curioso; un tío estupendo, pero un poco puritano en algunos aspectos y tal. Así que se levanta y se pone a hablar con unos ingleses. Terry controla a los chochos pese a estar con la tal Hedra. Así es Terry; le adoro, pero es un capullo total. A menudo pienso que si no fuese mi colega y acabase de conocerle, la segunda vez que le viera me cambiaría de acera. Ansioso por estirar las piernas, me reúno con Billy. Los ingleses estos parecen bastante legales; hablamos de montones de chorradas de borrachos con ellos: historias de pedos, de *raves*, de peñas futboleras, de drogas, de polvos; toda la mierda habitual que hace que la vida valga la pena.

En determinado momento, una gorda, creo que alemana, se sube a una de las mesas y se quita el top, meneando las tetas por todas partes. Todos la aclamamos y yo me doy cuenta de que estoy encebollado, bueno, borracho; la percusión de la banda de música me retumba en la cabeza y los timbales restallan en mis oídos. Me levanto, sólo para demostrar que puedo hacerlo, y después recorro la carpa.

Gally me invita a otra enorme cerveza y dice algo acerca de que si la *Gemeinschaft* somos nosotros, pero paso de su rollo de borracho porque le está saliendo esa vena físicamente pegajosa que tiene cuando está follao; se te agarra y te arrastra por ahí. Le doy esquinazo y acabo sentado junto a unas chavalas de Dorset o Devon o algo así. Estamos entrechocando las Steiner y hablando de música y clubs y pastillas y lo de siempre. Hay una de ellas que me mola tope, es legal; Sue, se llama. No tiene mal aspecto, pero en realidad es porque su voz se parece a la de la coneja esa del anuncio de Cadbury’s Caramel, la que le dice a la liebre que vaya más despacio, que se tome las cosas con calma.

Y los ojos de la liebre están por todas partes, un poco como los de Gally cuando va de éxtasis. Puede que ahora yo lleve los ojos igual, porque tengo una visión de mí y de esta tía haciendo perezosamente el amor bajo el sol durante todo el día en una granja de Somerset y pronto le paso el brazo alrededor y me deja morrearme con ella un rato, pero después se aparta; quizá esté demasiado ansioso, demasiada presión labial… El señor Liebre, ése soy yo, es todo ese tecno, el hardcore ese que me va tanto últimamente, siempre con demasiada prisa, así que relájese, señor Liebre…

¡Totalmente pasado de alcohol! Me acerco a la barra y saco una ronda para esta chavala y sus colegas con algunos schnapps como entrantes. Nos los tomamos y después Sue y yo nos levantamos a bailar delante de la banda de música. En realidad no hacemos más que gesticular ciegamente, y un inglés, un tío de Manchester, me pasa el brazo alrededor del cuello y me suelta: «¿Qué tal, colega, de dónde eres?», y yo le digo «Edimburgo» y este tío también es legal y menos mal, porque veo por

encima del hombro que Birrell acaba de pegarle un puñetazo a un capullo que quizá sea uno de sus colegas. No parece un golpe muy potente, pero ha sido unos de esos puñetazos cortos y económicos de boxeador, y el tío cae de culo. El ambiente cambia de un modo extraño, y uno se percata de ello incluso a través de los estratos acumulados de intoxicación sorda. Me aparto del tío de Manchester, que parece un poco horrorizado, y me lanzo como una catapulta hacia Sue; salimos beodamente y a toda velocidad de la carpa y vamos dando tumbos hasta acabar detrás de una caravana desde la que se escucha el ruido del generador.

Ella ya tiene las manos en mi bragueta mientras yo intento aflojarle los vaqueros, están un poco ceñidos, joder, pero al final lo consigo. Encuentro su raja bajo las bragas; deslizo dentro un dedo y está húmedo, no habrá ningún problema para metérsela por el coño, porque yo también estoy duro, aunque siempre me preocupe el alcohol en esas situaciones. A veces puedes tener la polla dura, pero la erección puede abandonarte. Durante un ratito no logramos configurar correctamente, pero la siento encima del generador, que vibra que te cagas, y ella se saca una de las perneras del pantalón; sus bragas son de esas de algodón blanco bastante holgado que puedes hacer a un lado sin necesidad de quitárselas; al principio va un poco justo pero desde luego entra. Estamos follando, pero no de la forma lenta, lánguida, a lo Cadbury’s Caramel que yo quería; es un polvo asqueroso, espasmódico y tenso, en el que ella se apoya con las manos sobre el generador reverberante impulsándose contra mí. Yo empujo y observo el sudor sobre su cara y estamos mucho más enajenados el uno del otro follando de lo que lo hemos estado nunca bailando. Se ven sombras que pasan tambaleándose delante de nosotros y se oyen voces diversas agitadas y fuertes; inglés, alemán, Birrell y quién coño sabe qué más.

Pienso en llevármela a casa de Wolfgang y Marcia, a follar despacio en la cama esa, a follar a lo Cadbury’s Caramel; todo lánguido y sensual, cuando una chavala se acerca corriendo a nosotros pero sin vernos en realidad porque está echando las tripas; intenta apartarse el pelo de la cara pero no lo consigue. Ahora mis horizontes se han encogido y ya sólo quiero soltarle el chorromoco dentro a Sue. Siento cómo ella me aparta y me salgo; ella se pone los vaqueros, se sube la cremallera y se abrocha y yo intento guardarme la polla en los calzoncillos y los pantalones como si fuera un imbécil intentando resolver un rompecabezas.

«¿Estás bien, Lynsey?», reconforta Sue a su amiga, a quien sencillamente le da otra arcada. Después me lanza una mirada como si yo fuera responsable del estado de la tonta del culo esta. Claro está que yo compré aquella ronda de schnapps, pero no obligué a nadie a tomarla.

De la expresión facial y el lenguaje corporal de Sue, que ahora me da la espalda, se desprende de forma bastante evidente que lamenta todo esto. La escucho decirse a sí misma con voz bebida: «Ni siquiera tenía un puto condón…, pero qué idiota…»

Y supongo que así es. Entonces empiezo a tener remordimientos. «Voy adentro a buscar a los chicos… os veo por aquí», digo, pero no me escucha, le importa un

carajo y ninguno de los dos se corrió así que ni con la mejor voluntad e imaginación podría considerarse un polvo logrado. Es lo que pasa con lo de follar: no es algo por lo que haya que preocuparse. De vez en cuando hay que echar un polvo de mierda, aunque no sea más que para darle perspectiva a las folladas guapas. Si todos los polvos fueran porno de manual, entonces resultaría insignificante, porque no habría verdadero punto de referencia. Así es como hay que mirarlo.

Yo sigo adelante, tropezando y casi cayéndome por culpa de una de las cuerdas de la carpa; paso dando tumbos por delante de un tío con la nariz reventada. Su colega le ayuda manteniéndole la cabeza en alto. Hay una chavala siguiéndoles que va diciendo: «¿Está bien?», con un acento del norte de Inglaterra, «¿Está bien?»

Ellos no le hacen caso y entonces a ella se le arruga la cara, me mira a mí y suelta: «¡Pues entonces que os follen!» Pero de todos modos les sigue.

De vuelta en la carpa, deambulo un poco antes de ver a Billy, que parece verdaderamente bolinga. Se mira los nudillos concienzudamente al mismo tiempo que se los frota. «Billy, ¿dónde está Gally?», le pregunto, pensando que Terry estaría con Hedra, pero que Gally estaba solo.

Birrell me mira con expresión dura y desafiante, con los ojos entrecerrados; entonces se da cuenta de que soy yo y se relaja un poco. Se estira los dedos de la mano. «No puedo andar por ahí sacudiendo a los mamones, Carl, tengo un combate importante en ciernes. Como este nudillo esté roto, Ronnie se volverá loco. Pero se estaban sobrando, Carl. ¿Qué podía hacer? Se estaban sobrando. Qué fuerte. ¡Terry tendría que haber estado aquí para arreglar las cosas!»

«Sí, claro. ¿Dónde está Gally?», vuelvo a preguntarle. Me juego lo que sea a que el mutante empanao se ha metido en algún follón en alguna parte. Sin embargo, me sorprende un poco lo de Billy, se supone que él es el capullo sensato.

«Le entraron ganas de vomitar. Le potó por la espalda a una chavala. Estaba bailando con ella. ¿Dónde está Terry? Tuve que tumbar a tres mamones yo solo. ¿Dónde estabais?»

«No sé, Billy. Les encontraré. Tú espera aquí», le digo.

Terry estaba con Gally, quien desde luego no tenía aspecto de encontrarse demasiado bien. Llevaba vómitos en la parte delantera de su camiseta negra, tenía los pelos en punta a causa del sudor y resollaba. Terry estaba venga a sonreír, tronchándose de la risa. «Material de segunda división», ruge, volviéndose hacia Hedra y un alemán. «Qué pobre embajador. Eh, Galloway, compórtate como si fueras de los Hibs, hostias.» Señala a Gally mientras canta: «¿Sois Jam Tarts disfrazados?… Oh, mierdero, mierdero, mierdero Galloway.» Entonces me hace un repentino gesto con la cabeza: «¿Dónde está Secret Squirrel? Le vi lanzando unos cuantos puñetazos ahí al fondo. El capullo ha perdido los papeles. Aquellos tíos ni siquiera le estaban molestando. Ya no es capaz de controlar la priva. Creo que escuchó la campana dentro de su cabeza», se rió Terry. «¡Segundos fuera! ¡Ding-dong!» Empezó a cantar el tema de la banda sonora de Secret Squirrel: «Tiene trucos en la manga que la

mayoría de malos encuentran increíbles…, un chaleco antibalas.»

¿Que qué pequeño es el mundo? Del tamaño de una bola del mundo de la escuela primaria; unos alemanes se acercan al tío que está con Terry, y uno de ellos es Rolf. Nos reconocemos de inmediato y nos estrechamos la mano. «Vamos a una fiesta», dice, lanzando una mirada de desaprobación al espectáculo cervecero y a la banda de música, que sigue tocando, «habrá mejor música.»

Por mí perfecto. «Guay», digo. Puede que los tíos no conozcan esa palabra, pero es imposible no captar la onda. Dicen que el lenguaje corporal constituye al menos un cincuenta por ciento de la comunicación. Eso no lo sé seguro, pero sí sé que el discurso y las palabras están sobrevalorados. El baile no miente, la música no miente.

«Yo estoy por la labor», sale Terry, «esto se está poniendo demasiado revuelto, eh.» Entonces empieza a hablar como el tipillo de las gafas y el fez, ese que es el coleguita de Secret Squirrel: «*Le echaremos una pastilla por el gaznate a Secret antes de que mate a algún capullo*» (pronunciado con el acento del topo ayudante de Secret Squirrel). Después vuelve a poner su propia voz: «Para devolverle al rollo amoroso. ¡El cabrón se piensa que estamos en el puto Gauntlet y que van a cerrar!»

Cogemos a Billy y constituyendo una turba indisciplinada, nos dirigimos a trancas y barrancas hacia las salidas del recinto, tropezando con los cables de las carpas. La gente nos mira con expresión preocupada; parecemos unos salmones agotados que intentan remontar el curso del río para desovar. A medida que abandonamos el recinto, empiezo a orientarme. Nos dirigimos al centro, y mis reflexiones giran en torno a la tal Sue y lo bien que me lo podría haber pasado, y cómo fue una debilidad emborracharme tanto y volverme tan lento y tan estúpido por culpa de esa droga de viejo pedorro. Parece que caminemos durante siglos. Billy va detrás de mí, frotándose aún la mano. Le grita a Terry, que va delante: «¿Dónde cojones estabas, Lawson? ¿Dónde estabais?»

Terry no hace más que reírse y sacudírselo: «Sí, ya, claro, vale, Birrell, vale. Claro, claro, claro…» Pero a mí me preocupa, porque Billy rara vez jura, si es que alguna vez lo hace. En ese aspecto es como su viejo. Su hermano jura como un carretero, y los demás también lo hacemos.

«¡VENGA, PUES, QUIEN SEA!», grita Birrell venenosamente en mitad de la calle oscurecida, y todo el mundo mira para otro lado. Terry entorna los ojos, frunce los labios y hace: «¡Oooooh!» Rolf me suelta a mí: «No nos dejarán entrar en la fiesta tal como está él ahora. Es posible que en lugar de eso nos arresten.»

«Es más que posible, colega», se ríe Terry. Lleva el brazo alrededor de Hedra; le importa un carajo.

Yo retrocedo y calmo a Billy, rodeándole los hombros con el brazo. «Tranquilo, Billy, queremos que nos dejen entrar en el festorro este, ¡hostias!»

Billy se detiene y se queda totalmente rígido; después me guiña el ojo y pone cara de que no ha pasado nada. «Estoy tranquilo», suelta, añadiendo, «totalmente tranquilo.» Entonces me abraza y me dice que soy su mejor amigo y que siempre lo

he sido. «Terry y Gally son grandes amigos, pero tú eres el mejor. Acuérdate. A veces soy más duro contigo que con los demás, pero eso es porque tú eres especial. Tienes lo que hay que tener», dice, casi amenazando. Hace años que no veía a Birrell así. La priva se le ha subido directamente a la cabeza y en su mirada se percibe una horda de demonios. «Tienes lo que hay que tener», repite. Entonces se dice a sí mismo: «… pasote», entre dientes.

No sé lo que querrá decir, aunque agradezca el sentimiento. Bueno, supongo que el Fluid va bien, pero no supone más que una noche estupenda y unas risas y un poco de pasta en el bolsillo. Le doy una palmada en la espalda mientras atravesamos a pie un erial que hay junto a las vías muertas del ferrocarril y llegamos a un enorme polígono industrial. Hay luces encendidas y camiones; es como si aún hubiera gente trabajando. El club o *rave o party*, como lo llaman los alemanes, se celebra en un enorme y cavernoso edificio viejo que evidentemente ha sido ilegalmente ocupado. Está rodeado por lo que parecen unidades fabriles y oficinas aún activas. Me vuelvo hacia Gally: «Si antes de veinte minutos no ha aparecido la poli, le lameré el prepucio a Juice Terry», me río, pero el pobre gachó excelente aún está demasiado bolinga para responder. Pasamos al interior. Gally ha rascado la mayor parte de las potas de su camiseta y se ha abrochado la bomber. Cuando entramos estoy encantado, porque mientras íbamos por la calle empezaba a hacer verdadero frío.

No hay más que un sistema de sonido sin adornos apilado en torno a un improvisado espacio de disc-jockey, pero esta plataforma tiene aspecto de poder resistir bastante ruido. Empieza a llenarse y pienso que me encantaría tocar aquí.

Efectivamente, el latido de los bajos surca el espacio, rebotando contra las paredes y haciendo eco mientras comienza el primer tema y todo el sitio se inflama y esa emoción explosiva que sólo puede obtenerse formando parte de una multitud.

Birrell parece relajarse en el garito, incluso antes de que le pongamos hasta arriba de pastillas. Es como si asociara las vibraciones y la música con la paz. Estos alemanes son legales. Rolf está allí con Gretchen; Gudrun y Elsa también están presentes, y estoy encantado a tope de que Gretchen tenga amigas, y bastantes, además. Tienen todas aspecto de chochos Bundesliga, pero en mi estado ese aspecto lo tienen todas, pues pronto la pastilla empieza a incidir, atravesando las capas sedimentadas de alcohol y restableciendo cierta agudeza y claridad. Me topo con Wolfgang y Marcia. «¿Tocarás unos discos, sí?»

«Ojalá hubiera traído una bolsa, colega, de verdad. Incluso los que se quedaron en tu casa.»

«Siempre hay un mañana», suelta él.

En ese momento interviene Marcia. «Tu amigo el del pelo es muy raro y ruidoso. Por la noche estaba de pie en nuestra habitación junto a nuestra cama…, le vi en la oscuridad con todo ese pelo…, no había ropa en él…, no sabía quién era…»

Wolfgang se ríe con eso, y ahora yo también lo hago. «Sí, antes tuve que levantarme para dejarle entrar en casa. Le mostré la cama en tu habitación, pero tú

estabas dormido. Volví a mi cama esperando que le abrumara el sueño…, que estaría haciendo el sueño. Entonces oí los gritos de Marcia, y le veo allí de pie, inclinándose sobre nosotros. Así que me levanto y vuelvo a llevarle a la cama. Pero él dice que quiere bajar abajo por más cerveza. Así que le consigo un poco y él no me deja ir a dormir. Está por hablarme toda la noche. Apenas podía entenderle. No para de hablar de una furgoneta de refrescos. Yo no entiendo. ¿Por qué siempre estáis por hablar tanto en Escocia?»

«Todos no», protesto. «¿Y Billy?»

Marcia se relaja un poco y sonríe. «Es muy agradable.»

«Quizá sea alemán», sonríe Wolfgang.

Aquello me hace reír y los estrecho en un abrazo, ansioso por tener mejor rollo con la Marcia esta. Wolfgang está en plan: «Ohhh… ohhh… Carl, amigo mío», pero Marcia sigue estando un poco tensa. Dudo que se haya metido una pastilla. Los éxtasis estos que ha pillado Rolf son bastante buenos, desde luego. Siempre puedes saber si un éxtasis es bueno por la velocidad con que se pasa la noche, pero cuando la música se acaba, provocando ruidosos jadeos de exasperación, pienso que esto es ridículo, que *tan* buenos no eran. A pesar de los éxtasis, mis pensamientos van despacio (probablemente se deba a la priva) y me lleva un momento darme cuenta de que mis propias palabras han resultado ser un poco más proféticas de lo deseable, puesto que se ven unos uniformes pululando entre el gentío danzante y dirigiéndose hacia las torres. Los polis son bastante numerosos y quieren que nos dispersemos. Terry grita algo, con el único efecto de que todos los alemanes se vuelven y le miran atónitos. Rolf me dice: «Deberías decirle a tu amigo que en este país hay poco que ganar haciendo enfadar a la policía.»

Estaba a punto de decirle que lo mismo pasa en el nuestro, pero que eso no nos detiene, cuando me cosco de que estos tíos están tranquilos porque hay un Plan B en la lista de proyectos. Sin lugar a dudas, todos queremos proseguir la fiesta. Además, los polis de aquí llevan pipa, y no sé lo que pensará Terry o cualquier otro, pero en lo que se refiere a *mi* actitud, eso supone una diferencia del cagarse. Mis labios han segregado misteriosamente una capa de velero y me muero de ganas de estar lo más lejos posible de aquí. Es cierto que si le tocas los huevos a la policía, dondequiera que sea, por lo general sólo suele haber un ganador.

Rolf y sus colegas nos estaban contando que iba a haber otra fiesta, pero que le han perdido la pista al local que habían marcado. Mientras todos pensamos en adonde ir, están cargando el equipo en una serie de furgonas grandes y la fiesta parece disiparse con la misma rapidez con que comenzó. Eficiencia alemana; el mismo proceso llevaría meses allá en el Reino Unido: todo dios andaría por ahí hecho un vegetal. Empieza a notarse la difusión de una leve sensación de pánico ante la posibilidad de que esto pudiera ser el final de la noche, sobre todo entre los no alemanes. Hay un tío inglés con una voz aguda y pija diciendo: «¿Ahora adónde vamos, pues?»

Birrell le sonríe fríamente. «A bailar. A bailar, cojones», dice, meneando la cabeza como un juguete de cuerda. El tío parece un poco nervioso ante aquella respuesta y le tiende tímidamente la mano a Birrell, quien, a pesar de ir hasta arriba de éxtasis, se la estrecha de un modo que a mí me parece innecesariamente descortés.

Terry ha estado escuchando todo el debate e interviene, diciéndole a Wolfgang: «Venga, Wolfie, volvamos a tu casa, colega.»

A Wolfgang no se le ve tan contento. «Hay demasiada gente y mañana hay que trabajar.»

«Compórtate, colega», dice Terry, rodeándole con un brazo a él y con el otro a una Marcia rígida y tensa. «Somos amiguetes, os cuidaremos cuando vayáis a Schottland. Colegas», dice guiñando un ojo. A continuación le anuncia a todo el mundo: «En cuanto vi a estos capullos, pensé: Colegas. Eso fue, una palabra que me saltó directamente a la cabeza: colegas.»

Billy mira a Terry y enarca las cejas. «Ni siquiera estabas allí», le suelta. «Ni siquiera estaba allí», exclama ante el pijo inglés. Ahora ha decidido que el tío es legal y le ha pasado el brazo alrededor de los hombros a su nuevo mejor amigo. «Éste es Guy», me dice. «Es todo un tío.»[41] Se ríe, y el tío se suma nerviosamente.

Yo estoy pensando: me pregunto cuántas veces habrá oído ésa el pobre cabrón.

«Si hubiera estado allí, también habría ayudado, Birrell», protesta Terry.

«Habrías ayudado a vaciarle la casa al tío, so mamón», suelta Billy. «Hasta se le meó en uno de los colchones. Eres de lo que no hay, Lawson.»

Terry sonríe; le importa una puta mierda. Lleva puesta esa mirada, como la de un perro que ha estado lamiéndose los huevos y al que el sabor le parece tan bueno que no hay nada que pueda dar la misma talla. «Vete a la mierda, Birrell. Venga, una fiestecilla…»

Creo que Wolfgang empieza a captar lo del colchón. «¿Qué quieres decir?… ¿Qué está diciendo?», pregunta el tío, todavía un poco confundido.

Terry vuelve a pasarle el brazo alrededor del hombro. «Sólo te estoy tomando el pelo, colega. Pero hay espacio en abundancia en tu casa, así que vámonos.» Grita de pronto: «¡Celebra una puta fiesta! ¡Difunde un poco de amor! ¡Venga! Diles a los chicos estos que acerquen el equipo.»

Rolf hace un gesto de asentimiento, convirtiéndose en el títere involuntario del Svengali de Saughton Mains. «La casa de Wolfgang es buen sitio para una fiesta.»

Yo pienso en los discos que tengo allí, y en probarlos con las torres esas, para mostrarles a los alemanes un poco de estilo *jock*.[42] Estilo *jock*…, vaya risa; como Gally, soltándole chorradas sin parar a Elsa y Gudrun. Se ha quitado la camiseta y la ha tirado por ahí. Ellas son todo ojos, dientes y sonrisas. Él no para de decirles lo hermoso que es su cabello y cómo los alemanes no son tan románticos como los escoceses y yo me parto de la risa, aunque supongo que no hay nadie tan romántico como Gally cuando va de éxtasis. Salvo yo.

«Sería un sitio estupendo además, Gally», le suelto, interrumpiendo su chorreo de

vaciles.

«A la mierda», dice Terry.

«Pero la policía…», protesta Wolfgang.

«Que les den por culo. Lo único que pueden hacer es volver a interrumpirla. ¡Hagámoslo por la disco-music!»

Terry acostumbra a tener la última palabra, de modo que nos metemos apresuradamente en una serie de furgonas y de carros y el convoy sale en dirección a casa de Wolfgang, que está cagado. La furia silenciosa de Marcia casi la hace incandescente. Rolf lía un porro, al que yo le doy una calada y se lo devuelvo, pasando de Birrell, que de todos modos hace gesto de que se lo aparte. Gally se ha acomodado entre las dos chavalas esas y descansa la cabeza sobre el hombro de una de ellas.

LUCHANDO POR EL DERECHO A LA MARCHA

Regresamos a casa de Wolfgang y preparamos las cosas. Todos los demás esperan en el jardín de la entrada. El balcón constituye un espacio guay para el DJ. Los chicos tienen cable suficiente para los altavoces y yo he subido el ampli y el mixer. Lleva unos veinte minutos instalarlo todo.

Empiezan ellos, con un chaval llamado Luther en las torres. No lo hace nada mal. Yo me muero por subir, para enseñarles a estos cabrones de *jerrys*[43] de lo que soy capaz.

Marcia sigue deprimida, y las chorradas que suelta Lawson no hacen más que aumentar su angustia. «No pasa nada, muñeca, sólo es una fiesta, eh», suelta Terry. «Mira», le explica, «tenemos que luchar para poder divertirnos. La diferencia», le amplía a ella y a los otros alemanes desconcertados que hay alrededor, «es que nosotros somos Hibs de la parte oeste de Edimburgo. Hemos tenido que luchar contra los Jambos durante años…» Se vuelve y me mira a mí: «No estoy diciendo nada en contra de la gente como Carl, pero nosotros no lo hemos tenido tan fácil como esos cabrones de Leith. Ellos no saben lo que es ser de los Hibs *de verdad*».

Ese vacile no impresiona a nadie, a la chavala mucho menos. Se coloca las manos en los oídos. «¡Está tan alta!»

Wolfgang menea la cabeza al ritmo de la música, conectando con el rollo. Le mola el tecno a tope. «Nuestros amigos de Escocia deben celebrar su fiesta», dice, ante los vítores de Terry y míos.

Gally está metido en un salvaje y sensual abrazo de éxtasis con los dos chochos Bundesliga esos; me cuesta un rato darme cuenta de que se trata de Elsa y Gudrun. Los tres se están morreando lentamente y por turno. Gally para un poco y me grita: «Carl, ven aquí. Ponte aquí. Elsa. Gudrun.»

«Os diré una cosa», suelto, «vosotras dos sois las tías más hermosas que he visto en toda mi vida.»

«No te equivocas», confirma Gally.

Elsa se ríe, pero de una forma comprometida y suelta: «Creo que eso se lo dices a todas las chicas que conoces cuando tomas éxtasis.»

«Desde luego», le digo, «pero siempre lo digo de corazón.» Es así. Elsa y Gudrun, vaya lote. Sí, eso es lo que es tan estupendo de estas movidas. Puedes admirar la belleza de una mujer, pero cuando ves a un montón de ellas juntas, el puro efecto abrumador te deja hecho polvo.

Gally me coloca cerca de ellas. «Venga, prueba esto.»

Las chavalas son todo sonrisas así que sigo adelante, morreándome con una y después con la otra. Entonces Gally vuelve a morrearse otra vez con ambas. Entonces las dos tías empiezan a morrearse entre ellas. Mi corazón hace bum-bum-bum y Gally enarca las cejas. Las mujeres son tan bellas y los hombres tan feos, si yo fuera tía sería bollera seguro. Cuando se separan la una de la otra, una de ellas suelta: «Ahora vosotros tenéis que hacer lo mismo.»

Gally y yo nos limitamos a mirarnos el uno al otro y reírnos. «Ni de coña», suelto yo.

«Abrazaré a este capullo, eso es todo», dice él, «porque quiero a este hijo de puta pese a ser un Jambo cabrón.»

Yo también quiero a ese capullín, fue muy majo de su parte incluirme en la movidiila que se había montado. Eso es un colega. Le estrujo en un abrazo, cuchicheándole «CSF» dulcemente al oído.

«Vete a tomar por culo», se ríe, separándose y empujándome el pecho.

Vuelvo a las torres para comprobar la situación musical. Me alegro de haber comprado unos discos, y después de pedirle alguno prestado a Rolf tengo suficientes para unos buenos cuarenta y cinco minutos de mixing de calidad. Me preparo para ponerme en las torres. El mixer no parece demasiado familiar; quizá sólo sean las pastillas, pero a tomar por culo, allá voy.

Terry está ahí a mi lado dando botes. «Venga, Carl. ¡Destroza a estos capullos alemanes! N-SIGN Ewart. Venga, machote», dice, zarandeando a un alemán mientras me señala con el dedo, «N-SIGN. Ese nombre se lo puse yo. ¡N-SIGN Ewart!»

No sé qué hace Terry hablando de capullos alemanes, porque su propia madre estuvo tirándose a uno durante bastante tiempo. Pero subo y preparo el *Energy Flash* de Beltram. ¡Explosión inmediata en la pista! Enseguida pongo a la peña a bailar, la música fluye a través de mí, a través del vinilo, por los altavoces y entre la multitud. Incluso a pesar de que algunos temas sólo los escucho a trozos por los cascos antes de ponerlos, todo sale muy bien. Es un revoltijo de cuidado además; mezclo temas de acid house UK como *Beat This* y *We Call It Acieed* con viejos himnos de Chicago house como *Love Can't Turn Around* y de ahí me remonto hasta el hardcore belga, como el tema este, *Inssomniak*.

Pero todo funciona; estos culos inquietos y el espacio de la pista a tope me envían un mensaje;

Me lo estoy haciendo que te cagas.

Algún capullo ha debido de llamar por teléfono porque llegan más coches y tengo a todos los asistentes a la fiesta en el césped de la entrada, debajo de mí con las manos en el aire; nunca me he sentido tan a gusto. Ésta es la mejor de todas. Al final, se acerca todo el mundo, me estrechan la mano, me abrazan, me colman de alabanzas. Y son alabanzas sinceras, no chorradas. Llegas a un punto en que sabes distinguir una cosa de la otra. Me avergüenza que te cagas cuando voy normal, pero cuando vas de éxtasis, lo aceptas sin más.

Gally se me acerca. Lleva de la mano a una de las chavalas esas y señala a Wolfgang, que baila despacio, sacudiendo la cabeza y abrazando a todo aquel que se cruza en su camino. «Ese Wolfgang, ¡todo un gachó!»

Gally saca los éxtasis e intenta darme uno. «Me lo tomo enseguida», le suelto, guardándomelo en el bolsillo superior de la camisa. La pastilla que me he tomado antes empieza a bajar pero ahora mismo quiero seguir experimentando este subidón de adrenalina. Está de colegueo con Rolf, hablando de pastillas, de la calidad y todo eso. Miro a Rolf; un Gally más prístino, más alemán, menos maniático y menos jodido. Como podría haber sido Gally si las circunstancias hubieran sido distintas. Claro está que en realidad no conozco a Rolf, es sólo que parece que lo tenga caladísimo.

Galloway: ¿de qué va ese capullín? El tío va hasta el culo, hablando de querer a todo el mundo y de que si ésta es la mejor noche de su vida. Hay un momento en que se pone de pie sobre la barandilla del balcón y, en medio de grandes vítores, saluda con el puño en alto. Rolf se limita a sonreír, agarrando la pierna de Gally y ayudándole a bajar.

Sale el sol e intentamos ayudar a recoger los desperdicios sin dejar por ello de seguir con la fiesta. No hay demasiado desorden, la peña ha respetado la casa. Pese al calor del sol, ahora se notan más la niebla y el frío. Empieza a parecer octubre; se avecina el invierno. Gally sigue de pie, más volado que una cometa, con Gudrun sentada en su rodilla y diciendo chorradas. Estoy sentado en el sofá al lado de ellos, preguntándome dónde se habrá metido Elsa. Me trago la otra pastilla y espero a que me suba. Todavía queda alguna gente, aunque los principales responsables del equipo ya han recogido. Volvemos a utilizar los altavoces, el mixer y el amplificador más pequeño de Wolfgang. Rolf está haciendo una serie tranquila, lo cual suena bien. Gally me dice: «Tengo que reconocerlo, Carl, has estado impresionante. Tienes algo, tío. Como Billy con el boxeo. Sabes mezclar. Yo no tengo una puta mierda. Tú eres Business Birrell», le dice a Billy, que está sentado en el suelo en cuclillas, y después me dice a mí: «Y tú eres N-SIGN.»

Miro efímeramente a Billy a los ojos; nos encogemos de hombros. Gally nunca había hablado así antes, poniéndonos por las nubes, y el tío lo dice en serio, además. Después miro a Terry, sentado en un puf con Hedra. No ha trabajado en siglos. Se nota que no está contento con lo que ha dicho Gally. «Eh, Gudrun, ése es N-SIGN

Ewart», dice señalándome; ya van al menos cien veces que lo dice en lo que va de noche, lo cual sigue siendo menos veces que Terry, pero está meneando a la chavala para que me mire mientras suelta: «N-SIGN. Salió en la revista aquella, *DJ*, aquí puede que no la distribuyan…, salía un artículo sobre los disc-jockeys más prometedores de los noventa…»

Pero no creo que a Terry le importe demasiado. Siempre irá tirando con diversos trapicheos ilícitos. La cabra siempre tira al monte.

La chavala esa, Gudrun, se levanta y se va a los servicios. Es un cielito, y la observo mientras se marcha, apreciando la naturalidad y la elegancia de sus movimientos. Pero no parece que Gally se haya fijado, porque me mira y después se queda observando al tendido. «¿Te contaron que vi a la cría, con ella y con él, antes de que viniéramos aquí?»

Tanto Terry como Billy me lo comentaron. El asunto no tenía muy buena pinta. Rechiné los dientes. Ahora mismo no tengo demasiadas ganas de que me hablen una vez más del show de Gally, Gail y Polmont, con los invitados especiales Alexander «Dozo» Doyle y Billy «Business» Birrell. Aquí no. Ahora no. Pero el tío está alterado. «¿Cómo está?», pregunto.

Gally sigue mirando al tendido. No quiere encontrarse con mi mirada. Baja la voz. «En realidad no me conoce. Le llama papá. A él.»

Terry lo ha oído, y le da una calada a un porro antes de volverse y encogerse de hombros frente a Gally. «Así son las cosas. El mío también llama papá a ese cabrón. Un gilipollas enorme y torpe que te cagas, y le llama papá. Pero así son las cosas, eh. Él es el cabrón que le da de comer y punto.»

«¡Eso no lo justifica!», dice Gally, y le sale como en un alarido primario y cargado de pánico. Y ahora lo siento por él, realmente lo siento por Gally, porque para él es lo peor del mundo.

«Se acordará de ti, Gally, sólo hay que darle tiempo», digo yo. No sé por qué he abierto la boca, no tengo ni idea, sólo parecía la cosa más indicada que decir.

Gally ha entrado en un estado de ánimo realmente malo. Es como si tuviera una nube sobre su cabeza y ésta se volviese más negra de un minuto a otro. «Nah, la cría estará mejor sin mí. Tienes razón, Terry. No se trata más que de un chocho de lefa, nunca valí más que eso», dice, con la cara retorcida. «No se trataba más que de mi primer polvo. Con Gail. Dieciocho tacos. Encantado de haberme estrenado. ¿Se puede tener más mala suerte?… Quiero decir… no quiero decir que…»

Le lanzo una mirada a Terry, que enarca las cejas. Nunca he oído hablar así a Gally antes. Eso sí, en los viejos tiempos nunca pensé que el tipo hubiera echado un polvo. Siempre se decían cosas pero la mayor parte eran bobadas. En el recreo, la cantina, el pub. No siempre, pero a menudo.

Además, me siento estupendamente. No quiero esto, quiero que Gally se sienta como yo. «Oye, esta conversación se está poniendo un poco deprimente. ¡Esto es una fiesta! ¡Hostia puta, Gally! ¡Eres un tío joven y con buena pinta!»

«¡Soy un puto perdido, un jodido drogota!», se burla con autoaborrecimiento.

Miro su carita de bebé y le pellizco la mejilla entre el pulgar y el dedo índice. «Te diré una cosa, todavía pareces estar en bastante buen estado, Gally, a pesar de toda la caña que te das.»

Pero él sigue sin querer saber nada. «Es que la procesión va por dentro, colega», dice riéndose de una forma apagada y hueca que me hace estremecer. A continuación dice, con expresión pensativa: «Puedes sacar una mierda de perro de la alcantarilla y meterla en una bonita caja de regalo con un lazo resplandeciente, pero dentro de la caja sigue habiendo un pedazo de mierda de perro», dice con aspereza. «Me quedan dos afeitados», se lamenta.

«Venga, Gally», le digo, «he dicho que tenías buen aspecto, no voy a llegar al extremo de compararte con una bonita caja de regalo con un lazo resplandeciente. ¡No pierdas la puta cabeza, chaval!». Después de todo eso, me levanto y me lanzo a imitar al viejo Blackie, el del colegio: «Hay quienes dicen que no hay lugar para la educación social y la formación religiosa en un sistema educativo moderno e integral. Yo discrepo de este punto de vista tan de moda. Pues ¿cómo podría ser verdaderamente integral un sistema educativo si carece de educación SOCIAL y formación RELIGIOSA?»

Por fin el capullo empieza a reírse. Billy lo ha estado escuchando todo y se pone en pie. «Venga, Gally, vamos a dar un paseíllo», dice, y Gally se levanta. La tal Gudrun está regresando; Billy da un paso atrás y le hace un gesto con la cabeza a Gally. Éste se anima más aún y se marchan juntos al jardín.

Ahora Wolfgang está en las torres y vuelve a darle marcha a la situación. Rolf sacude la cabeza y se ríe. De todos modos, el grandullón ha puesto un tema cojonudo, y siento el hormigueo de la náusea de la pastilla que me sube y si no me levanto ahora mismo, me quedaré aquí traspuesto. La gente se levanta de los pufs y de las sillas, se pone en pie y sale a la pista. Tengo que hacerme con una copia de ese tema, averiguar qué es. La pista está llena de alemanes bailando, todos menos Marcia, a quien, como suele decirse, no le hace gracia. Los alemanes son legales, la mierda nazi esa podría ocurrir en cualquier parte. Nos cuentan que los nazis son retorcidos, pero probablemente no sean más retorcidos ni más pervertidos que los liberales. Es sólo que cambiaron los tiempos y todo quisque cambió de chaqueta. Podría suceder en cualquier momento, en cualquier parte. A mí me parece que tal como van las cosas, el capitalismo siempre será volátil. Los ricos apostarán por cualquier cabrón que restablezca el orden pero les deje conservar lo que tienen. Volverá a suceder antes de que pasen otros treinta años.

Eso es lo que a mí me jodía. Los nazis no son algún otro. Todo dios, todas las naciones tienen capacidad para hacer el mal, como la tienen todas las personas. Y generalmente lo hacen porque están asustados o porque todos los demás les desprecian. El mundo sólo va a mejorar con amor y yo voy a ayudar a difundirlo a través de la música. Ésa es mi misión, por eso soy N-SIGN. Carl Ewart: aquel tío

nunca les gustó, porque era el tontolculo que hizo el saludo nazi delante del fotógrafo sensacionalista para vacilarles cuando estaba con sus colegas del fútbol. Un tontolculo; ni siquiera sabía lo que era un nazi, únicamente que siempre le habían enseñado a detestarlos. Lo único que él sabía era que a todos los pijos cabrones del curro que le miraban, oían su voz barriobajera y pensaban que era basura blanca, les jodía.

Carl Ewart, basura blanca barriobajera, no les gustaba. Pero sí les gustaba N-SIGN. N-SIGN tocaba en fiestas en almacenes abandonados de Londres, recaudaba fondos para grupos antirracistas y todo tipo de organizaciones comunitarias que lo merecieran. Les encanta N-SIGN. Nunca en la vida serán capaces de comprender que la única diferencia entre Carl Ewart y N-SIGN es que el uno trabajaba cargando cajas en los almacenes por una mierda de pelas mientras que el otro ponía discos en ellos a cambio de mogollón de pasta. Pero a la mierda con todo eso, a partir de ahora seré listo y honrado. Ser tocado por el amor verdadero exige tener mucha suerte; no está en tu mano. Lo mejor que puedes hacer, lo que *sí* está en tus manos, es alcanzar la gracia.

Me levanto y me meneo un rato en la pista con Rolf y Gretchen. Entonces oí a Terry hablando con Billy en el pasillo grande y me fui a investigar. Billy está en las escaleras, al lado de una chavala de aspecto imponente. Es una amazona que te cagas, y va vestida para matar, con un vestido ceñido a rayas diagonales blancas y negras, lleva el pelo rubio recogido en un moño y con un porte de arrogancia total y obsesión consigo misma que te indican que seguro que tiene un polvo cojonudo pero nada más. En el estado de ánimo de Billy eso será más que suficiente. Hedra también está allí, creo que la chavalota esa es amiga suya. Los muy capullos ni me ven. «Gally está ido del bolo; a veces ese tío me preocupa», suelta Terry. «Todo el rollo ese de mi prepucio. ¿De qué iba eso? ¡Ya me contarás!»

«Sólo te estaba tomando el pelo. Echando unas risas, eh», dice Billy, incomodado porque Terry le haya distraído de la tía con la que evidentemente estaba ligando. Lawson probablemente esté intentando meterse por medio, incluso a pesar de estar con Hedra.

«Ya, pero hay maneras y maneras de echar unas risas. No sé qué le pasaría en el talego. Probablemente se lo follara algún enorme boqueras esquivajabones de mierda. Por eso le obsesionan las pollas de los demás.»

«¿A tu amigo le van tanto las chicas como los chicos?», sonríe Hedra.

«Y una mierda», dice Billy, pero mirando a Terry, y después a mí para que le apoye.

Pero Terry siente que tiene algo que demostrar. «Nunca habla de ello. Algo le pasó ahí dentro. ¿Os dais cuenta de cómo está desde el momento en que vinimos aquí? Va de un lado a otro, como una puta veleta.»

Meto baza, todavía un poco deslumbrado por la pastilla esta: «Dale un poco de cuartel al chaval, Tez. Su viejo nunca está fuera de la cárcel y Gally se comió dos

años por la cara, y todos sabemos lo que pasó después. No tiene nada que ver con lo que fuera que pasara dentro del talego.»

Terry me mira con expresión lúgubre. Va un poco bolinga, aunque resiste bien la bebida. En realidad a Terry nunca le molaron demasiado las pastillas. «Sé que lo ha pasado mal. Le adoro. A mí no me hace falta que me pongas a Gally por las nubes, Carl. Es mi mejor amigo…, bueno, vosotros dos también, y eso no lo digo porque vaya pedo. Se pone supercompetitivo contigo por nada, y a continuación empieza a poner por las nubes a todo dios y a ponerse a parir a sí mismo.»

«Pero lo que pasa con Gally», suelto yo, «es que tiene un sentido de la injusticia muy arraigado. Con eso de que fuera a la cárcel y demás.»

Billy me mira con frialdad. «Puede que su cría también tenga un sentido de la injusticia muy arraigado», me suelta.

Siento como por un momento se me hiela la sangre, incluso a pesar de la pastilla. Terry me mira a mí, y después a Birrell: «Eso fue un puto accidente, Billy, ahí te estás pasando.»

Billy levanta la vista y parpadea brevemente.

«Aquello fue un accidente, Billy, tú lo sabes», asiento.

Billy asiente: «Lo sé, pero lo que estoy diciendo es que los accidentes suelen ocurrir cuando uno se comporta como un gilipollas.»

Terry rechina los dientes. «Todo empezó con el puto capullo de Mamonazo, el tal Polmont. A él y a su colega, Doyle, hay que volver a dejarles las cosas claras.»

Dejamos aquello flotando en el aire un rato, meditando acerca de nuestra impotencia, experimentando su alcance y nuestras limitaciones. Terry no dice más que chorradas, y yo levanto la vista y miro a Billy, y me doy cuenta de que él piensa lo mismo. Polmont es un gilipollas, pero está bien relacionado y no hay forma alguna de que Terry le vaya a decir nada a la banda de Doyle. Billy lo intentó, pero es porque está relacionado con alguna gente de lo más villano por medio de lo suyo. Pero tratándose de gente como yo y Terry, uno no se pone a malas con esos cabrones a menos que quieras consagrarle tu vida entera. Una vida que podría ser muy corta. Porque con estos cabrones la cosa no termina nunca; nunca jamás. A la mierda, tengo otras cosas que hacer con mi vida. No importa lo duros que creas que son los de tu propia peña, tienes que saber el lugar que ocupas en la jerarquía. El cementerio está lleno de cabrones que nunca llegaron a aprenderlo. Hay ciertos extremos a los que es mejor no llegar nunca. Y punto.

Terry no quiere dejarlo. Mira a Billy como si se tratara de un desafío. «Doyle y ese capullo de Polmont. Se van a llevar lo suyo.»

Billy se encoge de hombros como si no quisiera comprometerse. Terry es un espabilado, sabe cómo trabajarse a la gente, sabe cuándo empujar y qué botones pulsar.

Pero yo estoy al loro de su juego. «Pues no seré yo quien se lo dé», le digo. «Pasa de tener una vendetta con esos cabrones, Terry. Nunca les vencerás, porque ellos

viven de eso. Tenemos otras cosas que hacer.»

«No son tan duros como se piensan», me suelta Terry. «Como aquella vez en Lothian Road. Doyle iba armado y Gent estaba allí, pero aun así Billy les curró a los dos. A Polmont le patearon el culo, además», dice el gallo Claudio de Saughton Mains. «Eso es lo único que estoy diciendo, Carl.»

Pero todos sabemos que no es más que palabrería. Palabrería de borrachos, la más aburrida que hay cuando vas de éxtasis. «A la mierda», le digo, volviéndome a continuación hacia Billy. «Hay que enfocarlo como tú: si tienes que pelear, hazlo en el cuadrilátero, por dinero», suelto yo. Intento mantener a Billy en un estado de ánimo positivo, pero miro la gran cicatriz que Doyle le hizo en la barbilla con el cuchillo ballenero. Pones a dormir a un zumbado con unos pocos golpes, después de que él te haya marcado de por vida. Después tienes que preocuparte por el desenlace porque todo dios dice que le curraste. ¿Quién ha ganado? Nadie, me parece a mí. Así sucede a menudo con la violencia; todo dios sufre una derrota en la puntuación:

BIRRELL-3, DOYLE-3

«Ya…», suelta él con indiferencia, y a continuación lo piensa y dice: «Tuve unas palabras con mi hermano acerca del rollo este de los *casuals*, después de que le arrestaran en Dundee.»

Siempre me ha caído bien el hermano de Billy, Rab. Es un tío legal. «Son cosas que pasan», digo.

Terry pone expresión despectiva. Billy se percata y hace una observación. «Menos mal que la noche aquella que tuvimos el encontronazo con Doyle estaban allí todos los Hibs boys. Fueron Lexo y demás los que lo resolvieron todo», le dice a Terry.

«Pero fuiste tú el que tumbó al gigantón de Gent, Billy», sonríe Terry.

Billy pone una expresión que parece tallada en piedra. «Pero se levantó de inmediato, Terry. Y hubiese seguido haciéndolo hasta haberme puesto encima aquellas manazas. Doyle también. Yo me alegré de que Lexo y compañía se interpusieran.»

«Pues ellos también son unos putos zumbaos», suelta Terry.

Empiezo a descojonarme ante el descaro de Lawson. «Eso no lo decías cuando te detuvieron a ti en el partido aquel de los Hibs contra los Rangers en Easter Road. ¿Te acuerdas de eso? ¡El gamberro en jefe de los Hibs, Terence Lawson, de la Mafia Esmeralda!»

Era una buena oportunidad para romper el hielo y empezamos todos a reírnos.

«Eso fue hace siglos. No era más que un chavalín empanao», dice Terry.

«Las cosas han cambiado muchísimo desde entonces, anda que no», digo yo, sonriendo con sarcasmo.

«Vaya morro tienes, cabrón», se ríe Terry. Este capullo lleva un as en la manga, lo

sé. Alguien se va a llevar un repasito al estilo Lawson, porque al hijo de puta todavía le escuece que Gally le diera mil vueltas con lo del prepucio.

Billy mira a Terry. «Con Rab pasa lo mismo. Todavía es joven.»

«Tiene veinte años, Billy, a estas alturas debería tener más seso», dice Terry.

Billy pone expresión de incredulidad. «Tú tenías diecisiete, Terry, no hay tanto trecho entre los diecisiete y los veinte.»

«En años no, pero en experiencia sí.»

Esto va a ponerse de un pedante que te cagas. Miro a Billy. «Rab no es un tipo duro, Billy, sólo lo hace para tratar de impresionarte a ti. Adoro a Rab, pero no es un peleador.»

Billy vuelve a encogerse de hombros, pero sabe que es cierto. Rab siempre admiró a Billy. Pero a Billy no le interesa, porque su mirada ha vuelto a cruzarse con la de la gran amazona esa, sentada con su otra amiga unos escalones más arriba, hablando y fumando costo. Es curioso, pero si yo fuera bolinga, le miraría por debajo del vestido, pero yendo de éxtasis nunca piensa uno en comportarse de ese modo. Me fijo en dónde están los ojos de Terry y, efectivamente, están justamente ahí mismo. Sigue con el brazo alrededor de Hedra y todo, y con la botella de cerveza pegada a los labios.

Me levanto y me estiro. «No pienso quedarme en Escocia mucho tiempo más. Escocia, Gran Bretaña, es un montón de mierda», despotrico. «Quiero decir, la tele de los sábados, reposiciones de *Only Fools and Horses*[44] que datan de 1981. A la mierda», les digo.

Eso les anima. Billy empieza con que si Escocia es el mejor sitio del mundo, mientras que Terry empieza a decir algo acerca de que si *Tales of the Unexpected* es lo único bueno que echan en la caja tonta en la actualidad.

A mí me la suda. Estoy follao, pero pienso meterme más pastillas luego. «Me juego algo a que el capullín de Gally se ha comido todas las pastillas», especulo, conociendo la respuesta.

Terry tiene la mano en el muslo de Hedra y lo acaricia lentamente y de forma relajada. Resulta raro verle así, pues uno nunca piensa en Terry como alguien capaz de hacer el amor de forma sensual y exploratoria. Claro que el muy cabrón probablemente piensa exactamente lo mismo de mí, que soy un metesaca sudoroso. Es extraño observar ese movimiento; parece sugerir otras posibilidades para Terry. O puede que no, puesto que el cabrón de él empieza a pontificar: «Galloway debe de estar bien jodido a estas alturas. La idea que tiene de una noche de marcha ese mamoncete es aguantar todo lo que se pueda a base de meterse más pastillas y más speed. Aunque estemos de vacaciones y todo seguirá allí por la mañana, no es capaz de relajarse y echarse a dormir. Tiene una muñequita del brazo a la que se le cae la baba por irse al catre con él, ¡y aun así tiene que quedarse levantado!»

Estamos todos cascando sin parar y Rolf se acerca con un par de sus amigos. Gally y Gudrun vuelven y nos vamos hasta el sofá y los pufs, dejando a Birrell en las

escaleras con la chavalota del vestido a rayas y su colega. La cosa empieza a tranquilizarse, de modo que uno puede escucharse a sí mismo pensar. Menciono a Sue, la chavala Cadbury Caramel del recinto ferial, lo cual es un error, porque a Terry se le iluminan los ojos. «Puede que tuviera una voz como la de una coneja, pero desde luego no tuvo oportunidad de follar como tal», se rió estrepitosamente.

Gally empieza a sonreír. Noto que se me afloja la mandíbula. ¿Qué cojones pasa aquí?

«Verás», explica Terry, «lo vimos todo, colega. Teníamos butacas de primera fila. Hasta que ya no pudimos soportarlo más.»

Galloway suelta: «Te diré una cosa, ¡tuviste suerte de que estuviera sentada sobre el generador ese, porque ésa es la única forma de que sintiera que el mundo se movía!»

Terry sonríe como un pederasta que hubiese conseguido un empleo de Papá Noel en unos grandes almacenes. «Sí, guipamos el culo blanco, sudoroso y lleno de granos del bueno de Pelopaja subiendo y bajando como una bala y a la chavala con una cara de aburrimiento que te cagas», les explica a Hedra, Rolf, Gretchen, Gudrun y los demás alemanes. «¡No parecía demasiado contenta cuando miró por encima de su hombro y nos vio mirando a nosotros! Entonces apareció su amiga. A ella sí que le impresionó. Le puso tope cachonda…» Terry se estremece tanto de la risa que apenas puede seguir. Pero todos estamos que nos partimos. «¡Vomitó!»

Gally se ríe: «¡A mí también me hizo vomitar! ¡Reacción retardada!»

Es evidente que Terry ha asaltado la nevera, porque tiene unas botellas de cerveza escondidas debajo de uno de los pufs. Abre una con los dientes, y tomando nota de la ausencia de Birrell, suelta: «Y ahí estaba nuestro buen amigo Business Birrell por en medio, hostiando a todo dios», y a continuación pone voz de maestro: «No resultaba un espectáculo agradable precisamente, señor Ewart, ¡pero un tanto menos feo que observarle a usted echar un polvo!»

Cuando a uno le seleccionan para ponerle a parir de esta forma, no queda más remedio que encajar, no se puede hacer otra cosa. Esquivo los puñetazos psicológicos hasta que se hartan. Después, pasado un intervalo de tiempo respetable, de modo que no se interprete como un mosqueo, me largo a los jardines a dar un paseo. Terry me sigue; dice que tiene que ir a mear. Pero se nota que en realidad ha ido a espiar a Birrell.

Mientras salimos, vemos a Billy pasar por delante nuestro, subiendo las escaleras hacia los dormitorios acompañado por una chavala alta con pinta de supermodelo. Escucho la voz de Terry a mis espaldas: «¡Parece que Secret Squirrel va a mojar!»

Billy sacude la cabeza y me sonríe mientras salgo al patio. A Terry nunca le cuesta demasiado tiempo encontrar un nuevo blanco para sus pullas.

Salgo fuera, al jardín. Todavía hay luz, pero hay unas nubes macarras y moteadas avanzando hacia nosotros desde las montañas, portadoras de oscuridad, justo a tiempo para la bajada. Siempre hay que pagar el precio de la diversión en algún

momento y yo diría que por lo general, cuanto más festejas, más pagas. Las luces de la casa están encendidas, y todavía hay mucha gente sentada por ahí, abrigada, pero disfrutando del aire. Se me acerca el inglés ese, Guy.

«Brillante actuación la tuya», me suelta.

«Gracias», suelto yo, un poco avergonzado. «Improvisé un poco a partir de esto y aquello.»

«Sí, pero funcionó. Lo conseguiste. Escucha», me dice, «llevo un club nocturno en el sudeste de Londres. Se llama Implode.»

«He oído hablar de él.»

«Sí, y yo he oído hablar de Fluid.»

«¿Sí?»

«Sí, desde luego. Goza de mucho respeto», me cuenta.

Uno tiene que quedarse ahí asintiendo con la cabeza, y ni siquiera puedes empezar a decir cómo le sienta a un barriobajero de Edimburgo oír que alguien que lleva un club de renombre en Londres ha oído hablar de él, no digamos ya que le respeta. «Gracias.»

«Escucha, ¿qué te parecería bajar a Londres a pinchar? Por supuesto, a cambio de un caché decente y con todos los gastos pagados», me explica Guy. «Y cuidaremos de ti y nos ocuparemos de que te lo pases bien.»

¿Que si me apetece?

Se me ocurren cosas mucho peores. Intercambiamos números de teléfono y abrazos amistosos y nos estrechamos empresarialmente la mano. Este tío es legal. Al principio no estaba demasiado seguro, porque soy un poco susceptible en lo que se refiere a los pijos. Pero es legal. Es la pastilla, te libra de toda esa mierda. Facturas el equipaje y vuelta a empezar.

Entonces veo algo más que sin duda me apetece, la tía que estuvo morreándose conmigo antes, con Gudrun y Gally. Elsa se llama, y está hablando con un par de amigas. Me acerco a ella y me recibe con un abrazo, envolviéndome los hombros con los brazos. «Hola, nee-nee…», sonríe generosamente. Sigue de pastillas hasta las tetas; me cuenta que se ha metido una segunda y que ahora mismo empieza a subirle. Mis manos van a parar alrededor de su cintura, fascinadas por igual por la textura del tejido del que está hecho su top como por los contornos de su cuerpo.

Este ambiente hace que la vida, las relaciones humanas, resulten de lo más simples y fáciles. ¿Cómo de mierdoso, asqueroso y largo habría resultado todo esto en un pub, o en una fiesta, lleno de alcohol? Nos largamos a pasear juntos, con mi brazo alrededor de su cintura y mi mano acariciándole los vaqueros a la altura de la cadera. Desde el extremo del jardín, por encima de las copas de los árboles, se ve el lago con las montañas al fondo. «Vaya vista, ¿eh? Esta es una parte bellísima del mundo. La mejor de todas. Me encanta estar aquí.»

Ella me mira detenidamente y enciende su pitillo, sonriendo de forma lánguida y distraída. «Yo soy de Berlín. Muy distinto», dice. Nos sentamos y nos miramos el uno

al otro sin decir nada, pero yo pienso en la noche y sé que querría estar aquí para siempre: la música, el palique, los viajes, las drogas y un par de ojos y de labios como éstos en mi careto. Me gusta esto, y en realidad no bromeo cuando digo lo de Gran Bretaña; *es* un montón de puta mierda. Allí nadie que no haya nacido en una cuna de oro o no esté dispuesto a ser un gilipollas lameculos puede vivir dentro de los márgenes de la ley. Ni de coña. Me voy a Londres. Y Rolf y sus colegas quieren que toque en un night-club en el aeropuerto en noviembre. Incluso estoy pensando en mandarlo todo a tomar por culo y quedarme por aquí hasta entonces; aprender algo del idioma y disfrutar de la diferencia.

Elsa y yo nos morreamos un rato y después damos un paseo. Pronto nos iremos a esa gran cama que hay en la habitación de las chiquitas, en cuanto me asegure de que Terry haya vuelto a casa con Hedra. O mejor aún, le dejo eso a él y yo me voy con Elsa cuando ella esté lista para marcharse. Lo que no voy a hacer es perderla de vista, eso seguro. A veces das con los mejores momentos de tu vida cuando buscas un poquitín más que sólo echar un polvo.

Cuando volvemos a la casa, hay una gran conmoción. Gally se ha subido al tejado y está haciendo equilibrios sobre las tejas a unos trece metros de altura.

«¡BAJA DE AHÍ, GALLOWAY, SO CHALAO!», ruge Billy.

Gally tiene una mirada extraña que hace que todos nos caguemos; es como si estuviera ido. Me voy corriendo adentro y subo las escaleras a toda prisa hasta arriba. Hay un par de piernas colgando del tragaluz. Durante un instante pienso que es Gally que baja, pero Rolf me dice que es Terry, que se ha quedado atascado intentando subir a por él. Gudrun parece muy tensa y muy preocupada. «Me dio un beso y se subió allí corriendo», dice, toda llena de tensión. «¿Es que pasa algo?»

«Que va hasta el culo. Siempre fue un escalador», le cuento, pero esto me preocupa.

Toda la movida esta es surreal que te cagas. Lo único que veo de Terry es su barriga y sus piernas pero le oigo gritarle a Gally: «Bájate de ahí, Andy, venga, joder, colega», suplica.

Bajo corriendo otra vez hasta fuera. Ahora resulta visible la parte superior de Terry, agitando los brazos como un puto molino. Gally está cerca de él, en cuclillas, con una pierna a cada lado del tejado.

«Por favor…, por favor…, vendrá la policía, la llamarán los vecinos…», implora Wolfgang. Mientras tanto, Marcia le grita en alemán, y no hace falta intérprete para adivinar lo que dice.

«Sólo dijo que iba al servicio y entonces se subió allí arriba», le dice

Gudrun a Elsa, que me ha seguido abajo. «Se ha puesto enfermo de la cabeza.»

«Romperás las tejas», suplica Wolfgang.

Grito a todo pulmón: «¡Venga, Galloway, gilipollitas, que sólo lo haces para llamar la atención! ¡Ten un poco de compasión! Esta gente ha estado enrollándose con nosotros. ¡Estamos de vacaciones! ¡No necesitan toda esta mierda!»

Gally dice algo; pero no lo oigo. Después se acerca a donde está un Terry que intenta persuadirle. De repente Lawson le agarra y lo introduce en la casa bruscamente; resulta extraño ver a esa gran bestia depredadora sin piernas metiendo al capullín en un agujero y desapareciendo. Es puro teatro y todo el mundo que está en el jardín lanza vítores. Vuelvo a subir las escaleras.

Cuando llego allí, Gally está descojonándose de la risa, pero es una risa extraña. Lleva un corte en la cabeza y otro en el brazo, donde se dio cuando Terry le metió tirando de él por la trampilla. Billy está realmente enojado, pero vuelve con la amazona del vestido a rayas. «Si no destroza una buena noche no está contento», dice Terry con ira, llevándose a Hedra. Se esfuman y se meten en nuestra habitación.

A Gudrun parece que sigue molándole Gally, la muy tonta. Él está sentado en su regazo mientras ella le acaricia la cabeza. «¿De qué sirve, eh, muñeca?», le pregunta alegremente. «¿De qué sirve?»

No hay nada que yo pueda decirle a ese capullo estúpido y me mantengo al margen. Al pequeño hijo de puta parece que le siente de maravilla crear dramas idiotas. Tras eso, cosa que nada tiene de sorprendente, la noche decae. Nadie puede culpar realmente a Wolfgang y a Marcia cuando dicen basta. A mí me alivia alejarme de Gally, y cuando Elsa me pregunta si quiero volver con ella a casa de Rolf y Gretchen, no tiene que hacer nada en absoluto para convencerme.

El piso de Rolf está a muy poca distancia. Apenas hemos atravesado la puerta cuando Rolf levanta la mano y suelta: «Me voy a la cama», secundado por Gretchen, dejándonos así a Elsa y a mí en el cuarto de estar.

«¿Quieres que nos vayamos a la cama?», pregunto, indicando con la cabeza el sitio donde Rolf me dijo que había una habitación para los invitados.

«Primero tienes que poner algo», dice ella.

Ahora no me apetece poner más música. «Eh… prefiero irme a la cama ya. Además, me dejé todos mis discos en casa de Wolfgang.»

«No, poner algo en el pene para el sexo. La goma», me explica, mientras yo me río y me siento idiota.

Siento que me deprimo. «Me los he dejado en casa de Wolfgang», le digo. Ella me explica que Rolf tiene algunos. Llamo a la puerta: «Rolf, siento molestarte, colega, pero eh, necesito unos condones…»

«Aquí… dentro…», jadea Rolf.

Entro tímidamente; los dos están follando encima de la cama, ni siquiera bajo el edredón, y aparto la mirada.

«Encima del armario», resuella.

No parece que les moleste, así que me acerco y cojo dos, y después otro por si acaso. Miro alrededor y capto un vistazo de Gretchen, que me lanza una sonrisa malévola y abombada mientras Rolf empuja; su única concesión es ponerse una mano sobre un pequeño pecho. Yo miro para otro lado y me retiro con rapidez.

Resultó que aquella noche sólo necesité un condón, y aun así no pude correrme.

Eran las pastillas, a veces me ponían así. Nos llevó un rato hasta quedar agotados, pero no estuvo mal intentarlo. Finalmente, me aparté de ella. «Abrázame», dijo ella. Lo hice, y nos quedamos dormidos.

Después de dormir de forma un tanto extraña nos despertó Gretchen. Como está vestida, supongo que debe de ser bastante tarde. Ella y Elsa se ponen a hablar en alemán. No entiendo pero capto la idea de que alguien llama a Elsa por teléfono. Ella se levanta y se pone mi camiseta.

Cuando vuelve, estoy deseando que se meta otra vez en la cama. Hay pocas cosas tan sexys como una tía desconocida que lleva puesta tu camiseta. Levanto el edredón.

«Tengo que marcharme, tengo que asistir a un seminario», explica ella. Estudia arquitectura, recuerdo que me lo dijo.

«¿Quién llamaba?»

«Gudrun, desde casa de Wolfgang.»

«¿Qué tal está Gally?»

«Es raro tu amigo, el pequeño. Gudrun dijo que ella quería estar con él, pero que no tuvieron relaciones sexuales. Dijo que él no quería mantener relaciones sexuales con ella. Eso no es habitual, ella es muy bonita. La mayoría de hombres querrían tener relaciones sexuales con ella.»

«Desde luego», digo yo, cosa que, por su reacción, me doy cuenta de que no es lo que ella quería oír en realidad. Tendría que haberle dicho: sí, pero no tanto como contigo, pero ahora quedaría fatal. Además, habíamos estado follando la mayor parte de la noche, y ahora me empezaba a deslizar hacia ese estado de ánimo depresivo. La parte sexual de mi cerebro estaba saciada y separada del resto. Lo que me apetecía era tomarme unas cuantas cervezas con los chicos.

Ella se marcha a la universidad dejándome su número de teléfono. No logro sentirme cómodo sin ella; la cama parece grande y fría. Me levanto sólo para descubrir que Rolf y Gretchen también han desaparecido. Rolf ha dejado una nota con un mapa cuidadosamente trazado de cómo volver a casa de Wolfgang.

Al salir a la calle, decido caminar un rato, y salgo desde una calle menor a una gran avenida. Vuelve a hacer bastante calor; el veranillo de San Martín este no piensa abandonar así como así. Llego a un gran centro comercial suburbano y encuentro una pastelería. Me tomo un café y un plátano. Como necesito azúcar, me doy el gusto de comerme una gran tarta de chocolate, que no logro terminar, ya que resulta excesivamente empalagosa.

Tras decidir que estoy demasiado follao para seguir caminando, localizo un taxi y le muestro la dirección al conductor. Él señala al otro lado de la calle e instantáneamente reconozco la calle. Estoy aquí, sólo que he venido en dirección contraria. Siempre odié la geografía cuando iba al colegio.

Gally está de solateras. Wolfgang y Marcia han salido, y Billy y Terry han ido al centro. Me imagino que habrán quedado con Hedra y ese pedazo de hembra del vestido tras la que andaba Billy.

Nos marchamos, caminando en silencio hasta el bar de la esquina. Vuelve a hacer un poco de frío, así que me pongo la chaqueta de borrego que llevaba anudada alrededor de la cintura. Gally lleva puesto una con la capucha en la cabeza. Estoy temblando, aunque no haga mucho frío. Me acerco a la barra y saco dos pintas. Las llevamos hasta una mesa junto a un gran fuego. «¿Dónde está Gudrun?», le pregunto.

«Quién cojones sabe, eh.»

Miro a Gally. Sigue con la capucha puesta. Tiene círculos oscuros bajo los ojos y parece como si fueran a salirle granos por la cara, pero sólo por uno de los lados. Como una especie de sarpullido. «Era una tía de lo más sexy. Pero ¿qué pasó con la tía grande del vestido a rayas, esa detrás de la que iba Billy? ¿Crees que se la habrá tirado?»

Gally escupe un chicle al fuego. Una mujer que está detrás de la barra nos mira con cara de asco. Aquí llamamos un poco la atención; el sitio está lleno de viejos, familias y parejitas.

«Y yo qué coño sé», dice, todo picajoso, echándole un gran trago a su pinta. Después se quita la capucha.

«No te pongas así», le digo. «Tú te fuiste con una chavala majísima, a la que le ibas mogollón. Estás de vacaciones. ¿Qué cojones te pasa?»

No dice nada, y se queda con la mirada puesta en la mesa. Sólo puedo ver la parte superior de ese enmarañado cabello marrón oscuro. «No podía…, con ella… quiero decir…»

«¿Cómo que no? Ella estaba por ti.»

Gally levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos. «Porque tengo el puto virus, por eso.»

Noto un golpe sordo en el pecho y mi mirada se traba con la suya durante lo que parece una eternidad, pero probablemente no fuera más que un par de latidos, mientras él dice, aterrado: «Tú eres el único que lo sabe. No se lo digas a Terry o a Billy, ¿vale? No se lo digas a nadie.»

«Vale…, pero…»

«¿Lo prometes? ¿Lo prometes, hostias?»

La cabeza me da vueltas de forma febril. Esto no puede ser cierto. Éste es Andrew Galloway. Mi colega. El pequeño Gally, de Saughton Mains, el hijo de Susan, el hermano de Sheena. «Sí…, sí…, pero ¿cómo?»

«Las agujas. El jaco. Sólo lo hice un par de veces. Parece que bastó. Me enteré la otra semana», dice, y echa otro trago, pero tose y escupe un poco de cerveza sobre el fuego, que chisporrotea.

Miro alrededor, pero la maruja de detrás de la barra no está. Hay un par de capullos mirándonos, pero les aguanto la mirada hasta que la apartan. El pequeño Andy Galloway. Los viajes que hicimos de críos y más tarde de jovencitos, ya por nuestra cuenta: Burntisland, Kinghorn, Ullapool, Blackpool. Yo, mi madre, mi padre y Gally. El fútbol. Las discusiones, las peleas. Cuando él escalaba de crío; siempre

estaba escalando. Como no había árboles en el barrio, tenían que ser balcones de hormigón, colgarse de los pasos inferiores, toda esa mierda. Monicaco, solían llamarle. Un monicaco descarado.

Pero ahora observo su estúpida y sucia cara y su mirada ausente y es como si se hubiera convertido en algo distinto sin que yo me haya dado cuenta. Es el cochino mono que lleva justo en la chepa. Vuelvo a mirarle desde mi bajón, mi propia lente cutre, y no lo puedo remediar, pero Gally parece sucio por dentro. Ya no parece Gally.

¿De dónde proceden esas reacciones?

Doy sorbos a mi pinta, y miro un lado de su cara mientras él mira fijamente el fuego. Está roto, está destrozado. No quiero estar con él, quiero estar con Elsa, en esa cama otra vez. Mientras le miro, lo único que soy capaz de desear es que no estuvieran aquí ahora mismo: él, Terry y Billy. Porque ellos no encajan con este lugar. Yo sí. Yo encajo en todas partes.

'. Aproximadamente 2000: Ambiente de festival

WINDOWS 00

La gente que le conocía bien estallaba en carcajadas cuando les contaba que estaba trabajando como vigilante jurado. Andy Niven, su viejo amigo, tras una pausa de incredulidad, seguía riéndose. «Davie Galloway, vigilante jurado», dijo por enésima vez, «he oído hablar del zorro custodiando a las gallinas, pero esto es ridículo.»

Tampoco es que hiciera mucha vida social últimamente. Davie Galloway evitaba los pubs y no le gustaba contarle a los viejos amigos y conocidos lo que hacía. Un poco de cháchara despreocupada de borracho y ya te habían chotado. Eso ya le había arruinado la vida con anterioridad a él y a otros que dependían de él. Si él hubiera estado allí, puede que hubiera marcado la diferencia. Pensaba en la familia a la que había dejado atrás hacía todos esos años, en cómo Susan le había dicho que hiciera de la necesidad virtud y se fuera a tomar por culo de una vez por todas. Más tarde, su hija, Sheena, le diría lo mismo; no quería volver a verle.

Se parecían la una a la otra. Susan y Sheena; eran fuertes, y eso era algo que al mismo tiempo le entristecía y le alegraba.

Aunque a Andrew…, a Andrew todavía iba a verle.

Esta vez no acabaría en la cárcel a través de sus chanchullos, sólo intentaba trabajar; ahora lo único que perdería sería su empleo, no su libertad. Davie no quería volver a estar encerrado, ya había desperdiciado demasiada vida; había visto demasiadas habitaciones estrechas y grises, llenas de los olores y las obsesiones de los extraños. Ahora trabajaba. El zorro custodiando a las gallinas.

Asomándose desde el centro de control que daba a aquella gran urbanización, Davie Galloway consideró que los monitores eran sus ventanas al mundo, a ese mundo negro y gris de hormigón que había fuera. Su favorito era el monitor número seis, aquel cuya cámara de perspectiva general barría más allá de los bloques de las torres y sobre el río.

Las demás mostraban monótonos pasadizos subterráneos y escaleras y entradas a callejones sin salida. Rara vez se ponían en marcha los vídeos, porque ¿quién se molestaría en mirarlos salvo en caso de un asesinato?

La gente lo sabía, además. Los críos eran echaos palante que te cagas. Los pequeños se sentaban debajo de las cámaras mostrándoles el dedo durante gran parte del día. A veces las golpeaban; con frecuencia se trataba de jóvenes enmascarados. Había dos monitores en blanco; pero ni se molestaban en sustituir las cámaras rotas a las que estaban conectados.

A Alfie Murray, un alcohólico en rehabilitación y devoto de Alcohólicos Anónimos, le había tocado el mismo turno que a Davie. «¿Ha salido Danielle hoy?»

«Nah, estás de suerte.»

Danielle era una joven que se levantaba temprano y salía desnuda al balcón, exponiéndose a la cámara situada en su bloque de pisos. Solía decirle algo al objetivo. A diferencia de Alfie, a Davie Galloway no le importaba verla o no. Lo que realmente quería más que cualquier otra cosa era saber qué decía cada mañana cuando salía con arrojo y les desafiaba sin otro atuendo que una sonrisa.

Habían pensado en ir a verla. A Davie le habría encantado preguntarle qué palabras pronunciaba. Pero no habría sido prudente. Probablemente ella lo hubiera negado todo, y como en general aquello no solía grabarse, salvo esporádicamente, cuando un crimen salvaje provocaba indignación moral, no tenían pruebas. Podrían haber hecho lo que se supone que era su obligación y haber informado a la policía, pero puede que entonces ella dejara de hacerlo y no querían que eso sucediera. Nadie protestaba o parecía estar enterado siquiera. Ella no hacía ningún mal, es más, no cabía duda de que a Alfie le estaba haciendo mucho bien.

De todos modos, Davie no tenía el menor deseo de ponerse en contacto con la policía. Sabía que pronto le reconocerían, pues en tiempos había sido muy conocido entre ellos en la ciudad. Además, su turno casi había terminado, y pronto llegaría la hora de marcharse e ir a charlar un poco con Andrew.

EDIMBURGO, ESCOCIA
Un martes, 11.28 de la noche

ABANDONO

Juice Terry Lawson se sintió impulsado a maldecir a su viejo colega Post Alec Connolly mientras estiraba los pies más allá del extremo inferior de la cama, sacándolos de debajo del edredón. Notó cómo el frío los atacaba, haciendo que encogiese los dedos de los pies. El muy tontolculo. Sí, claro, no pasaba nada con la enorme televisión último modelo de pantalla plana que había mangado para Terry. De puta madre, Alec. Pero el muy gilipollas, inútil, vejestorio y borrachín se había olvidado de levantar el mando a distancia de aquella casa de Barnton que por lo demás había limpiado de forma tan profesional. Terry notó cómo aumentaban su incomodidad y sus niveles de sudoración al estirar los dedos de los pies e intentar pasar de la BBC1 a Channel 4. Echaban una película francesa y era inevitable que se viese algún vistazo de alguna teta y algún culo. Olvídate del Channel 5: era lo que hacía todo el mundo.

Resultaba curioso, especuló Terry, pensando en los pijos que habían venido a la ciudad a cuenta del festival. Si ponías unas tetas y un culo en un periódico leído por arrabaleros, eso era degradación de la mujer, pero si hacías lo mismo en una película francesa les encanta y se convierte en arte. Así que la verdadera pregunta para determinar lo que constituye una obra de arte debería ser «¿Sirve para hacerse pajas?, y, en ese caso, ¿para que se las haga quién?», pensó Terry, mientras arqueaba la espalda y separaba las nalgas para soltar un pedo con la máxima sonoridad.

Volviendo a ponerse cómodo y paladeando aquella irrupción de olor cálido y acre, Terry se apoyó sobre una de las almohadas, dejando que la pantalla iluminase la habitación. Abriendo la pequeña nevera que había junto a la cama, sacó una lata de Red Stripe y le arrancó la anilla. Se fijó en que ya no quedaban muchas. Terry le dio un sorbo apreciativo a la lager y a continuación sorbió ruidosamente un buen trago. Cogió el teléfono móvil y llamó a su madre, que estaba abajo viendo la serie *Eastenders*, que había dejado grabando el día antes mientras estaba en el bingo. A Terry empezaron a picarle las almorranas; era posible que la humedad del pedo las hubiese irritado. Colocándose de costado, apartó una de sus nalgas y bajó el edredón, dejando que el aire frío circulase alrededor de su ojete.

Alice Ulrich levantó el auricular; esperaba que la llamada procediese de su hija, Yvonne. Alice había conservado el apellido de su segundo marido porque a pesar de

que Walter, al igual que el primero, se había pirado, en su caso huyendo de serias deudas de juego, al menos no la había dejado con un perdido de hijo como Terry. A Alice le desagradó comprobar que la llamada procedía de arriba, del móvil de su hijo.

«Oye, mami, la próxima vez que subas a mear o algo, súbeme unas cervezas de la nevera grande, que casi se me han agotado las reservas privadas, eh…» Terry escuchó la voz incrédula al otro lado de la línea. «Sólo si subes al cuarto de baño y tal. Quiero decir, que acabo de echarme a descansar, eh.»

Ella esperó a que se cortara la comunicación. Aquélla era una situación frecuente. Pero en esta ocasión algo se quebró en el interior de Alice. Vio su vida con brutal claridad y, deteniéndose durante un instante para hacer balance inmisericorde de su suerte, fue a la cocina y cogió para su hijo seis cervezas frías de la nevera. Subiendo las escaleras lentamente, Alice entró en su habitación con los suministros, como tantas veces había hecho. Se topó con el acostumbrado olor a pedos, calcetines sucios y semen. Normalmente habría protestado ligeramente dejándolas sobre el armario del dormitorio, pero no, esta vez dio la vuelta alrededor de la cama y las metió en la pequeña nevera que había junto a ésta para el muchacho. Veía la silueta de sus cabellos ensortijados. Por lo que a Terry respecta, era vagamente consciente de su presencia distractora en los márgenes de su campo visual. «Gracias», dijo con impaciencia, sin apartar la mirada de la pantalla.

Al abandonar la habitación, Alice fue a su propio dormitorio, se subió encima de la cama y bajó la vieja maleta de encima del armario ropero. Hizo la maleta lenta y meticulosamente, poniendo cuidado en no aplastar la ropa, y después la bajó por las escaleras. Llamó a una amiga, y después a un taxi. Mientras esperaba que llegara buscó algo de papel para escribir una nota. No pudo encontrarlo, así que abrió un paquete de *cornflakes* y lo volvió del revés. Con su boli del bingo pergeñó una nota que dejó en el aparador.

Querido Terry:

Durante años he esperado que abandonaras esta casa. Cuando te juntaste con Lucy pensé: Gracias a Dios. Pero no, aquello no duró. Después la tal Vivian…, otra vez que no.

Así que me voy *yo*. Cuida la casa. Diles a los del ayuntamiento que me he suicidado. Dios sabe que he tenido deseos de hacerlo muy a menudo. Cuídate. Intenta comer bastante verdura y no sólo comida basura. Los basureros pasan los martes y los viernes.

Cuídate,
con cariño, mamá.

P. D.: No intentes encontrarme.

Aquella mañana, Terry se despertó con el programa televisivo *Big Breakfast*. La Denise Van Ball esa, fua cabrón. Cómo estaba. Estaba siempre en la tele; *Gladiators, Holiday…*, toda la pesca. Buen chollete. Aunque nunca debió teñirse el pelo; a él le gustaba más rubia. Aunque al parecer últimamente había engordado un poco. Pero el pelo tendría que volver a su estado anterior. Los caballeros las prefieren rubias. Él y Rod Stewart. El tío ese, Johnny Vaughan, era legal, pero cualquiera podría hacer ese tipo de trabajo, meditó. Pero que le den por culo a levantarse a esas horas de la mañana. Levantarse temprano y soltarle chorradas a todo el mundo. ¡Igual que cuando él trabajaba en el reparto de refrescos! Pero ahora no. Ni de coña. Terry intentó llamar a su madre con el móvil para que le hiciese té y tostadas. Un huevo pasado por agua podría ser una buena idea. El teléfono sonó abajo, dos, tres veces, pero nada. La vieja habrá salido de compras.

Levantándose, rodeó su amplia cintura con una toalla y al bajar las escaleras vio la nota. La sostuvo en una mano, sujetando la toalla con la otra y mirando incrédulamente la cartulina.

Se ha ido de la puta olla, se dijo a sí mismo.

Terry se vio espoleado a actuar. Tuvo que salir por provisiones. Hacía mucho frío fuera y nunca había sido una persona mañanera. El frío le calaba, atravesando su descolorida y raída camiseta con el lema «Sonríe si te sientes sexy». El verano había sido una vergüenza total: en agosto parecía que era noviembre. A tomar por culo las tiendas de mierda del barrio, se daría un paseo vigorizante. Stenhouse quedaba en una dirección y Sighthill en la otra. Sighthill, pensó, escabullándose carretera abajo hacia los pisos grandes. Nunca le había molestado Sighthill, es más, siempre le había gustado.

Pero aquella mañana le estaba volviendo loco que te cagas. Mientras cruzaba la autovía por debajo y entraba en el centro comercial le pareció ver el barrio a través de los ojos de una maricona consentida educada en un colegio de pago que escribía esporádicos artículos de denuncia social para los periódicos serios. Cagadas de perro, cristales rotos, pintadas de aerosol, jóvenes mamás aturdidas por el Valium empujando carritos con críos chillones, borrachines con sus latas moradas y jóvenes aburridos en busca de pastillas y polvos. Terry se preguntaba si era porque estaba deprimido o porque hacía demasiado tiempo que no iba de compras en persona.

Qué cojones le pasaría a la vieja, reflexionó. Había estado un poco rara últimamente, pero es que acababa de aterrizar en mitad de la cincuentena, lo cual, suponía Terry, era una edad peligrosa para las mujeres.

UN CLUB DEL FESTIVAL ALTERNATIVO

Rab Birrell se encorvó para salir del taxi y casi mantuvo la misma postura durante el corto trayecto que había entre el bordillo y la puerta del Fringe Club. Se sentía como un alcohólico entrando a hurtadillas en una licorería. Si alguien se enterara de

que pasaba por ahí…, como que lo iban a hacer. Pero últimamente los muchachos aparecían en cualquier parte. Los *casuals* de Acid House y del fútbol tenían gran par te de culpa. Ahora había una clase de peña normal superinformada que inexplicablemente aparecía cuando menos lo esperabas, por lo general pasándolo en grande. Birrell tuvo una extravagante visión del Fringe Club lleno de chavales, amantes secretos de la cultura. Aunque el propio Rab sabía poco de cultura, le encantaba el ambiente del festival, la forma en que la ciudad echaba chispas.

Su compañero de piso, Andy, siguió a Rab hasta el interior del club. Rab mostró las dos tarjetas de socio que su hermano Billy había logrado conseguirles. Su hermano también le había conseguido a Rab dos entradas para el preestreno de una película que les había gustado a ambos. Rab Birrell miró en torno al gentío del mundo mediático y artístico londinense allí presente. Aquellos capullos incluso habían abierto sucursales de sus propios clubs aquí arriba mientras durase el festival, de forma que pudiesen aguantar las tres semanas sin correr el riesgo de abandonar accidentalmente la vera de los gilipollas de los que chismorreaban sin cesar durante el resto del año. A Birrell le amargaba que fuera esta clase de gente la que en general decidiera lo que leías, oías y veías. Lanzó miradas críticas y escrutadoras a su alrededor. Como un erudito en lucha de clases, paladeaba una perversa y satisfactoria sensación de autoafirmación cuando una determinada mirada, gesto o acento coincidía con sus expectativas.

Andy se percató de su desdén y le hizo una mueca. «Tranquilícese, señor Birrell.»

«Claro, a ti no te importa, tú fuiste a la Edinburgh Academy», se burló Rab, fijándose en una pareja de mujeres elegantemente vestidas que había en la barra.

«Exacto. Eso me lo pone peor. Yo fui al colegio con capullos como éstos», respondió Andy.

«Pues entonces deberías tener más capacidad de comunicarte con ellos, así que pide tú y después vete a donde están esas dos tías y empieza a ligártelas.»

Andy levantó la vista en señal de conformidad y Rab estaba justamente a punto de moverse cuando sintió un brazo sobre su hombro. «No me habían dicho que aquí dejasen entrar a los arrabaleros», dijo aquella enorme figura con una sonrisa. Rab medía un metro ochenta pero se sentía como un enano junto a aquel gigante. Era todo músculo, sin un gramo de grasa.

«Hostia puta, Lexo, ¿qué tal estás, tío?», sonrió Rab.

«No estoy mal. Ven a tomarte una copa de champán», dijo Lexo, indicando una esquina donde Rab vio a un tipo con pinta de chulo y dos mujeres, una de veintitantos y otra de treinta y tantos. «Los mamones estos son de una productora de televisión. Están haciendo un documental sobre los *casuals* y me han contratado como asesor técnico.»

Rab se fijó con aprobación en la chaqueta de regatista amarilla Paul and Shark que lucía Lexo. Era de ésas reversibles que venían al dedillo en los viejos tiempos para fines de identificación. Recordaba las representaciones del abogado Conrad

Donaldson en aquel entonces: «Dice usted que uno de los acusados llevaba una chaqueta roja, y después que era negra, en tanto que otro llevaba una chaqueta negra que se volvió azul. Admite usted haber ingerido alcohol. ¿Tomó usted alguna otra sustancia tóxica aquella tarde?»

La acusación protestaba y se admitía, pero el daño ya estaba hecho. Lexo y Ghostie siempre insistían en que los muchachos que iban con ellos fueran bien vestidos. Rab recordaba cuando enviaron a casa a dos renombrados gamberros por el simple hecho de llevar unas camisetas y unos vaqueros de Tommy Hilfiger («Schemie Hilfiger»).[45] «Prefiero que me detengan antes que ir vestido así», había manifestado Ghostie. «Hay que tener principios. Eso cuela si eres de Dundee o algún sitio así.»

Lexo se había retirado más o menos desde el fallecimiento de su amigo Ghostie a manos de la policía. «¿Vas a ir a Easter Road mañana?», preguntó Rab.

«Nah, hace siglos que no voy», dijo Lexo sacudiendo la cabeza.

Birrell asintió pensativamente. Últimamente *era* más fácil encontrar a algunos de los integrantes de la vieja cuadrilla en el Fringe Club que en Easter Road.

Rab y Andy se tomaron una copa y después se disculparon por tener que marcharse. Lexo tenía negocios que atender y ya estaba excluyéndoles de la compañía tras montar el numerito de presentarles. Por haber compartido habitación con su hermano mayor Billy durante años, Rab comprendía el período de atención del tipo duro mejor que la mayoría de personas. Daban y tomaban basándose en sus propias condiciones. Obligarles a entrar en discusiones y conversaciones avasalladoras sólo conseguía irritarlos. A Rab Birrell también le resultaba un poco nauseabundo el modo en que la gente de la televisión estaba pendiente de todas y cada una de las palabras de Lexo y se emocionaba visiblemente con sus anécdotas, revisadas selectivamente para presentarle como un gran líder que lograba marcarse espectaculares victorias en combates desiguales contra todo pronóstico. Mientras Rab y Andy se despedían, Lexo dijo: «Dile a tu hermano que he preguntado por él.»

Rab podía imaginarse los comentarios que Lexo les haría ahora a aquellos ansiosos tipos mediáticos. Sería algo así como: «Sí, ése es Rab Birrell; no es mal tipo. Se las dio de *casual* un par de temporadas, pero no era uno de los *top boys*. Un tipo listo, ahora está en la universidad, o eso dicen. Pero su hermano Billy es otra historia. Fue un buen boxeador…»

Billy siempre fue otra historia. Rab pensaba en el sobre que le había entregado su hermano, unos días antes, en el hogar familiar. Dentro había dos carnés de socio del Fringe Club, dos entradas para el cine y quinientas libras. Bajó la vista para ver y palpar el fajo, que abultaba ostensiblemente en el interior de los bolsillos de sus Levi's.

«No me hace falta», había respondido Rab, sin hacer ningún intento de devolverlo.

Billy le hizo señal de apartarse, levantando las manos. «Cógelo. Disfruta del

festival. Los estudiantes no lo tenéis fácil», añadió. Sandra asintió con la cabeza. Wullie estaba enchufado a su PC, navegando por la Red. Pasaba la mayor parte del tiempo visitando sitios web en el ordenador que les había comprado Billy. Internet y la cocina se habían convertido, desde la jubilación, en sus obsesiones gemelas.

«Venga, Rab, para mí no significa nada. No lo haría si no pudiera permitírmelo», imploró Billy. Y Billy no estaba mostrándose ostentoso; bueno, puede que un poco, pero fundamentalmente estaba siendo Billy. Estaba cuidando de la gente cercana a él sencillamente porque podía hacerlo, y eso era todo. Pero Rab vio la expresión de complacencia empalagosa en el rostro de su madre, y se preguntó por qué aquello no podía haberse hecho en privado, sólo ellos dos. Mientras se guardaba el sobre con un «Gracias» contenido y renqueante pensó en lo extraño que resultaba que tu hermano fuese al mismo tiempo tu héroe y tu némesis.

Billy se sentiría relajado en un lugar como éste, estaría tan en su elemento como lo estaba en ese momento Lexo. Pero Rab no estaba a sus anchas. Pensó que podría ser buena idea irse para Stewart’s o Rutherford’s. Probablemente estarían llenos de tipos festivaleros encanallándose, pensó.

EN ALGUNA PARTE CERCA DE LAS MONTAÑAS AZULES, NUEVA GALES DEL SUR, AUSTRALIA
Martes, 7.38 de la tarde

Quiero que esto se acabe. Tornas demasiadas porque quieres sentir o ver algo diferente, pero sólo por un corto espacio de tiempo. No puedo tomarlas porque he llegado al punto en que no aprendo nada haciéndolo. No es más que otra puta lucha. ¿Qué cojones voy a aprender quedándome despierto durante días y días? Como cuando éramos críos en el verano y dábamos vueltas y más vueltas delante de los pisos hasta sufrir un bobo desvanecimiento y quedarnos tumbados jadeando, con náuseas y mareados sobre la hierba. Los mayores, sentados al sol, solían decirnos que parásemos. Sabían que sólo nos estábamos jodiendo a nosotros mismos y que no nos aguardaba ningún estado de conciencia superior. Hubo un tiempo en que pensé que intentaban impedir que accediéramos a un mundo secreto, pero ahora sé que sencillamente no tenían ganas de ir detrás de aquellos asquerosos capullines limpiando sus potas.

Pero lo estoy volviendo a hacer, mintiéndome a mí mismo en nombre del olvido. Quiero sentir y ver menos, en lugar de más, por eso voy hasta el culo. En pocas palabras: la estoy cagando y sin ningún motivo aparente.

ssSSSSSSSHHOOOOMMMMmmm

Ahora me golpean con fuerza todos los tripis y pastillas que me tragué. Todos los polvos que me metí por la tocha.

wwwhhhhhOOOOSSSSShhhhh

Grito para escuchar la reverberación de mi voz a lo ancho de las Montañas Azules, pero ni siquiera logro ver a los demás cabrones y estoy justamente en mitad de ellos. No logro ver el follaje espeso y exuberante que rodea el claro en el que estamos bailando. No, grito, pero no oigo mi voz, ni tampoco a nadie más, con el implacable latido de este bajo y siento cómo los contenidos de mis entrañas se separan de mí y la suave tierra se aproxima a toda prisa a mi cara.

EDIMBURGO, ESCOCIA
Miércoles, 11.14 de la mañana

POST MADRE, POST ALEC

Terry tenía problemas. Graves problemas. Siempre había tenido una mujer que le cuidase. Ahora su madre se había marchado. Su madre había hecho lo mismo que su mujer. Y ella seguía siendo amiga de su ex, por el bien de su nieto Jason, o al menos eso es lo que la vieja pelleja siempre decía. Pero probablemente habría hablado de todo el asunto con Lucy, las dos conspirando contra él y apoyadas por el enorme gilipollas con el que se había juntado Lucy. Si tuviera que ser sincero consigo mismo tendría que reconocer que nunca había tomado aquella relación en serio. No era más que un polvo con una tía elegante que sabía arreglarse para salir por las noches. Duró un año, aproximadamente un año más de lo que habría durado de no haber aparecido el crío. Vivian era diferente. Era una joyita y él la había tratado como una mierda. La única novia duradera que había tenido. Tres años. La quería, pero la trataba como una mierda y ella siempre le perdonaba. La quería y la respetaba lo suficiente para darse cuenta de que él era mercancía en mal estado: lo suficiente como para dejarla, para dejarla seguir adelante sin él. Tras la noche del puente, él se había apartado del buen camino. Nah, pero ¿qué decía? Él jamás había estado en el buen camino.

Hubo otras cohabitaciones anecdóticas y de corta duración. Una serie de mujeres le había acogido esporádicamente, hasta que se daban cuenta de que los problemas que les habían conducido al empleo del Valium, el Prozac y otros tranquilizantes palidecían de insignificancia en comparación con el nuevo *statu quo*. En la imaginación de Terry, sus rostros se fusionaban en un solo y vago mohín de desaprobación. No tardaban nada en ponerse las pilas y echarle, devolviéndole a casa de su madre. Pero ahora su madre había desaparecido. Terry meditó acerca de las repercusiones de todo aquello. A todos los efectos prácticos, había sido abandonado. Por su propia madre. ¿Qué les pasaba a las mujeres? ¿Cuál era su problema? Pero a Terry no le habían abandonado del todo. Sonó el teléfono, era su viejo colega Post Alec.

«Terry…», dijo Alec con voz ronca por el auricular. Terry conocía a Alec lo suficiente como para reconocer una resaca fenomenal. Por descontado que aquello no requería grandes poderes de deducción, pues Alec sólo tenía dos modalidades de funcionamiento: bolinga y resacoso. En realidad, la continuidad de la existencia de Alec en este planeta durante los cinco últimos años había supuesto un gran revés para

las ciencias de la fisiología y la medicina. A Alec le habían adjudicado el apodo de «Post» a causa de un breve período de ocupación legal en el Servicio Real de Correos.

«¿Qué pasa, Alec? Los cuatro jinetes del Apocalipsis pisándote los talones otra vez, colega, ¿es eso?»

«Ojalá no hubiera más que cuatro de esos cabrones», se quejó Alec. «Tengo la cabeza a punto de reventar. Escucha, Terry, necesito que me eches una manita con un curro. Legal y tal», añadió casi en tono de disculpa.

«Vete a la mierda», dijo Terry con incredulidad, «¿cuándo en la vida has hecho tú algo legal, vejestorio oportunista?»

«En serio», protestó Alec, «pásate por Ryrie's dentro de media hora.»

Terry fue a cambiarse de ropa. Mientras subía a su dormitorio por las escaleras, evaluaba el estado de la casa. Tendría que pagar el alquiler, lo cual no sólo era un rollo, sino un agobio de primera. Con todo, cabía la posibilidad de que la vieja recapacitara.

Efectuando una rápida inspección del piso, Terry llegó a la conclusión de que las ventanas modulares instaladas por el ayuntamiento habían supuesto una gran diferencia. Ahora se estaba mucho más calentito y más tranquilo. Eso sí, había una mancha de humedad que seguía atravesando el alféizar; vinieron a hacerle un apaño un par de veces y se lo habían currado, pero seguía reapareciendo. Aquello le recordaba a Alec. Tenía que reconocer que el piso necesitaba que lo pintaran y empapelaran. Su habitación estaba hecha un caos. El póster de la tenista rascándose el culo y el de la tía desnuda que traza el perfil de Freud, «en qué piensan los hombres». Había uno de Debbie Harry de finales de los setenta o comienzos de los ochenta, y uno de Madonna unos años más tarde. Ahora tenía uno de los All Saints. Eran unos polvetes. Las Spice Girls eran iguales que las tías que podrías encontrarte en Lord Tom's o cualquier mercado de ganado de Lothian Road. En la pared lo que interesaba tener era el tipo de tías inaccesible y de categoría. Terry sólo compraba revistas pornográficas cuando en una de ellas posaba desnuda una estrella inaccesible.

EL BALMORAL

La delgada joven sentada con las piernas cruzadas sobre la cama de la habitación del hotel parecía tensa y pálida cuando interrumpió la lectura de una revista para encender un cigarrillo. Levantó la vista, vagamente distraída, y soltó un aro de humo mientras contemplaba el entorno. Sólo era una habitación más. Levantándose para asomarse a la ventana, vio un castillo descollando sobre ella desde lo alto de una colina. Aunque aquello ya de por sí resultaba desusado, seguía sin impresionarla. Para ella, la vista panorámica ofrecida por la ventana había adquirido el mismo aspecto soso y monótono que uno de los cuadros de la pared. «Otra ciudad», musitó.

Llamaron rítmica e íntimamente a la puerta y entró un hombre fornido. Llevaba el

pelo cortado al rape y unas gafas de montura plateada.

«¿Te encuentras bien, cariño?», inquirió.

«Supongo.»

«Tendríamos que llamar a Taylor e ir a cenar.»

«No tengo hambre.»

Sobre aquella inmensa cama parecía tan pequeña, pensó aquel hombre, concentrándose en sus brazos desnudos. No tenían apenas carne y el mero hecho de contemplar su escasez hacía que sus propias y abundantes carnes se estremecieran. Su rostro era una calavera con la piel estirada sobre ella como si de un plástico se tratara. Al estirarse ella para echar la ceniza de su cigarrillo en el cenicero, pensó en la vez en que se la había follado, sólo una vez, hacía muchísimos años. Ella había dado la impresión de estar distraída y no logró llegar al orgasmo. Él fue incapaz de suscitar en ella pasión alguna y después del acontecimiento él se sintió como un lamentable sujeto dependiente de la beneficencia después de recibir una dádiva. Un maldito insulto, pero fue culpa suya por intentar mezclar los negocios y el placer, y no es que hubiese experimentado mucho de este último.

Todo empezó aproximadamente en aquella época, el puñetero problema este de la comida. Franklin se detuvo por un momento, tenso, consciente de que estaba a punto de volver a pasar por la misma escena por la que había pasado tantas veces antes y que siempre resultaba de una futilidad absoluta.

«Mira, Kathryn, ya sabes lo que dijo el médico. Tienes que comer. De lo contrario, te quedarás seca…» Se detuvo, evitando decir «como la mojama». No parecía correcto.

Ella levantó brevemente la vista para observarle antes de apartar su mirada vacía. Cuando había cierta luz, su semblante parecía ya una mascarilla mortuoria. Franklin notó el familiar reflujo de la resignación. «Voy a llamar al servicio de habitaciones…» Levantó el auricular y pidió un sándwich de dos pisos y una cafetera llena.

«Pensaba que Taylor y tú ibais a salir a cenar por ahí», dijo Kathryn.

«Es para ti», le dijo él, tratando de disimular el enojo de su tono de voz con una capa de apaciguamiento tranquilizador y fracasando por completo.

«No me apetece.»

«Inténtalo, nena, ¿quieres? Inténtalo por mí», imploró él, señalándose a sí mismo.

Pero Kathryn Joyner estaba a muchos kilómetros de distancia. Apenas se dio cuenta cuando su viejo amigo y mánager Mitchell Franklin Delaney Jr. abandonó la habitación.

SACÁOSLAS PARA QUE LAS VEAN LAS CHICAS

«Sacáoslas para que las vean las chicas», les gritó Lisa a los dos jóvenes con pinta de estudiantes con los que se cruzó en los pasillos del tren. Uno de ellos se puso

colorado, pero el otro respondió con una sonrisa. Angie y Shelagh se rieron en voz baja mientras sus víctimas se metían en el compartimiento de al lado. Charlene, más joven que las otras tres, que tenían veintitantos, esbozó una sonrisa forzada. Siempre estaban bromeando acerca de la «Pequeña Charlene» y de la influencia corruptora que ejercían sobre ella. Charlene opinaba que ellas ejercerían una influencia corruptora sobre cualquiera.

«No son más que unos putos críos», dijo Angie sacudiendo la cabeza y echando hacia atrás un mechón de sus rizos castaños. Aquella enorme y redondeada cara, cubierta de maquillaje, aquellas grandes manos con extensiones de uñas rojigualdas e inverosímilmente largas que se había hecho en Ibiza. Hacía que Charlene se sintiese como una cría, y había ocasiones en las que sentía ganas de acurrucarse entre la seguridad de aquellos inmensos pechos que parecían llegar a una habitación unos diez minutos antes que su amiga entrase en ella.

Lisa se incorporó mientras Angie y Shelagh tocaban a rebato. «No iréis detrás de esos capullines, ¿verdad? Eres una puta asaltacunas, guapa», se burló Shelagh.

Shelagh, alta y desgarbada, rubia oxigenada con cabellos cortos y en punta, tan delgados y delicados como el resto de su cuerpo. Comía y bebía como un pez y aun así tenía una percha delgadísima. Juraba y maldecía y bebía tanto que dejaba atrás a los chicos más lanzados. A Angie no le gustaba el modo en que las demás eran capaces de comer y beber cualquier cosa, en tanto que a ella le bastaba con mirar una bolsa de patatas fritas para que lo notara en cuanto se subiese a una balanza.

«Y una mierda», dijo Lisa, pero sumando un gesto ladino de asentimiento, añadió: «Sólo pensaba ir a echar un pitillo a los servicios», y se alejó con movimientos exagerados, parodiando a una modelo de pasarela. Lanzó una rápida mirada a sus amigas a la espera de su reacción, maravillándose ante sus morenos mediterráneos, ante el buen aspecto que le proporcionaban a una y lo bien que le hacían sentir. Valía la pena correr el riesgo de contraer un cáncer de piel, valía la pena pasarse la mediana edad con aspecto de ciruela pasa. Ya nos preocuparemos del mañana cuando llegue.

Angie le guiñó un ojo a Charlene. «Ya, querrás decir más bien que vas a ponerte un poco de lápiz de labios», gritó a espaldas de Lisa. Volviéndose hacia Shelagh y Charlene, preguntó: «¿Creéis que esa guarra habrá ido a echar una meada?»

«Sí, y pasará largo rato hasta que regrese a tierra después de lo de Ibiza. Guarra asquerosa», se rió Shelagh.

Charlene sintió una pequeña punzada en el pecho ante la idea de que todo estaba acabando. No tanto por el final de las vacaciones o siquiera por la vuelta al trabajo: habría abundantes historias que contar para que resultara soportable durante un tiempo. Era por el hecho de que ya no estarían juntas todos los días. Lo iba a echar de menos y a ellas también. Sobre todo a Lisa. Lo curioso era que Charlene la conocía desde hacía siglos. Habían trabajado juntas en el Departamento de Transportes del Servicio Civil. En aquel entonces, Lisa nunca le hablaba y Charlene supuso que era

demasiado joven y demasiado poco enrollada para ella. Pero entonces Lisa dejó el trabajo y se marchó a la India. Sólo después de volver a Edimburgo el año pasado, cuando Charlene se había asociado con Angie y Shelagh, las viejas amigas de Lisa, se hicieron amigas. Charlene pensó que quizá Lisa encontrara difícil aceptarla. Sucedió lo contrario, y rápidamente se convirtieron en íntimas amigas. Menuda máquina era Lisa. «Sí, dijo que le apetecía salir esta noche, porque estamos de festival», dijo Charlene.

«Que le den, yo me voy a la cama», dijo Shelagh, sacándose una legaña del ojo.

«¿Sola?», le provocó Angie.

«Desde luego. Estoy harta. Algunas tenemos un coño normal entre las piernas, guapa, no el túnel del Mersey. Si esta noche se presentara el Leonardo di Caprio ese en mi casa con cinco gramos de coca y dos botellas de Bacardi y dijera: “Vámonos a la cama, muñeca”, me daría la vuelta y le diría: “Otra vez será, colega.”»

Charlene observó con curiosidad malsana cómo Shelagh se sacaba la legaña y la arrojaba lejos de sí, mientras se esforzaba para que las payasadas de su amiga no le repugnasen demasiado. Se maldijo a sí misma por ser tan escrupulosa. Ibiza, con aquella basca, no era un lugar apropiado para los pusilánimes, y a veces todo aquello le resultaba excesivo.

La puntuación lo decía todo: 8, 6, 5 y 1.

El uno correspondía a Charlene, por supuesto. Hubo otros dos rollos, en los que no había llegado hasta el final, y uno de ellos estuvo mucho mejor que la ocasión tensa e irregular en que sí lo hizo. Charlene odiaba los rollos de una noche, incluso estando de vacaciones.

Aquel tío le había sudado y babeado encima por todas partes, y después se quedó sobado en cuanto se corrió dentro del condón que se había quejado de tener que ponerse. Ella estaba borracha, pero en cuanto él empezó, deseó haber estado más borracha aún.

Por la mañana se vistió temprano y dijo: «Luego nos vemos, Charlotte.»

Incluso el tío con el que estuvo magreándose le había llamado Arlene y había dejado una potada en el suelo de su dormitorio del chalé. Aquél fue el que acabó poniéndose desagradable y llamándola rara por no querer follar con él.

San Antonio no había sido un lugar apto para los pusilánimes.

Ahora volvía a casa de su madre.

Angie había perdido uno de sus pendientes de aro, y Charlene pensó que debería decírselo, pero Angie habló primero. «Ya, yo también estoy harta de tíos. Pero Leez no. Ella no se va a ir a la cama, sola no, en todo caso. ¿De qué va?»

«Menuda máquina está hecha. Mira que follarse al chaval ese de Tranent en los servicios volviendo en el avión. ¡Tranent! ¡Te vas hasta allí y te lo acabas haciendo con uno de Tranent!», dijo Charlene, horrorizada. Después se estremeció. El motivo para ir allí era follarse a alguien. Y ella había tenido un solo encuentro de mierda. Y ahora hablarían de ello.

Angie se metió un chicle en la boca. «Ya, pero eso fue culpa tuya, por llevártela al Manumission ese la última noche y ponerla cachonda.»

«Ya, cuando la pareja aquella se puso a follar, no sabía dónde esconder la cara», dijo Charlene, aliviada de que no la tomasen con ella.

Shelagh la miró y, dándole un sorbo a la mezcla de vodka y Coca-Cola que habían preparado en el aeropuerto de Newcastle, se rió: «Yo sí: ¡justamente debajo del culo del *geordie*[46] aquel!»

En los servicios, Lisa se estiraba los pelos rubios sobre el cuero cabelludo para exponer las raíces morenas que necesitaban un retoque. Nunca lo hacía ella misma, y Angie iba a intentar encontrarle un huequito la semana entrante. Tenía que ser un trabajo profesional, arreglar las puntas abiertas y asegurarse de acondicionarlo. Evítense a toda costa los extremos grasientos o secos de las chapuzas caseras.

El sol le había acentuado las pecas. Lisa se subió el top, para examinar la franja de la morenez. Le había costado un par de días animarse a quitarse el top. Había empezado justamente a ponerse morena cuando hubo que volver a subirse al puto avión y vuelta el trabajo la semana que viene a los putos cubículos de la centralita en Scottish Spinsters. Hasta el año que viene.

El año siguiente iba a sacarse las tetas desde el primer día. Lisa siempre había querido tener unas tetas más grandes. El gilipollas aquel que le dijo: «Si tuvieras unas tetas más grandes tendrías un cuerpo perfecto.» Se supone que aquello era un jodido piropo, encima. Ella replicó diciéndole al tío que si su polla fuera tan grande como su nariz entonces él tampoco estaría mal. El triste cabrón se puso paranoico y cohibido perdido. A algunos se les daba muy bien repartir, pero odiaban que les tocara encajar. Los guapos eran los peores: narcisistas, egocéntricos, aburridos y sin personalidad. Pero el problema estaba en que si te follabas demasiados fetos, se te iba erosionando poco a poco la autoestima. Y ése era un problema, pero uno de los que merece la pena tener.

La pequeña Charlene había estado un poco rara durante las vacaciones. Lisa sospechaba que todo aquello le había resultado algo excesivo. A Lisa le sorprendía lo protectora que se sentía respecto de su amiga más joven. Cuando salían por el West End de San Antonio le echaba miradas, como una gallina madre, cada vez que una selección variopinta de camisetas de tonos pastel y pantalones cortos se acercaba pavoneándose hasta ellas, todo sonrisas esperanzadas y expresiones llenas de ironía. Siempre había un tipo de tío sórdido que iba directamente a por Charlene. Su amiga era menuda y morena: aquel aspecto «irlandés oscuro», decía ella, casi gitano. De la parte de su madre. El rostro convencionalmente hermoso de Charlene y su abundante escote deberían sugerir una sexualidad vivaz, pero había en ella algo serio y vacilante. Se daba una cuenta de que todo aquel rollo le avergonzaba, y que sin embargo hacía grandes esfuerzos por encajar.

Asomándose fuera del vagón, observaron cómo Berwick pasaba por debajo de ellas. Charlene lo había visto desde el tren muchísimas veces y le seguía pareciendo

impresionante. Se acordaba de una ocasión en que volviendo desde Newcastle tras una noche de marcha, se sintió impulsada a salir y explorarlo. Resultó ser una ciudad bastante agradable, pero se la apreciaba mejor desde el tren.

Angie codeó ligeramente a Charlene mientras le cogía la botella a Shelagh. «Está loca que te cagas», dijo lanzándole una mirada a Shelagh, «es casi tan mala como tú. ¿Te acuerdas de aquella vez que te largaste con el tío aquel en Buster's?»

«Sí…, vale, guapa», dijo Shelagh con recelo. Era incapaz de recordar qué ocasión fue aquélla, pero había captado el estado de ánimo de Angie.

«¡El tío iba bolinga!»

Ahora Shelagh se acordaba. Era mejor contarlo ella misma que tener que sufrir la versión de Angie. «Ya, me fui con él a su casa, pero no se le levantaba. Por la mañana me estaba vistiendo y él todo retozón, intentando montárselo conmigo. Le mandé a tomar por culo.»

«Eso es una faltada», dijo Angie, dándose cuenta de que no era aquélla la historia a la que se había referido. Pero iba un poco bolinga, y como había olvidado la primera, ésta podía valer. «No pasa nada si estás borracha, pero no por la mañana, cuando están sobrios, sobre todo si la noche anterior no se le levantaba.»

«Lo sé. Eso hace que sea como enrollarse con un desconocido. Como si fueras una puta guarra o algo. Le dije que se fuera a tomar por culo; tuviste tu oportunidad, hijo, y no estuviste a la altura. Ya sabes lo que dijo ella», explicó Shelagh, señalando el vagón al que había ido Lisa. «Va y me suelta, te lo tendrías que haber tirado por la mañana. Yo le dije vete a la mierda, tuve que tomarme ocho Diamond Whites[47] para morrearme con él. No voy a follar con un feto al que no conozco sin más protección que una resaca.»

Fue entonces cuando volvió Lisa y alzó la vista en un gesto dubitativo, deslizándose en el asiento que estaba al lado de Shelagh.

Charlene lanzó una mirada nostálgica por la ventana mientras el tren recorría la costa de Berwickshire. «Aunque puede que tuviera razón. Es cuestión de diurética. El tío puede quedarse empalmado más rato tras una noche de pedo. Lo he leído y me empapé de todo. Por eso mi madre tardó tantos siglos en dejar a mi padre, a pesar de ser un alcohólico. Se levantaba por las mañanas y le echaba un polvo con la erección de priva que tenía. Ella pensaba que significaba que la seguía queriendo. Era simple necesidad química. La habría metido en un *bridie* de Gregg's[48] si hubiera estado lo bastante caliente y húmedo.»

Les dio la impresión de que Charlene había hablado más de la cuenta. Se produjo un largo y tenso silencio mientras ella daba nerviosos botes en el asiento hasta que Lisa dijo con calma: «Entonces ya no sería un *bridie* de Gregg's.»

La risa era demasiado estruendosa para ser humor pero idónea para hacer de catarsis. En ese momento, en la mente de Lisa, embotada por el alcohol, empezaron a configurarse pensamientos confusos y repugnantes acerca de Charlene y su padre.

Lisa miró los ojos oscuros de Charlene. Estaban hundidos, como los de Shelagh y

Angie y los suyos mismos al inspeccionarlos en el *water*. Por qué no iban a estarlo, habían estado castigándose durante todas las vacaciones. Pero los de Charlene eran distintos, estaban algo más que angustiados. Aquello la asustaba y la preocupaba.

COMPAÑÍA DE DISCOS

Franklin Delaney estaba sentado con Colin Taylor en un concurrido café bar de Market Street, en Edimburgo. El estilo de aquel sitio no le agradaba: un local lúgubremente pendiente de su condición de garito moderno que habría podido estar situado en un barrio pijo de cualquier ciudad de Occidente. «Kathryn está volviéndome loco», le confió.

Franklin se arrepintió de aquella confesión en cuanto la hizo. Taylor era hombre de pocas palabras; no era precisamente un tipo receptivo y comprensivo. Su ropa parecía cara, pero tenía un aspecto demasiado impoluto y deshabitado para que la llevara una persona auténtica. Era como un maniquí cuyos trapos confirmaban su condición de esclavo empresarial anodino y prefabricado. Pero su voz sí que era auténtica. «Tiene que comer o la palmará», dijo sacudiendo despreocupadamente la cabeza. «¿Por qué no nos hace a todos un favor y se mete una puta sobredosis?»

El mánager de Kathryn Joyner lanzó una mirada áspera al ejecutivo de la discográfica. Nunca se sabía cuándo aquel saco de mierda *limey*[49] estaba tomándote el pelo. Había intentado entender la obsesión británica con la ironía y el sarcasmo pero nunca lo había logrado del todo.

Pero Taylor no estaba tomándole el pelo. «Estoy harto. Al menos si cascara colocaríamos unos cuantos vinilos. Estoy hasta el gorro de esa puta *prima donna*», se mofó, lanzando una mirada de desaprobación a la ensalada que la camarera le había puesto delante. Había tratado de alimentarse de forma sana pero aquello no tenía un aspecto demasiado apetitoso. El bistec de Franklin tenía mucha mejor pinta, aunque el cabrón yanqui ni se había dado cuenta, pues era muy dado a quejarse de la calidad de la comida en Gran Bretaña. Taylor observó a Delaney. Los norteamericanos nunca fueron una de sus debilidades. La mayoría de los que había conocido a través del negocio de la música eran gilipollas homogeneizados que querían que todo fuera como en los Estados Unidos.

«Sigue siendo la mejor cantante blanca del mundo», dijo Franklin mientras notaba cómo su tono de voz se agudizaba, cosa que ocurría siempre que se ponía a la defensiva. No le gustaba Taylor. Aquel tipo era intercambiable con casi cualquier otro maricón de discográfica de los que se había topado. Independientemente de los problemas que tuviese aquella zorra loca, debería mostrar algún respeto por su talento. Le había hecho ganar a la compañía de aquel soplapollas mucha pasta y a él mucho prestigio. A pesar de que ya hiciera algún tiempo de aquello.

«Sí, claro», dijo Taylor encogiéndose de hombros. «Pero ojalá tuviera un perfil de ventas que lo demostrara.»

«El nuevo elepé tiene algunas canciones estupendas, pero fue un error empezar con *Betrayed by You*. Ni de coña iba a sonar esa canción en las ondas. *Mystery Woman* habría sido la opción idónea para un primer single. Ése era el tema con el que ella había querido arrancar.»

«Este debate ya lo hemos tenido en otras ocasiones, Franklin, más veces de las que me gustaría recordar…», dijo Taylor cansinamente, «… y tú sabes tan bien como yo que su voz está tan hecha polvo como su cabeza. Apenas se la oye en el elepé, de manera que cualquiera que fuese el single que sacáramos de él iba a ser un montón de mierda.»

Franklin sintió cómo se acumulaba la ira en su interior. Masticó su filete poco hecho y, con gran dolor y enojo, se mordió la lengua con fuerza. Sufrió en silencio mientras los ojos le lagrimeaban y las mejillas se le enrojecían. Su sangre y la de la vaca se mezclaron en su boca, lo que le hizo sentir como si estuviese devorando su propia cara.

Taylor interpretó aquel silencio como una señal de conformidad. «Está contratada para hacer un elepé más con nosotros. Te seré sincero, Franklin, si no se redime con ése me sorprendería mucho que grabara otro, con esta compañía… o con cualquier otra. Casi todos los periódicos que se molestaron en cubrir el bolo de Newcastle de anoche lo pusieron por los suelos y el público es cada vez más escaso. Estoy seguro de que mañana será la misma triste historia aquí en Glasgow.»

«Esto es Edimburgo», afirmó Franklin.

«Lo que sea. Para mí es todo lo mismo, el bolo *jock* obligatorio del final de la gira. La cuestión sigue siendo la misma. Culos en los asientos, colega, culos en los asientos.»

«Las entradas para este concierto se están vendiendo bien», protestó Franklin.

«Sólo porque los *jocks* están tan apartados de la civilización que no se han enterado de la noticia: Kathryn Joyner ya no es lo que era. En algún momento la noticia se filtrará a través del muro de Adriano. Pero fue una buena jugada conseguir que actuara aquí, en el Festival de Edimburgo. Aquí aceptan cualquier mierda. Cualquier figura acabada puede reaparecer y los capullos que organizan la programación lo llamarán “atrevido” o “un acierto” y el caso es que la gente está tan acostumbrada a salir que se lo creen. A la semana siguiente podría estar haciendo el mismo bolo en el garito de mala muerte del barrio y ni se les pasaría por la puta cabeza ir a verla.» Los ojos de Taylor echaban chispas maliciosas mientras sacaba un recorte de prensa y se lo pasaba a Franklin. «¿Has visto esta crítica de lo de anoche?»

Franklin no dijo nada, tratando de mantener impasibles sus rasgos, pendiente constantemente de la mirada burlona que Taylor le echaba mientras leía el recorte:

Demasiado Condimento, Señorita Joyner

Kathryn Joyner

City Hall, Newcastle Upon Tyne

La técnica de vibrato vocal es un recurso cuando menos controvertido. A menudo es el último cartucho del cantante bribón, de la *chanteuse* destartalada cuya voz ya no alcanza su anterior registro. En el caso de Kathryn Joyner resulta triste, casi hasta doloroso, ser testigo de la humillación pública de un talento vocal que fuera una vez, si no santo de la devoción de todos, cuando menos un fenómeno verdaderamente inconfundible.

Ahora Joyner, cuando resulta audible, interpreta todas las canciones como una oveja enganchada a los tranquilizantes, deslizándose con frecuencia hacia estos lamentables gorgoritos ante el menor obstáculo. Es casi como si nuestra Kath hubiese olvidado *cómo* cantar. Un público bebido y de mediana edad que estuviera realizando un viaje nostálgico en el tiempo podría haber mostrado cierta comprensión por una intérprete más simpática, pero Joyner, como su voz, parece encontrarse en otra parte. Su grado de comunicación con el público es nulo, como demuestra su obstinada y perversa negativa a ofrecer una interpretación de su mayor éxito transatlántico de todos los tiempos, *Sincere Love*. Las repetidas peticiones desde las gradas para que interpretara este viejo clásico fueron deliberadamente ignoradas.

En fin de cuentas, sin embargo, no importa lo más mínimo. Éxitos como *I Know You're Using Me* y *Give Up Your Love* recibieron un tratamiento dudoso por parte de una Joyner extremadamente delgada, que en la actualidad rezuma la clase de *sex appeal* que haría que Ann Widdecombe parezca Britney Spears. La actuación apesta a condimento y, por el bien de la música, esperemos que este trozo de oveja que se quiere hacer pasar por cordero caiga muy pronto en las garras de algún Hannibal Lecter.

Franklin se esforzaba por contener su ira. Aquella artista necesitaba apoyo, y aquí la tenías, dada por perdida y ridiculizada por su propia compañía.

«Consigue que coma, Franklin», sonrió Taylor, llevándose a la boca un tenedor lleno de pollo grasiento. «Sencillamente consigue que coma. Que se ponga fuerte otra vez.»

Franklin sintió cómo remitía el dolor de su boca mientras su indignación aumentaba todavía más. «¿Acaso crees que no lo he intentado? He probado con todas las clínicas, dietas especiales y terapeutas conocidos por el hombre…, ¡todos los días hago que le suban sándwiches de dos pisos!»

Taylor se llevó la copa de vino tinto a los labios. «Necesita que le echen un buen polvo», musitó, mirando con complicidad a Franklin, que justamente entonces se dio cuenta de que el ejecutivo de la discográfica iba un poco borracho. «¿Salsa de menta, eh? ¡Qué buena!»

SÉ QUE ME ESTÁS UTILIZANDO

A Juice Terry no le gustaban las alturas. No estaba hecho para esa clase de trabajo. Lo de limpiar ventanas no le importaba, pero estar a tanta altura no era lo suyo. Y sin embargo aquí estaba, suspendido sobre una plataforma desde la que se dominaba la ciudad, limpiando las ventanas del Hotel Balmoral. No entendía cómo cojones se había dejado convencer por el viejo bolinga de Alec para aquella movida. Alec le había dicho que sería dinero en efectivo, ya que Norrie McPhail estaba en el hospital operándose del hombro. Norrie no quería perder el lucrativo contrato con el hotel así que le confió a Post Alec la misión de rematar la faena.

«Pero si aquí hay una vista que te cagas, Terry», carraspeó Alec, desprendiendo un pegote de mucosa del fondo de la garganta y escupiéndolo. Pese a estar a tanta altura y con el ruido del tráfico, Alec imaginó que oía el japo chocando contra el pavimento.

«Ya, guay», respondió Terry, sin mirar hacia delante y abajo a Princes Street. Bastaba con poner los pies fuera del andamiaje y soltar. Tal cual. Demasiado fácil. Era increíble que no le pasara a más gente. Una mala resaca lo haría oscilar bastante. Uno sólo tendría que experimentar la futilidad de todo durante una fracción de segundo y ya se habría acabado. Era demasiado tentador. Terry se preguntó cuál sería la tasa de suicidios entre los limpiadores de edificios altos. Una imagen del pasado se le incrustó en la cabeza y Terry se sintió mareado. Se agarró con fuerza a la valla protectora, notando el entumecimiento y el sudor de sus manos en contacto con el metal. Respiró hondo.

«Pues sí, no todos los días se ve un panorama como éste», se maravillaba Alec, mirando hacia el castillo. Se sacó una botella de tamaño mediano del whisky The Famous Grouse del bolsillo interior del mono. Desenroscando el tapón, le dio un soberano lingotazo. Lo pensó dos veces antes de tendérsela a desgana a Juice Terry, sintiéndose contento cuando Terry rehusó, notando el placentero ardor del alcohol en sus entrañas. Miró a Terry, con su melena rizada ondeando al viento. Había sido un error meter en aquella historia a aquel capullo gorrón, decidió Alec. Pensó que le haría compañía, pero Terry se había quedado completamente silencioso, lo cual no era habitual en él. «Una vista que te cagas», repitió Alec, tropezando un poco y haciendo bambolearse la plataforma. «Hace que uno se alegre de estar vivo.»

Terry sintió cómo se le helaba la sangre en las venas mientras intentaba recuperar la compostura. No estaré vivo por mucho tiempo más, subido aquí arriba con este viejo capullo, pensó. «Sí, ya, Alec. ¿Cuándo es el descanso? Tengo un hambre que me muero.»

«Acabas de desayunar en el café ese, insaciable gordo cabrón», dijo Alec con sorna.

«De eso hace siglos», dijo Terry. Estaba asomándose al dormitorio que había al otro lado de la ventana que limpiaba. Había una mujer tirando a joven sentada sobre la cama.

«Deja de controlar a los chochos, guarro cabrón», escupió Alec con

preocupación, «como se queje alguno de los huéspedes, nos jugamos el sustento de Norrie.»

Pero Terry estaba mirando el sándwich de dos pisos que había sobre la mesa, intacto. Llamó a la ventana.

«¡Estás loco o qué!» Alec le cogió del brazo. «¡Norrie está en el hospital!»

«No pasa nada, Alec», dijo Juice Terry en tono tranquilizador, mientras la plataforma se bamboleaba, «sé lo que estoy haciendo.»

«Acosando a los putos huéspedes…»

La mujer tuvo que acercarse a la ventana. Alec se encogió de vergüenza, se echó a un lado de la plataforma y pegó otro lingotazo a la botella de Grouse.

«Perdona, muñeca», dijo Terry mientras Kathryn Joyner levantaba la vista y veía lo que ella pensaba que era un tipo gordo que estaba de pie, al otro lado de su ventana. Claro, estaban limpiando las ventanas. ¿Cuánto rato llevaría mirándola? ¿La estaba espiando? Un colgao. Kathryn no pensaba aguantar aquella mierda. Se acercó a él. «¿Qué quieres?», le preguntó con dureza, abriendo aquellas enormes dobles ventanas.

Una puta yanqui, pensó Juice Terry. «Eh, perdona la molestia, muñeca…, eh, ¿ves ese bocata de allí?», dijo señalando el sándwich de dos pisos.

Kathryn se apartó el pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. «¿Qué…?», dijo mirando la comida con aversión.

«¿Tú no lo quieres?»

«No, no me…»

«Entonces dámelo a mí.»

«Eh, claro…, vale…» A Kathryn no se le ocurría ninguna razón por la cual no darle el sándwich a aquel hombre. Incluso era posible que Franklin pensase que *ella* se lo había comido y a lo mejor eso hacía que dejara de darle la murga un rato. El tío aquel era un prepotente, pero qué coño, se lo daría. «Claro… por qué no… es más, ¿por qué no pasas y te tomas un café también?», dijo ella de modo mordaz, enojada de que la molestaran.

Terry sabía que Kathryn estaba mostrándose sarcástica, pero decidió entrar a saco de todas formas. Uno podía hacerse el tonto, hacer como que le tomabas la palabra a la gente. Casi era eso lo que los ricos esperaban por parte de las clases subalternas, de modo que todo el mundo quedaba complacido. «Muy amable de tu parte», sonrió Terry, entrando en la habitación.

Kathryn retrocedió un paso y echó una mirada al teléfono. Aquel tío estaba majara. Debería llamar a los de seguridad.

Terry se dio cuenta de su reacción y puso las manos en alto. «Sólo he entrado a tomar un café, no soy uno de esos chalaos que hay en América, que te cortan en pedacitos y todo ese rollo», explicó, desplegando una gran sonrisa.

«Me alegra oír eso», contestó Kathryn, recuperando un poco la compostura.

A Post Alec le sorprendió ver a su amigo desaparecer en el interior de la

habitación. «¿Qué pasa aquí, Lawson?», gritó, cada vez más aterrorizado.

Terry le sonreía radiantemente a Kathryn, que seguía calculando la distancia que había entre ella y el teléfono; después Terry se volvió y asomó la cara por la ventana. «La chica me ha pedido que pasara a echar un bocado. Es una chavala americana. Hay que ser amables, eh», cuchicheó ante el mohín contrariado de Alec antes de cerrar la ventana.

Kathryn enarcó las cejas mientras la silueta de Juice Terry, vestida con mono de trabajo, permanecía de pie frente a ella en su dormitorio. Es un empleado. Un limpiador. Sólo quiere un café. Tranquilízate.

«Se está alterando a tope. El trabajo ya se hará, eso digo yo. No voy a aguantar el estrés. El estrés mata. Ése es el problema de Alec», dijo Terry, indicando con un gesto de la cabeza al hombre de cara colorada que frotaba la gamuza contra la ventana de Kathryn, «demasiado estrés de ejecutivo. Se lo dije; Alec, le digo, eres un hombre con dos úlceras haciendo el trabajo de un hombre de una sola.»

Desde luego, el gilipollas este le echaba huevos. «Ya… supongo. ¿Tu amigo no querrá café?», preguntó Kathryn.

«Nah, tiene lo suyo y piensa continuar.» Terry se sentó en una silla que parecía demasiado delicada y decorativa para soportar su peso, y empezó a devorar el sándwich. «No está mal», espetó entre bocados mientras Kathryn observaba con una fascinación que bordeaba el horror. «Siempre me había preguntado cómo serían los bocatas en los sitios pijos éstos. Eso sí, estuve en la boda de un amigo en el Sheraton la semana pasada. No estuvo mal el banquete. ¿Conoces el Sheraton?»

«No, no podría decir que sí.»

«Está en la otra punta de Princes Street, en Lothian Road y tal. A mí no me gusta demasiado esa parte de la ciudad, pero ya no hay tantos problemas como antes. O eso dicen. Aunque últimamente no bajo demasiado por el centro, eh. Acabas pagando precios del centro. Pero el garito les tocaba elegirlo a Davie y Ruth… Ruth es la tía con la que se ha casado mi colega Davie. Una chavala muy maja, ¿sabes?»

«Ya…»

«No es mi tipo, un poco tetuda y tal», dijo Terry, llevándose las manos ahuecadas al pecho y acariciando unas grandes tetas invisibles.

«Ya…»

«Pero ésa fue la elección de Davie, ¿eh? No se puede andar por ahí diciéndole a todo el mundo con quién cojones tiene que casarse, ¿eh?»

«No», dijo Kathryn de forma tajante y gélida. Pensó hacia atrás, en todos aquellos años, cuatro, cinco, cuando él estaba en la cama con *ella*. Con *ellas*.

La gira. Y ahora otra puta gira de mierda.

«Entonces, ¿tú de dónde eres?».

El lacónico interrogatorio de Terry sacó a Kathryn de la habitación de hotel de Copenhagen y la devolvió a los maizales de su infancia. «Bueno, nací en Omaha, Nebraska.»

«Eso está en América, ¿no?»

«Sí…»

«Siempre he querido ir a América. Mi colega Tony acaba de volver de allí. Eso sí, a él le pareció que aquello está muy sobrevalorado. Todo dios…, eh, disculpa, todo el mundo detrás de esto», dijo Terry frotando el pulgar contra el índice. «El puto dólar yanqui. Claro que aquí las cosas se están poniendo igual. ¡En la estación de Waverley esa te cobran treinta peniques por ir al tigre! ¡Treinta peniques por una meada! ¡Por ese precio ya puedes asegurarte de que sea larga! ¡Si a ti te da igual, colega, también me echaré una puta cagada! ¡Ya me dirás de qué va eso, si lo entiendes!»

Kathryn asintió sin demasiado entusiasmo. En realidad no sabía de qué hablaba aquel hombre.

«Entonces, ¿qué te trae por Escocia? Es la primera vez que estás en Edimburgo, ¿no?»

«Sí…» Aquel gordo zoquete no sabía quién era. ¡Kathryn Joyner, una de las cantantes más grandes del mundo! «En realidad», dijo con aires de superioridad, «he venido aquí a actuar.»

«¿Eres bailarina o algo?»

«No. Canto», dijo Kathryn entre dientes.

«Ah…, pensé que quizá fueras una bailarina allá por Tollcross o algo pero después me pareciste un pelín demasiado extravagante para ser una gogó y tal…» Echó un vistazo alrededor de la inmensa suite. «Si no te molesta que te lo diga. ¿Y qué es lo que cantas?»

«¿Has oído alguna vez *Must You Break My Heart Again*… o quizá *Victimisedby You*… o *I Know You're Using Me*…?» Kathryn se sentía incapaz de decir y *Sincere Love*.

Los ojos de Terry se ensancharon, a continuación se concentraron incrédulamente durante un instante para volver a expandirse afirmativamente una vez más. «¡Sí! ¡Las conozco todas!» Se lanzó a cantar:

After we've made love
a distant look it often fills your eyes
you aren't with me
but when I challenge you, you feign surprise
You get dressed quickly
switch on TV for the ball game
I mean so little
You even call me by the wrong name[50]

«… ¡me encantaba esa canción! Es real como la vida misma…, quiero decir, eh, algunos tíos son así, ¿sabes lo que te digo? En cuanto la han me…, quiero decir, después del sexo, es como que se acabó el rollo, ¿sabes?»

«Sí…» Kathryn se sorprendió a sí misma riéndose delicadamente ante la interpretación de Terry. Había sido verdaderamente espantosa. Hacía tanto tiempo desde que algo la hacía reír. «Deberías salir a los escenarios», dijo con una sonrisa.

Terry se erizó como si le hubiesen inyectado con una hipodérmica llena de orgullo puro. «Sí que canto, en el karaoke de The Gauntlet, en Broomhouse. De todos modos, gracias por el bocata. Será mejor que vuelva antes de que ese ca… eh, de que mi colega Post Alec empiece a comerme el tarro.» Miró su silueta de palillo durante un segundo. «Pero te diré una cosa, deberías dejar que te invite a una copa luego. ¿Libras esta noche?»

«Sí, pero…»

Juice Terry Lawson tenía experiencia de sobra en el método apisonadora de ligoteo como para permitir a Kathryn que matizara su situación. «Entonces te llevaré a tomar unos tragos. Te enseñaré algunas de las cosas que hay que ver. ¡El verdadero Edimburgo! ¿Es una cita, como decís en Estados Unidos?», dijo guiñando un ojo.

«Bueno, no sé…, supongo…» Kathryn no podía creer las palabras que le salían de la boca. ¡Iba a salir de juerga con un limpiaventanas obeso! Posiblemente fuera un pervertido, un maníaco o un secuestrador. Nunca cerraba la boca. Era un coñazo…

«Vale, te veré en el Alison. Ahí tienes, un poco de argot del negocio musical, deberías saber lo que es, el Alison Moyet, el vestíbulo, ¿sabes? ¿Te va bien a las siete?»

«Vale…»

«¡De puta madre!» Juice Terry abrió la ventana y salió diligentemente de nuevo a la plataforma, cuidándose de no mirar hacia abajo.

«Ya era hora, joder», se quejó Post Alec. «No pienso hacer esas ventanas yo solo, Terry. Ni hablar. Norrie nos está pagando a los dos para hacerlas, no sólo a mí. Norrie… en el puto hospital, Terry. En una cama de hospital con un tendón calcificado. En el brazo que utilizaba para limpiar ventanas, además. ¿Cómo crees que se sentiría si supiera que estamos jugándonos su medio de vida?»

«Deja de quejarte ya, joder, puto viejo bolinga. ¡Esta noche voy a salir con la puta tía que solía salir en *Top of the Pops*!»

«Y una mierda», dijo Alec, abriendo la boca y exhibiendo unos dientes entre amarillos y ennegrecidos.

«Es la pura verdad. La tía esa de ahí dentro. La que hizo *Must You Break My Heart Again*.»

Alec se quedó boquiabierto mientras Terry cantaba para subrayar lo que decía:

All my life I’ve been in pain
all my days no sunshine, just rain
then you came into my world one day
and all the clouds just blew away

But your smile has grown colder
I feel the chill that's in your heart
and my soul lives in terror
of the time you'll say that we must part

Must you break my heart again
must you hurt me to my core
why oh why can you not be
the very special one for me

Must you play those same old mind games
cause I know there's someone else
whom you think of when we're together
Must you break my heart again…[51]

«De ésa me acuerdo…, a ver, cómo se llamaba», dijo Alec, echando un vistazo por la ventana y lanzándole una mirada a Kathryn.

«Kathryn Joyner», dijo Terry, haciendo gala del mismo ademán arrogante del que hacía gala en el concurso de adivinanzas del Silver Wing Pub en las ocasiones en las que acertaba. ¿El verdadero nombre de Alice Cooper? Vincent Perrier, joder. Está tirado.

«A ver si consigues entradas para verla.»

«Considéralo hecho, Alec, considéralo hecho. Los que formamos parte de este negocio podemos tirar de unos cuantos hilos. No olvidamos a los viejos socios.»

Tendrá jeta el capullo este; con treinta y seis años y todavía viviendo en casa con su madre, pensó Alec.

MONTAÑAS AZULES, NGS, AUSTRALIA
Miércoles, 9.14 por la mañana

De lo único de lo que soy consciente es de los latidos del bajo, de ese pulso vital, del continuo bum-bum-bum del ritmo. Estoy vivo.

Casi he tenido conciencia de ello durante un rato. Existe una clase de inconsciencia que no es oscuridad, que se aposenta fríamente en el centro del sol, tratando de asomarse más allá de sus fuegos cegadores por encima de las imperfectas suntuosidades del universo, una mierda, una mierda, una mierda…

Levanto la vista y veo el tapiz verde. No puedo moverme. Oigo las voces a mi alrededor pero no logro ver con claridad.

«¿Qué se ha metido?»

«¿Cuánto rato lleva inconsciente?»

Conozco las voces pero no consigo recordar los nombres. Puede que entre ellas esté uno de mis mejores amigos o una antigua amante; qué fácil ha sido acumular montones de integrantes de ambas categorías a lo largo de la última década o así, qué auténtico parecía todo en su momento, y qué frívolo y vacío parece ahora. Pero ahora están todos a mi alrededor, todos fundidos en una única fuerza de buena voluntad humana. Quizá me esté muriendo. Quizá sea esto lo que se siente durante el trayecto hacia la muerte. La combinación de las almas, la fusión, la comunión en una única fuerza espiritual. Quizá sea así como termina el mundo.

Un dulce olor se agudiza y distorsiona hasta convertirse en rancio pestazo químico en mis fosas. Me estremezco, el cuerpo se me convulsiona una, dos veces, y se acabó. Pero la cabeza se me hincha tanto que parece como si el cráneo y las mandíbulas fueran a estallar, hasta que se contraen y vuelven a la normalidad.

«¡Hostia puta, Reedy! Lo último que necesita es que le metan amilina por la puta tocha», protesta la voz de una chica. Empiezo a enfocarla; dreadlocks dorados, sólo rubio sucio en realidad, pero yo los veo dorados. Sus rasgos me recuerdan a una versión femenina de Ray Parlour, el jugador del Arsenal. Celeste, se llama, y es de Brighton. De Brighton, Inglaterra, no del Brighton de aquí. Tiene que haber uno aquí. Sin duda.

Hay algo que no se me va de la cabeza; algo que me da vueltas como un aro. Supongo que eso es lo que quiere decir volverse tarumba: obsesiones multiplicadas por obsesiones.

Reedy empieza ahora a tomar forma ante mis ojos. Sus grandes ojos azules, su pelo rapado, su piel castigada por la intemperie. Aquellos trapos viejos cosidos unos

con los otros de manera tan caprichosa que resulta casi imposible discernir cómo cojones era la prenda originaria. Son todo remiendos. Todo. Aquí todo se sostiene a base de remiendos. Se mantiene unido a base de nada, a la espera de caerse a trozos. «Perdona, Carl, colega», se disculpa Reedy. «Sólo intentaba resucitarte.»

Debería llamar a Helena, pero por fortuna mi móvil está jodido. De todos modos aquí arriba no hay cobertura. No estoy en condiciones de disculparme, de reconocer que he sido un capullo. Eso es lo que tiene quedar hecho polvo: suspende el tiempo, te coloca en un lugar donde intentar disculparte sólo puede empeorar las cosas, así que ni lo intentas. Ahora estoy bien, noto cómo se me esboza una sonrisa retorcida. Pero pronto estaré en esa solitaria sala de espera del horror y de la ansiedad.

Ansiedad.

Mis discos.

«¿Dónde están mis putos discos?»

«No estás en condiciones de pinchar, Carl.»

«¿Dónde están los putos discos?»

«Relájate…, están aquí mismo, colega. Pero tú no vas a poner ninguno. Tranquilízate», me insiste Reedy.

«Los voy a dejar alucinados que te cagas…», me oigo decir a mí mismo. Simulo una pistola con el dedo índice e imito una detonación penosa.

«Mira, Carl», dice Celeste Parlour, «quédate aquí sentado un rato y ponte las pilas. Te has hecho un chichón en la cabeza.»

Celeste de Brighton. Reedy de Rotherham. Miles de ingleses, irlandeses y, por supuesto, escoceses, donde quiera que vaya. Todos legales, además. California, Tailandia, Sydney, Nueva York. No sólo de marcha, ni siquiera están aquí para divertirse y pasárselo bien. Llevan la voz cantante; de forma legal o ilegal, en plan multinacional o en plan tirado; una montaña de talento empresarial echado a perder, libres del todo, los acentos no importan, enseñando a los lugareños cómo se hacen las cosas.

Australia era distinto, era realmente la última frontera. Tanta gente de primera había acabado aquí, después de que el sueño quedara hecho añicos por la policía antidisturbios y los chalados traficantes de la economía sumergida que los años de la Thatcher hicieron surgir. Gran Bretaña me resultaba un lugar extraño y mezquino, curiosamente, más aún con su Nuevo Laborismo y su modernización, sus bares especializados en vinos, sus medios de comunicación llenos de cocainómanos y sus chulos publicitarios por todas partes. Bastaba con un monocorde «caballeros, es la hora», para enviar a toda prisa a sus casas a los ciudadanos de Cool Britannia a pillar el último autobús o metro antes de que diera la medianoche. El viejo puño de la represión seguía acechando bajo la adulona banalidad de la vida cotidiana.

Pero no en Australia, allí las cosas volvían a parecer reales y vivificantes.

Los *raves* que había detrás de Sydney Central Station no eran más que un pasatiempo mientras ibas a por suministros. Después de eso, se volvía a los

matorrales, a los improvisados campamentos estilo *Mad Max*. Asilvestrarse, llegar al punto en que entrabas en trance bajo el sol entre el sonido híbrido del didgeri-doo y el tecno. Pasando y perdiéndose, sin autoridades de las que preocuparse, libres de experimentar mientras el capitalismo se devoraba a sí mismo.

Ésa no era la cuestión.

Que siguieran jodiendo la marrana, acumulando riquezas que nunca podrían gastar aunque se lo propusieran. Aquellos tristes capullos no se daban cuenta de que los tiros no iban por ahí. Cincuenta de los grandes semanales para un futbolista. ¿Diez de los grandes por noche para un DJ?

A tomar por culo.

A tomar por culo y a comportarse.

Pero aquí me siento seguro, este lugar está lleno de gente tranquila. Mejor que la última peña con la que me lié allá en el Megalong. Durante un tiempo estuvo bien, aunque nunca fui nada del otro mundo escogiendo a mis amigos. Dicen que siempre aparece algún líder, independientemente de los ideales o los sistemas democráticos que se pongan en práctica. Pues puede que sea cierto o que no, pero lo que está claro es que siempre aparecerá algún gilipollas.

El aire estaba fresco y ligero, y estaba húmedo, y a pesar de eso recuerdo que aquello era como una caldera. El Territorio Norteño, el verano pasado. Un calor que te freía y te sacaba todos los jugos. Breath Thomson mirándome a pesar de ello.

Tenía una cara que parecía como la de una morena, de verdad. Buceando por los arrecifes me encontré cara a cara con una de esas hijas de puta. Son unas cabronas que te cagas.

Soy una amenaza. Dice sin palabras: tú eres el DJ, pon la música. No me pongas a prueba, no pienses, abandona todo pensamiento, puedo lograr ese efecto para todos. Soy un gran líder carismático que te cagas.

No, lo siento, Breath. No eres más que un apestoso costroso con pelas que tiene un sistema de sonido. Te has follado a unas cuantas chicas bobas que no tenían las cosas demasiado claras, pero ¿acaso no lo hemos hecho todos?

Joder, menos mal que soy de barrio. Demasiado cínico para quedarme boquiabierto ante un idiota que habla como un hada madrina.

Las vibraciones de paz y amor desaparecieron rápidamente, en cuanto se cuestionó a la autoridad. Ya no era el Territorio Norteño, era el Valle Megalong, pero aquel verano hizo tanto calor que podría haberse tratado de Alice Springs. No. Estaba húmedo.

Joder, no consigo pensar…

Pienso en cómo me he sentido siempre un bicho raro, un inadaptado. Incluso con la pandilla, la tribu, la cuadrilla, siempre fui un inadaptado. Entonces vuelvo a verle, a Breath, ese capullo manipulador y controlador. Siempre te dice: «No tengo un orden del día», e incluso cuando estabas hecho puré es sutil como un patada en los huevos. Vuelvo a verle. Me está soltando paparruchas bíblicas, acerca de cómo perderé mis

fuerzas como Sansón, por haberme cortado mi cabello blanco, que se me estaba cayendo de todas maneras, hostias.

Eso le gustaría a él. Hago la mejor sesión de mi vida. Deslumbrante que te cagas. Después se le ve enfurruñado. Acto seguido, es incapaz de controlar su rabia. Dice según qué cosas y yo me alejo caminando de su sermón. Sale detrás de mí y me tira del brazo. «¡Te estoy hablando!», me chilla. Ya está. Me vuelvo y le doy un puñetazo, un puñetazo de boxeo como el que una vez me enseñó Billy Birrell. Tampoco es que fuera un puñetazo tremendo, de la categoría de los de Birrell, pero es suficiente para Breath. Se tambalea hacia atrás y entra en shock, empieza a gimotear y a soltar amenazas al mismo tiempo.

Pero no va a hacer nada.

Otra movida chunga en la que me meto. Eso es lo que tiene la política: hace que le vuelvas la espalda a forrarte tocando en los clubs para hacerlo por una puta mierda para capullos que te odian.

Diré una cosa a favor de Breath: el capullo sabía montar una hoguera, o más bien, sabía montárselo para que nosotros montáramos una hoguera. Sus hogueras eran iniciativas enormes y trascendentales, llenas de rituales pomposos y ceremonias. Iluminaban el puto interior australiano y todo, desprendiendo una luz brillante, que se abría camino entre la oscuridad desértica. Vuelvo a pensar en la barriada, y en lo mucho que le habría gustado aquello a Billy Birrell. A ese cabrón le encantaban las hogueras. En efecto, Breath sabía montar una hoguera y sabía cómo conseguir que chavalas tímidas y confundidas se quitaran la ropa y bailasen delante de ella para él antes de volver con ellas a su tienda.

Resultó satisfactorio soltarle un puñetazo al muy cabrón, muy *Schadenfreude*. ¿Quién fue el que dijo eso? Gally. Las clases de alemán.

Pero a Breath que le den. Allí conocí a Helena. Ella tomaba fotos y yo la tomé de la mano. Cuando sacó la que quería nos alejamos de todo aquello. Nos metimos en su viejo jeep y condujimos. Disponíamos de un espacio para que no nos molestaran. Siempre el espacio.

Me limitaba a observar su rostro, la concentración que reflejaba mientras cruzaba desiertos. Hasta yo conduje por algunos tramos, aunque jamás en mi vida había estado al volante de un coche.

Vas hasta allí y lo ves todo, todo ese espacio, toda esa libertad. Ves cómo se están agotando el espacio y el tiempo.

EDIMBURGO, ESCOCIA
3.37 de la tarde

ESCORIA

Lisa había intentado persuardirlas a todas para salir, pero no quisieron saber nada. Charlene se sintió tentada, pero decidió ir directamente a casa de su madre. Mientras iba en el taxi, ensayaba lo que iba a decirle a su madre acerca de sus vacaciones, decidiendo qué es lo que dejaría fuera.

Cuando llegó, el mundo se le vino abajo. Él estaba allí.

Había vuelto.

Aquella puta cosa, sentada como si tal cosa en la silla junto al hogar.

«¿Todo bien?», dijo él con una expresión desafiante y autosatisfecha. Ni siquiera se molestó en montar un numerito teatral en plan muestra de arrepentimiento, en volver arrastrándose a entrometerse en sus vidas de aquella forma quejumbrosa, endeble y miserable. Ahora era tal la confianza que tenía en la debilidad de su madre, que sentía que apenas tenía que tratar de disimular su naturaleza arrogante y retorcida.

Lo único que pudo pensar Charlene era *He dejado marchar al taxi*. Pese a ello, cogió sus cosas, dio media vuelta y volvió a salir por la puerta. Oyó como al fondo su madre decía algo, algo estúpido, débil y desganado que se desintegró ante un ruido procedente de su padre, semejante al crujir de un ataúd al abrirse.

No hacía tanto frío, pero después de haber estado en Ibiza y con la impresión de volver a verle, la frialdad del viento le llegaba hasta los huesos. Resignada y asqueada, se daba cuenta de que, si bien la impresión fue grande, en realidad no constituía una sorpresa. Charlene caminó con decisión, pero sin saber adonde ir. Por fortuna, iba en dirección al centro.

Puta vacaburra estúpida, necia y débil.

¿Por qué?

Por qué coño había ella

Se dirigió al piso de Lisa.

En el autobús, Charlene experimentó una sensación de pérdida cada vez mayor, una disminución del propio yo, hasta parecer que le sacaban hasta el último aliento. Miró al tío más bien joven que estaba sentado en el asiento de enfrente, jugando con un bebé en las rodillas. La disposición indulgente de su rostro. Algo se retorció en su interior y apartó la mirada.

Fuera, en la calle, una mujer empujaba un carrito. Una mujer. Una madre.

¿Por qué le habría dejado volver?

Porque era incapaz de no hacerlo. Era incapaz de no hacerlo, incluso aunque él acabara con ella. Y entonces él se arrodillaría ante su tumba, suplicando perdón, diría que aquella vez había llegado demasiado lejos, que lo sabía y que lo sentía tanto, tantísimo…

Y su puto espectro se levantaría de la tumba y le miraría con aquel amor ignorante y retorcido propio de los imbéciles, le tendería los brazos y gimotearía en voz baja: «No pasa nada, Keith…, no pasa nada…»

Charlene iba a ver a Lisa. Necesitaba hablar con Lisa. Habían bebido, se habían tragado pastillas, se habían llamado hermanas la una a la otra. Pero tenían una relación más estrecha que todo eso. Lisa era lo único que le quedaba.

No es que tuviera que aceptar que hubiera roto con su padre; aquello había sucedido hacía mucho tiempo. Pero Charlene acababa de darse cuenta de que ahora había hecho lo mismo con su madre.

EL PROBLEMA DE LA CAMISETA

Rab Birrell recorrió lentamente los contornos de su rostro con la maquinilla. Notó que algunos de los pelos de su barba empezaban a blanquear. Meditando sombríamente acerca del hecho de que él y el tipo de chicas que le gustaban (jovencitas y delgadas) pronto operarían en distintos mercados sexuales, Rab se afeitó de forma concienzuda y meticulosa.

El amor se le había escurrido de entre los dedos unas cuantas veces, la última de las cuales, de forma muy traumática, había tenido lugar tan sólo hacía unos meses. Quizá, pensó, aquello era lo que realmente había querido. Joanne y él: tras seis años juntos, todo había terminado. Terminado. Ella le había dado puerta y seguido con su vida. Lo único que ella quería era algo de sexo, algo de cariño y, bueno, en realidad ambición no, era demasiado enrollada para eso, pero sí ímpetu. Él, por su parte, había vacilado, se había estancado en la rutina y había permitido que su relación se estancara y se pudriese como los alimentos que se dejan fuera de la nevera.

Cuando, la semana anterior, se había topado con ella en un club con su nuevo novio, se le secó la garganta. Era todo sonrisas y amables apretones de mano, pero algo se atrofiaba en su interior. Jamás la había visto tan hermosa, tan llena de vitalidad.

El capullo con el que iba: le entraron ganas de arrancarle la cabeza y metérsela por el culo.

Rab se secó la cara con la toalla. Algo que él y su hermano Billy tenían en común eran los amores infelices. De vuelta en el dormitorio, Rab se enfundó un niki verde de Lacoste. Oyó cómo llamaban a la puerta.

Cuando bajó y abrió, vio a sus padres delante de él. Allí estaban, boquiabiertos

durante un par de segundos, como un par de turistas de viajes organizados que acabasen de bajar del autobús, a la espera de que el guía les dijese lo siguiente que iban a hacer.

Rab se echó a un lado. «Adelante.»

«Íbamos de camino a casa de Vi», dijo Sandra, su madre, atravesando el umbral y echando una mirada cautelosa a su alrededor.

Rab estaba un poco sorprendido. Su madre y su padre nunca habían ido a su piso. «Se nos ocurrió venir a ver tu nueva residencia», se rió Wullie.

«Llevo dos años aquí», dijo Rab.

«¡Jesús!, ¿tanto hace? ¡Cómo pasa el tiempo!», dijo Wullie, quitándole un poco de espuma de afeitar de la oreja a su hijo. «Límpiate bien, hijo», le reprendió.

Rab se sintió tan perturbado como reconfortado por las confianzas espontáneas de su padre. Le siguieron hasta el cuarto de estar. «¿Comes algo, ahora que tu mujer no está?», preguntó Sandra, mirando a su hijo a los ojos en busca de cualquier señal de doblez en ellos.

«No era mi mujer.»

«Seis años compartiendo la misma casa y la misma cama, para mí eso significa marido y mujer», dijo Sandra con brío, mientras Rab se ponía tenso.

Wullie lanzó una sonrisa comprensiva: «Pareja de hecho, hijo.»

Rab echó un vistazo al reloj de la pared. «Os haría un té, pero resulta que estaba a punto de salir. Iba a Easter Road, esta noche hay partido.»

«Tengo que ir al baño, hijo», dijo Sandra.

Rab la escoltó por el pasillo y le indicó una puerta de cristal esmerilado mientras Wullie se sentaba en el sofá. «Si vas al partido, podrás ponerte la camiseta que tu madre te compró por Navidades, esa de color verde fluorescente», le exhortó.

«Eh, no, un día de éstos lo haré, pero ahora tengo que najar», replicó apresuradamente Rab. Aquella camiseta era horrenda que te cagas.

Sandra había oído aquel intercambio de palabras y se situó en la entrada otra vez sin que Rab se diera cuenta. «Nunca se la ha puesto, no le gusta», acusó con ojos llenos de lágrimas, y añadió mientras giraba sobre sus talones y se dirigía hacia el baño de Rab: «Le parece que todo lo que hago está mal…»

Wullie se levantó, cogió a Rab del brazo y atrajo hacia él a su atónito hijo. «Escucha, hijo», cuchicheó con apremio, «últimamente tu madre no se encuentra demasiado bien…, desde que salió del hospital tras la histerectomía está de lo más hipersensible», dijo sacudiendo la cabeza. «Tengo que andar pisando huevos, hijo. Que si "otra vez navegando por Internet" y, cuando no, "Billy te compró ese ordenador tan caro, ¿es que no vas a usarlo?"», añadió, encogiéndose de hombros.

Rab le sonrió de forma enérgica.

«Mímala un poco, hijo, pónmelo fácil. Ponte esa puñetera camiseta para ir al fútbol. Sólo esta vez, como un favor que le haces a tu viejo», suplicó Wullie desesperadamente. «Se le ha metido en la cabeza, no habla de otra cosa.»

«Me gusta comprarme y ponerme mi propia ropa, papá», dijo Rab.

Wullie volvió a apretarle el brazo: «Venga, hijo, sólo una vez, un favorcito de nada.»

Rab levantó la mirada hacia el techo. Fue al dormitorio y abrió el cajón inferior de la cómoda. La camiseta verde fluorescente yacía sin abrir dentro de su paquete de celofán. Era repugnante. Así no podía salir. Si le vieran los chicos… Una puta camiseta de imitación de los Hibs… Arrancó el envoltorio, se quitó el niki de Lacoste y se puso la prenda.

Parezco el puto hombre de los caramelos, pensó al mirarse en el espejo. Llevo la camiseta del equipo, la marca del gilipollas en todas partes. Lo único que me falta ahora es el número.

9 MAMÓN 10 HUEVÓN 11 GILIPOLLAS 15 BORREGO 25 PAYASETE 6 HIJO DE PAPÁ 8 EXHIBICIONISTA

Volvió al cuarto de estar. «Uy, qué elegante te queda», arrulló Sandra, aparentemente apaciguada. «Es verdaderamente moderna.»

«Los Hibs del Milenio», sonrió Wullie.

Rab seguía poniendo cara de póquer. Era de la opinión de que dejar que la gente se tomara ciertas libertades, incluso o sobre todo quienes se encontraban más cerca de uno, era sentar un mal precedente. «No os quiero echar, pero llego tarde. Os daré un toque y os podéis acercar a comer un día.»

«No, hijo, ya hemos satisfecho nuestra curiosidad. Puedes venir a casa de tu madre a tomar una comida decente», dijo Sandra, levantando el rostro y exhibiendo una tensa sonrisa.

«Te acercaremos, hijo», dijo Wullie, «nos pilla de camino a casa de tu tía Vi.»

Rab tuvo la impresión de que el corazón se le hundía en el pecho. Vi vivía de camino al estadio, no habría tiempo de volver y quitarse aquel engendro. Se puso la chaqueta de cuero marrón encima, abrochándola para asegurarse de tapar la camiseta. Al fijarse en su teléfono móvil sobre la mesita de café, lo recogió y se lo guardó en el bolsillo.

Mientras iban bajando por la calle en dirección a la parada del autobús, Sandra cogió la cremallera y la bajó de un tirón. «¡Enorgullécete de los colores de tu equipo! ¡Hace una noche calurosa! Si luego hace frío no le sacarás ningún partido.»

Cumplo treinta el mes que viene y todavía intenta vestirme como si fuera una puta muñeca, pensó Rab.

Nunca había estado tan contento de perder de vista a sus padres. Se quedó mirándoles un momento mientras se marchaban; su madre estaba fondona mientras que su padre seguía magro. Se subió la cremallera y entró al pub. Al acercarse a la barra, Rab guipó a los muchachos, que estaban sentados en la esquina: Johnny Catarrh, Phil Nelson, Barry Scott. Para su horror, Rab no se dio cuenta de que, al entrar, se había vuelto a desabrochar por instinto la chaqueta. Johnny Catarrh miró la camiseta de Rab, incrédulo al principio y con una sonrisa de cocodrilo después.

Rab se dio cuenta de lo que había pasado. «Déjalo estar, Johnny, tú déjalo estar.»

Entonces se le acercó Gareth. Gareth, el cabrón más estilista que jamás se paseó por una grada. A diferencia de la mayoría de los chicos, que procedían de lo que Rab habría denominado «la clase obrera puesta», Gareth había asistido al colegio más pijo de Edimburgo, Fettes College, donde se educó Tony Blair. A Rab siempre le cayó bien Gareth; le gustaba la forma en que acentuaba, en lugar de minimizar, sus orígenes de clase media alta. Nunca sabías cuándo estaba de vacile; se comportaba de modo muy purista en cuestión de vestimenta y modales y divertía y horrorizaba respectivamente a los chicos del centro y a los de los barrios con sus irónicos comentarios intimidatorios. «¡Por qué no podemos comportarnos como perfectos caballeros de Edimburgo! ¡No somos *weedgies*!», solía arengarles con su acento a lo Malcolm Rifkind durante los viajes en tren. Por lo general, a los muchachos les encantaba.

Ahora miraba a Rab. «Eres un individualista inquebrantable en lo que a la moda se refiere, Birrell», dijo Gareth. «¿Cómo lograste forjar un estilo tan resueltamente personal? Los burdos dictados del consumismo nada significan para nuestro Rab…»

Rab tuvo que limitarse a sonreír y aguantar el chaparrón.

El pub estaba abarrotado de seguidores entusiastas que lo iban siendo cada vez más a medida que caían más copas. Rab pensaba en Joanne, en lo encantado que debería sentirse de ser libre otra vez, pero no se sentía así en absoluto. Preguntó a Gareth si echaba de menos la emoción de los viejos tiempos, en particular ahora que su amigo era un veterinario respetable con su propia consulta, con una compañera y una criatura, además de otra en ciernes.

«Si te soy completamente sincero, aquéllos fueron los mejores años de mi vida y nunca podré igualarlos. Pero uno nunca puede volver atrás y la cualidad más importante de todas es ser capaz de contemplar algo bueno y saber ponerle fin antes de que se estropee. ¿Que si lo echo de menos? Todos los días. Los *raves* también. Eso también lo echo de menos que te cagas.»

Joanne había desaparecido y Rab, dejando al margen un polvo insatisfactorio, llevaba sin follar desde entonces. Andy se había instalado en la habitación sobrera; ahora tenía compañero de piso en lugar de novia. Era un estudiante. ¿Para qué estudiaba? Tenía treinta años, estaba sin novia, era prácticamente inservible para cualquier empleo. Menudo nivel. Rab envidiaba a Gareth. Parecía haber sabido lo que quería desde el primer momento. Su formación había sido larga, pero no había cejado. «De todos modos, ¿por qué quisiste ser veterinario?», le preguntó Rab una vez, medio imaginando que le iba a soltar un discurso acerca del bienestar de los animales, la espiritualidad y el fascismo antiespecies.

Gareth puso cara de palo y habló con mesura: «Lo veo como una forma de desagravio por los daños que he causado. En el pasado he sido culpable de causarle bastante sufrimiento a los animales», añadió mientras sonreía, «en particular durante las excursiones a los estadios de Parkhead e Ibrox.»

Terminaron sus copas y se fueron paseando hasta el estadio. Estaban construyendo una tribuna nueva, pues habían derribado el viejo montón de chatarra condenado. Recordó cuando su padre los llevó allí a él y a Lexo, con Billy y Gally. ¡Qué pijos se sentían por estar en la tribuna! ¡Aquella pocilga de madera vieja y chapa de zinc! Vaya broma. Los vejetes daban pisotones du-du, du-du-du, du-du-du-du… ¡Hibees! Rab pensaba que tenía más que ver con asegurar la circulación de la sangre en los pies que con lo que fuera que estuviera sucediendo en el campo.

Ahora lo llamaban el Festival Stadium, o al menos así era por lo que respecta a tres de sus lados. Los parroquianos de la vieja escuela seguían apiñándose bajo las tribunas espartanas de antaño, en la parte este del campo, mientras esperaban que los bulldozers y los albañiles les exterminaran o les transformaran de hinchas futboleros en consumidores de deportes.

Rab se volvió hacia Johnny, observando cómo carraspeaba y escupía unas flemas sobre el hormigón de lo que había sido el piso de la vieja tribuna de la parte este. Muy pronto echarían a Johhny del terreno, escoltado por la policía, por esa clase de comportamiento. Disfrútalo mientras puedas.

OPORTUNIDADES DE MARKETING

«A estas alturas estará forrada de royalties de todos modos», sonrió con suficiencia Taylor, «a menos que…, ja ja ja…, a menos que la gente de Hacienda no le haya deducido nada directamente del *sueldo*», dijo mientras se le saltaban las lágrimas de risa. Las copas estaban cayendo a buen ritmo, y Franklin y Taylor estaban a punto de salir de marcha, pero Franklin se echó atrás. «Será mejor que le eche un vistazo a esa zorra», dijo arrastrando las palabras y avergonzándose de ellas por dentro; una parte de él odiaba la complicidad natural que establecía con Taylor tras unas copas. Pero lo cierto era que ella *estaba* obsesionada consigo misma. Taylor llevaba razón. ¿Cuál era el gran problema que entrañaba llevarte un tenedor a la boca, masticar y tragar?

Llamó a su habitación desde el teléfono móvil pero no hubo respuesta. Con un pánico que iba en aumento, volvió a toda prisa al hotel, imaginándose un cadáver huesudo al lado de la cama junto a una botella de vodka y unas pastillas para dormir. Taylor le siguió ansiosamente, con una imagen del mismo corte calentándole la cabeza. Sin embargo, a él semejante perspectiva le provocaba un estado de excitación febril, y ya estaba pensando en la selección de temas para un doble elepé *Lo mejor de…* Estaba también la colección de compacts y, por supuesto, el elepé homenaje. Alanis haría una versión de un tema de Kathryn Joyner. Fundamental. Annie Lennox… obligado. Tanita Tikaram… Tracy Chapman… Sinead. Ésos eran los nombres que se le venían de inmediato a la mente. Pero tenía que tener una base más amplia, y tenía que tener calidad. Aretha era una posibilidad remota, pero era una posibilidad. Joan Jett como participante comodín. Dolly Parton para un tema country.

Quizá pudiera engatusarse incluso a Debbie Harry o Macy Gray. Puede que hasta a Madonna. Las posibilidades circulaban aceleradamente por su cabeza mientras las puertas del hotel aparecían ante sus ojos.

Los dos hombres se quedaron pasmados cuando les dijeron que Kathryn había salido con un hombre alrededor de media hora antes.

«¿Quiere decir que ha dejado libre la habitación?», dijo Franklin tragando aire.

«Uy, no. Sólo ha salido», dijo eficientemente la chica de recepción, mientras unos ojos serios, situados bajo un flequillo negro, le miraban fulminantemente.

Ella nunca salía con extraños. Aquella zorra padecía agorafobia. «¿Cómo es el hombre en cuestión?»

«Corpulento, con el pelo rizado.»

«¿Qué?»

«Como las permanentes que llevaba la gente hace siglos.»

«¿En qué estado de ánimo diría usted que se encontraba?», le preguntó Franklin a la recepcionista.

«Aquí no psicoanalizamos a nuestros huéspedes, señor», le dijo ella enérgicamente. Al oír aquello, Taylor se permitió una sonrisita.

RICHARD GERE

Después de un largo baño, puso el vídeo de *Pretty Woman* en el aparato. Lisa sintió un acceso de sentimiento de culpa cuando la energía eléctrica dio vida al consolador que tenía en las manos. Como si no se hubiese metido pollas suficientes en Ibiza, de todas las formas, tamaños y colores; pero eso era lo que tenían las pollas, cuantas más te metías, más querías. El labio vaginal irritado se había vuelto a inflamar y había pasado de rascarse despreocupadamente a realizar una inspección. Entonces se dio cuenta de lo valiosa que es la tecnología. La cosa había llegado al punto de tener el vídeo encendido mientras se daba lentos y deliciosos pellizcos en el clítoris. Richard lo sabía todo acerca de los juegos preliminares, vaya que sí, nadie había sido capaz de extasiaría de esa forma. Ahora veamos si Dicky tiene lo que hay que tener para rematar la faena…

«Richard…», gimió Lisa, mientras la enorme polla de plástico vibratoria de Richard se estremecía implacable sobre los labios de su coño, recorriéndolos lentamente, separándolos suavemente y con gran destreza mientras se abría paso lentamente en su interior. Se detuvo, aminorando un poco la marcha, mientras ella apretaba los dientes y observaba su sonrisa dentuda en la pantalla. Trabajando hábilmente con el mando del vídeo en una mano y el consolador en la otra, Lisa jadeó mientras Richard aparecía en primer plano. «Ponme a prueba», le decía, y justo entonces ella pulsó el botón de pausa.

«No me provoques, cariño. Métemela», suplicó Lisa, pasando la cinta a la secuencia donde al sonido de los vaqueros de Richard desabrochándose le sigue un

plano de él en la ducha.

Después adelantar FF>>

El zumbido del consolador…

Después adelantar FF>>

PAUSE

El extremo de la polla de plástico de Richard empujando contra los labios de su coño mientras, en pantalla, sus ojos levemente picaros e irónicos reflejaban el deseo de ella, su propia depravación… y esa deliciosa lucha por el control…, la provocación sin la cual todo se queda en algo mecánico y aburrido…

PLAY

Richard y ella en la cama. Primer plano de Richard. «Me pareces una mujer muy inteligente y muy especial…»

Rebobinar

REW<<

Rebobinar

REW<<

PAUSE

ZZZZZZZZZZZZ… «Ay, Richard…»

PLAY

La sonrisa dentuda de Richard se desvanece y su expresión facial adopta la faceta comercial. «Te pagaré para tenerte a mi entera disposición…»

REW<<

«mi entera disposición…»

«En tu vida has disfrutado de una mujer como yo, chaval, yo no soy una de esas putas zorras frígidas hollywoodienses, amiguito…»

ZZZZZZZZZZZZZZZZ

«Ay, cabronazo…»

FF>>

Adelante, más allá de la imagen bobalicona de la puta Julia Roberts esa; que la incluyan en ella lo estropea todo, porque para Lisa sólo pueden estar ella y Richard…

PAUSE

PLAY

«Voy a subir», le dice Richard a Lisa…

ZZZZZZZZZZZZZZZZZ

«Dios mío, Richard…»

ZZZZZZZZZZzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz…

Mientras Richard introducía más adentro su polla de plástico, algo fallaba. El enfebrecido cerebro de Lisa hacía involuntarios flashbacks renegados al irlandés borracho de San Antonio. Su polla se había desmoronado como si fuera masilla y se había corrido fuera de ella mientras decía: «Jesús, esto nunca me había pasado antes…»

…ZZZZZ…ZZZZZ…ZZ…Z…

Pero eso no podría pasarle a Richard…

Y entonces nada.

Puto cabrón…

Las pilas, las putas pilas de mierda.

Lisa se sacó bruscamente aquel trozo de húmedo látex y se subió las bragas. Estaba dispuesta a bajar a la gasolinera, pensando con aversión hacia sí misma que una chica lista siempre lleva un Durex en el bolso pero que una chica más lista aún lleva una Duracell.

Entonces sonó el timbre y Lisa Lennox pulsó el botón del mando a distancia, apagando la imagen en pantalla. Se levantó de forma tensa, y se dirigió a la puerta.

MONTAÑAS AZULES, NGS, AUSTRALIA
Miércoles, 1.37 por la mañana

Estoy en pie y fuera de la tienda, contorsionándome y meneándome entre una masa de cuerpos sensuales. Estoy flanqueado por Celeste Parlour y Reedy, que emiten sonidos tranquilizadores. «Eso es, colega, baila hasta sacudírtelo. Baila hasta sacudírtelo.»

El bajo empieza a sincronizarse con los latidos de mi corazón y siento cómo mi cerebro se expande más allá de los confines del cráneo y de la materia gris.

wwWWOOOOOOSSSSHHH

Hay gente que baila sin parar entre remolinos polvorientos, bailando semidesnuda, algunos en plan salvaje y hasta las cejas, otros garbosos como los bailarines de cabaret de uno de esos programas de máxima audiencia de los años setenta que echaban los sábados por la noche.

Y doy vueltas hacia un lado y hacia el otro, hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados, trepidando en una inestable proyección astral hasta que siento algo afín al mármol frío reemplazando la tierra cálida bajo mis pies desnudos.

Estoy aquí y estoy listo. «Mi caja, ¿dónde está mi caja?», le grito al tío que está en las torres, y él señala mis pies con un gesto de la cabeza y Reedy me ayuda y saco el primer tema de mi caja de discos y me acerco a ponerlo. Hay gente rodeando el podio. Empieza un coro, N-SIGN, N-SIGN…

Por encima de él escucho una voz, una voz escocesa, irrisoria y maliciosa. «Está follao», dice.

Se les divisa bailando entre la polvareda, movimientos estereotipados que me revelan su identidad antes de que lo hagan sus rasgos, que nunca parecen llegar a definirse lo suficiente. Oigo voces preocupadas, y me cubren con ropas sofocantes, sobre los hombros, que impiden que respire la piel, que me asfixian, tengo algo incrustado en la cabeza…, quiero quitarme todas las capas, arrancarme la carne de los huesos, liberar mi espíritu de esta prisión purulenta y sofocante.

… las corrientes sinuosas de aire cálido me envuelven, atormentándome y atrapándome.

Salgo por encima de las torres, de cabeza y observo el horror boquiabierto de los chicos y chicas cuando la música chirría y yo me estrello contra el duro suelo. Me siento como si tuviera el aspecto de uno de esos superhéroes cuando le han disparado con un rayo láser derribándole desde lo alto de un rascacielos. Agotado, más que

dolorido por algo concreto.

No hago más que reír y reír y reír.

Ahí está el Amo, se ha deshecho de la chaqueta, sólo lleva los pantalones de camuflaje y el chaleco. Lleva en el brazo un tatuaje futbolero impresionante. Bertie Blade tiene un aspecto de lo más petulante, flexionando los músculos mientras un Ossie Owl despeinado yace a sus pies. ¡Reedy! Pregunta si me encuentro bien. Ahora Helena también está aquí, intenta hablarme pero yo le sonrío estúpidamente.

¿Helena?

Helena está aquí. Joder, debo de estar soñando. ¡Helena! Cómo cojones…

Acaricio algo, una especie de carnívoro bien alimentado de alguna clase, mientras las palabras de Helena se vuelven insignificantes, evaporándose con el calor de mi cerebro.

La bestia maúlla y abre la boca y salen de su estómago vapores rancios que me asaltan. Apartándome, me levanto y me introduzco entre la multitud. En dirección al bajo, oigo que alguien me llama por mi nombre, no mi nombre de ahora, sino el viejo, pero es un nombre de chica, no el mío.

Carl es el líder de las chicas.

EDIMBURGO, ESCOCIA
Miércoles, 8.30 de la tarde

RECUERDOS DE LA DISCOTECA PIPERS

Juice Terry no podía creer en la suerte que había tenido cuando vio a la estrella internacional de la canción esperándole en el vestíbulo del Balmoral. Ella llevaba una chaqueta blanca de aspecto caro y unos tejanos negros. Terry se alegró de haber hecho el esfuerzo de ducharse y afeitarse, y de desempolvar su chaqueta disco negra de piel vuelta, a pesar de que ahora le venía un poco ajustada. Intentó aplastarse los rizos con un poco de gomina y logró algún resultado, aunque sospechaba que hacia el final de la noche volvería a tenerlos en punta.

«¿Todo bien, Kath? ¿Cómo estás?»

«Muy bien», le dijo, sobreponiéndose a la impresión que le producía el contemplar a Terry. Estaba hecho un desastre; jamás había visto a alguien tan mal vestido.

«Vale…, vamos a echar un trago enfrente, en el Guildford; después cogeremos un taxi hasta Leith. Un par de potes en el Bay Horse y a lo mejor luego nos tomamos un *quemaculos* al lado, en el Raj.»

«Supongo», dijo Kathryn de forma indecisa, completamente desconcertada y sin saber de qué hablaba Terry.

«Yo digo *tomatay*, tú dices *tomaytay*»,[52] bromeó Terry. El Raj era una buena idea, un indio de primera. Sólo había estado allí en una ocasión, pero el pakora de pescado aquel… Terry sintió que los conductos de su boca se abrían y chorreaban como el sistema de aspersión de unos grandes almacenes en llamas. Echó una mirada a Kathryn mientras cruzaban Princes Street. Desde luego, era una chavala flaca. No parecía encontrarse muy sana. Con todo, nada que un buen Ruby Murray[53] y unas pintas no pudieran arreglar. Necesitaba meterse una ración de carne escocesa y a la mierda con el riesgo de encefalopatía espongiforme bovina o de sida. Se daba cuenta de que la tenía pero que bien impresionada. Claro está que se lo había currado un poco con la indumentaria. Había llegado a la conclusión de que las tías con pasta estaban acostumbradas a unos mínimos, con ellas no podías arreglártelas de cualquier forma.

Entraron en el Guildford Arms. Estaba lleno de festivaleros y oficinistas. Kathryn se sintió nerviosa e insegura entre la multitud y el humo, y pidió una pinta de lager, siguiendo el ejemplo de Juice Terry. Encontraron asiento en una esquina y ella bebió

con rapidez, sintiéndose un poco mareada cuando sólo iba por la mitad del vaso. Para su horror, Terry puso *Victimised By You* en la sinfonola.

Tell me you don't really love me
look at me and tell me true
all my life I've been the victim
of men who victimise like you

I see the bottle of vodka and pills
my mind hazes over in a mist
I go numb as I consume them all
a victim of love's fateful twist

But tell me boy, how will you feel
when you stare down upon my corpse
will your heart still be as cold
when my blue frozen flesh you hold

Oh baby what more can I say
in my heart of hearts I knew
that it would just end this sad way
a doomed love, what can we do-ho-ho[54]

«Aunque te diré una cosa, debe deprimirte cantar esas canciones. A mí me volvería loco. A mí lo que me va es el ska. Música feliz, ¿sabes? Desmond Dekker, ése es el no va más. El Northern Soul también. Solíamos coger un autobús al Wigan Casino en los viejos tiempos, ¿sabes?», dijo Terry con orgullo. Era mentira, pero pensó que a una chavala del mundillo musical le impresionaría.

Kathryn asintió educadamente, pero sin comprender.

«Pero la música que más me ha gustado es la disco», dijo abriéndose la chaqueta y separándose las solapas con los pulgares, «de ahí los trapos», añadió con ademán teatral.

«Durante los ochenta pasaba mucho tiempo en el Studio 54, en Nueva York», le contó Kathryn.

«Conozco a peña que estuvo allí», replicó Terry con arrogancia, «pero aquí nos lo montábamos mejor: Pipers, Bobby McGee's, el West End Club, Annabel's…, toda la pesca. Edimburgo fue el verdadero centro de la movida disco. La gente de Nueva York tiende a olvidarlo. Aquí era mucho más… underground… pero convencional al mismo tiempo, si me sigues.»

«No te sigo», dijo Kathryn con firmeza.

Terry intentaba entenderlo. Era extraño, pensó, el modo en que algunas tías

yanquis decían lo que pensaban cuando lo que tendrían que hacer es mostrarse amables y asentir con gesto ausente, como hacían las tías de verdad de aquí. «Es demasiado complicado de explicar», dijo Terry, añadiendo: «Quiero decir, tendrías que haber estado allí para pillar de qué estoy hablando.»

MONTAÑAS AZULES, NGS, AUSTRALIA
Miércoles, 7.12 de la mañana

Me han llevado a la tienda otra vez. Helena me ayuda a mantenerme en pie. Lleva el pelo recogido en dos coletas y los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando. «Estás tan hecho polvo que no logras entender lo que te digo, ¿verdad?»

No puedo hablar. Le paso un brazo alrededor de los hombros e intento disculparme pero estoy demasiado hecho polvo para hablar. Quiero decirle que es la mejor novia que he tenido jamás, la mejor que haya tenido jamás nadie.

Toma mi cabeza entre las palmas de sus manos.

«ESCUCHA. ¿ME OYES, CARL?»

¿Qué es esto? ¿Una recriminación o una reconciliación?… «Te oigo…», digo en voz baja; después, sorprendido de poder escuchar mi propia voz, repito con más confianza: «¡Te oigo!»

«No hay otra forma de poder decírtelo… joder. Llamó tu madre. Tu padre está muy enfermo. Le ha dado un infarto.»

Qué…

No.

No digas bobadas, mi viejo no, está perfectamente, más sano que una manzana, está mejor que yo…

Pero no está de broma. Joder, no está de broma.

HOSTIAS… NO… MI VIEJO NO… MI PADRE NO…

El pánico hace que el corazón me golpee contra el pecho, y estoy en pie y tratando de encontrarle, buscándole como si estuviera en la tienda. «Aeropuerto», me oigo decir a mí mismo. Una voz procedente de mi interior. «El aeropuerto… casas y tiendas…»

«¿Qué?», suelta Celeste Parlour.

«Dice que quiere ir al aeropuerto», dice Helena, acostumbrada a mi acento, incluso cuando voy hasta el culo.

«Ni hablar. Hoy no puede viajar. Tú no vas a ninguna parte, colega», me informa Reedy.

«Metedme en ese avión», digo yo. «Por favor. Os lo suplico.»

Saben que hablo en serio. Hasta Reedy. «No hay problema, colega. ¿Necesitas cambiarte?»

«Metedme en ese avión», repito. Disco rayado. Metedme en ese avión.

Dios mío…, tengo que llegar al puto aeropuerto. Quiero verle; no, no quiero.

NO

NO, NO HAY DERECHO, NO PIENSO TOLERARLO

No.

Quiero recordarle tal como era. Como siempre será para mí. Un infarto…, cómo cojones podría darle un infarto a él…

Reedy menea la cabeza. «Carl, hueles como un chucho asqueroso. No te dejarán subir a ningún avión en ese estado.»

Un momento de…, no precisamente de claridad, sino de control. El ejercicio de la voluntad. Qué horrible debe de ser estar siempre sereno, apechugar siempre con la carga de la voluntad, no ser capaz de librarse nunca de ella. Pero yo me he librado de ella en el momento equivocado. Una larga exhalación. Un intento de abrir los ojos y concentrar la vista a través del ruido y el barullo y levantar esas cansadas persianas que son los párpados. «¿Qué crees que te estoy diciendo?»

«Sí, Carl, te oigo, quieres que te meta en ese avión», dice Helena.

Asiento.

Helena empieza a parecerse a mi madre y a hablar como ella. «Simplemente no me parece que en estos momentos sea una opción viable, pero tú mandas. Aquí está tu bolsa. Tengo tu pasaporte y he reservado un billete con mi tarjeta. Podrás recogerlo en el mostrador de British Airways. Tengo aquí el número del vuelo. Ahora te llevaré al aeropuerto.»

Lo ha hecho todo por mí. Inclino humildemente la cabeza. Es la mejor. «Gracias por hacerme este favor. Te resarciré…, me pondré las pilas, me aclararé.»

«Hay un asunto realmente importante sobre la mesa, cabronazo egoísta. ¡Intentaste matarte!»

Me río orgullosamente. Qué chorrada. Si hubiera intentado matarme no lo habría hecho con drogas. Saltaría desde… desde una colina o algo. Sólo buscaba a alguien.

«¡No intentes reírte de mí!», grita ella. «Te metiste todas esas pastillas y te internaste en la maleza.»

«Simplemente me metí demasiadas drogas. Quería mantenerme despierto. Ahora tengo que ver a mi padre, ay Dios mío, mi pobre padre…» Celeste me rodea con sus brazos.

«¿Cuánto rato lleva levantado?», le pregunta Helena a Reedy.

Lo siento, Helena…, soy débil. Vuelvo a huir. A resistir y huir de algo bueno: Elsa, Alison, Candice y finalmente tú. Y todas las otras a las que no les permití acercarse tanto ni de lejos.

«Cuatro días.»

Me siento como si hubiera vuelto a convertirme en súbdito. Pienso en voz alta: «Aeropuerto. Por favor. ¡Hacedlo por mí, por favor!», y espero que me salga a voz en grito.

Está muriéndose.

Y yo aquí tirado, hecho polvo, en el bosque, en la otra punta del mundo.

Ahora estamos en el jeep, y tropezamos con las piedras colocadas para impedir que desapareciera la vieja pista de tierra. Traquetea y va a toda velocidad mientras yo me estremezco en el asiento trasero. Veo la nuca de Helena, sus cabellos recogidos en trenzas. En el dorso de su cuello se ve un reguero de sudor y siento un impulso casi abrumador de lamerlo, besarlo, sorberlo, de devorarla como si fuera un puto vampiro, cosa que probablemente soy, aunque de tipo social.

Me resisto mientras la carretera se bifurca y las montañas proyectan sombras alargadas y pienso por un segundo, lleno de pánico, que nos hemos equivocado de desvío, pero qué cojones sabré yo. Los demás parecen bastante tranquilos. Celeste Parlour se percata de mi ansiedad y pregunta: «¿Estás bien, Carl?»

Le pregunto si es seguidora del Arsenal y ella me mira como si estuviera loco y me suelta: «Nah, del Brighton, colega.»

«Los Seagulls», sonrío. «¿Aún existen? La última vez que estuve en el Reino Unido tenían problemas…»

Celeste sonríe benévolamente. Miro a Reedy; su piel cobriza y curtida, resistente y pulida como el cuero de calidad. «Tú eres del Leeds, ¿no, Reedy?»

«Que le den por culo al Leeds, soy del Sheffield United.»

«Claro», digo mientras entramos en otra pista de gravilla, y después en una carretera asfaltada. Lucky Reed es legal; me merecía un tarrazo por un paso en falso como ése. En sus tiempos fue un tipo de cuidado. De los *casuals* del Sheffield, el Blade Business Crewe.

Es coser y cantar durante todo el camino; Helena conduce sumida en un silencio que me resulta violento, pero me siento demasiado débil como para romperlo, y Parlour y Reedy parecen encontrarse bastante cómodos con él.

Me quedo dormido, o me deslizo hacia una zona extraña y me despierto con un sobresalto, notando cómo mi energía vital regresa al jeep desde muy lejos. Estamos en la autopista que conduce al aeropuerto. Una pesadilla de viaje y otra aún mayor en perspectiva. Pero tengo que hacerlo.

Mi padre está muriéndose; puede que incluso esté muerto. A la mierda. ¿Qué es lo que dijo Gally cuando me contó que estaba infectado? No nos molestemos en celebrar funerales de mierda hasta que no haya un capullo al que enterrar.

Por favor, que no sea mi padre. Duncan Ewart de Kilmarnock. ¿Cuáles eran sus diez reglas?

1. NUNCA PEGUES A UNA MUJER
2. DA LA CARA SIEMPRE POR TUS COLEGAS
3. NUNCA SEAS ESQUIROL
4. NUNCA ATRAVIESES LA LÍNEA DE UN PIQUETE
5. NO CHOTES A NADIE, AMIGO O ENEMIGO
6. NO LES DIGAS NADA (A LA POLI, LOS DEL PARO, LOS ASISTENTES SOCIALES, PERIODISTAS, LOS DEL AYUNTAMIENTO, LOS DEL

CENSO, ETC.)

7. NUNCA DEJES QUE PASE UNA SEMANA SIN INVERTIR EN UN VINILO NUEVO
8. DA CUANDO PUEDAS, TOMA SÓLO CUANDO TENGAS QUE HACERLO
9. SI TE SIENTES BIEN O MAL, RECUERDA QUE NADA DURA ETERNAMENTE Y QUE HOY ES EL COMIENZO DEL RESTO DE TU VIDA
10. AMA CON GENEROSIDAD, PERO SÉ MÁS ESTRICTO CON LA CONFIANZA

A mí se me ha pillado en falta, especialmente en las reglas 2 y 8. En lo demás probablemente no lo he hecho mal.

Pero Reedy tiene razón. Huelo como un chucho asqueroso y así es como me siento. Recuerdo el cadáver de un dingo en putrefacción, junto a la carretera, en Queensland. Ni un coche a la vista, un horizonte despejado en kilómetros a la redonda. Aquel puto animal debía de ser verdaderamente estúpido para que lo atropellaran. ¡Lo más probable es que se tratara de un intento de suicidio! ¿Podría un perro, en su medio ambiente, salvaje que te cagas, tener auténticas tendencias suicidas? Ja ja ja.

Desfiladeros, acantilados, árboles del caucho…, la aureola azulada de los eucaliptos que da nombre a estas montañas.

Perdí el contacto con el hogar familiar durante las Navidades.

De pronto nos engullen los suburbios. Volvemos a estar en la Western Motorway.

Recuerdo cuando nos fuimos a vivir a Sydney por primera vez. Me parecía increíble que la playa de Bondi, como la de Copacabana en Río, estuviera más o menos a la misma distancia que Portobello del centro de Edimburgo. Pero tenía más arena. Alquilamos un apartamento allí. Yo y Helena. Ella sacaba fotos. Yo ponía discos.

EDIMBURGO, ESCOCIA
Miércoles, 8.07 de la mañana

AEROGRAFÍALO

Franklin se encontraba deshecho. ¿Dónde puñeta podía haberse metido? El bolo era mañana por la noche. Tenía que impedir que aquello llegara a la prensa o Taylor la dejaría tirada sin más. Cogió la cubierta del elepé en la que aparecía una fotografía aerografiada de una Kathryn vigorosa y saludable. Vio un bolígrafo sobre el escritorio de su habitación y garabateó sobre él, con gran resentimiento y ponzoña, las palabras ZORRA IMBÉCIL.

«Una oveja vestida de oveja», le dijo amargamente al retrato sonriente.

Y ahora tocaba aquella recepción de mierda, la que le habían montado los organizadores del Festival de Edimburgo. ¿Qué les diría?

UN MITO URBANO

Kathryn se mostró recelosa cuando Terry paró un taxi. Una cosa era tomarse una copa en el pub de enfrente, pero meterse en un taxi con aquel tío ya era mucho liar el petate. Pero la expresión de su rostro era tan entusiasta y tan amigable mientras le abría la puerta del taxi que Kathryn no pudo hacer otra cosa que entrar. Él charlaba sin parar mientras ella intentaba orientarse al dejar atrás una calle bulliciosa. Para gran alivio suyo, cuando bajaron, aquello seguía pareciendo la zona del centro urbano, a pesar de ser un barrio menos acomodado.

Habían tomado el taxi hasta Leith y se habían metido en un pub de Junction Street. Terry era de la parte oeste de la ciudad y estimó que aquí abajo había menos posibilidades de encontrarse con algún conocido. Pidió más pintas. Kathryn se emborrachó enseguida y se dio cuenta de que la cerveza la hacía balbucear.

«Ya no quiero ir más de gira ni grabar más discos…», se quejó, «siento como si mi vida no me perteneciera.»

«Sé lo que quieres decir. El capullo ese de Tony Blair; el muy gilipollas es peor que la Thatcher. Nos viene con una mierda de New Deai. Tienes que hacer dieciocho horas o los cabrones te dejan sin paro. Dieciocho horas de curro a la semana que algún cabrón te saca por la puta cara. Putos trabajos forzados. ¿De qué va todo eso? Ya me dirás.»

«No sé…»

«Pero vosotros no le tenéis a él. Tenéis al cabrón que se lo tira, el de los pelos…»

«El presidente Clinton…»

«Ése. Vaya, como la Mónica esa le hizo una mamada, él coge y le dice a Tony Blair: tú puedes ocupar el lugar de Mónica si me apoyas en lo de bombardear al cabrón de Milosevic.»

«Eso son bobadas», dijo Kathryn sacudiendo la cabeza ante lo que había dicho Terry.

Terry creía más en la fuerza que en los detalles de la argumentación. «De eso nada, eso es lo que todos esos cabrones quieren que creas. Me lo contó todo en el garito un gachó cuya hermana se casó con un alto funcionario de Londres. Todas las noticias que intentan ocultarte. Esos gilipollas no sabrían hacer ni un recado. Qué New Deal ni qué pollas. El caso es que yo también odio el trabajo. Sólo estoy haciendo lo de las ventanas para ayudar a Post Alec, eh. Las furgonas de reparto de refrescos, eso era lo mío. Mi cargo exacto era el de representante de aguas carbonatadas. Me dieron el finiquito allá por el ochenta y uno. Solía llevar todas las furgonas de las barriadas: Hendry's, Globe, Barrs…, creo que Barrs son los únicos que quedan. Siguieron funcionando gracias al Irn Bru. Así que los cabrones estos del paro, los de Restart, cogieron y me dijeron: Te conseguiremos un trabajo en el que puedas vender refrescos.»

Kathryn miró a Terry con una expresión de desconcierto total. Para ella era como el motor bronco de un fuera borda, sólo que él hacía mucho más ruido.

«Los cabrones lo único que querían era que trabajara en un R. S. McColl's», le explicó Terry, al parecer totalmente ajeno a la falta de comprensión de Kathryn, «pero eso hubiera supuesto vender chucherías y periódicos además de refrescos y no estaba por la labor. Así es como me pusieron el apodo de *Juice* Terry, ¿sabes? Además, el tipo que fundó lo de R. S. McColl jugó para los hunos, así que de ningún modo iba yo a trabajar allí. Escucha, nena, no pensaba pedírtelo, pero tú debes estar forrada. ¿Podrías subvencionarme para pillar?»

Kathryn se lo planteó. «Qué… sí… llevo dinero…»

«Guay… joder…» Juice Terry miró a su alrededor y se sintió enojado de ver entrar a Johnny Catarrh y Rab Birrell. Se preguntaba qué estarían haciendo por aquellos lares cuando se fijó en el polo verde-amarillo fluorescente de los Hibs que llevaba puesto Rab. Había un partido de entre semana en Easter Road y Catarrh y Birrell debían de haberse hecho con algo de pasta si habían ido y ahora pensaban ir de marcha por el viejo puerto histórico. Terry siempre se sentía intrigado cuando cualquiera de sus socios parecía andar boyante.

Rab Birrell y Johnny Catarrh estaban igualmente sorprendidos de ver a Juice Terry bebiendo fuera de ambientes más familiares, como The Gauntlet, Silver Wing, Dodger, Busy Bee, Wheatsheaf y demás garitos de la parte oeste frecuentados por él. Se aproximaron a la mesa de Terry pero se detuvieron al ver que tenía compañía femenina. Catarrh sintió un rencor instantáneo. Un gordo cabrón como Juice Terry siempre rodeado de mujeres. Zorras viejas, de acuerdo, pero un polvo era un polvo y

no era para hacerle ascos. Ésta estaba demacrada y era flaca, pero iba mejor arreglada que la mayoría de las conquistas habituales de Terry. Claro está que la tal Louise a la que había estado tirándose Terry estaba buena que te cagas, pero apestaba a conexiones gangsteriles. Se la habían metido unos cuantos tipos dudosos, uno de ellos Larry Wylie. Uno nunca iba a por chochos de ese tipo, que se metían esa clase de pollas, salvo que estuviera seguro de que ya no tenían derecho a atracar allí. Aunque era de risa: un dios griego como él, que en la actualidad no conseguía echar un polvo ni pagando.

«¿Todo bien, John Boy?», dijo Juice Terry al sentarse Catarrh. Catarrh odiaba que Terry se refiriese a él de aquella forma, ya que sólo era un par de años más joven que aquel cabrón gordo y desaliñado. Era casi tan malo como que le llamaran Johnny Catarrh.

El verdadero nombre de Johnny era John Watson, bastante difundido en Escocia. Su hermano mayor, Davie, era un fan del blues y el rock and roll y empezó a llamarle Johnny Guitar por Johnny «Guitar» Watson. Por desgracia para Johnny, estaba aquejado de problemas de sinusitis y catarros, y pasó muchos años sin saber que su apodo había sido corrompido.

Rab Birrell se había detenido ante la máquina de tabaco para comprar unos Embassy Regal antes de unirse a ellos. Terry hizo las presentaciones. Catarrh había oído hablar de Kathryn, por supuesto: «Mi madre es tu fan número uno. Tiene toneladas de discos tuyos. Te adora. Piensa ir al concierto mañana. Leí algo acerca de ti en el *Evening News*. Decía que habías cortado con el tío aquel de Love Sindícate.»

«Así es», replicó Kathryn con mirada acerada, pensando en aquella habitación de hotel en Copenhague, «pero de eso hace un tiempo.»

«Prehistoria, eh», confirmó Juice Terry. Catarrh carraspeó y tragó unas mucosas. Ojalá se hubiese acordado de traer sus comprimidos de ajo. Eran el único remedio.

«Yo me conformaría con vivir como tú», opinó Rab Birrell, declinando la oferta de un cigarrillo que le hizo Juice Terry. Johnny tampoco quiso. Eran Silk Cut y Catarrh era un purista cuando de cigarrillos se trataba. «Soy un acérrimo de los Regal», sonrió, sacando un Embassy.

«Sí», dijo Rab, que seguía dirigiéndose a Kathryn, «el estilo de vida roquero podría soportarlo. Mogollón de tías…, claro está que tú no tienes que preocuparte por eso, con eso de que eres tía, claro, a menos que seas, eh…, sabes lo que quiero decir, ¿no?…»

Juice Terry se había sentido levemente cabreado por la intrusión de sus amigos en su rollo con Kathryn; ahora las divagaciones de Birrell empezaban a irritarle de veras. «¿Qué cojones intentas decir, Rab?»

Rab dio marcha atrás, cayendo en la cuenta de que estaba un poco borracho y bastante colgado a cuenta de todos los porros que se había fumado en Easter Road, y que Juice Terry podía ser un capullo bastante picajoso, notorio por ser capaz de poner su considerable peso detrás de sus puñetazos. ¿Cómo cojones habría ligado un

mangui tocino como ése con una tía como aquélla? Treinta y seis años y todavía vivía en casa con su madre. «Sólo quería llegar a la conclusión, Terry», dijo a la defensiva, «de que los tíos que están en un grupo pueden elegir las tías que quieran. Si son famosos y tal. Pero cualquier tía puede elegir entre tíos…, ¿no es así, Johnny?» Se volvió hacia Catarrh en busca de apoyo.

Catarrh se sintió debidamente halagado. Aquello significaba que Rab reconocía o bien su currículum como músico o su pericia con las mujeres, a los que nunca se había dignado aludir con anterioridad. Estaba desconcertado por aquella adulación confusa pero bienvenida. «Eh, sí…, más o menos. Una vieja pelleja no, pero cualquier tía joven sí.»

Sopesaron aquella afirmación durante un rato y después miraron a Kathryn para recabar su opinión. A ella sus acentos le resultaban casi impenetrables, pero el hecho de estar borracha ayudaba. «Lo siento, no acabo de entenderlo.»

Juice Terry le explicó lentamente el argumento.

«Supongo que sí», respondió con recelo.

«No hay nada que suponer», se rió Catarrh, «las cosas son así. Siempre lo han sido y siempre lo serán. Y punto.»

Kathryn se encogió de hombros. Juice Terry tamborileó con el vaso vacío sobre la mesa. «Vete a buscar algunas más, Kath, anda, guapa. Ahí está la barra», dijo señalando a unos pasos de distancia. Kathryn lanzó una mirada de desasosiego a la multitud de cuerpos que había entre la barra y ella. Pero sin duda el alcohol ayudaba. El médico le había dicho que no bebiera si tomaba antidepresivos, pero Kathryn tenía que reconocer que estaba disfrutando. No por la compañía en particular, aunque desde luego era distinta de aquellas a las que estaba acostumbrada, sino por la falta de inhibiciones, la sensación de escapar y dejarse ir. Sentaba bien alejarse de los directivos, el grupo, la plantilla y los gilipollas de las discográficas durante un rato. Se estarían preguntando dónde estaba. Kathryn sonrió para sus adentros y se abrió paso hasta la barra.

Juice Terry levantó la vista y la observó mientras se daba de empellones para llegar. «En todas sus canciones le va el rollo feminista, así que puede levantarse e ir a por la priva.»

Catarrh hizo un gesto de asentimiento categórico. Rab Birrell se guardó deliberadamente de toda reacción, cosa que enojó un poco a Terry.

Mientras esperaba que sirvieran las pintas de lager, Kathryn fue descubierta por una mujer corpulenta con brazos gruesos, cabellos como de nanas y gafas. «¿Eres tú?», preguntó.

«Eh, me llamo Kathryn…»

«¡Sabía que eras tú! ¡Qué haces aquí!»

«Eh, he venido con unos amigos…, eh, Terry, ahí atrás…»

«¡Me tomas el pelo! ¡El puto perdido de Juice Terry! ¡Amigo tuyo!» A aquella mujer le temblaba la voz de incredulidad. «Justo le llega para levantarse de la cama

una vez cada quincena para firmar en el paro. ¿De qué le conoces?»

«Simplemente nos pusimos a hablar…», dijo Kathryn, y su propio asombro reflejaba el de aquella mujer mientras meditaba acerca de la pregunta.

«Ah, claro, eso sí que sabe hacerlo. Eso es lo único que sabe hacer. Igualito que su padre», escupió ella con auténtica hostilidad. «Escucha, guapa», dijo la mujer sacando una tarjeta de taxista, «¿me firmarías esto?»

«Sí…, claro…»

«¿Llevas un boli?»

«No…»

La mujer se volvió hacia el camarero. «¡Seymour! ¡Pásame un puto boli! ¡Pásamelo! ¡Aquí!»

Su tono estridente espoleó al camarero, ya agotado, para que asumiera aún más actividad. Terry escuchó aquello, reconoció la voz y levantó la vista lentamente, reconociéndola poco a poco. Era la vacaburra aquella con la que había estado su viejo después de dejar a la madre de Juice Ferry. Paula la Gorda, de Bonnington Road. La que antes llevaba el pub. ¡Y además Kathryn estaba hablando con ella! Aquello no tenía ni pies ni cabeza, pensó Terry; te bajas a Leith para evitar a la gente que conoces y te encuentras rodeado de ellos.

Kathryn estuvo encantada de firmar y de volver con Terry y los chicos con las bebidas. Terry había decidido preguntarle qué había dicho de él Paula la Gorda pero se había enzarzado en una discusión con Rab Birrell, que se volvía más acalorada por momentos. «Cualquier cabrón que haga eso merece la muerte, joder. Así lo veo yo», dijo Terry con brusquedad, desafiando a Rab.

«Pero eso es una chorrada, Terry», argumentó Rab, «eso es lo que se denomina un mito urbano. Los *casuals* no harían algo así.»

«Esos cabrones de *casuals* son unos putos zumbaos», afirmó Terry. «¿Cuchillas de afeitar en los tubos de desagüe? Pero ¿de qué va eso? Ya me dirás.»

«He oído esa historia», asintió Catarrh. De hecho, era la primera vez que la oía. Catarrh había andado con los *casuals* hacía años pero se largó cuando la cosa se empezó a poner un poco peliaguda. A pesar de todo, hizo todo lo que estuvo en su mano para darles notoriedad y de paso aumentar su propia celebridad por asociación de ideas.

Aquello molestó a Rab Birrell. Él había disfrutado siendo un *casual*, aunque aquello ya pertenecía a un pasado muy lejano para él. Ahora era demasiado fuerte, con toda la mierda de vigilancia que había, pero le había encantado. Una peña estupenda, unos ratos estupendos, unas risas estupendas. ¿A qué cojones jugaba Johnny soltando todas esas chorradas? Rab Birrell odiaba la forma en que la gente se mostraba ansiosa por creerse los vaciles pasados de rosca. En su opinión, sólo mantenía entre los demás un estado de temor y servía como mecanismo de control social. Detestaba pero comprendía el modo en que la policía y los medios de comunicación se regodeaban en ese tipo de insensateces; a fin de cuentas, lo hacían

en interés propio. Pero ¿qué hacía Johhny dando crédito a esa clase de chorradas? «Si no es más que eso, una puta historia… inventada por unos gilipollas…, a ver, ¿para qué iban a querer hacer eso? ¿Para qué querrían los denominados *casuals*, a pesar de que ya no existan, meter cuchillas de afeitar en los tubos de desagüe de las piscinas municipales?», razonó Rab Birrell, mirando a Kathryn en busca de apoyo.

«Porque son unos zumbaos», dijo Juice Terry.

«Mira, Terry, tú ni siquiera vas a la piscina.» Rab Birrell se volvió hacia Kathryn otra vez. «¡Ni siquiera sabe nadar, hostias!»

«¡No sabes nadar!», acusó Kathryn, riéndose levemente ante la imagen de los michelines de Terry desbordando un bañador ajustado.

«Eso no tiene nada que ver. Se trata de la mentalidad de los cabrones que colocan cuchillas en los tubos de desagüe de una piscina pública donde hay críos pequeños. ¿Qué me contestas a eso?», le interrogó.

Kathryn meditó sobre aquello. Era obra de gente enfermiza. Pensaba que esa clase de cosas sólo pasaba en América. «Supongo que es bastante espantoso.»

«No hay nada que suponer», vociferó Terry, volviéndose hacia Rab Birrell otra vez, «está fuera de lugar.»

Rab sacudió la cabeza. «Estoy de acuerdo. Estoy de acuerdo con que hacer eso está fuera de lugar, pero no han sido los *casuals*, Terry. Ni de coña. ¿A ti te parece que les pega eso? Sí claro, hemos montado una peña para ir al fútbol a currarnos, así que vámonos todos a la piscina municipal a colocar cuchillas en los desagües. Es una chorrada. Conozco a muchos de los chicos: no es su estilo, joder. Además, ahora ni siquiera hay *casuals*. Estás viviendo en el pasado.»

«Zumbaos», dijo Terry con insolencia. Aunque tenía que reconocer que lo que decía Rab Birrell tenía lógica y probablemente fuera cierto, odiaba que le vencieran en una discusión y se puso aún más agresivo. Incluso aunque no fuesen los *casuals* quienes lo hiciesen, Birrell tendría que tener la madurez suficiente para admitir el principio más general de que eran unos zumbaos. Pero no, el capullo universitario amariconado de Birrell, no. Lo cual probaba para Terry la validez de otro principio: nunca le proporciones una educación a un arrabalero. Apuntas a Birrell a algún piojoso cursillo del Stevenson College durante diez minutos y ya se cree que es el puto Chomsky de los huevos.

«Oí que había pasado eso con los desagües. Oí que corría sangre desde uno de los toboganes hasta el agua de la piscina», declaró Catarrh con la frialdad de un insecto, estrechando los ojos y apretando los labios. Paladeó el estremecimiento y el mohín de repulsión que creyó ver en Kathryn. «Corría sangre», repitió en voz baja.

«Chorradas», dijo Rab Birrell.

Catarrh, sin embargo, empezaba a entusiasmarse con el tema. «Conozco a esos tíos tan bien como tú, Rab, deberías saberlo», dijo en un tono ominoso, esperando que Kathryn captara lo enigmático y la impresión de peligro que transmitía, quedara adecuadamente impresionada, le diera puerta a Juice Terry y le llevase a él a América

con ella. Pasarían por la ceremonia, aunque sólo fuera para conseguir el permiso de residencia y trabajo, y el estatus de residente extranjero sería suyo. Después se instalaría en un estudio con un grupo de acompañamiento de primera y volvería al Reino Unido con una triunfante sucesión de éxitos guitarreros claptonescos a sus espaldas. Era posible, pensó. Mira la Shirley Manson esa que estaba en Garbage, la que antes estuvo en Goodbye Mr McKenzie. Primero la ves de pie, detrás de Big John Duncan y de unos teclados en el escenario de The Venue, y acto seguido se lo come todo en América. Él podría hacer lo mismo. Entonces le llamarían por su verdadero nombre, Johnny Guitar, en lugar de la espantosa degradación con la que lo habían cargado.

Juice Terry tenía una gusa de espanto. Pensaba que no le importaría zamparse un curry. Terry estaba harto del rumbo que tomaba la conversación: directamente hacia los relatos de *casuals* de Catarrh. Todos los demás ya los habían oído varias veces, pero eso nunca había detenido a Johnny. Sobre todo ahora, que tenía un nuevo oído que atorar en Kathryn. Terry se imaginó a Catarrh en su lecho de muerte, dentro de un montón de años. Estaría ahí tirado, con noventa años, marchito y con tubos colgándole. Una maruja sedada y titubeante, unos hijos y unos nietos preocupados con los oídos pegados a él para escuchar sus últimas palabras, roncas y sin aliento. Serían éstas: «… y recuerdo aquella vez que estuvimos en Motherwell…, la temporada mil novecientos ochenta y ocho, ochenta y nueve, me parece…, íbamos una peña de unos trescientos…, aaagghhhh…»

La raya del electrocardiograma se volvería continua en ese instante y Catarrh emprendería el camino hacia la gran bulla celestial.

No, Terry no quería saber nada de esa mierda aquella noche. Aquel capullo se olvidaba de que fueron personas como él, Juice Terry, los que echaron horas en las gradas antes de que existiera una cuadrilla grande, dura y conocida para respaldarles. La vieja pandilla de hinchas de aquellos días era, lo reconocía, una banda bastante mierdera. Tenían tendencia a romantizar sus escasas y gloriosas victorias, y a quitarle importancia o hacer caso omiso de las numerosas ocasiones en que tenían que salir por patas; Nairn County (amistoso de pretemporada), Forfar, Montrose. Además, sus batallas más encarnizadas eran las que transcurrían entre ellos antes que con cualquier otro. A decir verdad, una cuadrilla de mierda. Tenía que reconocer que los *casuals* se encontraban en otra categoría, pero Birell y Catarrh no. Ellos nunca fueron nada remotamente parecido a los *top boys*.

Terry cambió rápidamente de tema. «Pero me juego algo a que tienes toneladas de viruta, ¿eh?, con tantos éxitos en las listas», se aventuró a decirle a Kathryn, volviendo a uno de sus temas favoritos. Que le dieran por culo a Catarrh, aquí el que marcaba la agenda era él.

Kathryn sonrió de forma benévola. «Supongo que soy afortunada. Me pagan bien por lo que hago. Hace un tiempo tuve un encontronazo con los de Hacienda, pero mis discos viejos se venden bien. Tengo unos ahorrillos.»

«¡Joder, ya lo creo que los tendrás!», canturreó Terry, indicando a Catarrh y a Birrell que se arrimaran. «¡John Boy! ¡Birrell! ¡Escuchad esto! ¿De qué va todo ese rollo? ¡Ya me dirás!» Indicó con la cabeza a Kathryn.

Ésta tenía una expresión ausente. «A veces el dinero no lo es todo…», dijo en voz baja, pero nadie la escuchaba.

«¡Que le pagan bien por su trabajo! ¡Discos de oro! ¡Números uno! ¡Ya lo creo que estarás bien pagada, joder! Venga», dijo Terry frotándose las manos, «ya está. ¡Al Ruby Murray, invitas tú!»

«Qué… Ruby…»

«El curry», sonrió Terry, «un poco de papeo», añadió haciendo gesto de comer.

«No me sentaría mal una puta tripada, eh», reconoció Rab Birrell.

Catarrh se encogió de hombros. No le gustaba desperdiciar el tiempo de beber en comer, pero con un curry se podía pedir cerveza. Se tomaría unos popadoms, eso satisfaría sus requisitos. Johnny desconfiaba instintivamente de cualquier clase de alimentos que no se asemejaran a las patatas fritas.

«Yo no quiero comer nada…», dijo Kathryn con horror. Había salido para alejarse de Franklin y su obsesión con que ella comiera. Su mente embotada por el alcohol captó todas las repercusiones de aquello. Quizá los hubiera contratado aquel maníaco del control para conseguir que ella comiera. Quizá fuera una estratagema minuciosa todo aquel maldito asunto.

«Vale, yo no estoy diciendo que tú tengas que comer, eso es cosa tuya, pero puedes observarnos a nosotros. Venga, Kath, tú tienes la guita. Yo estoy pelado hasta que llegue el cheque del subsidio el martes y no hay manera de que me subvencione ese judío cabrón de Post Alec hasta que haya hecho la semana completa limpiando ventanas.»

«Quiero invitaros a cenar. Eso puedo hacerlo, pero yo no quiero comer nada…»

«Guapo. Me gustan las tías que no se cortan de echar la mano al bolso. No soy uno de esos capullos anticuados, creo en la igualdad de los chochos. ¿Qué es lo que dijo el rojo cabrón aquel?», preguntó Terry, volviéndose hacia Rab. «Tú deberías saberlo, Birrell, con eso de que eres estudiante. De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades. Eso quiere decir que tú presides. Esto es Escocia, aquí lo compartimos todo», dijo Terry, recordando acto seguido que le picaba la almorrana y el daño que podría hacer un *vindaloo* a la mañana siguiente. Pero a la mierda, a veces hay que ir a por todas.

«Vale», dijo Kathryn con una sonrisa.

«Nos vemos», dijo Catarrh arrastrando la voz, «eres legal, ¿lo sabes?», dijo acariciándole suavemente el antebrazo. «Hay cantidad de tordas por ahí a las que nunca se les ocurre echar mano al bolso.»

«Algunas cobran unos sueldazos que te cagas además…, esa que trabaja para el Scottish Office…» Terry sacudió amargamente la cabeza, recordando una noche, hacía algún tiempo, en la que salió con una chavala que había conocido en el Harp.

La muy vacaburra se echó al coleto la mitad de su subsidio en Bacardis y desapareció sin darle ni un besito de despedida en la mejilla. Aunque le molestaba la ostentosa demostración de ternura de Johnny, se veía obligado a reconocer que tenía razón.

«¿Qué es eso de tordas?», preguntó Kathryn.

«Eh, chochos…, eh, tías…, pibitas, ¿sabes?», explicó Terry.

«Dios mío. ¿Es que vosotros no habéis oído hablar de lo políticamente correcto?»

Juice Terry y Johnny Catarrh se miraron el uno al otro durante un par de segundos y sacudieron lentamente y a la vez la cabeza. «No», dijeron.

BOLINGAS, DROGAS, FOLLADAS

Charlene estaba en pie, delante de Lisa, que hacía rechinar los dientes, exasperada. Antes de que su amiga pudiera hablar, Lisa dijo: «Ah, eres tú. Vale. Vamos a salir. Nos vamos a emborrachar, a drogar y a follar.»

«¿Te importa que primero entre un rato?», preguntó tímidamente Charlene, mirando directamente a la esencia de Lisa con sus ojos oscuros y angustiados.

Lisa miró el equipaje que su amiga tenía a sus pies, y Richard, el vídeo y el consolador se borraron de su mente como si nada de ello hubiera ocurrido. «Sí…, entra», le rogó apresuradamente, recogiendo una de las bolsas de Charlene.

Pasaron a la sala de estar y las depositaron en el suelo. «Siéntate», le indicó Lisa. «¿Qué pasa? ¿No había nadie en casa?»

A Lisa la mirada de Charlene le pareció extraña y salvaje, y la joven soltó una risa como de bruja, mientras un espasmo intermitente aparecía en uno de los lados de su rostro. «Uy, sí. Ya lo creo que había alguien en casa. Ya lo creo, joder.»

Lisa sintió cómo se tensaban los músculos de su propia cara. Charlene rara vez juraba; era una chiquita muy puritana en muchos aspectos, pensó. «Entonces qué…»

«Por favor, déjame hablar», dijo Charlene. «Algo pasó…»

Lisa puso rápidamente agua a hervir y preparó un té. Se sentó en la silla que estaba frente al sofá en el que Charlene se había desmoronado, y escuchó mientras su amiga le relataba el recibimiento que había tenido al volver de Ibiza. Mientras hablaba, Lisa vio el reflejo de la luz que golpeaba las paredes de seda que enmarcaban a Charlene, tan pequeña en el sofá frente a ella.

No me lo cuentes, guapa, no me lo cuentes…

Y Charlene siguió hablando.

Sobre las paredes veía las trazas oscuras del diseño viejo, que chocaba con la novedad. Era el papel pintado, aquel viejo y horrible papel pintado; parecía atravesar la pintura. Tres capas, con pintura de seda y vinilo, además. Pero la mierda aquella aún traslucía, aún se distinguía el viejo y asqueroso diseño.

Para, por favor…

Entonces, justo cuando pensaba que su amiga había terminado, Charlene reanudó bruscamente su discurso, pasando a un monólogo frío. A pesar de todo el terror y la

náusea que le provocaba, Lisa no se sintió con fuerzas para interrumpirla. «Sus dedos rechonchos manchados de nicotina, con las uñas mugrientas empujando y aporreando mi vagina casi pelada. El aliento a whisky y el jadeo que lo acompañaba en mis oídos. Yo estaba rígida y temerosa; trataba de permanecer en silencio, no fuera que ella se despertara. Ahí estaba la gracia. Ella habría hecho lo que fuera con tal de *no* despertarse. Yo trataba de permanecer en silencio. Yo. Ese cerdo asqueroso. Si él fuera otra persona o lo fuera yo, quizá incluso sintiera lástima por él. Si hubiera sido otro el coño en el que tenía metido el dedo.»

Tendría que haber arrancado el papel. Haberse deshecho de aquella mierda. No importa cuántas capas le pongas por encima, siempre acaba transparentándose.

Lisa estaba a punto de hablar, pero Charlene levantó la mano. Lisa se sintió paralizada. Le resultaba tan duro escuchar; apenas podía imaginar lo difícil que debía de ser para su amiga empezar a hablar, pero ahora la pobre chica no podría parar aunque así lo hubiera querido. «*Debería* ser virgen y frígida, o ninfómana; debería ser, ¿cómo dicen?, sexualmente disfuncional. Ni hablar. Mi venganza última sobre él, el dedo metafórico que opongo al suyo, es que no lo soy…» Charlene se quedó mirando al vacío. Cuando continuó, su tono había subido una octava; era como si le hablara a él. «Y me alegro del odio y el desprecio que siento por ti porque sé recibir y dar amor, so gilipollas, porque nunca fui yo la rara o la reprimida y nunca lo seré…» Se volvió hacia Lisa y dio un respingo en el asiento, como si regresara al espacio que ocupaba. «Lo siento, Lisa, gracias.»

Lisa se sentó en el sofá y abrazó a su amiga con todas sus fuerzas. Charlene aceptó brevemente el consuelo y luego se apartó un poco, mirándola con una sonrisa tranquila. «¿Qué era todo aquello que decías de que íbamos a emborracharnos, drogamos y follar?»

Lisa estaba desconcertada. «No podemos…, quiero decir…», tartamudeó, incrédula, «… lo que quiero decir es que, eh, quizá no sea el mejor momento para ti…, quiero decir, hemos estado haciendo todo eso durante dos semanas y no te ha librado de él.»

«Sólo fui porque pensé que él se había largado definitivamente. ¿Por qué le dejaría volver a casa? Es culpa mía, culpa mía por marcharme. No tendría que haberme marchado», dijo Charlene con un escalofrío, sujetando una taza de té con sus dedos llenos de anillos dorados. «Pero vamos a salir, Lisa. Otra cosa más, ¿puedo quedarme a dormir aquí unos días?»

Lisa estrechó a Charlene con más fuerza: «Ya sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.»

Charlene forzó una sonrisa. «Gracias…, ¿alguna vez te he hablado de mi conejo?» Tiritaba mientras sostenía la taza con ambas manos pese a que en el piso hacía calor.

«Nah», dijo Lisa, preparándose, volviendo a mirar las paredes. No había duda, necesitaban más pintura.

UNA ALTERNATIVA BIENVENIDA AL SEXO Y LA VIOLENCIA

El Festival Club le resulta infernal a Franklin, pero los organizadores del acto habían insistido en que acudieran él y Kathryn. Un hombre vestido con colores chillones, con una chaqueta de pana azul y unos chinos amarillos se acercó de un salto a Franklin y le estrechó lánguidamente la mano. «Señor Delaney, soy Angus Simpson, del comité organizador del festival. Me alegro de verle», dijo con un acento de escuela pública inglesa. «Ésta es la concejala Morag Bannon-Stewart, que representa al ayuntamiento en el comité. Eh… ¿dónde está la señorita Joyner?»

Franklin Delaney dejó que su rostro se deformase hasta conformar una sonrisa empalagosa. «Tenía una ligera tos y le picaba la garganta, así que decidimos que era mejor que se quedara en el hotel y se acostara temprano.»

«Ah…, qué lástima, ha venido alguna gente de la prensa y de las radios locales. Por lo visto, Colin Melville, del *Evening News*, acaba de recibir una llamada al móvil diciendo que había sido vista en Leith esta misma noche…»

Leith. Franklin ardía en deseos de preguntarle: ¿Dónde cojones está eso? En vez de hacerlo, dijo con aplomo: «Creo que antes salió un rato, pero ahora está recogidita y en la cama.»

Morag Bannon-Stewart invadió el espacio personal de Delaney y cuchicheó con un aliento que apestaba a whisky: «Espero que se encuentre bien. Es fantástico tener a una artista pop con la que puede disfrutar toda la familia. Antes el festival era maravilloso. Ahora es una exaltación del sexo y la violencia…» Franklin escrutó los capilares reventados de su rostro de cartón piedra mientras ella despotricaba.

Sintiéndose tenso, Franklin apuró su whisky doble e hizo señas para que le sirvieran otro. Aquella inútil de Kathryn… Ahora aquella vieja cabra loca del ayuntamiento intentaba ligar con él. Pero el tío de la radio dijo que la habían visto en Leith. Eso no podía quedar demasiado lejos en taxi. En cuanto pudo, Franklin se excusó haciendo ver que tenía que ir al retrete. En lugar de eso, se escabulló por la puerta y salió a respirar el aire nocturno.

MEDÍCAME

Algo extraño le sucedía a Kathryn Joyner en el restaurante indio. La cantante americana experimentaba una auténtica, profunda y violenta sensación de hambre. La cerveza, y uno de los porros de Rab Birrell que se habían fumado mientras iban de camino, le habían provocado gusa y los aromas de los currys resultaban embriagadores. Por más que lo intentara, Kathryn no podía impedir que una bola de hambre se le atascara en la garganta, casi asfixiándola. Los crujientes e incitantes *bhajis*, la salsa picante y aromática que cubría los tiernos pedazos de ternera adobada, pollo y cordero, el colorido de las verduras friéndose en las sartenes, hicieron que sus

papilas gustativas palpitasen a dos mesas de distancia.

Kathryn no pudo remediarlo. Pidió al mismo tiempo que los demás y cuando llegó la comida, atacó los platos con una ferocidad que podría haber hecho enarcar una ceja en compañía más quisquillosa pero que a Rab, Terry y Johnny les pareció perfectamente natural.

Kathryn quería llenar su vacío interior: no con medicamentos, sino con curry, cerveza y pan *naan*.

Terry y Rab habían reanudado la discusión de antes. «Es un mito urbano», declaró Rab.

«Si yo te partiera la boca de una hostia, ¿sería un mito urbano?»

«No…», replicó cautelosamente Rab.

«Pues entonces deja ya ese puto rollo de los mitos urbanos», dijo Terry mirando fijamente a Rab, que desplazó la mirada a su tenedor.

Rab estaba enfadado. Con Terry evidentemente, pero también consigo mismo. Había acumulado un montón de jerga en aquel curso de estudios sobre medios de comunicación al que se había apuntado en la universidad local para mayores de veinticinco y tendía a utilizarla cada vez más en sus conversaciones cotidianas. Sabía que irritaba a sus amigos y les distanciaba de él. No eran más que fanfarronadas, pues podía expresar adecuadamente los mismos conceptos con palabras corrientes. Entonces pensó, a la mierda, ¿es que no tengo derecho a emplear palabras nuevas? Aquello parecía una coacción cultural contraproducente. Pero en realidad era irrelevante, porque estaba enfadado sobre todo porque era hermano de Billy «Business» Birrell. Ser hermano de «Business» Birrell acarreaba determinadas expectativas, una de las cuales era que uno no se achantaba ante tipos como Juice Terry.

Business tenía pegada y había ganado sus primeros seis combates como profesional en los primeros asaltos, por K. O. o abandono del rival. Su séptima contienda, sin embargo, fue un desastre. Con todas las apuestas a su favor, Steve Morgan, un habilidoso zurdo de Port Talbot, le abrumó y le venció por puntos. Durante el combate, el habitualmente explosivo Business parecía apático y lento; rara vez acertó a colocar un golpe y fue presa fácil para el punzante jab de Morgan. El consenso general era que de haber tenido Morgan pegada, Business se habría visto en serios apuros. Los jueces y el médico se dieron cuenta de que algo fallaba.

Un examen médico posterior al combate y varias pruebas subsiguientes revelaron que Billy Business Birrell padecía problemas de tiroides que afectaban adversamente sus niveles de energía. Aunque esto podía controlarse mediante fármacos, el British Board of Boxing Control se vio obligado a retirarle la licencia.

Sin embargo, Business gozaba de respeto y tenía la reputación de ser un hombre con el que no se jugaba. El hecho de haber sido derrotado por su estado de salud en lugar de por su adversario, y de haberse negado a caer o capitular de cualquier otra forma aumentó más aún su reputación de héroe local. En lugar de maldecir la suerte

cruel que le había arrebatado la posibilidad de grandeza, Billy Birrell sacó provecho de su fama local y abrió un bar de copas popular y lucrativo llamado, inevitablemente, The Business Bar.

El problema que tenía Rab Birrell era que, en tanto hombre reflexivo y especulativo, carecía del dinamismo explosivo con el que competir con la habilidad pugilística o el brío empresarial de su hermano. Rab sentía que siempre iba a desempeñar un papel secundario ante Business y se vio atrapado entre tratar de establecerse por cuenta propia o dejarse llevar por la estela de su hermano. Sentía, fuera cierto o imaginado, que la clase de gente que idolatraba a su hermano le miraba a él por encima del hombro.

Mientras Rab meditaba sobre aquello, Juice Terry trataba de no dar crédito a sus oídos. Se había colocado en el mismo lado de la mesa que Kathryn y quedó atónito cuando ella tiró de él hacia ella y le cuchicheó al oído: «Escucha, Terry, hay una cosa que quiero que sepas, no nos vamos a ir a la cama juntos. Eres un tío estupendo y me gustas como amigo, pero no vamos a follar. ¿Vale?»

«Te va Catarrh… o Birrell…» Terry sintió que su mundo se venía abajo. Sus opciones sexuales se estaban clausurando más rápido que los hospitales, mientras que las de Rab y Johnny, por contraste, se abrían como cárceles. Lo de la tal Louise también se había acabado. Era una chavala por su sitio, pero un poco joven para él y, más importante, andaba por ahí con Larry Wylie, que estaba fuera de la cárcel otra vez. Así que punto y final. Louise, de todos modos, nunca había tenido discos suyos en la gramola del Silver Wing o el Dodger.

Kathryn se sentía repelida y al mismo tiempo atraída por lo que consideraba el monstruoso ego de Terry y sus amigos. Allí estaban, tres semivagabundos de una parte mierdera de una ciudad de la que ella apenas había oído hablar y se comportaban como si estuvieran en el centro del universo. Jamás había conocido a ninguna de las vacas sagradas del rock and roll que tuviera un ego de esas dimensiones. La mera idea de que ella, Kathryn Joyner, que había recorrido el mundo entero, que había ocupado las portadas de las revistas de estilo y de moda, saliera con uno de aquellos gandules echados a perder era ridícula.

Absolutamente ridícula.

Kathryn se aclaró la garganta. Agarró suavemente por el brazo a Terry, tanto para orientarse ella misma como para consolarle a él. Y le había gustado cuando Johnny Catarrh hizo lo mismo con ella.

«No, no me va ninguno de ellos. Somos amigos, tú, yo y los chicos. No es más que eso, y nunca podrá ser más que eso», dijo sonriendo y mirando a su alrededor. «Tengo que ir al lavabo», anunció, levantándose y tambaleándose ligeramente en dirección a los retretes.

«¿Cómo es que los yanquis llaman *restroom*[55] al servicio? Uno no entra ahí para reposar», se rió Rab Birrell.

«Ahí sólo se entra para mear o meterse drogas», reflexionó Johnny.

Terry esperó en silencio hasta que ella hubo desaparecido tras las puertas giratorias de los servicios y después se volvió hacia Rab. «Será creída la puta pija americana escuchimizada esta…»

A Rab Birrell se le esbozó una amplia sonrisa entre los bocados que le estaba dando a su pollo *jalfrezi*. «Has cambiado de canción. ¿Qué ha pasado con Kathryn esto y Kathryn aquello?»

«Bah, yanqui de mierda», refunfuñó Terry sombríamente. Poca gente lleva bien el rechazo, pero Terry lo llevaba peor que la mayoría.

Los ojos de Birrell se iluminaron al caer en la cuenta. «Te ha dado calabazas. ¡Pensabas que te la ibas a hacer y te ha dado calabazas!»

«La puta guarra se cree que puede pavonearse con los de nuestra cuerda cuando le venga en gana…»

«Ahora no empieces a odiarla sólo porque no vas a mojar con ella. ¡Si odiaras a todos los capullos que no quieren follar contigo la lista sería larga que te cagas!» Rab se echó un placentero trago de Kingfisher, apuró la copa e hizo señal de que sacaran otra ronda mientras Catarrh asentía con un gesto de entusiasmo sombrío.

«Es porque para las de su ralea yo soy un don nadie, eso es lo que pasa», dijo Terry, ligeramente animado ante la perspectiva de que Kathryn invitara a unas cuantas cervezas más.

«Terry, eso no tiene nada que ver», dijo Rab desechando su explicación, «a la chica sencillamente no le vas.»

«Nah, nah, nah», dijo Terry cansinamente. «A mí no me des conferencias sobre tías, Birell; yo de tías entiendo. Ni dios me puede decir nada sobre los chochos. En todo caso, ninguno de los que están en esta puta mesa», dijo desafiante, tamborileando con los dedos sobre la mesa para mayor efecto.

«Las tías americanas son distintas», se aventuró a decir Catarrh, lamentándolo de forma instantánea.

La sonrisa de Juice Terry se ensanchó como el río Almond al llegar al estuario de Forth. «Vale, pues, John Boy, tú eres el gran experto en chochos americanos. Todas esas tías americanas que te has follado en comparación con todas las escocesas. ¡Dinos tú cuál es la diferencia entonces!», soltó Terry, dejando escapar una risotada estentórea y entrecortada; Rab Birrell notó cómo le temblaban los costados.

Catarrh se movía intranquilo en su silla, mientras su expresión y el tono de su voz adquirían un aspecto avergonzado y defensivo. «No estoy diciendo que me haya follado a montones de tías yanquis. Sólo digo que las tías americanas son distintas…, como las que se ven en la tele y tal.»

«Y una mierda», saltó Terry. «Los chochos son chochos. Iguales en el mundo entero.»

«Escucha», dijo Rab, cambiando de tema para ahorrarle rubores a Johnny, «¿no estará metiéndose los dedos por la garganta y potando todo el curry ese en el tigre?»

«Más vale que no, joder. Menudo desperdicio», afirmó Terry. «¡Con la de críos

que se ven muriéndose de hambre, en la tele y eso, y que alguien haga eso!»

«Pero eso es lo que hacen las tías así, bulimia o como se llame», reflexionó Catarrh.

Kathryn regresó de los lavabos. Hubo un momento en que pensó que iba a vomitar, pero se le había pasado. Normalmente, sí iba a vomitar los tóxicos alimentarios antes de que se convirtieran en moléculas de grasa, corrompiendo y atrofiando su cuerpo. Ahora resultaba reconfortante, aquel centro pesado y cálido que en otro tiempo para ella significaba enfermedad.

«Esta noche funciona el club ese del Shooting Gallery, para el festival, ¿sabes?», sugirió Rab.

«Guay. ¿Te apetece que vayamos allí después, Kath? ¿A mover el esqueleto?», se aventuró Juice Terry.

«La verdad es que no voy vestida para la ocasión…, pero no quiero volver al hotel…, pero…, bueno, vale», dijo ella. Parecía importante seguir por ahí, mantenerse en movimiento.

«Pero habrá que hacerse con unas drogas. Speed y unos éxtasis, eh», dijo Rab. A continuación se volvió hacia Catarrh: «¿Vas a llamar a Davie?»

Terry sacudió la cabeza. «A la mierda el speed, pilla un poco de perica para luego. ¿Te parece bien, Kath?»

«Sí, por qué no», consintió Kathryn. No sabía adonde conduciría aquella aventura, pero acababa de decidir que ella iba a hacer el viaje hasta el final.

Rab vio como la expresión de Terry se distorsionaba hasta adoptar un aire petulante. «Kath está metida en el mundillo del rock and roll, Rab. No querrá saber nada de tu speed arrabalero. A partir de ahora, sólo lo mejor.»

«A mí me gusta el speed», protestó Rab.

«Vale, Birrell, juega a hacerte el puto héroe de la clase trabajadora todo lo que quieras. ¡Pero de nosotros no esperes ninguna medalla, colega! ¿Verdad, John Boy?» Se volvió hacia Catarrh.

«Un poco de perica estaría por su sitio», dijo Catarrh, «para variar y tal, Rab», le dijo a Rab para mitigar su traición. Normalmente Catarrh era un maníaco del speed y esnifar coca disparaba su ya maltrecha sinusitis.

EL CONEJO

Lisa recordaba a Angie diciendo algo acerca de Mad Max, el conejo de Charlene. El que había tenido de niña. Se acordaba de que una vez dijo algo mientras estaba de bajada después de una noche metiéndose pastillas por los clubs. Algo raro, cuyos detalles no lograba recordar del todo, aunque sí recordara la sensación fea y perturbadora. Algo que podía ser fácilmente etiquetado y archivado bajo el epígrafe «chorradas drogotas».

Algo le había pasado a su conejo. Algo malo, porque Charlene estuvo sin ir al

colegio un tiempo. Era lo único que Lisa lograba recordar.

Entonces Charlene empezó a hablar otra vez. Sobre el conejo.

Charlene le dijo a Lisa que adoraba al conejo, le dijo cómo lo primero que hacía todas las mañanas era bajar a la conejera a ver cómo estaba. A veces, cuando los gritos de borracho de su padre o el ruido de los gritos de su madre se hacía insoportable, se quedaba sentada en el extremo del jardín, abrazando y acariciando a Mad Max y rogando por que pararan.

Un día, cuando llegó a casa del colegio, vio abierta la puerta de la conejera. El conejo se había escapado. Vio algo por el rabillo del ojo y levantó lentamente la vista para mirar el árbol. Mad Max estaba clavado a él. Unos enormes clavos atravesaban su cuerpo. Charlene intentó desprenderle de los clavos, acariciarle, a pesar de que sabía que estaba muerto. No pudo desprenderle. Entró en casa.

Más tarde, aquella misma noche, su padre llegó borracho a casa. Gritaba y lloraba. «El conejo de la cría…, esos cabrones de al lado…, los mataré…» Vio a Charlene sentada en la silla. «Te compraremos otro conejo, nena.»

Ella le miró con aversión y desprecio en estado puro. Sabía lo que le había ocurrido al conejo. Él sabía que ella lo sabía. Abofeteó con fuerza su rostro de diez años y ella cayó al suelo. Su madre entró y protestó y él la envió al hospital, dejándola inconsciente y partiéndole la mandíbula de un puñetazo. Después él se fue al pub, dejando a la cría que llamara al 999 y a una ambulancia. En el estado de shock en el que se hallaba, le daba la impresión de que le costaba siglos marcar los números.

Después de contarle aquella historia, Charlene se incorporó bruscamente y sonrió alegremente. «¿Adónde vamos, pues?»

Ahora Lisa quería meterse en la cama.

UN AMERICANO EN LEITH

Resultó difícil encontrar un taxi, y pasaron tres por delante de él antes de que Franklin lograra parar uno y dirigirse hacia Leith. Le dio instrucciones al conductor, que a él le pareció hosco, para que se detuviera en el primer bar de Leith con licencia de apertura tardía.

El conductor le miró como si estuviera loco. «Hay montones de ellos que abren hasta tarde. Estamos en pleno festival.»

«El primero de Leith que tenga licencia de apertura tardía», repitió.

El taxista había hecho un turno largo y agotador, cogiendo a tontos del culo que no sabían lo que querían hacer ni dónde, ni cuándo, por toda la ciudad. Esperaban que él tuviera conocimientos enciclopédicos acerca del festival. El número treinta y ocho, dirían para identificar el local, como si estuvieran en un restaurante chino. O eso o daban el nombre del espectáculo. El taxista estaba hasta las narices de todo. «Hay más de un Leith, amigo», explicó. «Lo que tú entiendes por Leith puede que no sea lo

que yo entiendo por Leith.»

Franklin parecía perplejo.

«¿Quieres decir por el muelle, el Foot of the Walk o Pilrig, donde Edimburgo se convierte en Leith? ¿A *qué* parte de Leith?»

«¿Estamos ya en Leith?»

El taxista echó una mirada al Boundary Bar. «Aquí es donde empieza. Bájate aquí y empieza a caminar. Hay montones de pubs.»

Franklin salió y le entregó con gesto cansino el dinero a aquel hombre. La verdad es que no estaba nada lejos. Hizo un cálculo rápido y estimó que podría haber cruzado Manhattan por la misma tarifa. Iracundo, Franklin entró en un bar de aspecto espartano, pero no se veía a Kathryn por ninguna parte. Más aún, le resultaba imposible imaginarla en un lugar semejante. No se quedó.

Pasando frente a otro bar, descubrió que el conductor tenía razón; ella podría estar en cualquier parte. Parecía que todos tuvieran licencia de apertura tardía.

En el siguiente, seguía sin haber rastro de Kathryn, pero pidió una copa.

«Un scotch doble», le indicó al camarero.

«Ese acento es americano, ¿no, colega?», le dijo una voz al oído. Se había percatado vagamente de que alguien estaba de pie junto a él. Al volverse, vio a dos hombres, ambos con el pelo cortado al rape. Los dos tenían el aspecto convencional de los tipos duros, uno de ellos con ojos mortecinos, totalmente incongruentes con su gran sonrisa.

«Sí…»

«América, eh, Larry. Me lo pasé que te cagas allí. Nueva York, allí estuve yo. ¿Has venido aquí por el festival, colega?»

«Sí, estoy…»

«El festival», bufó aquel hombre. «Un montón de mierda si te digo la verdad. Es desperdiciar una pasta en nada. ¡Eh!», le gritó al camarero, «otro puto whisky para nuestro amigo americano. Para mí y Larry también.»

«No, de verdad…», empezó a negarse Franklin.

«Sí, de verdad», dijo aquel hombre en un tono tan fríamente insistente que Franklin Delaney tuvo que hacer el máximo esfuerzo para no estremecerse.

El camarero, un hombre grande, rubicundo y corpulento, con gafas de pasta negra y una mata de pelo de color arenoso y en punta canturreó alegremente: «Marchando tres whiskies grandes, Franco.»

El otro, el que se llamaba Larry, dejó que se le arrugase la cara con expresión conspirativa. «Aunque te diré una cosa, colega, las tías americanas se mueren de ganas. Están por la labor. Eso es lo que hago yo durante la temporada del festival, entrarle a cualquier cosa con acento americano. A las australianas y neocelandesas también. Se mueren de ganas», dijo, llevándose la copa a los labios.

«No le hagas caso, colega, es un maníaco sexual», dijo el hombre llamado Franco, «no piensa más que en mojar.»

«Nah, pero Franco, hay quien dice que es la cosa colonial, romper con las inhibiciones del viejo mundo. ¿Tú qué piensas, colega?»

«Bueno, la verdad es que yo no…»

«Eso es una puta mierda», saltó Franco, «las tías son tías. No importa de dónde coño son. Unas follan que te cagas y otras no.»

Larry levantó las manos en un gesto apaciguador, y después se volvió hacia Franklin con los ojos encendidos. «Te digo una cosa, tío, resuelve tú esta disputa entre colegas.»

Franco le lanzó una mirada desafiante.

«Nah, venga, este tío es un hombre de mundo, habrás viajado un poco, ¿no, colega?», preguntó Larry, con una sonrisa malévola. «Así que dinos, ¿las americanas follan más que las europeas?»

«Mira, no lo sé, sólo quiero tomarme una copa tranquilamente y largarme», replicó Franklin.

Larry miró a Franco y a continuación se lanzó hacia delante cogiendo a Franklin por las solapas y arrinconándolo contra la barra. «¿Conque no somos lo bastante buenos para beber contigo, eh, puto yanqui cabrón? ¡Encima de que invitamos!»

Franco se metió por medio y empezó a apartar lentamente a Larry. Pero Larry se aferraba a Franklin, cuyo corazón palpitaba aceleradamente.

«Calma, muchachos», dijo el camarero.

«Suelta a ese tío, Larry, te lo estoy diciendo», dijo Franco en voz baja.

«No. Éste sale a la calle conmigo. Se va a enterar.»

«Si alguien va a salir a la calle, seremos tú y yo. Estoy harto de tu actitud.»

«Sólo quería tomar una copa», suplicó Franklin.

«Vale», dijo Larry, soltando a Franklin. Señaló al americano por encima del hombro de Franco. «Tú te vas a llevar lo tuyo», gruñó, antes de salir por la puerta. Franco le siguió, volviéndose rápidamente hacia el visitante y diciendo: «Tú espera aquí.»

Franklin no tenía intención de ir a ninguna parte. Aquellos tíos eran unos animales. Se fijó en la forma con que aquel tipo, a lo pistolero y con malas intenciones, salía por la puerta de detrás de su examigo.

El camarero entornó los ojos.

«¿Quiénes eran esos tíos?», preguntó Franklin.

El camarero sacudió la cabeza. «No sé. No son de la parroquia. Daban mal rollo, así que pensé que lo mejor sería seguirles la corriente.»

«Me tomaré otro scotch; doble», dijo Franklin con nerviosismo. Lo necesitaba para dejar de temblar.

El camarero regresó con un whisky doble. Franklin echó mano al bolsillo en busca de su cartera. Había desaparecido.

Salió fuera a la carrera donde estarían peleando los dos bronquistas, pero no estaban peleando. Habían desaparecido. Miró de un lado a otro de la vía pública a

oscuras. Le habían dejado sin todas sus tarjetas y sus billetes grandes. Comprobó el dinero que llevaba en los bolsillos del pantalón. Treinta y siete libras.

El camarero apareció en el umbral de la puerta. «¿Me vas a pagar esa copa o qué?», le dijo agriamente.

STONE ISLAND

Davie Creed se había abastecido de pastillas y polvos para el fin de semana, pero aquella noche parecía que todo el mundo quería. Así era el festival. La tal Lisa molaba. Su amiga también tenía un polvo, aunque tenía cara de pocos amigos. Creedo intentó que se quedaran pero estaban ansiosas por marcharse. Habría intentado localizarlas más tarde, pero el teléfono no paraba de sonar. Más tarde aparecieron Rab Birrell y Johnny Catarrh con un gordo cabrón de pelo rizado y una bruja delgaducha con acento americano. Parecía una versión envejecida, más a lo Belsen, de Ally McBeal, esa de la tele. Quizá tuviera un polvo si ibas bolinga.

El capullo de los rizos tenía una pinta de lo más dudosa. A Creedo no le gustó la forma con la que miraba las torres y la tele. Si ése no era mangui, no lo era nadie… Vaya tirado. ¡Y Rab Birrell con una camiseta de los Hibs! Creedo acarició la etiqueta desabrochable de Stone Island de su camisa; su reconfortante presencia le aseguraba que el mundo no había enloquecido, o si lo había hecho, él había logrado quedar al margen de su locura.

Terry había oído hablar de Davie Creed. No se había dado cuenta de las cicatrices tan evidentes que tenía. Lo cierto es que era una impronta de lo peorcito. Catarrh había dicho que alguien le tumbó, le colocó una caja de botellas de leche en la cara y le saltó encima. Normalmente, uno se tomaba las historias de Catarrh con un grano de sal, pero en este caso parecía que eso fuera exactamente lo que había sucedido.

Por más que lo intentara, Terry no podía dejar de mirar las cicatrices de Creedo. Creedo se dio cuenta y lo único que pudo hacer Terry fue sonreír y decir: «Gracias por el suministro, colega.»

«A estos chicos les suministraré siempre», dijo, tomando buen cuidado de dejar a Terry fuera de juego del modo más frío posible.

Rab Birrell miraba a Davie. No había engordado, y tenía la misma mata de pelo rubio, pero la cara se le había hinchado y enrojecido de forma incongruente, probablemente debido al alcohol y la perica. A alguna gente le hacía ese efecto. Captando las tensas vibraciones que había en la habitación, Rab dijo lo primero que se le vino a la cabeza. «La otra noche vi a Lexo…», pero perdió la convicción con que lo decía al recordar que Creedo y Lexo habían reñido hacía mucho tiempo y nunca volvieron a llevarse bien, «en el Fringe Club».

Terry dijo algo así como: «¡Así que ahí es donde beben ahora todos los chicos elegantes!»

Creedo contuvo su rabia silenciosa. Birrell y Catarrh habían traído a su puta casa

a un borrachín callejero sobradillo y ahora iban mentando al puto Lexo Setterington. «Bien, tengo cosas que hacer, ya nos veremos.» Creedo indicó la puerta con la cabeza y Rab y Johnny estuvieron encantados de marcharse.

Al final de la escalera, Terry dijo: «No me digáis que no estaba picajoso ese cabrón…»

«Tenemos las drogas, Terry, eso es lo único que queríamos.»

«No cuesta nada tener modales, ¿qué clase de impresión de los escoceses es ésa para darle a una visitante americana?»

Rab se encogió de hombros y abrió la puerta. Vio un taxi por el rabillo del ojo y se metió en la calzada de un salto, parándolo.

AEROPUERTO DE SYDNEY, NGS, AUSTRALIA
Miércoles, 11 de la noche

De verdad necesito algo para el avión. Tranquilizantes o alguna mierda de ésas. Me meto en tromba en la farmacia y casi tiro un expositor de cuchillas de afeitar. Capullo, capullo, capullo. «Capullo», escupo entre dientes, y la chavalilla del mostrador me mira y ve a un apestoso borrachín callejero. Helena está a mi lado, grácil y limpia como una asistente social con un cliente indisciplinado, arreglándolo mientras los cambios salen de mi bolsillo, pasan por mi mano y caen al suelo.

Reedy y Parlour Maid se mantienen a cierta distancia, avergonzados por el espectáculo. La misma historia se repite en el mostrador de los pasajes, y después en el de facturación y por último en la aduana. Pero logro coger el vuelo; la capacidad de persuasión de Helena resulta ser afortunadamente más fuerte que las chorradas burocráticas oficiales. Sin ella, no habría durado más de cinco minutos en el aeropuerto, no digamos subir al avión.

Pero aún tengo que llegar a casa.

Mi viejo. Lo único que el pobre cabrón me ha pedido alguna vez es que diera señales de vida. Ni siquiera pude hacer eso. Soy un capullo egoísta a tope. Nunca formó parte de mi código genético ser así. Mi madre y mi padre nunca fueron así, ni tampoco sus padres; nunca fueron tan mimados, autocompasivos, débiles y egocéntricos.

Sé tú mismo, solía decirme siempre cuando era un crío. Siempre fui un poco hiperactivo, siempre tenía que fardar, y a mi madre solía preocuparle cómo me comportaría en las reuniones familiares, si les dejaría en evidencia o no. Pero mi viejo nunca se molestó. Sencillamente me llevaba aparte y me decía que fuera yo mismo. Eso es lo único que tienes que hacer en la vida. Sé tú mismo, me decía.

Lejos de ser una opción fácil, fue lo más difícil, el mayor desafío que nadie me hubiera hecho jamás.

Ahora estoy listo para atravesar la puerta de embarque y me he despedido de Reedy y Celeste Parlour, que se han ido al bar. Helena está allí conmigo y le aprieto la mano, deseando quedarme y teniendo que marcharme. La miro a los ojos, incapaz de decir una palabra, esperando que con eso baste, pero temeroso de que lo único que ella pueda leer en mis ojos sea el miedo y la ansiedad que siento por lo de mi viejo. Pienso en aquella vez en que ella me dijo que le encantaría ver Londres. Yo me lancé de cabeza a una diatriba contándole lo aburrido, sobrevalorado, reprimido y esnob que era Londres; que en lo que a Inglaterra se refería, Leeds o Manchester eran sitios

mucho más interesantes. Sencillamente odiaba la complacencia perezosa y guiri de su comentario. Por supuesto, no hacía más que poner en evidencia mis propias neurosis, mis propios complejos. Había sido un comentario simple e inocente, y yo me comporté como un capullo grosero y autoritario, como siempre hacía con cualquiera con quien mantuviera una relación durante demasiado tiempo. El consumo excesivo de drogas me ha reducido a un caparazón nervioso y amargado. No, eso no es una buena excusa siquiera. Se me ha ido la cabeza; lo único que han hecho las drogas es ayudarme por ese camino.

Ella me abraza con fuerza. Está tan pulcra y tan limpia, todas esas cosas de las que yo me mofaría y que en realidad adoraba en ella. Sé que hace esto por sentido del deber, que esto es lo último y que cuando haya pasado me dirá que todo ha terminado. He pasado por lo mismo otras veces, no me merezco otra cosa, pero quiero que las cosas sean diferentes. «Llamaré a tu madre y le diré que estás en camino», me dice. «Intenta llamarla desde Bangkok. O si te sientes demasiado hecho polvo y crees que eso la deprimirá, llámame a mí y la llamaré yo. Carl, tendrías que irte ya.»

Ella se aparta y noto cómo sus manos se escurren de las mías propinándole un golpe discordante a mi corazón. «Te llamaré. Hay un montón de cosas que necesito decir…, yo…»

«Tendrías que irte», dice ella, y se da la vuelta.

Traumatizado, paso tambaleándome por el control de seguridad del aeropuerto. Miro hacia atrás para ver si sigue allí, pero ha desaparecido.

EDIMBURGO, ESCOCIA
Jueves, 12.41 del mediodía

THE BITTEREST PILL IS MINE TO TAKE[56]

Hubo una época en que Kathryn se había metido mucha coca, pero nunca había probado el éxtasis. Experimentó una sensación trepidante al tragarse aquella amarga pastilla. «¿Ahora qué pasa?», le preguntó a Rab Birrell, mirando a la multitud cada vez mayor que se agolpaba en el club.

«Simplemente esperamos a que nos suba», le dijo Rab con un guiño.

Así que eso hicieron. Kathryn ya empezaba a aburrirse cuando sintió que se apoderaba de ella una hermosa náusea. Pero la sensación de tener el estómago revuelto se le pasó rápidamente y pronto se dio cuenta de que jamás se había sentido tan a gusto y tan a tono con la música. Era fantástico. Recorrió con una mano uno de sus brazos desnudos, gozando de la forma en que la tensión iba desenmarañándose de una forma deliciosa y arrebatadora. Pronto se encontró al borde de la pista de baile, adaptándose a la onda house, moviéndose de forma instintiva e inconsciente, perdida entre la música. Jamás había bailado así antes. La gente no paraba de acercarse a ella, de estrecharle la mano y de abrazarla. Cuando lo hacían después de un bolo, cuando ella se encontraba tensa, lo percibía como una intrusión y le ponía ansiosa. Ahora resultaba maravilloso y cálido. Dos de las personas que la estaban abrazando y saludando eran dos chicas llamadas Lisa y Charlene.

«Kathryn Joyner, una tía de primera», dijo Lisa mostrando su encantada aprobación.

Catarrh vio su oportunidad y se acercó. Empezó a bailar con Kathryn, llevándola paulatinamente hacia el corazón de los bajos. Kathryn se sentía arrastrada por la onda como en un alegre arrebato. Catarrh era un veterano soulero y sabía bailar house de verdad.

Juice Terry y Rab Birrell miraban desde la barra con consternación creciente, aunque Rab logró consolarse bastante merced al hecho de que Terry parecía aún más disgustado que él.

Terry ya no podía soportarlo; decidió dirigirse a los servicios; quizá se metería una raya de coca. Últimamente ya no salía tanto, pero cuando lo hacía, prefería la coca a los éxtasis. De hecho, no sabía por qué se había metido una pastilla. Los *waters*, sin embargo, estaban llenos de gente haciéndose rayas; era mejor guardar la coca para más tarde. De pie ante el urinario, Terry se sacó la polla y se pegó una larga

meada de éxtasis, de esas que no parecían terminar nunca, incluso cuando ya has acabado.

Puesto que la sensación de estar meándose en los pantalones no le agradaba, y se veía obligado a comprobar de continuo que no se trataba más que de una ilusión, Terry trató de arreglarse el pelo y después salió. A la puerta de los servicios, había tres chicas arregladas a tope con indumentaria de club, hablando y fumando. Una de ellas en particular le parecía arrebatadora. Se lo había currado de verdad y a él siempre le habían gustado las chicas que hacían eso. Se acercó alegremente y dijo: «Estás preciosa, muñeca, hay que decirlo.»

Las chicas miraron de arriba abajo al gordo aquel que iba vestido de forma tan rara. «Y tú pareces lo bastante viejo como para ser mi padre», replicó ella.

Terry le guiñó un ojo a las amigas y después le dijo a la chica con una sonrisa, «Sí, y lo habría sido si el pit bull ese no le hubiera estado masticando el coño a tu madre en ese momento», declaró alegremente, marchándose con el dulce sonido de las risas de las amigas de la chica en los oídos.

Terry volvió a la barra, donde Rab seguía apoyado, observando bailar a Johnny y Kathryn. «John Boy se está divirtiendo.»

«Ésa es la única forma en que puede ligar Catarrh. Ponerse una camisa blanca, tragarse una pastilla y bailar con una tía que va hasta el culo de éxtasis», se mofó Terry. A pesar de que había puesto en su sitio a la cabrona descarada aquella, seguía resentido por el comentario. Miró a Birrell y a Catarrh. Los cinco o seis años que mediaban entre él y ellos más bien parecían diez. En algún punto entre la edad que tenía él y la que tenían ellos, los tíos habían empezado a cuidarse un poco mejor. Terry lamentaba la circunstancia de que se encontraba justamente en el lado equivocado de un cisma cultural.

A Catarrh le encantaban las pastillas y la forma en que conseguían que se entregara sin ningún esfuerzo al ritmo. Obligó a Kathryn a seguir sus pasos en la pista, bastante extenuantes, esperando hasta que las brillantes perlas de sudor que tomaban forma sobre su frente bajo las luces estroboscópicas confluyesen formando el primer reguero, antes de tomar aquello como la señal para indicar con la cabeza unos asientos libres en la zona de chill-out.

«¡Cómo bailas, Johnny!», dijo Kathryn al sentarse el uno cerca del otro y darle unos sorbos a la Volvic. Johhny rodeaba castamente con el brazo su estrecha cintura, lo cual les sentó bien a ambos. Aquel muchacho tenía algo realmente espontáneo y hermoso, se dijo Kathryn a sí misma, notando cómo los efectos de la pastilla revoloteaban por su cuerpo al estirar los brazos exuberantemente.

«También toco la guitarra, ¿sabes? Así es como me gané el apodo, Johnny Cuitar. Toqué en grupos durante años. Me encanta la música dance, pero mi primer amor es el rock and roll. Guitar, eh.»

«Guitar», sonrió Kathryn, escudriñando los magníficos ojos negros de Johnny.

«Sí, había un tío llamado Johnny “Guitar” Watson y eso era guay porque los dos

tocábamos la guitarra y teníamos el mismo nombre. Así es como me gané el apodo de Johnny Guitar, por el tío ese. Era negro, americano y tal.»

«Johnny Guitar Watson, supongo que he oído hablar de él», mintió Kathryn, de aquella forma tan vaga y americana destinada a no ofender demasiado.

«Me gusta la acústica, pero también puedo ser un guerrero enloquecido del hacha cuando me apetece. Y no estoy hablando de unos cuantos temas de Status Quo o del *Smoke on the Water…*, así que», y Catarrh preparó su discursito, «si alguna vez necesitas un guitarrista, yo soy tu hombre.»

«Lo tendré en cuenta, Johnny», dijo Kathryn, acariciándole el dorso de la mano.

Catarrh no necesitaba que le dieran más ánimos. Millares de oportunidades desfilaron por su cerebro. Elton John y George Michael en el escenario durante un inmenso espectáculo benéfico televisado desde un estadio, cuando desde cada extremo aparecen ni más ni menos que Eric Clapton y Johnny Guitar blandiendo sus instrumentos, con aspecto tranquilo y concentrado, pero sin dejar de hacer esos pequeños gestos de asentimiento llenos de ironía dirigidos al público y las cámaras. Elton y George harían una ceremoniosa reverencia y conducirían a cada uno de aquellos héroes guitarreros al borde del escenario, donde aquellas legendarias manos le extraerían a las cuerdas de las Gibson Les Paul un dueto de guitarra vertiginoso, extravagante pero muy controlado, que iría acumulando tensión hasta alcanzar nuevas cotas, y llevarían al público a un estado de éxtasis incontrolado. Entonces Elton y Michael volverían al escenario y volverían a atacar el *Don't Let the Sun Go Down on Me* mientras un primer plano le mostraba a billones de telespectadores las lágrimas que rodaban por las mejillas de Elton; así de exaltado se encontraría ante la cegadora actuación de los maestros. Al final de la canción, se derrumbaría del todo y suplicaría: «Volved al escenario… Eric… Johnny…», y los dos héroes guitarreros se lanzarían una mirada chamánica en señal de respeto mutuo, se encogerían de hombros y reaparecerían en medio del mayor hurra de toda la noche. Catarrh daría un paso al frente, con confianza (su talento indicaba que tenía derecho a semejante escenario) pero sin arrogancia (después de todo, seguía siendo un tipo de a pie de The Calders, y era por eso que la peña le adoraba) y soltaría aquella sonrisa ligeramente modesta que daba envidia a los tíos y ponía cachondas y húmedas a las tías.

Elton colmaría de extravagantes abrazos a los maestros, abrumado por la emoción. De forma histérica y entre sollozos entrecortados les presentaría como «… unos grandes amigos míos… el señor Eric Clapton y el señor Johnny Cuitar…» antes de que un Michael comprensivo le apartara del micro.

Elton y George abrazarían por turno a Guitar, lo cual podía resultar un tanto peliagudo con los tíos que lo estuvieran viendo en la tele del Silver Wing, por aquello de que los dos eran maricones y tal. Pero seguro que los gachos comprenderían que la gente del mundo del espectáculo, los artistas, eran por naturaleza gente más expansiva y más apasionada que el resto de la humanidad. Claro está que Guitar no quería que nadie se cachondeara. La peña de los amargados que se habría quedado

atrás, con Juice Terry como ejemplo de primera categoría, jugaría esa baza para sacarle todo el jugo posible. Se engendrarían falsos rumores basados en un único gesto, inocente, emotivo y teatral. Johnny tendría que pensar largo y tendido acerca de esos abrazos de Elton y George. Podrían ser malinterpretados por los incautos y tergiversados por los celosos. Se acordó de Morrissey cantando *We Hate It When Our Friends Become Successful*.[57] Pues bien, no les quedaría más remedio que hacerlo porque Johnny Guitar, sí, GUITAR, no Catarrh ni tampoco John Boy, estaba yendo a alguna parte. Kathryn Joyner no era más que un peldaño en el camino del éxito. Ella no era nadie. En cuanto él se consagrara, cambiaría a aquella perra vieja por una sucesión de ejemplares más jóvenes. Estrellitas del pop, presentadoras de televisión, chicas marchosas, todos vendrían y se irían mientras él picoteaba aquí y allá con implacable desenfreno antes de hallar el verdadero amor con alguna mujer intelectualmente dotada pero hermosa, quizá una joven académica posmoderna, que tuviera el seso pero también el corazón necesarios para comprender la complejidad de la mente y del alma de un verdadero artista como Johnny GUITAR.

No obstante, nada podía darse por sentado; Juice Terry era un rival. Pero él sólo quería utilizar a Kathryn. Por descontado que Johnny también, pero él pensaba utilizarla para conquistar su propia independencia y autonomía. La perspectiva de Terry finalizaba con ella rascándose los bolsillos para pagar unas cuantas cervezas, algo de perica, un curry y después echar un polvo con él antes de pasar una noche tranquila viendo la tele en su apestosa leonera. Por lo que a aquel gordo borrachín de rizos concernía, eso ya sería todo un logro. Sería criminal permitir que Kathryn se viera explotada en función de aspiraciones tan triviales. Ella valía para algo más que para ser empleada como un mando a distancia con pretensiones.

Y también estaba Rab Birrell. El típico intelectual barriobajero, demasiado cínico y crítico como para llegar nunca a nada en la vida. Birrell, tan pedante para contarte cómo son las cosas, cuáles son una mierda y cuáles no, que olvida que los años pasan volando y que él aún no ha hecho otra cosa que firmar en el paro cada quincena y hacer unos cuantos módulos en Stevenson College bajo la regla de las veintiuna horas. Birrell, que creía de verdad que soltarle sus pomposas chorradas políticas a capullos que van medio bolingas o medio puestos de gelatinas en los pubs de la parte oeste iba a elevar su nivel de conciencia e inspirarles para realizar acciones políticas y unirse para transformar la sociedad. ¿Qué podría querer Birrell de Joyner? ¿Decirle a la pobre boba yanqui que sufría de falsa conciencia y que debería rechazar el mundo del entretenimiento capitalista y entregarle su dinero a alguna pandilla de tristes capullos sin colegas que se hacen llamar «partido revolucionario» para que puedan ir a visitar a otros colgaos como ellos en distintos países en misiones de «recogida de datos»? El problema es que las puñeteras chorradas de Birrell podrían tener un gancho tipo secta para una yanqui con pasta que probablemente hubiera probado todas las demás modas existentes de religión, política, medicina o estilo de vida. Rab Birrell, a su propio modo farisaico, era más peligroso para las ambiciones

de Johnny que Juice Terry. A fin de cuentas, ella se aburriría muy pronto de vivir del paro en Saughton Mains con un gordo cabrón y su madre. Aquello era muy distinto de Madison Square Garden. Pero los cabrones políticos y religiosos esos podían llegar a comerte el tarro. Lavarte el cerebro. También había que proteger de ellos a Kathryn. Johnny lanzó una mirada hacia la barra, donde los depredadores pastaban junto a su abrevadero. Alentado, Catarrh continuó: «También escribo canciones.»

«Guau», dijo Kathryn. A Johnny le gustaban los círculos que describían sus ojos y su boca cuando hacía eso. Los americanos eran así: tan positivos respecto de todas las cosas, no como los escoceses. Aquí uno no podía compartir sus sueños y sus fantasías sin que algún capullo amargado se mofara de ti. La brigada de los «conocí a su padre». Pues podían irse todos a tomar por culo, porque su padre también les conocía a ellos y eran, son y serían siempre un hatajo de putos gilipollas.

Kathryn sintió otro subidón de éxtasis y experimentó un acceso de buena voluntad hacia Catarrh. La verdad es que era un tío muy mono, de una forma sucia y ratonil. Lo mejor de todo es que era delgado.

«Una de las canciones que escribí… se llama *Social Climber*. Sólo te canto el estribillo: "Puedes ser un trepa, puedes salir del paro, pero recuerda quiénes son tus amigos, o caerás por un agujero negro…"», chisporroteó Catarrh, tragando un poco más de mucosa que tenía acumulada al fondo de su cavidad nasal para lubricar su garganta seca. «Pero eso es sólo el estribillo.»

«Suena muy bien. Supongo que quiere decir que hay que recordar las propias raíces. Dylan escribió algo parecido…»

«Es curioso que digas eso, porque Dylan es una de mis grandes influencias…»

En la barra, la breve alianza entre Terry y Rab se deshacía. Frustrado por el éxito de Catarrh, a Terry el éxtasis le producía un puntillo más travieso que amoroso. «Business Birrell. Qué bueno, eh», se rió, mirando a Rab a la espera de su reacción.

Rab miró para otro lado y sacudió la cabeza con una sonrisa forzada.

«Business Birrell», repitió Terry en voz baja, mientras la voz le temblaba de alborozado desdén.

A pesar de la exuberante lucidez libre de chorradas que le proporcionaban las pastillas, Rab se veía obligado a admitir que Terry era un vacileta de élite. «Terry, si tienes algo que decirle a mi hermano, díselo a él, no a mí», dijo Rab, volviendo a sonreír.

«Nah, sólo pensaba en el titular de prensa aquella vez, Birrell va en serio, ¿te acuerdas?»

Rab le dio una palmada en la espalda a Terry y pidió un par de Volvics. Pasaba de meterse en aquello. Terry era legal, era su colega. Sí, sentía celos del hermano de Rab, pero ése era un tema para que lo resolviera Terry. Capullo lamentable, pensó Rab alegremente.

En su cabeza, Terry repetía el mantra: Billy Birrell, Silly Girl. Se acordaba de ése: ése era viejísimo, de los tiempos de la escuela primaria.

Y también estaba Secret Squirrel. Ése lo había inventado él. ¡Cómo lo odiaba Billy! Aquello hizo que Terry empezara a pensar en el pasado, o más bien en el futuro a partir de aquel punto, acerca de lo amigos que habían sido él y Billy Birrell. Eran grandes colegas; en aquellos tiempos no se trataba de Terry y Rab o Terry y Post Alec; en aquellos tiempos se trataba de Terry y Billy, Billy y Terry. Ellos dos y Andy Galloway. Galloway. Menudo tipo. A aquel cabroncete lo echaba de menos. Y a Carl. Carl Ewart. N-SIGN. La estrella del tecno. Fue Terry quien le puso el apodo. Terry trató de pensar en la influencia que el nombre de N-SIGN tuvo sobre la carrera de disc-jockey de Carl. Lo había supuesto todo. Sin duda tenía derecho a una tajada de los ingresos de su viejo amigo por proponerlo. Carl Ewart. ¿Dónde estaría ahora ese cabrón?

Rab se dedicó a darle sorbos a una de las botellas de Volvic y se dejó llevar por la música hasta ponerse a bailar. Aquellas pastillas eran excelentes. Él se mostraba más bien cínico respecto del potencial de los éxtasis para cambiar la vida; le habían motivado para ir a la universidad, pero él consideraba que más lejos no podían llevarle. Ahora simplemente formaba parte de la mezcla de alcohol, speed, perica y a veces barbitúricos que constituía el menú de las salidas nocturnas. Aunque cuando uno conseguía pastillas de esta calidad, terminaba por pensarlo dos veces. Resultaba manifiesta una vibración de los buenos viejos tiempos de hacía unos pocos años: el local estaba iluminado por esa sensación de unidad despreocupada. Y ahora, sin darse verdadera cuenta de lo que hacía, estaba hablando no con una, sino con dos tías preciosas que te cagas. Más importante aún, desde el punto de vista de Rab, lo estaba haciendo sin el bagaje de chorradas y afectación, sin hacerse el listo o mostrarse agresivo para ocultar el hecho de que era un tímido barriobajero escocés con un hermano y sin hermanas y que nunca había aprendido a hablar de forma apropiada con las mujeres. Pero ahora no había ningún problema. Era fácil. Se limita uno a decir: ¿Cómo va, os lo estáis pasando bien?, y las cosas fluyen sin que la testosterona o los condicionamientos sociales hagan de las suyas. Ve a una de las chicas, Lisa se llama, bailando sin parar, sus largos cabellos rubios sacudiéndose de un lado a otro, su top blanco con un incandescente brillo de azul eléctrico, su culo con aspecto de dominar el mundo y haciéndolo, mientras se menea con sensuales ondulaciones. Ve al disc-jockey, Craig Smith, ejecutando una difícil mezcla y llevándola a cabo con la naturalidad indiferente de un *pizza, chef* experimentado de Nueva York en la Pequeña Italia, improvisando una de aquellas apetitosas creaciones. Todas esas chicas y el disc-jockey trabajando para ellas, sabiendo que los chicos acatarían. Ésa es Lisa, prisionera voluntaria de la onda. Pero es la otra, Charlene, la chavala de pelo oscuro y aspecto agitanado quien le parece a Rab la verdadera obra de arte de esta exhibición de belleza femenina, pura, abrumadora y magnífica. Ella le dice que quiere quedarse traspuesta y ahora se sienta en la rodilla de un tal Robert Birrell para hacerlo y le rasca la espalda mientras él le acaricia el brazo y ella le dice al joven Birrell: «Me gustas.» ¿Acaso el Birrell en cuestión murmura algo áspero y avergonzado, acaso

estropea el momento con un alcohólico y frívolo? «Entonces, ¿te apetece echar un polvo?». ¿Acaso mira a su alrededor con semblante paranoico, preocupado de que algún supuesto colega como Juice Terry le haya tendido una trampa para dejarle en ridículo?

Acaso una mierda. Robert Birrell se limita a soltar: «Tú también me gustas», y en sus ojos no se aprecia una mirada cohibida, huidiza o paralizada, ninguna pausa tensa para interpretar o malinterpretar la señal. Sólo dos bocas y dos lenguas que se unen de forma relajada y lánguida y dos psiques entretejiéndose como dos serpientes. Rab Birrell está contento y decepcionado a la vez al darse cuenta de que no hay erección a la vista porque se está embarcando en un viaje de amor trascendental con la tal Charlene, pero un polvo estaría bien y debería tenerlo presente porque después las prioridades cambian, pero ahora a la mierda con eso. Sólo estar aquí sentado, morreándola y acariciándole el brazo. Después de que Joanne se fuera, había pasado una noche follándose a una chica que conoció en un pub, sin llegar a experimentar un nivel de intimidad remotamente parecido al de ahora.

Lisa está junto a ellos y le dice a Rab que necesita respirar: «¿Te gustan los cócteles?»

«Sí…», dice Rab vacilando, pensando que la chica esta no tiene por qué invitarle a una copa, un cóctel prohibitivo…, además está en pleno subidón de éxtasis…

Lisa mira a Charlene y se ríe: «Ella podría contarte unos cuantos.»[58]

TAXI

«Tienes que reconocer, amigo, que en Escocia la gente es muy cordial», le dijo el joven de la barra. Franklin se metió la mano más adentro del bolsillo del pantalón. «¿Verdad que sí, amigo?»

«Sí», contestó nervioso.

«Somos distintos a los ingleses», subrayó el joven. Era delgado, llevaba el pelo corto, tenía una mala complexión, llevaba una sudadera larga que le colgaba como una tienda de campaña, y unos pantalones anchos con los extremos raídos. El último par de pubs había estado más animado que los anteriores, pero seguía sin haber ni rastro de Kathryn.

«Puedo conseguirte lo que quieras, colega, no tienes más que decirlo. ¿Quieres un poco de *brown*?»

«No, no quiero nada, gracias», replicó Franklin secamente. Apretó con más fuerza los billetes que llevaba en el bolsillo.

«Puedo conseguirte speed del bueno. O unos éxtasis. MDMA en estado puro, tío. Perica. Recién sacada de la piedra, la mejor que hayas probado nunca», dijo el joven rascándose el brazo. Las dos marcas blancas que tenía a cada uno de los lados de la boca le proporcionaban a su mandíbula inferior aspecto de marioneta.

Franklin rechinó los dientes. «No quiero nada, gracias.»

«Te puedo conseguir unas gelatinas. El tío está aquí enfrente. Me das veinte libras y vuelvo en un minuto.»

Franklin se limitó a mirar al joven fijamente.

El muchacho extendió las palmas. «De acuerdo, puedes subir a su casa conmigo. Pruebas el género. ¿Qué te parece?»

«Te estoy diciendo que no me interesa.»

Había un grupo de hombres robustos que andaban por la cincuentena jugando a los dardos. Uno de ellos se aproximó. «El tío te lo ha dicho, yonqui de mierda, no le interesa. ¡Ahora vete a tomar por culo de aquí!»

El jovencito se encogió y se encaminó hacia la puerta. Mientras salía, se volvió y le gritó a Franklin: «¡Te voy a rajar, puto cabrón yanqui!»

Los jugadores de dardos se rieron. Uno de ellos se acercó a Franklin. «Yo que tú me largaría de aquí, colega. Si quieres beber en Leith, más te vale irte a la zona del muelle. Por aquí tienen que conocer tu cara o a algún capullo te dará la brasa. Puede que sea eso lo que quieras o no, pero eso es lo que pasará.»

Franklin aceptó agradecido el consejo de aquel hombre, puesto que su propia experiencia no contradecía precisamente aquella proposición. Se dirigió hacia los muelles y se tomó un par de copas solitarias y sensibleras. No había signo alguno de Kathryn y allí había montones de pubs y de restaurantes. Era inútil. Había llamado a los recepcionistas del hotel, pero ella no había regresado a su habitación. A pesar de ello, sintiéndose ya derrotado, tenía intención de irse a dormir. Cogió otro taxi para volver a Edimburgo.

«Americano, ¿eh?», le preguntó el taxista mientras subían a toda velocidad por el Walk.

«Sí.»

«¿Ha venido por el festival?»

«Sí.»

«Es curioso, porque usted es el segundo americano que sube a mi taxi esta noche. Nunca se imaginaría quién era el primero, la cantante esa, Kathryn Joyner.»

Franklin se quedó de una pieza. «¿Adónde…», preguntó con calma, tratando de no perder el control, «la llevó usted?»

ESTRELLAS Y CIGARRILLOS

Terry y Johnny, ambos pendientes de su propia agenda, estaban un poco irritados porque no paraba de acercarse gente a Kathryn. La fraternidad inducida por el éxtasis estaba bien, pero ellos tenían negocios que atender. Por tanto, Terry se mostró de acuerdo con Catarrh cuando Johnny le dijo a Rab Birrell: «Volvamos a tu casa.»

«Eh, vale», dijo Rab, «un momento.» Quiso asegurarse, echándole una mirada a Charlene y a Lisa. Rab estaba decidido a no ir a ninguna parte sin Charlene. Ellas estaban a favor, pero fue Kathryn quien se mostró renuente en un principio. «¡Terry,

me lo estoy pasando de cine!»

Como de costumbre, Terry tenía una respuesta. «Ya, pero ahora es precisamente cuando hay que moverse. Cuando te lo estás pasando de cine. Porque si esperas a estar pasándolo de culo antes de irte, no harás más que llevarte el mal rollo contigo al sitio siguiente.»

Kathryn meditó al respecto y le dio la razón. Aquella noche había comenzado de forma extraña, pero poco a poco se había convertido en algo maravilloso. Y Terry no le había fallado hasta ahora, así que estaba contenta de seguirle la corriente. Terry, por su parte, estaba sorprendido de ver que dos de las chicas que había visto antes estaban con Rab Birrell. Eran las que estaban con la chavala a la que había insultado.

Lisa le miró y señaló: «¡Eso estuvo cojonudo! ¡Que un pit bull se comiera el coño de su madre!»

Rab parecía desconcertado mientras Charlene y Lisa se partían de risa. Terry también lo hizo y luego dijo a modo de semidisculpa: «Siento haberle tomado el pelo a vuestra amiga…»

«Nah, estuvo guay», sonrió Lisa, «es una vacaburra creída. No iba con nosotras. Simplemente nos la encontramos, ¿eh, Char?»

«Sí» corroboró Charlene. Rab le había dado un chicle y estaba masticando a toda pastilla.

«Estupendo», asintió Terry, consciente en todo momento de que jamás se le habría pasado por la cabeza disculparse de haber creído que las chicas estaban ofendidas de verdad.

Cogieron los abrigos y se enfrentaron al frío. Kathryn se quedó paralizada por los trazadores de sodio de color naranja de las farolas inspirados por el éxtasis y no vio al hombre que salía de un taxi y pasaba justo por delante de ellos antes de meterse en el club. Bajaron caminando por la calle durante un rato antes de desviarse por una bocacalle y subir por unas escaleras. Las escaleras estaban desgastadas; llegaron a una planta y después a otra. «¿Dónde está el maldito ascensor, eh, Kath?», carraspeó Terry con un deje americano de pega, mientras ascendían, peldaño a peldaño, hasta el último piso.

«Vaya putada, cacho cabrón», dijo Kathryn con un mal acento escocés, tratando de imitar una frase que Johnny Catarrh le había enseñado en el club.

Así que la cantante americana Kathryn Joyner acabó por visitar el piso de Rab Birrell. Lisa estaba impresionada con el tamaño de la colección de discos de Rab. «Increíble», dijo, revolviendo entre los vinilos y los compacts que había en los estantes de las paredes. Rab Birrell se olvidó de mencionar que la mayoría pertenecían a otra persona, un amigo suyo disc-jockey, y que él sólo se los estaba guardando, y de paso cuidándole el piso. «¿Alguien quiere escuchar algo en particular?»

«¡Kath Joyner!», grita Terry. «*¡Sincere Love!*»

«¡No, Terry, maldito seas!» Ya no cantaba nunca aquella puta canción. No desde

lo de Copenhague. La odiaba. Era la que había escrito a medias con *él*. Era la que le pedían todos los gilipollas.

Charlene hace una petición: «Basta de música dance, Lise, estoy destrozada tras esa quincena en Ibiza. Mira a ver si encuentras algo de rollo indie, algo de rock and roll.»

«De eso no andamos muy sobrados», confiesa Rab.

«El rock and roll de ahora es una mierda. El único que hace algo interesante ahora es Beck», se aventura a decir Johnny.

A Kathryn se le ensanchan los ojos. «¡Dios, Johnny, qué razón tienes! Pon a Beck. ¡Es un tío de lo más enrollao!»

«Sí, es guay», asiente Terry, acercándose para ayudar a Lisa en la búsqueda. Mira entre el montón de los singles. «Ya lo tengo», dice, acercándose a la torre. Pone la música, y el conocido riff de *Hi-Ho Silver Lining* surca el ambiente.

«¿Qué cojones es eso?», pregunta Lisa, mientras Rab empieza a soltar risitas. Johnny también.

«Beck. Jeff Beck», soltó Terry, canturreando. «*Ha ho silvah lynin…*»

Kathryn le mira con aire grave. «Ése no es el Beck en el que estábamos pensando, Terry.»

«Vale», dice Terry, deshinchado, sentándose en un puf.

Rab Birrell se levanta y pone el *Let the Music Play* de Shannon y baila un poquito con Charlene y Lisa, antes de coger a Charlene de la mano y conducirla a un asiento que está mirando a la ventana en saliente del piso.

Terry se siente viejo y humillado. Para consolarse, empieza a hacer rayas de cocaína sobre la funda de un compact.

«Vete a la mierda, Terry, seguimos con el punto del éxtasis», dice Rab, volviéndose desde el asiento de la ventana.

«Algunos sabemos controlar con las drogas, Birrell.»

Kathryn también está contenta de seguir con el punto del éxtasis. Después de terminarse Shannon, alguien pone otro compact. A Kathryn le gusta la música, y se levanta a bailar con Johnny y Lisa. Esta jovencita le parece muy hermosa a la cantante americana, pero en lugar de sentirse intimidada por ello lo agradece. A oídos de Kathryn la música es fantástica, rítmica, poderosa pero con soul, y llena de ricas texturas. «¿Quién es?»

Johnny le pasa la funda del compact. En ella lee:

N-SIGN: Departures

«Un colega de Terry», dice Johnny; después, captando el interés de ella, empieza a arrepentirse. «De hace siglos y tal», añade, iniciando un movimiento de baile seductor y poco convencional que tanto Kathryn como Lisa, para alivio suyo, deciden copiar.

Rab Birrell está sentado con Charlene, cogidos de la mano, señalando hacia Arthur's Seat.[59] «La vista es preciosa», dice ella.

Terry, abatido y sentado en el puf, escucha el comentario. Birrell tiene novia nueva. Ahora todos nos vemos obligados a ser testigos de una exhibición repugnante de peloteo inducida por el éxtasis por el hecho de que Birrell va a echar un polvo por primera vez en siglos. Beck. ¿Quién cojones sería ése? Algún puto maricón americano. Era para darse con la cabeza contra la pared. En algunos ambientes, las referencias equivocadas eran un crimen imperdonable, peor aún que la ausencia absoluta de referencias. Y no había un lugar en todo el mundo donde sería juzgado de forma más áspera que en el queo anal y estudiantil del capullo de Rab Birrell. Aquello se estaba convirtiendo rápidamente en una pesadilla, pensó Terry, mientras preparaba las rayas de coca, que nadie salvo él parecía querer. Catarrh tiene a dos tías babeándole encima, y Rab se lo hace de pico de oro porque va hasta el culo de éxtasis. Terry hace un balance brutal del piso de estudiante de Rab. El papel pintado. Los pufs. Las plantas. ¡Dos putos tíos en un piso con plantas! Rab Birrell, presunto Hibs boy, por si fuera poco. Pero aquel capullo siempre había sido más CC Blooms que CCS. En los Juzgados de Distrito de su imaginación, donde Rab Birrell comparece como acusado de ser un estudiante capullo y amariconado, Terry acumula un enorme fárrago de pruebas que te cagas. Entonces es cuando lo ve. Es el artefacto que le altera hasta unos niveles desconocidos, más allá de la irritación, transportándole de golpe a un estado de indignación que le deja mudo. Es un cartel de un soldado recibiendo un disparo junto a la palabra WHY seguida de un signo de interrogación. Aquello lo dice todo del capullo de Birrell a Terry: sus ideas políticas, sus poses, su estúpida mierda estudiantil. Casi podía escucharle ahora, diciéndole a la chavala atontada esa, sí, da que pensar, ¿verdad?, y embarcándose en uno de sus discursos acerca de cualquier bazofia de la que hablen él y sus nuevos amiguitos de la universidad. Stevenson College Birrell, Stevenson College.

Y el hermano de Rab. Billy. Su ex mejor amigo. Terry se acordaba de la primera y única vez que entró en el Business Bar; de acuerdo, llevaba unas copas de más e iba en mono porque había estado pintando un poco de extranjis. Pero Business poco menos que había pasado de él, echándole una mirada desdeñosa que decía: «Terry, vuelve cuando estés mejor vestido» que hizo que Terry se sintiera como un capullo total delante de los pijos gilipollas de George Street que bebían allí. A través de la reverberación de la droga y la música de N-SIGN fantaseó con que podía oírles en ese momento: «La verdad es que conozco a cierto número de personas poco recomendables de esta ciudad. ¿Conoce usted a Billy Birrell? ¿El exboxeador? ¿Qué lleva el Business Bar? Vaya personaje.» Y allí estaría Business Birrell, el puto Kid. Rembrandt, diciéndole en voz baja a una de las chavalas a las que da trabajo para poder meterse en sus bragas: «Trata bien a Brendan Halsey. Es un pez gordo de Standard Life. ¡Anda, mira, ahí está Gavin Hastings! ¡Gavin!»

Birrell. Quedando como un capullo. Nunca sería uno de ellos, y ellos nunca le

aceptarían de verdad. Ahí de pie, dejando que le trataran con condescendencia, y él sin darse cuenta o peor aún, percibiéndolo y atribuyéndolo al «negocio».

Los Birrell y sus putas pretensiones.

Rab miraba el cartel que le había gustado a Charlene. «La verdad es que ese cartel dice mucho, ¿no?», dijo ella, incitándole a corroborar lo dicho por ella.

«Sí», contestó Rab con menos entusiasmo del que pensó que ella esperaba. Odiaba aquel cartel con ganas. Lo había puesto su compañero de piso, Andrew, y Rab siempre hacía bromas acerca de las repugnantes muestras de kitsch estudiantil e izquierdista, pero éste le irritaba de veras. Para Rab era la encarnación del progresismo petulante y autosatisfecho. Hagamos esas bobas afirmacioncillas para demostrar lo profundos que somos y lo enterados que estamos. Era un montón de mierda. Andrew era legal, pero le importaba un carajo la guerra en general. No era más que una forma fácil de procurarse un poco de credibilidad pomposa.

Se volvió y vio a Terry mirando el cartel con una expresión de asco abyecto; supo lo que Juice estaría pensando y le entraron ganas de gritar «No es mío, ¿vale?». Pero Charlene le estaba tirando de la mano y se fueron al dormitorio a abrazarse, morrearse, cuchichear secretos y si eso les conducía a explorarse el uno al otro y compartir fluidos corporales, pues por parte de un tal Robert Stephen Birrell no había inconveniente. Rab Birrell estaba disfrutando de la pasividad, de verse libre de la carga de ser el capullo de la parte plasta de la transacción que siempre está insistiendo. A veces nos sigue haciendo falta una buena pastilla para desprogramarnos, soltarnos y librarnos de todas las inhibiciones de mierda.

Terry les observó marcharse al dormitorio de un modo que rozaba la desesperación absoluta. Birrell y Catarrh no sólo habían tomado al abordaje su noche con Kathryn, se lo habían restregado por las narices dejando claro que la joya por él codiciada era un simple trozo de bisutería a abandonar en cuanto aparecieran otras más brillantes. Si no tenía cuidado, Catarrh volvería a casa con dos de ellas. Catarrh en un trío y Terry a su bola. ¡Catarrh! Las campanadas de alarma fueron *in crescendo* dentro de la cabeza de Terry. Esnifando una raya y después otra, sintió cómo el ritmo cardíaco se le aceleraba y la columna se le fundía formando una compacta barra de hierro. Se levantó y llegó hasta la puerta de un salto, saliendo al pasillo. Unos momentos más tarde, volvió envuelto en un edredón blanco, de un color y una textura semejantes a la camisa de Johnny. Acercándose a pasos agigantados, Terry se colocó detrás de Johnny y empezó a parodiar exageradamente sus estilizados pasos de baile.

«Terry, ¿qué haces?», se reía Kathryn, mientras Terry se meneaba y Johnny miraba tímidamente por encima de su hombro. Lisa se rió en voz alta, como una lavadora durante el centrifugado. Aquel Terry era un chalao.

«Sólo te estaba robando un poco el estilo, John Boy», le dijo con una sonrisa a Johnny, cuyo labio inferior fue curvándose involuntariamente hacia abajo.

Catarrh siempre había tenido un problema con las bravatas de Terry y lamentó de inmediato haberse dejado encajonar tan fácilmente en un rol tan servil. Sintió que la

confianza le abandonaba al mismo tiempo que el subidón del éxtasis. Lo único que podía hacer era seguir bailando y reflexionar acerca del dilema. Kathryn o Lisa, Lisa o Kathryn…, una gallina vieja pero con perspectivas o una tía joven y por su sitio y un polvo guapo…; aquel escenario global con Elton y George estaba alejándose cada vez más. Pero no necesitaba llevar a remolque a unos maricones del mundo del espectáculo. Esa clase de compañías resultaría más perjudicial que beneficiosa para su carrera. Había que tener muy presente el mercado adolescente; aquél era el motivo por el cual tantos miembros de grupos masculinos permanecían dentro del armario. A la mierda con todo aquello. Lisa o Kathryn. La Lisa esa tenía un polvo. De acuerdo, tampoco a Kathryn le haría ascos, pero indudablemente su mejor momento había pasado. De todos modos, Lisa parecía un poco calientapollas. A la mierda. Ir a por Kathryn sería anteponer la carrera y con el aliciente añadido de dejar a aquel gordo cabrón de Juice Terry frente a una noche de frustración.

Pero Lisa miraba a Terry con mucho más interés de lo que Johnny había notado. Era bastante gordo, pero la matriz nariz-manos-pies que ella empleaba para hacer cálculos daba como resultado un paquete bien provisto.

A Kathryn le iba mucho Johnny. Johnny era hermoso. «Johnny es hermoso», le dijo imperiosamente a Terry, mientras Johnny tragaba mucosas. Ella le rodeó con los brazos, ambos completamente ajenos al entrechocar de los dientes de Terry. «¿Quieres que nos enrollemos?», le cuchicheó ella al oído.

«¿Eh?», contestó Catarrh. ¿Pero qué cojones decía?

«Supongo que me apetece acostarme contigo.»

«Guay…, eh, pero mejor en el hotel, ¿no?», sugirió Catarrh, ansioso por apartarla de la manada. Lisa estaba muy buena, pero no iba a ninguna parte. Seguiría con ganas después de que él regresara de la primera gira americana. Intentaría hacerle un hueco en la agenda. La carrera, después de todo, tenía que ser lo primero.

«No…, no quiero ir allí», dijo Kathryn. «¿No hay una habitación para invitados?»

«Sí…, la del compañero de Rab, Andy…», pensó Catarrh sin entusiasmo. ¿Quién en su sano juicio querría follar sobre un colchón desvencijado bajo el edredón manchado de semen del dormitorio de un estudiante gilipollas cuando podrían estar en una suite de primera del Balmoral? Sólo había una respuesta posible: una guarra ricachona encanallándose. Johnny había oído que algunas de las habitaciones del Balmoral tenían espejos en el techo. Con todo, como decían los yanquis, era ella quien mandaba. Desaparecieron por el pasillo, dejando a Terry en un estado de gran agitación.

Lisa le miró. «Sólo quedamos tú y yo, ¿eh?»

Terry se fijó en su mohín, y más allá de él, en su top blanco y en los pantalones negros. Notó un cosquilleo ronco en la garganta. Terry odiaba ligar con las tías cuando iba de éxtasis. El estilo tú-ya-me-entiendes y el ritualismo de la familiaridad propios del ligoteo británico se le daba bien, y detestaba la forma en que el éxtasis minaba y subvertía sus elementales banalidades. Las cintas de chorradas le habían

servido bien y no quería borrarlas y empezar de cero. A falta de ellas no se le ocurría qué decir. «En tiempos curraba en las furgonas de reparto de refrescos», explicó, «pero de eso hace mogollón…»

Johnny y Kathryn estaban asomados a la ventana mirando el cielo nocturno. Había un hermoso despliegue de estrellas. Johnny le daba caladas a su Regal mientras observaba cómo brillaban. Kathryn miró a Johnny, después al cigarrillo y después a las estrellas. «Supongo que esto es como algún momento de esos que salen en las películas existencialistas de poca monta, Johnny», especuló ella.

Johnny asintió lentamente, sin mirar a Kathryn, que estaba hecha un ovillo a su lado. Las estrellas resplandecían, enviándose extraños mensajes cifrados unas a otras a lo largo del universo. «¿No crees que hay algo más allá de todo eso?», preguntó Kathryn.

«He tratado de dejarlo otras veces, pero en realidad me da igual, ¿sabes?»

Kathryn no le escuchaba. «Sólo pienso… espacio», dijo en tono soñador.

Johnny miró primero al cielo y después a la colilla encendida. «El tabaco», meditó, casi para sus adentros. Por supuesto que Catarrh apreciaba el vertiginoso despliegue de aquella extensión iluminada por la luz de las estrellas, y las posibilidades que parecía ofrecer, pero decidió no comentárselo a Kathryn. Habría sido demasiado agobio decirle que se encontraba en una parte de Escocia en la que compartir sueños era como compartir agujas; parecía una buena idea al principio pero sólo servía para acabar jodido. Además, le apetecía echar un polvo. Se volvió hacia ella y sus labios se encontraron con los de ella. El tambaleo hasta la cama y el edredón era breve, y Catarrh esperaba que para entonces su pasión sería tal que acostarse entre las migas rancias y las manchas de semen de un estudiante gilipollas habría perdido toda relevancia.

A BORDO
4 de la madrugada

La azafata me mira con horror apenas disimulado. Voy hecho un asco: la ropa sucia y apestosa, la cabeza rapada (en el desierto había demasiado polvo y demasiada porquería como para dejarme rastas) y el olor que desprendo: descargas químicas rancias mezcladas con la tierra del Nuevo Mundo. Tengo la cara surcada por el sudor y la mugre. La azafata le echa una mirada a un auxiliar de vuelo con una manicura muy bien hecha, que entorna los ojos en cuanto me ve. El pobre capullo que va sentado a mi lado arquea el cuerpo para apartarse todo lo posible. No estoy en condiciones de volar. No estoy en condiciones de hacer nada.

El avión ruge al arrancar; estoy inmovilizado contra el asiento y levantamos el vuelo.

«Disponíamos de espacio, Helena», me escucho decir a mí mismo un par de veces mientras el aparato se endereza. El tío de al lado se encoge más aún en el asiento. Se me acerca otra azafata. «¿Se encuentra usted bien?»

«Sí.»

«Guarde silencio, por favor. Está molestando a la gente.»

«Lo siento.»

Trato de mantener los ojos abiertos, aunque necesito dormir desesperadamente. En cuanto los cierro me encuentro en un mundo de locura absoluta; rodeado de demonios y serpientes, acosado por los rostros de los olvidados y de los muertos; empiezo a despotricar antes de forzarme a asumir un estado de conciencia que me resulta imposible mantener.

Ignorante e ilustrado.

Los ignorantes jamás impedirán que los ilustrados tomen drogas. Estoy de acuerdo con el bueno de Kant Immanuel y los últimos caníbales; el fenómeno y el noúmeno son lo mismo pero cada cual sólo ve lo fenoménico a través de su propia perspectiva.

Por eso recuerdo el mejor consejo que jamás me diera mi viejo: Nunca te fíes de un abstemio. Eso es como decir: Soy un gilipollas ignorante y cerrado. Si trataran de compensar la carencia de drogas con una imaginación brillante, aún. Pero si la tienen, la mantienen pero que a muy buen recaudo. Qué…

QUE… Una sombra junto a mí.

«¿Qué le gustaría beber?», me pregunta el auxiliar.

¿Qué?

La elección del consumidor *versus* la elección real.

La sed es el problema, la bebida la necesidad. Qué beber: café, té, Coca-Cola, Pepsi, Virgin, Sprite, sin calorías, sin cafeína, con conservantes…, para cuando has optado simbólicamente has consumido un cacho más grande de los noventa años que te corresponden de lo que podría haber hecho cualquier clase de droga. Intentan hacerte creer que efectuar esa clase de opción un día sí y otro también te hace sentir libre o vivo o realizado. Pero es una mierda, un salvavidas para impedir que todos nos volvamos locos que te cagas ante la demencia de este mundo hecho polvo que hemos dejado que construyan a nuestro alrededor.

Libertad de efectuar elecciones sin significado. «Agua… sin gas…», espeto.

Al principio pienso que vuelvo a estar donde antes, y noto la acidez del polvo en mis fosas nasales, en los labios, el rostro y las manos, el aire extraño y frío, y desde cierta distancia el latido del bajo y las voces: chillidos, alaridos y cuchicheos.

CHILLIDO BONG

Pero voy en el avión con los ositos malos

Tratando de arrasar mi mente a base de drogas. Ahora volvían a mí la náusea, los dolores, los espasmos y los temblores, rivalizando con todo lo que pudieran inventar los demonios.

Pero los ositos aquellos insistían. Uno, encaramado en el asiento de delante, se muestra particularmente tenaz.

YA ERES NUESTRO, CAPULLÍN

SIEMPRE HAS SIDO UN INÚTIL. CARL, NO DAS MÁS QUE PROBLEMAS

A NOSOTROS NO NOS ENGAÑAS, COLEGA, TE CONOCEMOS. OLEMOS TU MIEDO, LO PALADEAMOS

SABEMOS QUE ERES UN MIERDECILLA INÚTIL, CAGADO Y COBARDE

NO QUERÍAS TRABAJAR, EL ROJO DE TU PADRE NO QUERÍA TRABAJAR

Ay, Dios mío…

Y uno de los ositos me mordisquea la mano, la muerde; soy yo, con el mechero, he estado encendiéndolo de puro nerviosismo; sin cigarro que encender, sólo quemándome la mano con la llama. «¿No hay fumeque? ¿Dónde está el fumeque?»

«¿Qué le ocurre?», dice la azafata.

«¿Tiene un cigarrillo?»

«¡Está prohibido fumar! Va en contra de las leyes de la aviación civil», dice ella lacónicamente y se aparta.

Hostia puta, voy a morir. Esta vez voy a morir de verdad. No veo forma de salir de ésta. Ohhh…

No.

No vas a morir.

Nosotros no morimos. Somos inmortales.

Y una mierda; eso es lo que nos creíamos antes.

Nah, nosotros sí que vamos a morir. La cosa no sigue. Se acaba.
Gally.

EDIMBURGO, ESCOCIA
8.26 de la mañana

NUESTROS HUÉSPEDES DE PRO

A Lisa le sorprendió agradablemente comprobar que Terry tenía un polvo estupendo. Habían estado follando la mayor parte de la noche, pero como se habían metido un montón de perica, fueron incapaces de disfrutar de excesiva armonía poscoito, retorciéndose y sudando uno en brazos del otro, con el corazón bombeando. Pero el tal Terry desde luego sabía lo que se hacía, y cuando se hartaba de mostrarse imaginativo, podía aporrearte con aquel pollón hasta sacarte sangre por las orejas.

Ahora ella estaba encima de él, y sí, era un poco el tipo del gordo retorcido, siempre iba a por su culo; conocía el tipo, pero de ninguna manera iba a meterse aquella cosa por el ojete. Ella le hincó el dedo por el suyo, para ver cómo reaccionaba. Se lo hacía a la mayor parte de tíos que intentaban encularla; pronto lograba que se comportaran y la trataran como a una dama.

Terry soltó un chillido desesperado, más allá del deseo o de la euforia, y su erección se deshizo al apartar a Lisa con una expresión de dolor grabada en la cara.

«Nunca te habría tomado por un remilgado. Me parecías bien guarrete. La cosa cambia cuando el ojete es tuyo, ¿verdad, chaval?»

Terry respiraba con dificultad; los ojos le lagrimeaban.

«Vaya, no mola, ¿a que no?», comentó Lisa.

«No es eso», jadeó con los dientes apretados, «son las *Rockford*,[60] llevan días dándome guerra.» Terry tuvo que levantarse y encontrar algo que echarle a las almorranas. Tras un rato, se decidió por la crema de manos Nivea de Lisa. Ayudó, pero no podía calmarse. Se metieron otra raya de coca.

Terry empezó a revolver por ahí, como solía hacer en casa ajena. Como por lo general entraba sin invitación y acompañado por Post Alec, estaba condicionado para comportarse del mismo modo en las ocasiones en las que lo hacía como huésped de pro. Para gran alborozo suyo, encontró un ensayo universitario de Rab Birrell. Empezó a leerlo. Aquello era tal pasada que había que compartirlo con los demás. Terry decidió llamar a todas las puertas diciendo que era imprescindible que la gente se levantara enseguida, ofreciendo el incentivo falso del desayuno.

Primero aporreó la puerta de Johnny y Kathryn. «¡John Boy! ¡Kath! ¡Venid a ver esto!»

Johnny se sintió irritado y agradecido a la vez por la intervención de Terry. Sí,

acababa de dormirse y estaba maldiciendo a aquel incordiante gordo cabrón. Pero por otra parte, Kathryn no le había dejado en paz durante toda la noche, y se sentía incapaz de follársela otra vez. Tomó aire mientras ella se estiraba y se volvía hacia él, con los ojos abiertos y los labios húmedos.

«Johnny… eres la hostia…», dijo ella, rodeándole la polla fláccida con la mano.

«Eh, tendríamos que ir moviendo…»

«¿Qué tal uno rapidito?», inquirió ella, exhibiendo una sonrisa.

Un haz de luz iluminaba su figura casi transparente y esquelética. Johnny se contrajo, sobrecogido por el horror, y tragó algo de mucosas. Había muchas, y no podía escupirlas, así que tuvo que tragar. Bajaron por su garganta como un guijarro, haciendo que le lloraran los ojos y revolviéndole el estómago. «Uno rapidito…, esa palabra no está en mi diccionario», dijo, armándose de valor. «Las cosas o se hacen bien o no se hacen.»

Concediéndose a sí misma una sonrisa de ánimo, Kathryn miró el reloj y preguntó: «Es tan temprano…, ¿qué querrá Terry?»

Terry rebuscó con el pie por el fondo de la cama. Encontró sus calzoncillos, se levantó de la cama de un salto y se los puso. «Tratándose de Terry, se traerá algún chanchullo entre manos.»

A Kathryn no le importaba levantarse. Estaba deseosa de seguir con la aventura. Aquella cama de mierda estaba llena de migas y saturada del sudor y los fluidos corporales de ambos. Se vistió lentamente, pensando en preguntar por la ducha, pero pensó que quizá fuera poco diplomático. ¿Se lavaba la gente en Escocia? Algo había oído, pero respecto a Glasgow. Quizá Edimburgo fuera diferente. «Sabes, este viaje me ha abierto los ojos, Johnny. He aprendido que vivís en vuestro propio mundo. Es como si… lo que le sucediera a ti y a tus amigos fuera más importante y mereciera más atención que lo que le sucede a la gente como…» Sintió cómo la palabra «yo» se le quedaba en los labios.

Johnny pensó que debería reírse para quitarle importancia o bien ofenderse. No hizo ninguna de las dos cosas, mirándola con la boca abierta mientras se enfundaba los vaqueros.

«Es sólo que cuando has hecho lo que yo, cuando has dedicado tu vida a…, bueno, resulta bastante difícil de asimilar…», dijo Kathryn de forma distraída.

«Sólo quiero facilitarte las cosas todo lo posible, Kathryn», dijo Johnny, tranquilizándose al pensar en la insulsa sinceridad de su tono.

«Eso es lo más agradable que nadie me ha dicho», dijo ella sonriendo y besándole en la boca. Johnny hizo caso omiso de su incipiente erección y se alegró de la segunda e insistente llamada de Terry aporreando la puerta con los nudillos.

Rab y Charlene estaban entrelazados, plenamente vestidos, sobre la cama, cuando entró Terry, sobreexcitado. «¡Arriba, arriba!», gritó, «¡el desayuno está listo!» Terry no pudo ocultar su euforia al ver que Birrell seguía vestido. ¡El muy capullo no había logrado mojar! Probablemente había aburrido a la chica con sus historietas

universitarias hasta que se quedó dormida. El equivalente auditivo de la puta droga esa que emplean los tíos para violar a las tías durante una cita, ¡aunque seguro que se habría despertado enseguida si Birrell hubiera intentado bajarle las bragas! Atacado por el hormigueo de la coca, Terry se metió la mano en los vaqueros y los calzoncillos para inspeccionar su propio paquete sudoroso, el cual, consideró, ni siquiera había menguado por efecto de una sesión de perica al completo. ¡No es la mismo, Birrell, no es lo mismo!

La primera cara que Rab quería ver al abrir los ojos era la de una Charlene dormida. Era preciosa. La última cara que quería ver era la que tenía al lado, la jeta de Juice Terry, que le aguardaba mientras gritaba: «¡Arriba, arriba!»

Terry se pavoneaba por el pasillo como un actor ensayando el diálogo, mientras Lisa se reía y se frotaba las manos a la expectativa, e iban apareciendo los demás.

«¿Aquí qué pasa?», preguntó Johnny.

Terry esperó hasta que todos se congregaron a su alrededor, confusos y adormilados; entonces sacó el ensayo y empezó a leerlo en voz alta.

«Escuchad esto. Universidad Stevenson, Estudios Mediáticos y Culturales, Robert S. Birrell. *Ma, He's Making Eyes at Me*, de Lena Zavaroni, discutido desde una perspectiva neofeminista. Ja ja ja ja… escuchad este trozo de aquí…

> a pesar de su excitación en aumento ante las atenciones de su aspirante a pretendiente, la señorita Zavaroni conserva a su madre como curioso punto de referencia.
>
> Cada minuto que pasa es más atrevido
> Ahora se apoya en mi hombro
> ¡Mamá! ¡Me está besando!
>
> Esta declaración constituye una muestra excepcional de solidaridad femenina, ejemplificando unos lazos que van mucho más allá de la relación intergeneracional madre-hija. En este punto averiguamos que el personaje de Zavaroni, o mejor dicho su *voz*, confía en su madre como confidente en circun…»

«Déjalo ya, Terry.» Rab le arrancó los papeles de la mano. Lisa se reía, entre alegre y asqueada, mientras observaba cómo los adoradores ojos de Charlene se posaban sobre Rab. Era repulsivo.

«¡Matrícula y todo! ¡Fua!», se burló Terry. «¡Una estrellita dorada para Rab!»

«De todos modos ese trozo estaba muy bien», le dijo Charlene a Rab. «Supongo que nunca había pensado mucho en el contenido de la letra de esa canción», dijo Kathryn. No pretendía parecer sarcástica, pero la risa de Terry y la expresión irritada

de Rab le mostraron que indudablemente había sido interpretada de ese modo.

Rab cambió rápidamente de tema, sonriéndole a Charlene entre avergonzado y agradecido y sugiriendo que fueran todos a un café a desayunar y después a tomar una cerveza. Terry ya había llevado a cabo una auditoría sistemática del contenido de la nevera y los armarios de la cocina de Rab. «El único sitio en el que conseguiremos algo de papeo es el café. He estado echando un vistazo a algunas de las cosas que tienes por aquí. Parece la alacena de una lesbiana, Rab, hay que decirlo. ¿Dos tíos compartiendo piso y comiendo así? Fua.»

«¿Vas a pasarte todo el día diciendo chorradas o vamos a ir al café?», saltó Rab.

«Supongo que Terry podría hacer las dos cosas», bromeó Kathryn, provocando la risa de Johnny.

«A la mierda con el café, Birrell, las pastillas y la perica me han destrozado el apetito. Vamos a echarnos unas cuantas cervezas», dijo Terry, sonriéndole con frialdad a Kathryn. Esa puta yanqui descarada se estaba poniendo socarrona. Pues más le valía no hacerlo demasiado a sus expensas o se las iba a devolver con creces. Aquí no había trato de estrella para nadie.

Lisa y Charlene asintieron, mostrándose de acuerdo, y Kathryn y Johnny también. Terry se embebió de aquellos gestos de asentimiento.

«Beicon, huevos, salchicha, tomates, champiñones…», protestó Rab.

«Vete a la mierda, Birrell», se burló Terry, «estamos hasta el culo, al menos los pesos pesados, ¿eh, Liz…?», dijo guiñándole un ojo a Lisa, que le lanzó una mirada dura a Rab, «… pasarán meses hasta que estemos listos para ingerir sólidos.»

Kathryn estaba particularmente contenta de seguir bebiendo. Rodeó con un brazo a Johnny. Aquel chico sabía follar. Cada vez que le había puesto la mano encima a aquella polla durante la noche, se había puesto firme. Después ella había ido directamente a por él, envolviéndole, introduciéndole en su interior y él le daba como si su futuro dependiera de ello.

«Eh, esta noche tienes el bolo, a lo mejor tendrías que sobar, en el hotel y eso», se aventuró Johnny.

Kathryn se estremeció por dentro. Quería continuar. «Tengo tiempo de sobra para ir a tomarme una maldita cerveza primero. No seas tan plasta, Johnny», dijo, tomándole el pelo.

«Sólo era un comentario», dijo éste con gesto alicaído. Tenía que reconocer que debería recargar las pilas antes de volver a meterse al catre con ella. La puta guarra salida no me dejó en paz durante toda la noche, reflexionó. Si quería ese nivel de sexo siempre, bueno, además de cualquier otra cosa, no habría manera de que él mantuviera el tipo con la guitarra. Habría que firmar contratos raudo, antes de que desapareciera a polvos.

«Eso, Johnny, no seas un puto mamón. La chica tiene derecho a beber estando en Escocia, ¿verdad, Kath?» Terry sentía deseos de añadir «Sobre todo después de pasar la noche con un capullín empanao como tú», pero se mordió la lengua. Además, a él

le había ido bien. Lisa se levantó y le cogió de la mano. «Venga, sexy», se rió. Terry se pavoneó como un gallo y se acercó a la mesa del café.

Rab Birrell se sentía casi físicamente enfermo. Parecía que aquel borrachín apestoso y gordo siempre conseguía mojar. Se acordaba de Joanne, su antigua novia, contándole que su amiga Alison Brogan le había dicho que el mejor polvo que había echado en su vida fue con Terry. ¡El puto Juice Terry! Aquello era imposible de creer. «Tenía una erección como una lata de Irn Bru encima de otra», le había dicho Alison a Joanne, quien le había transmitido la noticia alegremente a Rab. El caso es que, en su momento, Rab recordaba haberse alegrado por su amigo. Ahora no se alegraba una mierda.

«El caso es, Rab», dijo Terry sonriendo, enarcando una ceja y dándole un apretón a la mano de Lisa, «que tengo que decirle a Alec que no puedo trabajar con él en el hotel. Lo de las ventanas y tal. ¿Te queda alguna cerveza?»

«Sí…» Rab tenía planes para aquel lote, pero supuso que sería inútil mentirle a Terry, puesto que ya habría registrado todos los armarios del piso. «Pero es, eh…, de Andrew…»

«La repondremos, joder, Rab. ¡Kath tiene guita!», saltó Terry con una indignación excesivamente teatral.

«Sí, no hay problema. Puedo pagártelas», se ofreció Kathryn.

«Nah, no quería decir…», protestó Rab en vano. El muy hijo de puta le había vuelto a pillar, haciéndole pasar por mezquino. Rab Birrell se volvió a tiempo para guipar la alegre y sádica sonrisa de Terry. Había tenido verdaderas ganas de ir a un café o pillar algo de comida de la gasolinera y preparar una fritanga. Él tampoco tenía hambre, pero su estómago tenía tendencia a devolver lo que bebía si no lo forraba de comida. Ahora se iban de pedo, dirigiéndose directamente a casa de Post Alec y utilizando su cerveza. Intentaría hacerse con un bollo por el camino. Pero esta idea se desvaneció en cuanto se metió una de las rayas asesinas de blanca que había preparado Terry.

Kathryn se sintió aliviada. Su trastorno alimentario, ayudado por las pastillas y los polvos, se había reafirmado y no soportaba la idea de los alimentos fritos. Los intentos de Rab Birrell por tentarla con su descripción del desayuno escocés no habían hecho más que restaurar su terror a los alimentos sólidos.

«A Alec no le va a hacer mucha gracia. Despertarle a estas horas para decirle que va a currar solo…», razonó Johnny mientras las cervezas tintineaban dentro de la bolsa de basura que llevaba, «sobre todo cuando no llevamos Tennent’s de lata morada. A Alec no le molará toda esta mierda continental.»

«¡Comprada por cierto mariquita estudiantil llamado Robert S. Birrell!», se rió Terry, esforzándose por recuperar la seriedad mientras paraban a dos taxis de un grupo que se aproximaba.

«Llevamos un lote, Terry, eso es lo único que le preocupará», dijo Rab, casi para sus adentros.

Había pasado mucho tiempo desde que Terry no iba por el centro. Normalmente nunca llegaba más allá de Haymarket, y sólo cuando estaba medio adormilado. La *gentrification*[61] y comercialización de su ciudad le estaba volviendo loco. Echó una mirada al nuevo distrito financiero y a Earl Grey Street. «¿Qué cojones ha sido de Tollcross?»

Nadie respondió y pronto se encontraron en casa de Alec, en Dalry.

«Jambolandia», dijo Rab al bajar del taxi.

«Estupendo», contestó Kathryn.

«No creas.»

Terry le lanzó una mirada de desaprobación a Rab. «Cierra la puta boca con el fútbol por un minuto, capullo aburrido. Siempre estás que si los Hibees esto, y los Jambos lo otro. A Kathryn no le interesa.»

«¿Tú cómo lo sabes? No puedes hablar por ella.»

Terry dejó escapar una larga y exasperada exhalación y a continuación sacudió la cabeza. A aquel capullo de Birrell le encantaba sufrir. Nunca sabía cuándo abandonar. Pues bien, no importaba, porque Juice Terry estaba dispuesto a bajarle los humos todo el día si hacía falta. Paladeando un vestigio de afecto retorcido y paternalista, Terry miró primero a Rab y después a Kathryn. Cuando habló por fin, lo hizo en un tono altivo pero indulgente. «Vale, Kath. Hibernian Football Club. Heart of Midlothian Football Club. ¿Qué significan esos nombres para ti?», preguntó.

«No sé…», empezó ella.

«Nada», dijo él de modo tajante, volviéndose hacia Rab, que se encontraba ahora visiblemente incómodo. «Así que cierra la puta boca, Rab. Si no es mucho pedir.»

Rab Birrell se sintió destrozado. ¡Aquel cabrón de Terry! Aquel puto…

«Bueno, sí que me fijé en que en el emblema de Rab pone Hibernian», dijo ella, señalando el escudo de la elástica de Birrell.

Rab vio un ápice de luz y se precipitó irreflexivamente. «Lo ves», dijo. Así funcionaba el genio incordiante de Terry. Si le hacías caso omiso, te pisoteaba por todas partes. Si entrabas al trapo, te rebajabas poniéndote a su nivel. Y él siempre sobresalía en el arte de disfrazar su mezquindad como algo más elevado.

«Permíteme que te presente mis disculpas, Roberto. Lo cierto es que Kathryn se fijó en el emblema de esa colorista, si no precisamente elegante elástica que llevas toda la noche luciendo, así que, por favor, no dudes en sentirte libre de ofrecernos un, ¿cómo lo llamaríais vosotros los estudiantes?…, un análisis retrospectivo de la temporada liguera de 1991. O quizá, como alternativa», dijo, exhibiendo una expresión exageradamente alegre, «podríamos limitarnos a subir a ver a Alec y tomarnos una copita.»

Subieron las escaleras hasta el piso de Alec, y Terry llamó a la puerta, con un Rab aturdido y silencioso a sus espaldas.

Kathryn seguía un poco colocada. La comida, la bebida, las pastillas, la perica y los polvos que se había echado con Catarrh la habían dejado en un estado dislocado y

levemente desquiciado. Ahora se abría una puerta al final de unas escaleras y aparecía ante ellos un hombre de rostro colorado. Kathryn era más o menos consciente de que era el mismo que ayer había estado limpiando sus ventanas con Terry. Llevaba una camiseta amarilla con un marchito dibujo plastificado de un hombre que llevaba gafas oscuras e iba en un cochazo con una mujer de pecho inverosímilmente grande acurrucada bajo uno de sus brazos. En una de las manos llevaba un vaso de cerveza que desbordaba espuma y en la otra el volante. Debajo podía leerse un eslogan descolorido: ME GUSTAN LOS COCHES RÁPIDOS, LAS TÍAS CALIENTES Y LA CERVEZA FRÍA. Post Alec miró con incredulidad a la concurrencia, dejando escapar un sonido gutural e incomprensible. «Ahy… yay…» Kathryn no podía discernir si se trataba de un saludo o de una amenaza.

«Cierra la puta boca, bolinga refunfuñón, hemos traído un lote de cervezas.» Terry hizo tintinear las botellas delante de Alec. Hizo un gesto con la cabeza indicando a Kathryn. «¡Kathryn Joyner, so capullo!»

Alec miró a Kathryn, y aquellos ojos azules hicieron chiribitas en aquel rostro colorado y destruido por el plomo de la pintura. Después miró a los demás…, el conjunto habitual de jóvenes perdidos y chiquillas bobas que solían llevar a remolque. ¿Qué cojones querrían? Sus ojos se posaron sobre las bolsas de basura tintineantes. Los cabrones llevaban bebida…

«Alec», dijo tímidamente Catarrh, antes de escupir unos mocos por la galería.

Post Alec no le hizo caso a Johnny; no le hizo caso a ninguno de ellos. Sabía que había que ir a la raíz de cualquier problema, y sabía exactamente dónde estaba aquella raíz. Mirando directamente a su amigo, argumentó con voz baja y quejumbrosa: «Esto no es de recibo, Terry», pero ya volvía a adentrarse en la casa y sacudía la cabeza mientras Terry le seguía, «a estas horas de la puta mañana. Mete la cerveza ahí», dijo, señalando el frigorífico.

«He dicho que dejaras de refunfuñar», se rió Terry, pasándole una cerveza. Empezó a repartir cervezas y a hacer presentaciones.

«Oye, ¿qué pasa con las ventanas?», preguntó Alec.

«Nos sobra tiempo. El tío aún va a estar una temporadita en el hospital, Alec. Podemos tomarnos el día libre de bolingueo.»

«Tenemos que hacer este curro, Terry. Te lo digo en serio.»

«Un día no va a cambiar nada, joder. Un día para la democracia, Alec, un día para el hombre de la calle.»

«¡Es el pan de Norrie!»

«Un día, Alec, y luego a currar a todo tren. ¡Nos empaparemos del ambiente del festival! ¡No seas tan gruñón! Métete un poco de cultura en el cuerpo, Alec, eso es lo que te hace falta. Estás demasiado atrapado por el mundo filisteo del comercio, ése es tu problema. ¡Un poquito de arte por el arte, hombre!»

Alec ya había abierto una cerveza sin molestarse en comprobar la etiqueta. Rab Birrell se sentó alrededor de la mesa grande, sentando a Charlene en su rodilla.

Quería que Terry constatara que Alec ni siquiera se había dado cuenta de que las cervezas eran del continente, pero Terry no prestaba atención.

Lisa se sentó en una silla de cocina destartalada y observó a Charlene besuqueándose con Birrell. La tenía metida en el bote. A veces aquella chica no tenía dignidad alguna. El tal Rab era un marica. No como Terry. Terry era un animal. Era cojonudo. Tenía muchísima personalidad, además, no como algunos de los tíos jóvenes que una veía por ahí. Lisa se inclinó hacia delante y apretó con fuerza las piernas. Podía sentir el palpitar de la zona donde se la había follado. Grande y dura. Sí. Sí. Sí. Todavía notaba el cosquilleo de la coca mientras le daba sorbos a su cerveza y ponía cara de asco. Sólo era una copita, pero dejó que le sacara algunos restos de coca del fondo de la garganta. Lisa quería tomar unos cócteles y después volver con Terry para otra sesión. Aunque se veía que le iba la tal Kathryn Joyner; se notaba. Ella no estaba mal, pero era una vieja y flaca que te cagas. La delgadez no le sienta a una mujer de esa edad. Esmirriada.

Kathryn miró a las dos jóvenes escocesas y al principio se acordó de Marleen Watts, la animadora rubia del colegio, allá en Omaha. Entonces Marleen se convirtió no en una, sino en dos rubias, las que le miraron desde la cama a ambos lados de Lawrence Nettleworth, de *Love Syndicate*. El hombre que era su prometido. Después esa imagen se desvaneció y en su imaginación las jóvenes de Edimburgo se convirtieron en una visión de lo que ella había perdido. Cuando iba de éxtasis, la noche anterior, había apreciado su juventud, ahora la codiciaba. Quería vomitar todo lo que había consumido. Y sin embargo

Y sin embargo la noche anterior había sido tan buena que en realidad todo aquello ya no parecía tener importancia. De repente, Kathryn lo vio claro: tenía que salir más.

Ahora hablaba con Lisa sobre algo acerca de lo cual nunca había hablado antes. La discusión había pasado de la música a los fans y de ahí a los fans obsesivos. «¿Así que tuviste un obseso, Kathryn? Eso debió resultar aterrador que te cagas», dijo Lisa.

«Sí, en su momento fue bastante espantoso, supongo.»

«Sería un desgraciao que te cagas», dijo Charlene con verdadera amargura.

«En cierto modo resulta triste, leí mucho sobre eso cuando lo del mío. Es una pena, de verdad que lo que les hace falta es terapia», dijo Kathryn.

Terry resopló despectivamente ante aquel comentario. «Ya, ya sé yo la clase de terapia que necesitan: que les partan la boca. Capullos lamentables. Ésa es la clase de terapia que les daría yo a esos cabrones.»

«No lo pueden remediar, Terry, se obsesionan», repitió Kathryn.

Terry rechazó aquello con un bufido. «Eso es un montón de mierda americana. Yo también me obsesiono con la gente», dijo golpeándose el pecho. «Todo dios lo hace. ¿Y qué? Te haces una paja pensando en ellos y luego te obsesionas con otra. ¿Qué clase de mamón de mierda es el que se queda a la puerta de las casas en medio del frío esperando a que salga alguien a quien no conoce? Contestadme a eso si podéis», dijo, mientras miraba desafiantemente alrededor de la mesa. «Por supuesto, no

podéis. Lo que necesitan esos cabrones es buscarse la vida», dijo despectivamente mientras se echaba un lingotazo de cerveza. Se volvió hacia Alec, que le hablaba a Rab acerca de alguna pensión de invalidez a la que tenía derecho. «¿A ti te han seguido alguna vez, Alec?»

«No seas idiota», contestó éste con aire taciturno.

«Te habrán seguido unos cuantos dueños de pubs lo bastante bobos como para fiarte, ¿eh, Alec?», se aventuró Rab.

Alec sacudió la cabeza, agitando la botella para subrayar lo que iba a decir. «Todo ese rollo es muy americano», opinó, y a continuación, cayendo en la cuenta, se volvió hacia Kathryn y dijo: «Sin ánimo de ofender, cariño.»

Kathryn sonrió cautelosamente. «Descuida.»

Terry le daba vueltas a la propuesta. «Pero Alec no está equivocado, Kath, son los putos yanquis los que causan todos los problemas que hay en el mundo hoy. No quiero ponerte a parir ni nada de eso, pero hay que reconocer que es así. A ver si me explico: toda esa mierda de los asesinos en serie que tienen allí…, ¿qué forma de comportarse es ésa?», cuestionó Terry. «Unos cuantos capullos tristes que buscan hacerse famosos.»

Lisa sonrió y miró a Rab, que parecía a punto de decir algo, pero decidió después intentar sacarse una mancha de la elástica.

«Eso no pasaría en Escocia», sostuvo Terry.

«No, pero», comentó Rab, «el Dennis Nielsen ese era escocés, y fue el mayor asesino en serie que jamás hubo en Gran Bretaña.»

«Qué cojones iba a ser escocés…», empezó Terry, pero el tono de confianza de su voz refluyó a medida que se veía obligado a encajarlo.

«Sí que lo era, era de Aberdeen», expuso Rab.

Se miraron los unos a los otros. «Lo era», reconoció Johnny, y Charlene, Lisa y Alec confirmaron con la cabeza.

Terry no estaba dispuesto a que le superaran. «Vale, pues, pero tomad nota de que no se cargó a nadie en Escocia, todo eso empezó cuando se fue a vivir a Londres.»

«¿Y qué?», dijo Lisa, enderezándose en la silla y mirándole fijamente.

«Que le corrompieron los ingleses. Escocia no tuvo nada que ver.»

«No sé cómo puedes decir eso cuando el tío se crió en Aberdeen», dijo Johnny sacudiendo la cabeza y tragando unos mocos. La perica le estaba jodiendo la tocha de mala manera. Parecía escurrirse por la parte de delante y bloquearse por la parte de atrás. ¿Cómo era posible? Puta nariz.

«De todos modos, Aberdeen», se mofó Terry. «¿Qué otra cosa se puede esperar de esos capullos? Allí se follan al ganado, así que mucho respeto por las personas no van a tener, ¿o no es así?»

Johnny luchaba por respirar y por seguir el hilo argumental de Terry. «¿Qué quieres decir con eso?»

«Piénsalo: un capullo de ésos llega a una gran ciudad y no encuentra ovejas de las

que abusar, así que se vuelve contra la gente y empieza a abusar de ella. Es la sociedad moderna», argumentó Terry, «dejar viajar a esos capullos, sacarles de su hábitat natural; eso les confunde», dijo encogiéndose de hombros, interrumpiéndose y haciéndole un gesto con la cabeza a Lisa. «De todas formas, esta conversación se está poniendo un poco deprimente. Así que me parece que va siendo hora de meterse otro tirito», dijo, sacando una papelina de cocaína del bolsillo.

Rab y Johnny empezaron a tararear el riff de *The Eye of The Tiger* mientras Terry empezaba a preparar más rayas de coca. En ese momento oyeron ruidos en el buzón de la puerta y se miraron los unos a los otros, sobrecogidos de paranoia, sobre todo Alec. «¡Guarda esa mierda! ¡No quiero drogas en mi casa!», cuchicheó con apremio.

Terry sacudió la cabeza y se pasó la mano por los rizos. Los llevaba bien sudados. «No es más que el correo, tonto del culo. Tú tendrías que saberlo. Esto», hizo notar, mientras miraba las rayas de cocaína, «no es más que un poquito de relaciones públicas. ¡Ponte al día, Alec, no seas tan dinosaurio!»

Era efectivamente el correo, y Alec fue a recogerlo, mientras gruñía. «Pues no esperes que yo toque esa mierda; os matará», resolló, levantándose entre las risas de los demás, que se daban codazos unos a otros, indicando con gestos de la cabeza las latas y las botellas desperdigadas por toda la cocina. Se callaron como unos niños traviesos en presencia del maestro cuando Alec regresó con unas gafas de montura negra puestas, escrutando el recibo del teléfono. «Tengo que terminar ese trabajo para Norrie, Terry», gimió.

«Enseguida, Alec, enseguida.»

Se echaron otra raya de blanca; todos menos Alec. La cocaína parecía cambiar las dimensiones de la cocina. Al principio parecía íntima y acogedora, a pesar de su aspecto miserable, pero ahora parecía como si las paredes avanzaran lentamente mientras ellos se dilataban cada vez más. Todo el mundo levantaba la voz por encima de los demás en medio de una cacofonía estrepitosa. Los platos sucios, sin fregar, los olores de fritos rancios, todo ello se tornó molesto y les distraía. Decidieron bajar al Fly's a tomar unas cuantas cervezas.

AEROPUERTO DE BANGKOK, THAILANDIA
4.10 de la tarde

Bangkok. Lo peor está aún por llegar, idea que me aterra. Pero la locura ya ha remitido. Las muchachas del mostrador de regalos del aeropuerto tienen un aspecto fantástico, mejor que el de cualquiera de las putas del centro. Me pregunto lo que les pagarán por eso. Esa decencia escoscada. Esa forma que tienen de sonreír en todo momento. ¿Son felices o no es más que el estilo americano de atención pelotera al cliente en acción? Trabajo emocional: todo eso está a disposición de uno en el mundo de la industria de servicios en el que vivimos. Sonríe, aunque se te esté partiendo el corazón. Ahora todos somos como esclavos faenando en el campo, que llevan puesta esa fachada que dice «todo en perfecto estado, jefe» mientras nos preocupamos pensando en cómo llegar a fin de mes.

Sales de Australia, viajas hacia el noroeste y después hacia el oeste a secas, y todo se vuelve más feo. Conseguí que la chavala cantara el estribillo de esa canción de Bowie «*draw the blinds on yesterday and it's all so much scarier*[62]» para el tema ese que quiero grabar. Pero es una mierda. Mi música es una mierda. Ya no la siento. Ésta es la reflexión más sensata que se me ha ocurrido en siglos, lo cual significa que empiezo a ponerme un poco las pilas. Somos los HM, los HMFC. Ganamos la puta copa y yo me lo perdí.

Pero Sydney es otro mundo. Que le den por culo a la copa escocesa; detuve el coche en medio de la plaza que separaba a unos de otros y puse el sistema de sonido a todo trapo. *Mixmag* —¿o quizá fue *DJ*?— sacó un artículo titulado ¿HA PERDIDO N-SIGN LOS PAPELES?

¿Perdido los papeles?

Nunca los tuve, como para poder perderlos.

Como si a alguien le importara. Ahí está lo bonito de ser disc-jockey, puede que tengas tus acólitos pero eres sumamente reemplazable. De hecho, sólo estás reteniendo a los que tienen más que decir, pero lo mismo pasa con los artistas, los escritores, los músicos, los famosos de la tele, los actores, los empresarios, los políticos…; uno se hace su pequeño hueco y se queda ahí sentado, atascando los conductos socioculturales.

N-SIGN se lo hace que te cagas en Ibiza. N-SIGN, castigador número uno. Una puta mierda. Toda la prensa dance es una puta mierda mitologizante. Y eso que en tiempos me encantaba, de verdad.

Helena lo ha dispuesto todo.

Helena; ahora, cuando ya es demasiado tarde, no puedo dejar de pensar en ella. Es la historia de mi vida. Me importa la gente cuando está lejos. Suspiro a distancia. Me juro a mí mismo todo lo que voy a decirle hasta que esté en la misma habitación que yo y sólo pueda decirle algo soso. Necesito decirle que la quiero. Necesito un puto teléfono. El rostro de ese demonio y de los tres ositos que bailan mientras tocan el acordeón sigue allí; intento explicarles que necesito mi teléfono móvil para llamar a mi novia y decirle que la quiero.

Una mujer que está sentada frente a mí con una criatura en brazos se estira y me despereza. «Estése callado, por favor…, lo está asustando…» Se vuelve hacia la azafata, que ya se aproxima.

Treinta y cinco años y ya soy *persona non grata*: jodido, historia, inexistente. Mis necesidades no significan nada. El crío ese; él es el futuro. ¿Y por qué no? «Lo siento», suplico. «Soy un cobarde, estoy huyendo del amor. Necesito llamar a mi novia, necesito decirle que la quiero…» Miro de uno en uno todos los rostros horrorizados, la O que esboza la boca de la azafata. Pienso que si esto fuera una película americana todos estarían vitoreando y chillando. En la vida real se limitan a pensar arrebato aéreo, un chalado a bordo que podría poner en peligro todas nuestras putas existencias a pesar de que quizá eso guarde alguna relación con el hecho de estar todos apretados como sardinas y que cada año los de segunda clase perdemos tres metros en relación con los de primera y con el hecho de que si yo precipitase un accidente, matando a algunas de las más selectas luminarias empresariales en la parte de delante, ¿se detendría el capitalismo en seco, se derrumbarían las multinacionales? Por supuesto que sí, del mismo modo que con la desaparición de N-SIGN Ewart se acabaría la música dance.

Una chica me habla. «Si no permanece en silencio y con el cinturón abrochado y en calma, nos veremos obligados a aplicarle restricciones físicas», creo que dice. Eso creo que ha dicho.

A lo mejor sólo me hago ilusiones porque la idea me pone.

Otra comida aérea de mierda, otro Bloody Mary para combatir el tembleque. Las voces dentro de mi cabeza siguen allí, pero resultan menos amenazadoras, como cuando unos amigos que van de tripi o de speed están cascando en la habitación de al lado y quizá sueltan uno o dos comentarios irreflexivos pero sin auténtica malicia. Este tipo de demencia no me molesta, puede resultar bastante reconfortante.

Estoy en el avión otra vez. Vuelvo a casa.

Todos esos cuerpos. No, otro funeral no. *Tu madre parece temer lo peor*.

Lo peor. No sé qué es lo peor. Sí lo sé.

Gally murió.

Entonces llegó la segunda conmoción; tendría que haber sido de poca entidad pero no fue así. La novedad era que el día antes de la muerte de Gally, Polmont había sido agredido salvajemente en su propia casa. Sobrevivió por los pelos. No lo supimos en el momento. Sí, tendría que haber sido una conmoción de escasa entidad,

porque Polmont nos importaba un carajo, pero aquello parecía estar ligado de forma inextricable a la desaparición de Gally.

Circulaban muchos rumores. Los días que precedieron al funeral de Gally fueron de lo más extraño. Parecía que necesitáramos creer que Gally no había tenido nada que ver con la agresión contra Polmont y todo que ver al mismo tiempo. Era como si de algún modo ambos supuestos fueran necesarios para justificar a nuestros ojos su vida, o más bien su muerte. Por supuesto, las dos cosas no podían ser ciertas; sólo la verdad podía serlo.

Durante aquellos confusos días nadie parecía saber exactamente qué le había pasado a Polmont. Algunos decían que le habían disparado en el cuello, otros que le habían rebanado el pescuezo. Fuera lo que fuera, sobrevivió al ataque y pasó algún tiempo en el hospital. Desde luego, la herida fue en la garganta, porque le destrozó la laringe y para poder hablar se había hecho instalar uno de aquellos aparatos tan graciosos, esos que hay que pulsar. El Dalek,[63] le llamábamos.

Evidentemente, todas las sospechas se centraban en Gally, pero yo sabía que el chaval no era de esa pasta. Para mí que había sido alguien de la peña de Doyle. Eran cabrones de lo más volátil y no importa lo duro que te creas sólo por frecuentar esas compañías, en realidad eres una de las personas más vulnerables de la tierra cuando las cosas se tuercen. Cosa que siempre acaba sucediendo. Polmont podría haber mosqueado a uno de ellos por infinidad de motivos: choteo, darles el palo, achantarse, todos ellos motivos válidos según su código para los castigos más extremados.

Poco antes del funeral recibí una llamada telefónica de Gail. Me quedé estupefacto cuando dijo que quería verme. Suplicó, y no tuve ánimos para negarme. Yo había sido el testigo en su boda, me dijo. Después apeló a mi vanidad y mi sentido de la identidad diciendo que yo siempre era justo y no juzgaba a la gente. Aquello eran unas chorradas descaradas, pero siempre nos gusta escuchar lo que nos gusta escuchar. Gail era una manipuladora de primera, y lo hacía sin darse cuenta, que es siempre la mejor manera.

Me acuerdo de la boda. Yo estaba un poco verde para pronunciar el discurso del amigo del novio, pero los mayores quisieron darme ese gusto. El consenso feo y tácito —quizá no fuera más que mi paranoia— era que el más indicado para ese papel habría sido Terry. Con más confianza en sí mismo, más mundo, un pelín mayor, un hombre casado con un crío en camino. Quién coño sabe lo que dije, yo no me acuerdo.

Gail estaba bellísima, parecía toda una mujer. Gally, por el contrario, parecía encogerse cada vez más dentro de la chaqueta, ataviado con ese ridículo *kilt*. Parecía que tuviera unos doce años en lugar de dieciocho; no hacía tanto que había salido del reformatorio. Las fotos de la boda lo decían todo: una pareja dispareja que te cagas. Durante la recepción, había alguna gente de lo más dudoso entre los invitados de ella, una hermana de los Doyle y un par de tipos a los que no conocía pero que andaban

con Dozo. Aún tengo alguna de esas fotos. La hermana de los Doyle y Maggie Orr fueron las damas de honor. Yo aparentaba unos catorce años en relación con los doce de Gally; chavalines acompañados por sus mamás o en todo caso por sus hermanas mayores.

Yo estaba contento porque fui allí con Amy, del colé. Había deseado a aquella chavala durante dos años y entonces, cuando salí con ella —creo que la boda fue nuestra segunda cita—, lo único que pude hacer fue sacarle defectos. En cuanto conseguí follármela, se acabó. Pero ahí me teníais, pavoneándome por ahí con la arrogancia chillona del chaval-que-acaba-de meterla, como si el sexo lo hubiera inventado yo.

Gail acaparó toda la atención. Era sexy. Envidié a Gally. Acababa de salir del talego y se iba todas las noches a la cama con una chavala que tenía dieciocho pero que aparentaba más. Aunque era evidente que se casaban de penalti, a Gail no se le notaba. La mujer de Terry, Lucy, se quedó embarazada al mismo tiempo. Recuerdo que Terry y ella tuvieron una discusión tremenda y que ella volvió a casa en taxi. Creo que luego Terry se fue con la hermana de los Doyle.

Yo quería quedar con Gail en un bar, pero ella dijo que tenía verdadera necesidad de hablar en privado, y vino a mi piso. Yo estaba preocupado. Me preocupaba que si pretendía que me la follara, no fuera capaz de negarme.

Llegado el caso, no me tenía que haber preocupado. Gail estaba hecha un asco. Tenía un aspecto horrible. Había perdido por completo toda su vivacidad y su agresiva sexualidad. Llevaba el pelo desgarbado y tenía círculos bajo los ojos. Tenía la cara hinchada, y su cuerpo parecía informe dentro de la ropa deportiva ancha, estirada y ordinaria que llevaba. Supongo que no tenía nada de sorprendente: había perdido al padre de su hija y acababan de pegarle un tiro en el cuello a su novio. «Sé que debes odiarme, Carl», dijo.

No dije nada. No habría tenido ningún sentido negarlo, incluso en el caso de que hubiera sentido la inclinación de intentarlo. Ella lo podía ver escrito con mayúsculas por toda mi cara. Lo único que yo veía era a mi mejor amigo tendido sobre el suelo, inerte.

«Andrew no fue ningún santo, Carl», suplicó. «Sé que eras su amigo, pero en las relaciones la gente saca a relucir otras facetas…»

«Ninguno somos santos», dije yo.

«Aquella vez hirió de gravedad a Jacqueline…, aquella noche se volvió loco», balbuceó.

La miré con frialdad. «¿Y quién tuvo la culpa de eso?»

Ella no me oyó, o si lo hizo, decidió hacer caso omiso de la pregunta. «Yo y McMurray… habíamos acabado. Ahí estaba lo más idiota. Se había acabado. Andrew no tenía que haber hecho eso…, dispararle en la garganta…»

Noté una sensación de sequedad y asfixia en *mi* garganta. «Andrew no hizo nada», bramé, «y aunque lo hubiera hecho, no te hagas la ilusión de que lo hizo por ti.

¡Lo hizo por *él*, por la manera en que ese capullo de McMurray le jodió la vida!»

Gail me mira; lleva la desilusión grabada en la cara. Era evidente que la había decepcionado, pero de entrada me molestaba que esperase otra cosa de mí. Aparentemente el Regal que encendió lo consumió en dos caladas y sacó otro. Me ofreció uno a mí y realmente me apetecía, pero dije que no, porque aceptar cualquier cosa de aquella puta guarra habría sido insultar a Gally. Me quedé allí sentado, incapaz de creer que había pensado que podría haber acabado en la cama con aquel ser monstruoso. Pensé en ella y en McMurray, el Dalek. «Así que a él también lo has dejado. Será que te estás follando a algún otro capullo lamentable, ¿eh? ¿Uno de los Doyle, quizá? ¿Le convenciste para que se cargara a Polmont?»

«No debí de haber venido…», dijo ella, poniéndose en pie.

«Sí, desde luego que no. Limítate a irte a tomar por culo de aquí, puta zorra asesina», le dije con sorna mientras se marchaba.

Oí el portazo de la entrada cuando salió; sentí un acceso de arrepentimiento y me puse en pie. Desde la barandilla de la escalera vi cómo la parte superior de su cabeza desaparecía por el recodo de la escalera. «Gail», grité, «discúlpame, vale.» Oí cómo sus tacones chocaban sobre los escalones de piedra. Después oí cómo se detenían durante un segundo, antes de reemprender la marcha.

Era todo cuanto iba a obtener de mí.

EDIMBURGO, ESCOCIA
10.17 de la mañana

GENTE JOVEN

Nada más entrar en el pub The Fly's Ointment, Alec vio a uno de sus compañeros de copeo en la barra. «Alec», dijo Gerry Dow a modo de saludo mientras fruncía ligeramente el entrecejo al ver el gentío que apareció detrás de su amigo. Gerry era de la vieja escuela hasta tal punto que le molestaba la presencia de cualquier persona joven en un pub. La definición «gente joven» abarcaba a todos aquellos que fueran más jóvenes que él, es decir, que tuvieran menos de cincuenta y siete años. Sencillamente no habían terminado su aprendizaje en materia de bebida y por tanto uno no podía fiarse de que se comportaran con dignidad al hallarse en estado de intemperancia. A decir verdad, tampoco Gerry o Alec eran de fiar, pero ésa no era la cuestión.

Rab Birrell y Juice Terry fueron los primeros en acercarse a la barra, puesto que las arcas de este último estaban repletas gracias a otro préstamo que Kathryn le había hecho.

«Esta mañana vinieron a despertarme Batman y el puto Robin, aquí presentes», informó Alec a Gerry, señalando con el pulgar a Rab y a Terry.

«Pues entonces tú debes de ser el Joker, Alec, o el capullo ese de Dos Caras», se rió Terry.

«Si yo tuviera un puto careto como el tuyo, Alec, yo también querría tener una segunda cara», dijo con una risita Rab Birrell, y Terry empezó a carcajearse.

«Ya está bien, caraduras, sacad un par de chupitos para Gerry y para mí», dijo Alec arrastrando las palabras bajo el efecto de las cervezas que se había trasegado el día anterior en la planta de procesamiento de conversión de alcohol en orina en la que se había convertido a partir de la lejana fecha del 28 de agosto de 1959.

«No te capto, Alec. ¿Es que ahora eres el Acertijo?», dijo Terry, atragantándose de la risa.

«El puto Acertijo eres tú, hijo. Así que resuélveme este enigma. Dos medias pintas de *special* y dos whiskies. *Grouse*», exigió Alec.

Terry seguía divirtiéndose. «Conque yo soy el Acertijo…, entonces tú tienes que ser el capullo ese de Capitán Frío, Alec.»

Rab le interrumpió: «O Capitán Antifrío,[64] ¡porque se lo bebería si tuviera la oportunidad!»

Mientras Terry volvía a descacharrarse, Rab disfrutaba de la sensación de solidaridad con él, aunque fuera a expensas de Alec. Sirvió para recordarle que a pesar de todo, se suponía que Terry y él eran amigos. Pero ¿qué quería decir aquello? Sin duda, que eran «amigos» de acuerdo con la acepción de Terry, o sea, gente a la que se puede insultar con mayor impunidad que al común de los mortales.

Terry se había colado entre Lisa y Kathryn, poniendo otro cuerpo entre Rab y Charlene. «Esta noche vamos a ir al karaoke. En el Gauntlet. Tú y yo. *Islands in the Stream*».

«No puedo… tengo el puto bolo ese…» A Kathryn la aterrorizaba aquella perspectiva. No quería pensar en ello.

«Ya, pero en el Gauntlet. *Islands in the Stream*, ¿vale?»

«No puedo cancelar un maldito bolo en Ingliston, Terry. Han vendido tres mil entradas.»

Terry le echó una mirada recelosa mientras sacudía la cabeza. «¿Quién dice que no? Tienes que hacer lo que te pida el cuerpo. Esos capullos que te hacen de mánagers no son amigos tuyos, amigos de verdad no. Tendrías que tener de mánager a un tipo como yo. ¡Piensa en toda la publicidad que obtendrías si desaparecieras! Podrías quedarte en mi casa unos días. A nadie se le ocurriría buscarte en el barrio. Quiero decir, en la habitación de invitados que tenía mi madre, y podrías…, eh, relajarte un poco.» Terry había estado a punto de decir que necesitaba a alguien que cocinase y limpiase pero había logrado detenerse justo a tiempo.

«No sé, Terry…, supongo que no sé lo que quiero…»

«Nadie te encontrará en mi queo. Es un buen barrio, no como Niddrie o Wester Hailes. Graeme Souness es de ahí; no vivía lejos de mí. Sabe vestir, trajes de diseño y tal. Hay mogollón de peña del barrio que se ha comprado su propia casa. Lo cierto es que de ese barrio sale gente con más iniciativa empresarial. *Moi*, por ejemplo.»

«¿Qué?»

«No espero que lo captes todo ahora mismo, pero la oferta sigue ahí», le contó Terry. Por el rabillo del ojo vio que Johnny empezaba a quedarse roque; la cabeza se le inclinaba hacia delante; acto seguido, se estremecía y volvía a despertarse. Catarrh estaba jodido. Peso pluma de mierda. Lo que hacía falta era mantenerse en movimiento, pillar algo de drogas: speed o incluso más perica. Tenía una idea, y la proclamó de viva voz para toda la mesa, y específicamente para Rab. «A este sitio le falta nivel para nuestra huésped americana. ¿Qué tal si nos tomamos una en el Business Bar?»

Rab se quedó atónito. Kathryn lo notó, pero no pudo discernir el motivo. «¿Qué es el Business Bar?»

«El de su hermano.»

Lisa miró a Rab con asombro. Lo tenía catalogado como un tío un poco gilipollas, uno de esos tipos estudiantiles sincerotes por los que Char siempre parecía pirrarse. «¿Tú eres hermano de Billy Birrell?»

«Sí», dijo Rab, alegrándose y odiándose a sí mismo por ello.

«Yo tenía una amiga que trabajó en ese bar», le informó Lisa. «Gina Caldwell. ¿La conoces?» A punto estuvo de añadir que Gina se había echado un polvo con Business, pero se cortó. Era más información de la que necesitaban. Una de sus debilidades, meditó, riéndose para sus adentros.

«No, la verdad es que nunca voy por allí», dijo Rab.

«Yo estoy a gusto aquí», dijo Charlene, demasiado rápidamente para que Lisa no le lanzara una mirada. Ya empezaba otra vez.

Rab se volvió hacia Lisa. Era una tía enrollada, pero le daba mala espina. A través de la oleada de cansancio que sentía, pensó que quería llevarse bien con ella, aunque sólo fuera porque era amiga de Charlene. «La única razón por la que llevo la elástica esta es porque a mi madre acaban de hacerle una histerectomía…», farfulló, pero lo único que ella captó fue el movimiento de sus labios.

Terry entró a saco. «Estoy seguro de que mi viejo socio, Business, se sentiría muy, pero que muy dolido si se enterara de que nos fuimos de marcha con Kath Joyner y no nos acercamos con ella a saludarle. Creo que una comida temprana en el Business Bar es justo lo que nos hace falta», dijo con una sonrisita, embebiéndose de la incomodidad de Rab. Incluso borrachos perdidos y llevando a Post Alec a remolque, tendrían que dejarles entrar. Iban con su hermano y con Kathryn Joyner.

«El bar no sólo es de Billy; lo lleva a medias con Gillfillan. Tiene que andarse con ojo…, no es sólo de Billy…», le suplicó Rab a nadie en particular, por lo que nadie le escuchó. Rebosaba inquietud. Terry disfrutaba con aquello. Catarrh salía de su coma de forma intermitente durante intervalos lo suficientemente prolongados como para hacerle gestos de ánimo a Terry y repetir el mantra «Business Bar» de tanto en tanto. A la mierda, pensó Rab, él iba con Charlene y con nadie más. Terry podía llevarse a Alec y a Johnny. Pero ¿por qué cojones no podían dejar a Alec beber en un pub de su propia ciudad? Sobre todo cuando sacaban la alfombra roja para todos los esnobs festivaleros que sólo iban a pasar cinco minutos aquí. La puta normativa de entrada. Un café estilista. El fascismo estilista era otra forma de asentar el sistema de clases. Que le den por culo. ¡Seguro que su propio hermano no sería tan capullo!

Seguro que no.

A Lisa no le gustaba aquel pub. Había perdido una uña postiza y se había manchado de cerveza su top blanco. Vigilaba de cerca a Charlene. No tendría que haberla dejado enrollarse con ese tal Rab; ni con nadie, ahora que lo pensaba. Ahora mismo parecía encontrarse bien, pero seguro que el bajón estaba al caer. Aquel pub no era el sitio más indicado para pasarlo. El Business Bar pintaba mejor.

A ella le parecía que The Fly's Ointment era un centro de intercambio de información para perdidos. Lisa se imaginó que podía visualizar los dramas de la desesperación futura en fase de preproducción: el violador charlando con su víctima; el delincuente bebiendo distendidamente con el tío que acabará por delatarle; los

bulliciosos amigotes del alma de la esquina, esperando a que el alcohol termine por sobrecargarles y recalentarles el cerebro, momento en el cual, furioso o paranoico, uno de ellos estrellaría su puño o su vaso en el rostro del otro, mucho antes de la hora del cierre. Lo más feo y aterrador de todo, pensó, echando una mirada a su propio entorno, era que una no podía ponerse cómoda y excluirse a sí misma de la ecuación con aire de suficiencia.

Lisa vio a una mujer rendida, sentada y con mirada angustiada, cuya belleza había desaparecido antes de tiempo, y un hombre gordo y sonrosado sentado a su lado, muy animado, pronunciando en voz alta, entre jocoso y desdeñoso, palabras que no lograba distinguir. Pero no había duda de quién tenía la sartén por el mango. Otra mujer atrapada en un mundo de hombres; siempre vulnerable, pensó. Notó cómo su mano apretaba con más fuerza la de Charlene, quiso preguntarle si se encontraba bien, si empezaba a notar el bajón, si los demonios habían iniciado su danza implacable, pero no, se reía y sus ojos seguían estando bien abiertos y atareados. Todavía iba hasta el culo, aún no se había empezado a doblar. Pero el bajón podía llegar. ¿A quién coño pretendo engañar? Nos llegará a todos. Riesgos del oficio de castigarse. Así que ojo con ella.

Pero alguien más la vigilaba también. Y no, Lisa seguía sin fiarse de él. Se habría fiado de Rab Birrell con cualquiera de sus otras amigas, no sería su problema, ni sería asunto suyo, pero no con Char, en este momento no. Y ahora él la cogía de la mano y la conducía hasta la barra; Lisa también se levantó, siguiéndoles instintivamente. Terry la cogió de la mano cuando pasó delante de él. Le guiñó el ojo. Ella le sonrió a su vez, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la barra, sin dejar de vigilar.

Vio a Rab con Charlene; él había pedido dos pintas de agua, dentro de las cuales vertió el contenido de un paquete que sacó del bolsillo de la chaqueta, enturbiando el líquido, pues no se disolvía del todo. «Bébetelo», sonrió, levantando uno de los vasos y echando un trago.

Charlene vaciló. Aquello tenía un aspecto asqueroso. «Estás de broma», se rió, «¿qué es?»

«Dioralita. Te metes una de éstas y recuperas los fluidos y las sales que la priva y las drogas te hacen perder. Reduce la severidad de la resaca en casi un cincuenta por ciento. Antes yo pensaba que era una bobada, un poco mariconada, pero para sesiones como ésta, siempre lo hago. No tiene ningún sentido quedarte tirado en la cama varios días sintiéndote enfermo, y casi muriéndote del susto cuando suena el teléfono si no es necesario…, bueno, no tantos», sonrió, levantando su vaso.

Aquello sonaba bien. Hizo un esfuerzo y se lo tragó, mientras Lisa se acercaba horrorizada, con la cabeza llena de imágenes de Rohipnol y violaciones en estado de inconsciencia. De ninguna manera iba a dejar que él se la llevara a casa. «¿Qué le has dado?», empezó a preguntarle a Rab, pero notó cómo su voz iba apagándose mientras él echaba el último trago antes de explicárselo.

Ya por la segunda copa, Alec y Gerry cantaban en la barra. «*Yew-coaxed-the-*

bluesss-right-out-of-the-hom-ma-ae-ae…»

«Tranquilito, chicos», les advirtió el camarero.

«Somos asiduos…, sólo estábamos cantando una cancioncilla», refunfuñó Post Alec, y a continuación, repentinamente inspirado, estalló: «Soy el guardagujas del condado…»[65]

Alec no logró mencionar que él guardaba la aguja principal. «Vale, Alec, ya está, fuera», saltó el camarero. Ya estaba harto; ayer, el día antes. Alec había logrado acumular más advertencias que conciertos de despedida había hecho uno de sus héroes, Frank Sinatra. Ahora bastaba ya.

Terry se puso en pie. «Venga todos, vámonos.» Se volvió hacia el camarero. «Nos vamos a un tugurio más salubre, el Business Bar», le informó con aire altanero.

«Sí, ya», se mofó el camarero.

«¿Qué quieres decir con eso?», preguntó Terry.

«Eso… puto mamón», escupió Catarrh, secundando a su amigo. «Allí no os servirán, y te diré otra cosa, si no salís de aquí ahora mismo, llamo a la policía.»

«Pero si estamos aquí con Kathryn Joyner», dijo Terry arrastrando las palabras, señalando a Kathryn, que intentaba disimular lo avergonzada que se sentía.

«Ya, lo hemos pasado de cine. Vámonos», urgió a los demás. Mientras se marchaban Charlene le vio, ahí sentado como si tal cosa.

BANG

Esa puta cosa **Es tu padre**

Y entonces él la vio a ella y esbozó una ancha sonrisa. «Ésa es mi chiquilla», dijo, ligeramente bebido, rodeado de sus amigos y jugando al dominó.

que lo sepan, que lo sepan **no es tu padre**

QUE LO SEPAN

«¿Chiquilla? No, ya no soy una chiquilla. Lo era cuando me toqueteabas», dijo con calma. «Se acabó el silencio, se acabaron las mentiras», dijo mirándole a los ojos. Vio cómo aquel brillo enfermizo y empalagoso le abandonaba, mientras sus amigos se erizaban en sus asientos.

«¿Qué?»

Charlene notó la mano de Rab, agarrándola del hombro con más fuerza; se retorció y se agachó para sacudírsela. Lisa también había reconocido al padre de Charlene. Se situó junto a su amiga y Rab. «¿Es ése?», oyó que Rab preguntaba a

Lisa, quien asintió con gesto grave.

Entonces fue cuando Lisa pensó que debía de habérselo contado a Rab.

Rab señaló a aquel hombre, diciendo con voz firme: «Eres una puta vergüenza.» Miró a los hombres que estaban con él. Uno o dos tenían expresiones duras, uno o dos tenían fama. «Vosotros también sois una vergüenza por beber con esa basura», dijo sacudiendo la cabeza.

Los hombres se pusieron tensos; no estaban acostumbrados a que les hablaran así. Uno de ellos miró a Rab, con el gesto dispuesto en modalidad aniquiladora. ¿Quiénes eran estos capullos, el jovencito este y las chicas, y por qué ponían a parir a la concurrencia?

Charlene sintió que la pelota estaba en su tejado. Cuál era la jugada, cuál era la jugada.

Es tu padre	**sucio cabrón enfermizo**
éste no es el momento ni el lugar	**cuándo será, sucio cabrón enfermizo**
es una vergüenza para todos	**cuéntaselo a todos, cuéntaselo a todos, hay un pederasta en el bar**
déjale marchar, no merece la pena	**dile a la puta escoria lo que es**

Respiró hondo y miró a los hombres de la mesa. «Solía decirme que yo era rara porque no me gustaba que me metiera el dedo», dijo riéndose fríamente antes de volverse hacia su padre. «Yo he tenido más sexo de veras, mejor sexo del que un capullo lamentable como tú podría tener jamás. ¿Qué es lo que has hecho? Meterle el pito a una mujer insegura y estúpida y el dedo a una niña, que antes era tu hija, pero ya no lo es. Ésas son las únicas relaciones sexuales que has tenido, triste pedazo de mierda averiada.» Se volvió hacia los hombres que estaban en la mesa. «Menudo semental, ¿eh?»

Su padre estaba en silencio. Sus amigos le miraron. Uno de ellos le defendió. La chica debía de estar loca, retorcida, pasada de drogas, no sabía lo que decía. «Te estás pasando de la raya. Te estás pasando de la raya, nena», dijo.

Rab tragaba con fuerza. Nunca se había visto en situaciones violentas al margen del fútbol, nunca había tomado parte en nada. Ahora estaba listo para saltar. «Nah», saltó, señalándole directamente, «tú eres el que se está pasando de la raya al beber con este asqueroso de aquí.»

El más duro de los tipos no le hizo caso a Rab Birrell; en lugar de eso, se volvió hacia su propio amigo. Su compañero de copeo, el hombre llamado Keith Liddell. Pero ¿quién era él? Sólo un tío con el que bebía. Con el que intercambiaba revistas y vídeos porno. No era más que una broma, un poco de alivio para un hombre soltero.

Era todo lo que sabía de él. Pero ahora veía algo en él, algo repulsivo, enfermizo y asqueroso. Él no era así, él no era como Keith Liddell. Bebía con él, pero no tenía nada que ver con él. El hombre escrutó a Keith Liddell. «¿Es ésta tu chica?»

«Sí…, pero…»

«¿Es cierto lo que dice?»

«No…», dijo Keith Liddell, cuyos ojos estaban húmedos, «no… lo es…», chilló como un animal sumido en el dolor.

Con un movimiento cegador, el enorme puño tatuado de su compañero se estrelló contra su cara. LOVE. Keith Liddell se quedó ahí sentado, casi demasiado horrorizado como para acusar el golpe. «Hazme un favor, y sobre todo hazte un favor a ti mismo: vete a tomar por culo de aquí», dijo su examigo. Keith Liddell echó una mirada alrededor de la mesa y o bien le miraban con los ojos encendidos o apartaban la vista. Se levantó con la cabeza gacha mientras Charlene se mantenía firme, los ojos clavados en su nuca mientras él vagaba como un fantasma hasta la puerta del otro extremo.

Rab iba a seguirle, pero Lisa le tiró del brazo. «Nosotros nos vamos por la otra.»

Durante un segundo, Rab sintió la necesidad desesperada de armarla, mentalizado por completo, pues su cabeza y su cuerpo estaban a tope de adrenalina. En su campo visual apareció el rostro de Johnny, dispuesto a secundarle, malévolo y con cara de pocos amigos. Rab casi se ríe en voz baja a medida que se iba vaciando de tensión. Cogió de la mano a Charlene.

Charlene sólo permaneció en estado de shock durante un segundo. Mientras se aproximaba a la puerta, su cabeza se inundó de imágenes de un padre amante, responsable y afectuoso. No era el suyo, era el de otra persona. Quizá el que ella quiso que él hubiera sido. Por lo menos siempre había sido un hijo de puta, no le dejó ningún conjunto de verdaderas contradicciones que desenmarañar. Uno no podía lamentarse por la escoria. Charlene pensó que iba a llorar, pero no, iba a ser fuerte. Lisa la acompañó hasta los lavabos mientras Rab le soltaba la mano a su pesar.

Mientras abrazaba con fuerza a su amiga, Lisa le instó: «Deja que te llevemos a casa.»

«Ni hablar. Quiero quedarme en la calle.»

«Venga, Charlene, eh…»

«He dicho que quiero seguir en la calle. No he hecho nada malo.»

«Lo sé, pero has sufrido una decepción que te cagas…»

«Nah», dijo, repentinamente más dura de lo que Lisa la había visto jamás. «No he hecho nada malo. Lo único que he hecho ha sido reventar un forúnculo. Ya no me importa: enfrentarme a lo que hizo él y a lo que ella le dejó hacer. Estoy harta, Lisa. Ahora ya me aburre. ¡Que lo solucionen ellos, los de ahí dentro!» Indicó la puerta con un gesto agresivo.

Lisa estrechó más a Charlene. «De acuerdo, pero te estoy vigilando, muñeca.»

Se pusieron algo de maquillaje y salieron justo cuando Terry se acercaba, irritado

por si se estaba perdiendo algo. «¿De qué iba todo eso?», preguntó.

Lisa sonrió. «Sólo un capullo que se estaba sobrando», dijo, cogiéndose del brazo con Charlene. «Rab lo arregló», dijo, estrechando a Rab y besándole en un lado de la cara, notando que estaba demasiado pendiente de Charlene para darse cuenta siquiera. Después le pellizcó el culo a Terry. «Venga, vámonos de aquí.»

Salieron a la calle y fueron llegando al centro por parejas y tríos, dando tumbos, bizqueando por el efecto del sol, y esquivando a los turistas mientras atravesaban el West End sin orden ni concierto. «No sé si esto es buena idea», se quejó Alec. Prefería beber en sitios donde el espacio entre pubs pudiera medirse como máximo en metros.

«No te preocupes, Alexis», dijo Terry, dándole un apretón a los hombros de Lisa, «mi buen amigo William "Business" Birrell nos hará sentirnos más que bienvenidos en su encantador establecimiento», aventuró con amaneramiento, antes de volverse hacia Rab. «¡¿No es así, Roberto?!»

«Ya…, cierto…», dijo Rab con recelo. Había estado intentando explicarle algo a Charlene sin parecer un mamón paternalista. La noche anterior había sido un desastre. La chica le había visto como un asistente social, cuando él lo único que quería era echar un polvo…, bueno, en realidad, un poco de idilio y de cariño, pero a fin de cuentas, con polvo incluido. Era esencial. Pero la noche anterior, cuando hicieron todo menos meterla, ella se había puesto a remolonear hablando acerca de los condones antes de soltar la espantosa verdad. Pero supo llevarlo bien, él la había apoyado y ahora estaban más unidos que nunca. Incluso a Lisa le caía bien ahora.

«Será pronto, Rab», le dijo ella.

«Mira, yo lo único que quiero es estar contigo. Centrémonos en eso y podemos decidir sobre la marcha. Yo no voy a ninguna parte», dijo Rab, sorprendido de lo noble que sonaba aquello y de lo *puro* que se sentía.

Me acabo de enamorar, hostias, pensó Rab. Salí a tomar una copa con la esperanza de echar un polvo, y voy y me enamoro, hostias. Y se sentía como un dios bufonesco.

Incluso desde el West End, hecho polvo y sin las gafas, Alec se imaginó que todavía podía ver la plataforma de limpieza en los laterales del Hotel Balmoral. A medida que se aproximaban, antes de girar hacia George Street, Terry levantó la vista y se estremeció. No estaba dispuesto, no podía volver a subir allí arriba. Demasiado alto. Era demasiado fácil caerse.

MENEO

Franklin se había pasado toda la noche en vela, incapaz de relajarse. Tenía un nudo en el estómago y no podía dormir. En el interior de su cabeza gritaba, que se vaya a la mierda esa zorra egoísta, ¿por qué molestarme? Pero unos minutos más tarde se inquietaba, telefoneaba a los clubs y los bares de apertura tardía y controlaba

la habitación de Kathryn.

Intentó meneársela con el canal porno como medio de relajarse. Con lo ansioso que estaba, tardó siglos en llegar al orgasmo, y cuando lo hizo sintió una sensación de asco y vacío. Entonces se acordó, Dios mío, ¡la puta cartera! ¡Las putas tarjetas! Tomando nota de la diferencia horaria con Nueva York, llamó a algunos números para cancelarlas. Le costó siglos comunicarse. Para cuando lo hizo, los cabrones que se la habían levantado ya iban por las dos mil libras en bienes y servicios.

Al final, cayó en un sueño nervioso. Cuando se despertó sobresaltado, era casi la hora de comer. Pasó de la desesperación al humor negro. Se ha ido todo al garete, se dijo a sí mismo. Se acabó.

Ella nunca había hecho algo así antes, desaparecer la víspera de un bolo.

Se ha ido todo al garete.

Pensó en Taylor.

Franklin salió pitando. Que se fuera a la mierda esa zorra. Si ella podía hacerlo, él también. Iba a echar un trago en todos y cada uno de los bares que pudiera encontrar en este pueblo de mala muerte.

AEROPUERTO DE HEATHROW, LONDRES, INGLATERRA
6.30 de la tarde

Gran Bretaña. No, Inglaterra. No es Escocia. En realidad, Gran Bretaña nunca existió. Todo fue un camelo de relaciones públicas al servicio del Imperio. Ahora tenemos distintos imperios a los que servir, así que nos dirán que somos otra cosa. Europa, o el cincuenta y un Estado de la Unión o las Islas Atlánticas o alguna mierda de ésas. Un montón de putas mentiras.

Pero en realidad siempre fue Escocia, Irlanda, Inglaterra y Gales. Bajar del avión. Subir al avión. A Escocia. A poco más de una hora de distancia.

No puedo subir a un avión con destino a Edimburgo. El primero es para Glasgow. No quiero estar aquí sentado, a pesar de que el siguiente vuelo a Edimburgo me dejaría en casa casi a la misma hora, para cuando llegara en el tren. Pero parece importante mantenerse en movimiento, así que compro un billete para Glasgow.

Telefoneo a mi madre.

Es estupendo hablar con ella. Parece centrada, pero la noto un poco ida, como si fuera de Valium o algo. Mi tía Avril se pone al aparato, me dice que lo lleva bien. No hay nada nuevo del viejo. «Están a la espera, hijo», me dice.

Es la forma en que lo dice. Están a la espera. Me voy a los lavabos y me siento, paralizado por la angustia. No me salen las lágrimas y no tendría sentido, sería como intentar vaciar un embalse de dolor con un gotero. Estoy haciendo el idiota. Mi viejo estará bien. Es invencible y los médicos son unos putos gilipollas. Si muere será porque le habrán dejado en el puto aparcamiento en el contenedor de basuras con otra docena de pacientes no acaudalados en vez de en una cama de hospital como está mandado, recibiendo el tratamiento por el que ha pagado durante toda su vida con sus vales y sus impuestos.

Sólo puedo pensar en llegar a casa de mi madre. Sobar un poco, afeitarme, ducharme, sacarme todo el polvo y la mugre y después ir a ver a todo el mundo. A lo mejor incluso me pongo al día con alguno de los chicos. Bueno, puede que sí y puede que no. Estoy demasiado hecho polvo para sentir nada por Escocia, que sólo está a una distancia de una hora. Sólo quiero una cama.

Mentira.

Era todo mentira. Nos manteníamos alejados los unos de los otros porque nos recordábamos mutuamente nuestro fracaso como amigos. A pesar de nuestra grandilocuente palabrería, nuestro amigo había muerto solo.

Era todo mentira.

Me mantuve lejos de Terry y Billy.

Gally me contó que era seropositivo. Se había chutado un par de veces en Leith con un tío llamado Matty Connell. Sólo dos o tres veces, deprimido por la forma en que iban las cosas con su cría. El chalado con el que estaba su tía, aquel al que la cría llamaba papá.

Mark McMurray se llamaba el tío. El maromo de Gail. El colega de Doyle. Le había arrancado un trozo de vida a Gally en dos ocasiones.

Polmont, le llamábamos. El Dalek.

Pobre Polmont. Pobre Gally.

El primer polvo de Gally dio paso a un embarazo y a un matrimonio de penalti desamorado.

Su primer o segundo chute dio paso al virus.

Me dijo que no soportaba la residencia para desahuciados, que no soportaba la idea de que todo el mundo, su madre y tal, supiera que era por drogas; heroína y sida. Pensaba que ya le había quitado todo a su madre, que ya no podía quitarle nada más. Probablemente pensaba que la muerte por accidente sonaba mejor que morir de sida. Como si ella fuera a verlo así.

Pero Gally era un chaval como está mandado, ya lo creo.

Pero nos dejó.

Nos dejó; me di cuenta por la forma en que miraba directamente hacia delante mientras le gritábamos para que no fuera tan idiota, y que volviera a pasar al otro lado de la barandilla. Gally siempre había sido un escalador, pero había saltado por encima de la verja del puente George IV y se asomaba al Cowgate. Era la *forma* en que miraba hacia abajo, en un extraño trance. Y yo lo vi todo, era el que más cerca estaba. Billy y Terry se dirigían hacia Forrest Road, mostrándole que no les impresionaban sus trucos para llamar la atención.

Pero yo estaba justo al lado suyo. Podría haberle tocado. Podría haberme estirado y haberle agarrado.

No.

Durante un breve instante, Gally salió de su estado hipnótico, y vi cómo se mordía el labio inferior, y cómo la mano subía hasta el lóbulo y retorcía el pendiente. Parecía que a pesar de todos los años transcurridos seguía poniéndose postilloso y supurando. Entonces cerró los ojos y dio un salto o cayó, no, *dio un salto* desde el puente, cayendo veinte metros y estrellándose contra la calle de abajo.

Rugí: «¡GALLY! ¡QUÉ COJONES…! ¡GALLY!»

Terry se dio la vuelta, se quedó de piedra durante un segundo, chilló algo y después empezó a tirarse del pelo con las manos y a dar pisotones sin moverse del sitio, como si estuviera en llamas e intentara apagar el fuego. Era un enloquecido baile de San Vito, como si le arrancaran algo, como si algo conectado con él estuviera feneciendo.

Billy bajó directamente por la callejuela en curva que conducía a la calle de abajo.

Miré por encima de la balaustrada y vi a Gally tendido, casi como si estuviera haciéndose el muerto, abajo en la calle. Recuerdo haber pensado que de alguna forma aquello tenía que ser una broma, una vacilada. Como si de algún modo milagroso hubiera logrado bajar hasta la calle y estuviera tumbado, siguiendo con la broma, como cuando éramos críos y nos «matábamos» jugando a japoneses y comandos. La realidad que sus ojos ponían de manifiesto parecía contradicha por la esperanza horrorizada, tan fuerte que provocaba náuseas, de que aquello no fuera más que un estrafalario montaje. Entonces Terry me miró y me gritó: «Venga», y le seguí por el estrecho callejón hasta la calzada principal donde estaba tendido Gally.

Sentí fuertes latidos en un lado de la cara y los tendones de la parte trasera de mi cuello parecían haberse convertido en cuchillos. Aún existía una posibilidad de que volviéramos al punto de partida: un montón de tíos de pedo. Pero aquella fantasía, aquella esperanza, estalló en pedazos cuando vi a Billy estrechando el cuerpo de Gally.

Me acuerdo de una tía boba y borracha que no paraba de repetir: «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?» Lo repetía una y otra vez, como una cretina. Quise que fuera ella la muerta en lugar de Gally. «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?» Ahora me doy cuenta de que la pobre chavala debía de estar conmocionada. Pero quise que hubiera sido ella en lugar de él. Sólo durante un segundo o dos; después no quise que nadie muriera nunca más.

La mayor parte de la gente reunida alrededor había salido de los pubs y todos buscaban el coche que habría atropellado a Gally, intentando calcular qué dirección habría tomado. A nadie se le ocurrió levantar la vista hacia el puente.

Estoy allí, en lo que creo que es silencio, pero todos me miran como si estuviera herido, como si sangrara profusamente. Terry se aproxima y me da un meneo como si fuera un crío pequeño, y sólo entonces me doy cuenta de que estaba chillando.

Billy se limita a sostener a Gally y a decir en voz baja y con una triste ternura como nunca antes o después le he escuchado a nadie: «¿Por qué has hecho eso, Andy? ¿Por qué? Seguro que las cosas no estaban tan mal. Podríamos haberlo arreglado, colega. ¿Por qué lo has hecho, chaval? ¿Por qué?»

Ésa fue la última vez que resultó especial. Tras aquello nos mantuvimos alejados unos de otros. Era como si hubiésemos aprendido acerca de lo que es la pérdida a una edad demasiado temprana y quisiéramos apartarnos unos de otros antes de que lo hicieran los demás. Aunque en realidad no estábamos tan alejados unos de otros; yo, Billy y Terry, y supongo que Gally, nos convertimos en los cuatro puntos cardinales tras aquella noche.

Ahora regreso.

Según el veredicto emitido por el juez de instrucción no se pudo establecer la causa de la muerte. Terry se negó a considerar siquiera la posibilidad del suicidio. Pero me parece que Billy lo había adivinado.

Fui a Londres y me establecí allí. Una temporada de residente en un club pequeño

pero en el que pasaban cosas y que se trasladó a un local más grande. Después a un superclub grande y de pasta. Grabé unos cuantos temas propios y después unos cuantos mixes. Después un álbum; después otro. En esencia, viví la vieja fantasía de éxito de Snap mientras trataba de tocar el bajo. Sin embargo, nunca fui bajista; nunca fui un Manni, un Wobble, un Hooky o un Lemmy, ni siquiera un puto Sting. No le sacaba un *feeling* de bajo a mis torpes intentos, que jamás estuvieron en sintonía con mis vibraciones internas, pero sí logré desarrollar un *oído* para los bajos. Eso ayudó mucho cuando llegó el momento de hacer mezclas. El éxito llegó despacio, pero con paso firme. Un gran disco dance, *Groovy Sex Doll*, que llegó a las listas de ventas generales. Eso me consagró a lo grande. Lo pusieron en *Top of the Pops*; yo hacía como que tocaba el teclado mientras unas modelos vestidas de lycra bailaban sin parar a mi alrededor. Me puse hasta las orejas de vodka y cocaína, me tiré a una de las modelos, anduve por el Met Bar y algunos clubs del Soho, tuve discusiones profundas y significativas con diversas estrellas del pop, actores, escritores, modelos, presentadores de televisión, artistas, editores de periódicos y revistas, e intercambié números de teléfono a patadas. Me fijé en cómo cambiaban los acentos en el contestador. Lo que tendría que haberse quedado en un par de meses interesantes, en un verano, se convirtieron en seis ampulosos años.

No me arrepiento. Tienes que lanzarte cuando llega tu momento o más tarde lo lamentarás. Sí que me arrepiento de haber estado por en medio más tiempo de la cuenta, dejándome avasallar por ese lamentable y repugnante proceso destructivo. En un avión que volvía de Nueva York y de un bolo excelente en el Twilo, tomé una decisión profesional: ya no estaba por hacer de aquello una profesión.

Tenía un pie en ambos campos, pues siempre había admirado a los cabecillas del house que hacían cosas auténticas: Dave the Drummer, los chicos de Liberator, esa clase de peña. Esencialmente, eso era lo mío, las fiestas clandestinas, la reunión de las tribus. La verdad lisa y llana es que es mejor. Es más divertido, te ríes más. De modo que dejar el circuito de las celebridades estiradas fue una jugada puramente calculada y mercenaria por mi parte.

Así que actuaba en los *raves* y las fiestas de la vieja escuela; la prensa dance se preguntaba: ¿HA PERDIDO N-SIGN LOS PAPELES?, y yo estaba pasando la temporada más feliz y más satisfactoria de mi vida. Entonces empezaron a notarse los efectos de la Ley de Justicia Criminal, y tras las sonrisas de profidén el Reino Unido siguió siendo un lugar opresivo para aquellos que no querían divertirse como ellos dispusieran. Y sus fiestas, las fiestas Cool Britannia esas, eran una puta mierda.

Así que nos largamos; primero a París, después a Berlín, y después a Sydney. La peña Spiral, la peña Mutoid, todos parecían acabar encallando en Sydney. Últimamente me he encontrado hecho polvo a menudo. Eso siempre me dice que es el momento de cambiar de aires. Alguna gente pasa años de terapia tratando de lidiar con el hecho de estar hechos polvo. Yo me limito a cambiar de aires. La sensación de estar hecho polvo siempre desaparece. La opinión ortodoxa es que estás huyendo, que

deberías aprender a hacerle frente al hecho de estar hecho polvo. Yo no estoy de acuerdo con eso. La vida es un proceso más dinámico que estático y cuando no cambiamos nos mata. No es huir, es cambiar de aires.

Sí. Esto me hace sentirme mejor. No hay nada como la autojustificación. No estoy huyendo, estoy cambiando de aires.

Cambiando de aires.

La última vez que los vi fue en el funeral, hace nueve años. Lo curioso es que nunca pensaba en Billy, Terry, Topsy y demás tanto como pensé que lo haría. Sólo lo hago ahora que estoy cerca de casa.

El vuelo de enlace con Glasgow; subo a él con una copia de obsequio del *Herald*. Los *weedgies*. Adoro a esos cabrones que te cagas. Nunca jamás te decepcionan. Otra vez en casa. Siempre que vuelvo a Escocia noto un extraño hormigueo. Caigo en la cuenta de que, pese al terror, ha pasado mucho tiempo y de hecho estoy emocionado. Espero que todavía haya un padre al que ver cuando llegue allí.

Aunque no habrá ningún Gally.

Adoraba a Gally, ese capullín, ese sacomierda enano y egoísta. Probablemente ahora más que nunca, porque está criando malvas. Ahora ya no decepciona a nadie, sólo lo hizo una vez. La imagen de su cuerpo quebrado en esa calle nunca me abandonará.

Aquella chica de Munich, hace años, en el noventa, noventa y uno, ochenta y nueve o algo así, Elsa se llamaba. Gally se largó con su amiga. «Tu amigo es extraño», dijo, «no tuvo con Gretchen…, no hicieron… a ella le gustaba, pero no tuvieron relaciones sexuales plenas.»

Me preguntaba en qué estaría pensando. Ahora lo sabía, como lo sabía él. Era un tío demasiado íntegro para follarse a nadie siendo seropositivo.

Nos inició a todos en la pérdida de seres queridos.

Ojalá se hubiese querido a sí mismo tanto como quería a los demás.

Está muerto, así que resulta más fácil quererle que a Terry o Billy. Pero a ellos todavía les quiero; tanto que no puedo dejar que subviertan lo que siento por ellos dejándoles aproximarse en modo alguno. Me gusta la *idea* que tengo de ellos. Pero nunca podremos tener lo que tuvimos; todo ha desaparecido: la inocencia, la cerveza, las pastillas, las banderas, los viajes, el barrio…, me queda todo tan lejano.

¿Cuál era el estribillo ese de Bowie que sampleamos?: Corramos las cortinas sobre el ayer…

El autobús de vuelta al centro de la ciudad. Estoy follao. A decir verdad, más que follao. A veces me siento como si viera por las orejas en lugar de por los ojos. La estación de autobuses de Buchanan Street.

EDIMBURGO, ESCOCIA
2.02 de la madrugada

EL BUSINESS BAR

El Business Bar estaba abarrotado. Los clientes festivaleros y los oficinistas se confundían con facilidad en una complicidad probablemente infundada pero autocomplaciente, imaginándose que se encontraban en un lugar que durante aquellas tres semanas del año era el centro del mundo. Billy Birrell estaba en la barra, rodeado de admiradores, bebiendo un agua Perrier. Al tener ante la vista a su hermano, su mirada expresó sorpresa aunque no hostilidad. Vestido con una puta elástica de los Hibs para los partidos de fuera de casa. Aun así, era una prueba suplementaria de que no andaba por ahí con alborotadores. Entonces Billy vio a Terry y se le torció visiblemente el gesto. Pero iba con alguien…, esa chica… ¡era Kathryn Joyner! ¡Allí, en el Business Bar! Había gente mirándola, además, pero ¿qué hacía con ellos?

«¡Billy! ¿Cómo te va?» Juice Terry le tendió una mano que Billy Birrell aceptó con cautela. Terry estaba en mala forma. Obeso. Se había abandonado de verdad.

«Bien, Terry», dijo Billy Birrell. Le lanzó una mirada a su hermano Rab. Rab se encogió tímidamente. Lisa miró a Billy Birrell de arriba abajo, con una mirada calculadora que echaba más chispas que la de Don King.

Terry condujo a Kathryn hacia Billy. «Vilhelm, quiero presentarte a una buena amiga mía. Ésta es Kathryn Joyner», dijo Terry; se le estremecieron los hombros al añadir: «Se la conoce por canturrear de tanto en tanto. Kathryn, éste es un antiguo socio mío. El hermano de Roben, Billy… o “Business”, de acuerdo con el título que acostumbramos a darle los de aquí.»

Billy Birrell sabía que Terry iba hasta el culo y en plan sobradillo. En realidad no cambia nunca, pensó Billy, con un desprecio tan fiero que le ardían las entrañas y casi se estremeció. Al atender a la cantante americana, Billy no pudo evitar pensar: Dios, qué cascada está esta mujer. «Kathryn», dijo sonriendo y tendiéndole la mano. Se volvió hacia una chica que estaba detrás de la barra: «Lena, ¿puedes ponernos un poco de champán? Una botella de Dom Perignon, me parece.»

Terry miraba una fotografía de Business Birrell con el futbolista Mo Johnston colgada en la pared. «Mo Johnston: vaya un figura, ¿eh, Billy?»

«Sí», dijo Billy con recelo.

Miró algunas fotografías más que había tras la barra. «Darren Jackson. John Robertson. Gordon Hunter. Ally McCoist. Gavin Hastings. Sandy Lyle. Stephen

Hendry. Figuras, ¿eh, Billy?»

Business Birrell se mordió el labio inferior y le lanzó una mirada rápida a su hermano, mientras una expresión acusadora tomaba forma sobre sus rasgos afilados.

Mientras todo el mundo tanteaba con vacilación a los demás, Post Alec ya había arrasado con la mitad del champán y hablaba con dos mujeres con veleidades artísticas y aire de turistas festivaleras. «… claro que no puedo trabajar por culpa de mi espalda…, pero estoy limpiando las ventanas para un amigo…» La estridencia de este comentario se le hizo patente y Alec se interrumpió un momento, atolondrado por la culpa y la bebida. Hizo frente a esta parálisis prorrumpiendo en una canción. «¡Una cancioncilla! *Cause your mine… me aw my… spe-shil laydee*…»

Lisa soltó una risita ante esto, levantando una copa de champán con entusiasmo y pasándoles otras a Rab y a Charlene.

Terry se rió. «¡Alerta bolinguera!» Después se volvió hacia Kathryn y le rodeó la cintura con un brazo mientras le pasaba otro alrededor del hombro a Billy Birrell. «Mi viejo amigo Billy Birrell, Kath. Fuimos amigos, muchísimo antes de que yo me hiciera amigo de Rab», le explicó. «Claro que ya no le gusta que le recuerden aquellos tiempos. ¿Verdad que no, Billy?»

«No hace falta que me los recuerden, Terry. Me acuerdo perfectamente», le dijo Billy con aplomo.

A Terry este Billy Birrell formal le resultaba tan inflexible que parecía hecho de bronce. El cabrón tenía buen aspecto, pero ¿por qué no iba a tenerlo? Probablemente estaba apuntado a todos los programas de ejercicios y dietas saludables y especiales y estilos de vida moderados imaginables. Por supuesto, había envejecido un poco; tenía menos pelo, y la cara un poco más arrugada. Birrell. ¿Cómo podían salirle arrugas en la cara a ese cabrón si nunca la movía?

Pero *era* Billy, tenía buen aspecto, y Terry sintió una punzada de nostalgia. «¿Te acuerdas cuando fuimos al National en Aintree? ¿El Mundial de Italia, en el noventa? ¿El Oktoberfest de Munich, Billy?» «Sí», dijo Billy, con más recelo de lo que había sido su intención. «He visto mundo, sabes. En realidad es igual en todas partes, ¿eh, Kath?», dijo Terry. Entonces, sin esperar a su reacción, añadió: «Antes nuestro Billy Boy boxeaba, Kath. Eso sí, ahora no podría boxear huevos»,[66] dijo Terry, formando un puño y apretándolo suavemente contra la barbilla de Billy. «Podrías haber aspirado al título, ¿eh, campeón?» Billy apartó la mano de Terry. Instintivamente, Terry se aferró con más fuerza a la cintura de Kathryn. Si Business pensaba tumbar a Terry, entonces ella se venía con él. A ver cómo le sentaba eso a ese capullo obsesionado por la imagen. Menuda punta le sacaría el *Evening News*:

> La cantante y celebridad internacional Kathryn Joyner fue derribada durante un incidente que tuvo lugar en un pub del centro de la ciudad. Se cree que el conocido personaje deportivo Billy «Business» Birrell estuvo involucrado.

Billy Birrell. Su amigo. Terry pensó en Billy y él con sus respectivos bolsos marineros, sudaderas de rayas, vaqueros de naytex y parkas. Después llegaron los Ben Shermans y los Staprest, y de ahí pasaron a las camisetas de manga ranglán, las Adidas y Fred Perry. Un acceso de patetismo le recorrió, metamorfoseado instantáneamente en melancolía. «Bajé a Leith Victoria contigo aquella vez, Billy…, tendría que haber aguantado mecha. Acuérdate, Billy…, acuérdate…» La voz de Terry fue bajando de tono y volviéndose desesperada; casi se quebró al recordar a Andy Galloway, inerte sobre el asfalto, N-SIGN en Australia o donde estuviera, su madre, Lucy, su hijo Jason, un extraño para él, Vivían…, entonces se abrazó con más fuerza a Kathryn.

Jason. El nombre lo había elegido él. Se acabó. Le dijo a Lucy que él nunca sería como aquel viejo cabrón, el hijo de puta que les abandonó a él y a Yvonne, que él iba a ser un buen padre. Se obsesionó tanto con parecer diferente a aquel cabrón, que no se había fijado en que todas las características que le preocupaban eran superficiales y que habían salido como dos gotas de agua.

Terry recordó la época en que intentó hacer un esfuerzo por formar parte de la vida de Jason. Lo recogió en casa de Lucy y le llevó a ver un partido en Easter Road. El chico se aburría y tratar de conversar con él era como tratar de sacarle muelas. En una ocasión, cediendo a un impulso emotivo, intentó abrazar a Jason. El chico se mostró tan tenso y avergonzado como Birrell lo estaba ahora. Su propio hijo hizo que Terry se sintiera como un recluso de la galería de los pederastas de Saughton.

El domingo siguiente, pensó en llevar a Jason al zoo. Había asumido que quizá el chico quisiera estar acompañado de gente de su edad. Había oído que algunos fines de semana la madre de Gally se quedaba con Jacqueline, y ella no era mucho más pequeña que Jason.

Fue a la puerta de la señora Galloway. «¿Qué quieres?», preguntó ella con una frialdad espectral, mientras sus grandes ojos —idénticos a los de su hijo— se ensanchaban, absorbiéndole a uno.

Terry no pudo soportar su mirada, le dejó absolutamente cortado. Bajo aquella mirada se sentía como un candidato a fugarse de un campo de concentración, cegado por los haces de luz de los reflectores. Tosió nerviosamente. «Eh…, oí que algunos fines de semana se queda usted con la chiquilla…, eh, sólo pensaba que, como voy a llevar a mi chico al zoo el domingo…, si quiere usted tomarse un descanso, podría llevar a Jacqueline también…»

«Debes estar de broma», le dijo ella gélidamente, «¿dejar yo a mi nieta contigo?»

No tuvo que añadir «después de lo que pasó con mi hijo», lo llevaba escrito en la cara.

Terry iba a decir algo, notó cómo las palabras se le atascaban en la garganta mientras la emoción amenazaba con abrumarle. Se obligó a sí mismo a mirar de forma deliberada a Susan Galloway, comprendiendo su dolor a través del suyo propio. Si él pudiera luchar contra ese dolor y aguantar aquella mirada, quizá a ella se

le pasara y pudieran hablar como es debido, compartir el dolor. Como habría hecho el puto Billy Birrell. Una vez vio a Billy en su vistoso cochazo, a la señora Galloway saliendo de él y a Billy ayudándole a llevar la compra. Sí, claro, la modesta asistencia práctica de Billy sería bienvenida, por supuesto, no vendría nada mal. Pero Birrell era un «personaje deportivo de la capital» y ahora un empresario de éxito. Incluso Ewart, aquel capullo aturrullado por las drogas, era un disc-jockey de primera y se rumoreaba que era millonario. Nah, hacía falta un chivo expiatorio, y en nuestros tiempos el tío que se quedó atrás en el barrio era el que reunía los requisitos. Entonces fue cuando cayó en la cuenta de que ése era su destino. Y él había querido a Gally tanto como los demás. Apartándose de la madre de su amigo muerto, Terry se alejó en estado sobrio de modo tan vacilante como el lamentable borrachín sin remedio que ella le consideraba.

Ahora vacilaba todavía más. Se aferró a Kathyrn aún con más fuerza, y miró a Lisa, quien le dedicó una radiante sonrisa. Era una chavala estupenda, una tía guapa y sexy a la que le encantaban beber cócteles y follar. No podría ser más de su tipo; un sueño hecho realidad, a decir verdad. A lo largo de los años había bajado el listón, pero ahora estaba con Lisa. Tendría que ser más que suficiente…, y así fue como Juice Terry reafirmó su ego y restauró su equilibrio. Tendría que montárselo mejor. Salir más. Tomarse las cosas con interés. Estaba deprimido de aspirar a una Edad de Oro que nunca había existido y la vida le estaba dejando de lado.

Billy, mientras tanto, se había cansado de él. Ya estaba harto de aquel payaso, meciéndose entre brisas inexistentes y tirando de Kathryn Joyner como si la pobre mujer fuera una muñeca de trapo. «Terry, ya has bebido suficiente, tío. Llamaré a un taxi para que te lleve a casa.»

«No necesito un taxi, Birrell», dijo Juice Terry con irritación, levantando su copa de champán y dándole unos sorbos con mucha pompa, «me tomaré una copa de espumoso aquí, y luego me iré.»

Billy miró estoicamente a Terry. No había amistad alguna ni historia compartida en su mirada, y Terry notó su frialdad. No le consideraba más que como un potencial borrachín problemático. El pasado no contaba. Andrew Galloway no contaba. Como si nunca hubiera pasado. Como si el tío nunca hubiera estado vivo. Sí, claro, se habían dicho unas cuantas cosas durante el funeral, pero ambos se encontraban todavía bajo los efectos de la impresión. Después de aquello, Billy nunca dijo una puta mierda. Después de que pasara, se centró en su combate. El caso es que antes de aquella pelea, Terry estaba muy orgulloso de Billy. «Business» era un apelativo que empleaba abundantemente, sin ironía ni ánimo de tomarle el pelo. Su colega iba a ser campeón del mundo. Billy era una máquina. Pero más tarde, cuando el tío ese de Gales le metió, Terry sintió una satisfacción malévola a través de su orgullo herido.

Billy apartó la mirada. Terry era un perdido. Había ido cuesta abajo. Sí, claro, seguía siendo un vacilón de cuidado pero ya con un punto de amargura. Se arrepentía de haberse aislado de Terry de aquella forma, hacía todos esos años, pero el tipo era

un lastre. Mucha gente decía que nunca logró asimilar la muerte de Gally. Sin embargo, él, Billy Birrell, quedó tan afectado como cualquiera por lo sucedido. Pero había que superar esas cosas y seguir viviendo. Gally lo habría querido así; amaba la vida, hubiera querido que los demás siguieran adelante con sus vidas, que les sacaran el máximo partido. Terry se comportaba como si él fuera el único que estaba dolido por lo que había sucedido, como si eso le diera una excusa, una licencia para ir de puto sobrado con todo el mundo. Uno sospechaba que si no hubiera sido por Gally, habría encontrado alguna otra justificación para hacer el capullo.

Por supuesto que quiso decirle a Terry que cuando subió al cuadrilátero con Steve Morgan, de Port Talbot, Billy Birrell estaba dispuesto a hacerle pedazos. Alguien iba a pagar por lo que le había sucedido a Gally.

Cuando subió al cuadrilátero sencillamente no podía moverse.

Se culpó a lo de la tiroides, y fue uno de los factores, pero Billy sabía que podría haber zumbado a Morgan desde su lecho de muerte. El choque de cabezas durante el primer asalto, la sangre de la nariz de Morgan. Entonces ocurrió. Había algo en Morgan que le resultaba de lo más familiar. Nunca se había fijado antes, pero ahora lo veía con punzante claridad. El cabello negro cortado a cepillo, los ojazos marrones, la piel cetrina y aquella nariz ganchuda. Los gestos espasmódicos y la expresión preocupada y cautelosa. Y la sangre que caía en un hilito de la nariz. De repente Billy cayó en que el boxeador galés era el vivo retrato de Gally.

No, Billy no se podía mover.

No podía lanzar un solo golpe.

Billy sabía que algo iba mal. La primera vez que lo notó fue justo antes de ir a Munich. Intentó ocultárselo a Ronnie, quien a su vez intentó ocultárselo a los patrocinadores. La forma física lo era todo. Billy opinaba que si no estabas en forma, no podías hacer lo esencial para poder ganar en cualquier deporte individual —se tratara del boxeo, el tenis o el squash—, y eso era imponer el ritmo. En un enfrentamiento uno a uno, tener que competir al ritmo dictado por el otro resultaba desmoralizador e insostenible. Ése era el motivo de que Billy considerase que cuando dejara de poder dictar el ritmo al otro, habría acabado con el deporte de las doce cuerdas. Pero seguía pendiente la cuestión de aquel combate particular con Morgan. Sus oportunidades futuras dependían totalmente de él. Lo que llevó a un Billy Birrell exhausto al cuadrilátero fue el orgullo en estado puro. Imponer el ritmo era impensable; la única posibilidad que le quedaba ahora a Billy era su pegada. Y cuando el fantasma de Gally se le aproximó bailando, esa posibilidad se desvaneció.

Pero era demasiado orgulloso para contarle eso a Terry o a cualquier otra persona, demasiado orgulloso para contarle que seguía conmocionado por la muerte de un amigo. ¡Qué pobre y lamentable habría sonado esa excusa! Un boxeador, un profesional, debería ser capaz de sobreponerse a algo así. Pero no. La tiroides y el desconsuelo habían conspirado; el cuerpo de Billy se había venido abajo y se negaba a moverse. Fue la última vez que estuvo en el cuadrilátero. Aquello le reveló que no

estaba hecho para el boxeo. Probablemente estuviera siendo injusto consigo mismo, pero Billy Birrell era un perfeccionista, una de esas personas del tipo todo o nada.

Cuando el médico diagnosticó la insuficiencia tiroidea y dijo que había sido un milagro que Billy hubiera logrado subir al cuadrilátero, se convirtió en héroe de la noche a la mañana. De todos modos, el British Board of Boxing Control no podía permitir que peleara tomando tiroxina. Ellos se convirtieron en los villanos. A petición del público y tras una campaña del *Evening News*, se celebró una recepción cívica en el ayuntamiento. Davie Power y los demás patrocinadores se dieron cuenta de hasta qué punto estaba enraizado en el psiquismo escocés la tendencia a ensalzar la derrota gloriosa. Se dio luz verde al proyecto del Business Bar.

Billy miró a su alrededor, en torno a aquel bar bien ventilado y espacioso, y su clientela mayoritariamente acomodada. Mientras meditaba acerca de su parálisis anterior, Johnny Catarrh se sintió espoleado a entrar en acción. Había estado dejando escapar unos pedos gaseosos y químicos, que ya de por sí resultaban lo suficientemente bochornosos en aquel bar atareado. Ahora sospechaba que a continuación se producirían hechos de mayor entidad y se lanzó apresuradamente hacia los servicios para investigar.

Billy aún no había hablado con Johnny, y estaba a punto de saludarle cuando Catarrh pasó volando junto a él. Capullo ignorante, iría hasta el culo. ¿Qué cojones hacía Rab trayendo aquí a esta pandilla? Sobre todo Lawson. Billy miró a Terry, su cara abotargada por el alcohol, la arrogante mueca del cocainómano, vomitando su ampulosidad por todo el bar, haciendo que los parroquianos habituales se volvieran con inquietud. Y ahí lo tenías, paladeando el prohibitivo champán de Billy. Aquel capullo tenía que largarse. Era… La reflexión de Billy se vio interrumpida cuando vio a un hombre acercarse a la barra como una exhalación y agarrar del brazo a Kathryn. «Pero ¿qué puñetas has estado haciendo?», le interrogó con acento americano.

Billy y Terry se adelantaron como un solo hombre.

«Franklin…, ¡tómate una copa de champán!», chilló alegremente Kathryn. Billy se apartó. Ella conocía a aquel tipo.

«No quiero champán…, me he estado volviendo loco, joder…, maldita egoísta hecha polvo…, estás…, ¡estás borracha! ¡Maldita sea, tienes que cantar esta noche!»

«¡Quítale las manos de encima, bobochorra! ¡Esta noche no canta nadie!», gruñó Juice Terry.

«¿Quién coño es éste?», le preguntó Franklin a Kathryn, entre desdeñoso y escandalizado.

«El tipo que te va a partir la boca, ¡so mamón!», saltó Terry mientras golpeaba a Franklin en la mandíbula. El americano tropezó mientras se tambaleaba y cayó. Terry se adelantó para patearlo pero Billy se interpuso entre él y su candidato a víctima. «¡Te estás sobrando, Terry! ¡Lárgate de aquí!»

«Ese cabrón es el que se está sobrando…»

Kathryn ayudó a Franklin a ponerse en pie. Éste se frotó la mandíbula y trató de mantenerse en pie. Entonces empezó a vomitar. Un grupo de tipos con aspecto de jugadores de rugby que estaban en una esquina empezó a vitorearle.

Billy cogió a Terry del brazo. «Discutamos esto un poco, colega…» Le escoltó hasta la puerta trasera del pub. Salieron juntos a un pequeño jardín abarrotado de barriles y cajas. El sol deslumbrante brillaba en medio de un cielo azul despejado. «Tú y yo tenemos que hablar, Terry…»

«Es demasiado tarde para eso, Birrell…» Terry le lanzó a Billy un golpe, que éste evitó con facilidad mientras le tumbaba con un gancho de izquierda impecable.

Mientras Terry quedaba tumbado en el suelo cuan largo era, Billy se frotaba los nudillos. Se había hecho daño. ¡Ese estúpido gordo cabrón!

Rab, Charlene, Kathryn, Lisa y Post Alec salieron tras ellos. Alec se acercó tambaleándose a Billy. «¿Estás bien, campeón?» Adoptó una guardia e hizo un poco de sparring, lanzándole golpes cortos a un Billy inmóvil. Entonces le entró un violento ataque de tos y tuvo que apoyarse en la pared mientras carraspeaba flemas. Mientras esto sucedía, Kathryn y los demás atendían a Terry. Franklin se les acercó y empezó a gritarle: «¡Si no vuelves al hotel ahora mismo, estás acabada, maldita sea!»

Kathryn se dio la vuelta y le gritó como una fiera: «¡A mí tú no me dices que estoy acabada! ¡Tú a mí no me tienes que decir nada, gilipollas! ¡Puedes dar por despedido tu culo gordo y sudoroso!»

«¡Eso, ya lo has oído, ahora vete a tomar por culo!», le espetó Lisa, indicando la puerta con el pulgar.

Franklin se quedó un rato de pie y mirándolos. Aquella zorra loca había sido sometida a un lavado de cerebro por una pandilla de delincuentes escoceses…, debían formar parte de alguna secta majara. Sabía que aquello tenía que ocurrir en algún momento. Miró la insignia de la elástica de Rab. ¿De qué cojones iba toda aquella mierda, de algún lavado de cerebro chorras de los Cientólogos Celtas? ¡Tendría que averiguarlo!

«Largo», le dijo fríamente Billy.

Franklin giró sobre sus talones y se marchó como una exhalación.

«No te ofendas, Rab», dijo Billy mirándole a él y después a Kathryn, «pero a lo mejor deberíais ir pensando en dejarlo para otro día y dormir un poco.»

Se miraron unos a otros y después a Billy. Rab asintió y recogieron a Terry. Lisa le gritó algo a Billy, quien se quedó mirándola. Les observó mientras salían dando tumbos, su hermano y uno de sus amigos más antiguos, y sacudió lentamente la cabeza. Billy meditó acerca de la diferencia que había entre él y los de aquella cuerda. Ellos veían el coche, la ropa y la tía buena que llevabas colgando del brazo. Nunca veían el curro, nunca se enfrentaban a los riesgos o experimentaban la ansiedad. Y a veces él les envidiaba el solo hecho de poder dejarse ir y quedarse así de hechos polvo. Hacía mucho tiempo que él no se permitía semejante lujo. Pero no se arrepentía de lo que hacía. El respeto es necesario, y la única forma de obtenerlo

en Gran Bretaña, salvo que uno haya nacido en una cuna de oro o tenga el acento adecuado, es a través del dinero. Antes se podía obtener de otras formas, como su viejo, o Duncan Ewart, el padre de Carl. Pero ahora no. Es notorio el desprecio que suscita en la actualidad ese tipo de gente, incluso en sus propias comunidades. Dicen que todo ha cambiado, pero qué cojones va a haber cambiado. En realidad, no. Todo lo que ha ocurrido es… A la mierda.

¿Cómo habría sido Gally ahora, en caso de seguir aquí?

Los ojos de Gally obsesionaban a menudo a Billy. Los veía sobre todo si dormía solo, cuando Fabienne estaba en Francia, durante los períodos de interrupción de su relación intermitente; no se había puesto a buscar en serio una versión local con la que reemplazarla. Los ojazos de Andy Galloway: nunca vivarachos e inquietos, sino vacíos y negros por la muerte. Y su boca, abierta en un grito silencioso, mientras la sangre fluía de ella, manchando sus grandes dientes blancos. Le había salido aún más por la oreja, más allá del pendiente dorado del lóbulo, su olor metálico sobre las manos de Billy y la ropa mientras sostenía aquella cabeza sin vida. Y su peso. Gally, tan pequeño y delgado en vida, parecía pesadísimo al morir.

La propia boca de Billy parecía haberse llenado de ese sabor metálico de la sangre, como si hubiera estado chupando una vieja moneda de dos peniques. Más tarde intentó sacárselo cepillándose los dientes, pero siempre volvía. Ahora, en aquel bar, transcurridos todos esos años, parecía haber vuelto. La pérdida y el trauma dejan su propio regusto fantasma; se le encogió el estómago y le dio un retortijón en torno a algo tan maleable como un trozo de mármol.

Y después, la forma en que la sangre manó a borbotones de la boca de Gally, como si respirara sólo por un segundo, tomando aliento por última vez. Pero Billy no se permitió aquella reflexión; sabía que Gally había desaparecido y que sólo era el aire de sus pulmones escapándose.

Se acordaba de los gritos de Carl y de los tirones de pelo de Terry. Billy quiso sacudirles a ambos y decirles que se callaran. Que se callaran por Gally. Que mostraran un poco de respeto por él. Tras un momento, Terry captó su mirada. Se hicieron un gesto. Terry abofeteó a Carl. No, los chicos nunca se abofetean en Escocia. Los cockneys abofetean a la parienta, de ahí venía la expresión una «manita de bofetadas». Aquello fue un tortazo. Terry mantuvo firme la muñeca, no era la bofetada de una chavala o de un maricón. Billy se acordaba de aquello. Parecía tan importante en su momento… Ahora le parecía tan lamentable como repugnante y completamente estrafalario. No eran nuestros malos hábitos los que nos asustaban en realidad; estábamos demasiado acostumbrados a ellos, sólo les preocupaban a los demás. Lo que se luchaba por reprimir eran los impulsos extraños, imprevisibles y brutales, aquellos que los demás ni siquiera percibían y que esperábamos que nunca percibieran.

Pero con Gally sí lo hicieron.

A veces Billy no entendía cómo lograba retener todo aquello en su cabeza. Sabía

que la personalidad se consideraba por lo general como acción antes que como palabras o pensamientos. Mucho antes de dedicarse al boxeo había aprendido que el miedo y la duda eran emociones que era mejor no manifestar. A menudo le reconcomían aún más por suprimirlas, pero podía hacerlo. No tenía tiempo para el festín necrófago de la cultura de la confesión íntima; cuando le amenazaban ese tipo de emociones, mordía con fuerza, como si de una pastilla se tratara, y tragaba la energía que liberaba. Era mejor eso que darle a otro el poder de desmantelarte la cabeza. Por lo general funcionaba, pero una vez le había fallado.

Cuando el fantasma de Gally subió flotando al cuadrilátero.

Y últimamente todo había vuelto con demasiada fuerza. Billy estaba pensando en Fabienne, en su sociedad con Gillfillan y Power, y se fue a dar un paseo por el cementerio donde estaba enterrado Gally. Se acercó a la tumba y vio a un tío venga a farfullar junto a ella. A medida que se aproximaba parecía como si el tío estuviera hablando con Gally. Avergonzado, Billy siguió caminando y descartó la idea. El tío no era probablemente más que algún borrachín al cuidado de los servicios comunitarios murmurando chorradas. Aunque no lo parecía, llevaba corbata y parecía que debajo del abrigo llevaba uniforme.

Aquello perturbó a Billy. Estaba casi seguro de que aquel hombre había dicho «Andrew». Con toda probabilidad no era más que la impronta fantasma de su propio dolor, pero le retorcía por dentro como las malas hierbas y enredaderas del cementerio.

ISLANDS IN THE STREAM

Aunque sentía un dolor sordo en la mandíbula, Juice Terry desbordaba sensación de victoria mientras se afanaba en cruzar Princes Street con una de las maletas de Kathryn. La llevaría al Gauntlet y todo el mundo vería que él, Juice Terry, seguía siendo EL PUTO AMO, cuando se trataba de…, bueno, cuando se trataba de lo que fuera. Eso sí, reconoció para sus adentros que había sido un error levantarle la mano a Birrell. Había sido un golpe certero y potente, reflexionó Terry con obstinada admiración. Dicen que lo último que pierde un boxeador es su pegada. Los reflejos de Birrell también habían estado impresionantes. Claro está, pensó Terry, que yo iba borracho que te cagas y probablemente mi golpe se veía venir desde la otra punta de Princes Street.

Ahora Terry formaba parte de un convoy de perdidos que porteaba el equipaje de Kathryn. Johnny y Rab también llevaban una maleta cada uno, Lisa y Charlene unas bolsas más pequeñas. Kathryn no llevaba nada. «Debería ayudaros», protestó de forma poco entusiasta. «Quizá deberíamos tomar un taxi…»

A Terry le zumbaba la cabeza. Estaban todos allí dentro, Lucy, Vivían, Jason, su madre, todos disputándose el primer puesto.

Los demás eran causas perdidas, pero seguro que Jason no. ¿Por qué no tenía una

relación con Jason? Le había consentido demasiado. Qué zoo ni qué pollas, tendría que haberle llevado al fútbol, pensó. Demasiado caro en los tiempos que corren; además, el chiquitín no había mostrado ningún interés.

Terry tenía que reconocer que era comprensible, pues él mismo empezaba a identificarse con el padre al que siempre había odiado. Antes, lo único que había visto eran los actos de aquel hijo de puta, su egoísmo cruel y negligente, no los motivos subyacentes de dichos actos. Ahora, empezaba a comprenderlos a regañadientes, en términos de sus propias motivaciones. El viejo sólo quería echar un polvo decente, llevar una vida sin agobios, tener dinero fácil y un poco de respeto. Y sí, de resultas había tratado mal a su mujer y a sus hijos. Pero el pobre hijo de puta no había nacido en una situación en la que pudiera reunir los recursos monetarios o sociales para darle el toque financiero satisfactorio a las cosas. Los ricos trataban a sus compañeras igual de bien o de mal que los barriobajeros. La diferencia residía en que aquellos cabrones podían tenerlas contentas con una gran compensación si se daba el caso de que todo empezara a ir mal. Y podían hacerlo de forma impersonal, a través de abogados.

Terry tenía que reconocer que la posibilidad de que el peque saliera distinto quizá no fuera mala cosa. ¿Sería como Terry? Terry intentó imaginarse, veinte años más tarde, a un par de rubias macizas ejecutando un ritual de sexo lésbico frente a un Jason adulto que fuera el vivo retrato de él. Entonces él (Jason/Terry) se sumaría, follándose a una y después a la otra en distintas posiciones antes de vaciar la tubería. Entonces se arrancaría las gafas y los auriculares de realidad virtual y se encontraría sentado ante una polla fláccida y goteante, en una habitación sarnosa con aspecto abandonado, llena de cartones vacíos de comida para llevar, ceniceros rebosantes, platos sucios y latas de cerveza vacías. Terry deseaba empezar el siglo XXI con buen pie.

Pero aquél era el panorama hereditario. En el panorama ambiental se imaginaba al peque como un gafotas viviendo en una casa prefabricada en los suburbios con una mujer aburrida y un par de pequeños agentes consumidores como críos. Y allí estaría ella, Lucy, yendo de visita los domingos con Gawky para comerse un asado. Todo resultaría de lo más agradable e idílico hasta que vieran a un borrachín harapiento y empapuzado de alcohol mirándoles fijamente desde el otro lado de la ventana. Sería Post… Juice Terry… no, a la mierda. Algún día se iban a enterar todos. Se pasó la mano por sus aún abundantes cabellos rizados y se sintió triste de no poder experimentar más que autocompasión y sentimientos empalagosos.

Había contemplado montones de fantasías de venganza, que le horrorizaron y le repelieron incluso a él. Lucy vestida con una camiseta de los Hearts con el número 69 y la palabra GUARRA en la espalda, mientras él le daba lo suyo sin vaselina. Pero ella no tenía nada de Jambo, odiaba el fútbol. Probablemente fuese en su viejo en quien pensaba; en efecto, cuando en su imaginación Terry bombeaba a toda máquina, no dejaban de intercalarse en la escena imágenes de su padre con una ridícula

escarapela granate durante un partido de la copa escocesa entre los Hearts y los Rangers en los setenta. A la mierda; uno no debe nunca analizar en exceso sus propias enfermedades; así lo único que se conseguía era exacerbarlas.

Si alguien se merecía una paliza era el desgarbado, el puto técnico de laboratorio que se la follaba. Y se la habría dado además, de no ser porque en aquel entonces Terry estaba tirándose a Vivian y porque la intervención de aquel tío les había dado la oportunidad de montárselo juntos. Pero aquella estaca con pelo largo, granos y nuez saliente: parecía uno de aquellos vírgenes heavy-metal de Bonnyrigg o algún sitio de ésos, que escuchan discos de fantasías de dominación masculina y que con sólo hablarle a una chica les entra el soponcio y el tartamudeo. De hecho, Terry se enteró más tarde de que fue Lucy quien se lo ligó a él, durante una noche de marcha con la gente del trabajo en Kirkaldy, en el Almabowl.

Terry casi se parte de risa cuando ella se acercó acompañada de aquel capullo, con las manos junto a los costados, abriendo y cerrando los puños como si fuera a armarla. Ella estaba recogiendo y preparando al chico. Tendría que haber hecho papilla a aquel tipo por llevarse a su mujer y su hijo. Pero no pudo, porque sólo podía pensar en Vivian, en cómo había precipitado la situación para que Lucy le abandonara y se hiciera cargo del crío a fin de que él pudiera hacerse el dolido y abandonado. Y le habían hecho el juego a la perfección. Ahora se vería libre de las facturas impagadas, del contrato de alquiler, de los silencios gélidos que estallaban convertidos en disputas feroces, de las quejas, de sus deseos de tener una casa en los suburbios y un jardín para el crío para que no tuviera que jugar en las calles del barrio como había hecho Terry. Ah, cómo iba a paladear el verse libre de tanto feo engaño. Sí, al cerrarse la puerta, meditó sobre su pérdida y se quejó un poco ante sí mismo, y a continuación recogió sus propias cosas, y ante el absoluto horror de su madre, se trasladó directamente a casa de ella.

Un quejido de Johnny le distrajo de sus reflexiones. Sí, aquel peso pluma estaba currando que te cagas. «No veo por qué no podrías haberte limitado a reservar otra habitación en el Balmoral», le insinuó con voz lastimera a Kathryn.

«Quiero estar lo más lejos posible de ese gilipollas de Franklin», maldijo Kathryn. Les costó siglos encontrar una habitación en un hotel céntrico, incluso a nombre de Kathryn Joyner. Ahora iban recorriendo Princes Street hasta Haymarket, hacia un alojamiento más pequeño, pero cómodo y acogedor.

Mientras Kathryn firmaba en el libro de registros, Terry cavilaba. «Eras perfectamente bienvenida en mi casa, sin pegas de ninguna clase», le dijo a Kathryn.

«Terry, tú eres un tío. Siempre hay pegas.»

La chavala yanqui no era tan boba como parecía. «Se me ocurre una cosa», se aventuró Terry, «esto está al lado del Gauntlet. Para lo del karaoke, ¿sabes?»

«Tengo que ir a Ingliston a hacer ese bolo», le dijo Kathryn.

«Pero si has despedido al tío…», gimotéo Terry.

«Es algo que tengo que hacer», le dijo con brío.

Rab Birrell empezó a arrastrar escaleras arriba una maleta mientras el recepcionista le entregaba su llave a Kathryn. «Entérate, Terry, es Kathryn quien decide.»

«Eso, ya subiremos al Gauntlet en taxi para tomar la última después del bolo», dijo Johnny, y se preguntó por qué hablaba con Terry, pues estaba absolutamente follao y sólo quería echar una cabezada.

Después de quedarse esperando por ahí mientras Kathryn se vestía, se metieron en la limusina que Rab había llamado para que desviase la trayectoria desde el Balmoral y salieron en dirección a Ingliston. Johnny se despatarró en un lado del coche y se quedó sobado. Le hacía ilusión viajar en un coche como aquél, pero ahora la experiencia le dejaba atrás con la misma certeza con que lo hacía el autobús urbano de al lado.

Charlene estaba hecha un ovillo y apretada contra el costado de Rab, y disfrutaba. Lisa y Terry se sirvieron unas copas del mueble-bar. Ahora Lisa podía olerse a sí misma; su top estaba sucio y tendría los poros bloqueados, pero no le importaba. Terry le balbuceaba al oído a

Kathryn, y se dio cuenta de que la cantante americana se sintió agradecida cuando ella intervino. «Deja en paz a Kathryn, Terry, tiene que prepararse. Cierra la puta boca.»

Terry la miró boquiabierto en señal de protesta.

«Te he dicho que te calles», le exhortó ella.

Terry se rió y le dio un apretón en la mano. Le gustaba aquella chavala. A veces podía resultar bastante agradable recibir órdenes de una tía. Durante unos cinco minutos más o menos.

Las casas de vecinos de las zonas deprimidas dieron paso a grandiosos chalets, que a su vez dieron paso a insípidos suburbios y vías de acceso a las autopistas. Entonces pasó un avión rugiendo por encima de ellos y se encontraron parando en el aparcamiento del recinto ferial de Ingliston. Les costó despertar a Johnny, y al equipo de seguridad de Kathryn no le hizo demasiada gracia ver a su séquito, pero estaban tan aliviados de verla que surtieron incondicionalmente a todos los miembros de aquella partida con pases de entre bastidores.

En el vestuario, se pusieron las botas con la comida y la bebida gratuitas mientras Kathryn se ocultaba en el cuarto de baño, vomitaba y se daba ánimos.

Kathryn Joyner salió al escenario de forma vacilante en Ingliston. Fue el recorrido más largo hasta el micrófono que nunca realizara; bueno, puede que no fuera tan malo como aquella vez que subió tambaleándose en Copenhague tras salir de aquella habitación de hotel después de haber pasado por el hospital donde le acababan de sacar las pastillas mediante un lavado de estómago. Pero esto era suficientemente malo en sí mismo: pensó que perdería el conocimiento por el calor de los focos, y era consciente de hasta la última gota de mugriento dolor que las drogas habían dejado en su cuerpo malnutrido.

Haciéndoles un gesto a los músicos, dejó que el grupo empezara a tocar *Mystery Woman*. Cuando cantó, durante la primera mitad del primer tema, su voz apenas era audible. Entonces sucedió algo a la vez perfectamente ordinario y encantadoramente místico: Kathryn Joyner sintió la música y se puso las pilas. A decir verdad, no fue más que una interpretación aceptable, pero era mucho más de lo que ella y su público habían llegado a acostumbrarse, de modo que en ese contexto constituía un pequeño triunfo. Más importante: una multitud nostálgica, agradecida y bastante borracha quedó deleitada.

Al final de la actuación, pidieron que volviera a salir a hacer unos bises. Kath pensó en aquella habitación de hotel en Copenhague. Hora de soltarse, pensó. Se volvió hacia Denny, su guitarrista, que era un veterano músico de estudio. «*Sincere Love*», dijo ella. Denny le hizo un gesto al resto del grupo. Kathryn apareció entre grandes aplausos y cogió el micrófono. Terry bailaba entre los bastidores.

«Me lo he pasado estupendamente en Edinboro. Ha sido estupendo. Esta canción se la dedico a Terry, Rab y Johnny de Edinboro, con Amor Sincero.»

Fue un broche final digno, aunque Terry se sintió un poco ofendido de que no se hubiese referido a él con su nombre completo, Juice Terry. «Habría significado mucho más para toda la gente del barrio», le explicó a Rab.

Franklin Delaney trató de saludarla cuando bajó del escenario, pero fue interceptado por Terry. «Tenemos un bolo», le dijo, mientras apartaba de un empujón a su anterior mánager. Kathryn disuadió a los de seguridad, que estaban listos para intervenir.

Terry iba el primero, cruzando el aparcamiento a grandes zancadas hasta llegar a los taxis preparados para llevarles hasta el Gauntlet en Broomhouse. Kathryn veía las cosas venir con abrumadora claridad, no a nivel intelectual —estaba tan hecha polvo que apenas podía pensar con claridad—, pero tenía claro que se acabó, que aquél sería su último bolo en mucho tiempo.

Para el mundo exterior su vida había sido un éxito fenomenal, pero para Kathryn Joyner, los años de su juventud pasaron volando en una serie de giras, habitaciones de hotel, estudios de grabación, chalets con aire acondicionado y relaciones insatisfactorias. Tras el aburrimiento embrutecedor de aquel pueblecito cercano a Omaha, había vivido una vida siguiendo un programa establecido por otros, rodeada de amigos que tenían intereses creados en la continuidad de su éxito comercial. Su primer mánager, antes de su áspera ruptura, había sido su padre. Kathryn pensó en cómo murió Elvis, no en un hotel de Las Vegas vestido con un mono, sino en casa, sentado en la taza del *water* en Memphis, rodeado de los suyos. Hay tantas posibilidades de que sea la gente que te quiere los que precipiten tu fallecimiento como que sean tus nuevos adláteres. Es menos probable que éstos se fijen en los progresos de tu deterioro.

Pero a ella le vino bien. Durante un tiempo. No se había dado cuenta de la vorágine en la que estaba metida hasta que fue demasiado tarde para salir. La historia

esta de pasar hambre no iba sobre otra cosa que el ejercicio del control. Por supuesto, todo el mundo se lo había dicho, pero ahora podía sentirlo e iba a hacer algo al respecto. E iba a hacerlo sin la figura de la fantasía del rescate que siempre aparecía justamente en el momento en que las cosas se ponían excesivas, que le recomendaría una persona o un *look* nuevos, o unos bienes de consumo duraderos, o unos bienes inmobiliarios, o un libro de autoayuda, una dieta revolucionaria, o unas vitaminas, o un psiquiatra, un gurú o un mentor, religión, consejero, cualquier persona o cosa que sirviera para tapar las grietas para que Kathryn Joyner pudiera volver a meterse en el estudio y salir de gira. Para que volviera a ser la vaca productora de pasta que servía de sostén a la infraestructura de aprovechados.

Terry, Johnny, incluso Rab: no podía fiarse de aquellos tíos más que de los demás. Eran iguales, no podían remediarlo; estaban devorados por aquella enfermedad que cada día que pasaba parecía afectar más a todo el mundo: la necesidad de utilizar a los vulnerables. Eran agradables, de todos modos; ahí estaba el problema, siempre lo eran, pero había que poner fin a su dependencia de los demás y, a la inversa, a la de ellos respecto a ti. Aunque le habían demostrado algo, algo útil e importante, durante aquellos últimos días de insensatez y confusión inducida por las drogas. Por extraño que pareciera, las cosas les importaban. No estaban hastiados de la vida ni se mostraban indiferentes. Las cosas les importaban; a menudo se trataba de cosas estúpidas y triviales, pero les importaban. Y les importaban porque pertenecían a un mundo ajeno al mundo artificioso de los medios de comunicación y el espectáculo. A uno no podía importarle ese mundo, en realidad no, porque no le pertenecía y nunca podría hacerlo. Era un mundo de comercio sofisticado, y no hacía más que seguir su propio curso.

Iba a dormir durante unos cuantos días, y después volvería a casa y desconectaría el teléfono. Tras eso, alquilaría un apartamento discreto en alguna parte. Pero primero cantaría ante un público. Sólo una vez más.

Fue así como Juice Terry y Kathryn Joyner terminaron por cantar *Don't Go Breaking My Heart* a dúo. Cuando se proclamó que habían ganado el premio consistente en una gama de accesorios de cocina proporcionados por Betterware, hicieron un bis con *Islands in the Stream*. Lousie Malcolmson se puso hosca, sobre todo porque ella y Brian Turvey habían dado lo mejor de sí mismos con *You're All I Need to Get By*. «Le están lamiendo el culo a esa cabrona yanqui pastosa», dijo en voz alta y con evidentes señas de estar bebida.

El gesto de Lisa se endureció, pero no dijo nada. Terry tuvo una charla tranquila con Brian Turvey, quien llevó a Louise a casa.

En años venideros se diría que el último bolo de Kathryn Joyner tuvo lugar en Edimburgo, y era cierto. Sin embargo, eran muy pocos los que sabían que tuvo lugar no en Ingliston, sino en el pub Gauntlet, de Broomhouse.

Si el bolo de Ingliston había marcado un hito para Kathryn, el del Gauntlet supuso lo mismo para Terry. Cuando se marcharon, dejó la chaqueta sobre el respaldo de una

silla de forma deliberada. Si seguía vistiendo como un gilipollas, de ningún modo seguiría tirándose a chavalas jóvenes y enrolladas como Lisa. Tomó la determinación de hacer un esfuerzo para adelgazar y controlar con los Häagen-Dazs, las cenas a base de salchichas y morcillas y las sesiones masturbatorias. En algún punto del camino, se daba cuenta, había perdido un poco el orgullo de sí mismo. Y aquello no suponía necesariamente que tuviera que vestir como un maricón, porque las Ben Sherman volvían a estar de moda. Había tenido la primera a los diez años. Quizá aquello fuera el indicio de un revival de Juice Terry en la mediana edad. También tendría que cortarse el pelo. Le crecía muy rápido, pero un corte al uno o al dos cada dos sábados molaría, si lograba perder peso. Comprarse unas Ben Sherman, unos vaqueros nuevos. ¡Desvalijar una puta tienda de ropa! Quizá una chaqueta bomber de cuero como la de Birrell. Tenía que reconocer que quedaba elegante. Terry nuevo, trapos nuevos.

Sí, ¡pronto estaría en el gabinete del capullo de Tony Blair! Ese tío se había coscado, no importaba lo que hicieras mientras tu imagen y tus palabras casaran con el papel. Eso era lo único que quería la gente en Gran Bretaña, unas palabras comprensivas por parte de un hombre bien vestido y bien hablado. Alguien que les dijese que todos eran muy importantes. Entonces uno podía apoltronarse tranquilamente cuando todos se cagasen encima de uno y le demostraran que no era nadie. Porque lo importante es el efecto.

Más tarde, se plantearon ir a casa de Terry a celebrar una fiesta. Kathryn estaba agotada y quería ir a dormir a su habitación de hotel. «Necesito ir al maldito hotel…», musitaba sin parar de forma delirante. Johnny estaba en estado comatoso. Aquella noche aquel guarrete no sobaba con ella ni de cofia, pensó Terry, dejándole a Lisa y Charlene sus llaves y dándoles instrucciones para que acostaran a Johnny. Rab y él acompañarían a Kathryn al hotel y después volverían directamente a casa.

Rab no estaba demasiado satisfecho, pero Terry paró un taxi y aquello fue un hecho consumado. Lisa y Charlene ya estaban metiendo a Johnny en otro.

Al llegar al barrio, Lisa recordó que una tía y una prima suyas vivían allí. No las conocía bien. Sí recordaba cuando de niña vino a comer aros de espaguetis con tostadas. Uno de sus primos había muerto hacía años; se cayó de un puente cuando iba borracho. Otro tío joven que salía de marcha, rebosante de vida, y regresaba frío y muerto. Su madre y su padre habían ido al funeral.

Desde la última vez que había estado aquí, a los edificios les había salido una erupción de antenas parabólicas. Se habían meado encima de la pared de al lado del armario del cubo de la basura tantas veces que el revestimiento estaba indeleblemente manchado y parecía que se deshacía por momentos. No sabía si el portal de su tía Susan era éste o el de detrás. Puede que Terry la conociese.

Lisa se dio cuenta de que Charlene estaba totalmente hecha polvo y que le convendría echarse a dormir. Y el tal Johnny: él también estaba bien jodido.

GLASGOW, ESCOCIA
5.57 de la tarde

Buchanan Street: el hedor del diésel y de los *weedgies* surca los aires, corrientes inconexas de aspereza que los nuevos centros comerciales y las boutiques de diseño, por curioso que parezca, intensifican en lugar de disimular.

Ni siquiera recuerdo cómo se llega a la estación de Queen Street desde aquí, ha pasado mucho tiempo. Por supuesto, está aquí al lado. No me funciona el móvil, así que llamo a mi madre desde una cabina. Mi madre está en el hospital. Con la tía Avril.

Me cuenta cómo están las cosas. Farfullo algunas chorradas durante un minuto y después salgo a coger el tren, dándome cuenta en ese momento dé que no he preguntado por nadie, ni siquiera por Billy.

Billy Birrell y todos sus alias; algunos que le gustaban, otros que le mosqueaban que te cagas. Silly Girl (primaria). Secret Squirrel (secundaria). Biro (nombre del pandillero barriobajero y matón incendiario). Business Birrell (boxeador). Ha pasado mucho tiempo. El mejor tipo que he conocido en mi vida. Billy Birrell.

Ahora necesito volver atrás. Llego hasta Queen Street y me subo al tren.

Reconozco a un tío que va en el tren. Creo que es un disc-jockey, o algo que tiene que ver con los clubs. ¿Un promotor? ¿Lleva un sello? Quién sabe. Le saludo con una inclinación de la cabeza. Me corresponde. Renton, creo que se llama. Tenía un hermano en el ejército al que mataron, un tío que solía ir mucho a Tynecastle en tiempos. No era mal tipo, el hermano quiero decir. Este capullo nunca me mereció muy buena opinión; oí que le dio el palo a sus colegas. Pero supongo que hemos de tener la suficiente fortaleza para vivir con el hecho de que la gente más cercana nos tiene que desilusionar de vez en cuando.

El funeral de Gally fue el acto más triste al que nunca he asistido. Lo único que me dio ánimos inesperados fue la presencia de Susan y Sheena. Estaban pegadas la una a la otra como lapas junto a la tumba. Parecía como si los pilares de masculinidad que tenían a su alrededor, el señor G. y Gally, hubiesen quedado en evidencia como castillos de naipes que se habían venido abajo. Ya sólo quedaban ellas. Y no obstante, por encima de la devastación absoluta de todo aquello, parecían personas fortísimas y rectas.

Tenían un solar familiar. Yo fui uno de los portadores del ataúd; ayudé a llevarlo y a depositar a Gally bajo tierra. Billy también ayudó, pero a Terry ni siquiera se lo pidieron. Gail, como había dicho que haría, se mantuvo alejada y mantuvo alejada a

Jacqueline. Era lo mejor para todos. Faltaba el viejo de Gally; probablemente estaba en el talego.

Mi padre y mi madre, los Birrell; ellos estaban allí, incluyendo a Rab Birrell y un par de los amigos futboleros de Gally. También estaban la madre dé Terry y Walter. Apareció Topsy. La mayor sorpresa tuvo lugar en el hotel, donde Billy me dijo que se había asomado Blackie. Ahora era el director del colegio y había oído que había muerto un antiguo alumno suyo. No le vi por la capilla ni junto a la tumba y tampoco vino con nosotros al hotel, pero Billy me aseguró que era él, de pie y con gesto severo bajo la lluvia, con las manos entrelazadas delante de él, junto a la tumba.

La gravilla del camino se me atascó entre las suelas del zapato, y recuerdo que aquello me enojó en su momento. Me entraron ganas de soltarle una hostia a alguien sólo porque llevaba un poco de gravilla en el zapato.

Fue una mañana fea y fría; el viento nos asaltaba desde el mar del Norte, escupiendo lluvia y aguanieve contra nuestros rostros. Afortunadamente, el pastor fue breve y nos fuimos temblando calle abajo hasta el hotel a tomar un té, unos pasteles y alcohol.

Durante la ceremonia, Billy sacudía la cabeza, farfullando para sus adentros, todavía conmocionado. En aquel momento me preocupaba. Aquél no era Billy Birrell. Parecía el mismo, pero era como si su concentración y la corriente subterránea de energía hubiesen desaparecido. Le habían quitado las pilas. Billy siempre había sido un pilar de fuerza y no me gustó verle así. Yvonne Lawson, que lloraba, le cogía de la mano, horrorizada. Billy estaba jodido y tenía un combate a la vuelta de la esquina.

Yo sostenía una de las manos de Susan entre las mías, y pronunciaba el viejo discurso: «Si hay algo…, lo que sea…», y sus ojos cansados y vidriosos me sonrieron, como los de su hijo, mientras me contaba que estaba bien, que ella y Sheena se las apañarían.

Cuando fui al servicio a echar una meada, Billy se me acercó y empezó a contarme con cierta vacilación algo acerca de Doyle que capté vagamente a pesar del alcohol y el dolor.

Doyle se había acercado al club de Billy después de acabar el entrenamiento. Estaba esperando a Billy. «Yo pensé», dijo él acariciándose la cicatriz, «esto es una pasada, vuelta a empezar. Así que me tensé. Pero parecía que iba solo. Dijo que sabía que era socio de Power y eso y que no quería problemas, que sólo quería preguntarme una cosa. Entonces me dijo: ¿Estuviste tú con Gally en casa de Polmont aquella noche?»

Pero en aquel momento, durante el funeral, lo cierto es que no tenía ganas de oír aquello. Ya había tenido suficiente y fui egoísta. Después de lo de Munich, toda aquella mierda; era como si hubiese hecho un borrón en aquella parte de mi vida, aquella parte de mi vida en mi ciudad natal. Sólo quería enterrar a mi amigo y cambiar de aires. La noche que salimos, la noche en la que Gally saltó, sólo

significaba para mí una salida por los viejos tiempos, antes de largarme a Londres.

Billy hundió las manos en los bolsillos del pantalón, poniéndose tieso y rígido por completo. Recuerdo que aquello me asombró más que lo que dijo en ese momento; no era la clase de lenguaje corporal que uno asociaba con él. Normalmente Billy se movía de un modo elástico, grácil y relajado. «Yo le dije: ¿Y a ti qué te va en ello?» Doyle dijo que Polmont decía que no hubo nadie más allí, sólo Gally. Sólo quiero saber si es cierto. «Pues yo no estaba allí», le dije. «De modo que», dijo Billy mientras me miraba, «si hubo alguien más, es obvio que Polmont nunca le dio el chivatazo a Doyle.»

«¿Y?», pregunté, sacudiéndome la polla y volviendo a meterla dentro de la cremallera. Como he dicho, no estaba interesado. Supongo que sentía un gran resentimiento hacia Gally, por lo que me parecía su egoísmo. Ahora quienes más me preocupaban eran Susan y Sheena; en lo que a mí se refería, aquel día giraba en torno a ellas. Desde luego no tenía deseo alguno de hablar del puto Doyle o de Polmont.

Billy se rascó el cuero cabelludo. «Verás, lo que no le dije a Doyle es que Gally me vino a ver y me preguntó si bajaría con él a ver a Polmont.» Billy dejó escapar una larga exhalación. «Bueno, pues entendí lo que quería decir con eso de “ver”. Le dije que lo dejara, que todos ya habíamos tenido suficientes líos a cuenta de aquel gilipollas.»

No podía apartar la vista de la cicatriz de Billy, de la vez aquella en que Doyle le sacudió en la cara con el cuchillo ballenero. Comprendía su punto de vista, no necesitaba volver a pasar por la misma mierda; tenía un combate en ciernes. Creo que Billy tenía tantas ganas de cambiar de aires como yo.

«Debí hacer un mayor esfuerzo para convencerle de que no lo hiciera, Carl. Ojalá me hubiera acercado a verle…»

En ese momento a punto estuve de contarle a Billy lo que Gally me había contado a mí: lo de que era seropositivo. Para mí, aquél era el motivo de que Gally saltara. Pero le había hecho una promesa a Gally. Pensé en Sheena y en Susan, que estaban dentro, en el bar, en cómo si le contabas algo así a alguien, acostumbraban a contárselo a alguien más… y ya lo sabía todo el mundo. No quería que sufrieran más, que supieran que el chaval había saltado porque no quería morir de sida. Sólo pude decir: «No había nada que tú o nadie más pudiera hacer, Billy. Ya lo tenía decidido.»

Y dicho eso, pasamos al interior y nos reunimos con los demás dolientes.

Terry, tan grandote, gordo y ruidoso, parecía encogido, cada vez más disminuido dentro de aquella habitación. Más aún que Billy, no parecía él mismo. No era Juice Terry. La animadversión silenciosa y enérgica de Susan Galloway hacia él resultaba palpable. Era como si hubiéramos vuelto a ser críos y Terry, el mayor, hubiese permitido que aquello le sucediera a su chico. Billy y yo estábamos al parecer exentos de su furor por la muerte de su hijo. En contraste, mostraba una especie de odio primario contra Terry, como si él hubiera sido la gran fuerza contaminante en la vida de Andrew Galloway. Era como si Terry se hubiera convertido en el señor Galloway,

el Polmont, los Doyle, la Gail que ella podía odiar.

Ahora estoy en el tren este, asomándome al exterior. Se ha detenido en una estación. Echo un vistazo a la señal del andén:

Polmont

Vuelvo a mirar mi ejemplar del *Herald*, que ya he leído unas tres veces, de pe a pa.

EDIMBURGO, ESCOCIA
6.21 de la tarde

¡QUÍTALE LOS ZAPATOS! ¡QUÍTALE LOS PANTALONES!

En el taxi, Rab oyó cómo Terry farfullaba algo acerca de Andy Galloway, el colega de su hermano. Rab había llegado a conocer bien a Gally; era un tío majo. Su suicidio les ensombreció a todos ellos, sobre todo a Terry, Billy y, suponía él, a Carl Ewart. Aunque a Carl las cosas parecían irle bien ahora, al menos así fue durante un tiempo, y probablemente nunca pensaba en ninguno de ellos ni un minuto.

El funeral de Gally había sido muy raro. Vino gente que uno no habría pensado nunca que conociera a Gally. Gareth estaba allí. Había trabajado con Gally en la Consejería de Tiempo Libre. Rab recordó sus palabras: «Tendemos a ser estanques más bien turbios, con multitud de capas de barro y mugre en suspensión, y son las corrientes más extrañas las que agitan lo más hondo de nuestro ser.»

Aquélla, reflexionó Rab, era la forma que tenía aquel capullo de decir que jamás podemos llegar a conocernos unos a otros de verdad.

En la habitación del hotel, una Kathryn agotada se desplomó en la cama y no tardó en deslizarse hacia la inconsciencia. «Venga, Rab, ayúdame a meterla en la cama», dijo Terry. «Quítale los zapatos.»

Accediendo cansinamente, Rab le quitó hábilmente un zapato, mientras Terry la despojaba bruscamente del otro, provocando una mueca de Kathryn tras sus ojos cerrados.

«Ayúdame a sacarle los pantalones…»

Por algún motivo Rab sintió que se alzaba en su pecho cierta indignación. «No le vas a quitar los pantalones a la chica, Terry, limítate a taparle con la manta.»

«No voy a violarla, Rab, sólo quiero que esté cómoda. *Yo* no necesito hacer eso para poder echar un polvo», bufó Terry.

Rab se detuvo en seco y miró a Terry directamente a los ojos. «¿Y eso qué se supone que quiere decir?»

Sacudiendo la cabeza, Terry le miró a su vez y sonrió. «Tú y la torda esa, Charlene. ¿A qué jugabas, Rab? Quiero decir, ¿de qué va todo eso? Ya me dirás.»

«Tú ocúpate de tus propios asuntos…»

«Vale. ¿Vas a obligarme tú?»

Rab se adelantó y le dio un empujón en el pecho a Terry, haciéndole caer sobre la cama y sobre una Kathryn atónita que gruñó bajo su peso. Terry se levantó de un

salto. Estaba furioso. Hoy ya le había sobao el morro uno de los Birrell y el otro iba a pagar por ambos. Rab captó la onda y se alejó rápidamente, mientras Terry salía detrás de él. Rab Birrell salió corriendo por la puerta y subió por la escalera en lugar de bajar. Kathryn, como grogui, empezó a gritar tras ellos: «¿Qué demonios estáis haciendo? ¿Qué pasa aquí?»

Terry pensaba reventar a patadas a aquel capullo de Birrell. Tendría que haberlo hecho hace años. En su frenético estado de ánimo, los hermanos Birrell se volvieron indistintos mientras subía las escaleras como una exhalación persiguiendo a Rab. Mientras su presa doblaba el recodo de la escalera, Terry se lanzó hacia él para agarrarle, pero su peso se desplazó y perdió el equilibrio, cayendo por encima de la barandilla al hueco de la escalera. Mientras caía, Terry hizo un intento desesperado por agarrarse a los laterales de la barandilla. Afortunadamente para él, el hueco era muy estrecho y quedó encajado en él gracias al perímetro de su barriga cervecera.

YA ESTÁ JODER

ASÍ ES COMO ACABA

Apretujado boca abajo entre los pasamanos, con el corazón bombeando salvajemente, Terry vio el lustroso suelo de madera del recibidor del hotel, a unos treinta metros debajo de su cabeza.

YA ESTÁ

ASÍ ES COMO ACABA

Entonces Terry tuvo una visión fugaz de marcas de tiza alrededor de un cuerpo más pequeño y más menudo sobre el suelo de abajo, mostrándole dónde debía caer, dónde se hallaba la posición óptima para acceder a la muerte. Era la silueta de Gally.

VOY A UNIRME A ÉL

TENDRÍA QUE HABER SIDO YO

Arriesgándose a bajar las escaleras, Rab Birrell se detuvo, estudiando la gravedad del aprieto en que se hallaba Juice Terry: la cara de su amigo estaba apretujada boca abajo contra los tablones de madera de la barandilla. «Rab…», resolló Terry, «¡ayúdame!»

Mirando fríamente a Terry, lo único que Rab podía sentir era su propia ira reflejada a través de la lente de más de diez años de mezquinas humillaciones, lente que estaba constituida por el rostro sudoroso y lleno de rizos de Terry. Y Charlene, una chica joven que se merecía algo mejor, que necesitaba comprensión, y cuyo sino en la vida sería que sus problemas fueran objeto de las burlas de capullos intolerantes como él, que juzgaban a las mujeres con el criterio exclusivo de la rapidez con que se abrían de piernas. ¿Ayudarle? ¿Ayudar al puto Lawson? «¿Quieres ayuda? Yo te ayudaré, joder. Aquí tienes mi mano», dijo Rab tendiéndosela.

Desde su distorsionada perspectiva bocabajo, Terry observó desconcertado cómo la mano de Rab se aproximaba a él. Pero tenía los brazos atrapados. ¿Cómo iba a cogerla? Cómo iba a… Terry estaba a punto de intentar explicar su situación, cuando comprobó horrorizado que la mano formaba un puño y que atravesaba los barrotes

para estrellarse con considerable fuerza contra su rostro inmovilizado.

«¡AHÍ TIENES MI MANO, CACHO CABRÓN! ¿QUIERES OTRA?», chilló Rab.

«PUTO… PUTO…»

«¿Qué quiere decir Birrell? Birrell quiere decir *business*. ¿Te acuerdas de ésa? ¿No? ¡Pues el *business* en cuestión es éste!», dijo Rab, volviendo a estrellar el puño contra el rostro enmarcado de Terry.

Terry sintió cómo su nariz reventaba y su cabeza se inundaba de una sensación de mareo nauseabunda. Vomitó, y el líquido cayó por el hueco de la escalera y salpicó en el suelo. «Rab…, para…, soy yo…, me estoy resbalando, Rab…, voy a caerme…», resolló Terry, tosiendo desesperadamente.

«¿¡AY, DIOS MÍO, QUÉ LE HA PASADO!? ¿QUÉ LE ESTAS HACIENDO A TERRY?», gritó Kathryn desde la escalera de abajo.

La evidente preocupación de Kathryn y el tono suplicante e indefenso de Terry hicieron que Rab entrara en razón. Sobrecogido por el pánico, cogió a Terry de las caderas y la cintura y tiró de él. Kathryn se acercó para cogerle de las piernas, tanto para mantenerse erguida a sí misma como para sostenerle a él. Terry logró apoyar los brazos sobre los peldaños de la escalera y empezó a empujar hacia arriba. Luchó y se retorció denodadamente hasta liberarse. Encaramándose para llegar seguro al otro lado, se enderezó y se apoyó en el lado derecho del pasamanos, jadeando con fuerza.

Terry dio las gracias al cielo por todos aquellos años de consumo excesivo de cerveza y comidas para llevar. Sin ellos habría hallado una muerte segura. Un hombre de menor entidad, con un cuerpo tallado por el ejercicio y la dieta en lugar de por la pereza, la indolencia y el exceso ya estaría muerto, meditó. Un hombre de menor entidad.

Rab Birrell se echó atrás, aliviado y avergonzado a la vez, mientras contemplaba la incipiente hinchazón de la cara de su amigo, sudoroso y ensangrentado. «¿Estás bien, Tez?»

Terry cogió a Rab Birrell del pelo y le bajó la cabeza, soltándole una patada en el careto. «¡De puta madre! ¡Ahora veremos quién es el que va en serio, Birrell!» Terry le soltó a Rab otra dura pulla en la cara con su bota. Se escuchó un sonido como el quebrarse de una verdura al partírsele la boca, seguida por un reguero constante de gotas de sangre sobre la mullida alfombra de la escalera.

Kathryn se había subido a las espaldas de Terry y daba tirones de su mata de rizos. «¡Basta! ¡Basta los dos, maldita sea!» Terry intentó entornar los ojos hacia atrás con la esperanza de que Kathryn los viera y se diera cuenta de que tenía controlada la situación, pero no logró mirarla a los ojos. Cuando vio a dos hombres de uniforme, uno de los cuales le sonaba vagamente, subiendo por la escalera hacia ellos a razón de dos peldaños por zancada, Terry obedeció, soltando a Rab, cuyo ojo ya se estaba hinchando por la zona donde la bota de Terry había hecho contacto con él y que intentaba restañar la sangre que fluía de su boca. Rab levantó la cabeza cuando el

morro de Terry se le puso a tiro. Cuando estaba a punto de soltarle una, los dos porteros que habían venido a investigar el altercado, uno de los cuales ya lo tenía situado Terry como un tipo bastante cachas de Niddrie, le agarraron y le condujeron a empujones a un recodo de la escalera.

BABERTON MAINS

Había estado hablando en una de las cabinas de la estación casi desierta de Haymarket durante lo que se le antojaron horas enteras; ya estaba prácticamente destrozado por el desfase horario y el bajón de las drogas. Tenía la nariz bloqueada por completo, lo que le forzaba a respirar por la boca, y cada vez que inspiraba se le abrían pasadizos nuevos, como hechos por cristales rotos, al pasar por su garganta, seca y ulcerada.

La parada de taxis estaba vacía. No se veía ningún taxi con la bandera levantada. El festival.

Las compañías de taxi le trataban como si fuese una especie de humorista, alguien que quisiera gastarles una broma. Exhausto, Carl Ewart dio comienzo al ritual desmoralizador de amontonar el equipaje sobre la escalera. Por el rabillo del ojo vio un brazo fuerte y moreno agarrando una de sus bolsas. Un puto ladrón: ¡lo que le faltaba!

«Hiede usted, señor Ewart», dijo el ladrón. Era Billy Birrell. Lo único que quería Carl eran unas cuantas horas para recuperarse antes de pasar por el horroroso trago de enfrentarse a su madre angustiada y su padre convaleciente. Pero no había taxis y gracias a Dios que había aparecido Billy. «Estoy hecho polvo, Billy, es por el desfase horario. Estaba tocando en un *rave* cuando me enteré…»

«Ni una palabra más», le dijo Billy. Carl se acordó de lo cómodo que Billy se sentía con el silencio.

«Bonito coche», comentó, arrellanándose en la cómoda tapicería del BMW de Billy.

«No está mal. Aunque antes tenía un Jaguar.»

Al otro lado de la calle, en el Clifton Hotel, algo ocurría. Carl escuchó el griterío desde la calle.

«Borrachos», dijo Billy, centrándose en la conducción.

Pero se les podía reconocer.

Era…

No jodas, venga ya

Era el hermano de Billy Birrell, Rab, y estaba siendo amonestado por un agente de policía. Carl y Billy estaban arrellanados en el coche, a sólo unos seis metros de donde todo aquello estaba teniendo lugar.

El hermano de Billy llevaba una extraña camisa verdeamarilla salpicada de sangre. Carl se sintió tentado de gritar «Rab», pero estaba demasiado hecho polvo,

demasiado agotado. Y tenía que llegar a casa ya. Volvió a mirar y vio a una mujer que le sonaba vagamente…, pero también pudo ver una mata de rizos y un rostro sudoroso, cantando las cuarenta, como de costumbre. Era Terry. ¡El gordo cabrón de Juice Terry! La mujer parecía estar levantando la voz y defendiendo a Terry y a Rab. Incluso aquel poli con cara concienzuda y de más bien pocos amigos la trataba con deferencia.

Entonces el BMW atravesó la luz ámbar a toda velocidad y dio la vuelta a la rotonda de Haymarket para volver a subir por Dalry Road.

Acomodándose en el asiento del pasajero, Carl se sintió como un perfecto cabrón por no haberle dicho a su viejo amigo que su hermano tenía problemas, pero no podía desperdiciar más tiempo. Casa; cambio de ropa; hospital. Pensó en la palabra EWART voceada en tono estentóreo por Terry. No. Tenía que ser Baberton y luego el Royal Infirmary.

Baberton.

No era su antigua casa, era la de su madre. Siempre la odió y de hecho sólo vivió allí un año antes de trasladarse a su propia casa.

Terry.

Es estupendo saber que las cosas siguen apasionándole lo suficiente como para ser un completo gilipollas.

Estúpido capullo de mierda.

Billy.

Aquí mismo, junto a él, llevándole en coche al hospital; Terry, en la calle, metido en líos con la pasma. Aquel viejo cliché que dice que cuanto más cambian las cosas, más permanecen iguales, se filtró por la cansada mente de Carl.

Terry. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? Después del funeral. Durante el combate de Billy. Carl iba con Topsy y Kenny Muirhead. Terry iba con Post Alec y algunos tíos más.

El combate de Billy, su no combate, pensó, mientras observaba a su amigo de perfil. La cicatriz del hachazo de Doyle se había ido difuminando con los años. Pero aquella noche en el Leith Town Hall, Carl siempre pensó que había habido algo más que la tiroides. Billy parecía embrujado; era como si todas las dudas que jamás hubiese tenido acerca de todas los aspectos de su vida le hubiesen inundado la mente en ese instante, paralizándole por completo.

Se acordaba de Terry, riéndose y escarneciéndole cuando se marchó y emprendió camino en Ferry Road. Hubo una bronca en la calle cuando algunos tíos atacaron a los fans de Morgan, que habían venido en autobús. Un chaval de Gales resultó herido de gravedad con un vaso roto.

Y había oído a Terry, el gordo cabrón de Lawson, gritando en dirección al Town Hall: «¡Así se hace, Birrell!», al hermano de Billy, Rab, que estaba en las escaleras, y supo entonces que nunca más quería volver a ver a aquel cabrón.

Billy esperó abajo con Sandra, su madre, mientras Carl subía arriba a darse una

ducha rápida. Podría haberse quedado bajo aquel chorro acogedor durante siglos, y después haberse dejado caer sobre la cama, pero las circunstancias seguían azotándole, así que salió apresuradamente y se puso algo de ropa nueva.

«Estás hecho un fideo, chiquitín», dijo Sandra, abrazándose a su silueta mientras él la besaba, y después haciendo lo mismo con la hermana de su madre, Avril. Se alegraba de volver a verlas.

Billy y Carl se dirigieron en el coche al hospital. Carl no paraba de largarle cosas a Billy. «Nunca vi a los Hearts ganar la copa, Billy. Ni siquiera lo supe hasta unos meses después de que la ganaran…» Ahora parecía algo singular que no le hubiera importado. ¿Dónde cojones había tenido la cabeza? «¿Cuánto hace que no la ganan los Hibs, pues, Birrell? ¿Eh?»

Billy sonrió, sacó un teléfono móvil y marcó un número. No hubo respuesta. «Vámonos al hospital», dijo.

Carl las estaba pasando negras en el coche. No podía soportar ver a su padre, no con el aspecto que temía que tuviera el viejo. Avril y Sandra eran grandes y fornidas caricaturas de las mujeres que había conocido de niño. ¿Qué aspecto tendría su padre, y ya puestos, su madre? ¿Por qué importaba tanto? Es porque estoy enamorado de la juventud, meditó tristemente. Pasaba el tiempo rodeado de chicas a las que doblaba en edad, alimentando su ego, negando el proceso de envejecimiento; era su forma personal de rehuir la responsabilidad. ¿Acaso aquello era forzosamente algo malo? Hasta ese momento no; pero ahora, puesto que quería a su padre y a su madre y necesitaba estar allí para ellos, lo era sin lugar a dudas. Aquello no le preparaba a uno en absoluto para momentos como éste.

La mente de Carl trabajaba a pleno rendimiento. Si pudiera armonizarla con su cuerpo destrozado… La verdadera tortura de las resacas de alcohol y drogas era ésa: el modo en que empujaban la mente y el cuerpo en direcciones distintas. Ahora Carl meditaba acerca de lo ilusorio del romance, que se evapora al pasar la juventud. La fealdad del pragmatismo y la responsabilidad te desgastarán como las olas a una roca si les dejas. Cuando les ves en la pantalla diciéndote que seas así o asá, y te quedas en casa, confundido, satisfecho contigo mismo, cansado y temeroso, sabes que han ganado. La gran idea ha desaparecido y ya sólo se trata de vender más producto y controlar a aquellos que no se pueden permitir ese lujo. Nada de utopías, ni de héroes. No era una época emocionante, como pretendía el ininterrumpido bombardeo publicitario; era aburrida, exasperante y carente de sentido.

La enfermedad de su viejo había hecho que se lo replanteara todo.

Le habían trasladado. Ahora estaba en una habitación donde había otras tres camas, pero ella le vio a la primera. Maria no se fijó en la gente de las camas, fue directamente hacia su marido. Al aproximarse a Duncan, escuchó su respiración; poco profunda e irregular. Observó cómo las gruesas venas azules de su muñeca desaparecían dentro de su mano. La mano que ella había cogido tantas veces desde que él le deslizara el anillo de compromiso en el dedo en el Jardín Botánico de

Inverleith. Ella volvió al despacho del abogado donde trabajaba, exultante y a punto de desvanecerse cada vez que lo miraba. Él cogió un autobús para regresar a la fábrica. Le contaba todas las canciones que sonaban en su cabeza.

Ahora estaba sometido a observación por un electrocardiógrafo; una línea luminosa verde registraba los latidos de su corazón en el tubo catódico. Sobre la taquilla había unas tarjetas que ella había abierto y colocado junto a él:

PONTE BIEN PRONTO
SIENTO HABER OÍDO QUE ESTABAS PACHUCHO

y otra en la que una enfermera pechugona, vestida con medias y minifalda, se inclinaba sobre un hombre que suda y que babea en la cama, con una erección manifiesta bajo las sábanas. En ella, un diminuto médico con gafas dice:

HMM, AÚN SIGUE USTED CON LA TEMPERATURA UN POCO ALTA, SEÑOR JONES, sólo que habían tachado «Jones» y garabateado EWART a su lado. Estaba firmada por dentro «de parte de la Pandilla los Perturbadores, Gerry, Alfie, Craigy y Monty».

Los muchachos de la vieja fábrica, cerrada desde hacía muchos años. La banalidad de aquella tarjeta resultaba más que ridícula. Lo más probable era que no supieran hasta qué punto era grave la situación. Los médicos le habían advertido de que podía temerse lo peor.

Había una tarjeta algo más correcta, enviada por Wullie y Sandra Birrell:

PENSAMOS EN TI.

Y Billy la había llamado, preguntándole si había algo que él pudiera hacer. Era un buen chico y las cosas le iban muy bien, pero nunca olvidaba a la gente a la que conocía.

Allí estaba. Billy. Estaba allí. Con Sandra. Y Avril. ¡Y Carl!

Carl estaba aquí.

Maria Ewart abrazó a su hijo, y por una fracción de segundo se sintió preocupada por su delgadez. Estaba más flaco que nunca.

Carl miró a su madre. Estaba más vieja y parecía muy desgastada, lo cual no era de extrañar. Miró al paquete de carne y huesos arrugado y consumido que estaba hecho su padre. «Sigue bajo los efectos, durmiendo», le explicó ella.

«Nosotros nos quedaremos un momento con él si vosotros dos queréis hablar un poco», dijo Sandra. «Venga, id a tomar un café», le insistió a Maria.

Maria y Carl salieron cogidos del brazo. Carl no sabía quién confortaba a quién: él estaba totalmente hecho cisco. Quería quedarse con su padre, pero también quería hablar con su madre. Se acercaron a la máquina expendedora.

«¿Tan mal está?», preguntó Carl.

«Se nos va, hijo. No me lo puedo creer, pero se nos va», sollozó ella.

«Ay Dios», dijo él mientras la estrechaba. «Siento haber sido tan egoísta. Estaba en un bolo, me vine para acá en cuanto Helena me lo dijo.»

«Parece agradable», dijo su madre. «¿Por qué no he hablado con ella antes? ¿Por qué la mantuviste apartada de nosotros, hijo? ¿Por qué te mantuviste apartado tú?»

Carl miró a su madre e intentó adivinar si lo que veía en sus ojos era un sentimiento de traición o sólo incomprensión. Entonces, por primera vez, lo vio a través de sus ojos: se estaba comportando como si fuera ella la que se hubiera equivocado, como si ella fuera de algún modo responsable de sus meteduras de pata. Ni hablar; podía mirarse en el espejo y decir que en lo que a eso se refería, él era un gilipollas hecho a sí mismo. «Yo sólo…, yo sólo…, no sé. No sé. No sabes cuánto lo siento. No he sido muy buen hijo para él…, ni para ti», gimió, y la hondura de su autocompasión y su autoaborrecimiento le anonadó.

Su madre le miró con una expresión de gran sinceridad. «No. Has sido el mejor hijo que pudiéramos haber deseado. Vivimos nuestra propia vida y te animamos a vivir la tuya. Es sólo que hubiéramos deseado saber un poco más de ti.»

«… Lo sé. Estaba pensando…, siempre se piensa que habrá tiempo para ponerse al día. Para cuadrar las cosas. Entonces pasa esto y te das cuenta de que las cosas no son así. Podría haberme esforzado más.»

Maria observó a su hijo temblando y balbuceando delante de ella. Estaba hecho un desastre. Lo único que ella quería era una llamada de teléfono de vez en cuando para asegurarse de que estaba bien, y ahora se estaba haciendo mala sangre y poniéndose autodestructivo por nada. «Venga, hijo. ¡Venga!», dijo, cogiéndole la cabeza entre las manos. «Lo hiciste todo. Evitaste que nos embargaran la casa, evitaste que nos echaran a la calle.»

«Pero tenía dinero…, podía permitírmelo», empezó él.

Su madre volvió a menearle la cabeza, y a continuación le soltó. «No. No lo menosprecies. No sabes cuánto significó para nosotros. Nos llevaste a los Estados Unidos», sonrió. «Ya sé que para ti no es nada, pero para nosotros fueron las vacaciones de nuestra vida. Significó muchísimo para tu padre.»

A Carl le retumbaba la cabeza con el alivio que las palabras de su madre le proporcionaban. Estaba siendo demasiado duro consigo mismo. Menos mal que me los llevé conmigo a Estados Unidos, que me llevé al viejo a Graceland. Le vi junto a la tumba de Elvis con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Pero lo curioso, lo que le dejó alucinado de verdad, fue cuando le llevé a un bar en Leeds llamado Mojo. Cuando tocaron aquella versión en directo de American Trilogy antes del cierre y todo el mundo se puso en pie con los mecheros encendidos. Su padre no podía creerlo, porque hasta entonces Duncan nunca había creído que la gente de esa generación, la generación Acid House, pudiera apasionarse tanto por Elvis. Entonces Carl le llevó al Basics y le dio un éxtasis. Y le pilló el punto. Sabía

que no era lo suyo, y que nunca lo sería del mismo modo que para su hijo, pero lo pilló.

Carl se preguntó si debía contárselo a su madre. Aquella vez que Avril y ella se fueron a pasar el fin de semana a St Andrews. Él llevó a Duncan al partido del Liverpool contra el Man United, después al Mojo en Leeds, y finalmente al Basics. A ella se lo había contado todo menos lo del éxtasis. No, quizá ahora no fuera el momento más indicado.

Maria miró a su hijo mientras se tomaba el café. ¿A qué estaba jugando? Tenía todo aquello a lo que Duncan y ella habían aspirado durante toda su vida, verse libre de la rutina de nueve a cinco, pero no parecía apreciarlo. Quizá a su manera sí lo hiciese. Maria no entendía a su hijo y quizá nunca lo haría. Pero quizá era así como tenía que ser. Lo único que entendía de él era que ella le quería, y con eso bastaba. «Volvamos adentro.»

Relevaron a Sandra y Billy junto al cuerpo postrado de Duncan. Carl volvió a mirar a su padre, y sintió una estrechez casi insoportable en el pecho. Aguardó a que amainase su intensidad, pero no lo hizo; permaneció allí, como una constricción constante e implacable.

Entonces los ojos de Duncan parpadearon antes de abrirse, y Maria vio en ellos la luz enloquecida de su energía vital. Escuchó una magnífica melodía, vio una gloriosa victoria del Kilmarnock pese a no haber asistido a un partido de fútbol en su vida, y sobre todo le vio a él, como siempre que la miraba a ella. La carne atrofiada y mundanal de su rostro parecía desvanecerse cuando aquellos ojos la absorbían.

Carl se percató de ese momento entre ellos, sintió el flashback de aquella sensación infantil suya de superfluidad, aquella sensación de ser un superávit respecto de lo requerido por la situación. Volvió a acomodarse en la silla. Aquel momento les pertenecía.

Pero Duncan intentaba hablar. Maria observó con horror enfermizo que la línea verde del aparato empezaba a oscilar erráticamente del punto álgido al más bajo. Estaba en peligro. Ella le cogió de la mano y se inclinó sobre él para oírle decir con urgencia mientras expulsaba aire sordamente: «Carl… ¿dónde está Carl?»

«Aquí estoy, papá», dijo él, inclinándose hacia delante y apretando la mano de su padre.

«¿Qué tal Australia?», resolló Duncan.

«Bien.» Era lo único que podía decir. Era de locos, joder. Qué tal Australia. Australia bien.

«Tendrías que dar noticias más a menudo. Tu madre… a veces lo pasa muy mal. De todas formas… me alegro de verte…», dijo, y sus ojos resplandecían cálidamente.

Carl asintió. «Y yo también», sonrió. La sencillez de todo aquello ya no parecía tan banal. Antes al contrario, eran la sofisticación, las florituras, los adornos y la búsqueda constante de profundidad las que ahora parecían una farsa trivial. Estaban contentos por el simple hecho de estar juntos.

Juice Terry giró la cabeza y echó un vistazo rápido hacia el otro lado de Dalry Road. Rab Birrell aún le seguía, aunque se mantenía a una discreta distancia. Terry le volvió la espalda con ademán altivo y siguió caminando. Un taxi pasó a toda velocidad junto a él, haciéndole caso omiso cuando sacó la mano para pararlo.

Al menos se había quitado de encima a aquella guarra americana, pensó Terry. Dormía a pierna suelta en el hotel y había dicho que le llamaría por la mañana. Tantas chorradas que había dicho acerca de quedarse una temporada en Edimburgo: se largaría en el primer avión en cuanto se hiciera de día.

Algún que otro borracho venía por la calle dando tumbos. Terry se fijó con malévola alegría en que por la acera de Birrell venían un par de tíos bastante cachas, y que se dirigían de cabeza hacia aquel capullo de estudiante. A lo mejor iba a recibir una de aquellas tundas gratuitas que los varones de la clase trabajadora escocesa tendían a infligirse unos a otros en proporciones insólitas en las calles de Escocia. No lo hacían ni por dinero, ni para realzar la reputación viril, sino casi por una especie de estrafalario protocolo. Pero si le daban a ese capullo una buena soba, ¿qué haría él? Tendría que acudir en ayuda de aquel hijo de puta. Pero primero que le metieran unas buenas hostias. Pero no, Birrell les conoce. Hasta les estrecha la mano. Están de charla un rato, y después cada uno sigue su camino, mientras Rab reemprende su persecución de Terry.

Rab Birrell echó mano al teléfono móvil que llevaba en el bolsillo de su chaqueta bomber de cuero marrón y lo encendió. Marcó los números de las dos compañías de taxis que se sabía de memoria. Los dos estaban ocupados. Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. A Rab se le daba mal guardar los mosqueos y empezó a sentirse avergonzado ante aquella situación, superando su enfado con Terry. Cruzó hasta la mitad de aquella calzada desierta, situándose en la tierra de nadie señalada por la raya continua. «Terry, venga colega…»

Terry se detuvo, se volvió y señaló con el dedo a Rab. «No te pienses que vas a entrar en mi casa. ¡Más vale que te vayas para casa, Birrell!»

Rab vaciló en medio de la calzada. «Ya te lo he dicho joder, te dije que recogería a Charlene y después me iría.»

¿Quién cojones se creía?, se preguntó Terry. Ese capullo de Birrell se piensa que puede hacerse perdonar lamiéndome el culo después de haber estado a punto de provocar mi muerte. «Mmmm. Vuelve a tu lado de la calle», protestó Juice Terry Lawson, pasándose la mano por el cabello.

«¡Terry, esto es ridículo! ¡Venga!» Rab dio un paso al frente.

«¡A TU PUTO LADO, BIRRELL!», rugió Terry, adoptando una postura de combate. «¡Vuelve a tu puto lado!»

Rab chasqueó la lengua en señal de exasperación, y levantó los ojos bruscamente

hacia el cielo antes de volver a cruzar la calle. Se aproximaban dos hombres, esta vez por la acera de Terry. Llevaban chaquetas de cuero y pantalones ajustados. Llevaban el pelo corto y uno de ellos tenía un bigote llamativo. Terry no les vio hasta que se encontraron a pocos pasos de él.

«¿Una peleíta de enamorados?», ceceó el del mostacho. «Éste es igual, malísimo», dijo señalando a su amigo.

«¡¿Quééé?!»

«Uy, lo siento, creo que me he confundido.»

«Joder que sí», saltó Terry al cruzarse con ellos, aunque a continuación empezó a reírse para sus adentros. Menuda imagen debían de estar dando, Rab y él, cada uno en un lado de la calle y riñendo. Se estaba comportando como un idiota, pero seguía alterado después de haber estado colgado boca abajo y enfrentado a una muerte inminente. Y Birrell pretendía que se comportara como si no hubiera pasado una puta mierda.

Otro taxi pasó zumbando. La cara gruñona del capullo del taxista mientras sacudía la cabeza con cara de pena, pasando de largo. Entonces escuchó el sonido de otro deteniéndose al otro lado de la calle. Era otro taxi, en el que se estaba subiendo Birrell. Terry empezó a cruzar la calle, pero el coche salió disparado, dejándole tirado. Vio a Rab en el asiento de atrás, desapareciendo calle abajo, con un guiño insolente y mostrándole el pulgar levantado.

«¡PUTOS BIRRELL DE MIERDA!», aulló Terry volviendo el rostro hacia el cielo, como si apelase a la instancia suprema.

Rab se rió en el asiento trasero del taxi antes de decirle al chófer que diese media vuelta. Se detuvieron a la altura de Terry y Rab abrió la puerta, mientras aquél le lanzaba una mirada llena de resentimiento. «¿Vas a subir?»

Terry se introdujo cansinamente en el taxi y permaneció firmemente en silencio durante la mayor parte del trayecto hasta el barrio. Cuando pasaron por delante del Cross, Rab empezó a reírse. Terry intentó resistirse un rato, pero no pudo evitar sumarse.

Cuando volvieron se encontraron con que Lisa estaba levantada viendo la tele. Charlene estaba dormida en el sofá. «¿Habéis acostado a Kath sin problemas?»

«Sí», dijo Terry.

Lisa se fijó en las marcas de sus rostros, en el ojo hinchado de Terry, la sangre de la chaqueta de Rab y su boca. «¿Os habéis pegado?»

Terry y Rab se miraron el uno al otro. «Eh, nada, a la vuelta nos cruzamos con unos tíos que iban de listos», dijo Terry.

Ella se acercó a Terry. «Estás hecho un desastre», dijo, rodeándole el cuello con los brazos.

«Tendrías que ver al otro», respondió Terry, lanzándole una mirada furtiva a Rab.

Rab no quería despertar a Charlene, pero se acomodó en el sofá junto a ella y la abrazó. Ella abrió los ojos un par de segundos para acusar su presencia, hizo

«Mmmm», y volvió a quedarse dormida, abrazándole con más fuerza. Rab dejó que el agotamiento le condujera hasta la inconsciencia.

Terry y Lisa todavía sentían cierta efervescencia, aunque empezaba a pasárseles un poco delante del hogar. Muy pronto también ellos cayeron dormidos.

Un ruido agudo, cantarín e insistente les devolvió al mundo de los presentes, uno por uno. Era el móvil de Rab.

Terry estaba furioso. ¿Es que ese capullo no podía apagar aquel puto juguete de arrabalero? Rab intentó sacarse el teléfono del bolsillo sin molestar a Charlene. Resultó imposible y el teléfono resbaló y cayó al suelo. Rab se estiró como pudo para agarrarlo. «Hola… Billy… ¿Qué?… No… Me tomas el pelo.»

Terry estaba a punto de reprender a Rab por dejarse encendido el móvil, pero le intrigaba que Billy hubiese llamado. «¡Si ha llamado para disculparse por su comportamiento de antes, dile que se vaya a tomar por culo!»

Rab hizo caso omiso de Terry mientras escuchaba a su hermano. «Vale…», dijo varias veces, y finalmente colgó. Miró a Terry. «No te lo vas a creer: Carl Ewart ha vuelto y su viejo está hospitalizado.»

«¿Duncan?», preguntó Terry, preocupado de verdad. Siempre le había caído bien el padre de Carl.

Le retumbaba la cabeza. Carl había vuelto. Hostia puta. Carl. La inspiración apareció como un rayo en el tarro de Terry. Intuía la inminencia de un chanchullo y su colega le necesitaba. Carl. Terry se levantó y dejó a una Lisa en estado grogui en el suelo. Era de mal tono dejar así a una tía, y más cuando constituía uno de los componentes vitales de *¡Shh! Las seis curas para una resaca*, título de un libro que se había propuesto escribir algún día y que consistían en: follar, cagar, afeitarse, ducharse, camisa y shandy. Esto último consistía en una pinta de lager en el pub con ese par de centímetros de gaseosa que nunca pasaba a ninguna de las rondas subsiguientes. Pero fue al cuarto de baño, se dio un baño rápido y se cambió de ropa.

Cuando Terry reapareció con el rostro colorado por el calor del baño, Lisa levantó la vista desde su posición en la alfombra. Rab y Charlene volvían a estar en el sofá en estado comatoso.

«¿Adónde vas?», preguntó Lisa.

«A ver a mi amigo», dijo Terry, corriendo las cortinas para dejar pasar la luz. Las calles estaban desiertas pero los pájaros situados en los árboles del exterior cantaban. Se volvió hacia Lisa. «No tardaré mucho. Ahí arriba tienes una cama como está mandado si quieres quedarte a dormir», sonrió. «Dentro de un rato llamaré. ¡Rab!», gritó.

Rab se volvió y gimió: «Qué…»

«Cuida de las damas. Te llamaré al móvil.»

FIN

A Billy Birrell le sorprendió ver a un Juice Terry Lawson mudado de ropa y aseado caminando por el pasillo hacia él. Terry tenía el ojo hinchado. Eso no se lo he hecho yo, pensó, yo le di en la mandíbula a ese capullo. Puede que se diera un golpe al caer. Con una leve sensación de culpa, Billy dijo: «Terry», en tono conciliador.

«¿Están ahí dentro?», dijo Terry asomándose a la sala.

«Sí. Pero yo les dejaría tranquilos. A Duncan no le queda mucho. Mi madre acaba de marcharse, pero les voy a esperar aquí», explicó Billy. «No hay mucho que puedas hacer, colega.»

Sí, claro, pensó Terry, ¿y qué cojones vas a hacer tú?, ¿devolverle la vida al pobre viejo? Aquella escoria de Birrell seguía intentando hacerse el capullo virtuoso. «Yo también les esperaré», resopló Terry. «Yo también soy amigo de Carl.»

Billy se encogió de hombros, como diciendo «allá tú».

Terry recordó que Billy era mucho menos sensible que su hermano y que era imposible vacilarle o hacer que se sintiera culpable del mismo modo. La única forma de hacer mella en aquel capullo era mediante el insulto directo, y en ese caso se arriesgaba uno a recibir una tangana, cosa que también le habían recordado últimamente.

Pensando en el mismo tema, Billy dijo: «Siento haber tenido que pegarte, Terry, pero fuiste a por mí. No me dejaste opción.»

No me dejaste opción. Escucha a este cabrón, pensó Terry, ¿se pensará que está en el puto Hollywood de los huevos o qué? De todos modos, a la mierda, el viejo de Carl se estaba muriendo. No era momento para bobadas. Terry le tendió la mano. «Está bien, Billy; siento haberme comportado como un capullo, pero no lo hice con mala intención.»

Billy no creyó ni una palabra de aquello, pero ahora mismo no era cuestión de ocuparse de esa clase de mierda. Cogió la mano de Terry y la estrechó con firmeza. Al separarse, se produjo un silencio embarazoso. «¿Has visto alguna enfermera de buen ver?», preguntó Terry.

«Un par.»

Terry estiró el cuello y se asomó a la sala. «¿Ese de ahí es Ewart? Sigue siendo un esmirriado.»

«La verdad es que no está muy cambiado», le dio la razón Billy.

Por encima del hombro de su hijo, Maria Ewart vio a Billy Birrell y Terry Lawson, sus viejos amigos, de pie junto a la puerta de salida de la sala.

Maria y Carl se agacharon un poco más cuando Duncan intentó hablar de nuevo. «Acuérdate de las diez reglas», le dijo, resollando, a su hijo, mientras al mismo tiempo le apretaba la mano.

Carl Ewart miró a aquella parodia quebrada de su padre, despatarrado bajo las sábanas. Ya, a ti sí que te dieron resultado, pensó. Pero justamente a la vez que aquella reflexión tomaba forma en su cabeza, se vio superada por una irrupción de pasión procedente del corazón que le atravesó de parte a parte, deteniéndose en el

arco formado por el paladar. Derramaba palabras como si se tratase de bolas de luz dorada y decía: «Claro que sí, papá.»

Cuando Duncan murió, abrazaron su cuerpo por turno, llorando y gimiendo en voz baja, abrumados por el inconcebible dolor y la incredulidad ante la pérdida, sólo atenuados por el alivio de saber que su sufrimiento había terminado.

Terry y Billy permanecieron fuera, sumidos en un silencio pesaroso, esperando el momento en que pudieran ser de utilidad.

Había allí una enfermera pelirroja y Terry sintió cómo su cerebro febril se obsesionaba con los pelos de su pubis. En su imaginación veía un trozo de materia gris dentro de su propio cráneo, del que salían sedosos cabellos color canela. Aquella mujer tenía un rostro dulce, con pecas; ella le sonrió y Terry sintió que su corazón rezumaba emoción como la miel de un tarro volcado. Aquello era lo que le hacía falta, pensó, una tía con clase como ésa que le cuidara. Una como ésa y otra como Lisa, un poco más peleona y decidida. Una nunca era suficiente. Dos tías, las dos con ganas pero también las dos por la otra. Sería como el tipo ese de aquella vieja telecomedia, *Un hombre en casa*. Pero además las tías también tendrían que tener tendencias lésbicas. No tantas que uno quedara al margen, claro está, dándole un poco de ajuste fino a su fantasía.

«¿Qué tal está Yvonne?», preguntó Billy.

«Sigue casada con el tío aquel de Perth. Muy fan del St Johnstone. Viaja con ellos a todas partes. Los críos ya se están haciendo grandes.»

«¿Sales con alguien?»

«Bueno, ya me conoces, ¿no?», sonrió Terry mientras Billy le respondía con un gesto de asentimiento inexpresivo. «¿Y tú?»

«Llevo un par de años con una chavala francesa, pero volvió a Niza para las navidades. Relación a distancia; mal asunto», dijo él.

Siguieron así hasta que les pareció apropiado entrar a ver a Carl y Maria. Billy le puso la mano sobre el hombro a Maria y Terry hizo otro tanto con Carl. «Carl», dijo.

«Terry.»

Billy le dijo en voz baja a Maria: «Dime lo que quieras hacer, ¿vale? Nos podemos marchar o quedarnos aquí un rato.»

«Tú vete a casa, hijo, a mí me apetece quedarme un rato», dijo ella.

Carl se sintió un poco celoso. Billy estaba diciendo lo que debería decir él. Y no es que Billy dijera gran cosa, pero cuando lo hacía, solía dar en el clavo. Saber cuándo cerrar la puta boca es un talento grande e infravalorado. Carl era capaz de soltar chorradas al más alto nivel, pero en ocasiones, sobre todo en momentos como aquél, uno captaba las limitaciones que tenía aquello. Eran los tipos como Billy, los intervencionistas oportunos, los que de verdad lo tenían claro. «Nah, nos quedaremos por aquí, hasta que estés lista. No hay ninguna prisa», le dijo a la madre de Carl.

Estuvieron allí hasta mucho después de que la raya del osciloscopio se quedase estacionaria. Sabían que Duncan ya no estaba. Sin embargo, se quedaron un rato más,

por si regresaba.

Billy llamó a la hermana de Maria, Avril, y a su madre, Sandra. Después les llevó a todos a casa de Sandra. Las mujeres se quedaron sentadas con Maria, mientras los chicos salieron, caminando sin rumbo hasta que acabaron en el parque.

Carl levantó la vista hacia el cielo gris; su silueta delgada se vio conmocionada por las convulsiones y los sollozos sin lágrimas. Billy y Terry se miraron el uno al otro. Estaban avergonzados, no tanto de Carl, sino por él. Seguía siendo un gachó, después de todo.

Pero más allá de la muerte de Duncan, algo seguía pendiente entre ellos. Había *algo*, una especie de segunda oportunidad, e incluso Carl parecía percibirla a pesar de su dolor. Parecía que trataba de recobrar la compostura, de tomar aliento, de decir algo.

Vieron a unos chavales jóvenes, de unos diez años, jugando al fútbol. Billy recordó los tiempos en que ellos hacían lo mismo. Pensó en la forma que tenía el tiempo de arrancarle a la gente las entrañas, petrificarlas y luego, lentamente, hacerlas saltar a pedacitos. El césped veraniego recién cortado tenía aquel familiar tufillo agridulce. Las máquinas cortacésped parecían despedazar igual cantidad de mierda de perro que de hierba, pulverizando los cagarros resecos. Los chavales peleaban con la hierba, echándosela por el cuello unos a otros, igual que hacían ellos en sus tiempos, sin pensar por un momento en acabar embadurnados de mierda canina.

Billy echó la mirada hacia una de las esquinas del parque, junto al muro aquel donde todo el mundo iba a pegarse para resolver las disputas que surgían jugando o en el barrio. Allí había zurrado a Brian Turvey unas cuantas veces. Topsy, el amigo de Carl. Pero el chaval era decidido, no sabía reconocer cuándo estaba vencido. Siempre volvía a por más. Con frecuencia aquella táctica daba resultado: había visto a unos cuantos de los tíos que habían zurrado a Topsy quedar desgastados por su persistencia y capitular la segunda o tercera vez sólo para poder tener la fiesta en paz. Denny Frost era un ejemplo. Dejó medio muerto a Topsy varias veces, pero acabó tan harto de que le atacara o le plantara cara que terminó resignándose y cediendo ante él.

Aquello nunca le había molestado a Billy; él habría estado dispuesto a patearle el culo a Topsy todos los días durante el resto de su vida si eso era lo que quería. Tras la tercera vez, Topsy tuvo la sensatez de considerar que los efectos a largo plazo de las botas Doctor Martin sobre las neuronas podrían disminuir sus posibilidades económicas y sociales. Pero era un tipo decidido, meditó Billy, con una extraña mezcla de admiración y desprecio.

Terry respiró el aire húmedo y fétido, cuyos rancios vapores le atacaban la garganta y le impregnaban los pulmones. La juerga de alcohol y perica había dejado en su sistema inmunológico una cuenta de linfocitos espantosamente baja, y se imaginó que podía sentir la tuberculosis incubándose en sus pulmones.

El gris lo va invadiendo todo, le dijo Gally una vez. No después de la primera, sino de la segunda vez, cuando cumplió aquellos dieciocho meses en Saughton.

Cuando Gally salió dijo que había sentido cómo parte de la materia gris de su cerebro se solidificaba como un bloque de cemento. Terry pensó en sí mismo; sí, había unos cuantos cabellos grises en las sienes de aquellos rizos castaños.

El gris lo va invadiendo todo.

El barrio, el plan de empleo gubernamental, la oficina del paro, la fábrica, la cárcel. Juntos creaban un mísero hedor a pocas expectativas, capaz de exprimirte hasta el último aliento si te dejabas. Hubo un tiempo en que Terry se sentía capaz de poder mantener a raya todo aquello, cuando las armas de su arsenal social parecían lo bastante contundentes como para abrir grandes brechas en Technicolor en todo aquello. Eso fue cuando era Juice Terry, sobrao, follador, y capaz de patinar sobre hielo tan hábilmente como Torvill y Dean. Pero la lucha y la supervivencia eran cosa de jóvenes. Conocía a algunos de los de la peña joven, y sabía que sentían por él el mismo desprecio afectuoso que él había sentido por Post Alec.

Ahora el hielo estaba derritiéndose y él se hundía con rapidez.

Se estaba confundiendo con el gris.

Lucy le había contado los problemas que su hijo tenía en el colegio. De tal palo… La muda afirmación posada en sus labios era ésa. Pensó en su propio padre, tan ajeno a él como él lo era a su hijo. La reflexión madura y desalentadora que hizo Terry era que no había nada que él pudiera hacer para ejercer una influencia más positiva en la vida del chaval.

Aun así, tenía que intentarlo.

Al menos Jason le tenía a él. Jacqueline no tenía a Gally.

Carl empezaba a recuperar el control sobre su respiración. El aire tenía un olor dulce y extraño, y sin embargo formaba parte de su experiencia. El parque parecía familiar y distinto a la vez.

La mirada de Terry era una súplica en pos de una afirmación. Billy estaba sumido en sus propias reflexiones, pero era como si estuviese a punto de dar con algo. Miró a Carl, quien le hizo un gesto de asentimiento.

Billy comenzó a hablar de forma lenta y deliberada, observando los cristales rotos y la lata morada que tenía junto a los pies. «Es curioso», empezó, como si fuera un abogado, «después de que saliera todo a la luz, Doyle se acercó al gimnasio. Me subí al coche con él. Me dijo: Mi amigo habla como un Dalek. El tuyo tiene suerte de estar muerto. Ya no hace falta que la cosa vaya más lejos.» Billy alternó miradas duras entre Carl y Terry, para terminar mirando a Carl. «Dime, Carl, tú no estarías aquella noche en casa de McMurray, ¿verdad?»

«¿Con Gally quieres decir?», preguntó Carl. Se remontó al funeral. Billy había mencionado aquello.

Billy asintió.

«Nah. No sabía que a McMurray le habían apañado aquel fin de semana. Yo pensaba que sólo íbamos de pedo, no tenía ni idea de que Gally hubiera hecho eso.»

Terry se estremeció por dentro. Jamás había creído que la confesión fuera

beneficiosa para el alma. El haber madurado en las salas de interrogatorio de la policía le había enseñado que mantener un hermético silencio era la mejor política. Cuando se trataba del mundo oficial uno siempre llevaba las de perder. Lo que había que hacer era no soltarles una mierda, y eso sólo si te la sacaban a hostias.

Pero algo pasaba; las piezas de las circunstancias de la muerte de Gally empezaban a encajar. A Terry la cabeza le daba vueltas.

Mirando a Carl y después a Billy, dijo con calma: «Yo me acerqué a casa de Polmont aquella noche con Gally.»

Billy le lanzó una mirada a Carl, y ambos miraron a Terry. Aclarándose la garganta, Terry continuó: «No sabía que se había puesto en contacto contigo primero, Billy. Debió de ser después de que le dijeras que lo dejara. Fuimos a echar un trago, y traté de convencerle de que no hiciera nada. Sólo nos tomamos un par, ahí en el Wheatsheaf, pero yo sabía que Gally estaba decidido a enfrentarse a McMurray. Yo quería estar allí porque…»

«Querías apoyar a tu amigo», dijo Carl, rematando la frase y mirando fríamente a Billy.

«¿Apoyar a mi amigo? ¡Ja!», dijo Terry con una risotada amarga y lágrimas en los ojos. «¡A mi amigo le di por culo!»

«¿Qué dices, Terry?», gritó Carl, «¡fuiste allí a apoyarle!»

«¡Cállate, Carl! ¡Baja de las nubes! Fui allí porque quería oír lo que esos dos iban a decirse, porque… porque había cosas que no quería que McMurray le dijese a Gally…, si le contaba a Gally… no habría podido soportarlo.»

«Maldito… asqueroso…», resollaba Billy. Carl le puso la mano en el hombro.

«Cálmate, Billy, escucha lo que está diciendo Terry.»

«Había rollos entre Gail y yo», carraspeó Terry. «McMurray y ella cortaron porque yo…, pero llevábamos años en ese plan. No quería que Gally lo supiera. ¡Gally era mi amigo!»

«Eso tendrías que haberlo pensado cuando te follabas a su mujer cada vez que volvía la espalda, so cabrón», le espetó Billy.

Terry levantó la cabeza hacia el cielo. Parecía experimentar un dolor inmenso.

«Escucha», le suplicó Carl a Billy. «Terry», le instó.

Pero ahora Terry ya no podía parar. Habría sido como tratar de reintroducir pasta de dientes en un tubo. «Gally cogió la ballesta y la envolvió en una bolsa de basura negra. Iba a acabar con McMurray. Quiero decir acabar con él de verdad. Era como si nada más le importara. Como si no tuviera nada que perder.»

Carl tragó con fuerza. Le había dicho a Gally que jamás le contaría a nadie lo del sida.

«Desde luego», tosió Terry, «Gally había cambiado. Algo se le había roto por dentro. ¿Os acordáis de cómo estuvo en Munich? Aquella noche estaba peor, estaba desquiciado que te cagas», dijo dándose un golpecito con el dedo en la cabeza. «Según veía él las cosas, McMurray le quitó la libertad, la mujer y la cría. Hizo que

le hiciera daño a la cría. Intenté convencerlo para que no lo hiciera», dijo Terry, gimiendo ahora, «pero ¿sabéis una cosa? ¿Sabéis qué clase de cabrón soy? Una parte de mí pensaba que si va y se carga a McMurray, entonces estupendo. Sería un puntazo.»

Billy apartó la mirada.

Terry apretó los dientes. Clavó las uñas y rascó la pintura verde del banco. «¿Sabéis en qué estado estaba entonces? ¿Os acordáis del estado de ánimo de aquel pobre cabrón? Nosotros, chavales empanaos, estábamos de broma y de copas, mientras el pobre cabrón se volvía loco… por mi culpa.»

Carl cerró los ojos y levantó la mano. «Por culpa de Polmont, Terry. Ella no le dejó por ti, fue por Polmont. Acuérdate. No estuvo bien lo que tú hiciste, pero ella no le dejó porque tú te la estuvieras follando. Le dejó por Polmont.»

«Eso es, Terry, mantén la perspectiva», dijo Billy, estirándose y tirándole de la manga, y apartando la vista antes de preguntar: «¿Qué pasó allí, colega?»

«Lo curioso», empezó Terry, «es que pensamos que tendríamos que echar la puerta abajo. Pero no, Polmont abrió sin más y nos dejó pasar. Como si nos estuviera esperando. “Ah, sois vosotros”, nos soltó. “Adelante.”

»Nosotros nos quedamos mirándonos el uno al otro. Yo esperaba que estuvieran allí los Doyle, esperaba que aquello fuera alguna clase de trampa. Como una gran emboscada o algo así. Gally se quedó de piedra. Le cogí la bolsa de basura. Dame eso, le dije.

»Polmont…, eh, McMurray, estaba solo en la cocina, haciendo café. Tranquilo que te cagas; ni siquiera tranquilo, más bien resignado. “Me alegro de que os acercarais”, nos dijo. “Ya era hora de que aclaráramos todo esto”, soltó, pero mirándome más a mí que a Gally.

»Gally me miró a mí, totalmente perplejo. Aquello no era lo que él esperaba. No era lo que esperaba yo. Me estaba cagando. Era la sensación de culpa, pero también era algo más que eso. Era la idea de que Gally me odiara, que dejáramos de ser amigos. Él empezaba a coscarse de que algo pasaba.

»Entonces McMurray le miró. “Cumpliste condena por algo que hice yo y nunca te chotaste”, le dijo a Gally. “Después me lié con tu tía…”

»Gally le miró; se quedó ahí lanzándole miradas encendidas, conmocionado. Era como si el tío le hubiese quitado las palabras de la boca, como si le hubiera robado el discurso.

»Pero Polmont no se regodeaba, era más bien como si tratara de explicarse. Pero yo no quería que se explicara. Quería taparle la boca. Pero empezó con que si su madre, hablándole a Gally de aquella noche hacía todos esos años, en la puerta del Clouds. Su madre había muerto algún tiempo antes, ese mismo año, dijo. De cáncer. Sólo tenía treinta y ocho años. A ver, dijo Terry, que yo tendré esa edad el año que viene. Pero no paraba de rajar al respecto. Nos dijo que se fue de la olla. Que había perdido los papeles. Que no le importaba una mierda nadie…, que era un chavalín…

»Y por fin habló Gally y dijo: “Cumplí condena por tu culpa. ¡Mi mujer y mi hija están contigo!”, chilló dolorido.

»“Tu mujer no está conmigo. Se ha largado. Se llevó a la cría”, dice, mirándome a mí a los ojos.

»Gally le suelta: “¿Qué me dices…?”

»Yo agité la bolsa de basura. “Te está vacilando, Gally”, le dije. “¡Te está vacilando a tope! ¡Cárgatelo!”

»Polmont pasó de mí y se volvió hacia Gally. “Yo la quería. Era una arpía, pero la quería. La sigo queriendo. También quiero a la chiquilla, es una cría estupenda. La quiero como si fuera mía…”

»Aquello sacó a Gally de sus casillas. “¡No es tuya!” Dio un paso adelante.»

Terry se detuvo y tragó con fuerza. Carl empezó a temblar, llevándose las manos a la cabeza. Más que mirar a Terry, Billy le escrutaba, tratando de verle el alma, tratando de ver la verdad.

Terry respiró hondo. Las manos le temblaban. «Polmont iba a decirlo entonces, sabía lo que le iba a decir a Gally delante de mí. ¡Puede que no, no lo sé! ¡No lo sabía! No sé si quise asustarle o cerrarle el pico o si fue un accidente, pero le apunté con la ballesta y con el dedo en el gatillo. No sé si se disparó sola o disparé yo, y sigo sin saber si fue queriendo o no, sólo noté una ligera presión.»

Billy intentaba desmadejar aquello. ¿Qué era lo que McMurray iba a decirle a Gally? Sin duda que Gail le había dejado por Terry. Seguro que era eso. O que Terry había estado follándose a Gail durante años. Cuando se casaron, Carl fue el testigo. Billy se acordaba de su discurso. Dijo que Terry tendría que haber sido el testigo, porque fue él el que había juntado a Gail y Gally. Terry.

Las palabras que había empleado fueron: Terry fue Cupido.

«Ay, joder», dijo Terry, tragando aire y continuando en un tono de voz débil y quejumbroso. «Se oyó un ruido siseante y el dardo salió disparado de la bolsa. Se le clavó directamente en el cuello. No gritó, sólo se tambaleó e hizo un ruidito como de ahogo. Gally se apartó. Polmont se llevó las manos a la garganta, después cayó de rodillas y la sangre salió a chorros sobre el suelo de la cocina.

»Gally estaba pasmado. Le cogí del brazo y le saqué por la puerta. Nos largamos. Limpié la ballesta, la rompí en varios trozos y la tiré al mar en Gullane.»

Juice Terry Lawson hizo una pausa, notando cómo una leve sonrisa se esbozaba en sus labios al acordarse de Gullane, y le lanzó una breve mirada a Billy, que permaneció inexpresivo. De modo que Terry prosiguió. «Paramos por el camino y Gally llamó a una ambulancia para Polmont. Eso le salvó la vida. ¡Lo hizo Gally! ¡Le salvó la vida! ¡Todo dios pensaba que él le había disparado a Polmont pero fui yo! ¡Fui yo! Él le salvó la vida. Yo habría dejado morir desangrado a ese cabrón. El dardo le dio en la nuez; no le alcanzó ni la columna, ni la carótida ni la yugular. ¡Pero si por mí hubiera sido se habría asfixiado con su propia sangre! Llegó la ambulancia y le subieron y le hicieron una intervención de urgencia. Le destrozó la laringe, y ahora

lleva en la garganta uno de esos cacharros robot que se pulsan. Pero nunca dijo nada, el tío nunca se choto. Después de morir Gally, pensé que lo haría.»

Carl miró a Terry. «El cabrón no podía hablar para chotar a nadie.» Soltó una extraña risa forzada.

Sin embargo, aquello no consoló a Terry. «Gally saltó porque sabía lo mío con Gail… y al morir se llevó la culpa con él, lo que evitó que los Doyle fueran por mí… ¡Yo le disparé a Polmont, y yo maté a Gally!»

Carl era el único que sabía que Gally era seropositivo. Gally le había hecho jurar que no lo contaría. Pero lo habría entendido. Estaba seguro de que Gally lo habría entendido. «Escucha, Terry; tú también, Billy. Tengo algo importante que contaros. Gally era seropositivo. Por el jaco. Solía chutarse con Matty Connell y toda la peña esa de Leith, unos tíos que llevan años muertos.»

«Eso es un pasote, es…», dijo Billy, tratando de asimilarlo.

Terry permaneció en silencio.

«Sólo lo hizo porque estaba hecho polvo por lo de Gail, Polmont y la cría, Terry», dijo Carl. Levantó la voz. «¡Terry! ¿Me escuchas, joder?»

«Sí», dijo Terry mansamente.

«Así que fue Polmont el que le dejó hecho polvo al privar al pobre cabrón de su libertad», dijo con los ojos enrojecidos. «A ver, que siento lo de su madre, y lo digo de verdad, porque acabo de… mi padre. Pero un error no quita otro, y no tenía ningún derecho a hacerle eso a Gally.»

Billy le despeinó los rizos a Terry. «Perdona por haberte hecho pasar un mal rato antes.» Aquello dejó atónito a Terry, pese a su abatimiento. Sin embargo, meditó Terry, en realidad ahora no le conocía. Habían pasado siglos. ¿Cuánto podía uno llegar a cambiar? «Hiciste lo correcto, Terry», añadió Billy. «Puede que lo hicieras por los motivos equivocados, pero aun así hiciste lo correcto, le apoyaste, como debí haber hecho yo.»

«No», dijo Terry estremeciéndose. «Si hubiera impedido que fuera, ahora estaría aquí…»

«O si lo hubiera hecho yo, cuando me lo pidió antes», dijo Billy.

«Eso no son más que chorradas», dijo Carl, «no habría supuesto ninguna diferencia. Gally se suicidó porque estaba hecho polvo por lo que le pasó con Polmont y Gail. Nunca supo lo tuyo con Gail y fuiste lo bastante buen colega como para intentar ahorrárselo. Te expusiste a que los Doyle te dejaran para el arrastre y a una larga pena por agresión o algo peor, sólo para impedir que Gally lo supiera. Pero lo del sida fue la gota que colmó el vaso. Se habría suicidado de todas maneras.»

«Todo esto a cuento de que Polmont rajara a aquel chaval», dijo Billy.

«¿Cuánto quieres remontarte? ¿Debería Gally haber sacado la navaja en la puerta del *Clouds*?»

«Es culpa mía. Viene a cuento de que soy incapaz de guardarme la puta polla en los pantalones», dijo Terry con abatimiento.

Carl sonrió. «Mira, Terry, tú y Gail estabais metidos en un rollo de folleteo. Pues qué bien. Nunca se logrará que la gente deje de querer follar. Siempre ha sucedido y siempre sucederá. No se puede evitar. Andar por ahí surtido es algo que sí se puede evitar. Gally se suicidó porque era seropositivo. Fue su decisión. No habría sido la mía, pero sí fue la suya.»

Fue culpa de Polmont, consideró Carl. Pensó en su padre, en la influencia que había ejercido sobre Gally mientras crecía. Las reglas: no chotar jamás. No, a la porra con ésa. Pero ahí está el problema con los códigos morales, todo el mundo tiene que asumir el mismo para que la cosa funcione. Si unos cuantos se lo pasaban por el forro y se salían con la suya, todo se venía abajo.

Billy se acordaba de aquella vez en que estuvo con los Doyle en la fábrica de cables. En cómo Doyle le había preguntado a Gally por el fútbol unos sábados más tarde, y en lo ansioso que había estado el chaval por impresionarle. En cómo aquello había llevado a lo del Clouds cuando Doyle se estaba pegando con el tío aquel. ¿Qué era lo que había salido de aquello? ¿Todo esto? ¿Seguro? La vida tenía que ser algo más que una serie de misterios irresolubles. Sin duda teníamos derecho a unas cuantas respuestas.

A Carl Ewart el mundo le parecía más brutal e incierto que nunca. La civilización no erradicaba el salvajismo y la crueldad, sólo daba la impresión de volverlos menos escabrosos y teatrales. Las grandes injusticias seguían produciéndose y lo único que la sociedad hacía al respecto era encubrir las relaciones causa-efecto, levantando a su alrededor una cortina de humo hecha de sandeces y bagatelas. Los pensamientos, entre opacos y diáfanos, se agolpaban en su cerebro sobrecargado.

Billy tenía que telefonear a Fabienne a Niza. Iría para allá la semana entrante, a relajarse un poco en la Costa Azul. Había estado trabajando demasiado duro, cargándose con demasiadas responsabilidades. Algún día se independizaría de Gillfillan y Power; siempre había sido su meta y nunca cejaba en sus esfuerzos por conseguirlo. Pero cuando veía a la gente de la cuerda de Duncan Ewart, o cuando pensaba en el desgaste que los años producían sobre sus propios padres, pensaba que bueno, en fin, son cuatro días.

«¿Cómo va… eh… lo de tu tiroides, Billy?», preguntó Carl.

«Muy bien», dijo Billy, «pero tengo que tomar tiroxina. Cuando me olvido y tomo demasiada, parece que vaya de speed.»

Terry quería hablar un poco más. Billy tenía una novia francesa, había dicho Rab. Carl tenía una chavala en Australia, neozelandesa. Quería saber algo acerca de ellas. Había tantas cosas de las que hablar. Más tarde vería a Lisa. Era estupendo volver a ver a Carl, pese a la terrible circunstancia de lo del pobre Duncan.

Y pensar en la ojeriza que le había cogido a Carl tras la muerte de Gally. Había malinterpretado las cosas, pensando que lo que quería Carl era ponerse en plan «tomémonos un éxtasis y digámonos lo mucho que echamos de menos y queríamos a Gally»; pensó que sólo quería rebajar su recuerdo. Pero no era eso. Nunca lo había

sido.

Carl pensaba en aquello. El recuerdo de Gally parecía asomarse a la realidad y desaparecer, como él cuando iba en el avión. Morbosamente, veía aquello como signo seguro de que la muerte iba estrechando su cerco. Lo había visto en los ojos de su padre. Iba a cortarse un poco con las drogas y ponerse en forma. Era un hombre de mediana edad, había cumplido ya la mitad de los catorce lustros estipulados; ya no era un niño.

«¿Os puedo invitar a una copa, chicos?», preguntó Terry.

Billy miró a Carl, enarcando un poco las cejas.

«No me vendría mal una cerveza, pero sólo un par, ¿eh, chicos? Estoy hiperjodido y debería volver con mi madre», dijo Carl.

«Mi vieja está con ella, Carl, y tu tía Avril también. Estará perfectamente durante un rato», dijo Billy.

«¿Vamos al Wheatsheaf?», sugirió Terry. Asintieron. Terry miró a Billy. «¿Sabes una cosa, Billy? Ya nunca dices “mal rollo”. Antes lo decías a todas horas.»

Billy meditó acerca de aquello, y después sacudió la cabeza para negar. «No recuerdo haberlo dicho nunca. Solía decir mucho “pasote”. Y sigo haciéndolo.»

Terry apeló a Carl. Éste se encogió de hombros. «Yo no recuerdo que ninguno dijéramos “mal rollo”. A veces Billy decía “alucinante”, de eso sí me acuerdo.»

«A lo mejor pensaba en eso», asintió Terry.

Cruzaron el parque; tres hombres, tres hombres de mediana edad. A uno se le veía un tanto regordete, al otro musculoso y atlético y al último delgado y vestido con una ropa que alguna gente habría considerado un tanto juvenil para él. No se decían gran cosa, pero daban la impresión de estar muy unidos.

Reestreno 2002:
La era dorada

Carl sacó la repisa deslizante de debajo de la mesa de mezclas, dejando el teclado a la vista. Sus dedos revolotearon sobre él una, dos, tres veces, efectuando modificaciones menores pero cruciales cada vez. Era consciente de que Helena había entrado en la habitación. De no haber estado tan absorto, se le habría caído el alma a los pies al percatarse de que Juice Terry venía detrás. Terry se dejó caer pesadamente en el gran sofá de la esquina, gruñendo ruidosamente de forma distraída y desinhibida, estirándose y soltando un rugido que alcanzó proporciones orgásmicas a medida que su cuerpo alcanzaba los límites de su elasticidad. Satisfecho, empezó a rumiar entre un surtido de periódicos y revistas musicales. «No te molestaré, jefe», dijo guiñando el ojo.

Carl captó la expresión de Helena, que decía «lo siento» antes de que ella abandonara la habitación con sigilo felino. Ése era el problema que tenía estar de vuelta en Edimburgo y tener el estudio en tu propia casa. Podía llegar a ponerse como la estación de Waverley y Terry en particular parecía haber fijado su residencia en aquel puto sofá.

«A ver», continuó Terry, «me refiero a lo de los jugos creativos y todo eso. No puede haber cosa peor que tener una buena racha y que venga algún capullo y empiece a darte la brasa.»

«Sí», dijo Carl, agachándose y repitiendo su riff de teclado.

«Aunque te diré una cosa, Carl, la tal Sonia me está dando una guerra que te cagas. Las dos: chungo. Me voy a mantener bien alejado. Un polvo en plan equipo de SWAT; entras, haces lo que tienes que hacer, y te largas lo antes posible. Estilo SAS», explicó, y a continuación, simulando un encopetado acento de rancio abolengo, añadió: «… tantos de aquellos espléndidos muchachos se quedaron en la cuneta…»

«Mmm», ronroneó Carl, casi perdido entre la música y sólo vagamente consciente de lo que Terry le decía.

Quizá el silencio fuera dorado para algunos, pero para Terry una vía respiratoria vacía constituía un desperdicio. Mientras pasaba las páginas del *Scotsman*, sostuvo: «Aunque te diré una cosa, Carl, el puto Jubileo Dorado de la Reina empieza a tocarme los cojones, no hablan de otra cosa.»

«Ya», dijo Carl distraídamente. Clavó los talones en la moqueta y se arrastró a sí mismo y a su silla con ruedas hasta el otro lado de la torre, en la que puso un viejo single de Northern Soul. Entonces se volvió hacia su gigantesca mesa de mezclas y su ordenador, mientras el *sample* que acababa de tomar daba vueltas y más vueltas en el platillo. Movió el ratón con destreza y saqueó unos bajos.

Se le superpuso un pitido agudo e intermitente. Acababa de sonar el móvil de Terry. «¡Sonia! ¡Qué tal, cariño! Qué casualidad, estaba a punto de llamarte. Las grandes mentes funcionan de forma parecida», dijo entornando los ojos mientras miraba a Carl. «A las ocho, por mí chachi-piruli. ¡Claro que acudiré! Sí, vale. Cuarenta y dos libras. Pero tiene buena pinta. Te veo luego. ¡Chao, muñeca!»

Terry leyó una de las críticas en una revista de música.

N-SIGN: *Gimme Love* (Last Furlong)

Desde su dramática resurrección, parece que N-SIGN es incapaz de equivocarse. El año pasado fuimos testigos de la estrafalaria colaboración con la estrella del MOR Kathryn Joyner, que dio lugar al himno de Ibiza del siglo, *Legs on Sex*, seguido del elepé número 1 de las listas, *Cannin It*. En su nuevo single, nuestro hombre está de un humor más soulero, pero es una ofrenda irresistible por parte del sátrapa de los surcos dado por desaparecido y hecho polvo durante demasiado tiempo. Más allá de lo alucinante: sigue a tus pies y a tu corazón hasta esa pista de baile. 9/10

Lo mejor que le ha pasado a Carl, pensó Terry, y estaba a punto de compartir aquella reflexión cuando volvió a sonar el móvil. «¡Vilhelm! Sí, aquí estoy, con el señor Ewart. No para de segregar jugos creativos, ¿no le oyes?», preguntó, orientando el teléfono hacia Carl y haciendo ruidos orgásmicos. «Oooohhh… aaagghhhh… oooh la la… Sí, está perfectamente. ¿Confirmado pues? Estupendo, se lo comunicaré en persona», dijo volviéndose hacia Carl. «La despedida de soltero de Rab es el fin de semana del quince en Amsterdam. Confirmado. ¿Te va bien?» «Supongo que sí», contestó Carl.

«¡Eh! ¡Nada de suponer! Apúntatelo», ordenó Terry, señalando la gran agenda de escritorio negra de Carl.

Carl se acercó al libro y cogió un boli. «El quince has dicho…»

«Sí, para cuatro días.»

«Tengo que terminar este tema…», se quejó Carl, escribiendo de todos modos: DESPEDIDA DE RAB EN A’DAM, y ocupando cuatro casillas.

«Deja de quejarte. Mucho trabajo y poca diversión, ya sabes lo que dicen. Si Billy puede tomarse cuatro días de fiesta del bar… ¿Billy? ¡Billy! ¡BIRRELL, SO CAPULLO!», le gritó Terry por el auricular. «¡Ese capullo ignorante acaba de volver a colgarme!»

Carl sonrió discretamente. El entusiasmo recién hallado de Terry por el teléfono móvil había sido una cruz para todos sus amigos. Pero el que mejor técnica de gestión tenía era Billy. Simplemente transmitía el mensaje requerido y colgaba.

«De todos modos, Carl, tienes que reconocerlo», se aventuró Terry, volviendo a unas reflexiones anteriores, «fui yo el que te puso en relación con Kathryn Joyner al conocerla en el Balmoral e invitarla a salir, de forma que acabamos haciéndonos amigos.»

«Sí…», admitió Carl.

«Sólo quería decir eso, Carl.»

Carl se colocó uno de los cascos. Eso era todo lo que Terry quería decir. El día que eso fuera cierto…

Terry se frotó su cabellera cortada al uno. «El caso es que eso hizo que las cosas volvieran a irte de vicio…, quiero decir, después del éxito del single, estaba

garantizado que el elepé funcionaría bien…»

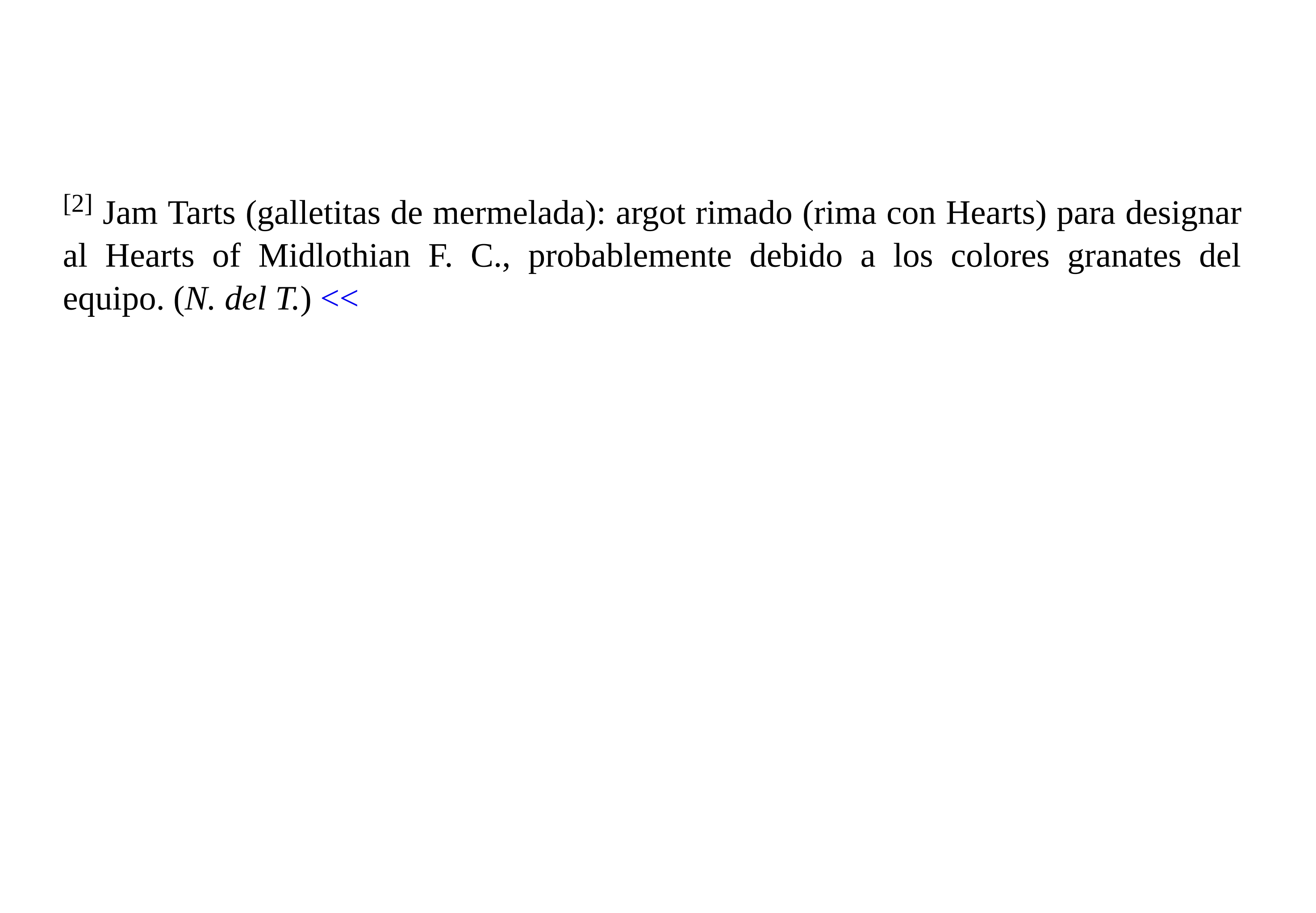
Carl se quitó los cascos, hizo un par de clics con el ratón para salir de la aplicación y cerrarla. Hizo girar la silla. «De acuerdo, Terry, sé que te debo una, colega.»

«Bueno», empezó Terry, «hay una cosilla que…»

Carl se agarró, respirando profundamente. Una cosilla. Siempre había alguna cosilla. Y menos mal, hostias.

Notas

[1] La Vieja Humeante. (*N. del T.*) <<



[2] Jam Tarts (galletitas de mermelada): argot rimado (rima con Hearts) para designar al Hearts of Midlothian F. C., probablemente debido a los colores granates del equipo. (*N. del T.*) <<

[3] *Shop steward*: se trata de una peculiar institución del mundo del trabajo británico: una especie de representación a pie de obra que lleva reivindicaciones y conflictos de forma paralela y a veces en contra de la representación sindical. No es equiparable a los comités de empresa, porque los *shop stewards* se dotan de una organización que rebasa el cuadro de la empresa. (*N. del T.*) <<



[4] Alusión a las huelgas mineras del invierno de 1972, que provocaron la caída del gobierno conservador de Heath. (*N. del T.*) <<

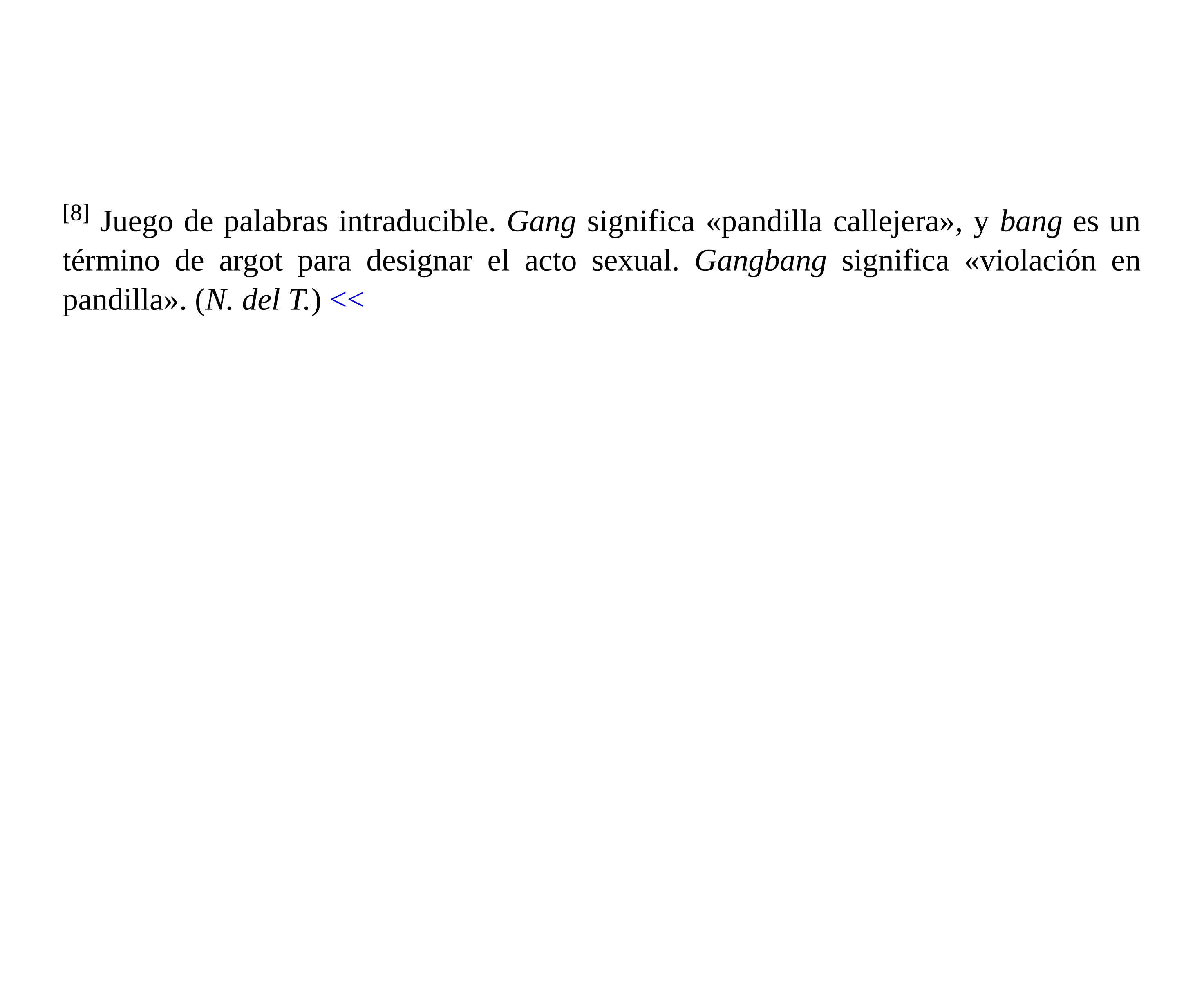
[5] Alusión a los orangistas, sociedad organizada en logias masónicas cuyo objetivo declarado es el mantenimiento de la supremacía protestante —religiosa, dinástica y sobre todo social— frente a los nacionalistas irlandeses y al catolicismo en general. (*N. del T.*) <<



[6] Término levemente despectivo, derivado seguramente de «Diego» y que se utiliza como sinónimo general de todo lo hispano. (*N. del T.*) <<



[7] *Stiff Little Fingers*, en español, «Deditos Rígidos», grupo punk de Belfast. (*N. del T.*) <<



[8] Juego de palabras intraducible. *Gang* significa «pandilla callejera», y *bang* es un término de argot para designar el acto sexual. *Gangbang* significa «violación en pandilla». (*N. del T.*) <<

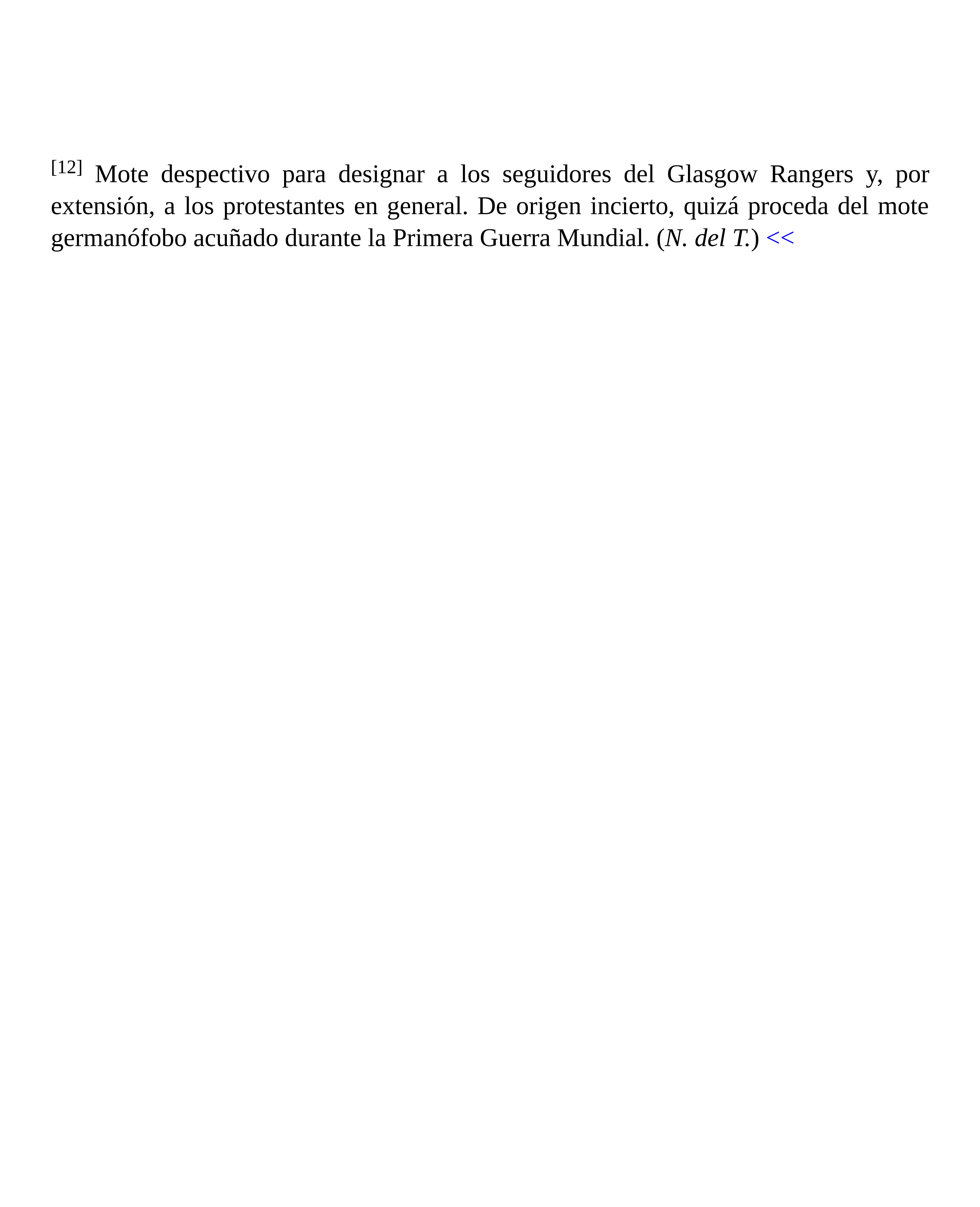


[9] Juego de palabras. *Aye* es una forma antigua de *yes*, todavía empleada en el norte de Inglaterra y en Escocia, que es homófona con *eye* («ojo»), (*N. del T.*) <<

[10] Blackie se burla de la pronunciación escocesa de *sir*. (*N. del T.*) <<

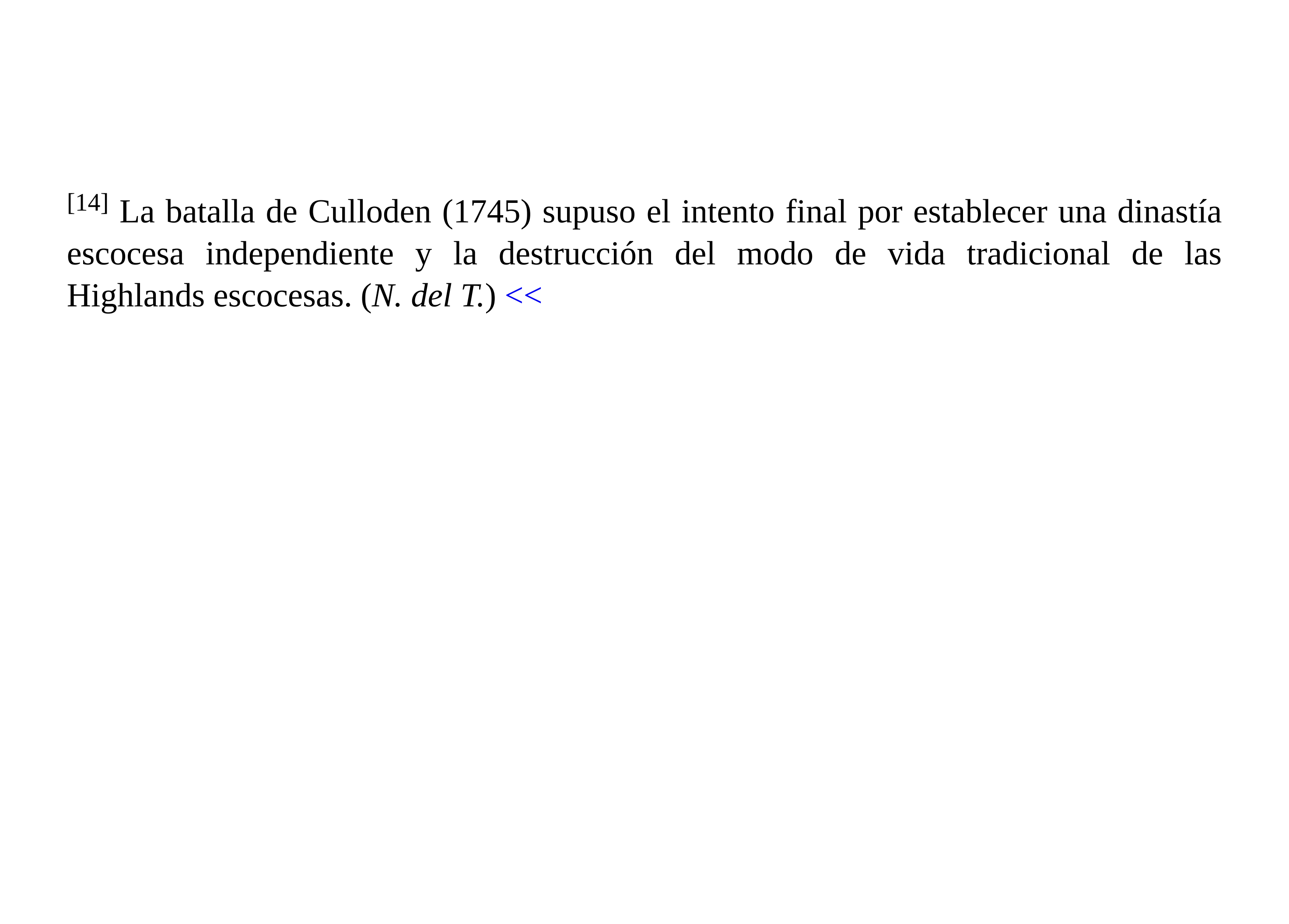


[11] Mote de los seguidores del Hearts of Midlothian F. C. Procede del argot rimado Jam Tarts, probablemente influido por los colores granates del equipo. (*N. del T.*) <<



[12] Mote despectivo para designar a los seguidores del Glasgow Rangers y, por extensión, a los protestantes en general. De origen incierto, quizá proceda del mote germanófobo acuñado durante la Primera Guerra Mundial. (*N. del T.*) <<

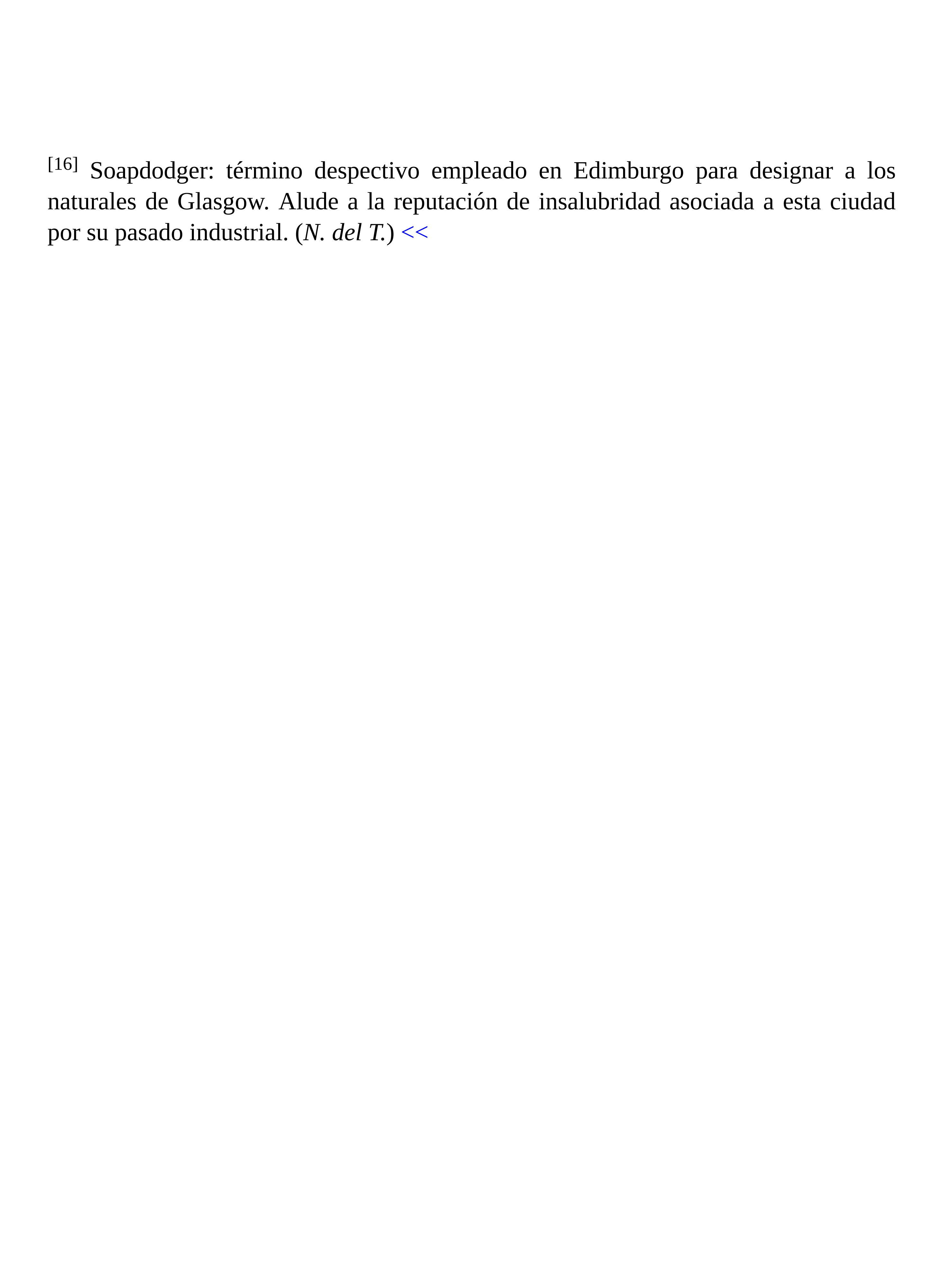
[13] Es decir, protestante-orangista y católico-irlandesa. (*N. del T.*) <<



[14] La batalla de Culloden (1745) supuso el intento final por establecer una dinastía escocesa independiente y la destrucción del modo de vida tradicional de las Highlands escocesas. (*N. del T.*) <<



[15] Denominación despectiva acuñada en Edimburgo para designar a los habitantes de Glasgow. Es apócope de Glaswegian. (*N. del T.*) <<



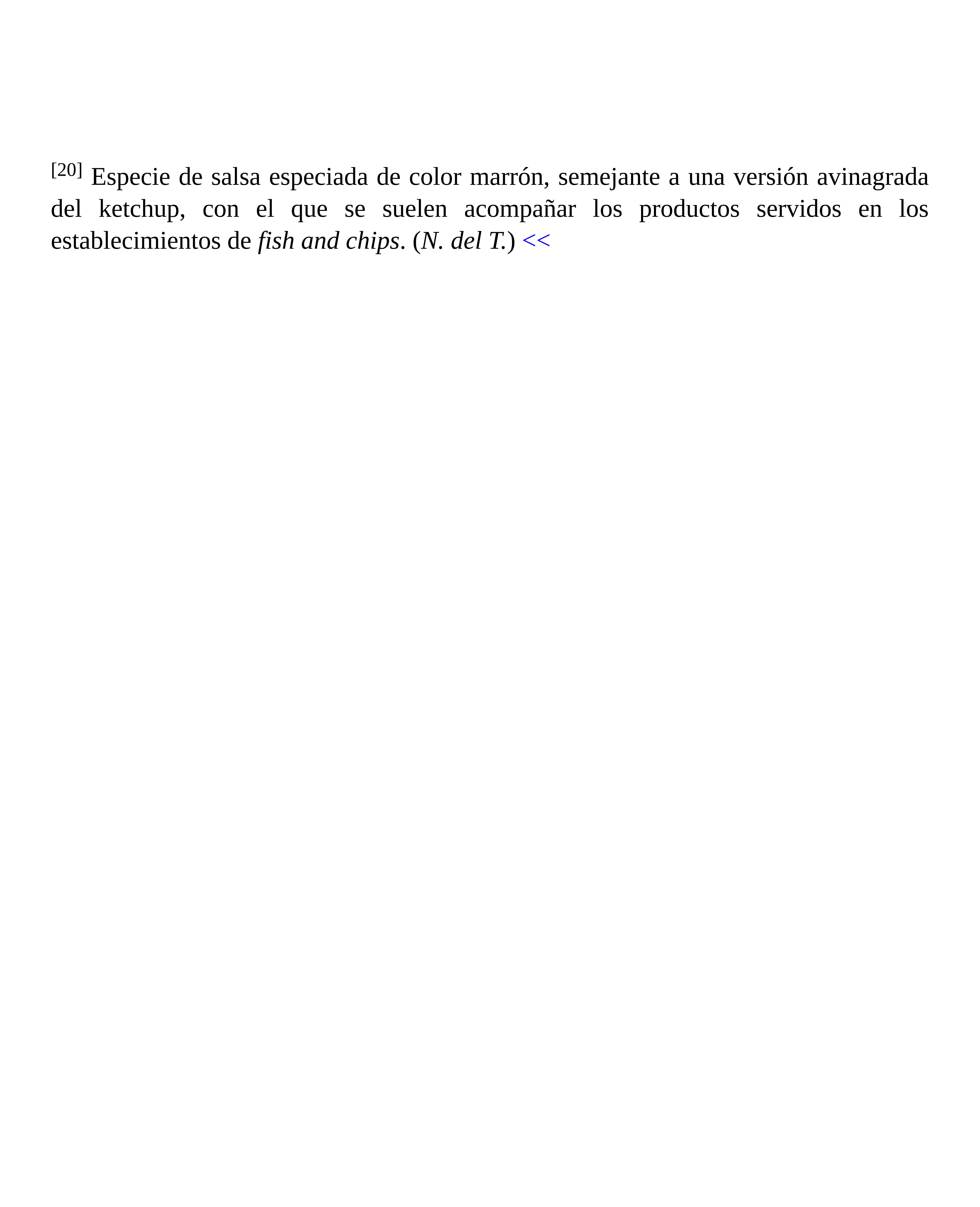
[16] Soapdodger: término despectivo empleado en Edimburgo para designar a los naturales de Glasgow. Alude a la reputación de insalubridad asociada a esta ciudad por su pasado industrial. (*N. del T.*) <<

[17] Feniano: miembro de una organización revolucionaria fundada en los Estados Unidos durante el siglo XIX para luchar por una Irlanda independiente; en sentido despectivo, un católico irlandés o cualquier persona descendiente de católicos irlandeses. <<

[18] Concurso de televisión. (*N. del T.*) <<



[19] Muletilla del habla popular de Glasgow, empleada al dirigirse a desconocidos. (*N. del T.*) <<



[20] Especie de salsa especiada de color marrón, semejante a una versión avinagrada del ketchup, con el que se suelen acompañar los productos servidos en los establecimientos de *fish and chips*. (*N. del T.*) <<

[21] «Si nunca más vuelvo a verte, ya sería algo.» (*N. del T.*) <<



[22] Refresco fabricado en Escocia, cuya publicidad asegura que está hecho con vigas de hierro, y que supuestamente es bueno para las resacas. (*N. del T.*) <<

[23] Juego de palabras basado en el significado de clouds: «nubes». (*N. del T.*) <<



[24] En la Iglesia presbiteriana, un *elder* es un miembro electo con responsabilidades oficiales. (*N. del T.*) <<



[25] Denominación de los jóvenes informalmente vestidos que acuden a los partidos de fútbol a alborotar. (*N. del T.*) <<

[26] *Slut*: «guarra» en argot. (*N. del T.*) <<



[27] *Top boy*: literalmente «el/los primero/s» en cualquier actividad. En el contexto de los *casuals*, los cabecillas. (*N. del T.*) <<

[28] *Brown sugar*: variedad de heroína. (*N. del T.*) <<

[29] En inglés, *Home on the Grange*: tergiversación del título de una conocida canción acerca de la bucólica vida del *cowboy* americano, *Home on the Range*, que podría traducirse como La sierra es mi hogar. (*N. del T.*) <<



[30] Juego de palabras con el término *record*, que significa, entre otras cosas, disco, y el periódico *Daily Record*. (*N. del T.*) <<



[31] En inglés: *denial isn't just a fuckin river in Egypt*. Juego de palabras explotando la homofonía de *denial* («rechazo», «negación») y *the Nile* («el Nilo»). (*N. del T.*) <<



[32] Denominación despectiva para los alemanes. Es apócope de col fermentada, *sauerkraut*. (*N. del T.*) <<

[33] «Lo noto en el aire esta noche.» (*N. del T.*) <<

[34] Contracción del argot rimado *Jack and Jills* (*pills*, «pastillas»). (*N. del T.*) <<



[35] Ardilla-agente secreto, protagonista de una serie de dibujos animados. Rima con Birrell. (*N. del T.*) <<

[36] Corstorphine es un barrio de las afueras de Edimburgo. (*N. del T.*) <<

[37] Serie humorística de la BBC. (*N. del T.*) <<



[38] Siglas de Capital City Service. Denominación de los *casuals* seguidores del Hibernian F. C. (*N. del T.*) <<

[39] Cantante hortera especializado en temas de *country and western*. (*N. del T.*) <<

[40] «Comunidad», en alemán. (*N. del T.*) <<



[41] Juego de palabras: *Guy* quiere decir «tío», además de ser un nombre de pila. (N. del T.) <<



[42] Apelativo genérico empleado por los ingleses para designar a los escoceses, empleado aquí con ánimo burlón. (*N. del T.*) <<



[43] Otro término de argot para denominar a los alemanes. Es contracción de Germán. (*N. del T.*) <<

[44] Serie humorística de la BBC. (*N. del T.*) <<

[45] *Schemie*: «barriobajero». (*N. del T.*) <<

[46] Mote que designa a los naturales de Newcastle. (*N. del T.*) <<

[47] Marca de sidra. (*N. del T.*) <<



[48] Un *bridie* es un pastel de carne. Gregg’s es una cadena de pastelerías de dudosa calidad. (*N. del T.*) <<



[49] Término despectivo del argot norteamericano para referirse a los ingleses. (*N. del T.*) <<

[50] Después de hacer el amor / a menudo aparece una expresión distante en tu mirada / no estás conmigo / Pero cuando te pido explicaciones, te haces el sorprendido / Te vistes rápido / Pones la tele para ver el partido / Represento tan poco / Hasta me llamas por un nombre que no es el mío. (*N. del T.*) <<

[51] Toda mi vida ha sido un dolor / ni un día soleado, sólo lluvia / entonces, un día apareciste tú / y todas las nubes se desvanecieron / Pero tu sonrisa se ha enfriado / noto el hielo de tu corazón / y mi alma vive aterrorizada / por el momento en que digas que hemos de dejar de vernos / ¿Tienes que volver a partirme el corazón? / ¿Tienes que herirme en lo más hondo? / ¿Por qué no puedes ser tú esa persona única para mí? / ¿Tienes que volver a jugar a esos juegos del intelecto? / porque sé que hay otra / en quien piensas cuando estamos juntos / ¿Tienes que volver a partirme el corazón? (*N. del T.*) <<

[52] Diferencia entre la pronunciación americana y la británica. (*N. del T.*) <<

[53] Argot rimado: «curry» (*N. del T.*) <<

[54] Dime que en realidad no me quieres / mírame y dime la verdad / toda la vida he sido víctima / de hombres depredadores como tú / Veo el vodka y las pastillas / una bruma envuelve mi mente / me entumezco al consumirlos / víctima de los inesperados giros que da el amor / Pero dime, muchacho, ¿cómo te sentirás cuando veas mi cuerpo sin vida? / ¿Seguirás igual de frío cuando sostengas mi carne azulada y fría? / Cariño, ¿qué más puedo decir? / Sabía en lo más hondo que esto acabaría de este triste modo / Un amor condenado, ¿qué se puede hacer? (*N. del T.*) <<

[55] Literalmente, «habitación de reposo». (*N. del T.*) <<

[56] Título del single de despedida de *The Jam*. (*N. del T.*) <<

[57] «Odiamos que nuestros amigos tengan éxito.» (*N. del T.*) <<

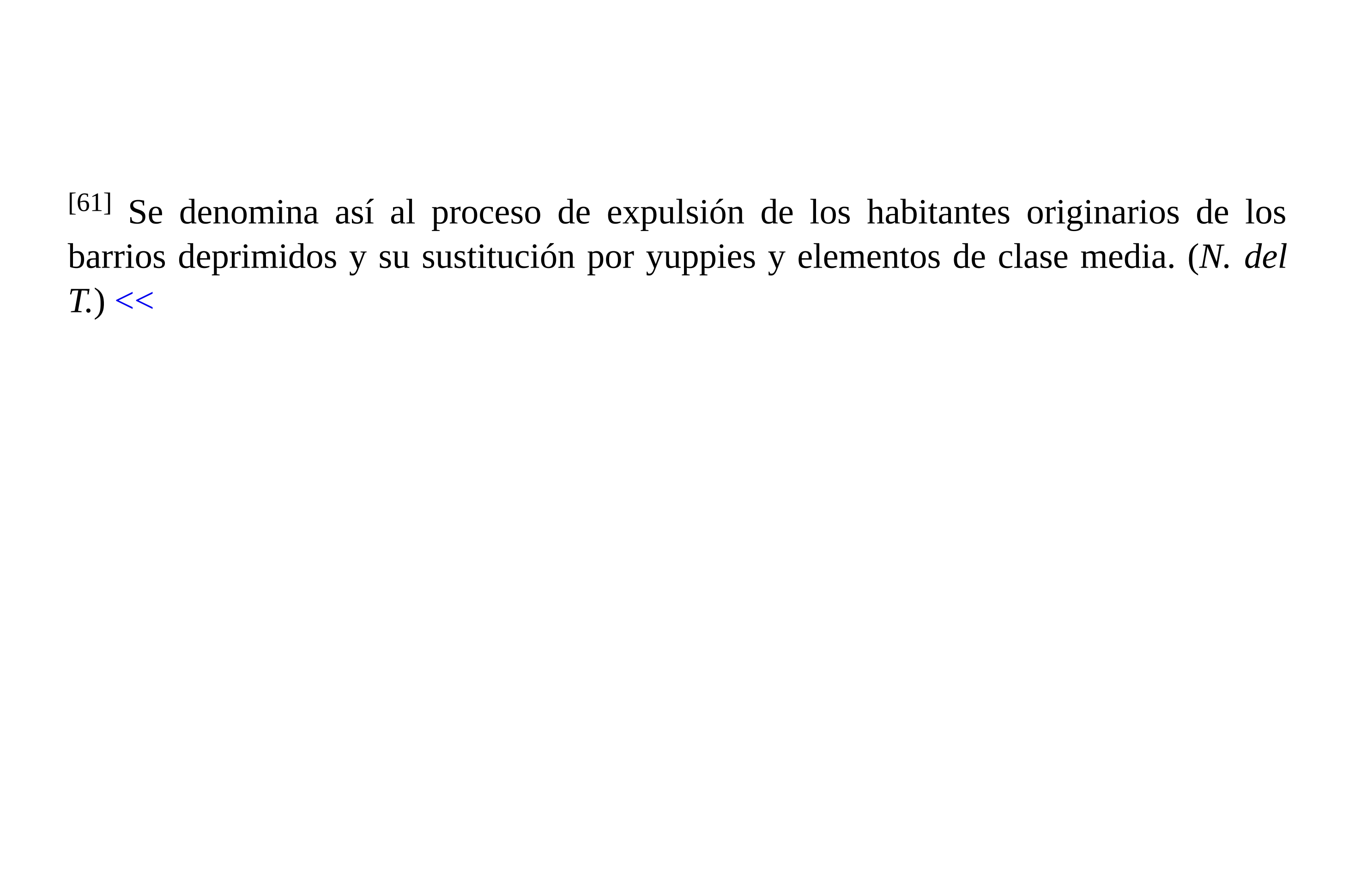


[58] Juego de palabras. *Cocktail* significa «cóctel», pero la expresión homófona *cock-tale* se traduce como «cuentos de pollas». (*N. del T.*) <<

[59] Cima de la colina que domina Holyrood Park, en Edimburgo. (*N. del T.*) <<



[60] Argot rimado. *Rockford Files* («Los casos de Rockford») por *piles*, «almorranas». (*N. del T.*) <<



[61] Se denomina así al proceso de expulsión de los habitantes originarios de los barrios deprimidos y su sustitución por yuppies y elementos de clase media. (*N. del T.*) <<

[62] Corramos las cortinas sobre el ayer y da mucho más miedo. (*N. del T.*) <<



[63] Malignas criaturas alienígenas semirrobóticas que figuraron en la serie televisiva de la BBC *Dr Who* durante los años sesenta. (*N. del T.*) <<

[64] Personajes de la serie de televisión *Batman*, de los años sesenta. (*N. del T.*) <<

[65] Letra de una canción de Glen Campbell. (*N. del T.*) <<



[66] Juego de palabras con los significados de *to box* en inglés, «boxear» y «meter en cajas». (*N. del T.*) <<